C. G.
JUNG
Obra
Completa
Volumen
4
Editorial
Trotta

FREUD Y EL PSICOANÁLISIS



FREUD Y EL PSICOANÁLISIS

CARL GUSTAV
JUNG

OBRA COMPLETA
VOLUMEN 4
EDITORIAL TROTTA



Freud y el psicoanálisis

C. G. Jung

EDITORIAL TROTTA



La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de Pro Helvetia, Fundación suiza para la cultura y de Erbengemeinschaft C. G. Jung

CARL GUSTAV JUNG
OBRA COMPLETA

EDICIÓN BAJO EL CUIDADO
DE LA FUNDACIÓN C. G. JUNG

COMISIÓN CIENTÍFICA:
GISELA ARMBRUSTER
ENRIQUE GALÁN
LUIS MONTIEL
MARÍA LUISA MORALES
GABRIELA WASSERZIEHR

TÍTULO ORIGINAL: FREUD UND DIE PSYCHOANALYSE

PRIMERA EDICIÓN: 2000
SEGUNDA EDICIÓN: 2011

FERRAZ, 55. 28008 MADRID
TELÉFONO: 91 543 03 61
FAX: 91 543 14 88
E-MAIL: EDITORIAL@TROTTA.ES
URL: HTTP://WWW.TROTTA.ES

DISEÑO
GALLEGO & PÉREZ-ENCISO

ISBN: 978-84-8164-298-8 (OBRA COMPLETA)
ISBN: 978-84-8164-394-7 (VOLUMEN 4)
DEPÓSITO LEGAL: M-21.863-2011

IMPRESIÓN
FERNÁNDEZ CIUDAD, S.L.



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Enrique Galán Santamaría

Este volumen de la *Obra completa* contiene la mayoría de los escritos de Jung publicados durante la época de su estrecha colaboración con Freud, entre 1906 y 1913, cuando el psicoanálisis se dota de organización e inicia su expansión internacional, liberándose del estrecho marco profesional y social que le asfixiaba en Viena. Como señala el propio Freud en su *Autobiografía*, publicada en 1925, «la historia del psicoanálisis se divide, para mí, en dos periodos, prescindiendo de la prehistoria catártica. En el primero me hallaba totalmente aislado, y tenía que llevar a cabo toda la labor. Este periodo duró desde 1895-1896 a 1906-1907»[1]. Es decir, entre la ruptura con Breuer, la «prehistoria catártica», y el contacto con Jung, prometedor psiquiatra de la Clínica Universitaria Burghölzli, cuyas investigaciones experimentales y peritajes criminológicos se apoyan en la teoría freudiana de lo inconsciente, verificándola.

El aislamiento de Freud es relativo, pues se conoce su correspondencia con W. Fliess, iniciada dos años después de romper con Breuer. Cuando llega el momento de distanciarse a su vez de él, en 1902, es nombrado profesor no numerario de la Universidad de Viena y a su alrededor se agrupan unos cuantos seguidores, que se reúnen las veladas de los miércoles en la consulta de Freud, lo cual contradice sus palabras: «Durante diez años, contados a partir de mi separación con Breuer, no tuve ni un solo partidario».

Gracias a aquella correspondencia (1887-1904), que conforma su autoanálisis, Freud puede establecer los conceptos fundamentales

1. Siguiendo el criterio de la Comisión Científica de la Fundación C. G. Jung de España, sólo se da la referencia de aquellas citas de Jung que se encuentran en la *Obra completa*.

del nuevo saber asociado a su nombre. En cuanto a sus discípulos en esas veladas, W. Stekel —su único analizando y promotor de las mismas—, A. Adler, M. Kahane y el afamado médico R. Reitler, a quienes se sumarán, entre otros, P. Federn (1903) y O. Rank (1906), serán en la Viena de principios de siglo los propagadores de sus hipótesis, expresadas en sus grandes libros sobre el sueño (1900), los actos fallidos (1901, 1904), el ingenio (1904) y la teoría sexual, con su nueva conceptualización de la histeria en el célebre «caso Dora» (1905), generalmente recibidos por la crítica de modo favorable, en contra de lo que el propio Freud da a entender.

Freud, Jung y la política del psicoanálisis

No es este el lugar para estudiar pormenorizadamente la relación entre Freud y Jung, que ha merecido ya obras notables y minuciosas. Aquí se trata simplemente de establecer sus hitos y contenidos a partir fundamentalmente de los epistolarios de Freud con Jung, Abraham, Ferenczi, Jones, Binswanger y otros pioneros menos relevantes, como O. Pfister, S. Hall, J. J. Putnam o S. Spielrein, cuya publicación se sucede desde los años sesenta, y de las *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, publicadas en 1974. La riqueza de tales documentos ha permitido comprender objetivamente los primeros pasos del movimiento psicoanalítico, que brotado de la psiquiatría se expandirá hasta conformar uno de los más evidentes rasgos espirituales del siglo XX. Lo señala Jung en 1930, al introducir el libro de Kranefeldt (capítulo 15 de este volumen): «El psicoanálisis (...) no es sólo un método terapéutico, sino también una teoría psicológica que no se limita en absoluto a las neurosis y a la psicopatología general, sino que trata también de incorporar a su dominio el fenómeno normal de los sueños y, más allá, el extenso ámbito de las ciencias del espíritu: la literatura, las artes plásticas en general, la biografía, la mitología, el folklore, la ciencia comparada de las religiones y la filosofía»[2]. Setenta años después de esas palabras el fenómeno es todavía más amplio. Pero volvamos a 1905. E. Bleuler, director de la Clínica Universitaria Burghölzli, donde Jung trabaja y vive desde 1900, atendió y apoyó, desde sus estudios sobre la afasia (1891), la obra de Freud, que era estudiada en la Clínica y, en lo posible, aplicada, como demuestra el tratamiento hospitalario de Jung con S. Spielrein durante el invierno de 1904. Ese mismo año se inicia el escaso intercambio epistolar entre Freud

2. § 745.

y Bleuler (publicado en 1965) y, desde Berlín, se incorpora al equipo médico K. Abraham como primer asistente de Jung, que tiene dos años más y es en ese momento médico jefe de la Clínica. En 1905 Jung es nombrado profesor no numerario en la Universidad de Zúrich, una vez doctorado como psiquiatra con su tesis «Sobre el tiempo de reacción en el experimento de asociación»[3].

Desde 1903 Jung dirige junto a F. Riklin el laboratorio experimental de la Clínica. Estas investigaciones, dadas a la luz inicialmente en revistas especializadas, son recopiladas y presentadas por Jung en *Estudios de asociación diagnósticos*, publicado en 1906. Jung envía este libro a Freud —que ya lo tenía, citándolo en una conferencia de psiquiatría forense—, quien le escribe el 5 de marzo para agradecérselo. Esta carta da inicio a su correspondencia.

En «Psicoanálisis y experimento de asociación»[4], su contribución a este libro, Jung señala que «los principios de Freud han sido utilizados repetidamente» en los distintos estudios y presenta el experimento de asociación como «un precioso instrumento para descubrir el complejo patógeno y que por esta razón puede servir para facilitar y abreviar el psicoanálisis de Freud»[5]. Afirma que Freud es el mejor conocedor de las neurosis psicógenas, apoyándole frente a sus críticos, como hará a finales de mayo de ese año en Baden Baden, durante el Congreso de Neurólogos y Psiquiatras del Sudoeste de Alemania, cuando se enfrenta a Aschaffenburg, uno de los creadores del experimento de asociación (capítulo 1 de este volumen). En julio dará a la imprenta *Sobre la psicología de la* dementia praecox: *un ensayo*[6], donde aplica las categorías freudianas a la psicosis.

Jung escribió a Freud el 25 de septiembre de 1905, pero esa carta, en manos de la familia de S. Spielrein, no llegó a su destino. Su primera carta a Freud conservada tiene fecha de 5 de octubre de 1906, seis meses después de la que Freud le enviara, y rezuma entusiasmo. Agradece a Freud el envío de su recopilación de escritos menores y le promete su libro sobre la demencia precoz en cuanto se publique. A partir de este momento, Freud, recién cumplidos los cincuenta años, y Jung, con treinta y uno, mantendrán a lo largo de seis años una estrecha alianza que sellará el destino del psicoanálisis.

En las cartas cruzadas entre Jung y Freud durante el último trimestre de 1906 se sientan las bases para su colaboración. Jung defiende a ultranza los trabajos de Freud, aunque cuestiona desde el

3. OC 2,3.
4. OC 2,5.
5. OC 2, § 727.
6. OC 3,1.

principio la etiología exclusivamente sexual de la histeria. No obstante, se adhiere completamente a su método psicoterapéutico e intenta adentrarse con él en las psicosis, algo del máximo interés para Freud. Jung asume que hay diferencias de todo tipo entre ellos —ambiente, formación, material, experiencia y dotes— pero sabe que debe seguir su senda y profundizar en la transferencia, no resuelta en su «primer éxito psicoanalítico» con S. Spielrein.

El año 1907 comienza así con los mejores augurios. A finales de enero, M. Eitingon visita a Freud comisionado por la Clínica Burghölzli y asiste a dos «veladas de los miércoles», donde ya se sabía desde noviembre del año anterior que Freud estaba en contacto con la Clínica a través de Jung. Dos meses después son Jung y L. Binswanger quienes viajan a Viena. El encuentro entre Freud y Jung, en una conversación de trece horas seguidas, es un flechazo. Unos días después, Jung confesará a Freud «veneración» mientra éste le saluda como «continuador y perfeccionador de mi labor (...) [y] sucesor». Jung está entusiasmado: «Aquel que conoce la ciencia de usted ha comido precisamente del árbol del Paraíso y se ha tornado vidente».

En julio, Abraham envía a Freud sus trabajos sobre traumas sexuales infantiles y demencia precoz, iniciando una copiosa correspondencia, de la cual Jung se declara «celoso», máxime cuando Abraham le manifiesta un claro antagonismo, rehusando trabajar con él y el resto del grupo, centrados progresivamente en el psicoanálisis. En septiembre, Jung representa a Freud en el I Congreso Internacional de Psiquiatría y Neurología (Amsterdam, 2 al 7 de septiembre) con el caso de S. Spielrein (capítulo 2 de este volumen). En la tormentosa discusión que provocaron su ponencia y su actitud desafiante, varios psiquiatras defendieron a Freud. Entre ellos se encontraban O. Gross, en contacto con el grupo de Viena, el «celta» E. Jones, que trabajaba con éste en Múnich bajo las órdenes de Kräpelin, y E. Jellife, de Estados Unidos. Dos semanas después se constituye la Sociedad Freudiana de Médicos en Zúrich, donde se reúnen bajo la presidencia de Bleuler los médicos de la Clínica y psicólogos de la talla de Claparède o Flournoy, editores de los *Archives de Psychologie*. Así, al grupo de Viena, médicos y artistas dominados por la «judeidad», ese problemático girar alrededor de la identidad judía, se le une el de Zúrich, en el seno de una de las mejores clínicas psiquiátricas, que mantiene estrecho contacto con el mundo profesional y académico, y sin mayor confesión que el antialcoholismo, instaurado por Forel, su anterior director.

En octubre, Abraham se dirige a Freud con una petición de ayuda. Piensa volver a Berlín y abrir una consulta privada, dada la

dificultad de promoción que encuentra «en Alemania por ser judío y en Suiza por no ser suizo», queja que encuentra simpatía inmediata en Freud, a quien visitará en diciembre, una vez instalado en Berlín. Su puesto en la Clínica será ocupado por A. A. Brill, que acude desde Estados Unidos —aunque ha nacido en la misma provincia que Freud—, donde la psiquiatría está liderada por el suizo A. Meyer, formado en Burghölzli. El movimiento inicia su expansión.

En noviembre, Jones, que visita a Jung en la Clínica tras pasar unos días en Budapest con S. Ferenczi y F. Stein, antiguo asistente en Burghölzli, le plantea la oportunidad de una reunión de los pocos freudianos repartidos por Europa. Jung comunica a Freud inmediatamente la idea y presenta a Jones como «un vigoroso apoyo a nuestra causa». Freud, aunque está entusiasmado, escribe a Jung el 8 de diciembre que prefiere no asistir al Congreso «ya que mi presencia perturbaría el mismo». Tal absurdo lleva a Jung a contestar que no sólo dan por hecho su presencia sino su presidencia, que Freud rehúsa, pensando en Bleuler o en Jung para desempeñar ese papel.

1908 se abre así con esta tarea liderada por Jung, algo que molesta en la Sociedad Psicológica de los Miércoles, atravesada en ese momento por tensiones en torno a la propiedad intelectual, hasta el punto de votar el 5 de febrero contra el «comunismo intelectual» en el grupo. Freud propone la creación de un grupo más amplio que nada tenga que ver con éste y escribe a Jung doce días después que «desearía que usted procurase poner las mayores dificultades posibles a mis vieneses».

En esta situación tiene lugar del 26 al 28 de abril el I Congreso de Psicología Freudiana en Salzburgo bajo la presidencia de Jung, al negarse Freud y Bleuler a ocuparla. Con cuarenta y dos participantes venidos de Viena, Zúrich, Berlín, Budapest, Múnich, Londres, Boston, Ginebra, Nueva York, Dresde y algunos sanatorios psiquiátricos repartidos por la geografía suiza, se pronuncian diez ponencias a lo largo del día 27. Sus autores, que tratan sobre la neurosis y la psicosis, el experimento y el mito, la terapia y la educación son Freud, Jones, I. Sadger, M. Prince, Riklin, Abraham, Stekel, Adler, Jung, Stein y Ferenczi por orden de intervención. La única polémica estalla entre Abraham y Jung respecto de la demencia precoz.

Por otro lado, Freud, Jung, Jones y Ferenczi deciden en una reunión privada la publicación del *Anuario de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas* [*Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*], dirigida por Freud y Bleuler y editada por Jung. La clara preferencia de Freud por Jung afecta profundamente a los vieneses, que hacen sentir su malestar como

susceptibilidad ante el supuesto antisemitismo de los no judíos, como recuerda Jones en su biografía de Freud.

A la vuelta del congreso, Freud comunica a Jung sus impresiones. En primer lugar, «me siento aunado con usted y ya no siento que se nos pueda separar». Respecto a Jones, que Jung le presenta en Salzburgo, «siento algo en contra de él, casi diría yo que extrañeza de raza». Y, lo que más le preocupa: «no he dejado de darme cuenta que entre usted y Abraham se prepara una desavenencia». Jung responde que es Abraham quien busca la disensión, pues él valora su obra aunque no le considera «precisamente un *gentleman*», y cuestiona las posibles diferencias étnicas o geográficas que señala Freud.

Éste intentará reconciliarles, aunque sólo recibe quejas de Abraham. En mayo, mientras Jung está dedicado en cuerpo y alma al tratamiento hospitalario de Gross, Abraham escribe a Freud que se entiende mejor con él que con Jung por un «parentesco intelectual (...), la manera talmúdica de pensar». Freud le responde en referencia a Jung que «casi diría que sólo al sumarse él pudo el psicoanálisis eludir el peligro de convertirse en un asunto nacional judío». En julio Abraham comenta que «Jung parece haberse entregado nuevamente a sus antiguas aficiones espiritistas (...) Si Jung se hace a un lado no hay que contar con los del Burghölzli». Dos días después Freud escribe a Jung que «la causa no puede prescindir de usted (...) Me interesa mucho la mezcla de razas de nuestra hueste». Cinco días más tarde declara a Abraham que «lo que me atrae de usted son los rasgos afines, judíos [por los que] debemos estar dipuestos a permitir que nos hagan alguna injusticia». Una semana después Abraham comenta a Freud el rumor de que «en Burghölzli Freud parecería ser una perspectiva superada».

Inquieto, Freud refuerza su apoyo a Jung considerándole «un germano que atrae más fácilmente las simpatías de los demás» y que conquistará el campo de la psiquiatría, tratándole como «querido amigo y heredero». Abraham sigue quejándose en diciembre, esta vez sobre el «despotismo» de Jung por no admitir sus contribuciones al *Anuario* (que Freud denomina «Anuario junguiano» con orgullo), cuando en realidad habrá tres suyas, más que de ningún otro autor. Ante esto Freud ya habla de «complejo de persecución» y le recuerda que «nuestros camaradas arios nos son indispensables, pues de lo contrario el psicoanálisis sucumbiría a manos del antisemitismo». Un psicoanálisis que este año de 1908 ya cuenta con tres sociedades (Viena, Zúrich, Berlín) y se expande más allá del océano, como demuestra la invitación que S. Hall, de Estados Unidos, ha cursado en octubre a Freud para pronunciar unas conferencias en

septiembre de 1909 en la Universidad de Clark, en Worcester, Massachusetts, adonde Freud piensa acudir acompañado por Ferenczi.

A pesar de su apoyo, Freud mantiene algunas diferencias con las tesis de Jung, tanto en lo relativo al experimento de asociación, que no cree comparable con el psicoanálisis, pues busca complejos en vez de vencer resistencias, como respecto a la demencia precoz, que, como Abraham, no cree originada por ninguna «toxina», como defienden Bleuler y Jung siguiendo la psiquiatría académica. Eso no obsta para que el libro de Jung sobre la demencia precoz de 1907[7] le gustara «excepcionalmente» y su conferencia de 1908[8] le pareciera «encantadora». Como le escribe en enero de 1909, «Usted, si yo soy Moisés, tomará posesión, al igual que Josué, de la Tierra Prometida de la psiquiatría, la cual tan sólo puedo contemplar de lejos».

Jung se encuentra en un momento crítico. El tratamiento de Gross, que lleva a cabo por petición de Freud, le ha movilizado enormemente. El carácter vanguardista de este inteligente psiquiatra, inmerso en la vida social rupturista de la época mientras él vive recluso en la Clínica, seduce enormemente a Jung, quien no sólo se reconoce deudor de Gross, introductor de los términos «extratensión» e «introtensión», respecto al par extraversión/introversión, sino por haberle permitido caer en la cuenta de sus propios «componentes polígamos», sobre los cuales consultará directamente a Freud, viajando a Viena a finales de marzo. En ese encuentro, la tensión de lo tratado es tal que se produce un llamativo fenómeno paranormal (un armario cruje sin motivo aparente dos veces seguidas) que espantará a Freud. Para éste es fundamental que Jung tenga la estabilidad necesaria y cumpla con el papel de «hijo primogénito, sucesor y príncipe heredero», que Freud le tiene reservado, máxime cuando ya se han empezado a explicitar las tensiones con Adler en las «veladas de los miércoles».

En junio, Jung se muda a su casa de Küsnacht, su «Tusculum», abandonando la Clínica. Allí acaricia la idea de realizar una investigación futura sobre la transformación de la libido en la demencia precoz, a la que le conduce la reflexión sobre sus grandes fracasos, que sólo puede tratar con Freud: «Gross y Spielrein constituyen amargas experiencias». Se hace imperioso investigar sobre la contratransferencia. Por otro lado, las noticias son buenas: también le han invitado a la Universidad de Clark. Eso supone que este año no habrá Congreso psicoanalítico. Aunque Freud, Jung y Ferenczi llevarán «la peste» a Norteamérica, donde les espera Jones.

7. OC 3,1.
8. OC 3,2.

El viaje comienza en Bremen el 20 de agosto, reuniéndose Freud y Ferenczi con Jung. En una sobremesa, a raíz de un sueño de Jung, Freud se desmaya. El sueño prefigura la ampliación conceptual junguiana de lo inconsciente y Freud lo interpreta como un deseo encubierto de parricidio. En algún momento de los días pasados en el *George Washington*, donde viaja también uno de sus críticos, W. Stern, Freud, que ha contado a Jung uno de sus sueños, se niega a seguir respondiendo a las preguntas de éste por temor a perder la autoridad, que justo en ese momento queda mermada. El 29 de agosto están en Nueva York, donde asisten por primera vez al cine y tratan acerca de la organización psicoanalítica, planteando Freud el asunto racial.

El 4 de septiembre llegan a Worcester y se reúnen con Jones. Las conferencias son un éxito, con asistentes como W. James, F. Boas, W. Stern, A. Meyer, E. D. Tichtener o J. J. Putnam. Freud presenta magistralmente, sin ayudrse de nota alguna, el psicoanálisis y Jung habla de los experimentos de asociación. Tras una semana en la casa de campo de Putnam embarcan el 21 de septiembre en Nueva York y llegan a Europa ocho días después. El mes siguiente sale el primer número del *Anuario*, con textos de Freud, Abraham, Maeder, Jung, Binswanger, Ferenczi, Stekel, Silberer y Adler. El psicoanálisis ya tiene su órgano de expresión. No debe retrasarse más el siguiente Congreso.

Jung ha vuelto movilizado de América, donde ha conversado largo y tendido con W. James, con quien concuerda en muchos planteamientos epistemológicos, sobre los fenómenos parapsíquicos, como miembros que son de la American Society for Psychical Research (Jung desde 1907). Aunque desde ese momento ya no usará, como antes, el término «psicanálisis», siente que está modificando sus puntos de vista. La teoría de la libido de Freud le resulta inaplicable a la demencia precoz y se revela insuficiente, al girar exclusivamente alrededor de lo sexual. Freud se inquieta y señala que está usando conceptos adlerianos como «sensibilidad». En Navidad de ese año Jung le confesará que «es duro tener que trabajar junto al creador», recordándole la diferencia de posiciones respecto a la libido, el sadismo y la demencia precoz. Por otro lado, Jung está en aprietos. Se queja de que sus colegas hablan mal de él en Zúrich e incluso está intentando analizar a su mujer para «curarle» los celos. Hierve en ebullición intelectual, inmerso en la arqueología y la mitología, y se ve arrastrado por sus componentes polígamos, de origen contratransferencial.

En enero de 1910 ya tiene clara la intuición, que comunica a Freud, de que «en la fantasía individual el *primum movens* es el

conflicto individual, pero la materia o la forma (como se desee) es, sin embargo mítica». Los libros de Abraham *Sueños y mitos* y el de Rank *El mito del nacimiento del héroe* se han publicado el año anterior siguiendo una idea que Freud le expuso a Jung en agosto de 1908 sobre la identidad de neurosis y mito. Sumergido en el material mitológico y en cadenas de asociaciones que le desbordan, debe preparar el II Congreso, que tendrá lugar los últimos días de marzo en Núremberg. El psicoanálisis se ha introducido en Rusia, Italia, Francia, Holanda y Suecia y el segundo número del *Anuario*, que Freud quiere fundamentalmente suizo, acaba de aparecer, sin contribuciones de Adler ni de Stekel.

En este II Congreso, Ferenczi, a instancias de Freud, ofrece una visión de la historia del psicoanálisis como un antes y un después de Jung, plantea la necesidad de organizarse en una Asociación Internacional con un *Boletín* y propone a Jung como presidente. La respuesta de los seguidores vieneses tiene un aire de rebelión y Freud propone a Adler, presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena tras el congreso, y a Stekel, sorprendidos en una reunión clandestina, ser en compensación los editores de la nueva *Revista Central de Psicoanálisis* [*Zentralblatt für Psychoanalyse*] de la que él sería director. Eso no calmará los ánimos, aumentando en Viena la queja de presunto antisemitismo de los zuriqueses, a quienes Freud apoya precisamente por no ser judíos.

Bleuler, que no asiste al Congreso ni quiere saber nada del psicoanálisis, se enfrenta a Jung, quien se encuentra en un caos personal y en el acmé de su poligamia. Freud teme la desconexión con la Clínica e intenta desde Viena encauzar a Jung sin mucho éxito. En agosto se queja de su falta de entidad como presidente, de quien todos están celosos por la preferencia que muestra hacia él. En su respuesta a esa carta, Jung le manifiesta su repugnacia al trapicheo político y le recuerda que no ha aspirado a ser presidente, interesado más bien en la «orientación absolutamente espiritual del psicoanálisis» que se está formando en Zúrich. Tres días después de esta aclaración, el 26 de diciembre, Freud se reúne en Múnich primero con Bleuler y después con Jung. Después de esa reunión le escribe a Ferenczi que está convencido de que Jung es «el hombre del futuro».

1911 empieza así en un equilibrio precario para la organización psicoanalítica. Jung teme la crítica de Freud a sus variaciones conceptuales y técnicas. En marzo se suicida J. J. Honegger en el sanatorio psiquiátrico donde trabaja como miembro del equipo médico, lo que supone un nuevo fracaso de Jung, que lo había tratado durante unos meses el año anterior y en quien tenía puestas muchas

esperanzas. En mayo está dedicado a la astrología guiado por Toni Wolff y redacta la primera parte de *Transformaciones y símbolos de la libido*, desarrollando una conferencia sobre simbolismo dada un año antes en Herisau. Freud se basará en esta conferencia para su delimitación de los principios de placer y realidad en «Los dos principios del suceder psíquico».

En junio, Adler abandona junto a otros miembros la Sociedad Psicoanalítica Vienesa, mediando incluso una querella judicial contra Freud. Es obligado un nuevo congreso, que tendrá lugar en Weimar entre el 21 y el 22 se septiembre. Freud viaja a Küsnacht tres días antes y calibra el estado del grupo suizo, con cuyos miembros acude a la ciudad goethiana. Allí, cincuenta y cinco participantes reeligen por aclamación a Jung como presidente y a Riklin como secretario.

En el último trimestre sale el tercer número del *Anuario*, con la primera parte de *Transformaciones...* A Freud le parece que el cristianismo limita el horizonte de esa obra y anuncia a Jung que no le seguirá por ese camino. Ese mismo mes de noviembre Jung adelanta a Freud que está variando la teoría de la libido y que hay mucho revuelo en Zúrich a raíz de su conferencia «Nuevos rumbos de la psicología»[9]. Por su parte, Bleuler, que acaba de publicar su monografía sobre la esquizofrenia, abandona definitivamente la sociedad psicoanalítica, aunque seguirá colaborando en el *Anuario*. En otro orden de cosas, S. Spielrein, la primera mujer doctorada, y *cum laude*, en psiquiatría por la Universidad de Zúrich, ingresa en la Sociedad de Viena. Freud siente que ya no puede contar con Jung, a quien el 30 de ese mes escribe que «sólo el tiempo nos impedirá encontrarnos o chocar entre nosotros». Describirá esta situación en su artículo «Grande es Diana efesia», publicado entonces.

Aunque en enero de 1912 Freud resalta en una carta a Jung su contribución a la «herencia inconsciente del simbolismo», a Ferenczi le comenta que ya no considera a Jung su sucesor, a quien cree ambiciosamente centrado en sus propios intereses, abandonando así las labores organizativas. Pero tampoco puede remplazarle. Jung siente la desconfianza de Freud y le recuerda que no se habría puesto a su lado si no tuviera algo de hereje, alérgico a venerar al maestro. Freud ve en ello una declaración de independencia y espera que se haga explícita en la segunda parte de *Transformaciones...*, de la cual Jung le avisa que presenta una nueva concepción del incesto como fantasía.

9. OC 7,3.

La visita privada a finales de mayo de Freud a Binswanger, a quien le han diagnosticado un tumor, en el sanatorio psiquiátrico que dirige en Kreuzlingen, sin pasar por la vecina Zúrich, donde Jung no estaba para leer la carta en la que Freud se lo notificaba, provoca todo tipo de suspicacias en Jung, que ve en esa visita un desacuerdo de Freud respecto a sus ideas. Cuando se aclare el «gesto de Kreuzlingen» en noviembre ya será tarde.

En el ínterin, Jung ha decidido en junio aceptar la invitación hecha por Jellife en nombre de la neoyorquina Universidad jesuita de Fordham, invitación que Freud declina por consejo de Jones, para dictar una serie de conferencias durante el mes de septiembre. No habrá, por lo tanto, congreso psicoanalítico ese año por ausencia de su presidente. Por otro lado, Jung anuncia a Freud que está modificando ciertas formulaciones teóricas y que pondrá a disposición su cargo de presidente en el próximo congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis (AIP). Con ello se enfrenta claramente con Freud, que le tacha de adleriano y que el 30 de julio confiesa a Ferenczi que «mi intención de fundir judíos y *goyim* al servicio del psicoanálisis me parece por el momento un fracaso. Se separan como aceite y agua». Ferenczi apoya incondicionalmente a Freud ante la «declaración de guerra» de Jung. Considera que «los otros suizos, demasiado sometidos a sugestión, son antisemitas», y se congratula del «privilegio psíquico de haber nacido judío y estar preservado desde la infancia de absurdos atávicos».

Jung inicia su viaje en agosto y durante tres semanas de septiembre despliega en Norteamérica una actividad desbordante. Además del ciclo de conferencias en la Universidad de Fordham, ante una audiencia de 90 personas (capítulo 9 de este volumen), pronuncia otras en Chicago, Baltimore, Washington. En Nueva York hace presentaciones de casos en la Academia de Medicina, el Instituto Psiquiátrico del Estado y el Hospital Bellevue, y también imparte seminarios privados. Una larga entrevista en el *New York Times* y un extenso reportaje en el *Times* dan fe de la resonancia pública de este viaje[10].

Al otro lado del Atlántico, el 12 de agosto se constituye, por iniciativa de Jones y Ferenczi, el «Comité Secreto», encargado de velar por el desarrollo del psicoanálisis contra Jung y compuesto en ese momento por Abraham, Rank y Sachs además de Jones, Ferenczi y Freud, con A. von Freund de ayudante. La primera labor que Freud encarga a ese comité, presentada como «contrataque», es cri-

10. *Encuentros con Jung*, cap. 2.

ticar los nuevos escritos de Jung desde la *Revista*, sin que quepa duda alguna «de que soy yo quien está detrás». Ferenczi se ocupará de *Transformaciones...*, Abraham de las conferencias de Fordham y Jones, en un texto dedicado al «complejo de dios», se encargará de presentar a Jung como megalómano. Freud, quien con *Tótem y tabú*, que aparece por entregas en *Imago*, aparecida este año, marca su distancia con la *mythologics* de Jung, se reserva un texto sobre el narcisismo y otro sobre la historia del movimiento psicoanalítico, una «bomba» para descalificar las posiciones junguianas. El enfado con Jung le lleva a escribir a S. Spielrein, despechada pero aún enamorada de Jung, que la unión de judíos y no judíos —la fantasía transferencial de Spielrein con Jung— era imposible, refiriéndose a «la raza superior de los judíos».

Enfrentar la *Revista* con el *Anuario* encuentra una negativa frontal por parte de Stekel, ya distanciado de Freud a causa de V. Tausk. Se piensa entonces en una nueva publicación, la *Revista Internacional de psicoanálisis Médico* [*Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*], cuya organización será tratada en una reunión de los presidentes de las sociedades en Múnich el 24 de noviembre, veinte días después de la salida de Stekel del círculo freudiano. En esa ocasión Freud aclara a Jung el «gesto de Kreuzlingen» y sufre un nuevo desmayo, en el mismo hotel donde tuvo lugar un episodio idéntico años antes relativo a Fliess. Freud escribe después a Ferenczi que ha recordado a Jung que «todos los que estaban conmigo habían estado con él hasta que les puso en la puerta» y que Jung le había asegurado que se dedicaría a la causa. Pero como le escribe a éste último, «es fácil de prever que lucharemos entre nosotros prácticamente». Esa lucha ya había comenzado y Freud contaba con un estado mayor para llevar adelante su estrategia.

En efecto, días después Jung le escribe que siente que él desprecia enormemente su trabajo y le recuerda su negativa a seguir el análisis onírico en el viaje de 1909 a Norteamérica como muestra de autoritarismo. En esos días Freud comenta a Abraham, Ferenczi y Jones que Jung está enloquecido y a J. J. Putnam que no acepta las modificaciones teóricas de Jung, calificadas de «errores regresivos». El 18 de diciembre Jung salta: «Su técnica de tratar a sus alumnos como a pacientes constituye una *equivocación*. Con ello crea usted hijos esclavizados o descarados granujas». Escandalizado, Freud comenta la carta con Ferenczi, quien le responde que «es él [Jung] quien trata a los alumnos como pacientes» y que «el *análisis mutuo* [que Jung lleva a cabo con M. Moltzer, colaboradora y antigua analizanda] es un sinsentido». Curiosamente, veinte años después Ferenczi realizará en *Diario clínico* su gran investigación sobre las

posibilidades del «análisis mutuo». Freud decide dar carpetazo a la relación el 30 de diciembre: «que se lo lleve el diablo». El 3 de enero de 1913 escribe a Jung: «Su opinión de que trato a mis discípulos como si fuesen pacientes es comprobadamente inexacta (...) Le propongo, por tanto, cesar por completo nuestras relaciones privadas».

Los acontecimientos se aceleran. Jung viaja en marzo a Nueva York. Jones mantiene a Freud informado del viaje y éste comenta a Abraham, que no deja de hablar del antisemitismo de Jung, en su carta del 27 que Jung «está trabajando más en beneficio propio que en el del psicoanálisis», concluyendo que «sus deficientes teorías no me compensan su carácter desagradable». En mayo, a punto de constituirse la Sociedad Psiconalítica de Budapest, escribe a Ferenczi que «según noticias de Jones, debemos esperar cosas terribles de Jung», y le propone reunirse a reflexionar con Jones «para saber cómo defendernos. La verdad nos pertenece». Freud está muy interesado en «no dejar las cosas como un duelo personal entre Jung y yo». Por su parte, Ferenzci cree que «todos los miembros del comité deben participar» y expresar claramente su crítica a Jung durante el próximo congreso, en septiembre. Desde Berlín, Abraham ofrece su total disposición. El 25 de mayo se reúne el comité y Freud entrega los famosos anillos a sus miembros. De esta reunión, Jones recuerda en su biografía de Freud, «hasta qué grado llega la suspicacia de los judíos ante el más leve signo de antisemitismo». Jones se sentiría muchas veces desplazado en las irónicas conversaciones mantenidas en el seno del comité.

En agosto, Jung se encuentra en Londres para intervenir en el VII Congreso Internacional de Medicina (5-12 de agosto), donde conocerá a C. Long, médico cinco años mayor que él y que, entre otras actividades, traduciría al inglés *Transformaciones...* En su ponencia en este congreso P. Janet se muestra conciliador con el psicoanálisis, al que considera una verificación de sus propias hipótesis y del que únicamente rechaza la exclusiva etiología sexual de las neurosis, admitiendo que «ha rendido grandes servicios al análisis psicológico». Por su parte, Jung, en su conferencia «Aspectos generales del psicoanálisis» (capítulo 10 de este volumen), utiliza por segunda vez —la primera, en 1911, al tratar sobre los complejos[11]—, ahora para definir sus planteamientos, el término «psicología analítica», que amplía el campo de la «psicología profunda», al cual pertenece el psicoanálisis[12]. Jones está entre los presentes.

11. OC 2, § 1355.
12. § 523 del presente volumen.

El mismo día que Jung lee su ponencia, el 5 de agosto, Freud transmite a Ferenczi su opinión sobre las tan temidas conferencias americanas de Jung: «he leído el trabajo de Jung y lo encuentro, más allá de lo que cabría esperar, bueno e inofensivo (...) Las contradicciones quedan completamente dentro del terreno del psicoanálisis. Muchas cosas, hacia el final, concernientes a la terapia, la transferencia, etc., son incluso excelentes (...) En conjunto, visto de lejos, sobrestimé mucho el peligro (...) Los acercamientos a Adler son poco importantes».

Freud y Jung se encontrarán por última vez en el IV Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, durante el 7 y 8 de septiembre de 1913, en Múnich, al que asisten ochenta y siete participantes. Jung presenta su primer texto sobre los tipos psicológicos[13], donde contrapone la posturas de Adler y Freud según el par introversión/extraversión. Su última frase: «La difícil tarea del futuro será crear una psicología que haga justicia por igual a ambos tipos»[14]. (Ferenczi considera este escrito «de una insolencia y una pretensión insuperables».) El trabajo científico queda ahogado bajo las tensiones personales, puestas de manifiesto en la votación para la elección de Jung: de los cincuenta y dos votantes, treinta votan afirmativamente y veintidós se abstienen. La situación es imposible. Jung escribe a Freud el 27 de octubre que «duda usted de mi buena fe (...) [y eso] hace imposible la ulterior colaboración con usted (...) Renuncio por tanto a la redacción del *Anuario* que usted me confió».

El comité toma posiciones. Abraham, que se pregunta por los «verdaderos motivos» de Jung, se pone «enteramente a la disposición» de Freud, que durante enero de 1914 escribe «con rabia» su *Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico*, punta de lanza de las críticas de Ferenczi, Rank, Jones y Abraham que saldrán en las publicaciones psicoanalíticas, todas ahora en manos del comité.

El 24 de marzo Jung presenta su dimisión como presidente de la Asociación Internacional y abandona la Universidad. Freud se alegra con Abraham, el futuro presidente hasta el final de la Primera Guerra Mundial, de «la meticulosidad con que Jung ha cumplido nuestros planes» y se congratula de una «nueva era sin Jung». Ferenczi siente la dimisión «muy agradablemente». El comité espera el efecto de «la bomba», esa batería de críticas hacia Jung en las publicaciones de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, de la que Jung era presidente hasta ese momento. La bomba estalla el 25 de junio y en

13. OC 6,2.
14. *Ibid.*, § 950.

julio el grupo de Zúrich abandona la Asociación. El 26 de ese mes, Freud escribe satisfecho a Abraham que «nos hemos liberado por fin del brutal santurrón de Jung y sus loros repetidores». Jones cursa la orden de que no debe citarse ni a Bleuler ni a Jung en ninguna publicación y transmite a Londres, cuya Sociedad Psicoanalítica se ha constituido tras el Congreso, que todo psicoanalista que se acerque a Jung será excomulgado. Como escribe Freud en el inicio de su texto sobre la corta historia del psicoanálisis, que inicia ahora una nueva andadura, «El psicoanálisis es, en efecto, obra mía (...) Nadie puede saber mejor que yo lo que es el psicoanálisis [y] qué es lo que puede acogerse bajo su nombre o ser incluido en él».

Contribuciones de Jung al psicoanálisis

El primer texto de Jung, recién licenciado en medicina, es un informe sobre *La interpretación de los sueños* de Freud[15], presentado en 1901 durante una sesión de trabajo en la Clínica. En su tesis de licenciatura[16], publicada en 1902, los trabajos de Freud-Breuer sobre la histeria centran el significado de su investigación (los problemas sexuales adolescentes desencadenarían la emergencia de lo inconsciente en la escisión). Como señala en su respuesta a la crítica de Hahn a este trabajo[17]: «el análisis del cuadro clínico (...) se apoya (...) en las investigaciones de Freud sobre la histeria»[18]. Por otro lado, en sus estudios experimentales hay múltiples referencias a las obras de Freud, de quien se subraya la importancia, menospreciada, para la psiquiatría, confluyendo en su escrito de 1906 sobre el psicoanálisis y el experimento de asociación. Por último, y antes de conocer a Freud, la respuesta a la crítica de Aschaffenburg, con quien ha mantenido correspondencia, y el prólogo a su escrito sobre la demencia precoz, donde expresa «lo mucho que debo a los brillantes descubrimientos de Freud», parece indicar que Jung considera a Freud el autor que podía liberar a la psiquiatría de la cárcel descriptiva donde la había encerrado el dominante paradigma kräpeliniano.

La energía desencadenada por el encuentro de los dos colegas, uno formado como neurólogo, el otro como psiquiatra, intensificaría la creatividad que revela una simple ojeada a su bibliografía durante esos años de amistad, colaboración y conflicto. Para Jung,

15. OC 18,18.
16. OC 1,1.
17. OC 1,2.
18. *Ibid.*, § 165.

verse tan valorado y apremiado por el «gran hombre» que para él fue siempre Freud, supuso, a pesar de la responsabilidad que tuvo que asumir, un espaldarazo a sus trabajos. Para Freud, descontento con el dilentantismo de sus primeros seguidores, el empuje de Jung le hacía concebir la esperanza, como le dijo en alguna ocasión, de que su obra no caería en el olvido.

En el periodo comprendido entre los años 1906 y 1913 Freud publica, además de su escrito sobre Leonardo (1910), tres de sus grandes casos: Juanito, el «Hombre de las ratas» (1909) y Schreber (1910), cuyas *Memorias de un neurópata* Freud conoció por Jung. De esta época datan también sus primeros escritos técnicos —sobre el psicoanálisis silvestre (1910), la transferencia, el análisis de sueños (1911), los «consejos prácticos» (1912) y la iniciación al tratamiento (1913)— y «Los dos principios del suceder psíquico» (1911).

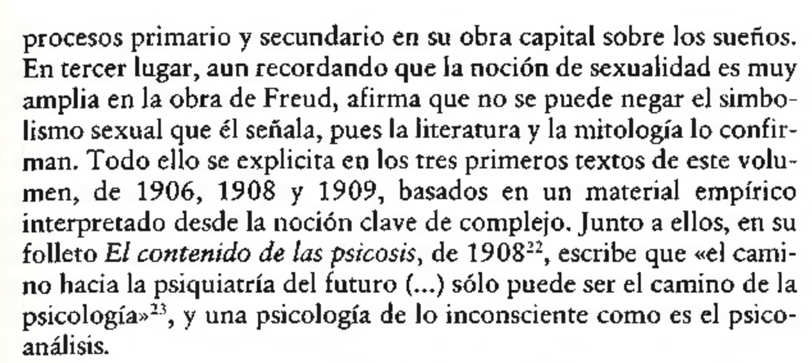
En cuanto a Jung, además de la defensa de Freud y el psicoanálisis, realiza la primera lectura psicoanalítica de la psicosis (1907, 1908) y procura una ampliación del psicoanálisis —para Freud una desviación— en *Transformaciones y símbolos de la libido* (1911-1912)[19] —cuyo primer capítulo estimularía «Los dos principios...»— y en sus conferencias en la Universidad de Fordham (1913), donde se resumen los planteamientos contenidos en esta obra que Freud no pudo aceptar, provocando su ruptura.

Veamos con más detalle la apreciación junguiana del psicoanálisis siguiendo los textos de esa época, la mayoría recogidos en este volumen y el resto en los volúmenes 3, 5, 17 y 18 de esta *Obra completa*.

Lo primero que señala Jung en todos sus escritos de apoyo a Freud, publicados en revistas especializadas de psiquiatría y psicología, es la necesidad, antes de extraer cualquier conclusión, de aplicar su método, haciéndose con él tras una práctica de años, a los casos en los que está indicado, fundamentalmente histeria y neurosis obsesiva, pero también en las psicosis, pues como indica en «Sobre el significado de la teoría de Freud para la neurología y la psiquiatría», de 1907[20], «el análisis [de la demencia precoz] descubre los mismos mecanismos psíquicos puestos en práctica en las neurosis»[21]. En segundo lugar, Jung se refiere a la evolución de la obra freudiana desde sus primeros escritos, ligados al método catártico de Breuer, hasta el abandono de la teoría traumática y la descripción de los

19. Reelaborada en *Símbolos de transformación* (OC 5).
20. OC 18,21.
21. *Ibid.*, § 922.





procesos primario y secundario en su obra capital sobre los sueños. En tercer lugar, aun recordando que la noción de sexualidad es muy amplia en la obra de Freud, afirma que no se puede negar el simbolismo sexual que él señala, pues la literatura y la mitología lo confirman. Todo ello se explicita en los tres primeros textos de este volumen, de 1906, 1908 y 1909, basados en un material empírico interpretado desde la noción clave de complejo. Junto a ellos, en su folleto *El contenido de las psicosis*, de 1908[22], escribe que «el camino hacia la psiquiatría del futuro (...) sólo puede ser el camino de la psicología»[23], y una psicología de lo inconsciente como es el psicoanálisis.

Las conferencias en la Universidad de Clark impulsan internacionalmente al psicoanálisis. Las cinco intervenciones de Freud —recogidas en su *Psicoanálisis*— establecen los puntos fundamentales de este nuevo saber. En la primera conferencia trata de la diferencia entre consciencia e inconsciente a partir de la escisión histérica, reconociendo el papel desempeñado por Breuer. En la segunda introduce los conceptos de «resistencia» y «represión». En la tercera, junto al término «complejo», aportación de la escuela de Zúrich, los procesos de elaboración del sueño, «condensación» y «desplazamiento», presentes en lapsus, equivocaciones y olvidos, como modo de expresión de lo inconsciente. En la cuarta se refiere a la sexualidad infantil y el «complejo nuclear» del Edipo. En la quinta, por último, se centra en la «regresión» y la «transferencia». Freud fue doctorado *honoris causa* en Derecho por esa Universidad debido a sus aportaciones a la psicología.

Por su parte, Jung se ocupa del experimento de asociación[24], de la influencia de la familia en el individuo[25] y de la evolución de la sexualidad en los niños —siguiendo la vía abierta por del «caso Juanito» de Freud— a partir de la evolución de su propia hija Ágata, estudiado en *Sobre conflictos del alma infantil*[26], donde se revela el valor de la educación sexual infantil individualizada y se introduce el término «introversión». Se comprende que el doctorado concedido en su caso lo fuera por su contribución a la higiene social y la educación. Las aportaciones de Freud y Jung fueron publicadas al año siguiente en el *American Journal of Psychology*, traducidos por A. A. Brill.

22. OC 3,2.
23. *Ibid.*, § 332.
24. OC 2,10.
25. OC 2,11.
26. OC 17,1, revisado en 1946.

Como ya sabemos, la causa psicoanalítica se dotará a partir de 1909 de una primera publicación, el *Anuario*. En el primer número, de 600 páginas, se encuentran textos tan importantes como el caso Juanito y el «hombre de las ratas», de Freud, o «Introyección y transferencia» de Ferenczi. El artículo de Jung, «El significado del padre para el destino del individuo» (capítulo 14 de este volumen, revisión de 1949 del escrito original), presenta varios casos clínicos —de adultos y niños— refiriéndose a la aplicación del experimento de asociación sobre la constelación familiar e introduce el término «imago» para diferenciar la realidad psíquica frente a la realidad objetiva. Este artículo decepcionará a Abraham, quien discutirá con Freud hasta qué punto el psicoanálisis otorga tanta importancia a la figura del padre. En cualquier caso, el término «imago», como el de «complejo», formará parte desde entonces del vocabulario psicoanalítico.

A partir de 1910, al *Anuario* se le suma la *Revista*, a raíz del II Congreso que da vía libre a la Asociación Internacional. En el segundo número de aquél, con casi 800 páginas, Jung publica además de *Sobre conflictos del alma infantil*, «*Referata* sobre trabajos psicológicos de autores suizos»[27] y «Acerca de la crítica al psicoanálisis» (capítulo 7 de este volumen). En la *Revista* saldrá «Una contribución a la psicología del rumor» (capítulo 4 de este volumen). En todos ellos Jung se centra en la psicología sexual infantil, en el mejor estilo freudiano.

Empezará a ver las cosas de otro modo a partir de sus investigaciones mitológicas a la vuelta del viaje americano de 1909. En el *Anuario* de 1911, de alrededor de 900 páginas, con contribuciones como el caso Schreber, de Freud, Jung presenta su primera parte de *Transformaciones...*, además de las reseñas de los libros de Bleuler[28], Hitschmann[29] y Prince (capítulo 6 de este volumen).

En la *Revista* publica «Una contribución al conocimiento de los sueños con números» (capítulo 5 de este volumen). Respecto a este último artículo tal vez sea útil recordar la única vez que Jung acudió a una velada de los miércoles, el 6 de marzo de 1907, con ocasión de su primera visita a Freud en compañía de Binswanger. Ese día se trataba el caso, presentado por Adler, de un aristócrata ruso judío con un gran «complejo judío», que padecía tartamudez y una compulsión a contar 3, 7 y 49 con la cabeza sumergida en agua. La opinión de Freud al respecto es que «tal vez el 3 represente el pene

27. OC 18,26.
28. OC 3,4.
29. OC 18,27.

cristiano, el 7 el pequeño pene judío y el 49 el gran pene judío. El pene judío más pequeño está representado en la compulsión por el número más grande».

Generalizando a los sueños con números, Freud afirma que «todo está determinado, hasta en el menor detalle, y nada es casual». La lectura de uno estos sueños realizada por Jung algunos años más tarde no se referirá a la anatomía ni a las diferencias culturales, sino al adulterio y la esterilidad, resaltando los aspectos transferenciales. Cuando se publica este texto de Jung Freud es muy crítico con el biologismo de Adler, que ya no está a su lado.

Jung también centrará su atención en la transferencia en su crítica reseña al libro de M. Prince. En el caso de la reseña del libro de Bleuler, resalta la importancia de la «ambivalencia» delimitada por Bleuler, que asimila a la «resistencia» freudiana, cuyo origen en un complejo ligado a la evolución sexual también puede verse en la esquizofrenia —ese mismo año ha reelaborado Bleuler la antigua demencia precoz en su libro capital—, concluyendo que «hoy no debe dudarse de que la esquizofrenia posee esencialmente los mecanismos de cualquier otra "psiconeurosis" (...) y sus síntomas individuales sólo pueden estudiarse desde el psicoanálisis»[30].

En julio de 1911 Jung se encuentra en Londres, donde pronuncia una conferencia en la sección de psiquiatría de la Real Academia de Medicina, «Sobre el problema de la psicogénesis en las enfermedades mentales»[31]. Empieza cuestionando el materialismo que rige en la psiquiatría, que desdeña los determinantes psicológicos, y en la psicología, encerrada en laboratorios. No es optimista respecto a la terapia de la psicosis, que exige un tiempo prácticamente ilimitado, pero sabe que gran parte de la peor sintomatología se debe a las condiciones hospitalarias, que cronifican lo que podría haberse curado en un inicio. Presenta el estudio de la psicogénesis como la clave para la comprensión y el tratamiento de toda psicopatología.

De ese mismo año trata su «Breve panorama de la psicología de los complejos»[32], su contribución al Congreso Médico Austral-Asiático. Ahí puede leerse que «los síntomas, tanto de la neurosis como de la demencia precoz, y tanto si son de naturaleza física como psíquica, se originan en el complejo, como la escuela de Freud ha descrito minuciosamente»[33]. En ese mismo texto utilizará por pri-

30. OC 3, § 437.
31. OC 3,6. Publicado inicialmente en 1919.
32. OC 2,18. Publicado inicialmente en 1913.
33. OC 2, § 1354.



mera vez la expresión «psicología analítica», que identifica con la «psicología profunda» de Bleuler.

A finales de ese año Freud publica en la *Revista* «Grande es Diania Efesia». Con ese grito las fuerzas vivas de Éfeso se rebelaron contra san Pablo y los judíos. Y sigue: «La Congregación de Éfeso, fundada por Pablo, no le mantuvo fidelidad durante mucho tiempo. Cayó bajo la influencia de Juan (...) sin que cambiaran mucho las condiciones anteriores». Es decir, la revolución psicoanalítica peligraba en manos de Jung, que estaba rebajando el valor de la sexualidad para ser aceptado en sociedad.

En 1912, la publicación de «Nuevos rumbos de la psicología» crea revuelo en Zúrich. En ese texto Jung no hace sino señalar la insuficiencia de la psicología y psiquiatría experimentales, que él promocionó, para conocer el alma humana, y la importancia de la psicología de Freud, que «podría denominarse *psicología analítica*», reservando el término «psicoanálisis» exclusivamente para el «método» de Freud[34]. A raíz de ese revuelo escribe una serie de cartas, de las cuales en este volumen se recoge «Acerca del psicoanálisis» (capítulo 8), donde habla del «método educativo» del psicoanálisis, que afecta a «todos los ámbitos de la vida», no sólo al sexual. En las otras cartas[35] señala que para evitar malentendidos sobre el concepto de sexualidad en psicoanálisis conviene leer a Freud, a Bleuler y a Riklin además de sus propias obras más a que a los adversarios, tachados de ignorantes.

En marzo de ese año se publica el primer número de *Imago*, donde Freud inicia las entregas de *Tótem y tabú*, su respuesta a *Transformaciones...* Freud pide colaboraciones de Jung para esta revista dirigida por Rank y Sachs y deja entrever hasta qué punto no competirá con el *Anuario*. En esa época ya pueden rastrearse las hostilidades entre Freud y Jung, aunque éste no deja de alabar los escritos técnicos de aquél. El 22 de marzo Jung comunica a Freud que ha recibido la invitación de la Universidad de Fordham. Freud le responde al respecto que «todo el mundo admitirá que su viaje sirve a los intereses del psicoanálisis». Tres meses después, en junio, escribirá a Ferenczi que ese viaje no augura nada bueno. Ese mismo mes Jung está en Berna, en cuya Sociedad Médico-Farmacéutica, frente al patriarca de la psicoterapia en Suiza, P. C. Dubois, presenta el psicoanálisis, creado por Freud, como «una teoría radical que puede utilizarse junto a otros métodos»[36].

34. OC 7, § 410.
35. OC 18, 29.
36. OC 18, § 1051.

Sin embargo, Jung está más bien inmerso en la redacción de la segunda parte de *Transformaciones...*, que intuye le separará de Freud. En agosto tiene preparadas las conferencias de Fordham, una síntesis de este libro, con un último capítulo ya presentado en el I Congreso Internacional de Pedagogía de Bruselas un año antes, y que traducirán al inglés M. Moltzer, quien le ayudaba con sus pacientes anglonorteamericanos, y los esposos Eder, puntales del psicoanálisis en Londres.

La publicación de la segunda parte de *Transformaciones...* en el volumen 4 del *Anuario*, con textos de Bleuler, Freud, Rank, Brebelskaja, Silberer, Jung, Spielrein, Nelken, Jones, Maeder y Rosenstein, y las malas noticias de Jones sobre el éxito de Jung en Norteamérica provocaron la separación definitiva.

Sabemos que Freud rompe con Jung en enero de 1913 y que su último encuentro fue en el triste IV Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis en Múnich durante el primer fin de semana de septiembre. Un mes antes, Jung está en Londres, participando en el XVII Congreso Médico Internacional. En su intervención (capítulo 11 de este volumen), Jung se distancia de Freud y comenta que «quisiera proponer que se liberara a la teoría psicoanalítica de la perspectiva exclusivamente sexual. En su lugar yo introduciría un *punto de vista energético* en la neuropsicología»[37], para terminar diciendo que «el psicoanálisis aparece (...) no ya como una mera reconducción del individuo a sus deseos sexuales primitivos, sino, entendido correctamente, como una tarea altamente moral de infinito valor educativo»[38].

Unas semanas después del Congreso aparece el primer número de la *Revista Internacional*. Jung interviene con un crítico artículo en defensa de su discípulo Nelken[39] y, con él, de la libertad de investigación: «Nuestros intentos de desarrollar y ampliar los descubrimientos anteriores han dado lugar al absurdo chisme de un cisma. Algo de este tipo sólo puede ser un invento de gente para quien las hipótesis científicas son artículos de fe (...) Mis puntos de vista científicos cambian con mi experiencia y descubrimientos, como siempre ha ocurrido en la ciencia. Me resultaría sospechoso que no fuera así»[40]. El grueso del número está dedicado a la respuesta del comité secreto, incapaz de forzar la dimisión de Jung en el Congreso, a sus planteamientos.

37. § 566 del presente volumen.
38. § 575 del presente volumen.
39. OC 18,31.
40. *Ibid.*, § 1064.

La crítica a las propuestas junguianas sobre la libido y el incesto supone una descalificación total. Abraham, que se ocupa de las conferencias americanas, señala que «Jung ha hecho una exposición totalmente incorrecta de las enseñanzas de Freud» en «contradicción con sus anteriores escritos» sobre sexualidad infantil. Considera que tiende «hacia la psicología superficial» de W. Stern y que con su tratamiento del sacrificio (último capítulo de *Transformaciones...*) se «convierte en un téologo». Abraham percibe «en los escritos de Jung la obra de tendencias primordialmente destructoras y reaccionarias; no puedo ver ningún signo de consecuciones positivas o constructivas» y concluye que «Jung no tiene ya el derecho de aplicar la designación de "psicoanálisis" a las opiniones que propone». Como vemos, comentarios mucho más duros que los del propio Freud sobre esta misma obra.

Por su parte, Ferenczi, al analizar *Transformaciones...*, aunque subraya los muchos méritos del estudio, apela «a estar en guardia, a no dejarnos seducir por lo que hay de cierto en la obra». Presenta el estudio de Jung como el inverso de los de Abraham y Rank y, refiriéndose a que el caso que comenta, Miss Miller, no ha sido tratado por él, considera muy «lamentable que Jung intente apoyar su tentativa en un nuevo modo de interpretación, precisamente sobre un material cuya investigación no puede realizar personalmente», olvidando aquí que lo mismo hizo Freud con Schreber. Considera su primer capítulo («Las dos formas del pensamiento») basado en el texto de Freud «Los dos principios del suceder psíquico», cuando es precisamente al revés, y acusa a Jung de «emitir juicios de valor que no pertenecen sólo a la psicología sino también a la moral y a la teología», concluyendo que «no podemos embarcarnos en la discusión planteada por Jung en esta ocasión sobre el valor mayor o menor de la religión cristiana».

Ferenczi habla de «la propensión de Jung a dar pura y simplemente valor de decreto a la hipótesis que le resulta más simpática», y minusvalora como «especulación personal de Jung» su concepto de libido, separado por «un abismo» de la concepción de Freud, quien «permanece constantemente bajo el control de experiencias sacadas de la psicología individual». Después de hacer prevalecer las hipótesis de Abraham sobre las de Jung respecto a las psicosis, ve a éste tan unilateral como a Adler y cree que «se ha dejado llevar por el deseo de eliminar el término "inconsciente" para reemplazarlo por otros vocablos». Define la obra como sistematización filosófica más que como investigación científica, que no guarda «más que un cierto parecido con el psicoanálisis». Para rematar, en este primer número de la *Revista Internacional*, Jones achaca a

Jung un «complejo de dios» que revela un «narcisismo colosal», presentándole como un «psicótico que no puede admitir la existencia de ningún otro Dios».

Jung, sabiendo orquestado por Freud este ataque en toda regla, que explica la actitud en Múnich de la guardia freudiana, comenta con cierta ironía a P. Bjerre, en una carta del 10 de noviembre, que «hasta ahora no era antisemita, pero me temo que voy a serlo a partir de ahora». Todavía faltaba la crítica de Freud.

Esta crítica aparece en 1914, en el nuevo *Anuario* sin Jung, donde se publica la «bomba» de Freud sobre el movimiento psicoanalítico y su artículo sobre el narcisismo. En el primero de estos textos llama la atención sobre las importantes aportaciones de la escuela de Zúrich y de Jung, en quien tanta confianza puso para ser decepcionado amargamente después. Señala que «de los dos movimientos aquí examinados [el de Adler y Jung] es, desde luego, el de Adler el más importante». Acusando a Jung de haber «desatendido de nuevo la poderosa melodía primitiva de los instintos», de desconocer la importancia de los sueños y no haber comprendido qué es lo inconsciente, recuerda que «la modificación de Jung (...), como lo han hecho resaltar todos sus críticos (Abraham, Ferenczi, Jones) es tan oscura, opaca y confusa, que ha sido mal interpretada y no se sabe aún cómo llegar a su exacta comprensión». Freud no reconoce «las innovaciones de los suizos como continuación y desarrollo legítimos del psicoanálisis por mí iniciado», por lo que «la nueva teoría, que quisiera sustituir al psicoanálisis, supone un desgaje del mismo y un abandono total del análisis».

A su vez, en *Introducción al narcisismo* expone que «las investigaciones de la escuela suiza, no obstante sus merecimientos, sólo han logrado arrojar alguna luz sobre dos puntos del cuadro de la demencia precoz: sobre la existencia de los complejos comunes a los hombres sanos y a los neuróticos y sobre la analogía de sus fantasías con los mitos de los pueblos, sin que hayan podido conseguir una explicación del mecanismo de la enfermedad. Así, pues, podremos rechazar la afirmación de Jung de que la teoría de la libido ha fracasado en su tentativa de explicar la demencia precoz, quedando, por tanto, excluida su aplicación a las psicosis». En suma, Jung había errado el camino y su obra a partir de este momento no podía ser denominada psicoanálisis y, por haber querido «sustituir» al psicoanálisis, Jung era un adversario al que había que tratar como tal. Jung sería obligado al ostracismo, expulsado de la Causa y tratado como traidor y, al no ser judío, como antisemita. El estereotipo, que se iría enriqueciendo con el tiempo y los rumores, circula hasta hoy en amplios círculos.

Después de la ruptura

El rechazo absoluto de los últimos escritos de Jung por parte de sus antiguos colegas en los albores de la Primera Guerra Mundial aceleró su crisis personal, iniciada en diciembre de 1912 y que se intensificaría al estallar en agosto de 1914 la Gran Guerra. Entra así en el periodo que en *Recuerdos, sueños, pensamientos* se denomina «confrontación con lo inconsciente», cuando no puede hacer otra cosa que atender con cuidado y paciencia a las imágenes espontáneas que surgen de su interior, en forma de sueños, fantasías y recuerdos. Se ve jugando como un niño con piedras a orillas del lago y embargado por emociones que apenas logra apaciguar mediante el yoga. Le asaltan visiones de destrucción que no puede dejar de caracterizar como psicóticas y los sueños le sumen en la mayor perplejidad. Lo único que podía hacer era levantar acta de sus fantasías, descubriendo que las emociones volvían a su cauce cuando era capaz de captar la imagen subyacente.

Aparecieron así las personificaciones del sabio Elías y Salomé la ciega, acompañados por una serpiente negra, y, al final, Filemón, su gurú espiritual, compensado más tarde con el *ka*, «un espíritu de la naturaleza». Esta inmersión en su imaginación le permitió acceder a la realidad del alma, la objetividad de la psique, hasta tal punto que cincuenta años después diría que «mi ciencia fue el medio y la única posibilidad de salir de aquel caos (...) Invertí todas mis fuerzas para comprender todos los temas, cada imagen particular, ordenarlas lo más racionalmente posible y realizarlas en vida».

Aferrado a su familia y su profesión, la *nekya* de estos años no le destruyó sino que le fortaleció. En ese proceso tuvieron importancia primordial el *Libro Negro* y su reorganización en el *Libro Rojo*, los *Septem sermones ad mortuos*, «un cierto croquis y resumen del contenido general de lo inconsciente» escritos en 1916, el mismo año que «La función transcendente»[41], y los mándalas que pinta cotidianamente entre 1918 y 1919 en el acuartelamiento de la neutral Suiza donde se encuentran los prisioneros de guerra ingleses. A través de ese proceso comprendió que existe un centro que guía el proceso de desarrollo psíquico, «una *circumambulatio* alrededor del sí-mismo». Esa seguridad le permite retomar la línea abierta por su ponencia en el último congreso psicoanalítico siete años antes y profundizar sus estudios para redactar *Tipos psicológicos*, cuya publicación en 1921 demuestra que para entonces Jung ha sanado de su «enfermedad creativa». Como termina el capítulo que Jung escribe sobre Freud en sus memorias, «Sigfrido, el héroe, ya no se adecuaba más a mí».

41. OC 8,2.

Cuatro décadas más tarde pudo concluir que «los años en que trataba de aclarar las imágenes internas constituyeron la época más importante de mi vida, donde se decidió todo lo esencial (...) Toda mi actividad posterior consistió en perfeccionar lo que brotó de lo inconsciente, inundándome en un principio. Constituyó la materia prima para la obra de mi vida».

El escenario que *Recuerdos, sueños, pensamientos* ofrece de ese periodo parece traslucir un aislamiento completo de este príncipe destronado del psicoanálisis, repudiado por quienes se acercaron gracias a él a este nuevo saber. Sin embargo, Jung no deja de publicar durante estos años y a su alrededor va creciendo un amplio grupo de seguidores que le apoyarán incondicionalmente.

En julio de 1914, un mes antes del estallido de la guerra, Jung dicta en la sección de neurología y medicina psicológica de la Asociación Médica Británica su conferencia «Sobre el significado de lo inconsciente en psicopatología»[42]. En ella define lo inconsciente como «todos los procesos psíquicos que están bajo el umbral de la consciencia»[43]. Recordando que «en las personas normales la función principal de lo inconsciente consiste en efectuar una compensación y producir un equilibrio»[44], entiende el trastorno mental como una ruptura de ese equilibrio y los síntomas —la emergencia de lo inconsciente— como un intento de compensación, esto es, «el comienzo de un proceso curativo»[45].

Ese año turbulento, además de la correspondencia con Loÿ (capítulo 12 de este volumen), en torno a los aspectos técnicos de la psicoterapia, se publica una segunda edición de *El contenido de las psicosis*, con un suplemento, «Sobre la comprensión psicológica de los procesos patológicos»[46], donde diferencia el método freudiano, analítico reconstructivo, de su própio método, sintético constructivo, que pueden complementarse sin problemas en el trabajo práctico.

También en 1914 se inicia la publicación de los *Tratados psicológicos*, una colección de los textos escritos según los planteamientos junguianos, ya que «el estado presente de la psicología parece recomendar que las escuelas o movimientos tengan sus propios órganos de publicación»[47].

42. OC 3,5.
43. *Ibid.*, § 441.
44. *Ibid.*, § 449.
45. *Ibid.*, § 458.
46. OC 3,3.
47. OC 18, § 1825.

En 1916, gracias al apoyo de Edith Rockefeller, se crea el Club Psicológico de Zúrich para la reunión social y el trabajo intelectual y psicológico de los primeros discípulos y seguidores de Jung, y se publica en inglés una amplia selección de sus escritos, presentados ya como psicología analítica (capítulo 13 de este volumen).

La vía junguiana se va consolidando en el mundo anglosajón, con un momento especial en la Conferencia Internacional de Mujeres Médicos del 15 de septiembre al 24 de octubre de 1919 en Nueva York, donde C. Long, de Londres, y B. Hinkle, profesora en Cornell, presentaron comunicaciones de psicología analítica. En esa ocasión Long conoció a K. Mann, E. Bertine y E. Harding, pioneras de la psicología analítica en los Estados Unidos.

Mientras, el psicoanálisis sigue su rumbo. Tras la Primera Guerra Mundial se celebra el V Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis en Budapest los últimos días de septiembre de 1918. Se tratará en él un asunto propuesto desde el principio por Jung, el análisis didáctico. Sin embargo, no se instaurará como norma hasta el VIII Congreso de Bad Hombourg, en 1925. El comité secreto, al que en 1919 se une M. Eitingon, controla férreamente la política del psicoanálisis. Sin embargo no logró resolver los problemas por los que aparentemente surgió. Siguieron los conflictos entre los judíos y Jones, el único no judío, razón por la que ocuparía la presidencia del movimiento entre 1934 y 1949. Aparecieron tensiones entre los alemanes y los austríacos; entre Freud con Rank y Ferenczi —quienes en 1924 hicieron justicia a Jung y Adler como vías legítimas— y con Sachs; entre Ferenczi y Jones, antiguo analizando suyo; entre los «ortodoxos» y los renovadores... En 1927 se disolvió el «Comité Secreto», tras haber enfrentado las disidencias de M. Klein —acusada de junguiana— y W. Reich durante los primeros años veinte.

Jung no dejaría de referirse a Freud a lo largo de su obra científica y escribiría específicamente sobre él en ocasiones señaladas, como su fallecimiento[48]. El capítulo que cierra este volumen, «La contraposición entre Freud y Jung», publicado en 1929, se centra precisamente en la inevitable diferencia de presupuestos, psicológicos y sociales, que explica su aparente oposición. De esa lectura tipológica concluye la necesidad de conocer, asumir y confesar los propios presupuestos que determinan los puntos de vista científicos y vitales de cada cual, para evitar de ese modo la unilateralidad dogmática.

48. OC 15,3 y 4.



Por eso Jung nunca se consideró un adversario de Freud, sino un continuador de su obra. En 1953, sus respuestas a una entrevista sobre su opinión acerca de Freud[49] son muy claras: «Acepto los hechos que Freud ha descubierto, pero sólo parcialmente su teoría (...) Únicamente pongo objeciones a la exclusividad de la sexualidad (...) La contribución de Freud a nuestro conocimiento de la psique es sin duda de la mayor importancia (...) Discrepo de Freud en su materialismo, su credulidad (la teoría del trauma), sus presupuestos arbitrarios (teoría del tótem y el tabú), y su punto de vista asocial, meramente biológico». Termina diciendo: «Nunca me propuse criticar a Freud, a quien tanto debo. Me ha interesado mucho más continuar por la vía que abrió, promover la investigación de lo inconsciente, tan tristemente desdeñada por su propia escuela»[50].

A fin de cuentas, Jung reivindicaba para sí y para los demás la libertad de seguir las inclinaciones personales frente a la dependencia de discípulos y seguidores. Como comenta a J. H. van der Hoop en una carta de enero de 1946: «Sólo puedo esperar y desear que nadie se vuelva "junguiano". No defiendo ninguna doctrina, sólo describo hechos y adelanto algunas ideas que considero dignas de discusión (...) Detesto a los "partidarios ciegos". Dejo a cada cual la libertad de ocuparse a su manera de los hechos, pues la misma libertad quiero para mí».

49. OC 18,32.
50. OC 18, § 1076.

FREUD Y EL PSICOANÁLISIS

1

LA DOCTRINA DE FREUD ACERCA DE LA HISTERIA. RÉPLICA A LA CRÍTICA DE ASCHAFFENBURG*

1 Al proponerme responder a la crítica, en general tan medida y cuidadosa, que Aschaffenburg** hace a la teoría freudiana de la histeria***, manifiesto mi deseo de evitar que en este caso se arroje al niño con el agua del baño. Ciertamente, Aschaffenburg no dice en ningún lugar que la importancia de Freud se reduzca a la teoría de la histeria. Pero el público médico (incluidos los psiquiatras) conoce a Freud sobre todo por este particular y resultaría fácil proyectar una intensa sombra sobre los restantes méritos científicos de Freud a causa de esta crítica. También quisiera señalar de antemano que mi respuesta no va personalmente dirigida a Aschaffenburg, sino a toda la corriente de opiniones y deseos que encuentran elocuente expresión en el trabajo de ese autor.

2 La crítica de Aschaffenburg se limita exclusivamente al papel que, a juicio de Freud, desempeña la sexualidad en el origen de las psiconeurosis. La crítica no afecta por tanto lo más mínimo a la psicología de Freud, es decir, la psicología del sueño, del chiste y de los trastornos del pensamiento habitual debidos a constelaciones emocionales; afecta tan sólo, y parcialmente, a la psicología de la sexualidad, de los determinantes de los síntomas histéricos y del método del psicanálisis****. En todos estos campos posee Freud

* Publicado en *Münchener medizinische Wochenschrift* LIII/47 (1906).

** «Die Beziehungen des sexuellen Lebens zur Entstehung von Nerven- und Geisteskrankheiten» (cf. Bibliografía para esta y sucesivas referencias bibliográficas).

*** «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» («Análisis fragmentario de un caso de histeria»).

**** En el original alemán se mantiene, en este trabajo y en el siguiente, la denominación inicial *Psychanalyse* [psicanálisis], posteriormente, desde el viaje con Freud y Ferenczi en 1909 a Estados Unidos, y hasta hoy, *Psychoanalyse* [psicoanálisis].

méritos únicos que sólo podría cuestionar quien no se haya tomado la molestia de comprobar experimentalmente el curso de sus argumentaciones. Hablo de «méritos», no que suscriba incondicionalmente todos los postulados de Freud. Pero también es un mérito, y a menudo no el menor, *plantear problemas fecundos*. Ni siquiera el adversario puede negarle por principio a Freud este mérito.

3 Para no ser innecesariamente prolijo, dejo fuera de discusión aquellos puntos a los que no afecta la crítica de Aschaffenburg y me limito a lo que en ella se cuestiona.

4 Freud sostiene que en la raíz de *la mayor parte* de las psiconeurosis se encuentra un trauma sexual. ¿Es absurda esta afirmación?

5 Aschaffenburg mantiene el punto de vista, hoy reconocido de forma bastante general, de la histeria como padecimiento *psicógeno*. La histeria, así pues, tiene sus raíces en la psique. Sería llevar agua al mar volver a señalar explícitamente que la *sexualidad* es un elemento del alma *fundamental en grado extremo*, un elemento sobre cuya dimensión e importancia, dada la reconocida insuficiencia de nuestra psicología empírica, aún no nos hacemos una idea. Sólo sabemos que podemos encontrar la sexualidad en cualquier parte. ¿Hay otro factor anímico, otro impulso fundamental, aparte del hambre y sus derivados, que tenga una significación comparable para la psicología humana? Yo no sabría citar ninguno. Que tan importante y decisivo elemento integrante del alma conduzca a tal cantidad de conflictos sentimentales y, en consecuencia, de trastornos afectivos, es sencillamente obvio, y una ojeada a la vida real no muestra precisamente lo contrario. Por ello, la concepción de Freud es altamente probable, pues en principio deriva la histeria de conflictos psicosexuales.

6 Pero, ¿qué decir de la particular opinión de Freud según la cual *toda* histeria podría reducirse a la sexualidad?

7 Freud no ha examinado todas las histerias del mundo. Su tesis está sometida por lo tanto a la limitación general de los axiomas empíricos. Simplemente ha encontrado confirmada su opinión en los casos observados, que representan una fracción infinitamente pequeña de todas las histerias. Cabe pensar que existan una o múltiples formas de histeria que Freud aún no haya observado en absoluto. Finalmente, también el material constelado en los escritos de Freud puede haberse vuelto en ciertos aspectos algo unilateral.

8 Su tesis, en consecuencia, y seguramente de acuerdo con el autor, podrá modificarse en el siguiente sentido: *una cantidad, indefinida en principio, de casos de histeria tiene raíces sexuales.*

9 ¿Ha demostrado alguien que esto no sea cierto? Naturalmente, por «demostrar» entiendo la aplicación del método psicoanalítico de Freud, no someter simplemente al paciente a un interrogatorio

como un examen de doctorado, para asegurar después que no puede demostrarse nada sexual. Desde luego, a tales «demostraciones» no hay que hacerles ningún caso. Recíprocamente, también debería darse la razón a quien examina con una lupa un preparado bacteriano y afirma que no hay bacterias en él. La aplicación del método psicanalítico es, lógicamente, *conditio sine qua non*.

10 La objeción de Aschaffenburg de que no hay nada sexual en toda histeria traumática debida a otros traumas muy claros, parece ser muy certera. Pero las fronteras de la histeria traumática, como muestran los ejemplos de Aschaffenburg (en concreto, tiesto que cae/paralización de las cuerdas vocales), son muy amplias. De esta forma otros innumerables casos de histeria forman parte de las «traumáticas», puesto que ¡cuántas veces un pequeño susto provoca un nuevo síntoma! Aunque el propio Aschaffenburg no creerá que haya alguien tan ingenuo como para buscar la causa del síntoma sólo en un pequeño afecto. La consecuencia inmediata es, claro está, que un caso así ya era histérico mucho antes. Si, por ejemplo, suena un disparo y una muchacha que pasa casualmente contrae por ello una abasia, habrá que suponer tranquilamente que aquí sólo se ha desbordado el vaso que ya estaba mucho antes a punto de rebosar. Para probar esto no se necesita habitualmente ningún arte especial. Casos como éste, y la legión de todos los similares, no demuestran por lo tanto absolutamente nada en contra de Freud.

11 Quizá las cosas sean algo distintas en los *sueños físicos* y en la *histeria de renta*. Aquí, donde concurren trauma y perspectivas afectivamente acentuadas de obtener dinero, se produce una situación emocional que hace que parezca cuando menos muy comprensible el desencadenamiento de una forma específica de histeria. Posiblemente aquí no sería válida la interpretación freudiana. A falta de otras experiencias, yo me inclino por este punto de vista. Ahora bien, quien quiera ser completamente imparcial y científico tendrá que demostrar, evidentemente en primer lugar, que una constelación sexual nunca ha preparado los caminos a la histeria, esto es, que en estos casos el psicanálisis no conduce a ninguna parte. De cualquier modo, lo único que, en el mejor de los supuestos, demuestra la objeción de la histeria traumática es que no todos los casos de histeria tienen raíces sexuales. *Pero con ello no queda invalidado el principio freudiano modificado anteriormente.*

12 Para refutar esa tesis no hay otra vía que la *aplicación del método psicanalítico*. Quien no lo aplique no refutará nunca a Freud, puesto que lo que debe demostrarse aplicando el método es o bien que en la histeria uno halla cosas totalmente distintas a las sexuales

o bien que ese método es completamente inservible para sacar a la luz material psíquico íntimo.

13 ¿Puede Aschaffenburg proporcionar la prueba de su crítica en estas condiciones?

14 Cierto que oímos hablar de «intentos» y «experiencias», pero nada acerca de que el crítico haya aplicado con alguna frecuencia el método ni que, además, y esto es importante, lo maneje *con seguridad*. Cita como ejemplo una serie de interpretaciones freudianas, desde luego bastante sorprendentes, que seguramente dejarán perplejo a quien las lea desprevenido. Ciertamente, él mismo señala la insuficiencia de estas citas sacadas de su contexto, pero espero que no resulte excesivo si vuelvo a hacer especial hincapié en que precisamente en cuestiones psicológicas el contexto lo es todo. Estas interpretaciones freudianas son el resultado de innumerables experiencias y conclusiones. Si meramente se aducen resultados sin las premisas psicológicas nadie podrá entenderlos.

15 Cuando Aschaffenburg declara arbitrarias esas interpretaciones y sostiene que, a su juicio, otras interpretaciones son igualmente posibles, o que tras los hechos referidos no hay absolutamente nada, sencillamente debería demostrar con sus propios análisis que estas materias y otras similares son susceptibles de interpretaciones distintas. Entonces, por supuesto, la cosa quedaría rápidamente zanjada y todos le estaríamos agradecidos por el esclarecimiento de esta cuestión. Igual de sencillas son las cosas respecto del «olvido» freudiano y los actos sintomáticos, que Aschaffenburg confina al ámbito de la mística. Estos fenómenos son extraordinariamente frecuentes, hasta el punto de encontrárselos prácticamente a diario. Por ello no es pretender demasiado si se espera del crítico que, sobre la base de ejemplos prácticos, explique cómo los fenómenos mencionados pueden remitir a causas totalmente distintas. El experimento de asociación le proporciona material abundante. Así realizaría un trabajo creador por el que no sabríamos estarle suficientemente agradecidos.

16 En cuanto Aschaffenburg haya cumplido con estos requisitos, es decir, haya publicado psicanálisis con resultados totalmente distintos, estaremos dispuestos a creer en su crítica, y entonces podrá comenzar la discusión sobre la teoría freudiana. Pero hasta ahora la crítica sigue en el aire.

17 Aschaffenburg afirma del método psicanalítico que es *autosugestión*, tanto por parte del médico como del paciente.

18 Dejando aparte que el crítico aún está obligado a demostrar un conocimiento profundo del método, carecemos también de la prueba de que ese método sea autosugestión. Hace ya mucho tiempo



que señalo en mis trabajos que el experimento de asociación[1] que he desarrollado proporciona en principio los mismos resultados, de modo que el psicanálisis no es en realidad más que un experimento de asociación, algo que, por otro lado, el mismo Aschaffenburg señala en su crítica. La afirmación de que yo he hecho uso del experimento sólo en un caso es errónea, puesto que ha sido empleado con este objeto en muchísimos casos, lo que debiera resultar claro después de las múltiples indicaciones que se encuentran en mis trabajos y de los de Riklin, aparecidos hace ya algún tiempo. Aschaffenburg puede en cualquier momento verificar *experimentalmente* mis afirmaciones y, en la medida que coincidan con las mías, las de Freud. De ese modo se hará con los fundamentos exactos del psicanálisis.

19 Que los experimentos no tienen nada que ver con la autosugestión se desprende fácilmente de su aplicabilidad en el *diagnóstico pericial experimental*. El paso que va del experimento de asociación, ya bastante complicado en sí, hasta el psicanálisis completo es realmente considerable. Pero mediante el estudio a fondo del experimento de asociación, a cuyo conocimiento Aschaffenburg mismo ha contribuido destacadamente, pueden adquirirse conocimientos inapreciables, que más tarde prestan utilísimos servicios en el análisis (por lo menos así ha sido en mi caso). Sólo cuando se ha pasado por esa ardua y fatigosa fase preparatoria puede emprenderse con alguna legitimidad el examen de la teoría freudiana sobre la autosugestión. Uno se vuelve entonces más benevolente y comprensivo al enjuiciar el estilo, un tanto apodíctico, de Freud. Uno empieza a entender lo extraordinariamente difícil que es *describir* asuntos psicológicos tan sutiles y refinados. La exposición escrita jamás está en condiciones de reproducir siquiera aproximadamente la realidad del psicanálisis, no hablemos ya de describirla de un modo que resulte convincente para el lector. En la primera lectura de los escritos de Freud me pasó lo mismo que a todos los demás: sólo pude poner signos de interrogación. Exactamente lo mismo le ocurrirá a quien lea por primera vez la descripción de mis experimentos de asociación. Felizmente, cualquiera puede repetir sin embargo los experimentos, y así comprobar por sí mismo lo que antes no creía. Es de lamentar que las cosas no ocurran así con el psicanálisis, puesto que éste presupone una combinación poco habitual de conocimientos especiales y de práctica psicológica que ni mucho menos posee cualquiera, aunque pueda adquirirse hasta un cierto grado.

1. Cf. *Diagnostische Assoziationsstudien*. Erster Band. [En OC 2.]

20 Mientras no sepamos si Aschaffenburg posee esa experiencia práctica, el reproche de *autosugestión* ha de tomarse tan poco en serio como el de *interpretación arbitraria.*

21 Aschaffenburg considera que la exploración de imaginaciones sexuales es en muchos casos *inmoral.*

22 La cuestión es muy delicada, porque allí donde la moral se inmiscuye en la ciencia sólo queda el recurso de oponer una creencia a otra. Situémonos, en primer lugar, en el punto de vista de la utilidad: aquí se plantea la cuestión de si la clarificación en materia sexual es o no perjudicial en todos los casos. La cuestión no puede contestarse en general, puesto que fácilmente se pueden aducir tanto casos a favor como en contra. Aquí decide únicamente la individualidad. Muchas personas soportan ciertas verdades, mientras otras no las soportan. Cualquier neurólogo hábil tomará sin duda en consideración este hecho. Un patrón rígido resulta aquí especialmente inadmisible. Dejando de lado que a determinados pacientes no les perjudica lo más mínimo la explicación en materia sexual, es sabido que existen no pocos pacientes con quienes no transcurre mucho tiempo sin que deban ser conducidos a este tema, si no son ellos mismos quienes por propia iniciativa conducen el análisis a ese punto. Y, por último, hay casos (he conocido más de uno) que sencillamente resultan inabordables mientras no se sometan las circunstancias sexuales a una revisión precisa, lo cual, en los casos que yo conozco, supone el mayor de los éxitos. Me parece por ello indudable que existen cuando menos muchos casos en los que la verbalización de las cuestiones sexuales no sólo no supone perjuicio alguno, sino que es útil sin más. A la inversa, no tengo inconveniente en reconocer que hay casos en los que la explicación sexual perjudica más que beneficia. Descubrir estos casos es algo que debe dejarse a la pericia individual del médico. Con ello me parece que también ha quedado solventado el problema moral. Los «elevados» puntos de vista morales proceden con demasiada facilidad de un esquema rígido que debe rechazarse enérgicamente, pues hace que resulte inoportuna su aplicación práctica.

23 En lo tocante a los efectos *terapéuticos* del psicanálisis, tanto para el carácter científico de la teoría de la histeria como para el método analítico resulta completamente indiferente el resultado terapéutico final. Mi convicción personal provisional es que el psicanálisis de Freud representa una más de las terapias posibles y que, en casos individuales, da mejores frutos que otras.

24 En lo que respecta a los resultados científicos del psicanálisis, nadie debe amedrentarse por lo que parecen monstruosidades, particularmente las citas contundentes. Probablemente Freud está ex-

puesto a muchos errores humanos; pero ello está muy lejos de excluir que, tras la extravagante envoltura, se encuentre oculto un núcleo de verdad sobre cuya importancia aún no podemos hacernos una idea satisfactoria. Rara vez ha salido una gran verdad a la luz del día sin accesorios fantásticos. ¡Piénsese en Kepler y Newton!

25 Por último, quisiera prevenir perentoriamente contra el punto de vista de Spielmeyer[2], que no puede condenarse con mayor severidad. Cuando se imputa ausencia de carácter científico no sólo a una teoría cuya fundamentación experimental ni siquiera se ha examinado, sino también a quienes se toman por sí mismos la molestia de verificar y ponderar, se está poniendo en peligro la libertad del método de investigación. Con independencia de que esté equivocado o no, Freud tiene perfecto derecho a ser oído en el foro de la ciencia. La justicia reclama que se verifiquen las tesis freudianas. Tirar a matar para luego olvidar es incompatible con la dignidad de una ciencia imparcial y libre de prejuicios.

26 Resumo:

1. Nunca se ha demostrado todavía que la teoría freudiana de la histeria sea un error en todos los casos.
2. Tal demostración, lógicamente, sólo podrá aportarla quien domine el método psicanalítico.
3. No se ha demostrado que el psicanálisis dé resultados diferentes a los de Freud.
4. No se ha demostrado que el psicanálisis se base en principios equivocados y que sea completamente inadecuado para la comprensión de los síntomas histéricos.

2. *Centralbl. f. Nervenheilk. u. Psychiat.* XXIX (1906). [Artículo sin título.]

2

LA TEORÍA FREUDIANA DE LA HISTERIA*

27 Seguramente representa una tarea difícil e ingrata exponer una concepción teórica que el propio autor no ha formulado de modo definitivo en parte alguna. El propio Freud no ha elaborado nunca una teoría definitiva de la histeria, sino tan sólo ha intentado ocasionalmente formular los resultados teóricos conforme al estado de su experiencia en cada momento. Lo formulado teóricamente por Freud debe ser valorado como una hipótesis de trabajo totalmente ajustada a la experiencia. Por lo tanto, no puede hablarse en la actualidad de una teoría freudiana de la histeria que sea consistente en su conjunto, sino únicamente de múltiples experiencias con determinados rasgos comunes. Puesto que no tenemos entre manos algo acabado y concluso, sino un proceso en desarrollo, la panorámica histórica será tal vez el modo más adecuado de presentación de la teoría freudiana.

28 Los presupuestos teóricos de la elaboración intelectual que Freud lleva a cabo en sus investigaciones se encuentran en la enseñanza experimental de Janet. La primera formulación de Breuer y Freud del problema de la histeria parte de la *disociación psíquica* y del *automatismo psíquico inconsciente*. Otro supuesto es la *importancia etiológica del afecto*, tan enérgicamente destacada por Binswanger** entre otros. Ambos supuestos, junto a las experiencias recogidas por la teoría de la sugestión, dan por resultado una

* Conferencia pronunciada en el Primer Congreso Internacional de Psiquiatría y Neurología, celebrado en Amsterdam en septiembre de 1907. Publicada en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie* XXIII/4 (1908), pp. 310-322.

** «Freud'sche Mechanismen in der Symptomatologie der Psychosen».

concepción de la histeria como *neurosis psicógena*, hoy probablemente reconocida de forma generalizada.

29 El objetivo de la investigación de Freud es descubrir con qué medios y de qué manera trabaja el mecanismo de la producción de síntomas histéricos. Con ello no se pretende otra cosa que llenar minuciosamente la laguna, aún por rellenar, en la larga cadena que va de la causa inicial al síntoma último; laguna que, hasta el momento, nadie ha conseguido colmar. El hecho, que se impone a cualquier observador suficientemente atento, del papel etiológicamente decisivo que desempeñan los afectos en la aparición de los síntomas histéricos hace que nos resulten comprensibles sin más los resultados de la primera comunicación de Breuer-Freud del año 1893; sobre todo el principio establecido por ambos autores según el cual el *histérico padece fundamentalmente de reminiscencias*, esto es, de complejos de representaciones afectivamente acentuados que, debido a ciertas condiciones especiales, impiden que el afecto inicial vaya atenuándose hasta perder sus efectos.

30 Aun presentada de modo tan superficial y esquemático, a esta visión de las cosas llegó en primer lugar Breuer, que en los años 1880-1882 tuvo ocasión de observar con detalle y tratar a una histérica intelectualmente muy cualificada. El cuadro clínico se caracterizaba principalmente por una profunda escisión de la consciencia, al tiempo que presentaba numerosos síntomas físicos de importancia y constancia secundarias. Breuer, que en el tratamiento se dejó guiar por la paciente, observó que en cada estado crepuscular eran reproducidos complejos de reminiscencias pertenecientes al año anterior. En tales estados vivenciaba alucinatoriamente un extraordinario número de escenas aisladas que tuvieron entonces un significado traumático. Además, Breuer vio con incuestionable claridad que ese volver a vivenciar y narrar los momentos traumáticos tenía visibles efectos terapéuticos, que de ese modo se producía alivio y mejoraba su estado. Si interrumpía el tratamiento sobrevenía en poco tiempo un considerable empeoramiento. Para mejorar y acelerar la eficacia de su tratamiento Breuer añadió al estado crepuscular original y espontáneo uno artificial, producto de la sugestión, en el cual «abreaccionaba» el material restante. De este modo consiguió mejorar considerablemente a la enferma. Freud, que reconoció enseguida la extraordinaria importancia de estas observaciones, aportó a continuación toda una serie de experiencias análogas. El material se encuentra en los *Estudios sobre la histeria*[1], publicados por Breuer y Freud.

1. 1895.

31 Sobre estos cimientos se levantan las construcciones teóricas originales que juntos crearon Breuer y Freud. Los autores parten de la sintomatología del afecto en la persona normal. La excitación creada por el afecto se transforma en una serie de inervaciones corporales en las que aquél se agota, compensando el «tono de los centros nerviosos». De este modo el afecto resulta abreaccionado. La situación en la histeria es otra. Vemos allí la vivencia traumática seguida —para utilizar la formulación de Oppenheim*— de una «expresión anómala de agitación del ánimo». La excitación intracerebral no se descarga directamente de forma natural, creando síntomas patológicos nuevos o recrudeciendo los antiguos. Por lo tanto la excitación se transforma en *inervaciones anómalas*, que los autores denominan «conversión del total de la excitación». Con ello el afecto se ve privado de su expresión normal, de su tendencia hacia la adecuada inervación; no abreacciona, quedando «bloqueado». Por eso los síntomas histéricos que deben su existencia a este proceso se pueden concebir como *fenómenos de retención*.

32 Lo dicho hasta aquí formula el estado de cosas tal y como se encuentra en la observación de los enfermos; pero la cuestión esencial, es decir, por qué se produce en el individuo histérico el bloqueo y la conversión del afecto, todavía permanece abierta; a esta cuestión le ha dedicado Freud especial interés. En su trabajo «Las neuropsicosis de defensa», aparecido en 1894, Freud analiza de cerca los efectos psíquicos del afecto y describe en particular dos grupos de neurosis psicógenas fundamentalmente distintos. En uno de ellos el afecto «patógeno» se convierte en inervaciones corporales, en el otro se produce una transposición del afecto a otro complejo de representaciones. El primer grupo corresponde a la *histeria clásica*, el segundo a la *neurosis obsesiva*. Freud descubre que el bloqueo del afecto o, en su caso, de su conversión o transposición se debe a la *inconciliabilidad del complejo de representaciones traumático con los contenidos normales de la consciencia*. En muchos casos pudo probar sencillamente que una vez que el paciente se hacía consciente de la inconciliabilidad tendía a una *represión* activa del contenido incompatible. El enfermo no quería saber nada de ello, tratando al complejo crítico como un *non arrivé*. El resultado era el rodeo o la «represión» sistemáticos del punto delicado, impidiendo así abreaccionar el afecto.

33 En consecuencia, el bloqueo del afecto se fundamenta no en el vago concepto de predisposición especial, sino en un *motivo reconocible*.

* «Thatsächliches und Hypothetisches über das Wesen der Hysterie».

34 Resumamos lo dicho por ahora. Hasta el año 1895 las investigaciones de Breuer y Freud arrojan los siguientes resultados: los síntomas psicógenos se originan en complejos de representaciones afectivamente acentuados cuya acción traumática se produce mediante (1) conversión de la excitación en inervaciones físicas anómalas y (2) transposición del afecto a complejos de representaciones menos importantes.

35 El motivo de que el afecto traumático no abreccione de un modo normal y quede retenido se encuentra en la incompatibilidad de ese contenido con el resto de la personalidad, por lo que es reprimido.

36 El contenido del afecto traumático fue el tema de las posteriores investigaciones freudianas. Ya en los estudios de Breuer y Freud, y especialmente en «Las neuropsicosis de defensa», Freud señaló la naturaleza sexual del afecto inicial, mientras que en la primera historia clínica, debida a Breuer, se pasa por alto el factor sexual de forma verdaderamente llamativa, a pesar de que no sólo la historia clínica entera contiene numerosas alusiones sexuales, sino que resulta inteligible y coherente al experto sólo si tiene en cuenta la sexualidad. Apoyándose en trece cuidadosos análisis Freud cree sentirse autorizado para sostener que la etiología específica de la histeria se encuentra en los traumas sexuales de la temprana infancia; el trauma consistiría en una «irritación efectiva de los genitales». El trauma actúa en un principio sólo preparatoriamente y despliega su efecto propiamente dicho durante la pubertad, cuando la antigua huella mnémica se reaviva con el despertar de las sensaciones sexuales. Freud pretende reducir el poco determinado concepto de predisposición específica a los acontecimientos concretos y perfectamente determinados de la fase de prepubertad. Tampoco dio excesiva importancia a las todavía más antiguas predisposiciones *innatas*.

37 Mientras que los estudios de Breuer y Freud gozaron de un cierto reconocimiento —aunque todavía hoy, pese a lo que asegura Raimann*, no sean patrimonio común de la ciencia—, *esta* teoría de Freud chocó con una oposición general. No tanto porque cuestionara la frecuencia de los traumas sexuales en la infancia sino por darles un significado exclusivamente patógeno en el caso de los niños normales. Desde luego Freud no ha sacado de la nada esta visión de las cosas, sólo ha formulado determinadas experiencias que se le han impuesto en el curso del análisis. Primero encontró huellas mnémicas de escenas sexuales infantiles, muchas veces referidas con bastante certeza a sucesos reales. Encontró además que

* Psiquiatra vienés, crítico de Freud.

aunque los traumas permanezcan en la infancia sin efectos específicos pueden manifestarse después de la pubertad, dando lugar a síntomas histéricos. De ahí que Freud se viera obligado a conceder realidad al trauma. Mi personal parecer es que todavía se encontraba bajo el poderoso influjo de la visión original del histérico como alguien que padece de reminiscencias, de ahí que la causa y la motivación deban buscarse en el pasado. Es comprensible que tal inversión de los factores etiológicos suscitara oposición entre los conocedores experimentados de la histeria, ya que el práctico acostumbra a buscar las motivaciones de la neurosis histérica mucho más en el presente que en el pasado.

38 Esta formulación del punto de vista teórico de 1896 significó para Freud sólo una etapa de su evolución, hoy superada. El descubrimiento de determinantes sexuales en el cuadro clínico de la histeria fue el punto de partida de sus amplias investigaciones ulteriores sobre la psicología sexual. Del mismo modo, la determinación del acontecer asociativo fue el problema que orientó su actividad de investigador también en el ámbito de la psicología del sueño. En 1900 publica su obra fundamental sobre el sueño, de capital importancia para el desarrollo de sus ideas y de su técnica. Quien no conozca a fondo *La interpretación de los sueños* de Freud no estará en condiciones de entender siquiera aproximadamente sus ideas desarrolladas en los últimos tiempos. *La interpretación de los sueños* nos ofrece simultáneamente los principios de la teoría y de la técnica freudianas. Para comprender las actuales teorías del autor y para verificar los resultados alcanzados resulta indispensable conocer su técnica. Tal circunstancia me obliga a abordar con algún detalle la esencia del psicanálisis* en este punto.

39 El *método* catártico original pretendía acceder al afecto traumático subyacente a los síntomas partiendo de ellos. De ese modo el afecto ascendía a la consciencia abreaccionando en una descarga normal, esto es, se le despojaba de su fuerza traumática. El método no daba resultado sin un cierto estímulo sugestivo; el médico dirigía y el paciente permanecía en lo fundamental pasivo. Aparte de estos inconvenientes, aumentó gradualmente la observación de casos que no presentaban en absoluto traumas como tales, sino que todos los conflictos emocionales parecían originarse exclusivamente en una actividad enfermiza de la fantasía. En tales casos el método no podía justificarse.

40 Algunos elementos de ese método se han modificado después de

* Cf. § 2, nota, de este volumen.

las comunicaciones de Freud* en 1904. Desaparece ahora todo lo relativo a la sugestión. El médico no dirige a los enfermos, a quienes se concede la máxima libertad para el desarrollo de sus asociaciones libres, de modo que son propiamente ellos quienes dirigen el análisis. Freud se da por satisfecho con registrar y, eventualmente, llamar la atención al enfermo sobre las relaciones que van estableciéndose. Si la interpretación es incorrecta no se consigue que el enfermo la acepte; si es correcta, inmediatamente es visible el éxito rotundo, manifestado muy claramente en su comportamiento general.

41 El actual método psicanalítico de Freud es mucho más complicado y también mucho más radical que el método catártico original. El método psicanalítico tiene por objetivo llevar a la consciencia del enfermo, y con ello a su disolución, todos los vínculos asociativos indebidos procedentes del complejo, de modo que aquél vaya adquiriendo paulatinamente un completo conocimiento de causa de su cuadro clínico y, por lo mismo, un punto de vista objetivo sobre sus complejos. Por eso podríamos denominar *educativo* al método, pues modifica el entero pensar y sentir del enfermo hasta que su personalidad se libera gradualmente de la constricción de los complejos y adquiere una posición independiente frente a ellos. A este respecto el método freudiano tiene una cierta similitud con el método educativo de Dubois**, cuyos evidentes éxitos han de atribuirse esencialmente a la modificación, mediante la instrucción, del punto de vista del enfermo frente a sus complejos.

42 Los fundamentos teóricos del psicanálisis, desarrollados completamente desde la empiria práctica, todavía están envueltos en una profunda oscuridad. Con mis experimentos de asociación creo haber hecho accesibles algunos de sus puntos a la elaboración experimental, si bien aún se está muy lejos de haber superado todas las dificultades teóricas. La dificultad principal parece hallarse en el siguiente punto: si la asociación libre, presupuesto del análisis, conduce al complejo, Freud supone consecuentemente que dicho complejo está asociado al punto de partida. A esta suposición ha de oponerse que no es demasiado difícil establecer el nexo asociativo entre un pepino y un elefante*. Pero se olvida que en el análisis, primero, lo dado es el punto de partida y no la meta y, segundo, el estado de consciencia no es precisamente *un pensar dirigido, sino atención flotante*. Contra esto puede objetarse que el *complejo* es el punto de llegada y que, en virtud de su carga de afecto autónoma, tiene fuerte tendencia a reproducirse, presentándose espontáneamente como «ascendiendo libremente» y aparentemente asociado al punto de partida casi sólo por azar.

* «El método psicoanalítico de Freud» (1904) y «Sobre psicoterapia» (1905) son presumiblemente los escritos a que se refiere Jung. Cf. además «Análisis fragmentario de una histeria» (caso Dora) (1901).

** Paul Dubois (1848-1918), profesor de Neuropatología de la Universidad de Berna.

El término habitualmente utilizado para nombrar la técnica psicoterapéutica de Paul Dubois es el de «persuasión», pues ciertamente se trata de un método suasorio que intenta convencer al paciente de que cambie su actitud y sus hábitos. Este método parece arraigar en el suelo del «tratamiento moral» propio de la escuela de Pinel; de hecho, su obra fundamental, publicada en 1904, se titula *Les psychonévroses et leur traitement moral*, y gozó de algún predicamento hasta la aparición del psicoanálisis [LM].

43 Este caso es, claro está, teóricamente imaginable, pero en la práctica las cosas tienen otro aspecto. Justo lo que el complejo no hace es ascender libremente, sino que se ve bloqueado por intensas resistencias. En su lugar se presentan a menudo eslabones asociativos intermedios incomprensibles a primera vista que ni el médico ni el enfermo reconocen de ningún modo como pertenecientes al complejo. Pero si se establece íntegramente la serie hasta llegar al complejo, resulta claro entonces, a menudo con la más asombrosa evidencia, el significado de cada eslabón aislado de la cadena, lo que hace superfluo completamente el trabajo especial de interpretación. Quien posea suficiente experiencia práctica con el análisis puede convencerse una y otra vez de que en tales condiciones nunca se reproduce al azar cualquier cosa, sino inevitablemente algo que está relacionado con el complejo, en absoluto transparente siempre *a priori*. Sobre todo hay que acostumbrarse a la idea de que también en tales series de asociaciones el azar está absolutamente excluido. Y si existe un nexo asociativo en una serie no deliberada de ocurrencias, esto es, si el complejo descubierto está asociado a la representación de partida, tal nexo ya existía anteriormente; en otras palabras, la representación tomada como punto de partida ya estaba en suma constelada por el complejo. No es difícil inferir de esto lo justificado que está interpretar la representación de partida como un síntoma o símbolo del complejo.

44 Este parecer concuerda con otras concepciones psicológicas conocidas: *en cada ocasión, el factor psicológico no es sino la resultante de todos los acontecimientos psicológicos anteriores*. Predominan las vivencias afectivas, es decir, los complejos, y por eso mismo les corresponde la máxima fuerza consteladora. Así, si tomamos un pequeño fragmento cualquiera del presente psicológico estarán contenidos en él lógicamente todos los acontecimientos individuales anteriores, entre los cuales los afectivos ocupan un lugar

* Cf. § 337.

destacado, acorde a su grado de actualidad. Esto vale para cualquier partícula de la psique. De ahí que sea potencialmente posible reconstruir las constelaciones a partir de cualquier partícula: esto es lo que pretende el método freudiano. En el curso de esta labor probablemente acabará uno encontrando justo las constelaciones afectivas más indicadas, y no sólo una, sino muchas, muchísimas incluso, invariablemente en consonancia con su potencia consteladora. A este hecho Freud lo denomina *sobredeterminación*.

45 Así pues, el principio del psicanálisis se mantiene dentro de los límites de conocidas enseñanzas psicológicas. Ciertamente el método es extraordinariamente difícil, pero puede aprenderse; sólo se necesitan, como también Löwenfeld ha destacado justamente, algunos años de ejercicio intenso hasta poder manejarlo con cierta seguridad. Por ese motivo cualquier crítica precipitada de los resultados de la investigación freudiana está prohibida. Asimismo, esta circunstancia impedirá siempre que el método tenga aceptación en la masificada terapia de los hospitales. Lo que pueda lograr como instrumento científico sólo puede juzgarlo quien lo aplique por sí mismo.

46 Freud utilizó en un principio su método para el estudio de los sueños, afinándolo y perfeccionándolo en el curso de esa labor. Aparentemente, también aquí se daban todos aquellos sorprendentes vínculos asociativos que desempeñan un papel fundamental en las neurosis. Mencionaré como resultado más importante el conocimiento del sobresaliente papel que desempeñan en el sueño los complejos sentimentalmente acentuados y su expresión simbólica. De ahí el gran valor de la *expresión lingüística*, uno de los componentes más importantes de nuestro pensar, pues el *doble sentido lingüístico* es uno de los puentes preferidos para el desplazamiento y la exteriorización impropia del afecto. Menciono estos puntos porque son de trascendencia fundamental en la psicología de las neurosis. Para quien conoce estas cosas, por así decir cotidianas, las interpretaciones de las que informa el «Análisis fragmentario de una histeria», que a menudo producen una impresión de extrañeza, no contienen nada inesperado y se ajustan sin violencia a las experiencias de todos los días, también de las personas normales. Lamentablemente, tengo que privarme de tratar *in extenso* los resultados aquí alegados de la investigación y limitarme estrictamente a sugerirlos, pues son la propedéutica de la actual concepción de Freud acerca de los cuadros clínicos histéricos. Sobre la base de una experiencia personalísima considero imposible entender satisfactoriamente el sentido de los *Tres ensayos para una teoría sexual*, así como del «Análisis fragmentario de una histeria», sin un conocimiento exacto de *La interpretación de los sueños*.

47 Por «conocimiento exacto» no hay que entender, por supuesto, la razonable crítica filológica del texto que muchos autores dedican a *La interpretación de los sueños*, sino una paciente aplicación de los principios freudianos a los acontecimientos psíquicos. Aquí se encuentra esencialmente el centro de gravedad de todo el problema. Acusación y defensa hablarán sin entenderse mientras la discusión se mueva sólo sobre una base teórica. *De momento, las materias freudianas todavía no permiten establecer teorías de validez general.* Por ahora se trata únicamente de la siguiente cuestión: ¿existen o no los nexos asociativos que afirma Freud? Diciendo que sí por un lado o que no por el otro no se consigue nada: es preciso aproximarse a las cosas sin prejuicios siguiendo cuidadosamente las reglas proporcionadas por Freud. No hay que dejarse asustar por la intromisión de la sexualidad, pues generalmente uno encuentra al principio muchas cosas, y muy interesantes, que de momento no permiten reconocer nada relativo a la sexualidad. Un ejercicio totalmente inocuo, aunque extremadamente instructivo, es por ejemplo el análisis de las constelaciones asociativas de un complejo obtenidas experimentalmente. En estos objetos absolutamente inocuos pueden estudiarse sin gran dificultad muchos de los fenómenos de Freud. Los análisis oníricos y de la histeria son considerablemente más difíciles y menos apropiados por eso para el principiante. Sin conocimiento de los rudimentos las teorías más recientes de Freud son completamente ininteligibles y, como era de esperar, hasta hoy siguen sin entenderse.

48 Por eso sólo con grandes vacilaciones afronto este arriesgado intento de hacer una relación del posterior desarrollo de las ideas freudianas. Mi tarea, además, se complica muy especialmente por la circunstancia de que sólo poseamos en realidad dos monumentos literarios para conocer estas recientes concepciones de Freud. En primer término, los *Tres ensayos para una teoría sexual* y, en segundo, el «Análisis fragmentario de una histeria». Todavía no se ha intentado una presentación y justificación sistemáticas de los puntos de vista más recientes. Aproximémonos primero a la ilación de pensamientos de los *Tres ensayos*.

49 Estos ensayos son muy difícilmente inteligibles no sólo a quien no está acostumbrado al estilo de pensamiento freudiano, sino también a quien ya ha trabajado en este campo particular. Sobre todo hay que considerar la inusual extensión del concepto freudiano de sexualidad. Incorpora no sólo la conocida sexualidad normal, sino también todas las perversiones, extendiéndose incluso al ámbito de los derivados psicosexuales. Por lo tanto, cuando Freud habla de sexualidad no debe entenderse que se está refiriendo sólo a, ponga-

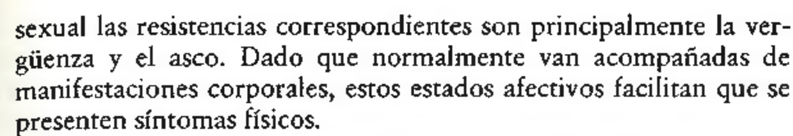
mos, el impulso sexual[2]. Un concepto adicional que Freud utiliza en un sentido muy amplio es el de *libido*. El concepto, originalmente adoptado de *libido sexualis*, significa en primer término el componente sexual de la vida anímica en tanto volitiva, y después también el apasionamiento del deseo más allá de la medida usual.

50 Para Freud la *sexualidad infantil* es un haz de posibilidades de aplicación o «investidura» de la «libido». Todavía no existe un objeto sexual normal porque aún no se han formado del todo los órganos sexuales. Ahora bien, los mecanismos psíquicos, sin embargo, ya están preparados. La «libido» se distribuye entre todas las posibilidades de la actividad sexual, también entre las perversiones —es decir, entre todas las variedades de la sexualidad que, de fijarse, más tarde se convierten en auténticas perversiones—. El desarrollo progresivo del niño va excluyendo progresivamente la investidura de las inclinaciones perversas y se concentra en la evolución de la sexualidad considerada normal. En este proceso, los lugares que van quedando libres se utilizan como fuerza impulsora de las llamadas sublimaciones, ciertas funciones espirituales más elevadas. Durante o después de la pubertad la persona normal alcanza la meta sexual objetiva y la evolución sexual llega a su término.

51 Pues bien, de acuerdo con las concepciones de Freud es característico de la *histeria* que el proceso evolutivo sexual se desarrolle en condiciones agravadas, dado que las investiduras perversas de la libido se desprenden mucho más difícilmente que las normales y, por lo tanto, continúan funcionando más tiempo. Cuando la personalidad enferma, en el curso posterior de la vida, se topa de alguna manera con las demandas sexuales reales, su desarrollo inhibido se manifiesta en su incapacidad para satisfacer debidamente esas exigencias pues la demanda no encuentra una sexualidad preparada; como dice Freud, el individuo predispuesto a la histeria lleva consigo «un fragmento de la represión sexual de la infancia». Así, la excitación sexual, hablando en el sentido más amplio, no se da en el ámbito sexual normal, se reprime, reactivándose la actuación sexual infantil original, que se exterioriza sobre todo en la actividad de la fantasía característica de la histeria. Las fantasías se desarrollan a lo largo de la línea ya trazada por la forma especial de la actuación sexual infantil en cada caso. Es conocido que la fantasía de los histéricos es desmedida, lo que obliga, para conservar hasta cierto punto el equilibrio psíquico, a mecanismos inhibidores equivalentes o, como dice Freud, *resistencias*. Si las fantasías son de naturaleza

2. En el concepto freudiano de sexualidad entra aproximadamente todo lo que abarca el concepto de instinto de conservación de la especie.





sexual las resistencias correspondientes son principalmente la vergüenza y el asco. Dado que normalmente van acompañadas de manifestaciones corporales, estos estados afectivos facilitan que se presenten síntomas físicos.

52 Yo creo que mejor que cualquier formulación teórica, que dada la complejidad de la materia resulta extraordinariamente pesada, un ejemplo concreto de mi experiencia les ilustrará mejor sobre el sentido de la doctrina freudiana.

53 Se trata de un caso de histeria psicótica en una joven de veinte años*. Los síntomas más tempranos se presentan entre el tercero y el cuarto año de vida. La paciente empezó entonces a retener las deposiciones hasta que el dolor le forzaba a defecar. Paulatinamente empezó a seguir el siguiente procedimiento auxiliar: en cuclillas sobre el talón de uno de los pies, intentaba defecar en esta posición apoyando con fuerza el talón contra el ano. La paciente mantuvo esta actuación perversa hasta los siete años. Freud se refiere a esta perversión infantil como *erotismo anal*.

54 A los siete años cesó la perversión, siendo sustituida por el onanismo. Una vez su padre le azotó en esa edad en las nalgas desnudas, experimentando entonces una clara excitación sexual. Más tarde se excitaba sexualmente cuando veía al padre castigar así a su hermano pequeño. También fue gradualmente comportándose con el padre de manera llamativamente negativa.

55 A los trece años aparece la pubertad. A partir de entonces desarrolla fantasías de naturaleza plenamente sexual que la persiguen obsesivamente. Las fantasías eran de carácter compulsivo: no podía sentarse a la mesa sin imaginar la defecación mientras comía; no podía mirar a nadie, especialmente al padre, durante la comida sin pensar en lo mismo. Sobre todo no podía mirar las manos del padre sin excitarse sexualmente; por la misma razón no podía tocar la mano derecha del padre. De modo que paulatinamente llegó a no poder comer en presencia de otras personas sin constantes risas compulsivas y exclamaciones de asco, pues esas fantasías defecatorias acabaron por abarcar a todas las personas de su entorno. Cuando la paciente se ganaba algunos azotes o siquiera una reprimenda por este asunto, contestaba con una risa crispada, sacaba la lengua, daba gritos de asco con ademanes de repugnancia, pues en toda

* Se trata de Sabine Spielrein, que comenzó siendo paciente de Jung para, más tarde, entrar en el círculo de Freud hasta convertirse en psicoanalista. Formuló por primera vez en el marco del psicoanálisis lo que, mucho más tarde, recibiría en la obra de Freud la denominación de «instinto de muerte» («Die Destruktion als Ursache des Werdens»: *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* IV, 1912). Se estableció en Rusia, donde desapareció, probablemente víctima de la revolución [LM].

ocasión asociaba plásticamente la mano paterna azotándole las nalgas con la excitación sexual, lo que siempre desembocaba en una inmediata masturbación apenas disimulada.

56 Alrededor de sus quince años despertó el impulso, en sí normal, de unirse amorosamente a otro ser humano. Sin embargo, sus intentos fracasaron al interponerse por todas partes las fantasías enfermizas, precisamente con aquellas personas a quienes quería más que nada dispensar su amor. En esta época ya le resultaba imposible cualquier manifestación de ternura hacia su padre, pues siempre se interponía inhibitoriamente el asco. El padre fue objeto de su transferencia de libido infantil y por eso las resistencias se dirigían especialmente contra él, sin afectar a la madre. Por ese tiempo manifestó asimismo inclinación por su profesor, cayendo rápidamente víctima de la náusea, presente aquí de nuevo. En una muchacha tan intensamente necesitada de amor como ella este aislamiento afectivo tuvo naturalmente serias consecuencias, que no se hicieron esperar.

57 Aproximadamente, a sus dieciocho años el estado había empeorado hasta tal punto que la paciente sólo alternaba entre profundas depresiones y risas compulsivas, llanto y gritos. No podía mirar a nadie, mantenía oculta la cabeza, sacaba la lengua a cualquier contacto con señales de máxima repugnancia, etcétera.

58 Este breve cuadro clínico puede ser una demostración de la concepción freudiana en lo esencial. Primero nos encontramos con un fragmento de actuación sexual infantil de carácter perverso, un erotismo anal sustituido a los siete años por el onanismo. En esta época, un castigo físico que afecta a la zona anal provoca excitación sexual. Con ello están dados los determinantes del posterior desarrollo psíquico de la sexualidad. La pubertad, con sus trastornos corporales y espirituales, aumenta la actividad de la fantasía, que se apodera de las actuaciones sexuales de la niñez modificándolas infinitamente. Una fantasía perversa de esta naturaleza actúa en persona tan sensible necesariamente como un cuerpo extraño moral, que debe reprimirse con mecanismos de defensa como la vergüenza y el asco. A partir de aquí se explican sin dificultad los múltiples accesos de náusea, repulsión, gritos de asco, sacar la lengua, etcétera.

59 En la época en que los demás despiertan al ansia de amor propia de la pubertad se multiplican los síntomas patológicos, porque ahora las fantasías se dirigen más intensamente justo a las personas que a la enferma le parecen más dignas de ser amadas. Como es natural, este violento conflicto anímico permite comprender sencillamente el empeoramiento de esa época, hasta llegar a una psicosis histérica.

60 Entendemos que Freud pueda decir que los histéricos llevan consigo «un fragmento de la represión sexual de la infancia»: por motivos en último término constitucionales realizan actos sexuales o similares quizá antes que los demás. En función de la emotividad constitucional las impresiones infantiles calan más hondo y quedan grabadas más tiempo, ejerciendo después, durante la pubertad, una influencia consteladora que dirige las primeras fantasías sexuales. También en función de la emotividad constitucional cualquier movimiento afectivo resulta mucho más intenso que en las personas normales. Por lo tanto, frente a la intensidad de las fantasías anormales deben intervenir reactivamente sentimientos de vergüenza y aversión en intensidad correspondiente. Cuando esa personalidad se encuentra con una demanda sexual real, que exige la transferencia de libido a la persona amada, también transfiere el resto de las fantasías perversas, como hemos visto en nuestro caso. Por esa razón se alza la resistencia también contra la persona amada. El enfermo no puede transferir su libido desinhibidamente, surgiendo el gran conflicto afectivo. La libido se agota en el combate contra los sentimientos de defensa que crecen con ella, dando posteriormente lugar a los síntomas. Por eso puede decir Freud que los síntomas representan el *acto sexual* de los enfermos.

61 Resumamos. La concepción actual de Freud sobre la histeria puede más o menos formularse como sigue:

1. Sobre una base constitucional se llevan a cabo actuaciones sexuales prematuras de naturaleza más o menos perversa.
2. En un primer estadio las actuaciones no conducen a síntomas histéricos propiamente dichos.
3. Durante la pubertad (que psicológicamente se sitúa antes de la maduración corporal) la fantasía toma una dirección constelada por la actuación sexual infantil.
4. La fantasía acrecentada por causas constitucionales (afectivas) conduce a la formación de complejos de representaciones incompatibles con los restantes contenidos de la consciencia y por ello se someten a represión mediante la vergüenza y la náusea.
5. A esa represión se incorpora también la transferencia de la libido a una persona amada, de donde surge el gran conflicto afectivo que luego motiva la irrupción de la enfermedad propiamente dicha.
6. Los síntomas de la enfermedad deben su formación, por lo tanto, al combate de la libido con la represión; así, no representan más que una actuación sexual anormal.

62 Y bien, ¿hasta dónde alcanza la validez de la concepción de Freud? La pregunta es extraordinariamente difícil de contestar. *So-*



bre todo, debe insistirse con la máxima energía en que efectivamente se presentan casos que se ajustan con exactitud al esquema freudiano. La «histeria» freudiana existe. Lo sabe quien haya aprendido seriamente la técnica. Lo que no sabemos es si puede aplicarse este esquema a todas las formas de histeria (la histeria infantil y las neurosis psicotraumáticas son casos aparte). Para los casos habituales de histeria, tal como los conoce por docenas cualquier neurólogo, Freud sostiene la validez de sus puntos de vista; mi experiencia, sin duda considerablemente más reducida, no ha producido nada que hable en contra de las opiniones de Freud. Los casos de histeria que he analizado eran en parte de una extraordinaria diversidad sintomatológica, pero en su estructura psicológica mostraban una similitud sorprendente. La apariencia externa de un caso pierde durante el psicanálisis mucho de su interés al observar que el mismo complejo puede causar aparentemente los síntomas más dispares y singulares. Por esta razón no estamos en condiciones de declarar si el esquema freudiano se ajusta sólo a ciertos grupos sintomatológicos o no. En consecuencia, tal y como están hoy las cosas, sólo puede establecerse que los diagnósticos freudianos son válidos para un número indeterminadamente amplio de casos de histeria que hasta el momento no han podido delimitarse como grupo clínico.

63 Respecto a los resultados detallados de los análisis freudianos, la fuerte resistencia con que han sido acogidos se explica simplemente porque prácticamente nadie ha seguido activamente la evolución de la doctrina freudiana desde 1896. Si se hubieran sometido a verificación los análisis de sueños atendiendo a las reglas freudianas, las publicaciones más recientes del propio Freud, especialmente «Análisis fragmentario de una histeria», no serían demasiado difíciles de entender. Sólo la espontaneidad de estos informes es ya asombrosa. Lo que menos se le perdona a Freud es el *simbolismo sexual*. A mí me parece que es aquí precisamente donde más fácilmente se le puede seguir, pues en tales casos la mitología, como expresión del pensamiento fantástico de pueblos enteros, ha hecho previamente ese instructivo trabajo al máximo. Remito a los excelentes trabajos de Steinthal* en los años sesenta del siglo pasado, que prueban un simbolismo sexual extendido de manera universal vestigialmente en la mitología y la historia de las lenguas. Expresado también en el erotismo de nuestros poetas alegórica o simbólicamente. Nadie que considere estas referencias podrá negar la conclusión de que nos

* Heymann Steinthal (1823-1899), filólogo y filósofo alemán. Cf. C. G. Jung, *Símbolos de transformación*, OC 5, Índice.

encontramos ante analogías extremadamente profundas y significativas entre los simbolismos freudianos y los símbolos de la fantasía poética del individuo y de pueblos enteros. Por lo tanto, el símbolo freudiano y su interpretación no es nada fabuloso, sino sencillamente algo desacostumbrado para el psiquiatra. En cualquier caso, las dificultades que puedan surgir no debieran impedir a nadie ocuparse más profundamente de los problemas freudianos, pues suponen algo inusualmente importante tanto para la psiquiatría como para la neurología.

3

EL ANÁLISIS DE LOS SUEÑOS*

64 En 1900 Freud publicó en Viena una voluminosa obra sobre el análisis de los sueños. Veamos a continuación los resultados más importantes de sus investigaciones.

65 El sueño no es en absoluto una mezcla desordenada de asociaciones fortuitas y sin sentido, como se supone generalmente, ni tampoco una consecuencia secundaria de los estímulos somáticos mientras se duerme, como mucha gente cree, sino un producto de la actividad psíquica autónomo y dotado de sentido y, como el resto de las funciones psíquicas, accesible a un análisis sistemático. Las sensaciones orgánicas que se producen durante el dormir no son la causa del sueño; el papel que desempeñan es secundario y proporcionan sólo los elementos integrantes (el material) del trabajo psíquico. De acuerdo con Freud el sueño es, como todo producto psíquico complejo, una creación, una obra que tiene sus motivos y sus cadenas asociativas precedentes; es, como una acción deliberada, la consecuencia de un proceso lógico, de una lucha competitiva entre tendencias diversas, de las cuales una se alza finalmente con la victoria. Como todo cuanto hacemos, también soñar tiene un significado.

66 Quizá se me objetará que toda realidad experiencial contradice esta teoría, ya que los sueños nos producen, como es perfectamente evidente, una impresión de incoherencia y oscuridad. Freud llama a esa sucesión de imágenes desordenadas *contenido manifiesto del sueño*; es la fachada tras la cual busca lo esencial, esto es, la idea del sueño o el *contenido latente.* Cabría preguntarse por qué Freud cree

* Escrito y publicado inicialmente en francés bajo el título «L'Analyse des rêves», en el *Année psychologique* XV (1909), pp. 160-167.

que el sueño en sí constituye sólo la fachada de un edificio más amplio con un significado en el fondo. La conjetura de Freud no se basa en un dogma ni en una idea *a priori*, sino en la experiencia —vale decir, en la experiencia general— de que ningún hecho psíquico (o físico) es de naturaleza fortuita. Por lo tanto ha de tener su causalidad, pues siempre es producto de una complicada combinación de fenómenos donde cada elemento anímico resulta de estados psíquicos previos, de ahí que teóricamente pueda analizarse. Freud aplica al sueño el mismo principio que instintivamente usamos siempre que queremos indagar las causas de las acciones humanas.

67 Sencillamente, lo que hace es preguntarse: ¿por qué sueña *esta* persona precisamente *esta* cosa? Ha de tener sus razones especiales, porque en caso contrario tendríamos una ruptura de la ley de causalidad. El sueño de un niño se distingue del de un adulto, el sueño de una persona cultivada del de una inculta. En el sueño hay algo individual correspondiente a la predisposición psíquica de la persona. ¿En qué consiste tal predisposición psíquica? Es el resultado de nuestro pasado psíquico. Nuestro actual estado anímico depende de nuestra historia. En el pasado de cada ser humano hay elementos de distinto valor que determinan la «constelación» psíquica. Los acontecimientos que no suscitan emociones intensas apenas influyen en nuestros pensamientos o acciones; por el contrario, aquellos que originan reacciones emocionales intensas son de gran importancia para nuestro desarrollo psíquico posterior. Tales recuerdos, de alta carga emocional, forman complejos de asociaciones que se traban entre sí no sólo duraderamente, sino también con gran eficacia y densidad. Un objeto que contemplo con escaso interés provoca pocas asociaciones y desaparece pronto de mi campo intelectual. Sin embargo, un objeto que me interese mucho despertará múltiples asociaciones y me ocupará largo tiempo. Toda emoción genera un complejo de asociaciones de mayor o menor amplitud, que yo he denominado «complejo sentimentalmente acentuado». Al observar un caso individual descubrimos una y otra vez que el complejo despliega la fuerza «consteladora» más amplia, y de ahí concluimos que en cualquier análisis nos encontraremos inmediatamente con él. Los complejos constituyen los componentes principales de la predisposición psicológica en toda estructura psíquica. Así, por ejemplo, hallamos en el sueño componentes emocionales, pues comprensiblemente todos los productos de la actividad psíquica dependen especialmente de los influjos «consteladores» más intensos.

68 No hace falta buscar mucho para descubrir el complejo que hace cantar a Margarita en *Fausto*:



Es war ein König in Thule,
gar treu bis an das Grab,
dem sterbend seine Buhle
einen goldenen Becher gab.

(*Fausto*, I)

[Había un rey en Thule, / fiel incluso hasta la tumba, / a quien, agonizante, su amada / dio una copa de oro.]

69 El pensamiento encubierto son las dudas de Margarita sobre la fidelidad de Fausto. La canción que Margarita ha elegido inconscientemente es lo que hemos llamado *material onírico*, correspondiente al pensamiento oculto. Se podría aplicar este ejemplo al sueño y suponer que Margarita no ha cantado la romanza, sino que la ha soñado[1]. En el caso que nos ocupa, la canción de la trágica historia de amor de un rey lejano de una época lejana es el «contenido manifiesto» del sueño, su «fachada». Quien no conozca la pena secreta de Margarita no sabría decir por qué sueña con ese rey. Pero nosotros, que conocemos el *pensamiento onírico*, es decir, su amor trágico por Fausto, podemos entender por qué el sueño se sirve precisamente de esta canción que trata de la rara fidelidad del rey. Fausto no es fiel, y a Margarita le gustaría que le fuera tan fiel como lo era el rey de la historia. Su sueño, su canción en realidad, expresa de forma velada el ardiente deseo de su alma. Aquí tocamos la verdadera naturaleza del complejo afectivamente acentuado; siempre se trata de *deseo y resistencia*. Pasamos la vida luchando por el cumplimiento de nuestros deseos: todos nuestros actos tienen su origen en el deseo de que acontezca o no algo determinado.

70 Esto es aquello por lo que trabajamos y en lo que pensamos. Si no podemos realizar un sueño en la realidad, cuando menos lo llevamos a cabo en la fantasía. Los sistemas religiosos y filosóficos de todos los pueblos en todos los tiempos son la mejor prueba de ello. La idea de la inmortalidad, también en su forma filosófica, no es más que un deseo del cual la filosofía sólo es la fachada, del mismo modo que la canción de Margarita sólo es la forma exterior, un velo benigno que esconde su aflicción. *El sueño representa su deseo cumplido.* Freud dice que *todo sueño representaría el cumplimiento de un deseo reprimido.*

1. Podría objetarse que tal hipótesis no es admisible puesto que existe una gran diferencia entre una canción y un sueño. Pero gracias a las investigaciones de Freud sabemos ahora que todos los productos de los estados similares al sueño tienen algo en común. En primer lugar, todos son variaciones del complejo, y en segundo son sólo un tipo de expresión simbólica del complejo. Por este motivo creo estar autorizado para hacer esta suposición.

71 Siguiendo ahora con nuestro ejemplo, observamos que en el sueño Fausto es sustituido por el rey. Ha tenido lugar una transformación. Fausto se ha convertido en el lejano rey de épocas antiguas; la personalidad de Fausto, que tiene una fuerte carga afectiva, ha sido sustituida por un personaje neutro, legendario. El rey es una asociación por analogía, un *símbolo* de Fausto, como la «amada» lo es de Margarita. Quizá cabría plantearse la finalidad de esa transformación, por qué Margarita sueña indirectamente, por así decir, con su pensamiento auténtico, por qué motivo no puede formulárselo clara e inequívocamente. La pregunta es fácil de contestar: la tristeza de Margarita encierra una idea demasiado dolorosa en la que sería preferible no detenerse. Sus dudas sobre la fidelidad de Fausto son reprimidas y suprimidas. Aparecen de nuevo en forma de historia melancólica, que, por más que cumpla el deseo, no se acompaña de sentimientos agradables. Freud dice que los deseos que forman el pensamiento onírico no se los confiesa uno abiertamente, sino que se reprimen por su carácter doloroso y, excluidos de la reflexión consciente durante el estado de vigilia, emergen indirectamente en los sueños.

72 Cuando consideramos la historia de los santos esta argumentación no resulta sorprendente en absoluto. No es difícil comprender el tipo de sentimientos que reprimió santa Catalina de Siena y que indirectamente aparecen de nuevo en la visión de su boda celestial, o bien los deseos que más o menos simbólicamente se hacen patentes en las visiones y tentaciones de los santos. Como sabemos, entre el estado de consciencia sonambúlico de un histérico y el sueño normal existe tan escasa diferencia como entre la vida intelectual de las personas histéricas y la de las normales.

73 Si preguntamos a alguien por qué ha tenido este sueño o el otro y qué pensamientos secretos se expresan en ellos, no podrá darnos naturalmente ninguna respuesta. Dirá que la noche anterior comió demasiado, que ha dormido boca arriba, que la víspera vio u oyó esto o lo otro; en pocas palabras, todo cuanto puede leerse en los múltiples libros científicos sobre los sueños. Respecto al pensamiento onírico, ni lo conoce ni puede conocerlo, ya que según Freud ha sido reprimido por ser demasiado desagradable. Cuando alguien, por lo tanto, nos asegura solemnemente no haber encontrado nunca en sus propios sueños nada de lo que habla Freud, no podemos dejar de sonreír, ya que nuestro interlocutor se esfuerza por ver algo imposible de ver directamente. El sueño desfigura el complejo reprimido para impedir su reconocimiento. Al transformar a Fausto en el rey de Thule, Margarita vuelve inocua la situación. Freud denomina a este mecanismo, que impide que el pensamiento reprimido se

muestre abiertamente, *censura*. La censura no es más que la resistencia que durante el estado de vigilia nos impide seguir determinado pensamiento hasta el final. La censura deja pasar un pensamiento sólo cuando está tan desfigurado que el soñante no puede reconocerlo. Si intentamos dar a conocer a quien ha soñado la idea que está detrás del sueño, nos opondrá siempre la misma resistencia que muestra frente a su complejo reprimido.

74 Ya podemos plantearnos una serie de preguntas importantes. Sobre todo: ¿qué hemos de hacer para traspasar la fachada y adentrarnos en el interior de la casa, es decir, ir del contenido manifiesto del sueño a la idea real y oculta que está detrás?

75 Volvamos a nuestro ejemplo y supongamos que Margarita fuera una paciente histérica que me consultara debido a un sueño desagradable. Voy a suponer, además, que no sé nada sobre ella. En tal caso no perdería el tiempo haciéndole preguntas, ya que normalmente no es posible poner al descubierto estas preocupaciones ocultas sin provocar la más enérgica resistencia. Yo intentaría más bien llevar a cabo lo que he llamado un «experimento de asociación»[2], que me desvelase todo su asunto amoroso (su embarazo secreto, etc.). La conclusión sería fácil y yo podría mostrarle sin vacilar el pensamiento onírico. Pero también puede procederse con más cuidado.

76 Por ejemplo yo le preguntaría: ¿quién no es tan fiel como el rey de Thule, o quién debiera serlo en realidad? La pregunta aclararía muy rápidamente la situación. En casos como éste, poco complicados, la interpretación o análisis de un sueño se limita a unas pocas y sencillas preguntas.

77 Veamos, por ejemplo, un caso así. Se trata de un hombre de quien no sé nada excepto que vive en las colonias y que actualmente se encuentra por azar en Europa de vacaciones. En una de nuestras entrevistas relató un sueño que le había impresionado profundamente. Dos años antes había soñado, *según cuenta, que encontrándose en un paraje desierto y abandonado vio sobre una roca a un hombre vestido de negro que ocultaba su rostro entre las manos. Se dirigía hacia un precipicio, cuando de pronto apareció una mujer, también de negro, que intentó retenerlo. Se precipitó en el precipicio arrastrando a la mujer consigo.* El soñante despertó con un grito de angustia.

78 La pregunta sobre la identidad del hombre en esa situación peligrosa y que arrastró a una mujer a la perdición emocionó hondamente al soñante, pues aquel hombre era él mismo. Dos años antes

2. Cf. *Diagnostische Assoziationsstudien.* [En OC 2.]

emprendió un viaje de exploración por una zona rocosa y yerma. El grupo expedicionario fue perseguido sin piedad por los habitantes salvajes del territorio, que atacaban durante la noche, y algunos de sus integrantes perdieron la vida. Había emprendido un viaje tan extremadamente peligroso porque por aquella época *la vida no tenía sentido para él.* Cuando se lanzó a esta aventura sintió que *tentaba al destino.* ¿Y la causa de su desesperación? Durante muchos años vivió solo en un país de clima muy insalubre. Dos años y medio antes, durante unas vacaciones en Europa, conoció a una joven. Se enamoraron y la joven quiso casarse. Pero él sabía que tenía que volver al clima terrible de los trópicos, y no deseaba llevar allí consigo a una mujer para entregarla a una muerte casi segura. Tras una larga lucha interna, que le sumió en una profunda desesperación, rompió el compromiso matrimonial por ese motivo. En tal estado anímico comenzó su peligroso viaje. El análisis del sueño no termina con esta constatación, dado que el cumplimiento del deseo todavía no es evidente. Pero puesto que sólo cito este sueño para mostrar la revelación del complejo que subyace, la continuación del análisis no tiene mayor interés para nosotros.

79 En este caso el soñante era un hombre franco y valeroso. Menos franqueza o un sentimiento de turbación o desconfianza hacia mí y no hubiera confesado el complejo. Hay incluso personas que aseguran seriamente que el sueño no tiene ningún significado y que mis preguntas son completamente irrelevantes. En estos casos la resistencia es demasiado grande y el complejo no puede ascender directamente de la profundidad hasta la consciencia. Normalmente la resistencia es tan intensa que las preguntas directas, si no las realiza un analista muy experimentado, resultan estériles. Con el descubrimiento del «método psicoanalítico» Freud ha puesto en nuestras manos un valioso instrumento para la solución o el dominio de las resistencias más tenaces.

80 El método se practica del siguiente modo: se elige una parte del sueño especialmente llamativa y se pregunta a la persona en cuestión por las asociaciones que establece al respecto en ese momento. Se le invita a que diga abiertamente lo que se le ocurra sobre esta parte del sueño, operación en la cual ha de excluirse en lo posible cualquier crítica. La crítica no es otra cosa que la censura; es la resistencia contra el complejo y tiende a suprimir lo más importante.

81 Por ello el paciente en cuestión debería decir absolutamente todo lo que le pase por la cabeza, sea lo que sea, sin prestar la mínima atención. Al principio esto es siempre difícil, especialmente con preguntas de tipo introspectivo, cuando la atención no puede

reprimirse hasta excluir el efecto inhibitorio de la censura. Pues las resistencias más intensas son contra uno mismo. El siguiente caso muestra el desarrollo de un análisis con resistencias intensas.

82 Un hombre cuya vida íntima yo desconocía me contó el siguiente sueño: «*Me encontraba en una habitación pequeña y estaba sentado a una mesa junto al papa Pío X, que tenía unos rasgos faciales mucho más bellos de lo que son en realidad, lo cual me sorprendió. Al lado vi una estancia amplia con una mesa espléndidamente puesta y muchas damas en traje de noche. De pronto sentí la necesidad de orinar, y salí. A mi regreso se repitió esa necesidad; volví a salir, y así sucedió muchas veces. Al final desperté, con la misma necesidad*».

83 El protagonista del sueño, hombre muy inteligente y cultivado, naturalmente se explicó el sueño como provocado por la presión de la vejiga. De hecho, los sueños de este tipo siempre se explican de ese modo.

84 Negó firmemente la existencia en este sueño de cualesquiera componentes de mayor importancia individual. Cierto que la fachada del sueño no era muy transparente, y yo no podía saber lo que se ocultaba detrás. Mi primera conclusión fue que el protagonista del sueño mantenía una fuerte resistencia, dado que empleaba tanta energía en sostener que el sueño era insignificante.

85 En consecuencia, no me atreví a hacerle la indiscreta pregunta de por qué se había comparado con el Papa. Únicamente le pregunté por sus asociaciones con «Papa». El análisis se desarrollo del siguiente modo:

Papa. «El Papa vive espléndidamente en el mundo...» (una conocida canción estudiantil alemana). Hay que decir que este hombre tenía treinta y un años y no estaba casado.

Estar sentado junto al Papa. «Exactamente así estuve yo sentado junto al jeque de una secta musulmana que me hospedó en Arabia. El jeque es una especie de Papa».

86 El Papa vive célibe, el musulmán es polígamo. El pensamiento onírico parece ser claro: «Estoy soltero como el Papa, pero me gustaría tener muchas mujeres, como el musulmán». No dije nada de estas conjeturas.

La habitación y la sala con la mesa puesta. «Son estancias de la casa de mi primo, donde hace catorce días participé en un gran banquete».

Las damas en traje de noche. «En el banquete también estuvieron presentes las hijas de mi primo, muchachas en edad casadera».

87 Aquí se detuvo: no tenía más asociaciones. La aparición de este fenómeno, conocido como «privación de pensamiento(s)», autoriza

siempre concluir que se ha llegado a una asociación que despierta una fuerte resistencia. Pregunté:

¿Y esas jóvenes? «Ah, nada; recientemente una de ellas estuvo en F. Se quedó algún tiempo con nosotros. Cuando partió, mi hermana y yo la acompañamos a la estación».

88 De nuevo un bloqueo; continué ayudándole; le pregunté:

¿Qué sucedió entonces? «Ah, precisamente estaba pensando (*este pensamiento fue evidentemente suprimido por la censura*) en que le dije a mi hermana algo de lo que nos estuvimos riendo, pero he olvidado completamente qué fue».

89 A pesar de sus serios intentos de recordar, de momento no consiguió traer a la memoria aquello que dijo entonces. Aquí se trata de un caso completamente normal de olvido provocado por un bloqueo. De pronto se acordó:

«En el camino a la estación nos encontramos con un señor que nos saludó y al que creí reconocer. Más tarde le pregunté a mi hermana: "¿Era éste el señor que se interesa por la prima?"».

90 Ahora es la prometida de este señor. Debo añadir que la familia del primo era muy pudiente y que el protagonista del sueño también se interesaba por la muchacha, aunque llegó demasiado tarde.

El banquete en casa del primo. «Dentro de muy poco debo ir a la boda de dos amigos míos».

El rostro del Papa. «La nariz estaba extraordinariamente bien formada y era un poco puntiaguda».

¿Quién tiene una nariz así? (*Riendo*:) «Una joven por la que actualmente estoy muy interesado».

¿Había en el rostro del Papa algo más que fuera llamativo? «Sí, la boca. Era una boca muy bien formada. (*Riendo*:) Otra joven, que también me gusta mucho, tiene una boca parecida».

91 Basta este material para esclarecer una buena parte del sueño. El «Papa» es un buen ejemplo de lo que Freud llamaría una «condensación». En primer término simboliza al soñante (soltero), y en segundo es una transformación del jeque polígamo. Además de esto, es la persona que se sienta junto al soñante durante un banquete, esto es, una o, más bien, dos damas —las dos damas que le interesan.

92 ¿Pero cómo se asocia este material con la necesidad de orinar? Para encontrar la respuesta a esta pregunta formulé la situación de esta manera: ¿Tomaba usted parte en una boda y se encontraba en presencia de una joven cuando experimentó la necesidad de orinar? «Sí, esto me ocurrió realmente una vez. Fue muy desagradable. Cuando tenía unos once años, fui invitado al enlace matrimonial de un pariente. Estaba sentado en la iglesia junto a una muchacha de mi edad. La ceremonia duró bastante tiempo, y noté ganas de orinar. Pero reprimí la urgencia hasta que fue demasiado tarde. Mojé los pantalones»

93 La asociación del matrimonio con el deseo de orinar data de aquel incidente. No deseo proseguir este análisis, aquí incompleto, para que no resulte demasiado largo este artículo. Pero lo descrito es suficiente para mostrar la técnica, el proceder del análisis. Evidentemente es imposible ofrecer al lector una visión de conjunto coherente sobre estos novedosos puntos de vista. El método psicoanalítico supone una considerable ayuda no sólo para comprender los sueños, sino también para entender la histeria y la mayor parte de las enfermedades mentales importantes.

94 El método psicoanalítico, aplicado por doquier, tiene ya consignada una amplia bibliografía en lengua alemana. Estoy convencido de que su estudio es extraordinariamente importante, no sólo para psiquiatras y neurólogos, sino también para psicólogos. Pueden recomendarse las siguientes obras: para la psicología normal, *La interpretación de los sueños* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*, de Freud. Para las neurosis, *Estudios sobre la histeria*, de Breuer y Freud, y «Análisis fragmentario de una histeria», de Freud. Para las psicosis, *Sobre la psicología de la* dementia praecox, de Jung. Los escritos de Maeder aparecidos en los *Archives de psychologie* proporcionan asimismo una excelente síntesis de las ideas de Freud*.

* Cf. Bibliografía.

4

UNA CONTRIBUCIÓN A LA PSICOLOGÍA DEL RUMOR*

95 Hace aproximadamente un año las autoridades escolares de N. me encargaron redactar un informe pericial sobre el estado mental de la alumna Marie X., de trece años. Poco antes Marie había sido expulsada de la escuela por haber dado ocasión a un grave rumor, o habladurías, acerca del profesor de su clase. El castigo afectó muy seriamente a la muchacha, y especialmente a sus padres, de modo que la Dirección de la escuela se mostró dispuesta a readmitir a la muchacha al amparo de un peritaje médico.

96 El curioso hecho era el siguiente: a oídos del profesor llegó indirectamente el rumor de que las muchachas le atribuían una equívoca historia sexual. Las indagaciones consiguieron averiguar que Marie X. les contó un día a tres amigas un sueño del siguiente tenor: «*La clase fue a los baños del lago. Yo tuve que ir a la zona de los chicos porque no había sitio. Luego nos adentramos mucho en el lago nadando* (tras una pregunta: "Éramos Lina P., el señor profesor y yo"). *Entonces llegó un vapor. El profesor nos preguntó: ¿Queréis montar? Después fuimos a K. En esos momentos se estaba celebrando allí una boda* (tras una pregunta: "Un amigo del señor profesor"). *Se nos dejó participar en la fiesta. Luego emprendimos un viaje.* (Tras una pregunta: "Yo, Lina P. y el señor profesor"). *Era como un viaje de novios. Llegados a Andermatt, como no quedaban plazas en el hotel, tuvimos que pasar la noche en un granero. Allí la mujer tuvo un hijo, y el profesor fue su padrino*».

97 La muchacha me contó este sueño cuando la examiné. El profesor dispuso asimismo que lo escribiera. En esta primera exposición

* Publicado en *Zentralblatt für Psychoanalyse* 1/3 (1910-1911), pp. 81-90.

escrita la evidente laguna en el texto anterior tras la palabra *vapor* se había rellenado con la siguiente narración: «Montamos. Pronto sentimos frío. Un hombre mayor nos dio una blusa, que se puso el señor profesor». Por el contrario, falta el pasaje en el que tienen que pasar la noche en el granero al no encontrar alojamiento en un hotel.

98 La muchacha contó inmediatamente el sueño no sólo a sus tres amigas, sino también a su madre, quien me lo transmitió con diferencias nimias respecto de las dos versiones anteriores. Como yo, tampoco el profesor pudo acreditar en sus averiguaciones —llevadas a cabo con una vivísima desconfianza— otro texto más peligroso. Por lo tanto es realmente mucho lo que habla en favor de que la narración original no sonaría muy diferentemente (el pasaje donde se tiene frío y se pone la blusa parece ser un añadido temprano, ya que procura establecer una lógica coherente. Después de todo, se sale del agua mojado o al menos en traje de baño, así que no es posible tomar parte inmediatamente en una boda sin haberse vestido antes). Naturalmente, el profesor no estaba convencido en un principio de que se tratara sólo de un sueño. Más bien sospechaba que fuera una invención. Pero se dijo que, con todo, la cándida narración del sueño era probablemente un hecho, y que no hubiera sido natural suponer en la muchacha tal grado de refinamiento como para contar ambigüedades sexuales de forma tan velada. Durante algún tiempo vaciló entre esta suposición, es decir, que se trataba de una invención refinada, y otra según la cual sería un sueño que, en sí inocente, sólo habría recibido una nueva y tendenciosa interpretación sexual por parte de las compañeras de escuela. Una vez pasada su indignación inicial llegó a la convicción de que la culpa de Marie X. no era tan grande y que la fantasía de sus compañeras también habría contribuido lo suyo al rumor. Decidió entonces algo muy de agradecer: hizo que todas y cada una de las compañeras de Marie pusieran por escrito a puerta cerrada lo que habían oído de la historia del sueño.

99 Antes de dirigir nuestro interés a estas manifestaciones, echemos una mirada analítica al sueño. En primer lugar hemos de admitir, con el profesor y con los hechos, que se trata realmente de un sueño y no de una invención; para esto último hay demasiadas ambigüedades. La invención consciente busca crear en lo posible transiciones sin lagunas; el sueño, por el contrario, no se preocupa de ello, sino que trabaja directamente con síncopas, que, como hemos visto, dan ocasión a interpolaciones en la reelaboración consciente. Las síncopas son muy significativas. En los baños falta la escena en que se desnudan, quedándose sin ropa; falta después una descripción detallada del baño en común. La poca ropa en el barco se compensa con la interpolación mencionada más arriba, pero sólo respecto al profesor, lo que sugiere que su desnudez exigía ropa con mucha urgencia. Falta la descripción detallada de la boda; abrupta es asimismo la transición que va del vapor a la fiesta de bodas. Resulta incomprensible a primera vista por qué razón pasan la noche en el granero en Andermatt. Paralelo a esto es la falta de sitio en los baños y la obligación de dirigirse a la sección de hombres; en el hotel, la falta de sitio vuelve a abolir la separación de sexos. La escena del granero está descrita de forma completamente insuficiente. El nacimiento tiene lugar súbitamente y sin coherencia. El profesor como padrino es ambiguo en grado extremo. El papel de Marie en toda la historia es de una importancia totalmente secundaria. En realidad actúa como mera espectadora.

100 Todo esto tiene el aspecto de un sueño auténtico, lo que ciertamente podrán corroborar aquellos lectores que posean suficiente experiencia con sueños de chicas de esta edad. La interpretación del sueño es tan sencilla que podemos confiarla tranquilamente a las compañeras, cuyas declaraciones siguen a continuación:

1. *Testigos directos*

101 I. «M. soñó que ella y Lina P. habían ido a bañarse con nuestro profesor a los baños. Cuando estaban ya bastante dentro del lago M. dijo que ya no podía nadar y que le dolía mucho el pie. Nuestro profesor dijo entonces que podía montarse a *mi*[1] espalda. M. se montó encima y siguieron nadando juntos. Al cabo de algún tiempo vino un vapor, en el que montaron. Nuestro profesor debía de llevar una cuerda consigo, con la que ató juntas a M. y a L. arrastrándolas por el lago. Así llegaron a Z., donde se bajaron. Pero ahora ya no llevaban nada puesto. El profesor se compró una chaqueta, a M. y L. se les dio un velo largo y tupido y los tres caminaron Calle del Lago arriba. En ese momento todavía se estaba celebrando una boda. Pronto se le unieron. La novia llevaba un vestido de seda azul, pero sin velo. Preguntó a M. y L. si no serían tan buenas de darle su velo. M. y L. se lo dieron, y por ello se les permitió unirse a la boda. Fueron al Restaurante del Sol. Después hicieron un viaje de novios a Andermatt, ya no sé si fueron a un restaurante en A. o en Z. Allí se les dio café, patatas, miel y mantequilla. No puedo decir nada más, sólo que al final se llamó al profesor para que hiciera de padrino».

1. Subrayado mío.

102 *Observaciones:* Desaparece el pretexto de la falta de sitio en los baños: Marie va directamente a bañarse con el profesor. La cuerda que une en el agua al profesor con las muchachas aumenta el *vínculo personal.* El ambiguo «montar» de la narración original aquí ya tiene consecuencias: el profesor, que monta en su espalda a Marie, pasa a primer término y el vapor, introducido en la narración, a segundo. El pequeño y delicioso *lapsus calami* en el texto «entonces podía montarse sobre mi (*en lugar de "su"*) espalda» muestra la íntima participación de la narradora en esta detallada escena. Resulta así evidente la razón por la que el sueño introduce bastante abruptamente al vapor en acción, dando a la ambigüedad de «montar» el conocido giro inocuo habitual, por ejemplo en la canción de *variétés.* El pasaje de la poca ropa, ya destacado anteriormente como dudoso, despierta especial interés en la narradora. El profesor compra una chaqueta, a las muchachas se les proporciona un largo velo (como se llevan, por cierto, en bodas y entierros). Lo demuestra la breve observación de que a la novia le falta el velo (¡es la novia quien lleva velo!). La narradora, buena amiga de Marie, ayuda aquí a la soñante a continuar su sueño: la posesión del velo caracteriza a la novia o a las novias Marie y Lina. Pero lo indecente e inmoral de esta situación se resuelve al ceder el velo las muchachas, volviéndola inocua. La narradora utiliza el mismo mecanismo para adornar la ambigua situación de Andermatt: todo lo que hay es bueno, café, patatas, miel y mantequilla; una transposición a lo infantil de acuerdo con un conocido modelo. Probablemente, la consecuencia de todo ello es muy abrupta: se le pide al profesor que haga de padrino.

103 II. «M. sueña que ha ido a bañarse con L. P. y el señor profesor. En el lago, ya lejos, M. le dice al señor profesor que le duele una pierna. Entonces el señor profesor dijo que él podría montarla a su espalda. Ya no sé bien si ha dicho realmente así la última frase, pero creo que sí. Como en el lago había un barco precisamente allí, el señor profesor dijo que lo que ella tenía que hacer era nadar directo al barco y luego montarse. Aquí ya no sé cómo lo ha contado. Entonces dijo el señor profesor o M., ya no sé bien quién, que van a bajarse en Z. y volver a casa andando. Entonces el señor profesor llamó a dos señores que parece que se estaban bañando justo allí, para que llevaran a las muchachas a tierra. Entonces L. P. se montó en un hombre y M. en el otro, que era gordo, y el señor profesor se agarró a la pierna del señor gordo y nadó tras ellos. Cuando llegaron a tierra volvieron a casa andando. Por el camino el señor profesor se encontró con su amigo, que se casaba. M. dijo que en aquel tiempo aún estaba de moda ir andando y no utilizar carruaje. Entonces dijo la novia que podían acompañarles. Entonces dijo el señor profesor que sería muy bonito que las dos muchachas dieran a la novia el velo negro que habían recibido por el camino, ya no sé bien dónde. Las muchachas se lo dieron, y la novia dijo que ya eran chicas bien educadas y generosas. Luego siguieron andando y se alojaron en el Hotel del Sol. Allí les dieron de comer, no sé bien qué. Luego llegaron a Andermatt de viaje de novios. Allí fueron a un granero y se pusieron a bailar. Todos los hombres se quitaron la chaqueta, sólo el señor profesor no lo hizo. Entonces dijo la novia que él también tenía que quitarse la chaqueta. Entonces el profesor se negó, pero al final también lo hizo. Entonces el señor profesor estuvo... Entonces dijo el señor profesor que tenía frío. No debo seguir contando, bueno, es indecente. Esto es todo lo que he oído del sueño».

104 *Observaciones:* La narradora también presta gran atención a «montarse», pero no está segura de si en la historia original «montarse» se refiere al profesor o al vapor. Aunque la duda está ampliamente compensada en la narración, adornada con mucho detalle, de los dos extraños que habrían montado a las muchachas a su espalda. El «montarse» es para la narradora un pensamiento demasiado valioso para poder abandonarlo sin más, tan sólo le incomoda relacionar al profesor con «montarse». La poca ropa despierta también un fuerte interés. El velo de la novia se ha vuelto ahora realmente *negro* como un velo de luto (naturalmente para ocultar lo indecente). El giro inocuo adquiere aquí un relieve virtuoso («chicas bien educadas y generosas»); el deseo inmoral se ha convertido subrepticiamente en algo virtuoso, destacado con un acento especial, sospechoso, como en toda ostentación de virtud. La escena del granero, tan pobremente descrita en la historia original, adquiere un rico contenido en esta narradora: los hombres se quitan la chaqueta, también el profesor, que consecuentemente está... en suma, desnudo y por eso tiene frío. Así la cosa se vuelve muy «indecente». La narradora ha reconocido también correctamente los paralelismos conjeturados anteriormente, al hablar de la historia original, situando aquí la acción de desnudarse, perteneciente a los baños, ya que después de todo tiene que llegar a saberse que las muchachas están con el profesor desnudo.

105 III. «M. ha contado que soñó: Una vez fui a bañarme y ya no había sitio. El señor profesor me llevó a su caseta. Yo me quité la ropa y fui a nadar. Nadé hasta que llegué a la pendiente. Allí fuera me encontré con el señor profesor. Dijo que si quería cruzar a nado el lago con él. Fui, y también L. P. Nadamos, y pronto estuvimos en

el centro del lago. Yo ya no tenía ganas de seguir nadando. Y ya no sé decir exactamente lo que ocurrió. De pronto vino un barco y nos montamos. El señor profesor dijo: "Tengo frío", y un tripulante nos dio una camisa vieja. Cada uno de nosotros tres arrancamos un trozo de camisa. Yo me lo até al cuello. Luego bajamos del barco y seguimos nadando en dirección a K.; L. P. y yo no teníamos ya ganas de seguir, y dos gordos nos montaron a su espalda. En K. nos dieron un velo, que nos pusimos. En K. salimos a la calle. El señor profesor se encontró con un amigo, que nos invitó a su boda. Fuimos al Restaurante del Sol y empezamos a jugar. También bailamos una polonesa. Y ya no sé muy bien cómo seguir. Después hicimos el viaje de novios a Andermatt. El señor profesor no llevaba dinero y robó castañas en Andermatt. El señor profesor nos dijo: "Estoy muy contento de poder viajar con mis dos alumnas". Ahora viene algo indecente que no quiero escribir. Y ya se ha acabado el sueño».

106 *Observaciones:* El desnudarse en común se desplaza al angosto espacio de la caseta de baño. La poca ropa en el barco da lugar a una nueva variante (Camisa vieja rota en tres pedazos). Debido a una inseguridad excesiva no se menciona aquí lo relativo a montarse encima del profesor. En lugar de ello, las muchachas montan sobre dos hombres gruesos. Puesto que «gordo» está muy destacado, conviene señalar la considerable corpulencia del profesor. La sustitución es completamente típica: hay un profesor para cada una. La duplicación o multiplicación de personalidades expresa en primer término la importancia, es decir, la investidura libidinal[2]. La importancia de la multiplicación es especialmente clara en los cultos y en la mitología. (cf. la Trinidad y las dos fórmulas místicas de culto: «Isis una quae es omnia» [Isis, que es una y todo] y «Hermes omnia solus et ter unus» [Hermes solo todo y uno en tres]). Lo que cuenta lingüísticamente es que come, bebe o duerme «por dos». Además la multiplicación de la personalidad también expresa analogía o comparación: «como mi amiga...» o «como yo, también mi amiga ha...», la «misma exigencia etiológica» (Freud). En la *dementia praecox* o esquizofrenia, por utilizar la más amplia y mejor fórmula de Bleuler, la multiplicación de la personalidad es, por lo pronto, también expresión de investidura libidinal, pues normalmente la personalidad que el enfermo transfiere es la sometida a multiplicación. (Hay dos profesores N. «Ah, también es usted un doctor Jung; hoy por la mañana ha estado ya en mi casa uno que se hacía pasar por el doctor Jung».) Parece que, conforme a la tendencia general de la esquizofrenia, esta fragmentación tiene un carácter analítico-despotenciador para impedir que se produzcan impresiones demasiado intensas. Un último detalle importante acerca de la multiplicación de personalidad, aunque no cuadre exactamente bajo este concepto, es la exaltación de un atributo de la persona hasta formar una figura viva. Un ejemplo sencillo es Dioniso y su compañero Fales, donde Fales = Phallos es la personificación del pene de Dioniso. El llamado cortejo de Dioniso (sátiros, títiros, silenos, ménades, mimalones) está formado por las personificaciones de los atributos dionisíacos.

107 La escena de Andermatt está configurada con especial gracia en una correcta continuación del sueño: «El profesor roba castañas» = hace lo indebido. Castañas: habla de las asadas, conocidas por su entalladura como símbolo sexual femenino. Según eso, la observación del especial contento del profesor por viajar con sus alumnas resulta inteligible en su inmediata conexión con el robo de las castañas. Este robo es seguramente interpolación individual, puesto que no vuelve a aparecer en toda la serie de testigos; muestra lo intensa que es la participación interna de las compañeras de clase en el sueño de Marie X., es decir la «misma exigencia etiológica».

108 Con esta declaración termina la serie de los testigos directos. La historia del velo, el dolor del pie son elementos que acaso podamos conjeturar por alusiones también en la narración original. Pero otras interpolaciones son completamente individuales y se basan en una participación interna e independiente con el sentido del sueño.

2. *Testimonios de oídas*

109 I. «Toda la escuela fue autorizada a ir a bañarse con el señor profesor. Sólo M. X. se quedó en los baños sin sitio donde desnudarse. Entonces dice el señor profesor: puedes venir a mi habitación y desnudarte allí. Fue con él, pero le daba mucha vergüenza. Cuando acabaron de desnudarse fueron al lago. El señor profesor cogió una larga cuerda y la ató alrededor de M. Y luego nadaron los dos hasta muy lejos. Pero M. se cansó, y entonces el señor profesor la montó a su espalda. Luego M. vio a Lina P., y la llamó, ven también con nosotros, y Lina fue también. Y entonces los tres nadaron todavía más lejos. Se encontraron con un barco. Entonces preguntó el señor profesor: ¿Nos permiten montar?, ¡las chicas están cansadas! El barco se paró, y todos pudieron montarse. No sé exactamente cómo volvieron a bajar a tierra en K. Entonces al profesor le dieron una vieja chaqueta de pijama. Se la puso. Entonces se encontró con un amigo, que justo estaba celebrando su boda. El señor profesor, M. y L. fueron invitados. La boda se celebró en La Corona, de K. Tam-

2. Lo mismo vale para las acciones repetidas. Para las duplicaciones de atributo en la *dementia praecox*, cf. *Sobre la psicología de la* dementia praecox: *un ensayo*. [OC 3,1.]

bién querían bailar una polonesa. El señor profesor dijo que no quería participar. Entonces los demás dijeron que debía hacerlo. Lo hizo con M. El señor profesor dijo: Ya no quiero volver a casa con mi mujer y mis hijos. M., tú eres la que más quiero. Ella se alegró mucho. Después de la boda se hizo el viaje de novios. También invitaron al señor profesor, a M. y a L. El viaje les llevó a Milán. Después fueron a Andermatt, donde no encontraron en ninguna parte una cama para dormir. Fueron a un granero, donde pudieron pasar la noche todos juntos. Ya no puedo seguir contando, porque ahora la cosa se pone muy indecente».

110 *Observaciones:* La escena donde se desnudan en los baños está descrita con excesivo detalle. Estar juntos en el agua sufre una simplificación adicional, ya preparada anteriormente con la historia de la cuerda: el profesor se ata a Marie, aquí no se menciona ya en absoluto a Lina P., sólo después, cuando Marie ya está montada sobre el profesor. La ropa es aquí una «chaqueta de pijama». La boda adquiere un significado muy directo: el profesor «no quiere volver a casa con su mujer y su hijo. María es a la que más quiere». En el granero encontraron lecho «todos juntos» y entonces «la cosa se puso muy indecente».

111 II. «Contaban por ahí que ella fue a bañarse con la escuela a los baños. Pero como todo estaba lleno, el profesor la llamó y le dijo que fuera donde él. Entonces fuimos nadando lejos por el lago y L. P. nos siguió. Entonces el profesor cogió una soga y nos ató a todas juntas. Ya no sé bien cómo volvieron a separarse. Pero después de mucho tiempo llegaron de repente a Z. Allí debe haber ocurrido una escena que prefiero no contar, porque si fuera verdad sería demasiado indecente. Tampoco sé ya muy bien lo que debió ocurrir, porque yo estaba muy cansada. Lo único que aún pude oír es que M. X. contó que ellas se quedaron entonces todo el tiempo con el señor profesor y que él no dejaba de acariciarlas diciéndoles que eran sus mejores alumnas. Si lo supiera exactamente también querría decir lo demás, pero mi hermana sólo dijo algo de un bebé que nació allí, y el señor profesor debió de ser el padrino».

112 *Observaciones:* Es digno de atención que la escena indecente está colocada en esta historia justo en lugar de la fiesta de bodas, que podría estar situada al final, pues el lector atento seguramente habrá advertido hace mucho que la citada escena hubiera podido tener lugar asimismo ya en la caseta de baño. Pero las cosas han ocurrido como suelen ocurrir muy frecuentemente en los sueños, esto es, el pensamiento final de una larga serie de imágenes oníricas contiene justamente aquello que ya se intentó representar en la primera imagen de la serie. La censura mantiene en lo posible apartado al complejo mediante encubrimientos, desplazamientos, giros inocuos, etc., de carácter simbólico constantemente renovados. Nada pasa en la caseta de baño, tampoco en el agua acontece «montarse encima», al llegar a la orilla no se montan sobre los hombros del profesor, la boda la celebran otra y otro, en el granero es otra quien tiene el niño y el señor profesor sólo es el padrino. Pero todas estas imágenes y situaciones resultan apropiadas para abarcar al complejo, es decir, el deseo de coito. Ahora bien, después de todas estas transformaciones se produce la acción, cuyo resultado es el nacimiento escenificado del final.

113 III. Marie contó: «El señor profesor celebraba la boda con su mujer, y entonces fueron a La Corona y bailaron juntos. Allí M. dijo otras cosas fuertes, que yo no debo decir ni escribir, porque es demasiado indecente».

114 *Observaciones:* Aquí todo resulta ya «demasiado indecente» para contarse. Nótese que la boda tiene lugar con la «mujer».

115 IV. «... que el señor profesor y M. fueron una vez a bañarse y él le preguntó entonces a M. si quería irse con él. Ella dijo que sí. Ya habían salido juntos cuando se encontraron con L. P., y el señor profesor le preguntó entonces si quería ir también con ellos. Y así siguieron juntos. Después oí que ella dijo que L. P. y ella eran las alumnas predilectas del señor profesor. También nos dijo que el señor profesor estaba en bañador. Luego estuvieron también en una boda, y la novia tuvo un bebé».

116 *Observaciones:* Se destaca muy vigorosamente la relación personal con el profesor (las «alumnas predilectas»), así como la poca ropa («en bañador»).

117 V. «M. y L. P. se fueron a bañar con el señor profesor. Cuando M., L. P. y el señor profesor nadaron un poco, dijo M.: Señor profesor, ya no puedo seguir, me duele el pie. Entonces dijo el señor profesor que se le montara a la espalda, y M. lo hizo. Luego vino una golondrina (*vapor pequeño*) y el señor profesor se montó en al barco. Parece que el señor profesor tenía dos cuerdas y que ató a las dos chicas al barco. Fueron juntos a Z. y se bajaron allí. Entonces el señor profesor compró una chaqueta de pijama y se la puso, y las muchachas se echaron un paño por encima. Parece que el señor profesor tenía una novia, y que fueron a un granero. Las dos muchachas también fueron al granero con el señor profesor y con la novia y bailaron. Lo otro no debo escribirlo, porque es demasiado fuerte».

118 *Observaciones:* También aquí Marie se monta a la espalda del profesor. El profesor ata con cuerdas a las dos muchachas al barco, de donde resulta con qué facilidad el barco sustituye al profesor. Como prenda de vestir reaparece aquí de nuevo la chaqueta de pijama. Es el profesor mismo quien celebra la boda, y tras el baile viene lo indecente.

119 VI. [L. P.]. «El señor profesor fue a bañarse con toda la escuela. Entonces M. no encontró sitio y se puso a llorar. El señor profesor le diría entonces a M. que podía ir a su caseta. Debo pasar por alto algo de vez en cuando, dijo mi hermana, porque es una larga historia. Pero ella me contó todavía algunas cosas más, que debo contar para decir la verdad. Estando en los baños del lago, el profesor le preguntó entonces a M. si quería cruzar el lago con él. Ella contestó que si yo iba ella también. Entonces nadamos hasta la mitad, más o menos. M. ya estaba cansada, y después el señor profesor tiró de ella con una cuerda. A la altura de K. bajaron a tierra y desde allí fueron a Z. (El *señor profesor iría aún en traje de baño.*) Allí nos encontramos con un amigo suyo, que debía de haber celebrado su boda. Al parecer ese amigo nos invitó. Después de la fiesta hubo un viaje de novios, y llegamos a Milán. Una noche tuvimos que dormir en un granero, donde pasó algo que no puedo decir. El señor profesor habría dicho que somos sus alumnas predilectas, y también habría besado a M.».

120 *Observaciones:* La disculpa «Debo pasar por alto algo de vez en cuando» sustituye la escena en que se desnudan. Se subraya especialmente la poca ropa del profesor. El viaje sigue el típico camino de los viajes de novios, hacia Milán. También este pasaje parece haberse fantaseado independientemente debido a la participación interna. Marie figura claramente como la amada.

121 VII. «Toda la escuela y el señor profesor se fueron a bañar. Todos se metieron en una habitación. El señor profesor también. Sólo M. no encontró sitio, entonces dijo el señor profesor: Yo tengo sitio, ella fue. Entonces dijo el señor profesor: Móntate en mi espalda y nadaremos lago adentro. Más no debo escribir, porque es tan indecente que casi no puedo ni decirlo. Aparte de lo indecente que seguiría, no sé nada más del sueño».

122 *Observaciones:* La narradora se acerca mucho a los fundamentos. Ya en la caseta de baño María debía de haber estado «montada» a la espalda del profesor. Consecuentemente, aparte de lo «indecente» la narradora ya no puede informar nada en absoluto del resto del sueño.

123 VIII. «Toda la escuela habría ido a bañarse. Parece que M. no encontró sitio y que el profesor la invitó a su caseta. El profesor salió a nadar con ella y le dijo sin más que era a quien más quería, o algo así. En Z., cuando llegaron a tierra, al parecer un amigo estaba celebrando su boda, y también invitó a los dos que estaban en bañador. El profesor encontraría una chaqueta de pijama vieja que se puso encima del bañador. También (*el profesor*) habría besado mucho a M. y le habría dicho que ya no volvería junto a su mujer. También les debieron invitar al viaje de novios. El viaje pasó por Andermatt, donde no encontraron sitio para dormir, y por eso tuvieron que dormir en el heno. Allí mismo había una mujer, y justo ahora viene lo espantoso, y no está nada bien hacer bromas y risas con algo así de serio. Esa mujer tuvo un bebé, no quiero decir más ahora, porque viene algo demasiado espantoso».

124 *Observaciones:* La narradora es muy radical («le dijo sin más que era a quien más quería», «habría besado mucho a M. y le habría dicho que ya no volvería junto a su mujer»). La indignación que se abre paso al final sobre las estúpidas habladurías, permite inferir una especial idiosincrasia en la narradora. Posteriores investigaciones revelaron que esta muchacha era la única de todos las testigos que había sido prematura y deliberadamente *ilustrada en materia sexual* por su madre.

3. *Epicrisis*

125 Respecto a la interpretación del sueño, nada puedo añadir pues las muchachas se han encargado de todo lo importante, de modo que a la interpretación psicoanalítica no le queda casi nada que decir. *El rumor ha analizado e interpretado el sueño.* Que yo sepa, hasta ahora no se ha investigado el rumor en relación con esta nueva capacidad. Nuestro caso demuestra lo ciertamente productivo que resulta sondear la psicología del rumor desde el lado psicoanalítico. En la presentación del material me he limitado deliberadamente a lo psicoanalítico, no ignorando en absoluto que mi material ofrece múltiples puntos vulnerables a los meritorios planteamientos de la escuela de Stern, de Claparède y otros*.

* Wilhelm L. Stern (1871-1938), profesor de la Universidad de Hamburgo hasta su emigración, en 1933, a los Estados Unidos, pasa por ser el inventor del concepto de cociente intelectual. Se le considera uno de los fundadores de la psicología aplicada en Alemania. Desde 1933 hasta su muerte trabajó en las universidades de Harvard y Duke.

Eduard Claparède (1873-1940), suizo, especialista en psicología infantil (*Psychologie de l'enfant et pédagogie experimentale*, 1905). Aunque aquí Jung le cita en relación con esta vertiente de su actividad, hay que señalar que también es autor de una biografía de

126 El material presentado permite entender la estructura del rumor; pero el psicoanálisis no puede darse por satisfecho con esto. Todavía es necesario saber bastantes más cosas sobre el porqué y el para qué del fenómeno entero. Como hemos visto, el profesor, seriamente afectado por el rumor, se trabó en un problema determinado: el de causa y efecto. ¿Cómo puede un sueño, después de todo notoriamente inofensivo y que nunca significa nada (como es sabido, los profesores tienen formación en psicología), producir estos efectos, estas habladurías tan infames? El profesor parece que ha dado instintivamente con la solución correcta al plantear de ese modo la cuestión. El efecto del sueño sólo puede explicarse por el hecho de ser *le vrai mot de la situation*, porque encontró la expresión adecuada de algo que ya estaba en el aire. Fue la chispa que cayó en el barril de pólvora. Nuestro material proporciona todas las pruebas precisas para dicho juicio. Ya he señalado varias veces la participación interna de las compañeras de Marie en el sueño; también he llamado la atención sobre los puntos especialmente interesantes, que incluso algunas han fantaseado o incorporado a este sueño. La clase está compuesta por muchachas entre doce y trece años, en medio por lo tanto de los pródromos de la pubertad. La misma protagonista del sueño, Marie X., tiene un físico ya completamente desarrollado sexualmente y va adelantada a su clase; es una dirigente que ha dado el santo y seña a lo inconsciente y, de ese modo, ha provocado entre sus compañeras la explosión de complejos sexuales latentes.

127 Para el profesor el asunto fue enormemente penoso, como fácilmente se comprenderá. La conjetura de una intención oculta de las alumnas hacia él está justificada de acuerdo con el principio psicoanalítico de juzgar los actos más por sus resultados que por sus motivos conscientes[3]. Según esto podría suponerse que Marie X. guardara especial rencor a su profesor. Marie amaba a este profesor como a ningún otro. Sin embargo, durante el último medio año algo había cambiado en su modo de ser. Se había vuelto soñadora y, en consecuencia, distraída; temía bajar a la calle después de caer la tarde por miedo a los hombres malos. Algunas veces comentó con sus compañeras cuestiones sexuales de forma algo obscena; entre tanto su madre, preocupada, me consultó acerca de la mejor manera de ilustrar a su hija sobre su próxima menstruación. Con ese cambio Marie perdió el favor del profesor, como mostró claramente la mala

Théodore Flournoy, uno de los autores de referencia en la tesis doctoral de Jung sobre la psicología del ocultismo (cf. OC 1) [LM].

3. Cf. mi trabajo «Sobre conflictos del alma infantil». [OC 17,1.]

nota que por primera vez ella y algunas de sus amigas recibieron pocos días antes de que surgiera el rumor. La decepción fue tan grande que las muchachas tramaron todo tipo de fantasías de venganza contra el profesor, por ejemplo empujarle a las vías para que el tren le pasara por encima, etc. En estas sanguinarias fantasías se destacó especialmente Marie. En la noche que siguió al enorme enojo que, según parece, le hizo olvidar completamente su anterior amor por el profesor, la parte reprimida de su alma apareció en sueños, precisamente en nuestro sueño, cumpliendo su deseo de unión sexual con el profesor —como compensación al odio que había colmado el día—. Al despertar, el sueño se convirtió en un certero instrumento del odio porque su pensamiento desiderativo también lo era de las compañeras, como siempre ocurre con rumores así. Ciertamente la venganza tuvo éxito, pero el contragolpe, que alcanzó a Marie, fue más intenso. Ésta suele ser la regla cuando los impulsos instintivos se abandonan a lo inconsciente. En virtud de mi peritaje Marie X. fue readmitida en la escuela.

128 Soy muy consciente de lo incompleto de mi breve comunicación, en concreto lo insatisfactoria que resulta desde el punto de vista de la exactitud científica. Se podría describir con segura claridad lo que aquí tan sólo esbozamos someramente si tuviéramos una historia original establecida con exactitud. Por ello, este caso es casi un planteamiento de la cuestión, y queda reservado para observadores más afortunados reunir las experiencias realmente probatorias en este campo.



5

UNA CONTRIBUCIÓN AL CONOCIMIENTO DE LOS SUEÑOS CON NÚMEROS*

129 El simbolismo de los números, que ocupó intensamente a la imaginativa filosofía de siglos anteriores, ha vuelto a cobrar un interés renovado gracias a la investigación analítica de Freud y su escuela. Aunque lo que ahora ponemos de manifiesto en el material de los sueños con números ya no son cavilaciones conscientes sobre conexiones simbólicas entre los números, sino las raíces inconscientes de ese simbolismo numeral. Probablemente apenas sea posible de momento hacer aportaciones fundamentalmente novedosas en este ámbito tras las exposiciones de Freud, Adler y Stekel. Tendremos que conformarnos entonces con ampliar la experiencia con una casuística paralela. He conseguido observar algunos casos de este tipo en mi consulta y podría ser de interés general darlos a conocer.

130 Los tres primeros ejemplos proceden de un hombre casado y de mediana edad, cuyo conflicto actual es una relación extramatrimonial. El fragmento onírico del que extraigo el número simbólico reza así (muy resumido): *Va en tren y muestra al revisor su abono ferroviario. El revisor pone objeciones al elevado número del abono. Es el 2477.*

131 El análisis del sueño revela un cálculo, algo indelicado y ajeno a la naturaleza generosa del soñante, de los *costes de la relación*, que lo inconsciente utiliza como resistencia contra ella. La interpretación más inmediata sería por lo tanto que el número tiene un significado y origen financieros. Un cómputo aproximado de los costes de la relación hasta el momento arroja una cifra que, efectivamente, se acerca a los 2477 francos suizos; pero un cálculo más cuidadoso

* Publicado en *Zentralblatt für Psychoanalyse* I/8 (1910-1911), pp. 567-572.

da por resultado 2387 francos, un número que sólo arbitrariamente puede asimilarse a 2477. Confié entonces el número a la asociación libre del paciente, a quien se le ocurrió que en el sueño el número se lee separado, en la forma 2477. Quizá fuera un número de teléfono. Suposición que resulta ser incorrecta. Le sigue la asociación de que tal vez fuera la *suma* de algunos números. Aquí se asocia el recuerdo, que el paciente ya me contó en una ocasión anterior, de haber celebrado a la vez los cien años de su madre y él, pues su madre cumplió 65 años y él 35 (los cumplen el mismo día). Por este camino llega el paciente a la siguiente serie asociativa:

Él nació	el 26.II.
Su querida	el 28.VIII.
Su mujer	el 1.III.
Su madre (el padre murió hace tiempo)	el 26.II.
Sus 2 hijos	el 29.IV.
	el 13.VII.
El paciente nació	en II.75.
Su querida	en VIII.85.

132 Ahora tiene 36 años, su querida 25. Si se escribe la serie asociativa con números usuales resulta la siguiente cuenta:

26.II. =	262
28.VIII. =	288
1.III. =	13
etc.	262
	294
	137
	275
	885
	36
	25
Suma	2 477

133 De esta serie, que incluye a todos los miembros de su familia, resulta el número 2477. Esta reconstrucción conduce a una capa significativa más profunda del sueño: el paciente está enormemente ligado a su familia pero también muy enamorado de su querida, lo cual le causa graves conflictos. Los detalles del aspecto externo del revisor (que omito aquí por brevedad) conducen hacia el analista, de quien el paciente teme y desea, con razón, un control estricto y una censura a su dependencia y su vínculo.

134 Poco después tiene este sueño (de nuevo muy resumido): *El analista inquiere al paciente sobre lo que está haciendo realmente en su relación. A lo que el paciente contesta que juega, y además siempre a un número muy alto, el 152. El analista observa al respecto que están engañando miserablemente al paciente.*

135 El análisis vuelve a dar por resultado una tendencia reprimida a calcular los costes de la relación. El importe mensual gastado se acerca, en efecto, a los 154 francos, ya que asciende a 148-158 francos. La observación de que se le engaña alude al origen de las dificultades del paciente con su querida: ella sostiene que la ha desflorado él, quien por su parte está firmemente convencido de que ya lo estaba, siendo otro quien lo hizo en una época en que él la pretendía, negándole ella todavía sus favores del todo. La expresión «número» lleva a la asociación «número de guante» y «número de calibre». A partir de ahí se produce el paso siguiente: su constatación de una considerable anchura del introito en vez de la esperada resistencia del himen en su primer coito. Esto es para él la prueba material de que ella le engaña. Lo inconsciente, naturalmente, utiliza este asunto como el medio de resistencia más eficaz contra la relación. El número 152 resultó ser al principio refractario al análisis. El «número», no obstante, suscitó posteriormente la asociación «número de casa», evidente por sí mismo. A partir de ahí se produjo la siguiente serie asociativa: la dama vivía inicialmente, cuando el paciente la conoció, en la calle X, número 17, después en la calle Y, número 129, luego en la calle Z, número 48.

136 Aquí el paciente pensó que había sobrepasado ya claramente el 152, porque la suma le daba 194. Entonces se le ocurrió que la dama se había trasladado de la calle Z, número 48, por determinados motivos y a instigación suya, por tanto lo correcto sería 194 - 48 = 146. Ahora ella vive en la calle A, número 6, por lo tanto 146 + 6 = 152.

137 En el curso posterior del análisis surgió el siguiente sueño: el paciente sueña *que el analista le pasa una factura, en la que, por retraso en el pago, agrega 1 franco de interés por un importe de 315 francos correspondiente al periodo del 3 al 29 (de septiembre).*

138 Este reproche de mezquindad y codicia hacia el analista oculta en el paciente, como resultó del análisis, una intensa envidia inconsciente. Hay distintas cosas de la vida del analista que pueden provocar la envidia del paciente. En los últimos tiempos le ha producido cierta impresión *un* hecho en especial. La familia de su médico ha crecido. Las relaciones perturbadas del paciente con su mujer no le permiten lamentablemente esperar algo así en su familia. En consecuencia hay motivos para la envidia y para otras muchas comparaciones.

139 El análisis de 315, como antes, empieza con su descomposición en 3-1-5. Respecto a 3 se le ocurre que su médico tenía 3 hijos, a los que recientemente se ha incorporado 1. Él mismo tendría 5 hijos si todos estuvieran vivos, pero tiene 3 - 1 = 2 vivos, porque aunque 3 pasaron todo el embarazo nacieron muertos. Sólo con estas asociaciones está lejos de haberse agotado el simbolismo numérico del sueño.

140 El paciente hace notar que el periodo del 3 al 29 (de septiembre) comprende 26 días. Su pensamiento inmediato es sumar este número y los restantes del sueño, así

26
315
1
342

Con el 342 lleva a cabo la misma operación que con 315, es decir la descomposición 3-4-2. Si antes el médico tenía 3 hijos, a los que vino a sumarse 1, y el paciente podría tener 5, ahora las cosas se plantean así: el médico tenía 3 hijos y ahora 4, mientras el paciente sólo tiene 2. Al respecto observa que este segundo número parece una rectificación frente al cumplimiento del deseo.

141 El paciente, que dio con esta explicación solo y sin mi ayuda, se declaró satisfecho. Su médico, sin embargo, todavía no lo estaba, pues con las ya mencionadas revelaciones no le parecía que estuvieran agotadas las abundantes posibilidades de determinación de las formaciones inconscientes. En efecto, el paciente había apuntado cuidadosamente en el material relativo al número 5 que de los 3 hijos que nacieron muertos 1 lo hizo en el mes 9 y 2 lo hicieron en el 7. Asimismo destacó que su mujer había tenido otros 2 partos prematuros, uno en la semana 5 y otro en la 7. Si sumamos estos números, determinamos así el número 26:

hijo	de	7 meses
hijo	de	7 meses
hijo	de	9 meses
		23 meses
2 partos prematuros (5 + 7 semanas)		3 meses
		26 meses

142 Parece como si 26 estuviera determinado por el número de los *periodos de los embarazos malogrados*. En el sueño este tiempo (26 días) significa un *retraso*, por el cual se le recarga al paciente 1 franco de intereses. De hecho, ha sufrido un retraso a causa de los embarazos malogrados, pues en el tiempo que se conocen el médico se le ha adelantado con 1 hijo. 1 franco significaría 1 hijo. Más arriba vimos la tendencia del paciente a incorporar todos los hijos, también los muertos, a su cuenta para aventajar al rival. El pensamiento de que su médico le ha sobrepasado con 1 hijo pudiera fácilmente haber determinado el 1. Por eso vamos a seguir algo más el juego numérico del paciente mencionado anteriormente, de modo que sumamos al 26 los dos embarazos logrados: 26 + 18 = 44.

143 Si prestamos también atención a la tendencia a descomponer en cifras aisladas, resultará 2 + 6 y 4 + 4, dos grupos de números que sólo tienen en común el que, sumados, dan 8. Estos números, debemos decirlo, están compuestos íntegramente por los meses de embarazo indicados por el paciente. Si los comparamos con los grupos numéricos que ofrecen los datos sobre la potencia procreadora del médico, es decir, 315 y 342, habrá que observar que su similitud consiste en que sus respectivas sumas de las cifras dan 9: 9 - 8 = 1. Parece como si también aquí se hubiera llevado a cabo el pensamiento de la sustracción del 1. Tal y como apuntó anteriormente el paciente, parecía que el 315 representaba el cumplimiento de un deseo y, por el contrario, el 342 una rectificación. Queda al descubierto una fantasía lúdica con la siguiente diferencia entre ambos números:

3 x 1 x 5 = 15   3 x 4 x 2 = 24   24 - 15 = 9

144 También aquí volvemos a encontrar el significativo número 9, que se acomoda muy bien a estos cálculos sobre embarazos y nacimientos.

145 Es difícil trazar la frontera donde empieza lo puramente lúdico —necesariamente, pues el producto inconsciente es creación de la fantasía lúdica, esa instancia psíquica de la que también procede el *juego*—. El espíritu exacto se resiste a abandonarse a estos juegos de niños que se pierden en la inconsistencia por doquier. Pero nunca debe olvidarse que todavía no hace mucho que el espíritu humano se recreaba precisamente con este juego, y eso durante milenios, y que por lo tanto tampoco sería como para maravillarse que aquellas tendencias, pertenecientes al pasado histórico, volvieran de nuevo a imponerse por la fuerza en el sueño. Tal y como muestra el hecho ya mencionado de la fiesta del centenario, el

soñante también emplea en la vigilia similares tendencias lúdico-numéricas. En consecuencia, está fuera de duda que las tiene. En cualquier caso no hay *pruebas exactas* de las vías particulares de la determinación inconsciente, *sólo la totalidad de la experiencia está en condiciones de apoyar el descubrimiento individual.* En mayor medida que en casi cualquier otra área, en la de la fantasía creativa autónoma dependemos de su amplia empiria, que exige un alto grado de modestia respecto a la certidumbre de las conclusiones particulares, pero que de ninguna manera obliga a silenciar lo ocurrido y vivenciado por temor al anatema de acientificidad. No es en absoluto preciso participar de la fobia a la superstición propia del espíritu moderno; también forma parte de los medios que sirven para velar los secretos de lo inconsciente.

146 Reviste especial interés observar cómo los problemas del paciente se reflejan en lo inconsciente de su mujer, que soñó, y esto es todo el sueño, «*Lucas 137*». El análisis del sueño proporciona lo siguiente: a la protagonista del sueño se le ocurre respecto al 1 que el médico ha tenido 1 hijo. Ya tenía 3. Ella tendría, si todos los hijos vivieran, 7, ahora sólo tiene 3 - 1 = 2. Pero desea 1 + 3 + 7 = 11, 1 + 1, esto es, gemelos, alcanzando así el número de hijos del médico. Su *madre* tuvo *gemelos*. La esperanza de que su marido le dé un hijo es muy precaria, sugiriendo desde hace mucho a lo inconsciente la idea de un segundo matrimonio.

147 En sus fantasías cayó en la cuenta que con 44 años estaría «acabada», esto es, en el climaterio. Ahora tiene 33 años y en 11 años tendrá 44. Esta última cifra es significativa porque su padre murió a los 44 años. Su fantasía del año cuadragésimo cuarto contiene la fantasía de la muerte del padre. La acentuación de la muerte del padre corresponde a la fantasía reprimida de la muerte del marido, un obstáculo a superar.

148 En este punto interviene como solución del conflicto el material sobre «Lucas 137». La soñante, esto hay que mencionarlo expresamente, no está en absoluto versada en la Biblia en la actualidad, incluso no ha vuelto a leerla desde hace muchísimo tiempo y no es nada religiosa. Recurrir aquí a las asociaciones sería entonces completamente inútil. Su desconocimiento de la Biblia llega al punto de no saber incluso siquiera que la cita «Lucas 137» sólo puede referirse al *Evangelio de Lucas*. Cuando abrió el Nuevo Testamento se encontró con los *Hechos de los Apóstoles*, de Lucas. Puesto que el primer capítulo sólo tiene 26 versículos y no 37, tomó el versículo 7, que dice: «*No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder*». Si pasamos a *Lucas* 1,37, allí encontramos la *Anunciación a María*. (Versículo



35: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. 36. E Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril. 37. *Porque nada hay imposible para Dios*».)

149 La continuación consecuente del análisis de «Lucas 137» exige también la consulta de *Lucas* 13,7. Allí se lee (versículo 6): «Tenía uno plantada una higuera en su viña, y vino en busca del fruto y no lo halló. 7. Dijo entonces al viñador: Van ya tres años que vengo en busca del fruto de esta higuera y no lo hallo; córtala; ¿por qué ha de ocupar la tierra en balde?».

150 La higuera, desde antiguo símbolo del genital masculino, ha de ser *cortada* por su esterilidad. Pues bien, este pasaje concuerda excelentemente con numerosas fantasías sádicas de la soñante relativas a la amputación o extirpación del pene a mordiscos. Salta a la vista la relación con el miembro estéril del hombre. Es comprensible que la soñante retire su libido del hombre, puesto que es *impotente* con ella, y también es comprensible que haga una regresión al padre («... que el *padre* ha fijado en virtud de su poder») y se identifique con su madre, que tuvo gemelos[1]. Con este avance de la soñante en la jerarquía de la edad al marido le corresponde el papel de hijo o de niño con ella, pues la impotencia es característica de esa edad. También el deseo de quitarse del medio al marido es fácil de entender, y además ampliamente documentado por el psicoanálisis anterior de la paciente. Por lo tanto es simplemente una confirmación más de lo dicho hasta ahora encontrar en *Lucas* 7, versículo 12 ss., como continuación de los materiales relativos a «Lucas 137», lo siguiente: «12. Cuando se acercaban a las puertas de la ciudad vieron que llevaban un muerto, *hijo único de su madre, viuda*... 13. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores. 14. Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y Él dijo: Joven, a ti te hablo, levántate».

151 La alusión a la resurrección del muerto adquiere, en el conjunto de la situación psicológica de la soñante, un bello sentido como curación de la impotencia del marido. Con ello se habría solucionado el problema. No necesito señalar *expressis verbis* los múltiples cumplimientos de deseos contenidos en este material; el lector los hallará por sí mismo.

152 Considerando el hecho de que la paciente es completamente ignorante en asuntos bíblicos, la significativa combinación del símbolo «Lucas 137» probablemente sólo pueda interpretarse como

1. El marido padece en el fondo un considerable complejo materno.

criptomnesia. Sobre los notables efectos de este fenómeno ya hemos llamado la atención Flournoy[2] y yo[3]. Dentro de las posibilidades de la certeza humana, no hay en este caso ninguna manipulación fraudulenta. El entendido en psicoanálisis sabrá excluir esta sospecha simplemente con el aspecto general del material.

153 Soy consciente de que estas observaciones nadan en un mar de incertidumbres, pero creo que no sería correcto ocultarlas, pues detrás de nosotros vendrán otros más afortunados que sabrán integrarlas en líneas de sentido coherentes, algo que a nosotros, con las deficiencias de nuestros actuales conocimientos, nos es imposible.

2. *Des Indes à la planète Mars* y *Nouvelles Observations sur un cas de somnambulisme*.
3. *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos*. [OC 1,1.]

6

RESEÑA CRÍTICA DE MORTON PRINCE, M.D., «THE MECHANISM AND INTERPRETATION OF DREAMS»*

154 Todos aquellos colegas y colaboradores que estimulados por Freud han investigado los problemas del sueño, confirmando los principios de *La interpretación de los sueños*, deberán perdonarme si paso por alto su trabajo de indagación y verificación para ocuparme de una investigación que, precisamente por no haber conducido a resultados tan positivos, resulta, no obstante, extraordinariamente apropiada para la discusión pública. Hay que añadir a esto la circunstancia, especialmente mencionable, de que Morton Prince**, tanto por los trabajos publicados hasta el momento como por su entera y profunda concepción de los problemas psicopatológicos, está capacitado como pocos para entender la psicología fundada por Freud. Lo que no sé realmente es si Morton Prince conoce suficientemente la lengua alemana para leer fluidamente a Freud[1], casi condición para comprenderlo. Si el autor depende de la literatura en inglés, la presentación del análisis de los sueños, magníficamente clara, de Ernest Jones en su *Freud's Theory of Dreams*[2] podría también pro-

* Publicado en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* III (1911), pp. 309-328. El artículo de Prince (1854-1929) fue publicado en el *Journal of Abnormal Psychology* V.

** Morton Prince, profesor de neurología de la Universidad de Tufts y fundador del *Journal of Abnormal Psychology* en 1906 puede considerarse como el primer promotor de la obra de Freud en los Estados Unidos, pues fue en su domicilio donde comenzó a reunirse el primer núcleo de médicos interesados por el psicoanálisis. Por otra parte, en el primer número de su revista se publicó el trabajo considerado como punto de origen del despliegue del psicoanálisis en los círculos clínicos: J. J. Putnam, «Recent Experiences in the Study and Treatment of Hysteria at the Massachussets General Hospital; with Remarks on Freud's Method of Treatment by "Psychoanalysis"» [LM].

1. En efecto, considero que no es del todo superfluo leer a un autor antes de ocuparse críticamente con él.
2. Páginas 283 ss.

porcionarle los conocimientos necesarios. Además, hay ya un número abundante de trabajos y monografías, debidas a Brill y Jones, y recientemente también a Putnam[3], Meyer, Hoch, Scripture y otros, que iluminan los distintos aspectos del psicoanálisis (Bleuler: «psicología profunda»). Hace tiempo además que están disponibles no sólo los textos de las lecciones de Freud y de las mías en la Clark University*, sino también la traducción de alguno de nuestros escritos, de modo que quien no domine la lengua alemana tiene sobradas oportunidades de comprenderlo.

155 No ha sido por contacto personal, cuyo poder de sugestión teme el señor Hoche[4] de una forma casi supersticiosa —y para nosotros lisonjera—, sino mediante la lectura como Morton Prince ha adquirido los necesarios conocimientos analíticos. El lector alemán probablemente conozca en Morton Prince al autor de un meritorio libro, *The Dissociation of a Personality*, dignamente alineado junto a investigaciones similares de Binet, Janet y Flournoy[5]. Como es sabido, Prince es además el editor del *Journal of Abnormal Psychology*, que actualmente trata sin prejuicios las cuestiones psicoanalíticas en casi todos sus números.

156 Con esta introducción el lector no podrá juzgar excesivo que caracterice a Morton Prince como un investigador libre de prejuicios, de nombradía científica firmemente asentada y de indiscutible competencia para juzgar los problemas psicopatológicos. Si Putnam se ha ocupado preferentemente del aspecto terapéutico del psicoanálisis, sobre el que se ha manifestado con admirable franqueza, Prince está interesado sin embargo por un área especialmente discutida en la que todos los discípulos de Freud han perdido ya hace años su honrado prestigio científico a ojos de la ciencia alemana, esto es, el

3. No debo dejar de mencionar aquí que James J. Putnam, profesor de neurología en la Harvard Medical School, de Boston, ha verificado y confirmado la aplicación médica del psicoanálisis. [*Persönliche Erfahrungen mit Freud's psychoanalytischer Methode*, 1911.]

* Estas conferencias aparecieron en traducción inglesa en *Amer. J. Psychol.* XXXI (1910), bajo el título *Five Lectures on Psycho-Analysis*: de Freud, «Psychoanalysis» («Psicoanálisis»), y de Jung, «The Association Method: The Familial Constellations» (OC 2, 10 y 2,11) (segunda conferencia) y «Psychic Conflicts in a Child» (OC 17,1) (tercera conferencia).

4. Como es sabido, el señor profesor Hoche, de Friburgo, ha presentado a Freud y a los miembros de su escuela como afectados de demencia epidémica. Los participantes del Congreso [de psiquiatras y neurólogos del sudeste de Alemania, en Baden-Baden, 8 de mayo de 1910] aceptaron ese diagnóstico *sin* réplica y *con* aplauso. [Hoche, «Eine psychische Epidemie unter Ärzten» (Una epidemia psíquica entre médicos).]

5. Es especialmente lamentable que el estudioso, o mejor dicho, la persona que hoy hace ciencia, tenga con excesiva frecuencia sólo un interés nacional que no cruza las barreras fronterizas. Para la psicología analítica sería un gran alivio que en Alemania se leyera más a Binet, Janet y Flournoy.

análisis de los sueños. La crítica especializada alemana ha tratado con *irresponsable ligereza* la obra fundamental de Freud, *La interpretación de los sueños*. Como de costumbre, se ha echado mano de la trillada expresión «error ingenioso» y cosas parecidas. Pero no hubo entre psicólogos, neurólogos o psiquiatras alguien que se tomara la molestia de ponerse manos a la obra y someter a prueba su ingenio con el análisis freudiano de los sueños[6]. ¿O es que nadie se atrevió? Creo firmemente que nadie se atrevió porque la materia es de hecho difícil: menos difícil, pienso, en lo atinente a su aspecto intelectual; mucho, por el contrario, en lo referente a las resistencias —subjetivas— personales. Precisamente en este punto exige el psicoanálisis un sacrificio que ninguna otra ciencia exige a su cultivador; me refiero al *autoconocimiento sin miramientos*. Ha de repetirse una y otra vez que *la comprensión práctica y teórica del psicoanálisis es función del autoconocimiento analítico*. Donde falla el autoconocimiento no prospera el psicoanálisis. Esta afirmación será una paradoja sólo para quien crea conocerse. ¿Y quién no lo cree? Con el énfasis de la convicción más profunda lo asegura cualquiera a quien se pregunte. Sin embargo no es cierto, sino una ilusión infantil que forma parte de los requisitos que obligan a aparentar seguridad y convicción. Es indudable que un médico que sustituya, por ejemplo, con una elevada autoconfianza una carencia importante de conocimientos y capacidades no podrá analizar jamás, pues en caso contrario debería confesarse la verdad y eso le resultaría insoportable.

157 Por lo tanto, es más que apreciable que un hombre del prestigio de Prince aborde valerosamente el problema y lo intente dominar a su modo. Las objeciones que resultan de un trabajo tan honrado deben contar siempre con nuestro reconocimiento. Sólo dejamos de responder a quienes tienen aversión a trabajar de verdad, contentándose con discursos académicos demasiado fútiles. Antes de abordar las objeciones de Prince echemos una ojeada a su ámbito de trabajo y a sus (desde nuestro punto de vista) resultados positivos. Prince estudia seis sueños de una paciente capaz de distintos estados de consciencia y que, por lo tanto, podía ser examinada en múltiples estados de consciencia diferentes. Prince aplica tanto el interrogatorio bajo hipnosis como la asociación libre («método de asociaciones»). Se nos dice que el autor ha analizado docenas de sueños[7].

6. Quienes realmente lo han hecho se han puesto abiertamente del lado de Freud. Isserlin se contentó con una crítica *a priori* del método desde una completa ignorancia práctica del asunto. Bleuler ha procurado contestar lo que se podía en esas circunstancias. [*Die Psychoanalyse Freuds*.]

7. Para que el lector se haga una idea de la experiencia que posee el psicoanalista en el análisis de sueños indicaré que yo analizo una media de ocho sueños por jornada. En un

Respecto al método psicoanalítico («asociativo»), Prince encuentra que «it enables us by the examination of a large number of dreams in the same person to search the whole field of the unconscious, and by comparison of all the dreams to discover certain persistent, conserved ideas which run through and influence the psychical life of the individual» [mediante el examen de un elevado número de sueños de la misma persona es posible investigar el campo de lo inconsciente en su conjunto y, comparando todos los sueños, descubrir ciertas ideas persistentes y bien conservadas que recorren la vida psíquica del individuo influyéndole]*. Por lo tanto el investigador americano puede ir en busca y encontrar con el «absurdo» método psicoanalítico algo que perceptiblemente influye en la vida psíquica. Así pues, considera que el «método» es, en efecto, un método, está convencido de que lo inconsciente existe, etc., y todo esto sin haber sido de ninguna manera hipnotizado por Freud personalmente.

158 Prince, por lo demás, reconoce como materiales oníricos a tomar en cuenta «certain subconscious ideas of which the subject had not been aware» [ciertas ideas subconscientes de las que el sujeto no tiene idea] (p. 150), y admite en consecuencia que la fuente de los sueños pueda encontrarse en lo inconsciente. El siguiente párrafo aporta confirmaciones fundamentales y precisas al respecto (p. 150): «It was a brillant stroke of genius that led Freud to the discovery that dreams are not the meaningless vagaries that they were previously supposed to be, but when interpreted through the method of psychoanalysis may be found to have a logical and intelligible meaning. This meaning, however, is generally hidden in a mass of symbolism which can only be unraveled by a searching investigation into the previous mental experiences of the dreamer. Such an investigation requires, as I have already pointed out, the resurrection of all the associated memories pertaining to the elements of the dream. When this is done the conclusion is forced upon us, I believe, that even the most fantastic dream may express some intelligent idea, though that idea may be hidden in symbolism. My own observations confirm those of Freud, so far as to show that running through each dream there is an intelligent *motive*; so that the dream can be interpreted as expressing some idea or ideas which the dreamer previously has entertained. At least the dreams I have subjected to analysis justify this interpretation» [Fue

año esto supone unos dos mil. Cifras similares alcanza probablemente la mayor parte de los psicoanalistas. El mismo Freud dispone de un enorme material empírico.

* «The Mechanism and Interpretation of Dreams», p. 145.

un brillante golpe de genio el que llevó a Freud al descubrimiento de que los sueños no son extravagancias sin sentido, como se suponía anteriormente, sino que, interpretados mediante el método del psicoanálisis, puede encontrárseles un significado lógico e inteligible. Este significado, sin embargo, está generalmente oculto por una masa de símbolos que sólo es posible descifrar mediante una cuidadosa investigación de las experiencias previas del soñante. Esta investigación requiere, como ya he destacado, la resurrección de todos los recuerdos asociados pertenecientes a los elementos del sueño. Cuando esto sucede se impone a mi juicio la conclusión de que incluso el más fantástico de los sueños puede expresar alguna idea inteligente, aunque esa idea esté oculta en el simbolismo. Mis propias observaciones confirman las de Freud, pues prueban la presencia de un *motivo* inteligente en cada sueño, de ahí que pueda interpretarse como expresión de una o varias ideas que el soñante albergara previamente. En cualquier caso todos los sueños que he analizado justifican esta interpretación].

159 Prince está por lo tanto capacitado para reconocer que el sueño tiene sentido, que dicho sentido se oculta entre símbolos y que para descubrir ese sentido precisamos del material proporcionado por los recuerdos. Con ello quedan confirmados completamente los elementos esenciales de la interpretación de los sueños en mucha mayor medida de lo que nunca habría concedido la crítica *a priori*. Sobre la base de ciertas experiencias pertinentes Prince ha llegado a concebir los *síntomas histéricos* «as possible symbolisms of hidden processes of thought» [como posibles simbolismos de procesos de pensamiento ocultos], algo que, a pesar de las concepciones preparatorias contenidas en el manual de Binswanger *Die Hysterie*, la neurología alemana no logra comprender.

160 Como señalé anteriormente, he anticipado las manifestaciones del autor con las que estoy de acuerdo. Llegamos ahora a la divergencia y la objeción (p. 151): «I am unable to confirm [Freud's view] that every dream can be interpreted as "the imaginary fulfillment of a wish", which is the motive of the dream. That sometimes a dream can be recognized as a fulfillment of a wish there can be no question, but that every dream, or that the majority of dreams are such, I have been unable to verify, even after subjecting the individual to the most exhaustive analysis. On the contrary I find, if my interpretations are correct, that some dreams are rather the expression of the nonfulfillment of a wish; some seem to be that of the fulfillment of a fear or anxiety». [Soy incapaz de confirmar (según el punto de vista de Freud) que cada sueño pueda interpretarse como «el cumplimiento imaginario de un deseo» y que tal sea el motivo

del sueño. Que un sueño pueda reconocerse a veces como cumplimiento de un deseo está fuera de duda, pero que cada sueño, o la mayoría de los sueños lo sean, es algo que no he podido verificar, incluso después de haber sometido al individuo al análisis más exhaustivo. Por el contrario, encuentro que, si mis interpretaciones son correctas, algunos sueños son expresión de un no-cumplimiento del deseo, más bien parecen un cumplimiento de temor o angustia].

161 Este pasaje concentra en esencia todo aquello que Prince no puede reconocer. Habría que añadir que, a menudo, incluso el deseo no le parece al autor tan «reprimido» («repressed») ni tan inconsciente o importante como se esperaría de Freud. Por lo tanto, Prince no acepta la teoría freudiana de que un deseo reprimido sea la verdadera fuente del sueño y que se cumpla en él, pues no es capaz de observar esto en su material. Pero se ha esforzado por observarlo; esa teoría le parece cuando menos digna de un cuidadoso examen, algo que decididamente no es para muchos de nuestros críticos. (Me parece una forma de actuar que corresponde a una cierta ley no escrita de decoro académico.) Pues bien, felizmente el autor nos ha dado a conocer también el material del que extrajo sus conclusiones. Gracias a ello podemos medir nuestras experiencias con el rasero de las del autor y descubrir a la vez las causas del malentendido. Prince ha demostrado mucho valor al exponerse de ese manera, lo que es de agradecer, pues tanto a él como a nosotros se nos brinda la oportunidad de comparar públicamente las divergencias basados en su material. Aleccionador desde cualquier punto de vista.

162 Ahora bien, si queremos probar que Prince percibe meramente lo formal, no lo dinámico de los sueños, hemos de ocuparnos detalladamente de su material. En primer lugar, debo inferir por diversas alusiones del material que la protagonista del sueño es una señora de edad algo avanzada, con un hijo adulto que cursa estudios y que manifiestamente vive un matrimonio infeliz (¿divorcio?, ¿o sólo separación?). Padece desde hace años una escisión histérica de la personalidad, y alimenta, como ha de concluirse de las insinuaciones, fantasías regresivas en torno a dos posibilidades eróticas anteriores (dos hombres), algo que el autor (¿debido a la presión de la mojigatería pública?) debe insinuar con una delicadeza algo excesiva. Ha conseguido sacar a la paciente durante año y medio de la escisión; pero ahora parece que las cosas vuelven a ir mal, no puede ser autónoma y se adhiere al médico con una dependencia medrosa que le incomoda, por lo que quisiera derivarla a otro colega.

163 (Nos encontramos, por lo tanto, con el bien conocido cuadro de la transferencia no analizada y no confesada que, como es sabido,

consiste en la fijación de las fantasías eróticas de la paciente en el médico. Los seis sueños exponen fragmentariamente esta lucha del médico contra el cerco de la transferencia de la paciente[8].)

164 *Primer sueño*[9]. «Vi a alguien que parecía una vieja *judía* bebiendo *whisky*. De pronto se transformó en mi madre, que también parecía beber whisky. Entonces se abrió la puerta y entró mi *padre*, con la bata de mi *esposo*, con dos *bastones de madera* en la mano» (pp. 147 ss.).

165 Prince señala, a partir de un amplio material totalmente convincente[10], que la paciente se explica la tentación de beber, la «tentación» en general, entre los «pobres». Ella misma toma por la noche un poco de whisky, como también hacía su madre, etc. Aunque también podía ser algo impropio. «The dream scene is therefore the symbolical representation and justification of her own belief and answers the doubts and scruples that beset her mind» [La escena del sueño es por lo tanto la representación simbólica y la justificación de sus propias creencias y responde a las dudas y escrúpulos que acosan su mente] (p. 154). Según Prince, la segunda parte del sueño, los bastones de madera, es efectivamente una especie de cumplimiento del deseo, pero no dice lo más mínimo de por qué la paciente encargó la tarde de la víspera leña para calentarse. Creo que tampoco aquí el autor ve nada claro porque no acaba de analizar el sueño, a pesar de su esfuerzo (ocho páginas); sobre todo han quedado sin analizar lo que yo llamaría piezas principales: ¡beber whisky y los bastones de madera! Si el autor prestara atención a las «tentaciones» pronto descubriría que, en el fondo, los escrúpulos de la paciente son bastante más serios que una cucharilla de whisky y dos leños. ¿Por qué el padre, por qué condensado con el esposo? ¿Cómo está determinada la judía, más allá del recuerdo de la víspera? ¿Por qué son significativos precisamente los bastones de madera y por qué precisamente en manos del padre?, etc., etc. *El sueño no está analizado*. Desgraciadamente, su sentido le resulta avasalladoramente claro al analista. Es muy sencillo: «Si yo fuera esa pobre judía que vi la víspera, no resistiría la tentación (como mi padre o mi madre, ¡una típica comparación infantil!), luego vendría a mi habitación un hombre con la leña —por supuesto para encender mi estufa—». Aproximadamente así podría expresarse con brevedad el contenido.

8. Pongo entre paréntesis este pasaje para advertir que se trata de un comentario mío.

9. Reproducido de forma abreviada. [Y traducido libremente.]

10. En todo caso, para el analista experimentado el sueño es tan evidente que resulta posible una lectura directa.

El sueño lo contiene todo, sólo que el análisis de nuestro autor acaba demasiado pronto por discreción. Me perdonará que yo fuerce indiscretamente la puerta que se ha mantenido delicadamente cerrada, para ver con claridad qué ... cumplimientos de deseo, invisibles, se ocultan bajo el manto de la discreción convencional y de la ceguera sexual de los médicos.

166 *Segundo sueño* (p. 156): «Una colina. Asciendo con esfuerzo; casi no podía llegar arriba; tenía la impresión de que alguien o algo me perseguía. Me dije: "*No debo mostrar miedo porque me cogerá*". Después llegué a un lugar más claro y pude ver dos nubes o *sombras*, una negra, la otra roja, y dije: "¡Dios mío, son A. y B.! Si no se me ayuda estoy perdida". (Con esto se refiere a que su estado cambiará de nuevo, es decir, recaerá en su anterior escisión de la personalidad.) Entonces grité: "¡Doctor Prince, doctor Prince!", y entonces apareció usted riéndose y dijo: "Bueno, tendrá que combatir usted misma con esa maldita cosa". Cuando me desperté estaba *paralizada* de miedo».

167 Podemos ahorrarnos el conocimiento del material analítico. El sueño vuelve a ser muy sencillo. Pero Prince no puede ver en él un cumplimiento del deseo, al contrario ve aquí «the fulfillment of a fear» [el cumplimiento de un miedo]. Comete justamente el error esencial de confundir otra vez el contenido manifiesto con el pensamiento inconsciente del sueño. Pero en disculpa del autor hay que advertir que en este caso era más fácil repetir el error, pues la frase crítica («Well, you will have to fight» [Bueno, tendrá usted que combatir], etc.) es realmente ambigua e induce a error. Igual de ambigua es también la primera frase: «I must not show that I am frightened» [No debo mostrar miedo porque me cogerá], etc., que, como muestra Prince apoyándose en el material, se refiere a la idea de recaer en la enfermedad, ya que la paciente *teme* una recaída.

168 ¿Y qué significa «teme»? Sabemos que a la paciente le resulta mucho más cómodo estar enferma, pues estar sana trae consigo un *gran inconveniente*: *perder a su médico*. Estar enferma le retiene en mayor o menor grado junto a la desvalida paciente. Ésta, después de todo, con su interesante enfermedad ofrece mucho evidentemente al médico, por eso ha conseguido tanto interés y tanta paciencia por su parte. De esta relación, humanamente estimulante, no quisiera verse privada de ninguna manera la paciente, razón por la cual teme recuperar la salud, esperando en su fuero interno que le sucedan todo tipo de cosas maravillosas para que el médico se interese más cálidamente por ella. Naturalmente, la paciente se opondría por cualquier medio a reconocer o suponer que abrigue realmente tales deseos. Pero ciertamente habrá que irse acostumbrando a la idea de

que hay cosas psicológicas que se saben y no se saben simultáneamente. Con frecuencia, cosas en apariencia muy inconscientes resultan en otro contexto muy conscientes, sabidas desde siempre. Sólo se desconoce el sentido específico que le corresponde. Así, el verdadero sentido de la dirección del deseo de la paciente, que ella no puede reconocer, no puede acceder directamente a la consciencia, de ahí que se designe ese sentido como no consciente o *reprimido*. En la forma brutal «quiero tener síntomas para despertar de nuevo el interés del médico» la frase es absolutamente inaceptable, por más que sea cierta, pues resulta demasiado ofensiva; aunque periféricamente podrían demostrarse algunas pequeñas asociaciones y agitaciones del deseo, por ejemplo reminiscencias de aquel tiempo en el que las cosas eran también muy interesantes, etcétera.

169 La frase del sueño «I must not show that I am frightened», suena por lo tanto en realidad como «no puedo mostrar que en el fondo me gustaría recaer, pues lo que sucede es demasiado penoso». «If I don't have help, I am lost» [si no se me ayuda estoy perdida] suena como «espero no curarme con demasiada rapidez, pues entonces no puedo recaer». Por eso viene al final el cumplimiento del deseo: «Well, you will have to fight the damned thing yourself» [Bueno, tendrá que combatir usted misma con esa maldita cosa]. La paciente, ciertamente, está sana sólo para complacer al médico. Si éste la deja plantada, recaerá, y será culpable de no haberla ayudado. Pero si recae, ella reclamará otra vez su derecho a la atención médica, y éste es, claramente, el objetivo de todo el montaje. Es muy típico del sueño que el cumplimiento del deseo se encuentre en cada caso justo allí donde a la consciencia le parecería más imposible. Recaer en el *miedo* es también un símbolo que precisa análisis, algo que el autor ha olvidado aceptando acríticamente tanto el miedo como el consumo de whisky y los bastones, en vez de verificar escépticamente la autenticidad de lo que se le ofrecía. El excelente trabajo de su colega Ernest Jones *On the Nightmare* hubiera podido aclararle el carácter desiderativo de este tipo de sueños. Pero, como sé por propia experiencia, a todo principiante en los asuntos psicoanalíticos le es difícil ser consciente en cada momento de todos los principios analíticos.

170 *Tercer sueño*: «Caminaba descalza por el rocoso camino de Watts[11]. Las piedras me dañaban los pies. Iba vestida ligeramente, tenía frío y apenas podía ascender por el camino. Le vi a usted y grité pidiéndole ayuda; usted me dijo: "No puedo ayudarla, tiene

11. Véase el sueño 5. [§ 181 ss.]

usted que ayudarse a sí misma". Yo dije: "No puedo, no puedo". "Pues tiene que poder. Voy a ver si puedo metérselo en la cabeza a martillazos". Usted cogió una piedra y me machacó la cabeza, y a cada golpe usted decía: "No puedo permitir que sus chismes me sigan torturando, no puedo permitir que me torture". Y cada golpe me hacía más pesado mi corazón, hasta que al final me resultó muy pesado. Desperté y vi cómo seguía aún golpeando con la piedra. Usted era un malvado».

171 Como Prince vuelve a tomar literalmente el sueño, sólo puede ver un mero *non fulfillment of a wish* [no cumplimiento de un deseo]. Frente a eso habrá que acentuar de nuevo que Freud dice expresamente que *los auténticos pensamientos oníricos no son idénticos a su contenido manifiesto*. Prince sencillamente no ha dado con el auténtico pensamiento onírico, quedando fijado a su literalidad. Siempre se corren riesgos cuando se interviene sin conocer el material; uno puede cometer enormes equivocaciones. Pero, con todo, el material procedente del análisis del autor es suficiente para formarse una idea de los auténticos pensamientos oníricos. (Quien tenga experiencia naturalmente habrá averiguado hace mucho el sentido del sueño, transparente para el experto.)

172 El sueño se basa en la siguiente vivencia. La paciente solicitó por la mañana al autor asistencia médica, y éste le contestó por teléfono: «I cannot possibly come to see you today. I have engagements all the day and into the evening. I will send Dr. W., *you must not depend on me*» [Hoy no me es posible verla. Estaré ocupado todo el día hasta tarde. Le remito al doctor W., *no debe usted depender de mí*] (p. 160). Una señal inequívoca que debía hacer comprender a la paciente que el tiempo del médico es también para otros. ¡Un descubrimiento decepcionante! La paciente observa: «I didn't say anything about it, but it played ducks and drakes with me the other night» [No dije nada al respecto, pero la otra noche me estuvo dando vueltas a la cabeza todo el tiempo]. Así pues, la paciente tuvo que tragar evidentemente un bocado muy poco grato. Con ello el médico le ha hecho algo realmente doloroso que ella, como mujer razonable, comprende, aunque no con el corazón. Antes de ir a dormir pensó: «No debo engatusarle, debería meterme esa idea en la cabeza» (en el sueño esta idea se mete incluso a martillazos en la cabeza). «Si mi corazón no fuera de piedra me pondría a llorar» (machacada con una piedra).

173 Como en el sueño anterior, se constata nuevamente aquí que el médico ya no quiere ayudarla, incluso le martillea en la cabeza esa decisión, de modo que con cada golpe el corazón le resulta *más pesado*. La situación de la víspera, en consecuencia, es incorporada



plenamente y de forma explícita al contenido manifiesto del sueño. En tales casos hay que buscar siempre dónde se ha añadido un elemento nuevo a la situación de la víspera; en este punto el camino llega al auténtico sentido del sueño: el dolor es que el médico ya no quiere tratar a la paciente, tratada en el sueño de una manera sorprendente y completamente nueva. Al martillearle el médico directamente en la cabeza que él no puede dejarse aturdir (engatusar) por ella, lo hace con tanta energía que resulta un *tratamiento corporal* extremadamente intenso, o una tortura, en lugar de psicoterapia, con lo cual se cumple un deseo de la paciente que, demasiado penoso, nunca ve, por supuesto, la decente luz del día, aunque es un pensamiento simple y natural. El erótico ingenio popular y todas las malas lenguas que desde siempre han analizado el secreto del confesionario y de la consulta médica, lo conocen[12]. También lo adivinó el diablo* con su famoso discurso «Fácil de abarcar es el espíritu de la medicina...». Tal pensamiento es uno de esos bienes de la Humanidad que no se pierden, que nadie conoce y que todos poseen.

174 Cuando la paciente despertó vio que el médico ejecutaba todavía el movimiento de «pounding[13] with a stone» [machacar con una piedra] y esta segunda mención a la acción supone una acentuación muy especial[14]. Como en el sueño precedente, el cumplimiento del deseo estriba precisamente en la mayor decepción.

175 Se me objetará seguramente que introduzco mi propia y corrompida fantasía, como acostumbra la escuela freudiana. Quizá también mi estimado colega, el autor, se indigne por creer capaces a sus pacientes de tan sucios pensamientos, o al menos encontrará completamente injustificado extraer una conclusión de tanto alcance a partir de tan escasas alusiones. Soy bien consciente de que mi conclusión arriba mencionada puede parecer casi imprudente si no se sabe cuántos cientos de experiencias paralelas me han demostrado que bastan y sobran los datos citados para extraer mi conclusión con una seguridad que satisface las exigencias más rigurosas. Quien no tenga experiencia psicoanalítica apenas puede hacerse a la idea de lo altamente probable de que el deseo erótico esté presente y lo completamente improbable de su ausencia. Naturalmente esta ilusión descansa, por un lado, en la ceguera moral para lo sexual, pero

12. Análisis mediante el rumor. Cf. mi trabajo «Una contribución a la psicología del rumor». [Capítulo 4 de este volumen.]

* *Fausto*, I Parte, escena IV. Mefistófeles al Estudiante.

13. *Pounder* es una mano de almirez o una maza.

14. Cf. sobre esto «Una contribución a la psicología del rumor». [Capítulo 4 de este volumen.]

también, por otro, en el desastroso error de creer que nuestra consciencia recubre la totalidad del alma. Esta última crítica, lógicamente, no afecta a un autor de mérito como el que comentamos. Por lo tanto dirijo un ruego a mis lectores: nada de indignación moral, sino examen sereno; la ciencia se hace así y no con griterío indignado, burla, insultos y amenazas, medios de argumentación de ciertos representantes de la ciencia alemana contra nosotros.

176 En realidad debería ser incumbencia del autor suministrarnos asimismo todos los materiales intermedios que establecen definitivamente el sentido erótico del sueño. Aunque en este sueño no ocurre, sin embargo en los que siguen se dice indirectamente todo lo necesario, así que mi conclusión anterior saldrá de su aislamiento y probará ser un eslabón de una cadena trabada.

177 *Cuarto sueño* (p. 162): Poco antes del último sueño nuestra paciente soñó lo siguiente: «Estaba en una gran sala de baile, donde todo era muy hermoso. Iba de un lado a otro y un hombre se acercó y me preguntó: "¿Dónde está su acompañante?". Contesté: "*Estoy sola*". Entonces dijo: "No puede quedarse aquí. Aquí no queremos mujeres solas (*lone women*)"». La escena que sigue se desarrolla en un teatro: «Precisamente iba a sentarme cuando alguien se me acercó y me dijo lo mismo que antes: "No puede quedarse aquí, aquí no queremos mujeres solas". Luego estuve en varios sitios diferentes, pero tuve que marcharme de todos ellos porque estaba sola de nuevo; no se me autorizaba estar en ningún lugar. Luego me encontré en la calle, donde había una gran multitud, vi a mi marido a poca distancia y pasé esforzadamente entre la multitud hasta alcanzarlo. Cuando llegué junto a él, vi... (*"Lo que vio podemos considerarlo una representación simbólica de la dicha", dice el autor.*) Me embargó un sentimiento de malestar y asco; pensé que tampoco era ése mi lugar».

178 La laguna del sueño será de encomiable discreción y gustará seguramente al lector mojigato, pero no es ciencia. La ciencia no presta tanta atención a la decencia. Aquí se trata de si la cuestionada teoría freudiana de los sueños es o no correcta, no si los textos de los sueños suenan bien o no a oídos no adultos. ¿Suprimirá alguna vez un ginecólogo en una publicación de obstetricia la representación del genital femenino por razones de decencia? En la p. 164 de este análisis encontramos la siguiente frase: «The analysis of this scene would carry to us too far into the intimacy of her life to justify our entering upon it» [El análisis de esta escena nos obligaría a penetrar demasiado en su vida como para justificar nuestra intromisión]. ¿Cree el autor verdaderamente que en esas condiciones tiene derecho científico a intervenir en el debate sobre la teoría psicoanalítica de los sueños *si por discreción escamotea al lector el material esencial*? Una vez comunicado al mundo un sueño de su paciente ya ha quebrado la discreción con toda la profundidad posible, pues todos los especialistas lo leen inmediatamente; ya que aquello que el soñante oculta instintivamente a mayor profundidad es lo que resulta más ruidosamente voceado por lo inconsciente en el sueño. Es inútil cualquier precaución con alguien que sabe leer el símbolo, porque acaba descubriéndose. Por eso quisiéramos pedir al autor que, si en una próxima ocasión no quiere comprometer a su paciente, elija un caso del que pueda decirlo todo.

179 A pesar de la discreción médica, también este sueño, al que Prince no reconoce la condición de cumplimiento de un deseo, es accesible a la comprensión. Su final delata, pese al encubrimiento, la intensa resistencia de la paciente a las relaciones sexuales con su marido. Todo el resto es cumplimiento de deseo: ella se convierte en una dama «sola», algo fácilmente inadmisible en sociedad. El «feeling of loneliness» («she feels that she cannot be alone any more, that she must have some society») [El sentimiento de soledad (piensa que ya no puede seguir sola, que necesita compañía)] se resuelve acertadamente mediante esta ambigüedad: desde luego también hay damas «solas» en absoluto «solitarias», aunque no son aceptadas en todas partes. También este cumplimiento de deseo tiene que chocar con la máxima resistencia mientras no se aclare el hecho de que el diablo, como dice el refrán alemán, en caso de necesidad también puede comer moscas; vale esto, y plenamente, también para la libido. A lo inconsciente le parece esta solución, totalmente repugnante para la consciencia, enteramente aceptable. Es preciso conocer la psicología de una neurosis a esta edad; en general, el psicoanálisis requiere que la persona sea tenida en cuenta como realmente es, no como afecta ser. Puesto que la aplastante mayoría de las personas quisieran ser lo que no son, es decir, algún ideal más o menos vago, consciente o inconsciente, creyendo casi serlo, el individuo particular está ya cegado por sugestión gregaria, dejando completamente aparte que piensa de sí una cosa distinta de lo que es. Este principio tiene la peculiaridad de valer indudablemente para todos los demás, nunca para quien precisamente se aplica.

180 La importancia histórica y general de este hecho se expone en un trabajo mío de próxima publicación[15]; por lo tanto, permítaseme ahorrarme más explicaciones sobre este punto. Sólo observaré que para poder practicar el psicoanálisis se han de someter los propios

15. *Transformaciones y símbolos de la libido.* [Nueva edición: *Símbolos de transformación* (OC 5).]

conceptos éticos a una revisión total. Son estas exigencias las que explican de dónde procede el hecho de que a cualquier persona realmente seria sólo le resulte comprensible el psicoanálisis gradualmente y con gran dificultad. Se precisan esfuerzos no sólo intelectuales, sino también, y aún mayores, morales para hacerse con el sentido del método, pues no se trata de un método médico, como el masaje por vibraciones o la hipnosis, sino de *algo mucho más general* que modestamente se autodenomina «psicoanálisis».

181 *Quinto sueño:* «Soñé que estaba en un lugar oscuro, inquietante y rocoso; seguí ese camino rocoso trabajosamente (como en mis sueños, siempre ando con mucho esfuerzo) y de pronto todo estaba lleno de gatos. Había gatos por todas partes, bajo mis pies y colgando de los árboles, rebosantes de ellos. Espantada, me di la vuelta queriendo volver, pero entonces apareció en mi camino un ser horrible, como un hombre del bosque. El pelo le caía alrededor del rostro y la nuca e iba cubierto por una especie de pellejo (*¿o piel? «skin»*). Sus piernas y sus brazos estaban desnudos y llevaba una maza. Tenía un aspecto salvaje. Detrás de él había cientos de hombres semejantes llenándolo todo, así que delante había gatos y detrás salvajes. El hombre me dijo que yo tenía que ir hacia adelante, entre los gatos, y que si hacía un solo ruido se echarían sobre mí asfixiándome, pero que si caminaba sin hacer un solo ruido nunca me arrepentiría de lo pasado». (Esto se refiere a determinadas cosas que afectan a dos sistemas conceptuales especiales, los llamados complejos Z e Y, cada uno de ellos con sus dificultades, agrega el autor.) «Tenía claro que debía elegir entre la muerte a manos del hombre salvaje y el camino entre los gatos. Así que seguí adelante. Ahora iba a pisar a los gatos (*la paciente se estremecía y temblaba al contar esto*), y el miedo a que los gatos saltaran sobre mí si gritaba me produjo tal fatiga que los músculos de la garganta se me contrajeron durante el sueño». (Tal y como yo mismo [Dr. Pr.] pude sentir, también durante la narración se le contrajeron los músculos del cuello.) «Con esfuerzo me abrí camino entre los gatos, sin hacer un solo ruido; entonces vi a mi madre e intenté hablar con ella. Extendí las manos e intenté decir "¡mamá!", pero no podía hablar. Desperté bañada en sudor, con náuseas (*nauseated*), angustia y cansancio. Después, ya completamente despierta, cuando intenté hablar sólo pude susurrar». (La paciente despertó con una afonía completa, que duró hasta que pudo ser superada mediante la correspondiente sugestión.)

182 Prince, ciertamente, ve en este sueño un cumplimiento parcial de deseo, es decir, que la soñante después de todo camina entre los gatos. Pero opina lo siguiente: «The dream would rather seem to be

principally a symbolical representation of her idea of life in general, and of the moral precepts with which she was endeavoured to inspire herself, and which she was endeavoured to live up in order to obtain happiness» (p. 169) [El sueño podría verse principalmente como una representación simbólica de su idea general de la vida y de los preceptos morales en los que se intentaba inspirar y de acuerdo a los cuales pretendía vivir en pos de la felicidad].

183 Cualquiera que entienda algo de sueños ve que esto no es el sentido de un sueño. El autor no ha *analizado en absoluto* el sueño. Simplemente nos enteramos de que la paciente tiene fobia a los gatos. No se analiza qué significa esto. No se analiza que pise a los gatos, un detalle digno de atención. No se analiza el hombre salvaje, vestido con la extraña piel, y falta igualmente el análisis de la piel y la maza. No se describen las reminiscencias eróticas Z. e Y. No se analiza el significado de la afonía. Sólo se analiza un poco la senda rocosa del principio. Está tomada de un cuadro de Watts, *Love and Life*: una figura femenina (la vida) se arrastra trabajosamente a lo largo de la árida senda, conducida por la figura del amor. La imagen inicial del sueño corresponde exactamente a ese cuadro —«minus the figure of Love», como observa Prince—. En su lugar están los gatos, como muestra el sueño y hemos observado. Esto significa por lo tanto que los gatos serían el símbolo del amor. Esto no lo ha percibido Prince; si hubiera estudiado aplicadamente la literatura especializada habría advertido que en una de mis publicaciones me he ocupado detenidamente de la fobia a los gatos*. De allí precisamente habría podido extraer esta conclusión y comprender así el sueño y la fobia a los gatos.

184 Por lo demás, el sueño es un típico sueño de angustia, que consecuentemente *debe* ser considerado así desde el punto de vista de la teoría sexual, a no ser que Prince consiga demostrarnos de otro modo que la teoría sexual de la angustia es falsa. Dada la total ausencia de análisis, renuncio a continuar el examen del sueño, por otra parte perfectamente claro y hermoso. Tan sólo permítaseme observar que la paciente ha logrado atrapar un síntoma (la afonía) que también provoca el interés del médico, tal y como había calculado. Es evidente que no se puede criticar la teoría de los sueños sobre la base de análisis no realizados; éste es sencillamente hasta ahora el método de los críticos alemanes.

185 *Sexto sueño* (p. 170): Este sueño se presentó en dos noches consecutivas: «Soñé que estoy en la *misma* senda *rocosa y oscura*

* «Asociación, sueño y síntoma histérico» (OC 2,7).

de siempre —en el camino de Watts—, sólo que aquí había árboles a los lados» (árboles hay siempre, o una pendiente o un barranco). «Soplaba un fuerte *viento* y, como siempre, sólo podía caminar fatigosamente, como impedida por algo. Alguien, alguna *figura*, pasó apresuradamente a mi lado, cubriéndose él (o ella) los ojos con la mano. La aparición dijo: "*No mires o te quedarás ciega*". Me encontré ante la entrada de una gran *cueva*. De pronto *brilló luz* en la cueva, como una imagen proyectada, y allí estaba *usted*, en el suelo y *totalmente envuelto* en una especie de venda, con sus ropas desgarradas y sucias. Su rostro estaba ensangrentado y tenía el aspecto de estar terriblemente asustado. Le rodeaban por todas partes cientos de enanos o gnomos o duendes, que *le torturaban*. Algunos blandían hachas con las que le golpeaban piernas y brazos, mientras otros le cortaban con sierras. Cientos de ellos tenían pequeños objetos, como pebetes chinos (*joss-sticks*), algo más cortos y con los extremos al rojo vivo, con los que le pinchaban. Era más o menos como Gulliver y las pequeñas criaturas que caminaban sobre él. Usted me vio y gritó: "Oh, Mrs. C., por amor de Dios, ayúdeme a salir de este maldito agujero". (Usted siempre maldice en mis sueños.) Espantada, le dije: "Oh, doctor Prince, voy enseguida", *pero no podía moverme*, estaba como clavada al suelo; luego desapareció todo. Se hizo la oscuridad, como si estuviese *ciega*. Después la luz se reavivó iluminando la cueva y volví a verle. Esto se repitió tres o cuatro veces en el sueño. Yo decía una y otra vez: "Voy", y *me esforzaba por moverme*, despertándome justo con esas palabras. *Una vez despierta no podía ver ni moverme, como en el sueño*».

186 En este caso el autor ya no comunica los detalles del análisis del sueño «para no aburrir al lector». Sólo ofrece el siguiente resumen: «El sueño es una representación simbólica de la concepción de la vida de la paciente, el camino rocoso un símbolo del miedo al futuro, que, como dice, hace años que no se atreve a mirar de frente; también, del sentimiento de un futuro "ciego", donde no puede ver nada ante sí; finalmente del pensamiento de sentirse avasallada, "perdida", "arrastrada" —si viera ese futuro y lo realizase. *Y no debe verlo*—. Sin embargo, tiene momentos en su vida en los que se representa claramente el futuro. En el sueño se representa uno de esos momentos cuando mira la cueva (futuro) y llega con el avivamiento de la luz su cumplimiento —ve cómo su hijo (la transformación se produce al aparecer otra persona en su lugar) es torturado y atormentado, como ella se figura que le atormenta la vida, inhibida por alfilerazos morales. Luego sigue la representación simbólica (parálisis) de su absoluta incapacidad de

ayudar, a él o a cualquier otro, o de cambiar sus propias condiciones de vida. Al final siguen las consecuencias previstas de estas expectativas. Se vuelve ciega, y en eso el sueño es el cumplimiento de un miedo» (p. 171).

187 El autor concluye diciendo: «In this dream, as in the others, we find no "unacceptable" and "repressed wish", no "conflict" with "censuring thoughts", no "compromise", no "resistance" and no "disguise" in the dreamcontent to deceive the dreamer —elements and processes fundamental in the Freud school of psychology» (p. 173) [En este sueño, como en los otros, no encontramos ningún "deseo reprimido" o "inaceptable", ni "conflicto" con "pensamientos censurados", ni "compromiso", ni "resistencia", tampoco "disfraz" del contenido del sueño para engañar a la soñante —elementos y procesos fundamentales para la escuela freudiana de psicología].

188 De este aniquilador juicio vamos a suprimir el pasaje «as in the others», puesto que los otros sueños han sido tan deficientemente analizados que el autor no tiene ninguna justificación para emitir un juicio así sobre la base del «análisis» previo. Por lo tanto, para fundamentar el dictamen arriba mencionado queda simplemente el último sueño, que debemos considerar todavía con más detalle.

189 No queremos detenernos en el símbolo, continuamente recurrente, del cuadro de Watts, donde falta la imagen del amor, que en el sueño 5 es sustituida por los gatos. Aquí, en este pasaje, aparece una figura que le advierte que no mire, porque en caso contrario se volverá «ciega». Ahora viene una imagen muy curiosa: el médico estaba «totalmente envuelto en una especie de venda, sus ropas desgarradas y sucias. Su rostro estaba ensangrentado» —la situación de Gulliver—. Prince hace notar que el hijo de la paciente se encuentra en una situación atormentadora, pero pasa por alto los demás detalles. De dónde procede la envoltura, el rostro ensangrentado, las ropas desgarradas; *no se nos dice nada de esto*. Porque a la paciente no le gusta mirar al futuro y la cueva significa el futuro, observa Prince. ¿Por qué el futuro es simbolizado precisamente como cueva? El autor *guarda silencio*. ¿Cómo sustituye el médico al hijo? Prince menciona que la paciente se encuentra desvalida ante la situación del hijo, también lo está frente al médico, pues no sabe cómo mostrarle su agradecimiento. Pero, permítaseme decirlo, éstos son dos modos completamente distintos de desvalimiento y no justifican suficientemente la condensación de ambas figuras heterogéneas. *Nos falta aquí por lo tanto un* tertium comparationis *esencial e inequívoco. Ninguno de los detalles de la situación de Gulliver*, en especial los instrumentos al rojo vivo, ha sido *analizado*. Se pasa completamente por alto el hecho, real-

mente significativo, de que se atormente al médico con crueldad absoluta.

190 En el sueño 3 el médico machaca la cabeza de la paciente con una piedra, y esa tortura parece recibir aquí contestación, pero ampliada a una infernal fantasía de venganza. Indudablemente esas torturas han sido ideadas por la paciente y destinadas al médico (y quizá también al propio hijo); así habla el sueño. Este hecho requiere análisis. Si su hijo es atormentado por su entorno realmente con «alfilerazos», nos es absolutamente necesario saber por qué la paciente centuplica en el sueño el tormento, pone al hijo, o al médico, en la situación de Gulliver y mete a Gulliver en la «maldita cueva»[16]. ¿Por qué se siente la paciente en lugar del médico y se declara incapaz de ayudarle, cuando sin embargo la situación es realmente la inversa?

191 *Aquí el camino lleva a la situación de cumplimiento del deseo, camino que el autor no ha seguido, en parte no planteándose estas preguntas totalmente, en parte contestándolas con una superficialidad excesiva*, de modo que también este análisis ha de abandonar la palestra con la nota «insuficiente»[17].

192 Con ello cae el último apoyo de la crítica a la teoría de los sueños. Del crítico hay que exigir que investigue con la misma profundidad de quien ha elaborado la teoría de los sueños, y al menos que aclare suficientemente los principales puntos del sueño. Pero en los análisis del autor, como hemos visto, los elementos más importantes caen siempre bajo la mesa. No es posible sacarse de la manga el psicoanálisis; esto lo experimenta cualquiera que se haya esforzado, porque aquí vale lo de *unumquemque movere lapidem*.

193 Después de haber terminado este trabajo he visto la crítica que Jones* dedica al artículo de Morton Prince. La contestación de Prince a dicha crítica nos muestra que *no asegura haber aplicado el método psicoanalítico*. Por eso debería razonablemente dejar de criticar los resultados del psicoanálisis, creo yo. Sus métodos analíticos carecen, como demuestran las razones expuestas, hasta tal punto de solidez científica que sus resultados no fundamentan una crítica seria de la teoría freudiana de los sueños. Las restantes observaciones del autor, que culminan concediendo que él nunca

16. ¿Por qué maldice el médico a la paciente en los sueños?

17. El sueño es típico de una fantasía de venganza de un amor desairado, y precisamente en la misma tortura (como en la escena del martilleo) contiene el agradecimiento sin límites de la leal paciente. De ahí la misteriosa escena de la cueva, tan indecente que ciega a quien la ve. Las pruebas se obtienen en los detalles de la escena de la cueva.

* «Remarks on Dr. Morton Prince's article "The Mechanism and Interpretation of Dreams"». Cf. Bibliografía.

podrá ponerse de acuerdo con el investigador psicoanalítico, no me mueven a realizar esfuerzos adicionales para explicarle a Prince por más tiempo los problemas de la psicología de los sueños o a ocuparme de su réplica. Me limito a expresarle mi pesar por haberse dejado arrastrar a negar a sus adversarios formación y pensamiento científicos.

7

ACERCA DE LA CRÍTICA AL PSICOANÁLISIS*

194 Como bien conoce el psicoanalista, los no especialistas, incluso con una formación relativamente exigua, son capaces de captar la esencia y racionalidad del psicoanálisis sin excesiva dificultad intelectual. Sucede lo mismo en personas formadas, sean estudiosos o comerciantes, periodistas, artistas o profesores. Todos ellos entienden las verdades del psicoanálisis. También entienden muy bien por qué el psicoanálisis no puede ser expuesto tan convincentemente como si de un teorema matemático se tratara. En efecto, el sano sentido común sabe que una prueba psicológica presenta necesariamente un aspecto distinto al de una prueba física y que a cada materia científica le corresponde una *evidencia* probatoria *característica exclusivamente de ella.* Sería interesante saber el tipo de prueba empírica que esperan nuestro críticos. ¿Quizá, por lo visto, una prueba basada en hechos empíricos? *¿Existen estos hechos?* Remitimos a nuestras observaciones. A esto la crítica de nuestros adversarios responde simplemente: no. ¿Qué podemos aducir entonces, si nuestras observaciones efectivas son negadas más o menos abiertamente? En estas condiciones, debemos esperar forzosamente que nuestros críticos estudien de *modo* similar, *profundamente* (dejo aquí completamente de lado el método psicoanalítico) las neurosis y las psicosis y aporten hechos esencialmente distintos relativos a su determinación psicológica. Llevamos esperando más de diez años. El destino incluso ha querido que todos los investigadores de este campo que han trabajado independendientemente del descubridor de la nueva doc-

* Publicado en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* II (1910), pp. 743-746.

trina, aunque tan profundamente como él, hayan llegado a los mismos resultados que Freud, y que quienes se han tomado durante un tiempo la molestia de adquirir con uno u otro psicoanalista los conocimientos necesarios hayan conseguido también acceder a su comprensión.

195 En general, entre médicos y psicólogos cabe encontrar la resistencia más enérgica, primero por los prejuicios científicos debidos a su distinto modo de pensar, al que se aferran tenazmente. Frente a épocas anteriores, nuestro críticos han hecho *el progreso* de pretender más seriedad, adoptando un tono más tranquilo. Pero se equivocan al criticar que el método psicoanalítico descansa en principios apriorísticos, cuando de hecho es en verdad puramente empírico y necesita desde cualquier punto de vista una elaboración teórica definitiva. Realmente, lo único que sabemos es que representa el camino más corto para descubrir los hechos relevantes para nuestra psicología, que, como muestra la historia del psicoanálisis, también pueden conocerse por otros caminos más fatigosos y complicados. Naturalmente, celebraríamos que hubiera una técnica analítica que alcanzara el objetivo más rápida y concienzudamente que el método actual. Pero impugnando nuestros hallazgos esos críticos difícilmente serán capaces de proporcionarnos una técnica más adecuada y, al mismo tiempo, más congruente con los presupuestos de la psicología actual. Hasta que no se resuelva la cuestión de los hechos, la crítica del método estará completamente en el aire, pues sobre el secreto último de los procesos asociativos nuestros críticos saben tan poco como nosotros. Debiera ser evidente para cualquiera que reflexione serenamente con la cabeza que *tratamos única y exclusivamente con hechos empíricos*. Si la crítica se limita al método llegará el día en que se cuestione la existencia de los hechos por determinadas deficiencias teóricas del método seguido para su descubrimiento, deslizándonos finalmente en la Edad Media profunda. Desde este punto de vista la crítica comete graves errores. Quien tenga experiencia debe llamar la atención al respecto, pues errar es humano.

196 Ocasionalmente, la crítica adopta formas del mayor interés para el investigador psicológico cuando el esfuerzo científico del crítico pasa sorprendentemente a un segundo plano debido a síntomas de participación personal. Tales críticas constituyen una valiosa contribución para conocer las corrientes subterráneas personales de la llamada crítica científica. No podemos menos que hacer accesible *in extenso* a un público más amplio un *document humain* de este tipo.

*Informe de Kurt Mendel** (en la *Neurologisches Centralblatt*, 1910) *sobre una exposición de los puntos de vista freudianos* (en *Correspondenz-Blatt für Schweizer Ärzte* [Revista de los Médicos Suizos], 1910)

«El informante, que ha leído muchos trabajos de Freud y sus discípulos y que *también se ha ocupado prácticamente del psicoanálisis*[1], debe confesar que sencillamente le repugnan muchas cosas de esa doctrina, especialmente los recientes añadidos referentes al erotismo anal y la sexualidad del niño. Después de leer el trabajo de un autor** el informante se acercó a la cuna de su hijo menor, que yacía en ella inocentemente, y le habló así: "¡Pobre pequeño! ¡Te imaginaba puro y casto, pero ahora sé que eres vicioso y estás lleno de pecado! 'Desde el primer día de tu existencia tienes una vida sexual' (p. 184); ahora eres además (p. 185) un exhibicionista, fetichista, sádico, masoquista, erótico anal, onanista, en fin, 'perverso-polimorfo'. 'Apenas hay un Don Juan entre los adultos cuya fantasía erótica pudiera compararse con los productos de tu cerebro infantil' (p. 185). ¿Cómo podría ser de otro modo si pesa sobre ti una seria carga? Se elogia a tu padre por ser especialmente *ordenado* y *ahorrador*, pero los freudianos lo consideran *terco* porque no quiere reconocer totalmente su doctrina. '¡Especialmente ordenado, ahorrador y terco!'. Por lo tanto, ¡un caso grave de erotismo anal! (cf. Freud, «El carácter y el erotismo anal». *Psychiat.-neur. Wschr.* [Semanario Psiconeurológico] IX. Nr. 51). Además, tu madre hace limpieza general cada cuatro semanas. 'La limpieza de la casa, con más motivo la limpieza general, es la reacción femenina específica al erotismo anal reprimido' (cf. J. Sadger, «Erotismo anal y carácter anal. La terapia», febrero, 1910). ¡Por lo tanto llevas la carga del erotismo anal por parte de padre y de madre! Antes de ir a la cama 'no querías vaciar el intestino cuando se te sentaba en el orinal porque lo que quieres es obtener todavía un beneficio adicional de placer en la defecación y por eso encuentras satisfacción en la retención de las deposiciones'. Antes, en tales casos, tu padre decía a tu madre: 'el chico está estreñido, dale un laxante'. ¡Puf! ¡Qué desvergonzado y perverso era yo entonces, un auténtico alcahuete y un inductor a la lascivia! Ya no voy a darte como antes un beso de despedida por la noche, pues esa muestra de cariño por mi parte 'despertaría tu sexualidad' (p. 191). Y no me vengas recitando tu oración de la noche: '¡Soy pequeño, mi corazón es puro!', porque *mientes*; estás echado

* Publicado en *Neur. Centralbl.* XXIX/6 (1910).
1. Cursivas mías.
** Haslebacher, «Psychoneurosen und Psychoanalyse», pp. 184-196.

a perder, eres un exhibicionista, fetichista, sádico, masoquista, erótico anal, onanista, en fin, 'perverso-polimorfo' —por mi culpa, la de tu madre y la tuya! ¡Pobre pequeño!".

»¡Freudianos! A menudo he manifestado que la doctrina de Freud ha ofrecido valiosos estímulos en algunas direcciones. ¡Pero dejaos ya de exageraciones desmedidas y de fantasías sin sentido! ¡En lugar de juegos de palabras aportadnos pruebas! ¡En lugar de trabajos que se leen como octavillas... comunicaciones que puedan tomarse en serio! ¡Demostradme vuestra afirmación impura y depravada (p. 187): «*sólo existe* una *forma de amor, la erótica*»! *¡No arrastréis nuestros más sagrados sentimientos, nuestro amor y veneración por nuestros padres, el amor de nuestros hijos, que nos colma de felicidad, por el fango de vuestras fantasías suponiendo repugnantes motivos sexuales!* Toda vuestra argumentación culmina en la frase: "Lo ha dicho Freud. ¡Por lo tanto es así!" — Pero yo digo con Goethe, el hijo de un erótico anal (cf. Sadger, l. c.):

> "Ein Mensch, der spekuliert,
> Ist wie ein Tier, auf dürrer Haide
> Von einem bösen Geist im Kreis herum geführt,
> Und rings umher liegt schöne grüne Weide"

[Un hombre que especula / es como un animal en árido erial, / conducido en círculo por un espíritu maligno, / con un hermoso pasto verde a su alrededor]».

8

ACERCA DEL PSICOANÁLISIS*

Küsnacht, 28 de enero de 1912

Muy estimado Sr. Redactor,

197 Le agradezco muchísimo su amable invitación para publicar en sus páginas un epílogo a la serie de artículos de la *Neue Zürcher Zeitung*. Tal epílogo sólo puede ser una defensa de la verdad científica, seriamente atacada, que nosotros creemos ver en el psicoanálisis, o una defensa de nuestras propias cualidades científicas. Esto último repugna al buen gusto y es indigno de todo aquel que esté al servicio de la ciencia. Lo primero es imaginable, aunque sólo puede realizarse si la discusión se mueve de modo objetivo y se argumenta con razones que dimanan de un cuidadoso estudio, práctico y teórico, del problema. Con adversarios así discuto, a ser posible, a solas; pero en otras ocasiones también lo he hecho públicamente, esto es, en una revista especializada**.

198 Tampoco acepto críticas científicas cuya quintaesencia sean lemas como «El método es moralmente peligroso, por lo tanto la teoría es falsa», o bien «Los hechos que aducen los freudianos no existen en absoluto, proceden de la fantasía enfermiza de esos pretendidos investigadores, y el método aplicado para dar con esos hechos es en sí lógicamente incorrecto». Nadie puede afirmar *a*

* Publicado en *Wissen und Leben* (título original de la *Neue Schweizer Rundschau* V (1912), pp. 711-714, con la siguiente introducción de la Redacción: «Una serie de artículos en el *Neue Zürcher Zeitung* a favor y en contra de las teorías freudianas parece demostrar que imperan en la opinión pública singulares malentendidos y prejuicios respecto de la psicología moderna. Puesto que la virulenta polémica se prestaba más a confundir que a aclarar las ideas, hemos solicitado al doctor Karl Jung un epílogo, que será tanto más bienvenido cuanto más sirva para calmar los ánimos».

** Capítulo 7 de este volumen.

priori que no existan determinados hechos. El argumento es escolástico. Por lo tanto es superfluo ocuparse de ello.

199 Defender y propagar la verdad con gritos de guerra es algo que me repugna. Aparte de la Asociación Psicoanalítica y la Asociación Suiza de Alienistas, no he dado conferencias públicas en ningún sitio sin haber sido invitado; por otra parte, mi artículo del *Jahrbuch** de Rascher fue únicamente resultado del deseo de Konrad Falkes. No quiero apremiar al público. Por eso no bajaré a la arena para participar en bárbaros duelos verbales por una verdad científica. Ciertamente, los prejuicios y los casi ilimitados malentendidos pueden impedir a la larga el progreso y la expansión de los descubrimientos científicos, probablemente una necesidad de la psicología de masas a la que hay que someterse. Si la verdad no habla por sí misma es una mala verdad, y lo mejor que puede pasarle es extinguirse. Pero si es internamente necesaria se abrirá camino en los corazones de las personas que piensan rectamente sin gritos de guerra ni resonar de trompetas, convirtiéndose así en un elemento integrante esencial de nuestra cultura.

200 Así pues, no han de cargarse en la cuenta del psicoanálisis las fealdades de tipo sexual, que ocupan degraciadamente un espacio necesariamente amplio en muchos trabajos psicoanalíticos, pues nuestra actividad médica, desde luego muy ardua y completamente responsable, simplemente saca a la luz del día esas feas fantasías; la culpa de la existencia de esos asuntos, en parte desagradables y molestos, corresponde sin embargo al carácter mendaz de nuestra moral sexual. A una persona juiciosa no habrá que repetirle que el método educativo del psicoanálisis no consiste únicamente en discutir en torno a la psicología de la sexualidad, sino que afecta *a todos los ámbitos de la vida*. El objetivo final de esta educación, como ya señalé expresamente en el *Jahrbuch* de Rascher, no es que el hombre quede sin remedio a merced de sus pasiones, sino, precisamente, que alcance el necesario autocontrol. Pero a pesar de las aseveraciones de Freud y de las mías nuestros adversarios desearían que prescribiéramos «gozar la vida», y siguen afirmándolo despreocupados de lo que nosotros mismos decimos. La teoría de las neurosis, la llamada teoría sexual o de la libido reciben igual trato. Desde luego, continuamente y desde hace años sostengo en mis cursos y escritos que el concepto de libido ha de concebirse de un modo extremadamente general, más o menos en el sentido del instinto de conservación de la especie, y que en la terminología psicoanalítica no significa en absoluto «excitación sexual local», sino toda tendencia y todo deseo que vaya más allá del área de la autoconservación, aplicándose en este sentido. Hace poco, en un extenso trabajo, me he manifestado acerca de estas cuestiones generales, pero nuestros adversarios desean y decretan que nuestras concepciones son como ellos las entienden, es decir, «groseramente sexuales». Nuestros esfuerzos por exponer tales concepciones psicológicas resultan completamente baldíos porque nuestros rivales quieren que toda esa teoría dé por resultado una indecible banalidad. Frente a un anhelo tan poderoso yo me siento demasiado débil. Lo único que puedo hacer es expresar un auténtico dolor porque con un malentendido que confunde el día con la noche se les impedirá a muchos aprovecharse ventajosamente en su propio desarrollo ético de las extraordinarias perspectivas que nos aporta el psicoanálisis. Igualmente deploro que muchos se pierdan una poderosa impresión de la profundidad y belleza del alma humana por pasar descuidadamente de largo por delante del psicoanálisis.

* «Nuevos rumbos de la psicología» (OC 7,3), editado por Falkes en *Raschers Jahrbuch für Schweizer Art und Kunst*, tomo II, 1912.

201 Ninguna persona sensata imputará a la investigación y a sus resultados que haya ineptos e irresponsables que practiquen la charlatanería. ¿Quién suficientemente razonable imputará los errores e imperfecciones de construcción de un método, ideado para proporcionar lo mejor a los seres humanos, al mismo método? ¿Qué sería de la cirugía si se culpara a su método de todos los casos de muerte? La cirugía es algo muy peligroso, particularmente en manos de un estúpido. Nadie se confiará a un cirujano inepto o dejará que le opere de apendicitis el barbero. Habrá que proceder igual con el psicoanálisis. Desde luego no hay ninguna duda de que hoy existen no sólo médicos ineptos, sino también profanos que usan el psicoanálisis de forma equívoca y desatinada, como tampoco que, en general, existen médicos ineptos y curanderos sin conciencia. Pero este hecho no es suficiente para condenar en bloque ciencia, método, investigador y médico.

202 Temo, estimado Señor Redactor, aburrirle a usted y a los lectores de su revista con estas trivialidades y me apresuro a concluir. Su amabilidad disculpará que mis líneas no hayan podido desprenderse en algún momento de los ribetes de un ligero disgusto, pero seguramente nadie es tan independiente del juicio público como para que no verse afectado penosamente ante la ligereza de la desacreditación de su leal empeño científico. Acepte usted, muy estimado Sr. Redactor, la expresión de mi más elevada consideración.

Atentamente

Dr. Jung



9

ENSAYO DE EXPOSICIÓN DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA*

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

En estas conferencias intento poner de acuerdo mis experiencias prácticas en psicoanálisis con la teoría elaborada hasta el presente. En realidad, representan mi posición frente a las tesis que mi admirado maestro Sigmund Freud ha elaborado a partir de una experiencia de decenios. Dado que mi nombre está ligado al psicoanálisis y que yo también he sido incorporado desde hace tiempo al conocido juicio global sobre él, habrá quien se pregunte sorprendido por qué sólo ahora declaro mi posición teórica. Hace diez años, cuando me di cuenta de la enorme distancia con que ya entonces Freud había sobrepasado el conocimiento de los fenómenos psicopatológicos y de la psicología de los procesos anímicos complejos en general, perdí la convicción de ser capaz algún día de llevar a cabo una crítica auténtica. No poseía la audacia de prosélito de esa gente que, sin entender ni saber, se siente justificada para un rechazo «crítico». Pensaba que uno debería trabajar modestamente en este campo durante años antes de estar autorizado para criticar. Tampoco han faltado las perniciosas consecuencias de la crítica apresurada y superficial. La aplastante mayoría de los críticos, con tanta indignación como desconocimiento de la materia, casi siempre ha errado el gol-

* Nueve conferencias, dictadas en inglés durante septiembre de 1912, con ocasión de un *Extension Course* de la Fordham University, Nueva York. Publicadas por primera vez en *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* V (1913) y en forma de libro para la editorial Rascher, de Zúrich en 1913 (prólogo de 1912). Segunda edición, ligeramente modificada, en 1955 (con prólogo de 1954). La división original en nueve conferencias se adoptó, junto con los títulos de capítulos y epígrafes, de acuerdo con la edición completa angloamericana.

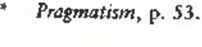
pe. El psicoanálisis ha seguido floreciendo incólume, haciendo caso omiso de las habladurías acientíficas alzadas a su alrededor. Como es bien sabido, este árbol se extiende robusto, no sólo en *un* mundo, sino en dos a la vez: Europa y América. La crítica oficial comparte el lamentable destino del protofantasmista y de su lamento en la noche de Walpurgis:

> Ihr seid noch immer da! nein, das ist unerhört.
> Verschwindet doch! Wir haben ja aufgeklärt!
>
> [¡Aún seguís ahí!, oh no, esto es inaudito. / ¡Desapareced de una vez! ¡Ya somos ilustrados!].

La crítica ha descuidado considerar que todo lo que es tiene razón suficiente para la existencia, también el psicoanálisis. No queremos caer en el error de nuestros adversarios ignorando su existencia sin admitir su derecho a ser. Esto nos impone el deber de aplicarnos a nosotros mismos una crítica justa y fundamentada en un conocimiento de la materia. A mí me parece que el psicoanálisis está necesitado de ese equilibrio interno.

Se ha supuesto injustamente que mi posición supondría una «escisión» en el movimiento psicoanalítico. Tales cismas sólo se producen cuando se trata de fe. Pero en el caso del psicoanálisis se trata de un saber y de su formulación cambiante. Yo he tomado como norma de conducta la siguiente regla pragmática de William James: «You must bring out of each word its practical cash-value, set it at work within the stream of your experience. It appears less as a solution, then, that as a program for more work, and more particularly as an indication of the ways in which existing realities may be changed. *Theories thus become instruments, not answers to enigmas, in which we can rest.* We don't lie back upon them, we move forward, and, on occasion, make nature over again by their aid» [Debe establecerse el valor práctico de cada palabra y ponerlo en práctica dentro de la corriente de la experiencia. Esto es menos una solución que un programa para seguir trabajando, en particular una indicación de los modos de cambiar las realidades existentes. *Las teorías se vuelven instrumentos de los que servirnos, no respuestas a los enigmas.* No vamos tras ellas sino por delante, y ocasionalmente transformamos la naturaleza con su ayuda]*.

Mi crítica no surge por lo tanto del razonamiento académico, sino de las experiencias que se me han impuesto a lo largo de un serio trabajo de diez años en este campo. Sé que mi propia experien-



* *Pragmatism*, p. 53.



cia de ningún modo alcanza la extraordinaria amplitud de la de Freud, ni su conocimiento de causa, pero, con todo, tengo la impresión de que algunas de mis formulaciones de los hechos observados encuentran una expresión más adecuada que en la versión freudiana. Al menos en mi actividad docente he observado que las concepciones expuestas en estas conferencias me han procurado una ayuda especial en mis esfuerzos por abrir a mis alumnos a la comprensión del psicoanálisis. Estoy muy lejos de ver una «apostasía» o un cisma en una crítica modesta y mesurada; por el contrario, espero de este modo promover la prosperidad y el posterior florecimiento del movimiento psicoanalítico y descubrir así un acceso a los tesoros del saber psicoanalítico a quienes, carentes de experiencia práctica y con deficiencias en sus presupuestos teóricos, no hayan sido capaces hasta ahora de dominar el método psicoanalítico.

Debo el impulso para la redacción de estas conferencias a mi amigo el señor profesor doctor Smith E. Jellife, de Nueva York, quien me invitó amablemente a un *Extension Course* de la Fordham University. Las nueve conferencias fueron pronunciadas en septiembre de 1912 en Nueva York. Manifiesto también en este lugar el mayor agradecimiento al señor doctor Gregory, del Bellevue Hospital, por su solícito apoyo en mis demostraciones clínicas. Estoy agradecido a Mrs. Edith Eder y al doctor Eder, de Londres por el fatigoso trabajo de traducción.

Sólo después de redactar estas conferencias en la primavera de 1912 llegó a mi conocimiento, ese mismo verano, el libro de Adler *Über den nervösen Charakter*. Constato que Adler y yo hemos llegado a resultados similares en distintos puntos; aunque debo renunciar aquí a una discusión más detallada.

Zúrich, otoño de 1912

C. G. JUNG

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Desde la aparición de la primera edición en 1912 ha pasado tanto tiempo y han sucedido tantas cosas que resulta completamente imposible reformar y actualizar un libro de este tipo, ligado a una época pasada hace mucho y a una determinada fase de transición en el progreso de los conocimientos. Es una piedra miliar en el largo camino del esfuerzo científico y así debe quedar. Ojalá evoque el recuerdo de todos aquellos jalones y transformaciones de la búsqueda en el nuevo campo que entonces se abría —y cuyos límites aún

no pueden fijarse con seguridad hoy—, y aporte así su contribución a la historia de una ciencia en desarrollo. Por ello doy de nuevo este escrito a la imprenta en su forma original y sin modificaciones esenciales.

Octubre de 1954

C. G. JUNG

1. UNA VISIÓN DE CONJUNTO DE LAS HIPÓTESIS ANTERIORES

203 Damas y caballeros,

No me resulta tarea fácil pronunciar una conferencia acerca del psicoanálisis en el momento actual, haciendo completa abstracción de que, en general, este campo —y permítaseme afirmarlo con la más firme convicción— forma parte de los problemas más difíciles de la ciencia actual. Aun dejando de lado esta circunstancia, encontramos suficiente cantidad de serias dificultades que influyen considerablemente en la presentación de la materia. No puedo ofrecerles una doctrina bien fundada, elaborada y redondeada, sea en su aspecto práctico o en el teórico, pues el psicoanálisis, a pesar del trabajo empleado en ello, aún no lo es en absoluto. Tampoco les ofreceré una exposición *ab ovo* de la doctrina, dado que en su país, siempre amigo del progreso de la civilización, tienen ustedes algunos excelentes intérpretes y profesores que ya han procurado a la comunidad científica un conocimiento general del psicoanálisis. Además de eso, Freud, el verdadero descubridor y fundador de esta orientación, ya disertó en su país y dio auténtica noticia de sus puntos de vista. También yo debo a América el alto honor de haber tenido oportunidad en otra ocasión de referirme a mi fundamentación experimental de la psicología de los complejos y a la aplicación del psicoanálisis a la educación*.

204 ¡Comprenderán fácilmente que en estas condiciones tema repetir cosas ya dichas, impresas y leídas! Una dificultad adicional con que debo contar es que en muchos lugares existen concepciones extraordinariamente falsas sobre la esencia del psicoanálisis. A veces es casi imposible hacerse una idea del tipo que adoptan esas concepciones erróneas, pero a menudo uno se asombra de que alguien con formación científica pueda hacerse ideas tan extravagantes. Hablar de estas curiosidades no merece la pena, así que será mejor emplear

* *The Clark Lectures.* Publicadas por vez primera en *American J. of Psychol.* XXI (1910) (OC 2, 10 y 11; OC 17,1).

el tiempo y el esfuerzo en discutir aquellas cuestiones y problemas del psicoanálisis que por su propia naturaleza han dado ocasión a malentendidos.

La teoría del trauma

205 A pesar de todas estas indicaciones y exposiciones, muchos desconocen todavía que, por ejemplo, dentro de la doctrina psicoanalítica se han producido importantes modificaciones en el curso de los años. Muchos que sólo han leído la obra inicial, es decir, los *Estudios sobre la histeria** de Breuer y Freud, hoy mantienen todavía la opinión de que la histeria, las neurosis en general, de acuerdo con la concepción psicoanalítica derivan de traumas de la temprana infancia. Combaten esta tesis sin sospechar su error, pues desconocen que la llamada teoría traumática fue abandonada hace más de quince años y sustituida por una concepción distinta. Dado que este cambio es de gran trascendencia para el desarrollo entero de la técnica y la teoría psicoanalíticas, debemos profundizar un poco en él. Para no aburrirles con una casuística de sobra conocida en términos generales, me limito a remitirles a los casos del libro de Breuer y Freud, cuya traducción inglesa me permito suponer conocida. Allí habrán leído, por ejemplo, el caso de Breuer, al que Freud también se refirió en sus conferencias de la Clark University**, y por su lectura sabrán que el síntoma histérico no procede de fuentes desconocidas de naturaleza anatómico-fisiológica, según el criterio científico anterior, sino de determinadas vivencias psíquicas de alto valor afectivo, las llamadas lesiones anímicas o traumas. Muy probablemente cualquier observador cuidadoso y atento de la histeria podrá confirmar hoy, por amplia experiencia personal, que tales vivencias, particularmente penosas y dolorosas, están a menudo efectivamente en el origen de la histeria. De hecho ésta era una verdad conocida para los médicos antiguos.

206 Sin embargo, hasta donde sé, propiamente fue Charcot quien, bajo la probable influencia de la doctrina de Page sobre el *nervous shock****, explotó teóricamente esa observación. Charcot sabía, esta

* Publicados en 1895.

** *Five Lectures on Psycho-Analysis.* [*Psicoanálisis.*]

*** Herbert W. Page, psiquiatra británico que se ocupó de este tema (cf. Bibliografía).

Esta teoría fue postulada en 1882 por Herbert Page en su estudio *Injuries of the Spine and Spinal Chord without Apparent Mechanical Lesions, and Nervous Shock*, London [LM].

vez por influencia del hipnotismo, nuevamente de moda, que los síntomas histéricos se pueden provocar y hacer desaparecer por sugestión. Algo similar podía observarse, pensaba Charcot, en las histerias de accidente, de frecuencia creciente por aquel entonces. El choque traumático sería semejante al factor hipnótico, al producirse por la emoción una parálisis momentánea y completa de la voluntad, pudiéndose fijar la representación del trauma como autosugestión.

207 Se fundamentó así una teoría de la psicogeneidad. Sin embargo, estaba reservado a investigaciones etiológicas posteriores probar este mecanismo, o uno similar, en aquellos casos de histeria que no podían denominarse histerias traumáticas. Esa laguna en el saber acerca de la etiología de la histeria fue colmada por los descubrimientos de Breuer y Freud. Probaron que también los casos de histeria del tipo habitual, no considerada condicionada traumáticamente, contenían sin embargo aquel elemento traumático de significación aparentemente etiológica. Consecuentemente, a Freud, discípulo personal de Charcot, le pareció muy natural ver en este descubrimiento casi una confirmación de las ideas charcotianas. La teoría, elaborada en lo fundamental por Freud a partir de aquellas experiencias, llevó por lo tanto el sello de la etiología traumática. De ahí que se la denomine adecuadamente *teoría del trauma*.

208 La novedad de esta teoría, aparte del análisis de los síntomas, que en cuanto a minuciosidad era verdaderamente modélico, fue liquidar y sustituir el concepto de *autosugestión*, originalmente magnitud dinámica de la teoría, por ideas detalladas sobre los efectos psicológicos y psicofísicos derivados del choque. El choque o el trauma originan una cierta excitación que mientras en las condiciones normales se exterioriza («abreacciona»), en las condiciones de la histeria la vivencia del trauma resulta incompleta, produciendo la denominada «retención de la excitación» o «bloqueo del afecto». La energía de excitación, constantemente disponible en forma «potencial», mantiene los síntomas trasladándolos a lo corporal mediante el mecanismo de la *conversión*. La tarea de la terapia, de acuerdo con esta concepción, era liberar la excitación retenida, esto es, desprender de los síntomas la suma de los afectos reprimidos y convertidos. Por este motivo se denominó acertadamente «purificadora» o «catártica», pues su objetivo era dejar que «abreaccionaran» los afectos bloqueados. Por dicho motivo este nivel del análisis estaba más o menos ligado a los síntomas, en otras palabras, se analizaban los síntomas o se partía de los síntomas en el trabajo analítico, muy al contrario que en la técnica psicoanalítica de hoy. Como saben ustedes, el método catártico y la teoría que lo fundamenta

fueron gratamente aceptados por otros especialistas según sus intereses, y también se han visto reconocidos en los manuales.

209 Si bien los descubrimientos efectivos de Breuer y Freud son indudablemente correctos, como fácilmente puede uno convencerse en el primer caso de histeria que encuentre, sin embargo se han alzado algunas objeciones contra la teoría. Aunque el método Breuer-Freud muestra con admirable claridad la relación retrospectiva del síntoma actual con las vivencias traumáticas y las consecuencias psicológicas aparentemente constrictivas que se derivan de la situación traumática inicial, hay a pesar de ello dudas sobre la significación *etiológica* auténtica del llamado trauma. Por otro lado, a quien conozca la histeria ha de resultarle dudoso suponer que la plena aparición de una neurosis deba referirse a los acontecimientos del pasado, esto es, al factor de predisposición. Cierto que hoy está de moda concebir todos los estados espiritualmente anómalos que no tengan origen exógeno como resultado de la degeneración hereditaria, y no codeterminados esencialmente por la psicología y las circunstancias del medio. Es ésta una concepción extrema que no tiene en cuenta todos los hechos. En la etiología de la tuberculosis, por ejemplo, sabemos muy bien cómo dar con la línea central: sin duda alguna hay casos de tuberculosis en los que el germen de la enfermedad se propaga sin posible extirpación desde la primera juventud en un terreno preparado hereditariamente, y las mejores condiciones no pondrían al individuo a salvo de la fatalidad*. Pero también hay casos en que no existe tara hereditaria ni predisposición individual de ningún tipo y, no obstante, se produce una infección mortal. Estas experiencias son válidas también en el ámbito de la neurosis, donde probablemente las cosas suceden de modo no muy diferente que en las restantes patologías. Una teoría extrema de la predisposición será tan incorrecta como una teoría extrema del medio.

El concepto de represión

210 Si bien la teoría traumática es por el momento sin duda una teoría de la predisposición que ve en el trauma del pasado la *conditio sine qua non* de la neurosis, sin embargo la genial empiria de Freud en los *Estudios* de Breuer-Freud encontró y puso de relieve factores —sin aplicarlos todavía teóricamente de modo suficiente entonces— que se corresponden más con la teoría ambientalista que con la de la

* Esta teoría, vigente todavía en la época en que Jung escribe, no se acepta en la actualidad [LM].

predisposición. Estas observaciones fueron ya entonces compendiadas por Freud en un concepto llamado a ir posteriormente mucho más allá de la teoría del trauma. Dicho concepto es «represión». Como saben, se entiende por tal llevar un contenido de la consciencia más allá de la esfera consciente. A esa esfera la llamamos lo *inconsciente*, definido como lo psíquico que no nos es consciente. El concepto de represión se apoya en múltiples observaciones de neuróticos que, a juzgar por las apariencias, son capaces de olvidar importantes vivencias o pensamientos de forma tan acabada como si aparentemente nunca hubieran existido. Tales observaciones son muy frecuentes y sin duda bien conocidas por cualquiera que estudie psicológicamente a sus pacientes.

211 Los trabajos de Breuer y Freud hicieron patente la necesidad de procedimientos realmente especiales para traer de nuevo a la consciencia las vivencias traumáticas completamente olvidadas. Menciono aquí incidentalmente que este hecho es tanto más sorprendente cuanto que *a priori* tendemos a suponer que no pueden olvidarse cosas tan importantes. De ahí que muchas veces haya críticos que objeten que los recuerdos recuperados mediante determinados procedimientos de hipnosis no serían sino resultado de la simple sugestión sin corresponderse con ninguna realidad. Aunque estas dudas son muy legítimas no estaría justificado rechazar por principio la represión. Hay y ha habido no pocos casos en que se ha probado mediante una verificación objetiva la efectividad de los recuerdos reprimidos. Con completa independencia de la cantidad de pruebas de ese tipo, podemos demostrar experimentalmente este fenómeno. Posibilidad que nos proporciona el *experimento de asociación*. Aquí encontramos el hecho notable de que las asociaciones pertenecientes a complejos afectivamente acentuados se recuerdan considerablemente peor y se olvidan con una frecuencia muchísimo mayor. Al no haberse verificado mis experimentos se ha desestimado al mismo tiempo esta constatación. Sólo muy recientemente Wilhelm Peters*, de la escuela de Kraepelin, ha podido corroborar en lo esencial mis observaciones anteriores, me refiero a que «las vivencias acentuadas con displacer rara vez son reproducidas correctamente».

212 Como ven, los fundamentos empíricos del concepto de represión están bien asegurados. Pero además del hecho de la represión, hay algo en ese concepto que todavía precisa discusión. Porque es discutible si debe suponerse que la represión deriva de una decisión consciente del individuo o si es una desaparición más bien pasiva de la que en absoluto es consciente. Encontrarán en los trabajos de

* *Gefühl und Erinnerung*, p. 237.

Freud una serie de pertinentes ejemplos probatorios de una tendencia más o menos consciente a repeler lo penoso. Cualquier psicoanalista conoce docenas de ejemplos en los que al final resulta evidente que en la historia clínica hay un momento en que más o menos está claro que no se quiere seguir pensando en el contenido de consciencia que se ha de reprimir. Una paciente me dijo una vez muy significativamente: «Je l'ai mis de côté» [Lo he dejado a un lado]. Pero, por otra parte, también es preciso reconocer que hay no pocos casos en los que hasta la más fina de las pesquisas no puede probar un dejar de lado o una represión conscientes, presentándose el proceso de represión más bien como una desaparición pasiva o un descenso de las impresiones. Los casos del primer tipo dan la impresión de ser personas plenamente desarrolladas que sólo parecen tener una particular cobardía frente a sus propios sentimientos. Los del último tipo, por el contrario, dan la penosa impresión de estar inhibidos en su desarrollo, pudiéndose comparar en ellos el proceso de la represión mucho más certeramente con un mecanismo que se activa automáticamente. Esta diferencia habría que ponerla en relación directa con la cuestión ya esbozada de las teorías ambientalista y de la predisposición. En los casos del primer tipo no poco parece depender del influjo del entorno y de la educación, en los del último el factor de predisposición parece primar sobre la influencia del medio. Es evidente para qué casos se dan las mayores probabilidades de éxito terapéutico.

213 Como mencioné anteriormente, el concepto de represión presenta un elemento internamente contradictorio con la teoría del trauma. Por ejemplo, en el análisis que ofrece Freud* de Miss Lucy R. observamos que el factor etiológicamente significativo no son las escenas traumáticas, sino la deficiente predisposición del individuo para dar validez a las evidencias que se le imponen. Si pensamos ahora en la formulación posterior que se encuentra en la *Recopilación de ensayos sobre la teoría de la neurosis*, donde Freud se ve obligado desde su experiencia a reconocer la fuente de la neurosis en ciertas vivencias de la más temprana infancia operantes traumáticamente, se nos impone la impresión de que hay una desproporción entre el concepto de represión y el de trauma: mientras el concepto de represión presenta elementos para una teoría ambientalista, el de trauma remite a una teoría de la predisposición.

214 En un principio, la teoría de la neurosis se desarrolló totalmente en el sentido de la concepción traumática. En trabajos algo posteriores Freud llegó a la suposición de que debe atribuirse sólo una efec-

* Breuer y Freud, *Estudios sobre la histeria*, pp. 89 ss.

tividad aparente a las vivencias traumáticas ulteriores de la vida, pues únicamente podemos imaginar su efecto sobre la base de una predisposición especial. Aquí se encontraba evidentemente el enigma que se había de resolver. En su búsqueda de las raíces de los síntomas histéricos, el trabajo analítico conducía al pasado, a la infancia, viéndolas entrelazarse entre sí desde el presente hacia atrás. El final de la cadena amenazaba con desaparecer en las nieblas de la más temprana infancia. Pero precisamente de allí emergían recuerdos de ciertas escenas de actuación sexual, activa o pasiva, que guardaban determinada relación con los acontecimientos subsiguientes que conducirían a la neurosis. Sobre la naturaleza más precisa de esas escenas pueden consultarse los escritos de Freud, así como los múltiples análisis ya publicados.

La teoría del trauma sexual infantil

215 De aquí resultó la *teoría del trauma sexual infantil*, que chocó con una resistencia enconada, y no sólo por las razones teóricas que pudieran esgrimirse en contra de una teoría del trauma, sino por el factor sexual. En primer lugar, indignaba la idea de que los niños fueran seres sexuales y que tales ilaciones de pensamientos relativas al sexo pudieran desempeñar un papel. En segundo lugar, se aceptó muy mal retrotraer la histeria a una base sexual, pues acababa de abandonarse el punto de vista desconsoladoramente estéril según el cual la histeria sería una neurosis refleja uterina o bien el resultado de la insatisfacción sexual. Naturalmente, se cuestionó la autenticidad factual de las observaciones freudianas. Si las cosas se hubieran limitado a esto y si la crítica no se hubiera adornado con la indignación moral, habría sido posible una discusión tranquila. En Alemania, fue así como se cortó el crédito a la escuela freudiana. En cuanto la cuestión llegaba al ámbito sexual aparecían la resistencia general y el orgulloso desprecio. En el fondo, para la persona con auténtico interés científico se trata, después de todo, meramente de una cuestión de hecho si las observaciones de Freud son o no correctas. En mi opinión cabe encontrar improbables las observaciones, pero no se las puede calificar *a priori* de falsas. La verificación de tales observaciones, cuando se realizaron realmente con seriedad y profundidad, llevó a una absoluta confirmación de las *conexiones psicológicas*, aunque no a la confirmación del supuesto original de Freud de que siempre se trataría de auténticas escenas traumáticas.

216 Sobre la base de una mayor experiencia, tras esta primera formulación de su teoría sexual de la neurosis también Freud tuvo que

abandonar el supuesto original de la absoluta realidad del trauma sexual. Aquellas escenas de carácter declaradamente sexual, el abuso sexual del niño o su actuación sexual prematura eran en gran parte irreales. Según esto, uno se inclinaría a creer justificada la sospecha de la crítica de que los resultados de la investigación analítica se basan en la *sugestión*. Esta suposición sería más o menos legítima si alguien carente de autorización o de cualificación hiciera en tono charlatán afirmaciones no demostradas. Por el contrario, quien lea atentamente los escritos de Freud de aquella época e intente por su cuenta adentrarse de forma similar en la psicología de sus pacientes sabe que sería injusto imputar a un espíritu como Freud esos toscos errores de principiante. Imputaciones semejantes de los errores ajenos se vuelven así contra quien las mantiene. Con todas las cautelas imaginables para excluir totalmente la sugestión, se ha seguido investigando desde entonces, encontrando de nuevo en los pacientes, a pesar de todo, las conexiones descritas por Freud de forma básicamente similar. Así, por lo pronto nos vemos obligados a admitir que muchos de los traumas de la infancia temprana son *de naturaleza puramente fantástica*, meras fantasías, mientras en otros se ha constatado su realidad objetiva.

217 Este descubrimiento, algo desconcertante a primera vista, da al traste con la significación etiológica del trauma sexual infantil, pues ahora resulta completamente irrelevante que el trauma haya ocurrido realmente o no. La experiencia nos enseña que las fantasías pueden tener efectos casi igual de traumáticos que los traumas reales. Sin embargo, cualquier médico versado en el tratamiento de la histeria recordará casos en que impresiones efectivamente intensas y de efectos traumáticos han desencadenado indudablemente una neurosis. Esta observación, desde luego, sólo está en aparente contradicción con nuestro descubrimiento, ya mencionado, de la irrealidad del trauma infantil. Sabemos, por supuesto, de muchas otras personas que sufren traumas en la infancia o en la edad madura sin desarrollar una neurosis. Así que el trauma no tiene necesariamente una significación etiológica *ceteris paribus*, sino que pasa sin dejar efectos duraderos. De esta sencilla reflexión se desprende claramente que el individuo tiene que oponer al trauma una preparación interna muy determinada para contribuir a su efectividad. Claro que esta preparación interna no ha de entenderse en el sentido de una predisposición hereditaria absolutamente oscura en su esencia, sino como un *desarrollo psicológico que alcanza el punto culminante y su manifestación en el momento traumático.*

La predisposición al trauma

218 Quiero ahora dejar que un caso concreto les proporcione la esencia del trauma y de su preparación psicológica. Conozco el caso de una joven que padeció una histeria grave a raíz de un susto*. Después de una tarde en sociedad, volviendo a su casa a medianoche con varios conocidos se les acercó repentinamente a su espalda un coche de caballos a trote rápido. Los demás se apartaron, pero ella permaneció en el centro de la calzada sobrecogida de espanto y echó a correr delante de los caballos. El cochero golpeaba con el látigo y lanzaba maldiciones, pero no sirvió de nada y ella siguó corriendo por la calle, que descendía hacia un puente. Allí le abandonaron las fuerzas y quiso lanzarse al río completamente desesperada para no caer bajo los caballos, pero los transeuntes pudieron evitarlo. ¡Ahora bien, en el sangriento 22 de enero en San Petersburgo**, esta joven acudió precisamente a una calle que estaban «limpiando» con descargas militares! A derecha y a izquierda personas muertas o heridas se desplomaban mientras ella, con completas calma y claridad de mente, buscaba el acceso a cualquier patio por donde salvarse saliendo a otra calle. Estos terribles momentos no le causaron más molestias. Después se encontró perfectamente bien, incluso con mejor ánimo que el acostumbrado.

219 A menudo puede observarse un comportamiento básicamente similar. De aquí se extrae necesariamente la conclusión de que la intensidad de un trauma posee evidentemente poca significación patógena (provocadora de enfermedad); son determinantes las circunstancias especiales. Con ello se ha encontrado una llave que podría abrir la puerta a la predisposición, o al menos a una de sus primeras antesalas. Por lo tanto, podemos preguntarnos cuáles son las circunstancias especiales en la escena del coche de caballos. El miedo comenzó cuando la joven oyó que los caballos se acercaban al trote; por un instante le pareció que eso encerraba una terrible fatalidad, como si significara su muerte o algo horrible, y para entonces había perdido totalmente el juicio.

220 Obviamente, los caballos son el punto de partida del factor operante. La predisposición de la paciente a reaccionar de un modo tan falto de juicio a un suceso así de insignificante bien pudiera ser que los caballos significaran algo especial para ella. Podría suponerse, por ejemplo, que alguna vez hubiera vivido algo peligroso con caballos. Esto pasó en realidad. Cuando era una niña de siete años, durante un paseo en coche los caballos se espantaron dirigiéndose en una carrera enfurecida a la orilla vertical de un río que corría al fondo. El cochero saltó gritándole que saltara, a lo que ella apenas si podía decidirse de puro miedo mortal. Finalmente saltó en el momento preciso y los caballos se estrellaron en el fondo junto con el coche. Seguramente, no hará falta demostrar que un acontecimiento así deje impresiones profundas. Sin embargo, no explica por qué habría de producirse más tarde una reacción tan disparatada a un indicio tan inocuo. Todo lo que hasta ahora sabemos es que el síntoma posterior tuvo un preludio en la infancia. Pero lo patológico permanece oscuro.

221 Esta anamnesis, cuyo posterior desarrollo aún habremos de conocer*, muestra muy claramente una desproporción entre el llamado trauma y la parte que desempeña la fantasía; en nuestro caso ésta predomina de un modo completamente fuera de lo común si provoca tan gran efecto un motivo tan insignificante. En principio uno se ve forzado a aducir como explicación aquel temprano trauma de la etapa infantil, aunque, me parece a mí, con poco éxito, porque no entendemos por qué permanecen latentes durante tanto tiempo los efectos del trauma, por qué se manifestaron precisamente en esta ocasión y no en esas otras incontables veces que la paciente debió dejar paso a un coche, muchas veces probablemente en idénticas condiciones exteriores. La primera ocasión de peligro de muerte parece ser del todo inoperante, pues el peligro real de muerte en que se hallaba no dejó la más mínima secuela neurótica, a pesar de su preparación en la impresionante vivencia temprana. Consecuentemente, de esta escena traumática queda todavía todo por explicar, ya que desde el punto de vista de la teoría traumática nos quedamos en la más completa oscuridad.

222 Disculparán, damas y caballeros, si insisto tan obstinadamente sobre la cuestión de la teoría del trauma. No lo estimo superfluo pues hoy, y en muchos aspectos también entre personas próximas al psicoanálisis, todavía se cultiva aquel viejo punto de vista, razón por la cual la crítica, que en parte no lee nuestros trabajos, o lo hace muy superficialmente, tiene la impresión de que el psicoanálisis sigue siendo una teoría del trauma.

223 Se plantea ahora la cuestión de cuál es la predisposición proclive a que una impresión insignificante produzca ese efecto patológico. Cuestión de importancia capital, que, como todavía veremos, resul-

* Este caso está descrito detalladamente en *Sobre la psicología de lo inconsciente* (OC 7,1) § 8 ss. y en «Nuevos rumbos de la psicología» (OC 7,3), § 417 ss.

** Se refiere al llamado «Domingo Rojo» (22 de enero de 1905), que marcó el inicio de la primera revolución contra el zar Nicolás II [LM].

* Cf. § 297 ss. y 355 ss. de este volumen.

ta de máxima trascendencia para la teoría general de la neurosis; se trata, en efecto, de saber por qué los sucesos relativamente irrelevantes del pasado tienen todavía tanta importancia como para perturbar nuestra vida presente de forma caprichosa y «demoníaca».

El elemento sexual del trauma

224 La corriente inicial de la doctrina psicoanalítica y sus posteriores adeptos hicieron lo posible por descubrir en el carácter especial de aquellos acontecimientos traumáticos originarios las causas de su posterior eficacia. Fue Freud quien penetró a mayor profundidad, el primero, y el único, que observó en el suceso traumático un cierto elemento sexual, y que a esta mezcla, generalmente inconsciente, se debe en lo fundamental el efecto traumático. La condición inconsciente de la sexualidad en la infancia parecía esclarecer en aspectos esenciales el problema de la constelación de larga data del acontecimiento originario, quedando permanentemente oculto al individuo el significado emocional real de aquella vivencia, de manera que tampoco se produciría ninguna «usura», ningún desgaste de aquella emoción por parte de la consciencia. Quizá se pudiera explicar ese efecto constelador de larga data de acuerdo con el tipo de la *suggestion à échéance* [sugestión diferida] también inconsciente hasta que despliega su efectividad en el momento acordado.

225 Probablemente no necesito exponer ejemplos detallados de las circunstancias por las cuales no se reconoce el verdadero carácter de las actuaciones sexuales de la época infantil. Para el médico es un hecho habitual que, por ejemplo, la masturbación evidente no se entienda como tal, sobre todo entre individuos femeninos, hasta la edad adulta. De ahí se desprende que un niño es todavía mucho menos consciente del carácter de determinados actos y de ahí que la significación auténtica de estos sucesos permanezca oculta a la consciencia hasta la edad adulta. En ciertas condiciones las mismas vivencias se olvidan sin más, sea porque su significación sexual le es totalmente desconocida al individuo o porque no se reconoce ese carácter sexual, esto es, se reprime, por lo penoso que resulta.

226 Como ya se ha mencionado, la observación de Freud de que la adición de un elemento sexual al trauma es una acompañante característica de la eficacia patológica, condujo a la *teoría del trauma sexual infantil*. Esto es: la presente hipótesis reza *la vivencia patógena es de tipo sexual*.

Fantasía sexual infantil

227 A este supuesto se opuso primero el prejuicio universalmente extendido de que los niños no tendrían en absoluto sexualidad durante su infancia, con lo que una etiología de ese tipo sería inimaginable. La ya mencionada modificación en la concepción del trauma, es decir, que por regla general el trauma no es en absoluto real, sino esencialmente sólo fantasía, no mejora las cosas. Al contrario, tras esta modificación de la concepción original deberemos ver con mayor motivo en la vivencia patógena una actuación sexual positiva de la fantasía infantil. Ya no se trata de una impresión accidental y brutal que actúa desde el exterior, sino una actuación sexual positiva producida expresamente por el niño y a menudo de inequívoca nitidez. Incluso verdaderas escenas traumáticas de inequívoco carácter sexual de ningún modo le llegan al niño en toda circunstancia sin su intervención, sino que no rara vez probablemente las prepara e induce. Abraham ha aportado a esta constatación valiosas pruebas de gran interés, que, relacionadas con muchas otras experiencias del mismo tipo, hacen que parezca bastante verosímil que frecuentemente también traumas reales sean inducidos y apoyados por la *actitud* psicológica del niño. La experiencia de los médicos forenses, completamente independiente del psicoanálisis, conoce paralelos elocuentes de esta concepción psicoanalítica.

228 La antigua concepción consideraba como fuente de neurosis la actuación prematura y traumatizante de la fantasía sexual. De ahí que se viera forzada a suponer en el niño un desarrollo mucho mayor de su capacidad sexual de lo aceptado hasta entoces. También es verdad que en la literatura especializada eran conocidos desde hacía mucho tiempo casos de sexualidad prematura, por ejemplo el de una niña de dos años que ya menstruaba perfectamente, o casos de niños entre tres y cinco años con plena capacidad de erección y, por lo tanto, de cohabitación. Se trataba, sin embargo, de curiosidades. Por ello resultó sorprendente que Freud empezara a atribuir al niño una sexualidad no sólo inesperada, sino que incluso la denominara perverso-polimorfa, y esto basándose en una rigurosa investigación verdaderamente extraordinaria. Algunos se apresutaron demasiado rápidamente a aceptar el fácil presupuesto de que todo habría sido inducido en los pacientes por sugestión y que, por lo tanto, era un producto artificial altamente impugnable.

229 Por eso los *Tres ensayos para la teoría sexual* de Freud suscitaron no mera oposición, sino viva indignación. Es más bien superfluo señalar que la ciencia no se hace con indignación, y que los argumentos de escándalo moral le van bien, desde luego, al moralista

—son parte de su oficio—, pero no al hombre de ciencia, para quien la verdad, y no la delicadeza moral de sentimientos, es regla de conducta. Si las cosas ocurren efectivamente como dice Freud toda indignación es vana, y si no ocurren así, de nada sirve la indignación. La decisión sobre la verdad única y exclusivamente puede encontrarse en el ámbito de observación y trabajo del investigador. Con esta indignación fuera de propósito, la crítica, con pocas excepciones dignas, ofrece una imagen algo cómica de atraso deplorable. Nuestra escuela tiene sin embargo el grave deber de ocuparse a fondo de las opiniones divergentes de la concepción hasta ahora vigente. Aunque lamentablemente la escuela psicoanalítica no es capaz de aprender nada de la crítica adversa, pues ésta no proporciona sugerencias útiles de ningún tipo al negarse a recurrir a la observación auténtica y por su desconocimiento de las vías de la investigación psicoanalítica. Nuestro empeño no es establecer una teoría paradójica en contradicción con todo lo que había hasta ahora, sino agregar a la ciencia una nueva categoría de observación. Por esta razón consideramos un deber hacer lo posible para suscitar el acuerdo. Pero también es verdad que hemos de renunciar a la reconciliación con todas aquellas personas que sostienen ciegamente lo contrario. Eso sería trabajo perdido. Sin embargo, esperamos estar en situación de hacer las paces con la ciencia. Cumplo con este empeño intentando en lo que sigue exponerles el posterior desarrollo de las ideas de la concepción psicoanalítica hasta la llamada *teoría sexual de la neurosis.*

2. LA TEORÍA DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

230 Como dije anteriormente, la observación de fantasías sexuales precoces en el origen de la neurosis instó a Freud a suponer una sexualidad infantil ampliamente desarrollada. Saben ustedes que muchas personas niegan rotundamente la autenticidad de esta observación, esto es, suponen que un craso error y una torpe obcecación habrían seducido a Freud y a toda su escuela, tanto en Europa como en América, a ver cosas que no existen en absoluto.

Se nos ve incluso como gente afectada por una epidemia psíquica. Tengo que confesar que carezco de medios para defenderme de una «crítica» tal. Por lo demás, debo señalar que la llamada ciencia no tiene ningún derecho a sostener de antemano que determinados hechos *no* existan. Como mucho puede decir que parecen muy improbables y que requieren ulterior confirmación o estudio más riguroso. Tampoco es válido objetar que con el método psicoanalítico



no puede descubrirse nada fiable porque es absurdo. Tampoco se dio crédito al telescopio de Galileo, y Colón descubrió América con una hipótesis falsa. El método puede estar plagado de errores, no digo que no, pero eso no impide aplicarlo. Con observaciones astronómicas completamente deficientes también se hicieron antaño determinaciones de tiempo y lugar. Las objeciones contra el método deben considerarse subterfugios mientras la crítica no descienda al terreno de los hechos. Es ahí donde ha de decidirse la cuestión, no en la disputa verbal.

231 También nuestros adversarios consideran la histeria una enfermedad psicógena. Creemos haber establecido sus determinantes psicológicas, publicando sin temor los resultados de nuestras investigaciones para su discusión pública. Quien no esté de acuerdo con estos resultados puede exponer tranquilamente sus propios análisis de casos patológicos. *Hasta ahora, por lo que sé, al menos en la literatura especializada europea esto no ha ocurrido nunca en ningún lugar. En estas condiciones la crítica no tiene absolutamente ningún derecho a negar* a priori *nuestras averiguaciones.* Nuestros adversarios tienen casos de histeria lo mismo que nosotros, y esos casos son tan psicógenos como los nuestros; no hay por lo tanto nada que dificulte revelar las determinantes psicológicas que aquí intervienen. No es un problema de método. Nuestros adversarios se contentan con negar y desacreditar nuestro método, no saben hacer nada mejor. Esto cuesta demasiado poco y no resulta muy admirable.

232 Muchos de nuestros críticos son más cuidadosos e imparciales y nos conceden que hacemos verdaderas observaciones y que muy probablemente existan las conexiones que resultan del trabajo psicoanalítico; sin embargo, en su opinión tendríamos una concepción incorrecta. Las supuestas fantasías sexuales de los niños, de quienes fundamentalmente se trata, no debieran entenderse sexualmente, sino de otra manera, pues evidentemente la sexualidad sería algo que sólo alcanza su carácter peculiar próxima la pubertad.

233 Tales objeciones, cuyo tono reposado y razonable produce la impresión de algo digno de confianza, merecen desde luego tomarse en serio. Esta objeción, además, se ha convertido para cualquier analista que piense en fuente de fecunda reflexión.

El concepto de sexualidad

234 Respecto a este problema hay que advertir lo siguiente: la dificultad estriba en primer lugar en el *concepto de sexualidad.* Si entendemos sexualidad en el sentido de la función desarrollada, debemos limitar

este fenómeno a la época de la madurez y no está justificado entonces hablar de sexualidad infantil. Pero limitando así el concepto nos vemos ante una dificultad nueva y mayor, en concreto la cuestión de cómo considerar entonces todos los fenómenos biológicos que rodean la función sexual *sensu strictiori*: el embarazo, el nacimiento, la selección artificial, la protección de la descendencia, etc. A mí me parece que todo esto también forma parte del concepto de sexualidad, aunque un destacado colega opinaba que no hay nada sexual en el acto del nacimiento. Pero si estas cosas también pertenecen a la sexualidad, por lo mismo pertenecen a este ámbito incontables fenómenos psicológicos, pues, como saben, con el funcionamiento de la sexualidad se asocia una cantidad increíblemente amplia de funciones puramente psicológicas. Aludo simplemente al papel sobresaliente de la *fantasía* en la preparación y la consumación de la función sexual. Llegamos así a un concepto muy biológico de la sexualidad, que comprende en sí, junto a una serie de fenómenos fisiológicos, también una serie de funciones psicológicas. Si podemos servirnos de una vieja pero práctica clasificación, identificaremos la sexualidad con el llamado instinto de conservación de la especie, contrapuesto en cierto sentido al instinto de autoconservación.

235 Con esta versión del concepto de lo sexual no resulta sorprendente que las raíces de la conservación de la especie, tan sumamente importante en la naturaleza, tengan una profundidad mucho mayor de lo que autoriza suponer el concepto de lo sexual en su forma limitada. Sólo el gato más o menos adulto caza ratones, pero también el cachorro juega al menos a cogerlos. En los cachorros de perro los intentos de cohabitación comienzan, alusivamente y como jugando, también ya considerablemente antes de la madurez sexual. Debemos suponer con razón que el ser humano no es una excepción. Si ya no encontramos en la superficie de nuestros niños bien educados este tipo de cosas, la observación de los niños en pueblos que se encuentran a un nivel inferior nos enseña sin embargo que no constituyen excepciones a la regla biológica. En realidad, también es infinitamente más verosímil que el importante impulso de conservación de la especie comience a revelarse en germen ya en la más temprana juventud a que caiga del cielo súbitamente y de golpe en la pubertad. Además, los órganos anatómicos de la reproducción se van preparando mucho antes de percibirse externamente huella alguna de su función futura.

236 Así pues, cuando la escuela psicoanalítica habla de «sexualidad», hay que asociar con ello el concepto de conservación de la especie en sentido amplio, no que se refiriera a las sensaciones y funciones

corporales que comúnmente suelen denominarse «sexualidad». Podría decirse que, para evitar malentendidos, sería preferible no considerar sexuales los fenómenos alusivos y preparatorios de la fase infantil. Esta exigencia sería probablemente inadecuada si aceptáramos la nomenclatura anatómica del sistema ya desarrollado sin proporcionar nombres específicos a las fases previas más o menos rudimentarias.

Importancia de la función nutricia

237 Aunque no hay nada reprochable en la terminología sexual de Freud, dado que considera consecuentemente y con razón todas las fases previas de la sexualidad como sexuales, no obstante ha llevado a determinadas conclusiones que, en mi opinión, son insostenibles. Si nos preguntamos hasta dónde llegan retrospectivamente en la infancia las primeras huellas de la sexualidad, la cuestión deberá contestarse en el sentido de que ya existe implícitamente *ab ovo*, pero que se manifiesta sólo después de algún tiempo de vida extrauterina. Freud se inclina a ver también en el acto de mamar del pecho materno un tipo de acto sexual. Tal apreciación le ha valido serios reproches, y, debemos confesarlo, con pleno sentido, si admitimos con Freud que el impulso de conservación de la especie, esto es, la sexualidad, hasta cierto punto está separado del impulso de autoconservación, esto es, de la función nutricia, que también tendría un cierto desarrollo *ab ovo*. Pero esta forma de pensar no me parece biológicamente admisible. Es imposible separar violentamente ambos modos de aparición y de funcionamiento del hipotético impulso vital y asignar a cada uno un camino evolutivo especial. Si nos limitamos a juzgar de acuerdo con lo que vemos tendremos que considerar la circunstancia de que en toda naturaleza viva el proceso vital es en primer lugar y durante un tiempo considerable sólo función nutricia y constructiva. En muchos animales observamos esto de una forma sumamente clara, por ejemplo en las mariposas, que primero desarrollan como orugas una existencia asexuada de nutrición y formación. A este estadio del proceso vital pertenece tanto la fase intrauterina como el tiempo de lactancia extrauterino del ser humano.

238 *Esta época está caracterizada por la ausencia de funciones sexuales.* Hablar de una sexualidad manifiesta del lactante sería según esto una *contradictio in adjecto*. Como mucho podremos preguntarnos si entre las funciones vitales de lactancia hay algunas que no posean el carácter de función nutricia y constructiva y que puedan por lo tanto calificarse por exclusión de sexuales. Freud señala al

respecto la excitación y la satisfacción inequívocas del niño en el acto de mamar, comparando estos procesos con los del acto sexual. De esta similitud resultaría la cualidad sexual que Freud supone en el acto de mamar. Ahora bien, esta suposición sólo sería correcta en caso de probarse que la tensión de una necesidad y la satisfacción mediante su solución es un proceso sexual. Que el acto de mamar posea este mecanismo afectivo demuestra sin embargo lo contrario. Así, sólo podemos decir que este mecanismo afectivo se presentaría tanto en la función nutricia como en la sexual. Y si Freud deriva una cualidad sexual de la analogía con el mecanismo afectivo, de acuerdo con la experiencia biológica también estaría justificada una terminología que considere el acto sexual como una función nutricia. Estas transgresiones están injustificadas en ambos casos. Lo completamente evidente es que el acto de mamar no puede calificarse de sexual.

239 Pero también conocemos una serie de funciones de lactancia que aparentemente nada tienen que ver con las funciones nutricias; me refiero al chupar y sus diversas modalidades. Aquí sí que hay que plantear con mayor motivo la cuestión de si estas cosas forman parte de la esfera sexual. Indudablemente, no sirven a la nutrición sino a la obtención de placer. Aunque es dudoso que este placer obtenido chupando pueda denominarse sexual *per analogiam*; con iguales razones podría calificarse de placer nutricio. Esta última calificación tiene incluso más a su favor, ya que la forma y el lugar de obtención del placer pertenecen completamente a la función nutricia. La mano que se emplea para chupar se prepara de esta manera para el futuro acto independiente de nutrirse. En estas condiciones nadie se sentirá inclinado a determinar, con una *petitio principii*, las primeras manifestaciones vitales humanas como sexuales.

240 La fórmula que hemos encontrado, que afirma que chupando se buscaría obtener placer sin función nutricia, no deja sin embargo ninguna duda sobre el carácter exclusivamente nutricio de ese chupar. Observamos que durante el crecimiento se presentan en el niño los llamados malos hábitos, estrechamente asociados al chupar de la primera infancia, como meterse el dedo en la boca, morderse las uñas, hurgarse en la nariz y los oídos, etc. También observamos cómo estos hábitos se desplazan fácilmente al ulterior onanismo. La conclusión *per analogiam* según la cual estos hábitos infantiles serían estadios previos al onanismo o actos similares que tendrían, por lo tanto, un carácter decididamente sexual, no puede rechazarse y está enteramente justificada. He visto multitud de casos en los que había una indudable relación recíproca entre estos malos hábitos infantiles y la masturbación ulterior que, si se presenta en la fase

última de la juventud previa a la época de madurez, sólo es indudablemente una continuación de los malos hábitos infantiles. Inferir a partir de la masturbación el carácter sexual del resto de los malos hábitos infantiles en cuanto que son actos de obtención de placer con el propio cuerpo, nos parece, según nuestro punto de vista, sencillo y comprensible.

241 De aquí a calificar de sexual el chupar del lactante no parece mediar gran paso. Freud, como ustedes saben, lo ha dado, y, como están escuchando, yo me he negado a darlo hace un momento. Nos encontramos ante una contradicción difícil de salvar. La cosa sería relativamente sencilla si pudiéramos suponer la existencia de dos impulsos contiguos y sustancialmente separados. Entonces el acto de mamar sería, ciertamente, un acto nutricio, pero a la vez también tendría un carácter sexual y, por lo tanto, sería de alguna manera una combinación de dos impulsos. Éste parece ser el modo de ver las cosas de Freud. La clara existencia contigua de ambos impulsos o, mejor dicho, de sus formas de manifestación como hambre e impulso sexual, la encontramos en la vida adulta. Durnte la lactancia, por el contrario, sólo conocemos la función nutricia, premiada con el placer y la satisfacción y cuyo carácter sexual sólo puede sostenerse como *petitio principii*, dado que los hechos demuestran que la primera fuente de placer es el acto de nutrición y no la función sexual. *La obtención de placer no es en modo alguno lo mismo que la sexualidad.* Si, por lo tanto, suponemos que en el lactante existen ambos impulsos por así decir en contigüidad, nos engañaremos proyectando una constatación de la vida del adulto al alma del niño. Aquí *no* existen contiguas y separadas ambas manifestaciones del impulso, pues en absoluto está desarrollado, o sólo muy rudimentariamente, uno de los sistemas impulsivos. Ahora bien, si nos situamos en el punto de vista que concibe sexualmente la tendencia a la obtención del placer, entonces, paradójicamente, sería preciso concebir también el hambre como una tendencia sexual, puesto que tiende al placer de su satisfacción. Ahora bien, si se procede así con los límites conceptuales debemos también conceder al adversario la autorización para aplicar la terminología del hambre a la sexualidad. Tales ejemplos de unilateralidad se presentan en la historia de la ciencia una y otra vez. Con lo cual no expreso una reprobación: por el contrario, hemos de alegrarnos de que haya hombres con coraje para la desmesura y la unilateralidad. Son ellos a quienes debemos los descubrimientos. La cosa resulta lamentable únicamente cuando cada cual defiende apasionadamente su unilateralidad. *Las teorías científicas sólo son propuestas acerca de cómo podrían considerarse las cosas.*

242 Lamentablemente, el facilitador supuesto de la existencia contigua de los dos sistemas de impulsos es imposible, pues se opone a los hechos de observación y conduce, si se insiste en él, a consecuencias insostenibles.

La sexualidad perverso-polimorfa infantil

243 Antes de ocuparme de solucionar esta contradicción he de comentar todavía más cosas sobre la teoría sexual freudiana y sus transformaciones. Como escucharon ustedes anteriormente, el descubrimiento de una actividad sexual en la fantasía infantil, de efectos aparentemente traumáticos, llevó a suponer que el niño, contra todas las expectativas existentes hasta entonces, tendría una *sexualidad* casi desarrollada, incluso *perverso-polimorfa*. Su sexualidad no parece centrada en la función genital ni en el otro sexo, sino que se ocupa del propio cuerpo, motivo por el cual el niño ha sido considerado autoerótico. Cuando su interés sexual se dirige hacia fuera, hacia otra persona, el niño no hace ninguna diferencia, o muy escasa, en lo referente al sexo. De ahí que pueda fácilmente calificarse de «homosexual». En lugar de la función sexual local, que no existe, hay una serie de llamados malos hábitos, que desde este punto de vista se consideran *perversos* por presentar la máxima analogía con las perversiones posteriores.

244 Como resultado de esta manera de contemplar las cosas la sexualidad originaria, habitualmente pensada como unitaria, se disociaría en una multitud de impulsos aislados; y, puesto que es una condición implícita, por así decir, que la sexualidad se origine en los genitales, Freud formuló la hipótesis de las llamadas *zonas erógenas*, entendiendo por tales boca, piel, ano, etcétera.

245 El término «zona erógena» recuerda a la «zona espasmógena»; la imagen es en cualquier caso la misma: así como la zona espasmógena es el lugar donde se origina el espasmo, la zona erógena es el lugar donde tiene su origen una afluencia de sexualidad. De acuerdo con el modelo subyacente de los genitales como origen anatómico de la sexualidad, las zonas erógenas se concebirían como otros tantos genitales a partir de los cuales fluye la sexualidad. Este estado es la sexualidad «perverso-polimorfa» de los niños. El término «perverso» parecía justificado por la estrecha analogía con las perversiones posteriores, que, por así decir, no representarían sino una nueva edición de determinados intereses «perversos» de la primera infancia, vinculados muy a menudo con una de las distintas zonas erógenas que provocan esas confusiones sexuales tan características de los niños.

Componentes sexuales como manifestaciones energéticas

246 Según este modo de ver, la sexualidad normal y monomorfa posterior estaría formada por distintos componentes. Primeramente se descompone en un componente homosexual y otro heterosexual, a los que luego se agrega uno autoerótico, después las diversas zonas erógenas, etc. Esta concepción se asemeja al estado en que se encontraba la física antes de Robert Mayer, cuando sólo había áreas de fenómenos aislados y yuxtapuestos a los que se adscribía significado elemental, sin reconocer adecuadamente su relación recíproca. Sólo la ley de *conservación de la energía* introdujo orden en la interrelación de las fuerzas y, simultáneamente, privó a las fuerzas de significado elemental absoluto al considerarlas modos de manifestación de la misma energía. Así han de suceder las cosas con esa fragmentación de la sexualidad en la sexualidad infantil perverso-polimorfa.

247 La experiencia obliga a la constante sustitución de los componentes aislados, cuanto más claramente se percibe, por ejemplo, que las perversiones viven a costa de la sexualidad normal o que una forma de funcionamiento de la sexualidad crece cuando disminuye la otra. Quiero ponerles un ejemplo para aclarar lo dicho: un joven tuvo durante algunos años una fase homosexual en la que no mostró interés alguno por las mujeres. Gradualmente, hacia los veinte años desapareció este estado anormal y el hombre se volvió normal en la orientación de su interés erótico; empezó a interesarse por las muchachas y pronto superó los últimos vestigios de su homosexualidad. Transcurrieron así varios años. Superó con éxito múltiples aventuras amorosas. Luego quiso casarse. Pero sufrió una seria decepción cuando la muchacha adorada le dio calabazas. A esto siguió una primera fase de renuncia al matrimonio, luego experimentó una resistencia contra todas las mujeres y, finalmente, descubrió un día que nuevamente era homosexual, esto es, los jóvenes habían adquirido otra vez una influencia inusualmente excitante sobre él.

248 Si consideramos ahora la sexualidad integrada por un componente heterosexual fijo y un componente homosexual igualmente fijo, no logramos nada; en general, no logramos nada con este modo de ver las cosas, dado que suponer la existencia de componentes fijos excluye cualquier modificación. Para apreciar en su justa medida el caso presente debemos admitir una gran movilidad de los componentes sexuales, movilidad que va tan lejos que uno de los componentes prácticamente desaparece por completo mientras el otro adquiere una considerable supremacía. Si, por ejemplo, sólo tuviera lugar una sustitución de las posiciones, penetrando en lo inconsciente el componente homosexual con la misma intensidad

con la que deja vía libre en lo consciente al componente heterosexual, se inferiría, conforme a nuestra moderna conciencia científico-natural, que en tal caso tendrían lugar efectos equivalentes en lo inconsciente. Tales efectos deberían concebirse como resistencias contra la activación del componente heterosexual, es decir resistencias contra las mujeres. Pero en el presente caso la experiencia no sabe nada de esto. Cierto que existían ya tenues vestigios de tales influencias, pero de una intensidad tan escasa que no pueden compararse con la que tenía anteriormente el componente homosexual.

249 Tras la interpretación aquí esbozada sigue siendo incomprensible cómo el componente homosexual, concebido como fijo, puede desaparecer tan completamente y sin dejar vestigio operante alguno*. Tales transformaciones serían difíciles de imaginar; con ciertas reservas aun podría entenderse que el desarrollo pase en la fase de pubertad por un estadio homosexual para después establecer y fijar definitivamente la heterosexualidad normal. Pero entonces, ¿cómo explicar el hecho de que el producto de una evolución gradual, al parecer íntimamente ligada a los procesos orgánicos de la maduración, quede repentinamente excluido por una impresión y ceda el puesto a una fase anterior? O bien, si se suponen dos componentes actuantes existiendo a un tiempo en contigüidad, ¿por qué entonces actúa solamente uno y no el otro? Se objetará que entre hombres el componente homosexual se manifestaría en una singular irritabilidad, en una especial sensibilidad hacia otros hombres. Según mi experiencia, esa conducta característica, de la cual la sociedad nos proporciona ejemplos a diario, tiene como causa aparente un trastorno nunca ausente en la relación, donde se halla una forma especial de dependencia que presenta ese excedente correspondiente al déficit de la relación «homosexual»[1].

250 En consecuencia, observen ustedes que existirían poderosos motivos para explicar adecuadamente tales cambios de escena. *Para ello precisamos de una hipótesis dinámica*. En efecto, cambios de polaridad así sólo pueden pensarse como procesos dinámicos o energéticos. Soy incapaz de imaginar la desaparición de un modo funcional si no supongo una modificación en las relaciones dinámicas. De esta necesidad ha dado cuenta la teoría freudiana al rebajar, menos teórica que prácticamente, el concepto de componente, esto es, una interpretación según modos funcionales separados entre sí, sustituyéndolo por otra de carácter energético. El término para ese concepto es *libido*.

* El § 249 se ha completado, en conformidad con el autor y de acuerdo con la edición inglesa, con un fragmento del texto del § 275. Los § 276 y 277 se han intercambiado.

1. Por supuesto que realmente éste no es el auténtico motivo, sino el estado infantil del carácter.

3. EL CONCEPTO DE LIBIDO

251 Freud introduce este concepto en *Tres ensayos para la teoría sexual* con las siguientes palabras: «Para explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal supone la biología la existencia de una "pulsión sexual"*, del mismo modo que se supone para explicar el hambre un instinto nutricio. Pero el lenguaje popular carece de un término que corresponda al de "hambre" en lo relativo a lo sexual. La ciencia usa en este sentido la palabra "libido"»**.

252 De acuerdo con la definición de Freud, el término libido se presenta como necesidad exclusivamente sexual, de ahí que todo cuanto Freud entiende por libido deba entenderse como necesidad sexual o como deseo sexual. El término libido, en todo caso, se emplea en medicina para el deseo sexual, especialmente para la concupiscencia de naturaleza sexual. Pero el uso clásico de esta palabra en Cicerón, Salustio y otros conoce no sólo esta definición unilateral, sino que el término también tiene un uso general en el sentido de *deseo apasionado*[2]. Menciono ahora esta circunstancia porque en el curso posterior de nuestras reflexiones todavía desempeñará su papel y porque es muy importante saber que el concepto de libido tiene en realidad un empleo más amplio que el que la medicina le asocia.

253 El concepto de libido, cuyo significado sexual, de acuerdo con el sentido del autor, mantendremos hasta donde sea posible, representa la magnitud dinámica que buscábamos para aclarar el desplazamiento de las escenas psicológicas. Con este concepto se simplifica esencialmente la formulación de los fenómenos en cuestión. En lugar de la incomprensible sustitución del componente homosexual por el heterosexual podemos decir ahora: la libido se ha retirado paulatinamente de su posible aplicación homosexual transformándola en igual medida en su aplicación heterosexual. En tal operación desaparece el componente homosexual prácticamente por com-

* Seguimos la traducción de L. López Ballesteros, pero modificando «instinto» por «pulsión», que traduce el término *Trieb* (impulso), trasladado al español en las obras de Freud y el psicoanálisis clásico por «pulsión» [EG].

** Página 1172.

2. Más detalles sobre mi definición del concepto de libido se encuentran en mi trabajo *Transformaciones y símbolos de la libido*. [Nueva edición: *Símbolos de transformación* (OC 5).]

pleto, convirtiéndose en mera posibilidad vacía sin significado alguno en sí misma y cuya existencia es con razón cuestionada por el profano del mismo modo que, pongamos, la capacidad de ser un asesino. Con este concepto de libido pueden ahora explicarse fácilmente las múltiples relaciones recíprocas entre los modos funcionales sexuales aislados. Queda así también superada la idea original de la multiplicidad de componentes sexuales, que recordaba mucho a la perspectiva filosófica de las «facultades del alma». En su lugar aparece la libido, susceptible de las aplicaciones más diversas. Los anteriores componentes representan tan sólo posibilidades efectivas. Por lo tanto, con el concepto de libido aparece, en lugar de una sexualidad originariamente compuesta y con múltiples raíces, una *unidad dinámica* sin la cual los anteriores componentes significativos se quedan en posibilidades vacías. Este desarrollo conceptual reviste gran importancia: se consuma así el mismo progreso que con el concepto de energía en la física. Al igual que el principio de conservación de la energía desprovee a las fuerzas de su carácter elemental confiriéndoles el de formas de manifestación de una energía, la teoría de la libido, por su parte, desprovee a los componentes sexuales de su significación elemental como «facultades del alma» dándoles un valor estrictamente fenomenológico.

La teoría energética de la libido

254 Esta concepción proporciona una sensación de realidad mucho mayor que la teoría de los componentes. Así, con la teoría de la libido puede resultarnos fácilmente comprensible el caso del joven citado anteriormente. La decepción sufrida cuando quiso casarse hizo que retirara su libido de su aplicación heterosexual para volver a la forma homosexual reactivándose la antigua homosexualidad. No puedo menos de observar que la analogía con la ley de conservación de la energía resulta evidente, dado que tanto en uno y otro caso cuando se extingue un efecto energético hay que preguntarse dónde reaparece esa energía. Si aplicamos este punto de vista como principio heurístico a la psicología de una vida humana haremos descubrimientos sorprendentes. Veremos, entonces, la recíproca relación energética de las fases más heterogéneas de la evolución psicológica de un individuo. Siempre que veamos a una persona con algún tipo de *spleen*, una convicción morbosa o cualquier otra posición exagerada, sabremos que aquí hay demasiada libido y que ese exceso ha sido sustraído de algún otro sitio, donde en consecuencia hay *demasiado poca*. Entendido bajo este aspecto, el psicoanálisis es el método que contribuye a dar con aquellos puntos o funciones donde hay

demasiada poca libido para compensar esta desproporción. De ese modo, los síntomas de una neurosis deben comprenderse como funciones exageradas, esto es, transferidas y en consecuencia fortalecidas[3]. La energía utilizada con estos objetivos se ha sustraído de otra parte, y es cometido del psicoanálisis hallar el lugar del que ha sido sustraída o donde nunca hubo.

255 Un planteamiento inverso nos viene impuesto por aquellos complejos de síntomas caracterizados preferentemente por la carencia, por ejemplo los estados apáticos; aquí hay que preguntarse adónde se ha ido la energía. Es cierto que el paciente da la impresión de no poseer libido, y hay muchos médicos que lo creen a pie juntillas. Pero estos médicos piensan aquí de un modo primitivo, como cuando en la Antigüedad bárbara se creía que en un eclipse de sol éste era muerto y devorado, cuando sólo está oculto. Esto es lo que ocurre con esos pacientes: su libido existe, pero no es visible ni accesible a los propios pacientes. Aquí tenemos carencia de libido en la superficie. Es tarea del psicoanálisis encontrar el lugar oculto donde está la libido inaccesible al propio paciente. Este lugar oculto es lo «no consciente», también denominado «lo inconsciente», sin ninguna connotación misteriosa.

Sistemas de fantasías inconscientes

256 La experiencia psicoanalítica nos enseña que hay sistemas psicológicos no conscientes que, análogamente a la fantasía consciente, pueden denominarse sistemas de fantasías inconscientes, tal es el objeto de la libido en tales estados de apatía neurótica. Resulta claro que cuando hablamos de sistemas de fantasías inconscientes lo hacemos únicamente de forma metafórica. Con ello sólo queremos decir que es un postulado necesario suponer entidades psíquicas fuera de la consciencia. Ya que la experiencia nos enseña diariamente que ha de haber procesos psíquicos no conscientes que influyen de forma perceptible en la economía de la libido. Los casos, bien conocidos por cualquier psiquiatra, de irrupción relativamente súbita de un complicado sistema delirante, indican claramente que han de existir desarrollos y preparativos psíquicos inconscientes, pues no es posible creer que tales cosas hayan surgido tan súbitamente como entran en la consciencia.

257 Creo que puedo permitirme esa digresión relativa a la representación de lo inconsciente y sugerirles que en los casos de desplazamiento de la investidura libidinal no debemos atender sólo a la

3. Encontramos en P. Janet una concepción similar.

consciencia, sino asimismo a otra instancia, precisamente lo inconsciente, donde puede desaparecer a veces la libido. Tras esto volvamos a ocuparnos de las demás consecuencias que supone adoptar la teoría de la libido.

La conservación de la libido

258 Freud nos enseña, y lo vemos diariamente en la práctica psicoanalítica, que en la temprana infancia existen, en lugar de la sexualidad que luego será normal, todo tipo de esbozos de inclinaciones que más tarde denominamos «perversiones». Debemos reconocer asimismo a Freud el derecho a emplear una terminología sexual con esos esbozos. Con la introducción del concepto de libido experimentamos que en la persona adulta los componentes elementales que parecen ser origen y fuente de la sexualidad normal pierden su significación y son forzados a descender hasta convertirse en meras posibilidades de aplicación, mientras su principio actuante, por así decir su fuerza vital, es la libido. Sin libido los componentes no significan casi nada. Observamos que Freud ha dado una definición inequívocamente sexual de la libido, más o menos con el significado de «necesidad sexual». Desde el punto de vista habitual se supone que en este sentido habría libido sólo a partir de la pubertad. ¿Cómo explicar entonces el hecho de que el niño posea una sexualidad perverso-polimorfa y que consecuentemente en el niño la libido active no ya una, sino incluso múltiples perversiones? Si la libido en el sentido freudiano surge sólo en la pubertad es imposible que anteriormente haya suscitado perversiones infantiles. Habría que suponer entonces que las perversiones infantiles son «facultades del alma» en el sentido de la teoría de los componentes. Dejando aparte la confusión teórica que se produciría irremediablemente, incurriríamos en una multiplicación de los principios explicativos metodológicamente innecesaria de acuerdo con el principio de que *principa praeter necessitatem non sunt multiplicanda* [no deben multiplicarse los principios más de lo necesario].

259 No queda más remedio, por lo tanto, que admitir que la libido sería aproximadamente la misma antes y después de la pubertad. De ahí que también las perversiones infantiles surjan exactamente igual que en los adultos. A esto se opondrá el sano sentido común, pues obviamente es imposible que la necesidad sexual sea la misma en el niño que en la persona sexualmente madura. Aunque aquí se podría llegar a un cierto compromiso y decir con Freud que la libido sería idéntica antes y después de la pubertad pero con una intensidad esencialmente distinta. En lugar de la gran necesidad sexual posterior a la pubertad habría que suponer para la infancia una necesidad sexual reducida cuya intensidad disminuiría gradualmente hacia el primer año de vida hasta quedar sólo vestigios. Con esto podría uno declararse biológicamente de acuerdo. Pero con ello habría que suponer también que todo lo comprendido en el ámbito del concepto lato de sexualidad explicado más arriba ya existiría de forma ampliada, por ejemplo todas las manifestaciones afectivas de la psicosexualidad, como la necesidad de ternura o los celos, y muchos otros fenómenos afectivos, y no en último lugar las neurosis infantiles. Aunque es preciso confesar que tales manifestaciones afectivas en el niño no producen en absoluto la impresión de ser tan reducidas como se ha supuesto, sino que su intensidad nada tiene que envidiar a la del afecto de un adulto. Tampoco hay que olvidar que la experiencia ha establecido que los usos perversos de la sexualidad en el niño son más llamativos y que incluso aparecen desarrollados con mayor variedad que en el adulto. En un adulto con un estado similar de desarrollo de la perversión sería justo esperar un amortiguamiento de la sexualidad normal y de muchas otras formas adaptativas biológicas importantes, normalmente presentes en el niño. Así como se puede decir con razón de un adulto que es perverso porque su libido no se emplea en funciones normales, con idéntico derecho puede aplicarse a un niño el mismo razonamiento, es decir, que es perverso-polimorfo porque todavía no conoce la función sexual normal.

260 Estas indicaciones podrían dar lugar a que pensásemos que la cantidad de libido sería siempre la misma y que no experimentaría, sobre todo con la maduración sexual, un poderoso crecimiento. Esta suposición algo aventurada se apoya manifiestamente en el modelo de la ley de conservación de la energía, según la cual la cantidad de energía permanece constante. No sería impensable que el pleno nivel de madurez se alcance solamente al desembocar gradualmente las aplicaciones colaterales infantiles de la libido en el canal de la sexualidad definitiva para extinguirse allí. De momento debemos contentarnos con estas alusiones y dirigir nuestra atención ante todo a un punto de la crítica que atañe a la cualidad de la libido infantil.

261 Muchos de nuestros críticos no pasan de afirmar que la libido infantil sería sencillamente de intensidad más reducida, pero esencialmente de la misma sustancia que la libido adulta. Los impulsos libidinales adultos van acompañados por los correlatos de la función genital, los del niño no, o, como mucho, sólo someramente y como excepción, con lo que sin duda se produciría una diferencia cuya importancia no debe subestimarse. Yo diría que esta objeción tiene



su razón de ser. Hay, según ella, una considerable diferencia, como la existente entre el juego y la seriedad o entre disparar a ciegas o apuntando. Según esto, sería propio de la libido infantil el innegable carácter de inocencia que exige el sano sentido común. Ahora bien, nadie negará que disparar a ciegas siga siendo efectuar disparos. Por lo tanto, habrá que irse acostumbrando a pensar que la sexualidad existe perceptiblemente ya antes de la pubertad, según vamos retrocediendo hasta la más temprana infancia, y que no tenemos ningún motivo para no llamar sexuales a las manifestaciones de esa sexualidad inmadura.

262 También es cierto que esto no invalida la objeción que, aun reconociendo la existencia de una sexualidad infantil en la medida sugerida, sin embargo niega a Freud el derecho a denominar sexuales manifestaciones de la primera infancia como chupar. Ya hemos expuesto anteriormente los motivos que pudieron llevar a Freud a extender hasta este punto la terminología sexual. Y asimismo hemos hablado de que precisamente el ejemplo de chupar puede comprenderse igualmente desde el punto de vista de la función nutricia, y que, por motivos biológicos, en realidad esta deducción es aún más plausible. Se podría quizá objetar que esta y similares activaciones de la zona bucal vuelven más tarde, en la vida adulta, con una aplicación inequívocamente sexual. Pero esto sólo significa que estas actividades pueden ponerse más tarde al servicio del impulso sexual; sin embargo, no demuestra nada de su naturaleza sexual original. Debo, pues, confesar que no tengo ningún motivo para considerar desde el punto de vista sexual las actividades de la lactancia que originan placer y satisfacción, sino más bien motivos en contra. Hasta donde puedo juzgar los difíciles problemas de este campo, me parece que respecto a la sexualidad resulta necesario dividir la vida humana en *tres fases*.

Las tres fases de la vida

263 La *primera fase* comprende los primeros años de vida; he denominado esta época *fase presexual*[4]. Corresponde al estadio de oruga de la mariposa y se caracteriza por la función casi exclusivamente constructiva y nutricia.

264 La *segunda fase* comprende los años tardíos de la infancia, hasta la pubertad, y puede denominarse *época de prepubertad*. En ella germina la sexualidad.

4. Cf. *Transformaciones y símbolos de la libido*. [OC 5 (§ 206).]

265 La *tercera fase* es la edad adulta, desde la pubertad en adelante, y puede denominarse *madurez*.

266 No habrá escapado a su atención que la mayor dificultad radica en la cuestión del límite temporal que hay que poner a la fase presexual. Estoy dispuesto a confesarles mi gran inseguridad al respecto. Cuando echo una ojeada a mis experiencias psicoanalíticas con niños, lamentablemente muy insuficientes todavía, y teniendo en cuenta las experiencias transmitidas por Freud, me da la impresión de que el límite se hallaría entre el tercer y el quinto año de vida, por supuesto sometido a las mayores variaciones individuales. Esta edad es significativa en muchos aspectos. El niño ya se ha emancipado de la dependencia de la vida de lactante y una serie de importantes funciones psicológicas han alcanzado acreditada seguridad. A partir de ese momento comienzan a aclararse también la profunda oscuridad de la amnesia de la primera infancia y la continuidad esporádica del recuerdo. Es como si en esta edad se diera un paso decisivo hacia la separación y el centramiento de la nueva personalidad. Por todo lo que sabemos, de esta época datan también los primeros indicios de intereses y actuaciones que, a fuer de justos, debemos denominar sexuales, por más que estas insinuaciones todavía tengan plenamente el carácter ingenuo de la infancia, inocente y cándida.

La terminología sexual

267 Creo haber expuesto con suficiente detalle las razones que nos obligan a *no* extender a la fase presexual la terminología sexual, de manera que sobre esta base adquirida podamos dedicarnos a otros problemas. Recuerdan ustedes que hace poco hemos abandonado el problema de la disminución de la libido en la edad infantil, pues no logramos aclararnos por esa vía. Ello nos obliga a retomar aquí la cuestión, al menos para ver si la concepción energética es compatible con las formulaciones que acabamos de exponer.

268 Ya vimos que Freud explica el distinto aspecto de la sexualidad infantil, en comparación con la madura, mediante el diminutivo «infantil». La intensidad de la libido estaría reducida de acuerdo con su edad infantil. No obstante, hemos citado antes algunas razones por las que nos parece dudoso que los procesos vitales del niño, independientemente de la sexualidad, sean de intensidad más reducida que en el adulto. Podría decirse que, prescindiendo de la sexualidad, los fenómenos afectivos, y en el caso de manifestaciones nerviosas también éstas, no ceden en intensidad ante los de los adultos. Tales cosas son, después de todo, formas de manifestación de la

libido acordes con la concepción energética. Por ello nos resulta difícil creer que la intensidad de la libido sea lo que marca la diferencia entre la sexualidad madura y la inmadura. Es más bien —si se me permite la expresión— otra localización de la libido lo que parece condicionar la diferencia. La libido, en oposición a su definición médica, cumple en el niño mucho menos una función local-sexual que otras paralelas de naturaleza intelectual y física. Uno estaría aquí tentado de borrar del término «libido» el predicado «sexual» y con ello cancelar la definición sexual de la libido expuesta en los *Tres ensayos para la teoría sexual* de Freud. Aunque la necesidad de tal cosa sólo es urgente cuando nos preguntamos si el niño anhela y disfruta en virtud de su *libido sexualis* durante los primeros años de vida, por lo tanto en la *fase presexual*, con sus intensos sufrimientos y alegrías.

269 Freud se ha manifestado en favor de este supuesto. No hará falta seguramente que repita aquí las razones que me han forzado a suponer una fase presexual. El estadio de oruga conoce una libido nutricia, pero todavía no una libido sexual; debemos expresarnos así si deseamos conservar la concepción energética que nos proporciona el concepto de libido. Creo que no nos queda más remedio que abandonar la definición sexual de libido, pues si no lo valioso del concepto de libido, es decir la concepción energética, resulta inaplicable. A la escuela psicoanalítica se le ha impuesto hace ya algún tiempo la necesidad de insuflar aire en el concepto de libido y sacarlo de las constricciones de la versión sexual. De aquí que no se ahorraran esfuerzos en insistir en que la sexualidad no debía tomarse literalmente, sino en un sentido amplio; el cómo es lo que quedaba oscuro, sin lograr satisfacer por lo tanto a una crítica seria.

270 No creo extraviarme si veo el auténtico valor del concepto de libido no en su definición sexual, sino en su *concepción energética*, gracias a la cual estamos en condiciones de hacernos planteamientos extremadamente valiosos desde el punto de vista heurístico. A esa concepción energética debemos también la posibilidad de establecer imágenes y signos de relaciones dinámicas que, en el caos del mundo psíquico, nos son de un valor inapreciable. La escuela freudiana haría mal pasando por alto aquellas voces críticas que reprochan misticismo e incomprensibilidad a nuestro concepto de libido. Uno se expone al error cuando cree que puede hacer de la *libido sexualis* el vehículo para una concepción dinámica de la vida anímica, y si todavía muchos de nosotros mantienen un concepto de libido concreto y, por así decir, bien definido, no se dan cuenta de que se ha llegado a un nivel de aplicación que excede ampliamente los límites de su definición sexual. En consecuencia, la crítica tiene razón con

su reproche, creyendo que el concepto de libido hasta ahora en circulación es capaz de arrojar unos resultados que no se le pueden atribuir. Esto, de hecho, da la impresión de estar operando con una magnitud mística.

El problema de la libido en la dementia praecox

271 En mi trabajo *Transformaciones y símbolos de la libido* he intentado aportar la prueba de estas transgresiones y, a la vez, razonar acerca de la necesidad de establecer una nueva concepción estrictamente dinámica de la libido. Freud mismo se vio empujado a considerar demasiado estrecha su concepción original de la libido cuando intentó poner en práctica consecuentemente su punto de vista energético en un caso célebre de *dementia praecox*[5], el llamado caso Schreber*. Aquel caso trata, entre otras cosas, de la *pérdida de realidad*, conocido problema de la psicología de la *dementia praecox* consistente en el singular fenómeno de que estos enfermos se inclinan especialmente a construir su propio mundo interno de fantasía, abandonando su adaptación a la realidad.

272 Un elemento de este fenómeno es la carencia de relación afectiva, que ustedes seguramente conocen y que representa un significativo trastorno de la función de realidad. Gracias al abundante trabajo psicoanalítico con estos enfermos hemos comprobado que en correspondencia con la falta de adaptación exterior crece progresivamente la actividad de la fantasía, hasta el punto de que para el enfermo el mundo de sus sueños tiene más valor de realidad que la realidad exterior. El enfermo Schreber, sobre el que escribe Freud, encontró una apropiada representación figurada en su idea delirante del «fin del mundo». Representa así de una forma perfectamente concreta la pérdida de realidad. La concepción dinámica de estos fenómenos es transparente: decimos que la libido se retira cada vez más del mundo exterior abocando en el mundo interior, en la fantasía, donde, como sustitución del mundo perdido, debe producir necesariamente lo que se llama una realidad equivalente. Esta sustitución se realiza por así decir elemento a elemento, y resulta sumamente interesante ver con qué materiales espirituales se construye ese mundo interno.

273 Este modo de considerar el desplazamiento de la libido se ha desarrollado según el uso cotidiano de este término, recordando

5. El término *dementia praecox* ha sido sustituido desde entonces por el de esquizofrenia.

* «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente».

sólo ocasionalmente su concepción original, puramente sexual. En realidad, sólo se habla de *libido*, lo que en la práctica se ha entendido tan inocuamente que una vez Claparède, en una conversación, me hizo observar que en propiedad podría decirse igualmente *intèrêt* [interés]. Con el empleo habitual de la expresión se ha configurado una aplicación desde lo afectivo que acepta sin más la fórmula según la cual el «fin del mundo» de Schreber estaría condicionado por una retirada de la libido. Pero en esta ocasión Freud recordó su definición sexual original del concepto de libido e intentó enfrentarse a tal modificación, en realidad producida subrepticiamente. En el trabajo citado algo más arriba se plantea si *aquello que la escuela psicoanalítica denomina libido y entiende como «interés procedente de fuentes eróticas» no coincidiría en suma con el interés en general.* Observarán ustedes que por la forma de plantear la pregunta Freud se cuestiona algo que la observación de Claparède ya ha contestado en la práctica.

274 Freud, por lo tanto, aborda aquí la cuestión de si la pérdida de realidad de la *dementia praecox*, sobre la que he llamado la atención en mi *Psicología de la* dementia praecox[6], debiera retrotraerse sólo a la retirada del interés erótico o si éste coincidiría en general con el llamado interés objetivo. Desde luego difícilmente cabe aceptar que la *fonction du réel* (Janet) normal se mantenga sólo por interés erótico. Los hechos indican que en muchos casos la realidad queda totalmente suprimida, de modo que los enfermos no permiten reconocer ni rastro de adaptación psicológica (la realidad es sustituida en estos estados por contenidos de complejos). Necesariamente habrá que decir que se produce la pérdida no sólo del interés erótico, sino del interés en general, esto es, de toda adaptación a la realidad.

275 Anteriormente, en mi *Psicología de la* dementia praecox, recurrí a la expresión «energía psíquica» al no ser capaz de basar la teoría de la *dementia praecox* en los desplazamientos de la libido definida sexualmente. Mi experiencia, entonces preferentemente psiquiátrica, no me permitía comprender esa teoría, cuya parcial corrección para las neurosis sólo más tarde fui capaz de reconocer gracias a una experiencia más amplia en el campo de la histeria y de la neurosis obsesiva. En el campo de las neurosis los desplazamientos anómalos de una libido definida sexualmente desempeñan, en efecto, un papel importante. Aunque también en el campo de las neurosis tienen lugar represiones muy características de la libido sexual, sin embargo no se produce nunca aquella pérdida de realidad típica de la *dementia praecox*. En ésta hay una carencia de tal

6. *Sobre la psicología de la* dementia praecox: *un ensayo*. [OC 3,1.]

magnitud de la función de realidad que la pérdida también ha de afectar a fuerzas impulsivas cuyo carácter sexual debe negarse completamente, porque a nadie se le ocurrirá que la realidad sea una función sexual. Si lo fuera, además, la retracción del interés erótico debería tener como consecuencia tal pérdida de realidad ya en las neurosis que podría compararse con la de la *dementia praecox*, lo que no es el caso, como ya se ha indicado.

276 De todos modos, también hay que tener en cuenta —y Freud, además, se refiere a ello en su trabajo sobre el caso Schreber— que la introversión de la *libido sexualis* lleva a una investidura del yo mediante la cual posiblemente se produce aquel efecto de pérdida de realidad. De hecho, es una posibilidad tentadora explicar de este modo la psicología de tal pérdida. Pero si examinamos más exactamente lo que puede surgir de la retracción y la introversión de la *libido sexualis*, percibiremos que de ahí procede, en efecto, la psicología de un anacoreta ascético, pero no una *dementia praecox*. El empeño del anacoreta está dirigido a extirpar cualquier vestigio de interés sexual —en la *dementia praecox* esto ni siquiera puede decirse[7].

277 Estos hechos me hacen imposible aplicar la teoría freudiana de la libido a la *dementia praecox*. Por ello también opino que el ensayo de Abraham[8] apenas se sostiene teóricamente desde el punto de vista de la teoría freudiana de la libido. Suponer con Abraham que el sistema paranoide o la sintomatología esquizofrénica surge como efecto de la retirada de «libido» del mundo exterior no está justificado desde la perspectiva de los conocimientos de la época, pues las meras introversión y regresión de la libido conducen, como mostró claramente Freud, irremisiblemente a la neurosis pero no a la *dementia praecox*. Me parece imposible la aplicación directa de la teoría de la libido a la *dementia praecox* porque esta enfermedad acusa una pérdida que no puede explicarse únicamente por la falta de interés erótico.

7. Aunque también habría que objetar que la *dementia praecox* (esquizofrenia) no sólo se caracteriza por introversión de la *libido sexualis*, sino también por la regresión a lo infantil, y que esto constituiría la diferencia entre el anacoreta y el enfermo mental. Algo, por cierto, correcto, aunque habría que aportar la prueba de que en la *dementia praecox*, de manera regular y exclusiva, el interés erótico sucumbe a la regresión. Tal prueba me parece un poco difícil, a no ser que por ese «eros» se entendiera el de los filósofos antiguos, lo que desde luego no parece ocurrir. Conozco casos de *dementia praecox* en los que desaparece todo cuidado por la autoconservación, pero no los muy vivos intereses eróticos.

8. *Die psychosexuellen Differenzen der Hysterie und der* Dementia praecox. [«Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la *dementia praecox*».]

La concepción genética de la libido

278 La posición reservada frente a la ubicuidad de la sexualidad que, con pleno reconocimiento de los mecanismos psicológicos, adopté en el prólogo a mi *Psicología de la* dementia praecox, estaba dictada por la situación que entonces atravesaba la teoría de la libido, cuya definición sexual no me permitía explicar perturbaciones funcionales que afectan al (indeterminado) ámbito del impulso nutricio de la misma manera que al sexual mediante una teoría sexual de la libido. La teoría de la libido me pareció durante mucho tiempo inaplicable a la *dementia praecox*. En mi trabajo analítico, sin embargo, observé con mayor experiencia una lenta modificación de mi concepto de libido: el lugar de la definición descriptiva de los *Tres ensayos* era paulatinamente ocupado por una definición genética de la libido que me permitió sustituir la expresión energía psíquica por el término libido. Tuve que decirme que si la función de realidad hoy consiste en una fracción absolutamente mínima de libido sexual y en una proporción máxima en otras «fuerzas pulsionales», es una cuestión muy importante que la función de realidad, por lo menos en gran parte, no sea filogenéticamente de origen sexual. No es posible contestar directamente a esta cuestión refiriéndose a la función de realidad. Pero vamos a intentar comprenderla mediante un rodeo.

279 Basta una fugaz ojeada a la historia de la evolución para informarnos de que múltiples y complicadas funciones, a las que hoy, con plena justicia, no se reconoce el carácter sexual original, son no obstante escisiones del impulso de propagación. Como se sabe, en la escala zoológica ascendente se ha operado un importante desplazamiento en los principios de la propagación; la masa de los productos de reproducción, con el azar de la fecundación ligada a ellos, se limitó cada vez más en el sentido de una fecundación segura y de una protección eficaz de las crías. De ese modo se consumó una conversión de la energía de producción de óvulos y semen en la creación de mecanismos de atracción y de protección de las crías. Así, observamos los primeros impulsos artificiales de la escala zoológica al servicio del impulso de propagación limitados a la época de celo. El carácter sexual original de estas instituciones biológicas se pierde con su fijación orgánica y su independencia funcional. Si bien no puede haber duda sobre el origen sexual de la música, resultaría una generalización sin valor y de mal gusto considerar la música bajo la categoría de la sexualidad. Una terminología de ese tipo llevaría a tratar de la catedral de Colonia en el capítulo de la mineralogía por estar constituida de piedras.

280 Hasta ahora hemos hablado de la libido como impulso de pro-

pagación o instinto de conservación de la especie, y con ello nos hemos mantenido dentro de los límites de la opinión que, de modo similar, contrapone la libido al hambre, así como el instinto de conservación de la especie se contrapone generalmente al de autoconservación. En la naturaleza, por supuesto, no hay tal separación artificial. Aquí vemos sólo un impulso continuado de la vida, una voluntad de existencia que busca la propagación de toda la especie mediante la conservación del individuo. Hasta aquí esta noción recubre el concepto de voluntad de Schopenhauer, pues un movimiento visto desde fuera sólo puede captarse internamente como deseo. Una vez que hemos alcanzado el audaz supuesto de que la libido, que en su origen servía a la producción de óvulos y de esperma, ahora se presenta asimismo sólidamente organizada, por ejemplo en la construcción del nido, e incapaz de otro empleo, estamos obligados también a incluir en tal concepto cualquier deseo en general, por lo tanto también el hambre. Pues ya no tenemos ninguna legitimidad para distinguir en principio entre el deseo del instinto de construir nidos y el deseo de comer.

281 Creo que ya ven ustedes adónde llegamos con esta reflexión: estamos a punto de poner en práctica consecuentemente el punto de vista energético, situando el modo de obrar energético en lugar del funcionamiento puramente formal. Al igual que en las antiguas ciencias de la naturaleza siempre se hablaba de interacciones en la naturaleza hasta sustituir esta forma anticuada de considerar los procesos por la ley de conservación de la energía, aquí, en el ámbito de la psicología, intentamos sustituir la interacción de fuerzas anímicas coordinadas entre sí por una energía concebida homogéneamente. Con ello damos vía libre a la justificada crítica que reprocha a la escuela psicoanalítica operar con un concepto místico de libido.

282 Así pues, estoy destruyendo la ilusión de que toda la escuela psicoanalítica tuviera un concepto de libido bien asimilado y gráfico, y afirmo *que la libido con que operamos no sólo no es concreta o conocida, sino que es realmente una X, una pura hipótesis, una imagen o una moneda tan inasible concretamente como la energía del mundo de las representaciones físicas*. Sólo de esta forma evitamos esas violentas transgresiones en las áreas de competencia que se presentan siempre que queremos reducir entre sí las fuerzas coordinadas. Nunca podremos explicar la mecánica de los cuerpos sólidos o de los fenómenos electromagnéticos mediante una teoría de la luz, porque la mecánica y el electromagnetismo no son luz. Tampoco, en sentido estricto, las fuerzas físicas se transforman unas en otras, sino que es la energía la que modifica su forma de presentarse. Las fuerzas son fenoménicas; en el fondo de sus relaciones de equiva-

lencia está el hipotético concepto de energía, por supuesto plenamente psicológico y que nada tiene que ver con la llamada realidad objetiva. Ese mismo trabajo de reflexión llevado a cabo por la física es el que pretendemos hacer nosotros también con la teoría de la libido. Queremos asignar al concepto de libido realmente la posición que le corresponde, es decir, la energética sin más, para, de este modo, ser capaces de comprender energéticamente el acontecer vivo y sustituir así la vieja «interacción» por relaciones absolutas de equivalencia. Y no puede molestarnos que se nos acuse de vitalismo. Estamos tan alejados de la fe en una fuerza vital específica como de cualquier otra metafísica. Libido ha de ser el nombre de la energía que se manifiesta en el proceso vital, subjetivamente percibida como afán y deseo. No será necesario defender esta concepción. Con ello no hacemos sino incorporamos a una potente corriente de nuestro tiempo que intenta comprender energéticamente el mundo de los fenómenos. Baste la indicación de que todo cuanto percibimos puede ser entendido como solo efecto de fuerzas.

283 En la multiplicidad de los fenómenos naturales vemos el deseo, la libido, en las aplicaciones y formaciones más diversas. En el estadio de la infancia observamos primero la libido totalmente bajo la forma del impulso nutricio, procurando la estructuración del cuerpo. Con el desarrollo del cuerpo se van abriendo sucesivamente nuevos ámbitos de aplicación de la libido. Uno de carácter definitivo y de gran trascendencia es la sexualidad, que al principio aparece ligada a la función nutricia. (¡Influencia en la reproducción de las condiciones de nutrición en animales inferiores y plantas!) En el ámbito de la sexualidad adquiere la libido aquella configuración cuya poderosa importancia nos autoriza sin más al empleo del ambiguo término libido. Aquí la libido se presenta primero bajo la forma de una indiferenciada libido originaria que, en tanto que energía de crecimiento, induce a los individuos a la división sexual, germinación, etcétera.

284 A partir de esa libido sexual originaria que produjo los millones de óvulos y de células seminales se han desarrollado, desde una pequeña criatura y mediante una violenta limitación de la fertilidad, escisiones cuya función es mantenida mediante una libido especialmente diferenciada. Tal libido diferenciada está desde ahora «desexualizada» al verse desprovista de su función original de producción de óvulos y semen y al no darse además ya la posibilidad de retrotraerla a su función original. Así, el proceso de desarrollo consiste en un desgaste creciente de la libido originaria, que sólo generaba productos de reproducción, hacia las funciones secundarias de atracción y protección de las crías. Este desarrollo presupone ya una

relación con la realidad totalmente distinta, y mucho más complicada, una función de realidad propia inseparablemente asociada a las necesidades de la propagación; en otras palabras, la modificación del modo de propagación trae también consigo como correlato una adaptación superior a la realidad. Con ello, naturalmente, no se quiere decir que la función de realidad deba su existencia exclusivamente a la diferenciación de la propagación. Soy consciente de la gran proporción, en magnitud indeterminada, de la función nutricia.

285 De este modo aclaramos determinadas condiciones originarias de la función de realidad. Sería radicalmente falso decir que su fuerza impulsora es sexual; *fue* sexual en una medida importante, pero no exclusiva.

286 El proceso de completo desgaste de la libido originaria en cometidos secundarios se produjo probablemente siempre en forma del llamado «suplemento libidinal», es decir, la sexualidad fue desprovista de su finalidad original y empleada parcialmente en el cometido, filogenéticamente en aumento, de los mecanismos de atracción y protección de las crías. Sigue teniendo lugar la transferencia de libido sexual desde el ámbito sexual a funciones colaterales. El malthusianismo, por ejemplo, es la continuación artificial de la tendencia natural. Donde se logra esta operación sin menoscabo de la adaptación del individuo se habla de sublimación, y de represión donde el intento fracasa.

287 El punto de vista descriptivo del psicoanálisis considera la pluralidad de impulsos y, entre ellos, como fenómeno parcial, el sexual; además reconoce ciertos suplementos libidinales en impulsos no sexuales.

288 Las cosas son distintas desde el punto de vista genético: éste ve el surgimiento de la pluralidad de impulsos a partir de una relativa unidad, la libido; ve cómo se escinden sin parar cantidades parciales de libido desde la función de propagación, uniéndose a cometidos recién constituidos como suplementos libidinales finalmente absorbidos.

289 Desde esta perspectiva podemos decir ahora sin dificultad que el enfermo mental retraería su libido del mundo exterior y, en consecuencia, experimentaría una pérdida de realidad cuyo equivalente es el aumento de la actividad de la fantasía.

Perversiones infantiles

290 Vamos a intentar ahora introducir este nuevo concepto en la doctrina, tan importante para la teoría de la neurosis, de la sexualidad

infantil. Al principio, encontramos en el niño la libido, como energía de la actividad vital general, activa en la zona de la función nutricia. En el acto de mamar se recibe la alimentación con movimientos rítmicos bajo el signo de la satisfacción. Con el crecimiento del individuo y el perfeccionamiento de sus órganos la libido crea nuevas vías de necesidad, actuación y satisfacción. En lo sucesivo se trata de transferir el modelo primario de la actividad rítmica productora de placer y satisfacción a la zona de otras funciones con la meta última y definitiva de la sexualidad. Una parte considerable de la «libido de hambre» ha de transformarse en «libido sexual». La transición no ocurre repentinamente, pongamos en la pubertad, sino de manera muy gradual a lo largo de gran parte de la infancia. La libido puede liberarse de la especificidad de la función nutricia sólo dificultosa y muy lentamente hasta llegar a la especificidad de la función sexual.

291 A mi juicio, deben distinguirse dos épocas en este estadio de transición: la del chupar y la de la actuación rítmica desplazada. El chupar, por su propia naturaleza, forma parte todavía plenamente del capítulo de la función nutricia, aunque lo excede en el sentido de que ya no es tal función, sino actuación rítmica en pos del placer y la satisfacción sin toma de alimentos. Como órgano auxiliar interviene aquí la mano. En la época de la actuación rítmica desplazada la mano destaca todavía más claramente como órgano auxiliar y la obtención de placer abandona la zona de la boca dirigiéndose a otros campos. Normalmente serán primero otros orificios corporales los que se convertirán en objeto de interés libidinal, luego la piel y zonas especiales de la misma. La actividad ejercida en estos lugares, manifestada como frotar, hurgar, pellizcar, etc., se produce con un determinado ritmo y sirve a la obtención de placer. Tras permanecer más o menos tiempo en estas estaciones la libido continúa su camino hasta llegar a la zona sexual; allí puede darse la ocasión para los primeros ensayos onanistas. En su camino la libido lleva no poco de la función nutricia a la zona sexual, de aquí que puedan explicarse sin dificultad los múltiples e íntimos vínculos entre las funciones nutricia y sexual. Este caminar de la «libido» tiene lugar en la época de la fase presexual, caracterizada precisamente por el abandono gradual del carácter de exclusivo impulso nutricio de la libido y, parcialmente, por su paulatina adopción del carácter de impulso sexual[9]. En el nivel de la nutrición, por lo tanto, no puede hablarse propiamente de una libido sexual.

9. Ruego al lector que no malinterprete la forma de expresión figurada que empleo aquí. Naturalmente, no es la libido como energía la que se libera —sólo lentamente— de

292 En consecuencia, estamos también obligados a calificar de otra forma la llamada *sexualidad perverso-polimorfa* de la fase infantil temprana. El polimorfismo de las tendencias libidinales de esa etapa se explica como el recorrido gradual, por estaciones, de la libido desde el área de la función nutricia a la de la función sexual. Con ello desaparece el término «perverso», seriamente cuestionado por la crítica por dar lugar a falsas impresiones.

293 Cuando un cuerpo químico se descompone en sus elementos, éstos son sus productos de desintegración en tales condiciones. Pero no por eso puede denominarse en general a los elementos productos de descomposición. Las perversiones son productos del trastorno de la sexualidad desarrollada, nunca fases previas de la sexualidad, aunque puede constatarse una indudable similitud sustancial entre fase previa y producto de descomposición. En la medida en que progresa el desarrollo de la sexualidad, las fases previas infantiles, que no concebimos ya por lo tanto como perversas sino como fases provisionales, se asimilan a la sexualidad normal. Cuanto más fácil y libre de perturbaciones resulte la retirada de la libido de sus posiciones provisionales tanto más rápida y completamente se consumará la formación de la sexualidad normal. Parte del concepto de sexualidad normal es que todas las inclinaciones de la primera infancia, todavía no sexuales, sean en lo posible abandonadas con ella. Cuanto menos ocurra esto, más *perversa* amenaza *volverse* la sexualidad. Con total justificación podemos usar aquí el término perversión. Es decir, la condición básica de la perversión es un estado de la sexualidad infantil deficientemente desarrollado. El término perverso-polimorfo se ha tomado de la neuropsicología y se ha proyectado retrospectivamente en la psicología del niño, donde por lógica resulta totalmente inapropiado.

4. NEUROSIS Y FACTORES ETIOLÓGICOS EN LA INFANCIA

294 Sentado lo que debe entenderse por sexualidad infantil, podemos volver a la teoría de la neurosis, que antes empezamos y abandonamos. Seguimos la teoría de la neurosis hasta que dimos con la constatación de Freud de que la predisposición que haría patógena la vivencia traumática sería sexual. Sobre la base de las consideraciones previas podemos hacernos una idea de qué es lo que debe entenderse por predisposición sexual; es un retraso, una inhibición

la función nutricia, sino como función ligada a las lentas transformaciones del crecimiento orgánico.

en aquel proceso de retirada de la libido de las actuaciones de la etapa presexual. En primer lugar, ha de interpretarse dicho trastorno como una permanencia demasiado larga en ciertas estaciones del curso de la libido desde la función nutricia a la sexual. Se produce un estado de disarmonía cuando se prolongan perseverantemente actuaciones provisionales y ya anticuadas hasta un estadio temporal en que debieran haberse abandonado. Esta fórmula vale para todos aquellos rasgos infantiles tan abundantes en los neuróticos, como ningún observador atento dejará de advertir. En el campo de la *dementia praecox* el infantilismo es tan llamativo que incluso ha contribuido a dar un nombre característico a un complejo sintomático. Me refiero a la *hebefrenia*.

295 Con la mera permanencia en una fase provisional no se da por finalizado todavía este asunto. Pues mientras una parte de la libido permanece en una fase anterior el tiempo avanza inexorablemente, y con él el restante desarrollo del individuo; la maduración corporal trae consigo el aumento de la distancia y la discordancia entre la actividad infantil perseverante y los requerimientos de la edad, que modifica progresivamente las condiciones de vida. Se ponen así las bases para la *disociación de la personalidad* y, con ella, del *conflicto*, auténtico fundamento de la neurosis. Cuanto mayor sea la libido empleada en su aplicación anterior, tanto más intenso será el conflicto. La vivencia patógena y traumática es aquella que antes pone de manifiesto ese conflicto.

296 Como expuso Freud en sus primeros trabajos, sería fácil imaginar de este modo el surgimiento de una neurosis. Tal concepción no casaba mal con las ideas de Janet, quien suponía en la neurosis un cierto déficit. Desde esta perspectiva podría considerarse la neurosis como el producto de un retraso en la evolución de la afectividad; y puedo imaginarme que a quien se incline a derivar las neurosis más o menos directamente de las taras hereditarias o de la degeneración congénita tal parecer le resultaría obvio. Lástima que la realidad sea más complicada. Para facilitarles un somero examen de esas complicaciones me voy a permitir exponerles un ejemplo de histeria habitual con el que espero conseguir una presentación de esa complicación característica que es de importancia teórica extrema.

297 Recordarán ustedes que anteriormente mencioné el caso de una joven histérica que, extrañamente, no reaccionó a una situación que, de acuerdo con todas las expectativas, hubiera tenido que producir una impresión mayor, y que sin embargo acusó una poderosa reacción patológica a una situación totalmente cotidiana donde nadie lo hubiera esperado. Aprovechamos como pretexto aquel caso para manifestar nuestras dudas sobre la significación etiológica del trauma y para examinar con mayor detalle la llamada predisposición, base para que el trauma alcance su efectividad. La reflexión consecutiva llevó al resultado, expuesto hace un momento, de que no es en absoluto improbable el surgimiento de una neurosis sobre el terreno de un desarrollo afectivo retrasado.



298 Ahora me preguntarán ustedes en qué consistió el retraso de la afectividad en aquella histeria. La enferma vivía en un mundo de fantasías que sólo podía calificarse de infantil. Me dispensarán ustedes que describa esas fantasías, teniendo como tienen seguramente en tanto neurólogos o psiquiatras diaria ocasión de escuchar los prejuicios e ilusiones infantiles, las demandas afectivas a que se entregan los neuróticos. En tales fantasías se revela un sentido contrario a la dura realidad de las cosas; hay ahí algo poco serio, algo caprichoso, que tan pronto encubre jocosamente dificultades reales como exagera pequeñeces hasta hacer de ellas grandes dificultades, inventando continuamente fantasmas para escapar de las exigencias de la realidad. En ello reconocemos simplemente aquella relación psíquica desmedida que el *niño* mantiene con la realidad, su cambiante juicio, su deficiente orientación respecto a las cosas del mundo externo y su recelo ante los deberes desagradables. En una disposición anímica infantil de esta naturaleza pueden proliferar exuberantemente todo tipo de fantasías desiderativas e ilusiones, y es aquí donde debemos ver el factor peligroso. Mediante tales fantasías estas personas adoptan una actitud irreal y completamente desadaptada respecto al mundo, que lleva directamente a la catástrofe.

Crítica a la teoría del trauma

299 Siguiendo la vida de las fantasías infantiles de la paciente hasta la infancia más temprana encontramos desde luego muchas escenas que destacan nítidamente, adecuadas para proporcionar nuevo alimento a esta o aquella variación fantástica, pero en vano buscaremos en ellas los llamados factores «traumáticos» que pudieran originar algo enfermizo, en concreto la anormal actividad de la fantasía, por ejemplo. Cierto que hubo escenas «traumáticas», pero no pertenecían a la temprana infancia, y las escasas escenas recordadas de esa temprana infancia no fueron aparentemente traumáticas, sino más bien vivencias accidentales que pasaron de largo por su fantasía sin efecto notable. Las fantasías más tempranas consistían en todo tipo de impresiones vagas y semientendidas recibidas de sus padres. Alrededor del padre se agrupaban todo tipo de sentimientos especiales, oscilando entre ansiedad, horror, rechazo, asco, amor y entusiasmo. El caso, por lo tanto, se presentaba como otras tantas histe-

rias que no permiten reconocer ninguna etiología traumática, crecidas a partir de las raíces de una actividad de la fantasía singular y precoz que conserva duraderamente su carácter infantil.

300 Ustedes me objetarán ahora que en este caso la escena de los caballos que perdieron el control es precisamente la representación del trauma, tan claramente modelo de la escena nocturna de unos dieciocho años después, cuando la paciente no pudo esquivar los caballos que se acercaban al galope hasta querer precipitarse al río, de acuerdo con la vivencia modélica en que caballos y carruaje cayeron al río. A partir de aquel momento sufrió también estados crepusculares histéricos. Tal y como he tratado de exponerles hace un momento, no advertimos nada de este vínculo etiológico en el desarrollo de los sistemas de la fantasía. Es como si allí el peligro de muerte debido a los caballos desbocados hubiera pasado sin ningún efecto mencionable. En todos los años consecutivos no pudo reconocerse en aquella vivencia ningún efecto tardío de aquel susto. Era como si dicho acontecimiento no hubiera sucedido nunca. Quizá tampoco ocurriera en absoluto, me gustaría añadir entre paréntesis. Nada impide que sea una mera fantasía, ya que para ello me apoyo sólo en las indicaciones de la paciente[10].

301 Súbitamente, al cabo de dieciocho años, el acontecimiento se torna significativo y, por así decir, se reproduce llevándolo a cabo consecuentemente. La antigua teoría decía: el afecto bloqueado habría encontrado de pronto un camino hacia afuera en ese momento. Tal supuesto es sumamente improbable y gana en inverosimilitud si consideramos que la historia de los caballos desbocados puede igualmente no ser cierta. Sea lo que fuere, es y seguirá siendo apenas aceptable que un afecto permanezca enterrado largos años para explotar luego súbitamente en una ocasión inapropiada.

302 Es sospechoso que los pacientes tengan tan a menudo una señalada tendencia a ver en alguna vivencia antigua la causa de su sufrimiento, gracias a la cual retiran hábilmente la atención de su médico del presente para dirigirla al pasado siguiendo una pista falsa. La primera teoría psicoanalítica siguió este camino erróneo. Pero debemos a esta hipótesis falsa un nivel de comprensión nunca alcanzado anteriormente sobre la determinación del síntoma neurótico, un nivel que nunca habríamos alcanzado si la investigación no hubiera seguido este camino, en realidad señalado por la tendencia del enfermo a inducir tal error. Pienso que sólo quien considere el acontecer del mundo como una cadena de casualidades más o menos desacertadas y crea en la constante necesidad de la mano educadora del ser humano dotado de razón, puede pensar que esa vía de investigación es un extravío donde habría que colocar una señal de alarma. Aparte de un conocimiento profundizado de la determinación psicológica, a este «error» le debemos planteamientos de incalculable alcance. Hay que estar satisfechos y agradecidos a Freud porque tuviera el valor de dejarse llevar por este camino. No son estas cosas las que impiden el progreso de la ciencia, sino el conservador aferrarse a conocimientos sin contraste ulterior, el conservadurismo típico de la autoridad, la vanidad infantil del erudito por tener razón y su miedo a equivocarse. Esta carencia de espíritu de sacrificio hace más daño al prestigio y a la grandeza del conocimiento científico que el camino erróneo seguido con sinceridad. ¿Cuándo se pondrá fin a las superfluas disputas en torno a quién lleva la razón? Échese un vistazo a la historia de la ciencia: ¿a cuántos *se les daba* la razón y cuántos la han *conservado*?

10. No será superfluo observar aquí que sigue habiendo personas que creen que los pacientes pueden mentirle al psicoanalista. Esto es completamente imposible: la mentira es fantasía. Y nosotros tratamos con fantasías.

El complejo parental

303 ¡Pero volvamos a nuestro caso! Aquí se plantea la cuestión de que si al antiguo trauma no le corresponde una significación etiológica, probablemente deba buscarse la causa próxima de la neurosis manifiesta en el retraso del desarrollo afectivo. Tenemos que declarar así nula la indicación de la paciente de que sus estados crepusculares histéricos proceden de aquel susto ante los caballos, aunque tal susto, efectivamente, fue el punto de partida de la enfermedad manifiesta. Esta vivencia sólo *parece* importante, en realidad no lo es. La formulación vale también para la mayor parte de los demás traumas. Sólo *parecen* ser importantes por dar ocasión a que se manifieste un estado que era anormal desde hacía mucho. El estado anormal es, como ya hemos expuesto en detalle, una pervivencia anacrónica de una fase infantil de desarrollo de la libido. Los pacientes conservan todavía formas de aplicación de la libido que hubieran debido abandonar mucho antes. Es casi imposible proporcionar por así decir un índice de estas formas, puesto que son de una variedad arrolladora. Lo más frecuente y, digámoslo así, lo que nunca falta es la actividad desmedida de la fantasía, caracterizada por la exageración despreocupada de los deseos subjetivos. La excesiva actividad de la fantasía es siempre signo de deficiente aplicación real de la libido. En lugar de emplearse en una adaptación lo más exacta posible a las condiciones reales, la libido queda detenida en aplicaciones fantásticas. Este estado se denomina introversión parcial dado que el uso de la libido

es todavía parcialmente ilusorio o fantástico en vez de adaptarse a las condiciones reales.

304 Un habitual síntoma concomitante de este retraso en el desarrollo afectivo es el *complejo parental*. Si la libido no se aplica completamente en el trabajo de adaptación, acabará más o menos introvertida[11]. El contenido material del mundo psíquico son reminiscencias, esto es, materiales del pasado individual (aparte de las percepciones actuales). Si ahora la libido resulta parcial o totalmente introvertida investirá áreas de reminiscencias más o menos extensas, alcanzando éstas una vitalidad, o actividad, que hace tiempo no les pertenece. La consecuencia es que los enfermos viven entonces en un mundo que es en realidad parte del pasado. Afrontan dificultades que alguna vez en su vida desempeñaron un papel, pero que deberían haber dejado de existir hace mucho. Todavía se preocupan, o mejor se ven obligados a preocuparse, por cosas que hace mucho no debieran ser importantes. Se recrean o se atormentan con representaciones que en su momento fueron normalmente significativas pero que ya no significan nada en la edad adulta.

305 La personalidad de los padres, entre las cosas que en la etapa infantil tuvieron la mayor significación, desmpeña el papel primordial. Incluso aunque los padres hayan muerto hace mucho, por lo que podrían y deberían perder toda significación al haberse modificado desde entonces la situación vital de los enfermos acaso totalmente, sin embargo de algún modo están presentes y siguen siendo importantes, como si todavía estuvieran vivos. El amor y la admiración, la resistencia, la aversión, el odio y la rebelión de los enfermos están aún adheridos a sus imágenes, deformadas por el afecto o el desafecto y a menudo poco parecidas a la realidad de otro tiempo. Este hecho me ha urgido a no hablar ya directamente de padre o madre, sino a utilizar para ello el término «imago»* de padre y madre, pues en realidad tales fantasías no tratan del padre o de la madre, sino tan sólo de sus *imagines* subjetivas, con frecuencia totalmente desfiguradas, que llevan una existencia espectral pero influyente en la mente del enfermo.

11. «Introversión» no quiere decir que la libido acumulada esté inactiva, aplicándose de forma fantástica o ilusoria sólo en el caso de que la introversión produzca una regresión a un modo infantil de adaptación. La introversión puede también conducir a un plan de actuación sensato.

* El término «imago», tomado de la novela homónima (1906) de Carl Spitteler (1845-1924, premio Nobel en 1919), le fue sugerido a Freud por Jung. Tanto éxito tuvo que terminó siendo, además de *terminus technicus* del lenguaje psicoanalítico, el nombre de la revista fundada por Freud, el de una colección de libros psicoanalíticos y, finalmente, el de la editorial de la *Obra completa* del fundador del psicoanálisis [LM].

306 El complejo de las *imagines* de los padres, esto es, la suma de las representaciones referidas a los padres, representa un importante campo de aplicación de la libido introvertida. Observo de pasada que el complejo en sí tiene sólo la vaga existencia de una sombra cuando no está investido de libido. Según el uso lingüístico anterior, desarrollado en mis *Estudios de asociación**, se denominó complejo a un sistema de representaciones ya investido de libido y, por ello, activado. Pero ese sistema también existe como mera posibilidad de uso, aun cuando provisional o duraderamente no esté investido de libido.

Influencias parentales en el niño

307 Cuando la teoría psicoanalítica todavía estaba bajo la fascinación de la concepción traumática y, conforme con ella, se inclinaba a buscar la *causa efficiens* de la neurosis en el pasado, parecía que precisamente el complejo parental era el llamado «complejo nuclear» de la neurosis —para utilizar una expresión de Freud—. Hasta tal punto parecía determinante el papel de los padres que estuvimos tentados de echarles la culpa de todas las complicaciones posteriores de la vida de los enfermos. He sometido a discusión esta interpretación en mi escrito sobre «El significado del padre para el destino del individuo»**. También ahí nos dejamos guiar por las inclinaciones de los enfermos, que, según la dirección de la libido introvertida, señalaban al pasado. Esta vez, sin embargo, no era la vivencia externa, accidental, de donde parecía proceder el efecto patógeno, sino de un efecto psicológico que daba la impresión de originarse en las dificultades de adaptación del individuo a las condiciones del medio familiar. Especialmente las desavenencias entre los padres, por una parte, y entre los padres y el niño, por la otra, nos parecieron idóneas para provocar en el niño corrientes parcial o completamente incompatibles con su orientación vital individual.

308 En el escrito mencionado hace un momento citaba como ejemplos, entre la multitud de observaciones disponibles sobre esta cuestión, algunos casos en los que tales efectos me parecieron especialmente evidentes. Los efectos aparentemente dimanantes de los padres no se limitan a que los descendientes neuróticos no puedan ocasionalmente dejar de achacar a las relaciones familiares o a una educación indebida los motivos de su enfermedad, se extienden a acontecimientos de la vida o a actos enfermos de quienes no se

* «Estudios acerca de la asociación de palabras» (en OC 2).

** Capítulo 14 de este volumen.

hubiera esperado una determinación de ese tipo. La actividad imitativa, enormemente viva tanto en el salvaje como en el niño, puede, en niños especialmente sensibles, conducir a una singular identificación interna con los padres, en otras palabras, a una actitud mental general (*attitude*) tan parecida que los efectos en la vida a veces se asemejan a las vivencias de los padres hasta en el detalle[12].

309 Respecto al material empírico sobre esta cuestión, debo remitirles a la literatura especializada. En este punto no puedo dejar de recordar que mi discípula la doctora Emma Fürst ha aportado valiosas pruebas experimentales sobre el problema en cuestión. Ya me referí a estas investigaciones en mis conferencias de la Clark University*. Fürst, mediante experimentos de asociación con familias, estableció el llamado tipo de reacción de los distintos miembros de la familia. Resultó de ello que existe muy a menudo un paralelismo inconsciente de asociación entre padres e hijos, sólo explicable precisamente por imitación o identificación intensas. Los resultados de la experiencia indican una considerable convergencia de las tendencias biológicas, a partir de la cual pueden explicarse sin dificultad las a veces asombrosas coincidencias del destino. Nuestros destinos son por regla general el resultado de nuestras tendencias psicológicas.

310 Estos resultados hacen que parezca comprensible que no sólo los enfermos, sino también las concepciones teóricas basadas en tales experiencias, tiendan a suponer que la neurosis sería el resultado de los influjos caracterológicos de los padres sobre los hijos. Esta suposición se ve apoyada aun más por la experiencia, fundamento de la pedagogía, de la moldeabilidad del alma infantil, gustosamente comparada a la cera que acepta y conserva todas las huellas. Sabemos que las primeras impresiones de la niñez acompañan inexorablemente al ser humano durante toda la vida y que determinados influjos educativos pueden aherrojarlo indestructiblemente de por vida dentro de ciertas barreras. En esas condiciones no sólo no es un milagro, sino incluso experiencia frecuente, que se desencadenen conflictos entre aquella personalidad formada por la educación y demás influjos del medio infantil y la propia orientación vital individual. De este conflicto son víctimas todas aquellas personas llamadas a una vida independiente y creadora.

12. Prescindo completamente de la similitud orgánica heredada, que naturalmente es responsable de muchas cosas, pero *en absoluto de todas*.

* Parte 10 de los «Estudios acerca de la asociación de palabras». La conferencia de Jung en la segunda de las Clark Lectures se titulaba *Familial Constellations* y conforma la segunda parte del ensayo «El método de asociación» (OC 2, 10 y 11).

311 El enorme influjo de la etapa infantil en el posterior desarrollo del carácter hace perfectamente comprensible querer buscar la causa de una neurosis directamente a partir de las influencias del medio infantil. Tengo que confesar que conozco casos en los que cualquier otra explicación me parece menos justificada. Hay, efectivamente, padres que con su propia conducta contradictoria tratan a sus niños con tal insensatez que la enfermedad parece inevitable. Por eso entre los neurólogos tiene validez de regla liberar en lo posible a los niños neuróticos de la peligrosa atmósfera familiar y ponerles bajo influencias más sanas, donde frecuentemente, también sin ningún tipo de tratamiento médico, se desarrollan mucho mejor que en su casa. Porque hay muchos neuróticos que ya lo eran claramente de niños y que por lo tanto nunca se han visto libres desde la infancia de enfermedad. Para tales casos, la concepción que acabamos de esbozar parece ser válida *en general*.

La mentalidad infantil

312 El conocimiento de estos hechos, que hoy por hoy nos parece definitivo, fue significativamente profundizado gracias a los trabajos de Freud y de la escuela psicoanalítica. La relación del enfermo con sus padres fue estudiada al mínimo detalle, considerándose precisamente estas relaciones etiológicamente significativas. Pronto se observó que las cosas son así, que los enfermos viven todavía, total o parcialmente, en su mundo infantil. Pero no son conscientes de ello. Al contrario, la difícil tarea del psicoanálisis consiste en estudiar el modo de adaptación psicológica del enfermo tan exactamente como para poder señalar con el dedo los errores infantiles. Como ustedes saben, entre los neuróticos se encuentra un número sorprendentemente elevado de niños mimados. Tales casos proporcionan los mejores y más evidentes ejemplos de infantilismo en el modo de adaptación psicológica. Ese tipo de personas entran en la vida con las mismas demandas íntimas de amabilidad, cariño y éxito rápido, obtenido sin esfuerzo, a que estaban acostumbrados durante su infancia en el trato con su madre. En tales casos, incluso enfermos muy inteligentes no son capaces de ver desde el principio que sus dificultades en la vida, además de su neurosis, se deben a que arrastran consigo una actitud emocional infantil. El pequeño mundo del niño, el medio familiar, modela el gran mundo. Cuanto más intensamente marque la familia a un niño tanto más inclinado estará, una vez adulto, a ver emocionalmente de nuevo en el gran mundo su temprano pequeño mundo. Naturalmente, esto no debe entenderse como un proceso intelectual consciente. Por el contrario, el enfermo siente y ve la contradicción

entre antes y ahora, intentando adaptarse en lo posible. Quizá crea estar plenamente adaptado, pues intelectualmente, en efecto, domina la situación, pero eso no impide que el sentimiento vaya cojeando a la zaga de la comprensión intelectual.

313 No necesito seguramente documentarles este fenómeno con ejemplos. Después de todo, es una experiencia cotidiana que nuestros afectos nunca estén a la altura de nuestra comprensión. Al enfermo le ocurre otro tanto, con intensidad multiplicada. Quizá crea ser, excepto por su neurosis, una persona normal y por lo tanto adaptada a las condiciones que impone la vida. Pero no sospecha que todavía no ha renunciado en realidad a ciertas exigencias infantiles, que todavía alienta en segundo plano expectativas e ilusiones de las cuales nunca ha cobrado cabalmente consciencia. Alimenta todo tipo de fantasías favoritas, que acaso alguna vez, pero desde luego no siempre, sean lo suficientemente conscientes como para saber que las tiene. Con frecuencia existen sólo como expectativas, esperanzas, prejuicios, etc., emocionales. En tal caso, las fantasías se llaman inconscientes. De vez en cuando las fantasías emergen en la consciencia periférica como pensamientos muy fugaces para desaparecer al momento siguiente, de modo que el enfermo no es capaz de decir si ha tenido o no tales fantasías. La mayor parte de los enfermos únicamente aprenden en el curso del tratamiento psicoanalítico a retener y observar los pensamientos que pasan fugazmente. Aun cuando la mayor parte de las fantasías hayan sido desde luego conscientes en algún momento como pensamientos fugaces, sin embargo no pueden denominarse *conscientes*, pues en la mayoría de los casos prácticamente son *inconscientes*. Por ello, pueden ser correctamente calificadas de *inconscientes*. (Doy por supuesto que también hay fantasías infantiles plenamente conscientes que pueden reproducirse en cualquier momento.)

5. LAS FANTASÍAS DE LO INCONSCIENTE

314 *El ámbito de las fantasías infantiles inconscientes se ha convertido en el objeto de investigación específico del psicoanálisis*, pues parece contener la clave de la etiología de la neurosis. Desde una perspectiva muy diferente a la teoría del trauma, e instados por las razones mencionadas, nos vemos llevados a suponer que el fundamento del presente psicológico debe buscarse en la historia familiar.

315 Los sistemas de fantasías que surgen del mero interrogatorio a los pacientes son casi siempre artificiales y están elaborados novelesca o dramáticamente. A causa de esta elaboración su valor es relativamente menor para la investigación de lo inconsciente, pues precisamente por ser conscientes están demasiado expuestos a los requerimientos de la etiqueta y la moral social. Se ahorran así todos los detalles personalmente desagradables y feos, volviéndose socialmente aceptables sin revelar demasiado. Las fantasías más valiosas y probablemente más influyentes no son conscientes en este sentido y, por lo tanto, han de averiguarse siguiendo la técnica psicoanalítica.

316 Aunque no quiero ocuparme aquí de cuestiones técnicas, debo sin embargo afrontar la frecuente objeción de que las llamadas fantasías inconscientes sencillamente serían *inducidas por sugestión* a los pacientes y, consecuentemente, sólo existirían en la mente de los psicoanalistas. Tal objeción pertenece a esa categoría de reproches, absolutamente carentes de valor, que nos imputan burdos errores de principiante. Pienso que sólo pueden hacerlos personas sin ningún tipo de experiencia psiquiátrica ni saber histórico-psicológico. Alguien con la mínima noción de mitología no podrá pasar por alto los asombrosos paralelismos que hay entre las fantasías inconscientes reveladas por la escuela psicoanalítica y las representaciones mitológicas. Es irreflexivo objetar que nuestros conocimientos mitológicos les serían proporcionados al enfermo mediante sugestión, pues la escuela psicoanalítica primero ha descubierto las fantasías y sólo más tarde ha tomado conocimiento de la mitología. Como es sabido, la mitología le resulta al médico infinitamente lejana.

317 Dado que son inconscientes, el enfermo no sabe naturalmente nada de la existencia de estas fantasías y no tiene ningún sentido preguntar directamente por ellas. Es posible escuchar una y otra vez que los pacientes, y no sólo ellos sino también las llamadas personas normales, dicen cosas como ésta: «Si yo tuviera ese tipo de fantasías lo sabría de algún modo». Sin embargo, lo inconsciente es efectivamente aquello que no se sabe. También nuestros adversarios están plenamente convencidos de que tales cosas no existen. Este juicio *a priori* es escolástico y no se sostiene con ningún argumento. No podemos basarnos en el dogma de que el alma sólo sea la consciencia, pues a diario tenemos pruebas de que nuestra consciencia es tan sólo una parte de la función psíquica. Todos los contenidos de nuestra consciencia presentan ya un alto grado de complejidad; nuestro pensamiento se constela a partir de material de la memoria que es inconsciente en su mayoría, etc. Consecuentemente, querámoslo o no, nos vemos forzados a suponer algo psíquico no consciente que, por lo pronto —como la «cosa en sí» de Kant—, es sólo «mero concepto límite negativo»*. Puesto que percibimos efectos no origi-

* No olvide el lector que esta condición negativa de la «cosa en sí» kantiana lo que niega, precisamente, es la posibilidad de cualquier cerrazón dogmática del conocimiento.

nados en la consciencia estamos obligados a hipotetizar contenidos en la esfera de lo no consciente, es decir, debemos presuponer que los orígenes de determinados efectos se encuentran en lo inconsciente si no son conscientes. A esta versión de lo inconsciente difícilmente podrá achacársele misticismo. En absoluto pretendemos saber o sostener algo positivo sobre el estado psíquico inconsciente. Por ello hemos introducido conceptos simbólicos análogamente a los usados para lo consciente; esta terminología rinde en la práctica buenos resultados.

El concepto de inconsciente

318 Este uso conceptual es además el único posible, de acuerdo con la máxima de *principia praeter necessitatem non sunt multiplicanda*. De ahí que hablemos de efectos de lo inconsciente exactamente igual que de fenómenos de lo consciente. Fue chocante que Freud dijera de lo inconsciente que «sólo sabe desear», lo cual fue considerado inaudita proposición metafísica, algo así como los axiomas de la filosofía de lo inconsciente de Hartmann*. La indignación se debe solamente a que esos críticos parten de una representación metafísica de lo inconsciente —de la cual evidentemente no son conscientes— como *ens per se*, e ingenuamente proyectan sobre nosotros su uso conceptual, no depurado desde el punto de vista de la teoría del conocimiento. Para nosotros lo inconsciente no es una entidad, sino un mero término sobre cuya esencia metafísica no nos permitimos ninguna representación, al contrario que para esos psicólogos de gabinete, que no sólo están exactamente informados de la localización cerebral del alma y de los correlatos fisiológicos del proceso mental, sino también seguros de poder afirmar que fuera de la consciencia tan sólo existirían «procesos fisiológicos corticales».

319 No se nos crea capaces de tales ingenuidades. Cuando Freud dice que lo inconsciente sólo sabe desear está describiendo, en términos simbólicos, efectos cuya fuente *no* es *consciente*, y que, coherentemente con el punto de vista del pensamiento consciente, sólo pueden considerarse análogos a los deseos. Por lo demás, la escuela psicoanalítica sabe perfectamente que en cualquier momento puede

Como «concepto límite negativo» pone barreras a la capacidad de conocer racionalmente, pero no a la existencia de aquello sobre lo que se reflexiona [LM].

* Eduard von Hartmann (1842-1906) es conocido, como filósofo, por su *Filosofía del inconsciente* (1869), pero lo es aún más como destinatario de la demoledora crítica de su pensamiento nihilista, basado en Schopenhauer, que Nietzsche realizó en la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, titulada «Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida» (1874) [LM].

abrirse la discusión sobre si «desear» es la analogía adecuada. Será bienvenido quien ofrezca algo mejor. En lugar de ello, nuestros adversarios se limitan simplemente a negar la existencia de esos fenómenos o, si admiten determinados fenómenos, a abstenerse entonces de su formulación teórica. Este último punto de vista es humanamente comprensible, ya que no todo el mundo puede pensar teóricamente.

320 Si uno logra desembarazarse del dogma de la identidad entre consciencia y alma, aceptando con ello la posible existencia de procesos psíquicos extraconscientes, no puede entonces impugnar o sostener *a priori* ninguna potencialidad psíquica de lo inconsciente. Se le reprocha a la escuela psicoanalítica *sostener* determinadas cosas sin aducir *razones suficientes*. A nosotros nos parece que la ya casi demasiado abundante casuística existente en la literatura especializada ofrece razones suficientes y más que suficientes. A nuestros adversarios les parecen insuficientes. Así que debe existir una diferencia efectiva en el concepto de «suficiente» referido a los requisitos relativos al alcance de las razones. Por lo tanto la cuestión es la siguiente: ¿por qué la escuela psicoanalítica impone exigencias aparentemente mucho más modestas a los argumentos de sus formulaciones que sus adversarios?

321 La razón es muy simple. Un ingeniero que construye un puente calculando su resistencia no necesita más pruebas de su capacidad de carga. Pero un lego escéptico que no tiene ni idea de cómo se construye un puente ni del rendimiento que puede esperarse del material empleado exigirá pruebas suplementarias sobre la resistencia del puente, pues no puede tener ninguna confianza en la situación. El profundo desconocimiento de nuestros adversarios sobre aquello que hacemos es lo primero que eleva sus exigencias y, lo segundo, sus numerosos malentendidos teóricos, que no podemos ni conocer ni aclarar en su totalidad. Del mismo modo que descubrimos una y otra vez en nuestros pacientes sorprendentes malentendidos sobre las vías y objetivos del método psicoanalítico, nuestros críticos son asimismo inagotables inventores de malentendidos. Habrán observado ustedes hace un momento, cuando discutimos el concepto de inconsciente, el tipo de falsos presupuestos filosóficos que pueden impedir la comprensión de nuestra terminología. Es comprensible que una persona que involuntariamente adscribe una entidad absoluta a lo inconsciente reclame de nuestra argumentación exigencias completamente distintas, incluso exorbitantes, como hacen nuestros adversarios. Si nos propusiéramos probar la inmortalidad sería preciso acumular montañas de pruebas más importantes y completamente distintas de aquellas que necesitaríamos para

demostrar la existencia de plasmodios en un enfermo de malaria. Las expectativas metafísicas aún distorsionan demasiado el pensamiento científico como para poder apreciar los problemas del psicoanálisis con la suficiente sencillez.

El sueño

322 Para no ser injustos con nuestros críticos hay que destacar por otro lado que la escuela psicoanalítica misma, sin culpa alguna, ha dado abundante motivo para los malentendidos. Una de sus principales fuentes es la confusión en el plano teórico. Lamentablemente no tenemos una teoría muy presentable. Pero ustedes lo entenderán en cuanto observen las enormes dificultades que deben afrontarse en cada caso concreto. Al contrario de lo que piensan casi todos los críticos, Freud es todo menos un teórico. Es un empírico, lo que reconoce cualquiera que con buena voluntad profundice algo en sus trabajos y se esfuerce por observar sus casos como él. De esta buena voluntad, lamentablemente, carecen absolutamente nuestros críticos. Como hemos escuchado ya muchas veces, les resulta incluso *desagradable y asqueroso* ver las cosas como Freud las ve. ¿Cómo pretenden ponerse al corriente de la metodología de Freud si se desiste de ello por asco? Precisamente porque se abstienen de acomodar sus puntos de vista a los establecidos por Freud como hipótesis de trabajo posiblemente necesaria, llegan a la absurda suposición de que Freud es un teórico. Se supone gustosamente que los *Tres ensayos para la teoría sexual* son una teoría *a priori*, ideada por una cabeza meramente especulativa e introducida luego mediante sugestión en los pacientes. De este modo, la realidad se pone completamente cabeza abajo. Pero así el crítico lo tiene fácil, que es a fin de cuentas lo que desea. A los críticos no les interesan en absoluto «unas cuantas historias clínicas», sobre las cuales el psicoanalista fundamenta escrupulosamente sus asertos teóricos, sino simplemente la teoría y la formulación teórica de la técnica. Desde luego, no son esos los puntos débiles del psicoanálisis —dado que es pura empiria—, aunque es un campo extenso y muy deficientemente cultivado donde el crítico puede moverse a su antojo. En el ámbito teórico las inseguridades son muchas y las contradicciones no son menos. De ello éramos conscientes mucho antes de que la crítica erudita empezara a prestar atención a nuestro trabajo.

323 Volvamos tras esta digresión a ocuparnos de la cuestión de las fantasías inconscientes. Como vimos, nadie está autorizado a postular sin más su existencia y propiedades mientras no se observen en la consciencia efectos cuyos orígenes inconscientes puedan describirse

con expresiones del simbolismo de la consciencia. La cuestión es sencillamente si de hecho pueden hallarse en la consciencia efectos que respondan a estas expectativas. La escuela psicoanalítica cree haber descubierto efectos de esta naturaleza. Mencionaré inmediatamente el fenómeno principal, el *sueño*.

324 Cabe decir de él que irrumpe en la consciencia como una magnitud compleja cuya composición elemental no es consciente. Sólo asociando con sus diversas imágenes puede probarse después el origen de éstas en determinados recuerdos del pasado más reciente o más lejano. Uno se pregunta entonces cosas como ¿dónde habré visto u oído eso? Y por el proceso habitual de asociación surge el recuerdo de que determinados fragmentos del sueño han sido vividos conscientemente, parte en la víspera, parte antes. Seguramente estarán hasta aquí todos de acuerdo, pues estas cosas se conocen desde hace mucho tiempo. En ese sentido el sueño se nos presenta como una composición, por regla general incomprensible, de determinados elementos, inicialmente no conscientes, que posteriormente vuelven a reconocerse en sus ocurrencias[13]. Tampoco determinados elementos del sueño deben ser forzosamente cognoscibles, de donde pudiera derivarse, pongamos, su carácter consciente, sino que a menudo, incluso casi siempre, son al principio irreconocibles. Sólo después advertimos haber vivido ya conscientemente tal o cual fragmento. Por ello, y desde esta perspectiva, podemos considerar al sueño como un efecto de origen inconsciente.

325 Ya se ha indicado cuál es la técnica para investigar los orígenes inconscientes, aplicada comúnmente mucho antes que Freud por cualquier investigador del fenómeno onírico. Simplemente se intenta recordar de dónde proceden los fragmentos del sueño. En este principio extremadamente simple se funda la técnica psicoanalítica del análisis de un sueño. Es un hecho que determinados fragmentos proceden de la vida diurna, de esas vivencias que a menudo serían relegadas a un olvido seguro por su notoria insignificancia y que, por lo tanto, estaban ya en vías de volverse definitivamente inconscientes. Estos fragmentos son justamente efecto de las «representaciones inconscientes». También ha resultado chocante esta expresión. Doy por descontado que nosotros no concebimos esta afirmación tan concretamente, por no decir tan torpemente, como nuestros críticos, pues esta expresión sólo es un simbolismo de lo

13. También podría cuestionarse esto como un aserto apriorístico. Pero debo señalar que este modo de ver corresponde a la única *working hypothesis* generalmente reconocida para el origen psicológico del sueño: su derivación a partir de vivencias y pensamientos del pasado más reciente. Por lo tanto nos movemos en terreno conocido.

consciente, algo que nunca hemos dudado. Pero también la expresión es evidente y funciona muy bien como imagen de un estado psíquico desconocido. Como ya he dicho, no tenemos otra posibilidad que entender lo inconsciente en analogía con lo consciente. No nos hacemos ilusiones de entender algo porque inventemos para ello un nombre vistoso y lo más incomprensible posible.

El método del análisis onírico

326 El principio de la técnica de descomposición psicoanalítica es por lo tanto extraordinariamente sencillo y en realidad conocido desde hace mucho. El proceder derivado de ella sigue el mismo camino. Si uno se ocupa durante algún tiempo de un sueño —lo que, normalmente, nunca sucede fuera del psicoanálisis—, consigue nuevos recuerdos asociados a sus distintas partes. Algunas veces, sin embargo, no se logra aportar recuerdo alguno a determinados componentes. Nos guste o no, en tales casos éstos deben dejarse como están. Cuando hablo aquí de «recuerdos», no entiendo por tales exclusivamente el recuerdo de determinadas vivencias concretas, sino también *la reproducción de relaciones significativas*. Al conjunto de los recuerdos se le denomina material onírico. Con este material se sigue operando de acuerdo con el método científico generalmente admitido: si tienen ustedes que elaborar algún material experimental, comparan sus componentes aislados y los ordenan por similitudes. Con el material onírico se opera exactamente igual: se buscan rasgos comunes, tanto de naturaleza formal como material.

327 Para ello hay que deshacerse en lo posible de determinados prejuicios. Siempre he observado que el principiante espera encontrar ciertas características, con las cuales intenta seguidamente forzar el material. Es llamativo que esto suceda justo en aquellos colegas que anteriormente se oponían más o menos vehementemente al psicoanálisis con los conocidos prejuicios y malentendidos. Cuando el azar quiso que los analizara y conocieran por fin realmente el método, el primer error que cometían habitualmente en su propio trabajo psicoanalítico era violentar el material llevados por los prejuicios, descargando sus criterios previos acerca del psicoanálisis en el material, que tampoco sabían apreciar objetivamente considerándolo sólo fantasías subjetivas.

328 Cuando uno se arriesga a examinar determinado material onírico no debe retroceder ante ninguna comparación. El material consta generalmente de representaciones tan dispares que hacen muy difícil extraer el *tertium comparationis* en determinadas circunstancias. Debo renunciar aquí a ofrecerles ejemplos detallados, pues resulta completamente imposible presentar en una conferencia materiales de tal extensión. Quisiera llamar su atención, sin embargo, sobre el trabajo de Rank «Ein Traum, der sich selbst deutet» [Un sueño que se interpreta a sí mismo][14]. Allí observarán ustedes lo vasto que puede llegar a ser el material necesario para la comparación.

329 En la investigación de lo inconsciente, por lo tanto, se procede igual que cuando se comparan materiales en busca de una conclusión. A menudo se ha objetado por qué el sueño debería tener algún contenido inconsciente. La objeción, a mi juicio, no puede ser menos científica. Cada momento psicológico tiene su historia especial. Toda frase que pronuncio tiene, además del significado consciente, un significado histórico que puede presentar un aspecto totalmente distinto a su significado consciente. Me expreso intencionadamente de una forma algo paradójica, porque no me atrevo a esclarecer el complejo significado histórico-individual de cada frase. En formaciones más amplias y complejas este esclarecimiento resulta más fácil. Indudablemente, todo el mundo está convencido de que más allá del contenido manifiesto de un poema tanto su forma como el contenido y proceso de su creación son característicos del poeta. Mientras el poeta expresa sugerentemente en su poema un estado de ánimo momentáneo, el historiador de la literatura ve a su través cosas que el poeta jamás hubiera sospechado. Los análisis que lleva a cabo el historiador de la literatura con el material de un poeta son, en cuanto al método, enteramente comparables al psicoanálisis, sin excluir aquí los errores que pudieran deslizarse.

330 En general, el método psicoanalítico puede compararse al análisis y a la síntesis históricos. Supongamos, por ejemplo, que no entendiéramos lo que significa el rito del bautismo tal como se practica en nuestras iglesias. El sacerdote nos dice que el bautismo significa la admisión del niño en la comunidad cristiana. Pero con ello quedamos insatisfechos: ¿por qué tiene que rociarse con agua al niño, etc.? Para entender este rito hay que allegar material de comparación procedente de la historia de los ritos —es decir, de las pertinentes reminiscencias de la humanidad— y desde distintos puntos de vista.

1. El bautismo significa evidentemente un rito de iniciación, una consagración, y, por lo tanto, deben incorporarse las reminiscencias conservadas de los ritos de iniciación en general.

14. Páginas 465 ss.

2. El bautismo se realiza con agua. Esta circunstancia requiere otra serie de reminiscencias, las de aquellos ritos concretos en los que se utiliza agua.

3. El bautizado es rociado con agua. Aquí deben añadirse, por lo tanto, todos aquellos ritos con aspersión del neófito o inmersión del bautizado, etcétera.

4. Deben evocarse todas las reminiscencias de la mitología, las prácticas supersticiosas, etc., que de algún modo discurran paralelamente al simbolismo del acto del bautismo.

331 De este modo tenemos un estudio científico-religioso de carácter comparativo sobre el acto del bautismo. Con ello averiguamos los elementos a partir de los cuales ha surgido el acto del bautismo; además, rescatamos su significado original al tiempo que nos familiarizamos con el rico mundo mítico conformador de las religiones, que nos ayuda a entender los significados, múltiples e impregnados de sentido, del acto del bautismo. Del mismo modo procede el analista con el sueño: acumula los paralelismos históricos, también los muy remotos, respecto a cada uno de sus elementos, intentando elaborar una historia psicológica del sueño y de sus significados subyacentes. Con esta elaboración monográfica del sueño se consigue, exactamente igual que en el análisis del acto del bautismo, captar profundamente el entramado, singularmente fino y pleno de sentido, de las determinaciones inconscientes; una experiencia que, como he dicho, sólo puede compararse con la comprensión histórica de un acto que acostumbrábamos a considerar de modo demasiado unilateral y superficial.

332 Me ha parecido inevitable hacer este excurso sobre el método psicoanalítico. Después de los numerosos malentendidos que sin cesar intentan desacreditarlo, me he sentido obligado a presentarles, en principio de forma tan general, el método psicoanalítico y su lugar en la metodología científica. No dudo de que hay aplicaciones superficiales e impropias de este proceder metódico. Pero un crítico razonable nunca puede derivar de ello un reproche hacia el método, al igual que un mal cirujano no es un argumento contra la validez general de la cirugía. Tampoco dudo de que todas las exposiciones psicoanalíticas de la psicología del sueño estén completamente libres de malentendidos o concepciones equívocas. En buena parte esto ocurre porque al médico, por su educación científico-natural, le resulta difícil hacerse conceptualmente con un método tan exquisitamente psicológico, aunque por instinto lo maneje correctamente.

333 El método que acabo de exponerles de manera tan general es el que yo represento y del que me declaro científicamente responsable. Considero absolutamente rechazable y, desde un punto de vista científico, inadmisible andar tratando de adivinar los sueños e intentar su traducción directa. Tales cosas no son método, sino arbitrariedad, y su castigo es la esterilidad de resultados, como con todo método falso.

334 Si les he detallado a ustedes precisamente los principios del método psicoanalítico relativos al sueño es porque el sueño constituye uno de los ejemplos más evidentes de aquellos contenidos de la consciencia cuya composición se sustrae a una comprensión directa e inmediata. Cuando alguien golpea un clavo con un martillo para colgar algo entendemos cada parte de la acción, para nosotros completamente evidente. Las cosas son distintas en el acto del bautismo, donde cada fase es cuestionable. Por ello, a estas acciones cuyo significado y objetivo no son inmediatamente transparentes las llamamos *acciones simbólicas* o *símbolos*. Sobre la base de este razonamiento llamamos *simbólico* al sueño, dado que es una formación psicológica cuyo origen, sentido y objetivo son oscuros, por lo que representa uno de los productos más puros de la constelación inconsciente. Como dice certeramente Freud, el sueño es la *via regia a lo inconsciente*.

El experimento de asociación

335 Aparte del sueño, hay aún muchos otros efectos evidentes de la constelación inconsciente. El experimento de asociación, por ejemplo, es un medio para establecer con exactitud los efectos originados en lo inconsciente. Observamos estos efectos en aquellos trastornos del experimento que he denominado indicios del complejo. La tarea que el experimento de asociación plantea a la persona sometida a la prueba es tan extraordinariamente fácil y sencilla que hasta los niños pueden dominarla sin dificultad. Es sorprendente que a pesar de esto se registren en el experimento tantos trastornos de la acción intencionada. Los únicos motivos que cabe demostrar regularmente como causa de dichos trastornos son las constelaciones, en parte conscientes y en parte no conscientes, originadas por los llamados complejos. En la mayoría de los casos pueden relacionarse sin dificultad tales trastornos con complejos de representaciones emocionalmente acentuados. Pero muy a menudo necesitamos el método psicoanalítico para aclarar esas relaciones; esto es, debemos preguntarles a las personas sometidas a la prueba o a los pacientes qué asociaciones se les ocurren sobre las reacciones alteradas.

336 Reunimos así el material histórico de este trastorno para servirnos luego de él como fundamento de nuestro juicio. Se ha objetado inteligentemente que la persona sometida a la prueba podría decir

entonces lo que quisiera, en otras palabras, cualquier disparate. Esta objeción supone, probablemente de modo inconsciente, que el historiador que acumula el material para su monografía es un idiota que no es capaz de distinguir los paralelismos reales de los aparentes y que se deja engañar por informes burdamente mendaces. El especialista dispone de medios para evitar con seguridad los errores más groseros y probablemente los más sutiles. La desconfianza de nuestros adversarios resulta divertida al respecto, pues quien conoce el trabajo psicoanalítico sabe que no resulta demasiado difícil observar dónde hay coherencia y dónde no. Finalmente, las indicaciones fraudulentas son, en primer lugar, muy características de toda persona sometida a la prueba y, en segundo, fácilmente reconocibles por regla general como engaños.

337 Hay sin embargo una objeción que sí merece tenerse en cuenta. Puede cuestionarse que los recuerdos reproducidos posteriormente sean realmente el fundamento del sueño. Si leo por la tarde una interesante información acerca de una batalla y sueño por la noche con la guerra de los Balcanes, y si durante el análisis se me vuelven a presentar al hilo de las asociaciones recuerdos de ciertos detalles de la información de la batalla, hasta el crítico más riguroso supondrá fácilmente que mi relación retrospectiva ha de ser correcta o *verdadera*. Como ya mencioné anteriormente, también es ésta una de las más corrientes hipótesis al uso sobre el origen de los sueños. Lo único que hemos hecho ha sido aplicar consecuentemente esta hipótesis de trabajo al resto de las asociaciones ligadas a los fragmentos del sueño. Con ello sólo estamos diciendo en realidad que tal fragmento del sueño ha de estar asociado con esta ocurrencia, y que por lo tanto algo ha de tener que ver con ella, que debe existir alguna relación entre ambas cosas. Cuando un distinguido crítico dijo una vez que con las interpretaciones psicoanalíticas se podría asociar incluso un pepino con un elefante*, con su asociación pepino-elefante estaba justamente mostrando que ambas cosas poseen alguna conexión asociativa en su mente. Se necesita buena dosis de insolencia y soberbia profesoral para sostener que la mente humana establece relaciones carentes totalmente de sentido. En este ejemplo basta una mínima reflexión para entender el sentido de la asociación.

338 En el experimento de asociación podemos constatar los efectos, a veces de extraordinaria intensidad, originados en lo inconsciente precisamente por las llamadas interferencias de complejos. Pues bien, tales actos fallidos en el experimento de asociación son el prototipo

* Cf. § 42 del presente volumen.

de los actos fallidos de la vida cotidiana, que deben considerarse en su mayoría interferencias de complejos. Freud ha reunido este material en su libro *Psicopatología de la vida cotidiana*. Se incluyen ahí los llamados actos sintomáticos, que desde otro punto de vista también podrían denominarse adecuadamente «actos simbólicos», y los actos fallidos en sentido estricto, como los olvidos, el *lapsus linguae*, etc. Todos estos fenómenos son efecto de la constelación inconsciente y por lo mismo otras tantas puertas de entrada al reino de lo inconsciente. La acumulación de actos fallidos se denomina *neurosis*, que desde esta perspectiva puede considerarse un acto fallido y que, por lo tanto, debe concebirse como efecto de la constelación inconsciente.

339 En consecuencia, el experimento de asociación es no rara vez un medio para explorar, directamente por así decir, lo inconsciente, aunque casi siempre se trata de una mera técnica que nos proporciona una buena selección de actos fallidos que el psicoanálisis puede utilizar para explorar lo inconsciente. Actualmente, éste es al menos el ámbito de aplicación más seguro del experimento de asociación. Permítaseme mencionar que quizá también aporta otros datos de valor especial para echar un vistazo directo a lo inconsciente. Pero no considero esta cuestión suficientemente madura por ahora como para poder hablar de ella.

6. EL COMPLEJO DE EDIPO

340 Con todo lo expuesto sobre nuestro método acaso puedan ustedes confiar algo más en su carácter científico y estén más dispuestos a admitir que las fantasías desveladas hasta el momento por la investigación psicoanalítica no son meros supuestos e ilusiones arbitrarios de los psicoanalistas. Quizá estén también dispuestos a escuchar pacientemente lo que nos cuentan los productos de la fantasía.

341 Las fantasías de la vida adulta, en la medida en que son conscientes, presentan una formidable variedad y la configuración individual más extrema. Por ello su descripción general es prácticamente imposible. Pero las cosas cambian cuando entramos a través del análisis en el mundo de las fantasías inconscientes de un adulto. Ciertamente, también aquí es amplia la variedad del material de la fantasía, pero ni con mucho tiene aquella originalidad individual que se da en lo consciente. Aquí encontramos material más típico, que no infrecuentemente se repite de forma similar en distintas personas. Por ejemplo, son muy constantes aquellas representaciones que suponen variaciones de los pensamientos que encontramos en

las religiones y en la mitología. Este hecho es tan persuasivo que nos autoriza a decir que estas fantasías son estadios previos de las representaciones mitológicas y religiosas.

342 Sería extraordinariamente prolijo aportarles a ustedes los correspondientes ejemplos. Para estos problemas he de remitirles a mi trabajo *Transformaciones y símbolos de la libido*. Sólo les mencionaré que, por ejemplo, el símbolo central del cristianismo, el *sacrificio*, desempeña un importante papel en las fantasías de lo inconsciente. La escuela de Viena conoce este fenómeno bajo el equívoco nombre de *complejo de castración*. El término, paradójico en este uso, tiene su origen en la singular posición de la escuela de Viena, ya esbozada anteriormente, respecto a la sexualidad. En mi trabajo arriba mencionado he dedicado especial atención al problema del sacrificio. Sólo me limito a mencionarlo para pasar rápidamente a comentar algo sobre el origen del material inconsciente de la fantasía.

343 En lo inconsciente del niño, proporcionalmente a las dimensiones de su medio, se simplifican considerablemente las fantasías. Gracias a los esfuerzos coordinados de la escuela psicoanalítica hemos descubierto que la fantasía más frecuente de la infancia es el llamado *complejo de Edipo*. Esta denominación no puede ser más inapropiada. Sabemos que la trágica fatalidad de Edipo consistió en que se casó con su madre y mató a golpes a su padre. Este trágico conflicto de la edad adulta parece estar muy lejos del alma infantil, y por eso le parece al profano totalmente impensable que sea el niño quien precisamente tenga ese conflicto. Aunque si pensamos un poco resulta claro que *el* tertium comparationis *se encuentra en la estricta limitación del destino de Edipo a sus padres*. Esta restricción es característica del niño, pues para el adulto los padres no suponen una limitación de su destino. Bajo este aspecto Edipo representa en el fondo un conflicto infantil, ampliado a las proporciones de la edad adulta. La denominación de complejo de Edipo no quiere decir naturalmente que se conciba este conflicto en su forma adulta, sino según los correspondientes empequeñecimiento y debilitamiento infantiles. Pretende significar sobre todo que los requerimientos de amor infantiles están dirigidos al padre y a la madre, y que sólo puede hablarse de complejo de Edipo cuando tales requerimientos alcanzan tal intensidad como para defender celosamente al objeto.

344 Por tales debilitamiento y empequeñecimiento del complejo de Edipo no debe entenderse una reducción de la suma de los afectos en general, sino sólo de esa pequeña parte de afecto sexual característico del niño. En ese sentido, los afectos infantiles tienen esa intensidad incondicional característica del afecto sexual adulto. El niño pequeño quisiera poseer él solo a la madre y que el padre desapareciera. Como ustedes saben, los niños pequeños pueden interponerse a veces del modo más celoso entre los padres. En lo inconsciente estos deseos e intenciones adquieren una forma más concreta y drástica. Los niños son pequeños hombres primitivos y por ello están prestos a matar; tanto más fácil le resulta esta idea a lo inconsciente, que suele expresarse drásticamente. Al igual que por regla general el niño es en el fondo inofensivo, este deseo, aparentemente peligroso, es también por regla general inofensivo. Digo «por regla general», pues ustedes saben que los niños también pueden ocasionalmente ceder a sus impulsos asesinos no sólo indirecta, sino directamente. Como el niño es incapaz de intenciones premeditadas, tampoco debe estimarse peligrosa su intención asesina. Lo mismo vale para su intención edípica hacia la madre. Los leves indicios de esta fantasía pueden fácilmente pasarse por alto en lo consciente, de ahí que indefectiblemente todos los padres estén convencidos de que sus hijos no tienen complejo de Edipo. Los padres, como los amantes, están casi siempre cegados. Pero si digo que el complejo de Edipo sería en principio una fórmula del deseo infantil por el padre y la madre y del conflicto que ese deseo provoca, pues todo deseo egoísta origina conflictos, la cosa resulta más aceptable.

345 La historia de la fantasía edípica es especialmente interesante porque nos dice mucho del desarrollo del fantasear inconsciente en general. Naturalmente se piensa que el problema de Edipo es un problema del hijo. Pero esto es, curiosamente, un engaño. Sólo relativamente tarde, en la pubertad, la *libido sexualis* establece en determinadas circunstancias la diferenciación definitiva correspondiente al sexo del individuo. Anteriormente esa *libido sexualis* tiene un *carácter indiferenciado*, también denominado *bisexual*. Por ello no es sorprendente que también las niñas puedan tener realmente un complejo de Edipo. Según todo lo que sabemos hasta el momento, el primer amor se dirige a la madre, sea el niño de sexo masculino o femenino. En ese estadio de intenso amor hacia la madre, los celos mantienen al padre apartado como competidor. Naturalmente la madre no tiene, en esta temprana edad, ningún tipo de significado sexual digno de mención para el niño; en esto el término complejo de Edipo es en realidad impropio. En esta época la madre tiene aún un significado protector, envolvente y nutriente, placentero por estos motivos.

346 Es significativo que la palabra balbuciente para la madre sea mamá, coincidiendo con el pecho materno. Tal y como me participó la doctora Beatrice Hinkle, una encuesta entre niños pequeños

arrojó el resultado de que gustosamente definen a la madre como alguien que proporciona comida, chocolate, etc. Apenas podrá sostenerse que la comida sea en esta edad sólo símbolo sexual, aunque sí lo sea más tarde ocasionalmente en los adultos. La simple mirada superficial a la historia de la cultura muestra suficientemente el poder de la fuente de placer nutricio. Yo diría que los grandes festines de la Roma decadente se basaban en cualquier cosa menos en la sexualidad reprimida, pues poco se podría reprochar esto a los romanos de entonces. Es indudable que también estos excesos eran un sustituto, pero no de la sexualidad, sino de las funciones morales descuidadas, que suelen concebirse erróneamente como una ley impuesta a los hombres desde fuera. Los hombres tienen las leyes que ellos se hacen.

347 No identifico, como ya expuse antes, *eo ipso* la sensación de placer con la sexualidad. En la fase más temprana de la infancia es ínfima la proporción de la sexualidad en las sensaciones placenteras. Sin embargo, los celos sí pueden desempeñar un importante papel, y no sólo pertenecen al ámbito sexual, pues también la competencia por el alimento desempeña un papel en las primeras emociones celosas. ¡Piénsese simplemente en los animales! Es cierto que relativamente pronto se incorpora un erotismo incipiente, que va fortaleciéndose paulatinamente en el curso de los años hasta que el complejo de Edipo adopta su forma clásica. Con los años el conflicto toma en el hijo claramente una forma más varonil, típica, mientras en la muchacha se desarrolla la específica inclinación al padre y la correspondiente actitud celosa hacia la madre. Se podría denominar *complejo de Electra*. Como es sabido, ésta juró sanguinaria venganza contra su madre, Clitemnestra, que asesinó a su marido privando a Electra de su amado padre.

348 Ambos complejos de fantasías se configuran siguiendo la maduración progresiva y entran en un nuevo estadio durante la postpubertad, cuando uno comienza a separarse de los padres, cuyo símbolos ya hemos visto: el *símbolo del sacrificio*. Cuanto más se desarrolla la sexualidad, más se ve impelido el individuo a salir fuera de la familia para conseguir independencia y autonomía. Pero el niño, durante toda su previa historia personal ha ido creciendo conjunta y estrechamente con la familia, especialmente con los padres; por eso generalmente sólo con grandes dificultades logra renunciar interiormente al medio infantil, es decir, a su «actitud» infantil. Si el individuo en crecimiento no consigue desprenderse pronto interiormente de ella, *los complejos de Edipo y de Electra se vuelven un conflicto, y de ahí la posibilidad de trastornos neuróticos*, al investir una libido ya desarrollada sexualmente la forma dada



en el complejo, originando sentimientos y fantasías que evidencian categóricamente la existencia efectiva de los complejos anteriormente inconscientes y relativamente inoperantes.

349 El resultado inmediato es el surgimiento de intensas resistencias contra los impulsos inmorales provinentes de los complejos ahora activados. Las consecuencias en la conducta consciente pueden ser diversas. Si son directas, el hijo opone una potente resistencia al padre y se comporta de modo especialmente tierno y dependiente con la madre. Si son indirectas, es decir, si están compensadas, en lugar de resistirse al padre será especialmente sumiso con él mientras rechaza a la madre, con quien se muestra irritable. Las consecuencias directas e indirectas pueden alternarse en el tiempo. Lo mismo vale para el complejo de Electra. Si la *libido sexualis* quedara detenida en esta forma del conflicto, los complejos de Edipo y Electra llevarían al asesinato y al incesto. Estas consecuencias, naturalmente, no se dan en la persona normal, como tampoco en el hombre «amoral» primitivo, pues si no, hace tiempo que la humanidad se habría extinguido. Antes al contrario, en el hecho natural de que algo que cotidianamente nos rodea y nos ha estado rodeando pierda su apremiante atractivo, orientando a la libido hacia nuevos objetos, reside un importante factor de regulación que impide el asesinato y el incesto. Lo normal y absolutamente necesario es, por lo tanto, el desarrollo posterior de la libido, dirigida hacia objetos exteriores a la familia, y el fenómeno anómalo y enfermizo es que la libido se bloquee. Así y todo, es un fenómeno que también se da someramente en la persona normal.

El problema del incesto

350 La fantasía inconsciente de sacrificio que aparece en la edad madura, mucho después de la pubertad —y de la que doy un ejemplo detallado en mi trabajo *Transformaciones y símbolos de la libido*—, es una continuación directa de los complejos infantiles. La fantasía de sacrificio significa el abandono de los deseos infantiles, como muestro en el trabajo citado, donde también hago referencia a los paralelismos hallados en la historia de las religiones. No resulta sorprendente en absoluto que este problema desempeñe tan importante papel precisamente en la religión, pues la religión representa indudablemente una de las más importantes ayudas en el proceso de adaptación psicológica. Lo que principalmente impide la incorporación de novedades en la adaptación psicológica es conservar lo viejo, propio de las antiguas actitudes. Pero tampoco el ser humano es capaz de abandonar sencillamente su anterior

personalidad o sus anteriores objetos, pues lo mismo le ocurriría entonces a su libido, quedándose en el pasado. Por así decir, se empobrecería. En este punto la religión viene en su auxilio, haciendo pasar sobre los adecuados puentes simbólicos aquella libido relacionada con los objetos infantiles, los padres, hacia los representantes simbólicos anteriores, los dioses, posibilitando la transición del mundo infantil al gran mundo. De este modo la libido adquiere ulteriores usos sociales.

351 Freud concibe el complejo de incesto de una forma especial, lo que ha dado nuevamente ocasión a intensas críticas. Parte de que el complejo de Edipo es habitualmente inconsciente, concibiéndolo como la consecuencia de una represión de naturaleza moral. Quizá no me exprese correctamente del todo al reproducir con estas palabras el punto de vista de Freud. En cualquier caso, según la concepción freudiana el complejo de Edipo aparece como reprimido, es decir, desplazado a lo inconsciente mediante un *efecto reactivo* de las tendencias conscientes, de tal manera que casi parece que el complejo de Edipo podría hacerse consciente si el niño se desarrollara sin inhibiciones y no actuaran tendencias culturales sobre él[15].

352 Freud denomina a la barrera que impide ese despliegue del complejo de Edipo precisamente *barrera del incesto*; piensa, hasta donde podemos inferirlo de sus indicaciones, que la barrera del incesto sería el resultado de una experiencia retroactiva o correctora de la realidad, donde la aspiración de lo inconsciente perseguiría ilimitada e inmediata satisfacción sin consideración a los demás. Esta concepción coincide con el parecer de Schopenhauer respecto al egoísmo de la voluntad ciega, tan fuerte que un hombre sería capaz de matar a su hermano sólo para untarse las botas con su grasa. Freud supone que la barrera psicológica al incesto postulada por él podría compararse con la prohibición del incesto que encontramos también entre salvajes inferiormente organizados. Supone además que esas prohibiciones serían una prueba de un fuerte deseo de incesto, y por eso ya en un nivel primitivo se crearían leyes en su contra. Por ello Freud imagina la tendencia incestuosa como *un deseo sexual bastante concreto*, incluso lo considera el complejo nuclear de la neurosis, inclinándose a reducir a tal complejo prácticamente toda la psicología de la neurosis y, dado su carácter originario, muchas otras manifestaciones del mundo del espíritu.

15. Stekel es quien más vehementemente representa este parecer.

7. LA ETIOLOGÍA DE LA NEUROSIS

353 Volvamos con esta idea de Freud a la cuestión de la etiología de las neurosis. Hemos visto que la teoría psicoanalítica partió de la vivencia traumática de la infancia para reconocer posteriormente su irrealidad total o parcial. En consecuencia, la teoría dio un giro y buscó lo etiológicamente significativo en el desarrollo de la fantasía anormal. La gradual investigación de lo inconsciente, llevada a cabo durante un decenio por un creciente número de colaboradores, sacó a la luz abundante material empírico que permitió reconocer que el complejo de incesto es un elemento altamente significativo que nunca falta en la fantasía patológica. Sin embargo, el complejo de incesto no sólo pertenece al individuo neurótico, sino que también forma parte de la psique infantil normal. Su sola existencia, por lo tanto, no nos permite reconocer si acabará o no originando una neurosis. Para volverse patógeno precisa del conflicto; es decir, el complejo, en sí inoperante, ha de activarse para ascender a conflicto.

354 Nos topamos con una nueva e importante cuestión. Si el «complejo nuclear» infantil es una forma general, en sí patogénicamente inactiva y que, como vimos en la exposición precedente, requiere activación especial, se desplaza entonces todo el problema etiológico. En estas condiciones es inútil que ahondemos en los recuerdos de la infancia más temprana, ya que ésta proporciona únicamente las formas generales de los conflictos posteriores, pero no los conflictos en sí. Que ya la niñez tenga conflictos es algo irrelevante, pues los conflictos de la infancia son distintos que los adultos. Los casos que padecen una neurosis crónica desde la niñez no sufren el mismo conflicto infantil. Quizá la neurosis se desencadenara cuando el niño tenía que ir a la escuela. Entonces el conflicto se daba entre los tiernos mimos y el deber vital, esto es, entre el amor a los padres y el imperativo de la escuela. Hoy el conflicto se da entre las alegrías de una cómoda existencia burguesa y las rigurosas exigencias de la vida profesional. Sólo aparentemente se trata todavía del conflicto anterior. Es exactamente como si los «alemanes» de las guerras de liberación se compararan con los antiguos germanos que se alzaron contra el yugo romano.

Determinación inconsciente

355 Creo que lo mejor que puedo hacer es exponer el desarrollo posterior de la teoría con el ejemplo de aquella joven cuya historia escucharon ustedes en una conferencia anterior. Como recordarán, vimos que el susto ante los caballos llevaba, mediante la explicación

anamnésica, al recuerdo de una escena comparable de la infancia, en torno a la cual discutimos la teoría del trauma. Encontramos entonces que el elemento propiamente patológico debía buscarse seguramente en la fantasía intensificada, originada en cierto retraso en el desarrollo psicosexual. Se trata ahora de aplicar los puntos de vista teóricos obtenidos hasta aquí a la aparición del cuadro clínico para entender cómo se consteló precisamente en ese momento aquella vivencia infantil aparentemente de manera tan eficaz.

356 Para encontrar una explicación de aquel acontecimiento nocturno la vía más sencilla es interrogar sobre las circunstancias exactas de ese momento. Por ello me informé primero acerca de quiénes acompañaban a la paciente, enterándome entonces de que la dama había conocido a un joven con quien pensaba prometerse; lo amaba y esperaba ser feliz con él. No descubrí nada más de momento. Pero la investigación no debe arredrarse ante el resultado negativo de un interrogatorio superficial. Si la vía directa no lleva al objetivo, hay vías indirectas. Por eso regresamos otra vez al momento en que la joven echó a correr delante de los caballos. Nos informamos sobre las personas con quienes estaba y del tipo de encuentro festivo en el que acababa de participar: una comida de despedida de su mejor amiga que, a causa de su nerviosidad, emprendía viaje a un balneario extranjero, donde permanecería algún tiempo. La amiga estaba casada y, según se nos dijo, era feliz; también tenía un niño. Debemos desconfiar del dato de que es feliz; si fuera así no tendría presumiblemente ningún motivo para encontrarse nerviosa y necesitada de cura.

357 Enfocando de otro modo mis preguntas me enteré de que la paciente, una vez rescatada por sus conocidos, fue llevada de nuevo a la casa del anfitrión de la velada, el lugar más próximo donde poder asistirla. En estado de agotamiento, fue allí acogida amistosamente. Aquí la paciente interrumpió su relato, se mostró confusa y turbada e intentó cambiar de tema. Evidentemente se trataba de una reminiscencia desagradable surgida súbitamente. Tras superar tenaces resistencias, resultó que aquella noche aún ocurrió algo muy singular: el amistoso anfitrión le hizo una ardiente declaración de amor, creando una situación que, en ausencia del ama de casa, podría considerarse delicada y embarazosa. Según dijo, esta declaración de amor tan inesperada le cayó como una bomba. Pero una pequeña dosis de crítica aplicada a esta indicación nos enseña que esas cosas no caen del cielo, siempre tienen su prehistoria. Llevó semanas de trabajo exhumar pieza a pieza toda una larga historia de amor hasta configurar un cuadro completo, que intento bosquejar aproximadamente como sigue.

358 La paciente fue de niña muy masculina, sólo le gustaban los juegos de chicos, se reía de su propio sexo y huía de todo lo que fuera estilo y ocupación propios de las chicas. Después de la pubertad, cuando podría haber topado con el problema erótico, empezó a evitar toda compañía, odiaba y despreciaba todo cuanto le recordara siquiera de lejos la determinación biológica propia del ser humano, viviendo en un mundo de fantasías que nada tenían en común con la cruda realidad. Aproximadamente hasta sus veinticuatro años rehuyó cualquiera de las pequeñas aventuras, esperanzas y expectativas que en esa época suelen conmover interiormente a las demás mujeres. Trabó entonces mayor relación con dos señores que habrían de quebrar el seto de zarzas crecido a su alrededor. El señor A. era el esposo de su entonces mejor amiga. El señor B., un amigo soltero de él. Ambos le gustaron. Sin embargo, pronto le pareció que le gustaba muchísimo más el señor B. Sin tardar creció la confianza entre ella y el señor B., empezándose a hablar de un posible compromiso matrimonial. Los lazos que le unían al señor B. y a su amiga le hacían ver frecuentemente también al señor A., cuya presencia solía excitarle de un modo incomprensible poniéndola nerviosa.

359 En esa época la paciente asistió a un acontecimiento social de cierta importancia donde también estaban sus conocidos. Sumida en sus pensamientos, jugaba soñadoramente con su anillo, que de pronto se le cayó de la mano, rodando bajo la mesa. Ambos caballeros se pusieron a buscarlo, consiguiendo encontrarlo el señor B. Éste, con una sonrisa muy significativa, le dijo mientras ponía el anillo en su dedo: «Usted sabe lo que esto significa». Entonces se apoderó de ella un extraño e irresistible sentimiento, arrancándose del dedo el anillo y arrojándolo por la ventana. Comprensiblemente, se produjo así una situación embarazosa, y ella abandonó la reunión en una profunda desazón.

360 Poco después quiso el llamado azar que pasara las vacaciones veraniegas en un balneario donde también se encontraban el señor y la señora A. La señora A. comenzó a ponerse visiblemente nerviosa y a menudo se quedaba indispuesta en casa. Nuestra enferma tuvo así oportunidad de pasear a solas con el señor A. En una ocasión salieron en un pequeño bote. Ella estaba especialmente alegre y repentinamente cayó por la borda. Como no sabía nadar, el señor A. sólo trabajosamente pudo salvarla, subiéndola al bote medio desmayada. Entonces la besó. Con este romántico suceso los lazos se estrecharon entre ellos. Como un subterfugio contra sí misma, la paciente impulsó tanto más enérgicamente el compromiso con el señor B. convenciéndose día a día de que le amaba. Por supuesto,

este extraño juego no escapó a la aguda mirada de los celos femeninos. La señora A., su amiga, se atormentaba barruntado el secreto y, en consecuencia, su nerviosismo fue en aumento. Este empeoramiento hizo ver la inmediata necesidad de que la señora A. viajara al extranjero para someterse a tratamiento*.

361 La fiesta de despedida representó una peligrosa oportunidad. La paciente sabía que su amiga y rival salía esa misma tarde de viaje y que el señor A. estaría solo en casa. De todos modos, no pensó claramente en esa oportunidad; es sabido que ciertas mujeres poseen la notable facultad de pensar no intelectualmente, sino puramente en forma de «sentimientos», dando a entender que nunca han pensado ciertas cosas. En cualquier caso, durante toda la tarde había tenido un estado de ánimo muy extraño. Se sentía extraordinariamente nerviosa y, tras acompañar y despedir a la señora A. en la estación, al volver le sobrevino un estado crepuscular histérico. Le pregunté qué pensó o sintió cuando oyó acercarse a los caballos. Indicó que sólo había tenido el horrible presentimiento de que «se acercaba y no podía esquivarlo». A raíz de aquello, como ustedes ya saben, fue recogida extenuada en la casa del anfitrión.

362 Al simple sentido común esta consecuencia le resulta evidente. Cualquier lego dirá: «Bueno, la cosa es muy comprensible, simplemente aprovechó de algún modo la ocasión para ir, como fuera, a casa del señor A.» Pero un experto podría reprocharle al lego su incorrecta forma de expresión diciéndole que la paciente no era consciente de los motivos de su comportamiento y que no podría hablarse entonces de *intención* de ir a la casa del señor A. Seguro que hay doctos psicólogos que por tales o cuales razones teóricas pueden cuestionar la finalidad de este comportamiento; razones que se basan en el dogma de la identidad entre consciencia y alma. Ciertamente la psicología inaugurada por Freud reconoció hace mucho que, en última instancia, no es posible juzgar los actos psicológicos de acuerdo con los motivos conscientes y que sólo pueden medirse con el patrón objetivo del resultado psicológico. Pues hoy apenas puede ya cuestionarse que también hay tendencias inconscientes que influyen poderosamente en las reacciones del ser humano y en sus consecuencias.

363 Lo que sucedió en la casa del señor A. responde completamente a este modo de considerar las cosas. La paciente montó una escena sentimental a resultas de la cual el señor A. se vio obligado a reaccionar con la correspondiente declaración de amor. Considerada a la luz de estos últimos acontecimientos, *toda la historia previa aparece muy ingeniosamente orientada a este objetivo*, aunque la consciencia de la paciente se resistía constantemente a ello.

* Cf. § 218 ss. y 297 ss. del presente volumen. También OC 7,2, § 11n y 420.

364 El beneficio teórico extraído de la historia es el claro reconocimiento de que una «intención» o tendencia inconsciente escenificó el susto ante los caballos, usando muy probablemente aquel recuerdo infantil en el cual los caballos corren imparables hacia la inevitable catástrofe. A la luz del conjunto del material, la escena de los caballos, desencadenante de la enfermedad, aparece como la clave de bóveda de un edificio cuidadosamente construido. El susto y el efecto aparentemente traumático de la vivencia infantil han sido meramente escenificados, si bien de ese modo especial y característico de la histeria que hace de lo escenificado casi exactamente una realidad. Sabemos por la experiencia de cientos de casos que ciertos dolores histéricos se escenifican para lograr específicos resultados en el entorno. No obstante, tales dolores son reales. No es sólo que los enfermos crean que tienen dolores, sino que desde el punto de vista psicológico son exactamente igual de reales que los causados orgánicamente; a pesar de ello están escenificados.

La regresión de la libido

365 Este uso de reminiscencias en la escenificación de un cuadro clínico o de una etiología aparente se llama *regresión de la libido*. La libido vuelve a los recuerdos y los activa, *simulando de ese modo una etiología aparente*. De acuerdo con la teoría anterior, en este caso el susto ante los caballos aparentemente se apoyaría en el antiguo trauma. Es manifiesta la similitud de las escenas, y en ambos casos el susto es plenamente real para la paciente. No tenemos razón alguna para dudar de sus indicaciones al respecto, pues esas indicaciones coinciden completamente con las demás experiencias. El asma nerviosa, los estados de angustia histérica, las depresiones y las exaltaciones psicógenas, los dolores, convulsiones, etc., son completamente reales, y quien ha vivido como médico alguna vez en él mismo un síntoma psicógeno sabe lo absolutamente real que se siente. Las reminiscencias, incluso aquellas de naturaleza plenamente fantástica, cuando vuelven a vivirse regresivamente son tan reales como los recuerdos de las realidades vividas.

366 Como sugiere el término «regresión de la libido», se concibe este modo retrógado de aplicación de la libido como un retroceso a estadios anteriores. En nuestro ejemplo podemos reconocer claramente cómo discurre el proceso de regresión. En aquella fiesta de despedida donde la ocasión se mostró favorable para estar a solas

con el anfitrión, la paciente retrocedió ante el pensamiento de aprovechar esa oportunidad dejándose dominar por sus deseos, no reconocidos hasta entonces. La libido, por lo tanto, no fue empleada de forma consciente para el objetivo determinado, y por *no reconocerse* se impuso por la vía inconsciente pretextando el susto ante un peligro inminente. El sentimiento experimentado al aproximarse los caballos ilustra palmariamente nuestra formulación: tuvo la sensación de lo inevitable.

367 Puede ilustrarse muy bellamente el proceso regresivo con una imagen empleada por Freud. La libido es comparable a una corriente que al chocar en su curso con un obstáculo se represa, provocando una inundación. Si la corriente creó anteriormente otros cauces en su curso superior, el represamiento hace que se llenen volviendo a ser, en cierto modo, lechos de corriente ocupados, aunque de existencia irreal y sólo pasajera. No es que a partir de ahora la corriente elija permanentemente el camino antiguo, únicamente mientras dure el obstáculo en el curso principal. Los cursos adyacentes no llevan agua no porque fueran desde el principio, por así decir, ríos independientes, sino porque previamente, cuando se formó el lecho de la corriente principal, fueron estadios o posibilidades pasajeras cuyas huellas perduran y que, por lo tanto, al producirse inundaciones ocasionalmente, pueden manifestarse de nuevo.

368 La imagen puede trasladarse directamente al desarrollo de las aplicaciones de la libido. En la época del desarrollo infantil de la sexualidad la libido no encuentra aún la dirección definitiva, el lecho de la corriente principal, y discurre por todos los caminos laterales posibles; sólo gradualmente va desplegándose la forma definitiva. Al excavar la corriente el lecho principal, se seca el resto de los cursos laterales, que pierden toda importancia hasta quedar sólo pequeñas trazas. Del mismo modo, también la importancia de las prácticas infantiles preliminares a la sexualidad se desvanece generalmente casi por completo dejando ciertas huellas. Si más tarde se presenta un obstáculo, el represamiento de la libido anima nuevamente los viejos caminos laterales, originando entonces un estado en realidad nuevo y al tiempo anómalo. Porque aunque el estado infantil sea un modo normal de aplicación de la libido, el regreso de la libido a las vías infantiles es algo anómalo. Por eso opino que Freud no está autorizado a denominar *perversas* las manifestaciones sexuales infantiles, ya que una manifestación normal no debe describirse en términos patológicos. Este empleo impropio ha tenido también fatales consecuencias confundiendo al público científico. Al aplicar estos términos de la experiencia con neuróticos a sujetos normales se presupone, de algún modo, que la

vía lateral anómala de la libido descubierta en el neurótico sería aparentemente idéntico fenómeno en el niño.

369 La misma equívoca aplicación de términos patológicos se produce en la llamada *amnesia de la infancia*, que me gustaría mencionar aquí de pasada. A pesar de que la amnesia es un estado patológico consistente en la «represión» de determinados contenidos de la consciencia, no puede ser idéntica a la amnesia anterógrada de los niños, consistente en una *incapacidad intencional de reproducción*, como en los salvajes. Esta incapacidad de reproducción es congénita y puede achacarse de modo transparente a causas biológicas. Sería una hipótesis sorprendente pretender reducir la calidad, completamente distinta, de la consciencia de la primera infancia a represiones sexuales según el modelo de la neurosis. La amnesia neurótica surge a partir de la continuidad del recuerdo, mientras que en el recordar de la primera infancia hay islas dispersas en la continuidad del no recuerdo. Tal estado es, propiamente hablando, diametralmente opuesto al de la neurosis, de suerte que utilizar en este caso la expresión «amnesia» es absolutamente incorrecto. La «amnesia de la infancia» es una conclusión extraída de la psicología de la neurosis, igual que la «disposición perverso-polimorfa» del niño.

El periodo de latencia sexual

370 Este error de formulación teórica sale a la luz en la curiosa doctrina del llamado *periodo de latencia sexual* de la infancia. Freud observó que las manifestaciones sexuales de la primera infancia, que yo denomino *fenómenos de la fase presexual*, desaparecen al cabo de algún tiempo para emerger de nuevo sólo mucho después. Freud pretende que lo que denomina «masturbación del lactante» (es decir, todas aquellas acciones similares a lo sexual ya mencionadas) reaparece después como auténtica masturbación. Tal proceso evolutivo sería un caso único en biología. Con esta tesis, en efecto, se admitiría, por ejemplo, que en una planta brote un capullo a partir del cual se despliega la flor, pero que antes de que ésta se desarrolle plenamente se recogería escondiéndose en el capullo para reaparecer más tarde con una forma parecida. Ese supuesto imposible deriva de la afirmación de que las actividades de la primera infancia correspondientes a la fase presexual serían fenómenos sexuales y que las acciones similares a la masturbación propias de esa época serían masturbaciones genuinas. Aquí se venga la terminología incorrecta y la extensión exagerada del concepto de lo sexual. De este modo Freud tuvo que suponer que habría una desaparición, esto es, un periodo de latencia sexual. Lo que Freud describe como una



nueva desaparición no es otra cosa que el auténtico *comienzo de la sexualidad*, mientras que lo precedente no sería sino una mera fase previa sin correspondencia alguna con el carácter propiamente sexual. Así se explica de un modo muy simple el imposible fenómeno del periodo de latencia.

371 La teoría del periodo de latencia es, por el contrario, un excelente ejemplo de lo incorrecto de suponer una sexualidad en la primera infancia. No se trata de errores de observación, pues precisamente la hipótesis del periodo de latencia demuestra con cuánta claridad ha observado Freud la aparente reaparición de la sexualidad. El error está en la concepción. Como ya vimos anteriormente, el *prôton pseûdos* [error fundamental] consiste en una concepción algo anticuada de la multiplicidad de los impulsos. En cuanto establecemos el supuesto de la existencia contigua de dos o más impulsos, tenemos que pensar asimismo que, aunque todavía no se manifieste un impulso, existe sin embargo *in nuce*, según la imagen de la teoría de las cajas que se contienen unas a otras. En el terreno de la física esto sería como decir que cuando un trozo de hierro muy caliente pasa a la luminiscencia del rojo vivo la luz ya estaba contenida *in nuce* en el calor. Tales supuestos son peligrosas proyecciones de representaciones humanas al ámbito de lo transcendental en contra de los postulados de la teoría del conocimiento. De ahí que no se pueda hablar de un impulso sexual existente *in nuce*, pues haciéndolo forzaríamos la interpretación de aquellos fenómenos que podrían explicarse mucho más acertadamente de otro modo. Únicamente podemos hablar de la manifestación de la función nutricia, de la función sexual, etc., y sólo cuando la correspondiente función alcance la superficie con evidencia inequívoca. Hablamos de luz cuando el hierro se pone visiblemente al rojo, no cuando está simplemente caliente.

372 Freud observó con claridad que la sexualidad de los neuróticos no puede realmente compararse sin más con la sexualidad infantil, pues son dos cosas completamente distintas la suciedad de un niño de dos años y la de un catatónico de cuarenta. Una es normal y la otra evidentemente patológica. Freud añadió a sus *Tres ensayos** un corto pasaje que dice que la *forma infantil de la sexualidad neurótica se basaría, exclusivamente en unos casos y parcialmente en otros, en regresiones*, lo cual viene a decir que allí donde quepa suponer que se trata de la misma antigua vía lateral infantil, también se vería regresivamente acrecentada la función de esta vía lateral. Con ello Freud admite que, *en la mayoría de los casos*, la sexuali-

* *Tres ensayos para la teoría sexual*, p. 1194.



dad infantil de los neuróticos es un *fenómeno regresivo*. Que esto sea así concuerda con el conocimiento, derivado de las recientes investigaciones, de la validez en el sujeto normal de las mismas experiencias observadas en el neurótico respecto a su psicología infantil. En cualquier caso podemos decir que la evolución de la sexualidad infantil en el neurótico sólo se diferencia de la del normal como mucho en detalles mínimos que escapan completamente a la apreciación científica. Son raras las diferencias llamativas.

La importancia etiológica del presente

373 Cuanto más profundamente avanzamos en la comprensión de la esencia del desarrollo infantil tanto más parece que encontraremos tan pocas cosas definitivas como en el caso del trauma infantil. Ni con las más afinadas reflexiones sobre la historia averiguaremos jamás por qué los pueblos que habitan el suelo de Alemania tuvieron precisamente este destino y los que habitaban la Galia aquel otro. Cuanto más nos alejamos en la investigación analítica de la época de la neurosis manifiesta menos encontraremos la auténtica *causa efficiens* de la neurosis, ya que los errores dinámicos se van borrando a medida que retrocedemos hacia el pasado. Si construimos nuestra teoría derivando la neurosis de causas que se encuentran en el pasado más lejano, estaremos obedeciendo sobre todo al ansia de nuestros pacientes por alejarnos en lo posible del presente crítico. *Porque es esencialmente en el presente donde se halla el conflicto patógeno*. Es exactamente igual que si un pueblo quisiera reducir sus lamentables condiciones políticas del presente a los acontecimientos del remoto pasado, por ejemplo, como si los alemanes del siglo XIX quisieran atribuir su desmembramiento y su incapacidad políticos a la dominación de los romanos, en lugar de buscar los motivos de sus dificultades en el presente. Esencialmente es en el presente donde se hallan los motivos reales y la posibilidad de solventarlos.

374 Una gran parte de la escuela psicoanalítica está sugestionada por la idea de que la sexualidad infantil sería *conditio sine qua non* de la neurosis, y no sólo el teórico, que en el fondo investiga la infancia únicamente por interés científico, sino también el práctico opinan que deben dar vueltas y más vueltas alrededor de la prehistoria infantil, intentando encontrar allí las fantasías condicionantes. ¡Vana empresa! En el ínterin se le escapa al analista lo más importante, es decir, el conflicto presente y sus exigencias. En nuestro caso no entenderíamos nada de las condiciones de la aparición del ataque histérico si buscáramos su causa en la lejana infancia. Aquellas reminiscencias condicionan básicamente sólo lo formal; lo dinámico, por

el contrario, surge del presente, y sólo el conocimiento de la significación actual permite una auténtica comprensión.

375 No creo que sea inoportuno señalar aquí que no se me ocurre culpar a Freud personalmente de las múltiples concepciones que han originado interpretaciones erróneas. Sé con seguridad que Freud, como buen empírico, siempre y en toda ocasión sólo ha publicado formulaciones a las que no concede validez eterna. Pero también es igual de cierto que el público científico se inclina al credo y al sistema, unas veces postulados y otras combatidos igual de ciegamente. Sólo puedo decir que dentro del conjunto de los trabajos de Freud hay determinadas concepciones generales que se han empleado ocasionalmente de modo excesivamente dogmático. También han conducido a principios técnicos ciertamente incorrectos, cuya existencia no puede sin más suponerse en Freud. Como es sabido, las cosas son considerablemente más fluidas y flexibles en el espíritu del creador que en el de los seguidores, quienes, a falta de la fuerza configuradora viva, sustituyen continuamente esa carencia con la fidelidad dogmática, al igual que el adversario se aferra sólo a las palabras porque no capta el contenido vivo. Así pues, mis palabras están menos dirigidas a Freud, de quien sé que reconoce en cierta medida la orientación finalista de las neurosis, que al público que discute sus opiniones.

376 De lo dicho hasta aquí probablemente se desprenda claramente que no se puede conocer la historia de una neurosis sin comprender antes cómo se ordenan teleológicamente sus diversos factores. Entendemos así por qué fue patógeno aquel momento de la prehistoria de nuestro caso y también por qué eligió precisamente ese simbolismo. Con el concepto de regresión la teoría se libera de la rígida fórmula que valoriza las vivencias infantiles dando así al conflicto actual el valor que sin duda le corresponde empíricamente. Freud mismo introdujo ya en sus *Tres ensayos para la teoría sexual* el concepto de regresión, estableciendo con certeza que la experiencia no permite ver la causa de la neurosis exclusivamente en el pasado. Cuando los materiales de las reminiscencias se activan fundamentalmente mediante regresión, hay que plantearse la cuestión de si el efecto aparentemente determinado de las reminiscencias no podrá simplemente atribuirse a la regresión de la libido.

377 Como acaban de escuchar, Freud mismo ha dejado entrever en sus *Tres ensayos para la teoría sexual* que el infantilismo de la sexualidad neurótica *debe principalmente su existencia a la regresión*. Esta constatación merece destacarse de modo totalmente distinto a como lo fue en los *Tres ensayos* (Freud, por lo demás, lo ha hecho debidamente en sus trabajos posteriores). *En efecto, el*

reconocimiento de la regresión de la libido anula en amplísima medida la significación etiológica de las vivencias infantiles. De todos modos nos parece bastante extraño que los complejos de Edipo o de Electra deban tener una fuerza determinante en la aparición de la neurosis, pues tales complejos se dan en todos los seres humanos, incluso en quien no conoció a su padre ni a su madre y fue educado por padres adoptivos. Analizando algunos casos de este tipo encontré los complejos de incesto exactamente igual de desarrollados que en los demás pacientes; me parece que esto constituye una buena prueba de que el complejo de incesto es mucho menos una realidad que una formación de la fantasía en alguna medida meramente regresiva, y que los conflictos resultantes del complejo de incesto deben reducirse más al anacrónico perseverar de la actitud infantil que a auténticos deseos de incesto, siendo únicamente fantasías regresivas encubiertas. Desde esta concepción, las vivencias de la infancia casi sólo tienen significación en la neurosis si la regresión de la libido las torna significativas. Que así ha de ser se desprende en considerable medida del hecho de que ni el trauma sexual infantil ni el complejo de incesto, que después de todo se presenta en todas las personas, desencadenan una histeria. La neurosis sobreviene sólo cuando el complejo de incesto es activado mediante la regresión.

Fracaso de la adaptación

378 Con ello abordamos la siguiente cuestión: *¿qué causa la regresión de la libido?* Para poder responder a la pregunta debemos investigar con una precisión algo mayor las condiciones que promueven las regresiones. En el tratamiento de este problema suelo poner gustosamente a mis pacientes el siguiente ejemplo: un amante del alpinismo que se propone escalar cierta cima puede encontrar en su camino un obstáculo insuperable, por ejemplo una pared rocosa cortada a pico imposible de salvar. El hombre, después de buscar una vía, se dará media vuelta y, lamentándolo, renunciará a coronar esa cima. Se dirá: «Con mis medios no puedo vencer este obstáculo, así que escalaré otra montaña más fácil».

379 Vemos en esta actidud cómo actúa normalmente la libido: el hombre da la vuelta ante la imposibilidad y emplea la libido que no alcanzó su objetivo para una nueva escalada.

380 Pero pongámonos ahora en el caso de que aquella pared rocosa no fuera realmente insuperable para los medios físicos del hombre, sino que éste haya retrocedido ante la algo difícil empresa simplemente por pusilanimidad. Aquí se abren dos posibilidades:

1. El hombre se irrita ante su cobardía y se propone ser menos pusilánime la próxima vez; también se dice que con esa pusilanimidad no debería emprender escaladas demasiado arriesgadas. En cualquier caso, reconocerá que su capacidad moral no basta para superar las dificultades. Utiliza así la libido que no ha alcanzado su objetivo original en una provechosa autocrítica para, tomando en consideración sus circunstancias morales, trazar un plan y cumplir, sin embargo, su deseo de escalar una cima.

2. La segunda posibilidad es que el hombre no reconozca su cobardía y declare rotundamente que la pared rocosa es inexpugnable, aunque en realidad podría darse perfecta cuenta de que superaría obstáculo si tuviera el valor necesario. Pero prefiere el autoengaño. Se crea ahora la situación psicológica relevante para nuestro problema.

381 Bien mirado, el hombre sabe en el fondo que sería posible físicamente dejar atrás el obstáculo y que sólo moralmente es incapaz de ello. Pero rechaza *a limine* este desagradable pensamiento. Es tan engreído que no puede confesarse su cobardía. Su valor es una pose ante sí mismo y prefiere declarar imposibles las cosas antes que reconocer su verdadero valor. Con este proceder entra en contradicción consigo mismo: por un lado comprende correctamente el asunto y por otro se esconde de esa comprensión tras la ilusión de un valor incuestionable. Reprime la comprensión correcta y busca imponer violentamente a la realidad su juicio subjetivo e ilusorio. Esta contradicción provoca que la libido se escinda y que ambas mitades se enfrenten entre sí: a su deseo de escalar la cima opone su juicio, inventado por él mismo y artificialmente sostenido, de que tal paso es imposible. No da media vuelta ante la imposibilidad real, sino ante una barrera artificial inventada por él. De este modo entra en desacuerdo consigo. A partir de este momento lucha interiormente contra sí mismo. La supremacía está tan pronto en el reconocimiento de su cobardía como en su terquedad y orgullo. En todo caso la libido queda ahora fijada en una guerra civil estéril, incapacitándole para nuevas empresas. No podrá realizar su deseo de coronar una cima puesto que se equivoca radicalmente respecto a sus cualidades morales. Con ello disminuye su productividad, no se adapta del todo, esto es, si a modo de ejemplo puede hablarse así, enferma neuróticamente. La libido que retrocedió ante el obstáculo no conduce ni a una autocrítica sincera ni a ningún intento desesperado de vencerlo a cualquier precio, sino a sacarse de la manga la inconsistente afirmación de que el paso era después de todo imposible y que frente a él todo el valor de un héroe no habría servido de nada.

Regresión al nivel infantil

382 Este tipo de reacción se denomina *infantil*. Por supuesto, es característico del niño y, en general, del espíritu ingenuo no buscar el error en uno mismo, sino siempre en las cosas externas, intentando imprimir violentamente a las cosas el propio juicio subjetivo.

383 Por lo tanto, este hombre resuelve el problema de una manera infantil, es decir, sustituye el modo de adaptación adulto del caso precedente por el propio del espíritu infantil. *Esto es regresión.* Su libido da media vuelta ante el obstáculo que no puede superar y sustituye la actuación real por una ilusión infantil.

384 Este caso se observa cotidianamente en el trabajo con las neurosis. Sólo quisiera traer a colación aquellos casos, bien conocidos, de muchachas que enferman de histeria de modo relativamente repentino cuando deben decidir su compromiso matrimonial. Quisiera ponerles como ejemplo el caso de dos hermanas. Las muchachas se llevan sólo un año de diferencia. Similares en capacidades y carácter, su educación fue la misma y crecieron en el mismo medio y bajo los mismos influjos paternos. Supuestamente sanas, no padecieron trastornos nerviosos de importancia. Sin duda un observador atento habría descubierto que la hija mayor era ligeramente la preferida de los padres. Esta predilección se basaba en la particular sensibilidad de esta hija. Era más cariñosa, madura y desenvuelta que la pequeña. Junto a esto mostraba algunos rasgos coquetos e infantiles, cosas que, precisamente a consecuencia de su carácter un poco contradictorio y desequilibrado, contribuían al encanto de su personalidad; no resulta sorprendente, por lo tanto, que el padre y la madre estuvieran particularmente contentos con la hija mayor.

385 Al llegar a la edad casadera, ambas trabaron relaciones íntimas con dos chicos y pronto se planteó la posibilidad de boda. Como siempre, también aquí se presentaron ciertas dificultades. Las muchachas eran jóvenes y tenían poca experiencia del mundo. También los dos chicos eran relativamente jóvenes y su posición era todavía mejorable, pues se encontraban al comienzo de su carrera. En suma, eran excelentes personas. Las jóvenes gozaban de una situación social que les permitía ciertas aspiraciones. En su situación cabía dudar de la conveniencia de tales matrimonios. A esto habría que añadir que las muchachas no conocían todavía suficientemente bien a sus esposos *in spe* y, consecuentemente, estaban inseguras de su amor. Por lo tanto había muchas vacilaciones y dudas. Curiosamente resultó ser la mayor quien más vacilaba en sus correspondientes decisiones. También por esta inseguridad se produjeron a veces momentos embarazosos con los jóvenes, quienes,

naturalmente, estaban impacientes. En tales momentos la hermana mayor estaba más inquieta que la pequeña. Algunas veces acudió llorando a la madre quejándose del desamparo que esa inseguridad le deparaba. La pequeña resultó ser más decidida y puso término a las fluctuaciones de la situación dando el sí a su pretendiente. Superó así la inseguridad, y no tuvo mayor dificultad de ahí en adelante.

386 En cuanto el pretendiente de la hermana mayor oyó que la pequeña había accedido, se dirigió rápidamente a su dama solicitándole, algo impetuosamente, el sí definitivo. Tal impetuosidad la irritó y asustó ligeramente, aunque, en realidad, estaba inclinada a ceder siguiendo el ejemplo de la hermana. Contestó negativamente y algo altanera y él se lo reprochó intensamente, a lo que ella reaccionó irritándose más aun. Al final se produjo una escena de lágrimas y él se marchó enfadado. En casa, él le contó la historia a su madre, quien opinó que aquella muchacha evidentemente no le convenía, y que por lo tanto sería mejor que se buscara otra. La muchacha, por su parte, a raíz de la escena se sumió en un mar de dudas sobre si realmente amaba a aquel hombre. De pronto le resultó inconcebible tener que seguir a aquel hombre a un destino incierto y abandonar a sus queridos padres. Las cosas llegaron tan lejos que la relación acabó rompiéndose. A partir de entonces la muchacha se volvió malhumorada, mostraba claras señales de intensísimos celos hacia su hermana pequeña sin quererlos ver o reconocer. También se rompió la buena relación con los padres. En lugar de sus anteriores inclinaciones infantiles empezó a mostrarse quejumbrosa, llegando en algunos momentos a la más virulenta irritación. Empezó a padecer depresiones que duraban semanas. Cuando la hermana pequeña celebró su boda, la mayor estaba en un lejano balneario debido a un problema intestinal de origen nervioso. No seguiré con esta historia clínica: se desarrolló una histeria habitual.

387 En el análisis de este caso se descubrieron fuertes resistencias hacia el problema sexual. Estas resistencias eran consecuencia de las muchas fantasías perversas de la paciente, cuya existencia no quería confesarse. La pregunta sobre el origen de esas fantasías perversas, inesperadas en una joven, permitió descubrir que a sus ocho años se topó repentinamente en la calle con un exhibicionista. Aparentemente fue presa del pánico y mucho tiempo después aún se veía perseguida en sueños por la desagradable imagen. Al parecer, su hermana pequeña también estuvo presente en dicha situación. La noche que siguió a esta narración la paciente soñó con un hombre de traje gris que se disponía a hacer ante ella lo mismo que el exhibicionista. Despertó con un grito de angustia.

388 Asoció inmediatamente con el traje gris un traje que llevaba el padre en una excursión que hicieron ellos solos cuando tenía seis años. Indudablemente este sueño relacionaba al padre con el exhibicionista. Debe haber una razón para esto. ¿Acaso ocurrió con el padre algo que causara esta asociación? Esta pregunta provocó una intensa resistencia por parte de la paciente, pero no la dejaba en paz. En las sesiones siguientes surgieron algunos recuerdos muy tempranos de haber visto desnudarse al padre. Un día vino confusa y estremecida para contar que había tenido una visión espantosa y absolutamente nítida: de noche en la cama se sintió como una niña de dos o tres años que ve a su padre delante de la cama en actitud obscena. La narración brota entrecortadamente y, por así decir, entre ahogos, obviamente en medio de las más intensas luchas interiores. A ello le sigue una serie de lamentaciones coléricas sobre lo espantoso que ha de ser un padre que haga cosas tan terribles con una hija.

389 Nada es más improbable que que el padre de la paciente hiciera realmente este tipo de cosas. Es una mera fantasía, presumiblemente formada sólo en el curso del análisis, a raíz de esa misma necesidad de causalidad que también en su día indujo al médico a la teoría de que la histeria estaría ocasionada sencillamente por este tipo de impresiones.

390 Este caso me parece muy apropiado para aclarar el *significado de la teoría de la regresión* y, al mismo tiempo, revelar las fuentes de los errores teóricos cometidos hasta ahora. Hemos visto que originalmente las dos hermanas se diferenciaban relativamente poco. A partir del momento que se plantea el compromiso matrimonial sus caminos se separan totalmente. En lo sucesivo parecen dos caracteres diametralmente opuestos. Una de ellas tiene una salud y una alegría vital florecientes, es una mujer cabal y valerosa que se somete de buen grado a las demandas naturales de la vida; la otra es sombría, caprichosa, está llena de amargura y veneno; egoístamente refractaria a cualquier esfuerzo para llevar una vida razonable, es quisquillosa y resulta una carga para quienes la rodean. Esta extraordinaria diferencia era única y exclusivamente el resultado de haber pasado precisamente una de ellas felizmente las dificultades de la fase del compromiso y la otra *no*. En ambos casos pendía de un hilo que la cosa se malograra. La pequeña era algo más tranquila, luego más reflexiva, y encontró en el momento justo la palabra justa. La mayor, algo más mimada y sentimental y, por lo tanto, más influida por sus afectos, precisamente por ello no encontró la palabra justa en el momento justo ni tampoco el valor para renunciar a su orgullo y enmendar el asunto. Esta pequeña

causa tuvo grandes efectos. Las condiciones eran originalmente casi iguales para ambas. Pero resultó decisiva el exceso de sensibilidad de la mayor.

Sensibilidad y regresión

391 La cuestión es ahora de dónde procede esa sensibilidad de consecuencias tan desdichadas. El análisis remite a una sexualidad infantil-fantástica extraordinariamente desarrollada y a la fantasía incestuosa con el padre. Si suponemos ahora que esos fantasmas están vivos y, por lo tanto, operantes desde hace mucho tiempo, se soluciona rápida y cómodamente el problema de la sensibilidad. Creemos comprender fácilmente por qué la muchacha era tan sensible: estaba, desde luego, totalmente ensimismada en sus fantasías y secretamente ligada al padre, y en esas condiciones sería desde luego un auténtico milagro que estuviera dispuesta al amor y al matrimonio.

392 Cuanto más lejos perseguimos, obedeciendo a nuestra necesidad de causalidad, el desarrollo de estos fantasmas hasta su origen, tanto mayores son las dificultades del análisis, es decir, tanto mayores se vuelven las resistencias, como las denominamos. Llegamos finalmente a una escena impresionante, precisamente aquel improbable acto obsceno que ya mencionamos. La escena tiene todo el carácter de una construcción ulterior. De ahí que seguramente no debamos concebir las dificultades que hemos llamado «resistencias», al menos en aquel punto del análisis, como medidas de defensa contra la toma de consciencia de un recuerdo penoso, sino como una oposición a construir esa fantasía.

393 Alguno de ustedes se preguntará, sorprendido: pero entonces, ¿qué obliga a la paciente a idear una fantasía de ese tipo? Incluso se sospechará que es el médico quien ha forzado en ese sentido a la paciente, pues está claro que difícilmente habría tenido una idea tan absurda. No me atrevo a dudar de que ha habido y hay casos en que la necesidad de causalidad del médico, particularmente si estaba influido por la teoría del trauma, haya forzado al paciente a inventar tales fantasías. Pero el médico, por su parte, no habría llegado a esa teoría si no hubiera tratado de aclarar la dirección de los pensamientos del paciente, proceso en el que justamente intervino aquel movimiento retrógrado que denominamos *regresión*. Con ello, el médico simplemente ejecuta consecuentemente lo que el paciente teme ejecutar, es decir, una regresión, un retroceso de la libido hasta sus últimas consecuencias.

394 Así pues, cuando el análisis va tras la regresión de la libido, no



siempre sigue en realidad el camino trazado por el desarrollo histórico sino a menudo una fantasía formada ulteriormente y sólo en parte basada en antiguas realidades. En nuestro caso son también sólo en parte vivencias reales, a las que se añadió también posteriormente su gran significación, y todo ello con la libido en regresión. Siempre que la libido se apodera de alguna reminiscencia podemos esperar que elabore y modifique su configuración. Pues todo cuanto toca la libido resulta vivificado, dramatizado y sistematizado. En nuestro caso debemos reconocer que seguramente en su mayor parte sólo posteriormente ha cobrado esa importancia, cuando la libido en regresión inviste todo lo que encuentra a su paso que le venga bien hasta configurar por último una fantasía que, de acuerdo con la dirección regresiva de su movimiento, retrocedió finalmente hasta el padre, manifestando aquellos deseos sexuales infantiles. Con ello se sigue el mismo camino utilizado siempre que pensamos que la Edad de Oro o el Paraíso se encuentran en el pasado.

395 Por lo tanto, en nuestro caso únicamente sabemos que los materiales fantásticos que proporciona el análisis han adquirido significado posteriormente, y sólo con estos materiales no somos capaces de aclarar el surgimiento de la neurosis. De otro modo nos moveríamos continuamente en círculo. El momento crítico explicativo de la neurosis fue aquel en que ambos estaban dispuestos a encontrarse, cuando, a causa de la inoportuna sensibilidad de la paciente y acaso también de su pareja, se dejó escapar el momento oportuno.

¿Es primaria la sensibilidad?

396 Se podría decir aquí —y la concepción psicoanalítica es proclive a esta suposición— que la sensibilidad crítica procedería de una especial prehistoria psicológica determinante de ese desenlace. Sabemos que en las neurosis psicógenas la susceptibilidad es siempre síntoma de desacuerdo consigo mismo, un síntoma del antagonismo de dos tendencias divergentes. Cada una de estas tendencias tiene su prehistoria psicológica, y en este caso se puede también demostrar claramente que el monto de resistencia que constituía el contenido de la sensibilidad crítica está de hecho asociado históricamente a determinadas actividades sexuales de la infancia y a la llamada vivencia traumática, como factores capaces de proyectar una cierta sombra sobre la sexualidad. Esto sería muy plausible si la hermana de la paciente no hubiera vivido más o menos lo mismo, aunque sin pagar las mismas consecuencias, esto es, volverse neurótica.

397 Debería por lo tanto admitirse que la paciente vivió especialmente aquellas cosas, con efectos hasta cierto punto más persisten-

tes que en la hermana pequeña. En consecuencia, ¿fueron, los acontecimientos de la primera infancia a la larga mucho más significativos para ella? Si tal fuera el caso en tan notable medida, se hubiera observado ya entonces su profundo efecto. Sin embargo, la paciente superó y olvidó posteriormente esos tampranos acontecimientos igual que su hermana a lo largo de su juventud. Por eso podemos también aventurar otra conjetura acerca de aquella sensibilidad crítica originada en esa singular prehistoria, y es si no habría estado siempre presente. Un observador atento de niños pequeños puede constatar en todo momento en el lactante una sensibilidad intensificada. Una vez traté a una paciente histérica que me mostró una carta que su madre escribió cuando tenía dos años. La madre escribía de la paciente y de su hermana que la primera era una niña siempre amable y emprendedora mientras que la otra tenía dificultades para manejarse con las personas y las cosas; más tarde, la primera se volvió histérica y la otra catatónica. Diferencias profundas de esta índole, que alcanzan hasta la más temprana infancia, no pueden referirse a acontecimientos accidentales de la vida, sino que deben considerarse innatas. Desde esta perspectiva no puede sostenerse que la singular prehistoria psicológica sea la culpable de la sensibilidad mostrada en el momento crítico; parece más correcto afirmar que aquella sensibilidad innata se manifestaría naturalmente con la máxima intensidad en situaciones desacostumbradas.

398 Este exceso de sensibilidad es un frecuentísimo complemento de la personalidad, que a menudo contribuye más a resaltar su encanto que a perjudicar el carácter. Sólo cuando se presentan situaciones difíciles e inusuales suele convertirse con bastante frecuencia la ventaja en desventaja, al perturbar los afectos inoportunos la reflexión serena. *Pero nada sería más incorrecto que valorar ese exceso de sensibilidad como un componente enfermizo* eo ipso *del carácter*. Si tal fuera el caso probablemente habría que considerar patológica aproximadamente a la cuarta parte de la humanidad. Pero si esa sensibilidad tiene consecuencias destructivas para el individuo no puede considerarse normal y debe observarse cuidadosamente.

399 Se acaba llegando a esta contradicción si enfrentamos rígidamente entre sí, como yo he hecho ahora, las dos concepciones sobre la significación de la prehistoria psicológica. En realidad no se da ni lo uno ni lo otro. Una cierta sensibilidad innata lleva a una particular prehistoria, esto es, a una particular vivencia de los acontecimientos infantiles que no puede ser indiferente para el desarrollo de la cosmovisión del niño. *Los acontecimientos asociados a fuertes impresiones siempre dejan huella en la persona sensible*. Huellas que, como se sabe, muchas veces siguen operando a lo largo de la

vida. Tales vivencias pueden también ejercer un influjo condicionante sobre la entera evolución intelectual de una persona. Precisamente las experiencias sucias y decepcionantes en el ámbito sexual son muy capaces de intimidar durante años a una persona hasta el punto de provocar las máximas resistencias el mero pensamiento de contenido sexual.

400 A consecuencia del conocimiento de estos casos hay una inclinación algo excesiva, como muestra la teoría del trauma, a desplazar el total desarrollo afectivo de la persona —o al menos una gran parte— a lo accidental. La antigua teoría del trauma fue al respecto demasiado lejos. No hay que olvidar nunca que el mundo es también —y en primer término— fenómeno subjetivo. *La vivencia de las impresiones accidentales es también obra nuestra*. Las impresiones no se nos imponen incondicionalmente, nuestra disposición condiciona la impresión. Una persona con la libido represada tendrá habitualmente impresiones completamente distintas, esto es, mucho más intensas, que aquella otra cuya libido está canalizada en múltiples actividades. Una persona sensible se impresiona por un acontecimiento que a otra menos sensible le deja fría.

401 De aquí que junto a la impresión accidental debamos tener muy en cuenta las condiciones subjetivas. Nuestras reflexiones anteriores sobre un caso concreto han mostrado que *la condición subjetiva más importante es la regresión*. La eficacia de la regresión es, tal y como enseña la experiencia *in praxi*, tan grande y tan impresionante que uno se vería inclinado a imputar el efecto de las vivencias accidentales sólo y exclusivamente a este mecanismo. Indudablemente hay casos donde todo está escenificado y donde las vivencias traumáticas también son artefactos puramente fantásticos, deformándose completamente las pocas vivencias reales mediante una elaboración fantástica posterior. Incluso puede decirse con toda tranquilidad que no hay *un* solo caso de neurosis en el cual el valor emotivo de la vivencia precedente no haya sufrido una considerable intensificación a consecuencia de la regresión de la libido, o en el que no aparezcan abundantes elementos del desarrollo infantil cuya extraordinaria significación se debe sin embargo casi exclusivamente a la regresión (por ejemplo, la relación con los padres).

402 La verdad se encuentra, como siempre, en el medio. La prehistoria tiene desde luego un valor determinante, intensificado por la regresión. Unas veces pasa a primer término la significación traumática de la prehistoria y otras su significación regresiva. Por supuesto, estas consideraciones pueden aplicarse también a las vivencias sexuales infantiles. Hay sin duda casos en los que a causa de vivencias sexuales brutales se arrojó justificadamente una sombra

sobre la sexualidad, y de ahí la posterior resistencia del individuo frente a ella. (Menciono aquí de pasada que también las impresiones terribles de naturaleza distinta a la sexual dejan a la larga una cierta inseguridad que puede determinar en el individuo una actitud vacilante ante la realidad.) Cuando faltan acontecimientos reales que hagan incuestionable la posibilidad de un efecto traumático —como es el caso en casi todas las neurosis—, estaremos ante un predominio del mecanismo de regresión.

403 También podría objetarse que no tenemos ningún criterio para valorar la posibilidad efectiva de un trauma, pues éste sería un concepto extremadamente relativo. No obstante, las cosas no son totalmente así, ya que en el concepto de normalidad promedio tenemos un criterio de la posibilidad efectiva de un trauma. Si algo resulta apropiado para causar profunda y persistente impresión en la persona normal también podemos reconocer su influencia condicionante en la neurosis. Pero aquello que normalmente debe soportarse y desaparecer no se le puede sin más atribuir una fuerza determinante en la neurosis. En los casos en que algo resulta inesperadamente traumático, lo más probable es la regresión y, por lo tanto, una escenificación meramente secundaria. *Cuanto más tempranamente en la primera infancia se afirme que ha ocurrido la impresión, tanto más sospechosa será su eficacia.* Pues los animales y los hombres primitivos no tienen ni de lejos la gran disponibilidad para evocar el recuerdo de impresiones únicas que posee el hombre civilizado. Tampoco los niños en un estadio evolutivo temprano tienen la capacidad para impresionarse que adquirirán posteriormente. Es requisito ineludible cierto nivel de desarrollo de las facultades intelectuales para poder tener impresiones. Por ello puede afirmarse tranquilamente que cuanto más tempranamente sitúa el paciente una vivencia impresionante tanto más fantástica y regresiva será. No podemos esperar impresiones de cierta amplitud antes de las vivencias de la juventud avanzada. En cualquier caso, a los acontecimientos de la primera infancia —por ejemplo, hasta el quinto año— seguramente sólo ha de atribuírseles una significación regresiva. En años posteriores la regresión desempeña también a veces un papel verdaderamente sobresaliente. Pero tampoco cabe dar una significación demasiado reducida a la vivencia accidental. *En el curso ulterior de una neurosis la vivencia accidental y la regresión cooperan en la vía del* circulus vitiosus*: retroceder ante la vivencia lleva a la regresión y la regresión acrecienta las resistencias a la vivencia.*

El significado teleológico de la regresión

404 Antes de seguir avanzando en nuestras consideraciones debemos atender aún a la cuestión del significado teleológico que cabría atribuir a las fantasías regresivas. Quizá podría uno darse por satisfecho suponiendo que las fantasías no son más que un sustituto de la actuación real y que por ello no tienen mayor significación. Es apenas probable que las cosas sean así. Ya vimos que la teoría psicoanalítica se inclina a ver en las fantasías (ilusiones, prejuicios, etc.) la razón de la neurosis, pues su carácter delata una tendencia que está en contradicción con la actuación racional. También es frecuente que las cosas se presenten como si realmente el enfermo utilizara en el fondo su prehistoria para demostrar que él no puede actuar racionalmente, con lo cual el médico, que, como cualquier persona, se inclina fácilmente a simpatizar con el enfermo (esto es, a identificarse inconscientemente), tiene la impresión de que los argumentos del enfermo conforman una etiología efectiva. En otros casos las fantasías tienen más el carácter de hermosos ideales que sustituyen a la cruda realidad mediante formaciones de la fantasía tan bellas como irreales; aquí se evidencia una megalomanía más o menos patente que compensa convenientemente la ociosidad y la incapacidad premeditadas. Las fantasías francamente sexuales delatan muchas veces el claro objetivo de acostumbrar al enfermo a la idea de ese destino sexual y, por lo tanto, también de ayudarle a superar de algún modo la oposición.

405 Si consideramos con Freud la neurosis como un intento de curación malogrado, tendremos también que reconocer un doble carácter en las fantasías: por una parte, la tendencia enfermiza, de rechazo, y por otra, la tendencia estimuladora y de aprendizaje. Al igual que en la persona normal la libido se represa ante un obstáculo que le fuerza a la introversión y a la reflexión, así también en el neurótico se producen en esas condiciones una introversión y una actividad acrecentada de la fantasía, donde sin embargo queda detenido *porque prefiere la facilidad del modo infantil de adaptación.* No ve que en esta operación trueca una ventaja momentánea por una desventaja duradera haciendo mal negocio. Así, por ejemplo, para la administración de una ciudad es mucho más fácil y grato dejar en suspenso todas las pesadas medidas higiénicas; pero si se presenta una epidemia, el pecado de omisión se cobra amarga venganza. *Por lo tanto, si bien el neurótico pretende todo tipo de facilidades, también tiene que pagar las consecuencias.* Esté o no dispuesto a ello, las consecuencias le alcanzarán de todos modos.

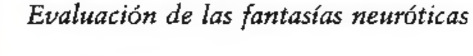
406 En general, sería muy incorrecto negar cualquier valor teleológico a las fantasías aparentemente enfermizas de los neuróticos. De hecho son comienzos germinales del desarrollo espiritual y del descubrimiento de nuevas vías de adaptación. El regreso a lo infantil significa no sólo regresión y detención, sino también la posibilidad de descubrir un nuevo plan de vida. Así, la regresión es también, considerada de modo plenamente riguroso, condición básica del acto creador. Remito a este respecto a mi trabajo sobre la libido tantas veces citado.

8. LOS FUNDAMENTOS TERAPÉUTICOS DEL PSICOANÁLISIS

407 Con el concepto de regresión probablemente el psicoanálisis ha hecho uno de sus mayores descubrimientos. Con él no sólo se vienen abajo, o quedan al menos profundamente modificadas, las anteriores formulaciones de la evolución de la neurosis, sino que también *el conflicto actual* recibe la justa valoración que merece.

408 En nuestro caso anterior vimos que la escenificación sintomática sólo podía entenderse como expresión del conflicto actual. La teoría psicoanalítica se acerca así a los resultados del experimento de asociación, sobre los que hablé en mis conferencias en la Clark University. El experimento de asociación con un neurótico ofrece una serie de indicios de determinados conflictos de naturaleza actual que denominamos complejos. Tales complejos contienen precisamente aquellos problemas y dificultades que revelan un desacuerdo del paciente consigo mismo. Por regla general se trata de conflictos amorosos plenamente manifiestos. Desde la perspectiva del experimento de asociación la neurosis es algo completamente distinto que desde la perspectiva de la teoría psicoanalítica anterior. Este último punto de vista considera la neurosis como una formación desarrollada a partir de raíces en la temprana infancia que acaba sofocando lo normal; desde el punto de vista del experimento de asociación la neurosis aparece como una reacción al conflicto actual, algo que también sucede naturalmente con la misma frecuencia en la persona normal pero que ésta resuelve sin mayores dificultades. Sin embargo, el neurótico queda detenido en el conflicto y su neurosis es más o menos un estado consecutivo a su detención. Por lo tanto, podemos decir que los resultados del experimento de asociación hablan muy favorablemente de la doctrina de la regresión.





Evaluación de las fantasías neuróticas

409 Con la anterior concepción «histórica» de la neurosis creímos comprender fácilmente por qué el neurótico, con su poderoso complejo parental, tenía tantas dificultades para adaptarse al mundo. Pero ahora, sabiendo que la persona normal tiene exactamente los mismos complejos y que básicamente sigue la misma evolución psicológica que el neurótico, ya no podemos recurrir a la explicación basada en ciertos desarrollos de los sistemas de fantasías. Por el contrario, actualmente el planteamiento verdaderamente explicativo es prospectivo. Ya no preguntamos si el paciente tiene un complejo paterno o materno, o fantasías incestuosas inconscientes y vinculantes. Hoy sabemos que todo el mundo las tiene. Fue un error creer que sólo los neuróticos tenían ese tipo de cosas. Lo que ahora preguntamos es *cuál es la tarea que el paciente no quiere realizar y qué dificultad de la vida intenta esquivar.*

410 Si la persona sólo buscara adaptarse completamente su libido siempre estaría en orden y sería empleada en suficiente medida. Cuando eso no sucede, se estanca provocando síntomas regresivos. No cumplir el trabajo de adaptación, esto es, la vacilación del neurótico ante la dificultad, es en primerísimo lugar *la vacilación que todos los seres experimentan ante un nuevo esfuerzo o trabajo de adaptación.* Pueden extraerse al respecto provechosas enseñanzas del adiestramiento de animales. En muchos casos esta explicación será en principio completamente suficiente. Desde este punto de vista resulta incorrecta la explicación aceptada hasta ahora, que reduce la resistencia del neurótico a su dependencia de las fantasías. Aunque también sería muy unilateral adoptar por principio solamente el nuevo punto de vista. Hay también una dependencia de las fantasías, aun cuando éstas sean en general de naturaleza secundaria. La dependencia de las fantasías (ilusiones, prejuicios, etc.) se desarrolla paulatinamente desde la más temprana infancia como una costumbre a raíz de innumerables regresiones ante los obstáculos. De ese modo se desarrolla una forma de ser rígida que resulta familiar a cualquier conocedor de las neurosis: los pacientes se sirven de su neurosis como excusa para sustraerse a todos sus deberes biológicos. Naturalmente, esta huida suscita la costumbre de vivir conforme a las fantasías en vez de cumplir con los deberes. En cierto sentido, esta dependencia de la fantasía lleva al neurótico a que la realidad le parezca menos real e interesante que a la persona normal. Como ya expuse anteriormente, los prejuicios y las resistencias fantásticos pueden basarse ocasionalmente en experiencias que están más allá de toda intencionalidad y que no son decepciones buscadas ni nada por el estilo.

411 La última y más profunda raíz de la neurosis parece ser la sensibilidad innata, que depara ya al lactante dificultades en forma de excitaciones y resistencias innecesarias[16]. En muchos casos la aparente historia etiológica de la neurosis revelada por el psicoanálisis probablemente no es, en realidad, sino un inventario de fantasías, reminiscencias, etc., seleccionadas y dirigidas oportunamente, producidas por el paciente a partir de la libido no utilizada adecuadamente en la adaptación biológica. Así, aquellas fantasías presuntamente etiológicas revelan ser sólo formaciones sustitutorias, encubrimientos y pseudoargumentaciones del esfuerzo no realizado frente a la realidad. Como es natural, el ya mencionado *circulus vitiosus* entre retroceso ante la realidad y regresión hacia lo fantástico resulta magníficamente apropiado para simular vínculos causales decisivos, en los que no sólo cree el paciente sino también el médico. Las experiencias accidentales encajan en ese engranaje únicamente como «circunstancias atenuantes», aun cuando no deje de reconocerse su existencia real y efectiva.

412 Debo dar en parte la razón a los críticos que de su lectura de las historias clínicas psicoanalíticas sacan la impresión de encontrarse ante algo fantásticamente artificioso. Pero cometen el fallo de atribuir tales artificios fantásticos y simbolismos rebuscados y violentos a la sugestión y fértil fantasía del médico y no a la de sus pacientes, incomparablemente más fértil. Efectivamente, hay mucha artificiosidad en los materiales de la fantasía de una historia clínica psicoanalítica. La mayor parte de las veces se encuentran llamativos indicios de la activa inventiva de los pacientes. No están tan descaminados los críticos cuando afirman que en sus propios casos de neurosis no se presentan ese tipo de fantasías. No dudo lo más mínimo de que los pacientes no son conscientes en absoluto de la mayoría de sus fantasías. Una fantasía en estado inconsciente sólo existe «realmente» cuando surte algún tipo de efecto demostrable en la consciencia, por ejemplo en forma de sueño. En caso contrario, puede considerarse irreal sin ningún género de dudas. Quien pasa por alto los efectos, a menudo casi imperceptibles, de las fantasías inconscientes sobre la consciencia, renunciando incluso al análisis serio y técnicamente correcto de los sueños, es natural que pase fácilmente por alto que sus pacientes tienen fantasías. Esta objeción tan frecuente nos hace sonreír de buen grado.

413 Aunque también hay algo de verdad que debe reconocerse. La tendencia regresiva del paciente, intensificada además por la atención psicoanalítica a lo inconsciente, esto es, a lo fantástico, inventa y crea también durante el psicoanálisis. Cabe decir incluso que durante el psicoanálisis tal actividad se acrecienta especialmente, al ver confirmada el paciente su tendencia regresiva por el interés del médico, fantaseando aun más. Por eso la crítica ha señalado reiteradamente que una terapia escrupulosa de la neurosis debe emprender el camino exactamente opuesto al del psicoanálisis; quiere decirse que la primera tarea de la terapia consiste en sacar al paciente de sus insanas fantasías y devolverlo a la vida real.

16. «Sensibilidad» es, por supuesto, sólo una palabra. También podría decirse reactividad o labilidad. Como es sabido, hay al respecto muchos términos en circulación.

414 El psicoanalista ya lo sabe, por supuesto, y también sabe perfectamente hasta dónde se puede llegar con el neurótico con el mero «sacar» las fantasías. Nosotros, médicos prácticos, nunca preferiríamos naturalmente un método de tratamiento fatigoso y complicado, impugnado además por todas las autoridades, a uno sencillo, claro y fácil. Me son muy bien conocidas la sugestión hipnótica y la técnica de persuasión de Dubois, y si no las aplico es sólo por su relativa ineficacia. Por lo mismo tampoco utilizo la *«rééducation de la volonté»*, pues obtengo mejores resultados con el psicoanálisis.

Participación activa de la fantasía

415 Pero si aplicamos el psicoanálisis hemos de seguir las fantasías regresivas de los pacientes. El psicoanálisis valora los síntomas desde un punto de vista mucho más moderno que los demás métodos psicoterapéuticos. Éstos parten de la hipótesis de que la neurosis es una formación absolutamente enfermiza. La neurología no ha contemplado hasta ahora la neurosis como un intento de curación, por lo que debe suponerse asimismo en las formaciones neuróticas un sentido teleológico muy especial. Como cualquier enfermedad, también la neurosis es un compromiso entre sus causas y la función normal. Igual que la moderna medicina no sólo distingue en la fiebre la enfermedad sino también la reacción eficaz del organismo, tampoco el psicoanálisis ve en la neurosis *eo ipso* algo antinatural, enfermizo, sino también algo dotado de sentido y finalidad.

416 De aquí se deriva fácilmente la actitud investigadora y expectante del psicoanálisis frente a la neurosis. El psicoanálisis siempre se abstiene de enjuiciar el valor de los síntomas, intentando primero entender las tendencias subyacentes. Si consiguiéramos destruir una neurosis como, por ejemplo, se destruye un carcinoma, perderíamos gran cantidad de energía útil. Nosotros salvamos esa energía: la ponemos al servicio de los objetivos del impulso de curación tratando de aclarar el sentido de los síntomas, es decir, participando con el paciente en el movimiento de regresión. Quien esté poco familia-

rizado con la esencia del psicoanálisis indudablemente no comprenderá demasiado fácilmente que haya resultados terapéuticos si el médico sigue las fantasías «nocivas» del enfermo. Y no sólo los adversarios del psicoanálisis, los mismos enfermos también dudan del valor terapéutico de un método que atiende precisamente a aquello que condenan como algo sin valor y rechazable, es decir, sus fantasías. Se oye a menudo decir a los pacientes que sus médicos anteriores les prohibieron específicamente ocuparse de sus fantasías y que les sentaba realmente bien además liberarse de esa terrible plaga siquiera por unos momentos. No podía dejar de resultarles extraño que favoreciera su estado ser reconducidos por el tratamiento justo allí de donde querían escapar continuamente.

417 A esta objeción hay que responder que todo depende de cómo se comporte el paciente ante sus fantasías. Hasta ahora, fantasear era para el paciente una actividad totalmente pasiva e involuntaria. Se abismaba en sus ensueños, como suele decirse. Tampoco el llamado «cavilar» de los pacientes es otra cosa que involuntario fantasear. Lo que el psicoanalista requiere del paciente parece ser lo mismo, pero sólo quien tenga un conocimiento superficial del psicoanálisis podría confundir el ensoñar pasivo del paciente con el proceder psicoanalítico. Lo que el psicoanálisis requiere del paciente es precisamente lo contrario de lo que ha hecho hasta ahora. El paciente es como una persona que se hunde tras haber caído involuntariamente al agua y el psicoanálisis exige de él que sea un buceador. Pues el lugar donde ha caído el paciente no es casual. Hay ahí un tesoro hundido que sólo un buceador puede subir a la superficie.

418 Esto es, el paciente considera sus fantasías sin valor ni sentido cuando las juzga desde el punto de vista de la razón, pero en realidad ejercen gran influencia sobre él debido a su gran significación. Son viejos tesoros hundidos que sólo un buceador puede rescatar. Lo cual quiere decir que, al contrario de lo que hacía antes, el paciente debe a partir de ahora dirigir deliberadamente su atención a su vida interior; lo que antes soñaba debe en lo sucesivo pensarlo consciente e intencionadamente. Esta nueva forma de pensar en sí mismo guarda tanta similitud con el estado espiritual anterior como el de un buceador con el de quien se está ahogando. De este nuevo imperativo surgen intención y objetivo, es decir, *trabajo*. Ahora el paciente, apoyado por su médico, se ocupa de sus fantasías no para perderse en ellas sino para descubrirlas pieza a pieza y sacarlas a la luz del día. Logra así un punto de vista objetivo sobre su vida interior, consiguiendo afrontar ahora todo aquello que antes temía u odiaba. Esto es también el principio de toda terapia psicoanalítica.

La tarea de la adaptación

419 El paciente estaba hasta ahora parcial o totalmente fuera de la vida debido a su enfermedad. En consecuencia, había descuidado muchos de sus deberes vitales, bien sus obligaciones sociales, bien sencillamente sus deberes humanos. Para sanar debe volver a enfrentarse con el cumplimiento de esos deberes individuales. Deberes, quisiera mencionarlo a modo de precaución, que no deben entenderse en el sentido de postulados de carácter ético general, sino como deberes frente a sí mismo, sin interpretarse *eo ipso* como intereses egoístas, pues el hombre es también un ser social, algo que los individualistas olvidan con demasiada fácilidad. Una persona corriente se siente mejor ante una virtud pública que ante un vicio privado, por seductor que sea. Quienes se dejan engañar por tales intereses especiales son ya neuróticos o personas de algún modo fuera de lo común.

420 El neurótico retrocede ante estos deberes y su libido, siquiera parcialmente, abandona las tareas de la realidad y se introvierte, es decir, se dirige a la vida interna. Dado que renunció totalmente a superar determinadas dificultades reales, la libido tomó la vía de la regresión, ocupando así en gran medida la fantasía el lugar de la realidad. Inconscientemente (y a menudo también conscientemente) el neurótico prefirió soñar y fantasear a vivir en la realidad. Para reconducir otra vez al enfermo a la realidad y al cumplimiento de sus ineludibles deberes vitales, el análisis emprende la misma vía «errónea» de regresión que la libido del enfermo, por eso al comienzo de un psicoanálisis parecen apoyarse las inclinaciones enfermizas del paciente. Pero el psicoanálisis aborda los fantásticos extravíos del enfermo para reconducir la valiosa libido ligada a las fantasías a la consciencia y a las tareas del presente. Esto sólo puede hacerse recuperando las fantasías y, a su través, la libido adherida a ellas. Si no hubiera libido ligada a ellas podríamos abandonar tranquilamente las fantasías inconscientes a su suerte y a su fantasmagórica existencia. Es inevitable que el enfermo, que al comienzo del psicoanálisis se siente confirmado en su tendencia a la regresión, oriente con sus crecientes resistencias el interés psicoanalítico a las profundidades del mundo de las sombras.

421 Por eso es también muy comprensible que todo médico, como cualquier persona normal, experimente las más intensas resistencias contra la tendencia regresiva enfermiza del paciente y sienta con absoluta claridad lo patológico de tal tendencia. Especialmente por su condición de médico cree actuar de manera correcta haciendo caso omiso de las fantasías del enfermo. Es incluso comprensible

que el médico sienta repugnancia ante esta tendencia, pues indudablemente repugna ver a una persona enteramente absorbida en su importancia exclusiva mirándose continuamente al espejo. Generalmente, al sentimiento estético de la persona normal la mayor parte de las fantasías neuróticas le suelen resultar desagradables, cuando no sencillamente repugnantes. El psicoanalista debe dejar a un lado ese juicio de valor estético, igual que cualquier otro médico que quiera ayudar verdaderamente a un enfermo. No ha de temer el trabajo sucio. Hay por supuesto infinidad de personas físicamente enfermas que sin exploración detallada ni tratamiento local radical se curan con remedios generales de carácter físico, dietético y sugestivo. Pero en los casos graves sólo puede proporcionar ayuda una terapia basada en una exploración exacta y en un conocimiento profundo de la enfermedad. Hasta ahora, nuestros métodos psicoanalíticos en vigor eran esas medidas generales, que en los casos leves no sólo no dañan sino que suponen un verdadero provecho. Sin embargo, gran número de enfermos son inaccesibles por estos medios. Si algo puede serles útil es el psicoanálisis, y con ello, por descontado, no quiero decir que el psicoanálisis sea la panacea. Esto es lo que, según las críticas malévolas, pretenderíamos. Sabemos muy bien que el psicoanálisis fracasa en determinados casos y es cosa sabida que nunca podrán curarse todas las enfermedades.

422 El trabajo de buceo del análisis sube pieza a pieza a la superficie desde el fangoso fondo materiales sucios que primero deben limpiarse antes de reconocer su valor. Se desechan las fantasías sucias sin valor para aprovechar de nuevo, mediante el trabajo de limpieza, la valiosa libido adherida a ellas. Al psicoanalista experto, como a cualquier especialista, también las fantasías, no sólo la libido a ellas adherida, le resultan en ocasiones especialmente valiosas. Pero al paciente no. Al médico las fantasías le son valiosas sólo científicamente, como al cirujano puede resultarle de interés científico si el pus contiene estafilococos o estreptococos. Al paciente esto le es completamente indiferente. El médico hará bien en ocultar su interés científico ante el paciente para no inducirle más satisfacción que la precisa por sus fantasías. La significación etiológica que se atribuye, creo que injustificadamente, a las fantasías explica por qué en la literatura psicoanalítica se concede tanto espacio a la detallada discusión casuística de las diferentes formas de fantasía. Cuando acabe por saberse que aquí todo es posible, se perderá gradualmente el aprecio inicial por las fantasías y el empeño por descubrir en ellas el factor etiológico. Nunca una casuística, por extensa que sea, será capaz de agotar este mar. Teóricamente, cada caso es inagotable.

423 En la mayoría de los casos la producción de fantasías cesa al cabo de algún tiempo, de lo cual no debe deducirse naturalmente que se hayan agotado las posibilidades de fantasear; el final de la producción significa más bien que ya no hay libido en la vía de la regresión. El movimiento regresivo acaba cuando la libido se apropia de las verdaderas tareas del momento y se ve requerida para resolverlas. Aunque hay no pocos casos en los que, bien por el propio gusto en la actividad fantaseadora o bien por una orientación incorrecta del médico, los pacientes quedan detenidos más de lo habitual en la producción interminable de fantasías. Esto les sucede, por cierto, fácilmente a los terapeutas principiantes que, deslumbrados por la casuística recopilada hasta ahora, se detienen en el pretendido significado etiológico de las fantasías, esforzándose continuamente en refrescar fantasías de la prehistoria infantil, pues creen erróneamente encontrar ahí la solución de las dificultades neuróticas. No ven que la *solución se encuentra en la acción y en el cumplimiento de ciertos deberes biológicos ineludibles*. Se objetará que la neurosis consiste precisamente en la incapacidad del paciente para cumplir con esas exigencias, y que la terapia ha de capacitarle, o al menos proporcionarle los necesarios remedios mediante el análisis de lo inconsciente.

424 Presentada de esta forma, la objeción es totalmente correcta, pero hay que agregar que sólo es válida cuando el paciente es verdaderamente consciente de la tarea que se pretende cumplir, no sólo formalmente, esto es, en sus rasgos generales teóricos, sino también en detalle. Pues bien, caracteriza al neurótico carecer justamente de ese conocimiento, aunque, según su inteligencia, se oriente generalmente bien en sus tareas biológicas, e incluso se aplique con tesón a cumplir los preceptos de la moral al uso. Pero desconoce, a veces completamente, los deberes vitales para consigo mismo, incomparablemente más importantes. Por ello no basta seguir al paciente a ciegas en su vía regresiva ni, por un interés etiológico fuera de lugar, empujarle hasta sus fantasías infantiles. A menudo escucho de pacientes atascados en un tratamiento psicoanalítico cosas así: «El señor doctor opina que debe haber un trauma infantil o la correspondiente fantasía reprimida». Junto a aquellos casos en que esta sospecha estaba plenamente justificada, he visto también otros cuyo obstáculo consistía en que la libido despertada por el análisis se hundía de nuevo en las profundidades al no tener aplicación posible porque la atención del médico se dirigía completamente a lo infantil y no al trabajo de adaptación que en ese momento debía llevar a cabo el paciente. En consecuencia, la libido rescatada por el análisis siempre volvía a hundirse al no ofrecérsele ninguna oportunidad de actuación.



425 Hay muchos pacientes que consiguen sin ayuda comprender por sí mismos sus tareas vitales, abandonando relativamente pronto la producción de fantasías regresivas y optando por vivir en la realidad en vez de fantasear. Lamentablemente esto no sucede en todos los pacientes. No pocos renuncian a cumplir sus tareas vitales durante larguísimos periodos, quizá incluso permanentemente, optando por la ensoñación inactiva y neurótica. (Vuelvo a subrayar aquí que por «ensoñación» no debe entenderse siempre ni mucho menos un fenómeno consciente.)

426 De acuerdo con los hechos y adquirido este conocimiento, el carácter del psicoanálisis fue modificándose en el curso de los años. Si en su primer estadio fue inicialmente una especie de método quirúrgico que pretendía retirar del alma el cuerpo extraño, el afecto bloqueado, después se transformó en una especie de método histórico que aspiraba a investigar cuidadosamente hasta en sus últimos detalles la génesis de la neurosis retrotayéndola a su temprano origen.

La transferencia

427 Es evidente que este último método se debe esencialmente al intenso interés científico y a la empatía personal, cuyos vestigios siguen impregnando las presentaciones casuísticas. Gracias a esta circunstancia Freud consiguió descubrir también en qué consistía el efecto terapéutico del psicoanálisis. Mientras anteriormente se provocaba ese efecto mediante la descarga del afecto traumático, ahora nos encontramos con que las fantasías reveladas se asocian sin excepción con la persona del médico. Freud denominó *transferencia* a este proceso, en concordancia con el hecho de que el paciente transfería ahora al médico las fantasías anteriormente ligadas a las imágenes mnémicas (*imagines*) de los padres. La transferencia no se limita a su aspecto puramente intelectual, sino que la libido adherida a las fantasías desarma al médico. Todas aquellas fantasías sexuales alusivas que envolvían la *imago* de los padres envuelven ahora al médico, y cuanto menos lo advierta el paciente tanto más, y con más fuerza, se vinculará inconscientemente con aquél.

428 Este conocimiento reviste para el paciente una importancia capital en varios aspectos, sobre todo en el biológico. Cuanto menos aporte al mundo real tanto más crecerán sus fantasías separándose de la realidad. Es típico del neurótico mantener siempre con la realidad una relación perturbada, es decir, una adaptación disminuida. La transferencia tiende un puente al paciente para llegar desde la familia a la realidad o, con otras palabras, desde el medio infantil al

mundo adulto, representando parcialmente el médico el mundo extrafamiliar.

429 Por otra parte, la transferencia es también un poderoso obstáculo para el progreso del tratamiento, pues en esa transferencia el paciente asimila al médico, que debiera representar para él un fragmento de la realidad extrafamiliar, al padre y a la madre, quedando en suspenso todo el provecho de la nueva conquista. Cuanto más consiga el paciente ver al médico como una persona cualquiera, conocerlo objetivamente, tanto más aprovechará la transferencia. Pero cuanto menos vea al médico como una persona en general y más lo asimile al padre, tanto menor será el provecho y mayor el perjuicio de la transferencia. Si el paciente se limita sencillamente a ampliar el medio familiar con una persona similar a los padres seguirá en un ambiente y una constelación infantiles, pudiendo desaprovechar completamente las ventajas de la transferencia.

430 Hay pacientes con la mejor de las disposiciones hacia el psicoanálisis y extraordinariamente fecundos en la producción de fantasías que no hacen el mínimo progreso, aun cuando aparentemente toda la evolución de su neurosis se haya aclarado hasta su rincón más oculto. En tales casos, el médico limitado por el modo de ver histórico puede sumirse en la perplejidad y debe entonces preguntarse qué queda por analizar. Precisamente son esos casos, ya mencionados anteriormente, que en absoluto apelan al análisis del material histórico sino a la acción y, en lugar primordial, a la superación de la actitud infantil. Es verdad que el análisis histórico revela una y otra vez que el paciente se sitúa frente al médico de modo infantil, aunque no encuentra la forma de solventarlo. Hasta cierto punto este importante inconveniente de la transferencia se da en todos los casos. Incluso ha quedado probado gradualmente que la parte del psicoanálisis mencionada hasta ahora, con ser probablemente de interés y valor extraordinarios desde el punto de vista científico, tiene sin embargo en la práctica una significación considerablemente menor que el *análisis de la transferencia* que sigue a continuación.

Confesión y psicoanálisis

431 Antes de entrar en detalle en esta parte del análisis, especialmente importante en la práctica, quisiera atraer su atención sobre el paralelismo existente entre la primera parte del análisis y una determinada institución histórico-cultural: me refiero a la institución religiosa de la *confesión*.

432 Nada hay en el hombre que provoque mayor aislamiento de la comunidad que la «posesión» de secretos personalmente importan-

tes que permanecen celosa y temerosamente ocultos. Son los hechos y pensamientos «pecaminosos» los que muy a menudo separan y enajenan a los hombres. Por eso la confesión produce a veces una verdadera liberación. El considerable sentimiento de alivio que suele seguir a la confesión debe atribuirse al retorno a la comunidad humana de quien estaba perdido. Su soledad y su aislamiento morales, tan pesados de soportar hasta ese momento, acaban con la confesión. Aquí estriba el provecho psicológico esencial de la confesión.

433 La confesión tiene además necesariamente otras consecuencias: al transferir el secreto y las subyacentes fantasías inconscientes se crea un cierto vínculo moral del individuo con el confesor, la llamada «relación de transferencia». Quien tiene experiencia psicoanalítica sabe cuánto gana la significación personal del médico cuando el paciente logra confesarle sus secretos. Es asombroso hasta qué punto modifica esto a menudo el comportamiento del paciente. Probablemente era también intención de la Iglesia lograr este efecto. El hecho de que la mayor parte de la humanidad no sólo necesite de guía, sino que además no desee en absoluto nada mejor que ser guiada y tutelada, justifica en cierto modo el valor moral que la Iglesia atribuye a la confesión. El sacerdote, investido de todos los atributos de la autoridad paterna, es el guía y pastor responsable de su rebaño. Él es el *confesor* y los miembros de su comunidad los *penitentes*.

434 En esto los sacerdotes y la Iglesia sustituyen a los padres, liberando así al ser humano de la estrechez de los vínculos familiares. Mientras el sacerdote sea una personalidad moralmente prestigiosa, de natural nobleza de alma y correspondiente cultura espiritual, la institución de la confesión ha de celebrarse como un método espléndido para la guía y educación sociales, y, efectivamente, durante más de milenio y medio ha cumplido esta imponente tarea educativa. Así como la Iglesia cristiana de la Edad Media supo proteger el arte y la ciencia —lo que consiguió tal vez gracias a la considerable tolerancia en tales épocas hacia los aspectos mundanos—, la confesión pudo considerarse un admirable medio educativo. Pero la confesión perdió este valor educativo, por lo menos para las personas de gran talla intelectual, en cuanto la Iglesia dio pruebas de su incapacidad para mantener una posición rectora en el plano espiritual, consecuencia inevitable del anquilosamiento espiritual. En nuestra época, la persona de cierto nivel moral e intelectual ya no desea seguir una fe o un dogma rígido. Quiere entender. No es sorprendente que deseche lo que no entiende, y el símbolo religioso forma parte de esas cosas que no son en absoluto fácilmente accesibles al entendimiento. Por eso casi siempre es la religión lo primero que se

arroja por la borda. El *sacrificium intellectus* que reclama la fe positiva es un acto de violencia al que se opone la conciencia de cualquier persona de alto nivel.

435 En lo que ahora respecta al análisis, podría juzgarse terapéuticamente suficiente en la mayoría de los casos la relación de transferencia y dependencia hacia el analista si éste fuera una persona sobresaliente que estuviera capacitada desde cualquier punto de vista para guiar responsablemente a sus pacientes y ser un padre para su pueblo. Pero el hombre moderno e intelectualmente desarrollado aspira —consciente o inconscientemente— a regirse por sí mismo y caminar moralmente por su propio pie. Quiere llevar con sus propias manos el timón que otros llevaron por él durante demasiado tiempo. Quiere entender o, en otras palabras, ser una persona adulta. Desde luego es mucho más sencillo ser guiado, pero la persona cultivada de nuestra época ya no lo acepta, pues siente que el espíritu de la época reclama de él *autonomía moral*. El psicoanálisis debe contar con esta exigencia y rechazar la pretensión del paciente de ser permanentemente guiado e instruido. El analista conoce demasiado bien su propia imperfección para creerse además en condiciones de desempeñar el papel de guía y de padre. Su máxima aspiración sólo podrá consistir en educar a sus pacientes como personas independientes, liberándolas de la dependencia inconsciente a las limitaciones infantiles. El psicoanálisis, por lo tanto, debe analizar la transferencia, una tarea que el sacerdote no aborda, para cortar el vínculo inconsciente (¡y consciente!) con el médico, y para que el paciente empiece a caminar con sus propios pies. Al menos tal es la intención del tratamiento[17].

Análisis de la transferencia

436 Ya hemos visto que la transferencia alimenta toda clase de dificultades en la relación médico-paciente, asimilando siempre al médico más o menos *sub specie* familiar. La primera parte del análisis, el descubrimiento del complejo, es más bien fácil y sencilla, pues al fin y al cabo todo el mundo se desembaraza gustosamente de sus dolorosos secretos. Hay que añadir, además, la especial satisfacción experimentada cuando se consigue por fin que alguien escuche comprensivamente todas esas cosas que nadie quiere atender. Para el paciente es un sentimiento particularmente grato sentirse entendido y tener un médico decidido a entenderlo en toda ocasión y

17. Cf. mis argumentos al respecto en *La psicología de la transferencia*. [OC 16,12.]

dispuesto también aparentemente a seguirle en todos sus posibles extravíos. Hay pacientes que tienen incluso un «test» propio para esto, alguna pregunta especial que hacer al médico; si éste no sabe o no quiere saber contestarla y la obvia, no servirá al paciente para nada. El sentimiento de ser entendido tiene especial atractivo para las almas enfermas más aisladas, insaciables en su exigencia de que se les «entienda».

437 Por regla general, es relativamente sencillo que el psicoanálisis comience tan favorablemente. Los efectos terapéuticos de esta fase del análisis son frecuentemente notables y fáciles de lograr, y precisamente por eso pueden inducir en el psicoanalista principiante un cierto optimismo terapéutico y una superficialidad analítica que en absoluto responden a la dificultad y seriedad específicas de la tarea psicoanalítica. En ningún lugar es tan despreciable como en el psicoanálisis pregonar a bombo y platillo los éxitos terapéuticos, pues nadie debería saber mejor que el psicoanalista lo mucho que a la postre depende el éxito terapéutico en el fondo de la colaboración entre la naturaleza y el paciente mismo. Concedo que el psicoanalista pueda sentirse orgulloso de su comprensión progresiva de la esencia y naturaleza de la neurosis, algo que sobrepasa abundantemente los conocimientos hasta ahora vigentes. Pero tampoco es posible dejar de reprochar a la literatura psicoanalítica publicada hasta el momento que ocasionalmente presente al psicoanálisis desde una perspectiva incorrecta. Hay publicaciones terapéuticas que permiten al no experto sacar la impresión de que el análisis es un artificio relativamente sencillo o una especie de juego de manos asombrosamente exitoso.

438 La primera parte del psicoanálisis, en la que intentamos entender, proporcionando así muchas veces un importante alivio al paciente, es responsable de las ilusiones del terapeuta. Las mejoras que ocasionalmente sobrevienen al comienzo del análisis evidentemente no son en propiedad resultado del tratamiento psicoanalítico, sino generalmente meras mejorías pasajeras basadas esencialmente en el proceso transferencial. Una vez superadas las primeras resistencias a la transferencia, la situación se vuelve verdaderamente ideal para el neurótico. No necesita en absoluto hacer ningún esfuerzo y, a pesar de ello, alguien se le acerca con una especial e inhabitual voluntad de entenderle, alguien que además no se aburre ni se deja asustar, a pesar del capricho y terquedad infantiles del paciente. Ante esta paciencia se derriten al cabo las más intensas resistencias, de modo que el paciente ya no vacila en poner al médico entre los dioses familiares, es decir, asimilarlo al medio familiar-infantil.



439 Con ello el paciente cubre a la vez otra necesidad: logra también una relación extrafamiliar, lo cual es una exigencia biológica. Así, mediante la relación transferencial el paciente obtiene un doble provecho; consigue a alguien que por un lado atiende afectuosa y cuidadosamente al detalle particular —como el padre y la madre—, y que por otro lado está fuera de la familia, ayudando así al paciente a cumplir un deber biológico importante y delicado sin peligro. Si esta adquisición se produce simultáneamente con un gran efecto terapéutico, algo no excesivamente raro, la fe del paciente en la perfección de la nueva situación sale aun más fortalecida. En estas condiciones es sencillamente obvio que el paciente no se incline lo más mínimo a abandonar todas estas ventajas. Si de él dependiera, preferiría quedar unido para siempre al médico. Objetivo en torno al cual brotan múltiples fantasías, desempeñando un gran papel el erotismo, usado y también exagerado para demostrar la imposibilidad de la separación. Comprensiblemente, el paciente opone al médico tenaces resistencias en cuanto intenta deshacer la relación transferencial.

440 En cualquier caso, no debemos olvidar aquí que para el neurótico constituye un deber vital —como para cualquier otra persona— establecer una relación extrafamiliar; deber ciertamente no cumplido en absoluto o cumplido en muy limitada medida. También quisiera aquí salir al paso enérgicamente de la opinión tan generalizada de que siempre deba entenderse por relación extrafamiliar una relación sexual. En muchos casos uno desearía decir que eso es exactamente lo que no es. Se trata incluso de un error neurótico bien visto considerar que la adaptación correcta al mundo estribaría en el despliegue de la sexualidad. De este error tampoco está libre la literatura psicoanalítica, y hay publicaciones de las que no puede concluirse otra cosa. Aunque este malentendido es considerablemente más viejo que el psicoanálisis y, por lo tanto, no puede imputársele, por así decir. El médico experimentado conoce sobradamente este consejo, y he tenido más de un paciente que procedió de acuerdo con esa receta. Cuando un psicoanalista receta eso cree erróneamente como su paciente que las fantasías sexuales proceden de la *sexualidad* represada («reprimida»). Naturalmente esa receta sería benéfica en ese caso. Pero en absoluto se trata de eso, sino de libido regresiva que anhela lo infantil y retrocede ante la tarea real; ella es la que exagera la fantasía. Si apoyamos esta tendencia regresiva, simplemente fortalecemos la actitud infantil del neurótico, precisamente la razón de su sufrimiento. El neurótico ha de aprender esa adaptación superior que la cultura exige de la persona adulta. Quien tenga manifiesta tendencia a

descender lo hará por sí mismo, sin necesidad de psicoanálisis alguno.

441 Ahora bien, tampoco deberíamos caer en el error contrario y pensar que mediante el psicoanálisis creamos personas sobresalientes. El psicoanálisis está más allá de la moralidad tradicional y, por lo pronto, no ha de atenerse a ningún estándar moral de carácter general; es y debe ser sólo un medio de liberar las tendencias individuales para desarrollarlas y ponerlas en la máxima armonía posible con el conjunto de la personalidad. *El psicoanálisis debe ser un método biológico que busque unir el máximo bienestar subjetivo con el rendimiento biológico valioso.* Dado que la persona no sólo es un individuo sino también un miembro de la sociedad, ambas tendencias inherentes a la naturaleza humana nunca pueden separarse, ni someterse una a la otra, sin dañar gravemente a la persona.

442 En el mejor de los casos el enfermo sale del análisis como realmente es, esto es, en armonía consigo mismo, ni bueno ni malo, justo como es en cuanto ser natural. Si por educación se entiende producir mediante podas un árbol artificial hermosamente formado, el psicoanálisis no es un método educativo. Quien tenga una idea más elevada de la educación convendrá en que el mejor método educativo es aquel que cuide del árbol respetando escrupulosamente su crecimiento natural. Hay quien se entrega con gusto al ridículo temor de que la persona sería un ser incontrolable si fuera como es en realidad, y que si todas las personas se volvieran como realmente son se produciría una espantosa catástrofe social. De modo extremadamente unilateral, muchos individualistas de hoy entienden que la realidad del hombre es únicamente su componente siempre insatisfecho, anárquico y codicioso, olvidando sin embargo completamente que justo ese mismo ser humano es también quien ha creado las rígidas organizaciones de la civilización actual, de firmeza y fuerza mayores que las contracorrientes anárquicas. Tener una fuerte personalidad social es una de las más inexcusables condiciones de supervivencia del hombre. Si no fuera así el ser humano dejaría de existir. Lo codicioso y turbulento que nos sale al paso en la psicología del neurótico no es ciertamente la realidad del ser humano, sino una caricatura infantil. En realidad el hombre normal es el «sostén del Estado y de la moral», crea las leyes y las observa, no porque se le hayan impuesto desde fuera —sería una idea pueril—, sino porque ama más el orden y la ley que el capricho, el desorden y la ausencia de ley.

Disolución de la transferencia

443 Si queremos deshacer la transferencia debemos luchar contra fuerzas que no tienen sólo un valor neurótico, sino generalmente también una significación normal. *Cuando pretendemos llevar al enfermo a la disolución de la relación de transferencia le estamos exigiendo algo que raramente o nunca se exige en realidad del hombre medio: sobreponerse a sí mismo.* Sólo ciertas religiones han exigido del hombre este requisito que hace tan difícil la segunda parte del análisis.

444 Como es sabido, es indudablemente un habitual prejuicio infantil que el amor tiene derecho a exigir. *La idea infantil del amor consiste en recibir regalos de otros.* Con esta definición los pacientes plantean sus exigencias, comportándose como la mayoría de las personas normales, cuya codicia infantil no va más allá sólo gracias al freno que supone el cumplimiento de los deberes biológicos y la satisfacción libidinal que procuran y que, debido a una cierta falta de carácter, tampoco se muestra *a priori* muy inclinada al apasionamiento. El mal de base de la neurosis es que el paciente, en lugar de sus propios e individuales rendimientos adaptativos, que exigirían una elevada medida de autoeducación, presenta sus exigencias infantiles y regresivas y empieza a negociar. El médico se mostrará apenas dispuesto a ceder a las exigencias que el paciente le presenta personalmente; en ciertas circunstancias, sin embargo, deseará salvarse mediante soluciones de compromiso, como por ejemplo la concesión sugestiva de libertades morales, con el correlato de una reducción general del nivel intelectual en la relación con el enfermo. Sencillamente, lo que sucede entonces es que el paciente desciende a un nivel más bajo volviéndose inferior. No se trata en absoluto de una cuestión de civilización, sino más bien de salvarse de la compulsión transferencial mediante el ofrecimiento de otras (presuntas) ventajas. Pero las ventajas compensatorias que puedan ofrecérsele al paciente chocan frontalmente con sus intereses; esa vía nunca libera de aquello que hace sufrir, es decir, su codicia y comodidad infantiles. *De esto sólo libera la autosuperación.*

> Von der Gewalt, die alle Wesen bindet,
> Befreit der Mensch sich, der sich überwindet.
> [De la fuerza que ata a todos los seres / sólo se libera quien se supera.]

445 El neurótico debe demostrar que puede vivir razonablemente igual que cualquier otra persona, incluso más que la persona normal, desprendiéndose de una buena proporción de infantilismo, algo que nadie exige de ésta.

446 Los pacientes intentan a menudo cerciorarse, mediante aventuras particulares, de si, después de todo, no será posible seguir existiendo infantilmente. Sería un gran error que el médico les impidiera llevarlas a cabo. Hay experiencias que es preciso vivir y que nunca podrán sustituirse mediante la razón. Tales experiencias son frecuentemente de inapreciable valor para los pacientes.

447 En ninguna otra etapa del análisis dependerá todo tanto como en ésta del nivel de análisis del propio médico. Si el médico tiene inconscientemente un tipo infantil de deseo, nunca podrá abrir los ojos a sus pacientes sobre ese punto. Es también un secreto a voces que, junto al análisis y mucho más allá del mismo, hay pacientes inteligentes que leen en el alma de su médico buscando la confirmación de la fórmula curativa —o su rechazo—. Es completamente imposible —hasta con el más fino de los análisis— impedir que el paciente adopte instintivamente el modo que ha seguido su propio médico para resolver los problemas vitales. Contra esto nada puede hacerse, porque la personalidad enseña más que gruesos infolios plenos de sabiduría. No sirven de nada todas las nubes en que pueda envolverse el analista para ocultar su personalidad; a la corta o a la larga tendrá que enseñar sus cartas. *Un médico que se tome radicalmente en serio su oficio se ve confrontado con la inexorable exigencia de validar en sí mismo los principios del psicoanálisis.* Es sorprendente cuántas dificultades aparentemente técnicas del análisis desaparecen así. No me refiero, entiéndaseme bien, al estadio inicial del análisis, que podemos considerar como el descubrimiento del complejo, sino a ese otro posterior y extraordinariamente espinoso de la llamada «disolución de la transferencia».

448 En muchas ocasiones me he encontrado con que los principiantes consideran la transferencia como un fenómeno completamente anómalo que hay que «combatir». Nada es más incorrecto que esta manera de pensar. En la transferencia hemos de ver en primer término una falsificación, una caricatura sexualizada de aquel lazo social que mantiene unida a la comunidad humana creando los vínculos entre las personas de igual opinión. Difícilmente podría imaginarse un vínculo social más valioso y sería un funesto error rechazar *in toto* esta tentativa social del paciente. Lo único que hay que hacer es limpiar esa tendencia de componentes regresivos, de sexualidad infantil. Sólo así el fenómeno de la transferencia se vuelve instrumento de adaptación.

449 El peligro principal es que las exigencias infantiles no reconocidas del médico se identifiquen con las exigencias del paciente. *El médico sólo evita este riesgo sometiéndose él mismo a un riguroso análisis con otro.* Así aprende también a hacerse cargo del significado propio del análisis al experimentarlo en alma propia. Cualquier persona perspicaz verá inmediatamente lo mucho que esto puede beneficiar también a los pacientes. Hay médicos que creen tener bastante con el *autoanálisis.* Esto es psicología del barón de Münchhausen*, con lo que ciertamente quedarán estancados. Olvidan que una de las más importantes condiciones de eficacia terapéutica es justamente someterse al juicio objetivo ajeno. Es sabido que a pesar de todo uno es ciego para sí mismo. El hábito de ir por libre y los tapujos autoeróticos deberían ser abandonados primero por el médico si quiere educar a sus pacientes a ser personas socialmente maduras e independientes.

450 También estoy de acuerdo con Freud cuando postula la casi evidente exigencia de que el médico psicoanalista satisfaga sus deberes biológicos adecuadamente. Si no lo hace, nada podrá evitar que su libido, insuficientemente utilizada, no desarme automáticamente a sus pacientes falseando finalmente todo el análisis. Las personas inmaduras e ineptas, neuróticas y que no tienen los pies sobre la tierra sólo disparatan con el análisis. ¡*Exempla sunt odiosa*! La medicina en manos de un necio siempre ha sido sinónimo de veneno y de muerte. Así como hemos de exigir al cirujano, además de los conocimientos especializados, mano hábil, valor, presencia de ánimo y una fuerte resolución, del psicoanalista hemos de esperar sobre todo que tenga una muy seria formación psicoanalítica para confiarle un enfermo. Me gustaría decir abiertamente que la adquisición y el manejo del psicoanálisis *presuponen* no sólo talento psicológico, *sino ante todo un serio empeño por parte del médico en formar su propio carácter.*

451 La técnica de la «disolución de la transferencia» es naturalmente la misma que antes. Desempeña por supuesto un papel destacado el problema de qué ha de hacer el paciente con la libido una vez retirada del médico. El principiante corre el peligro de intentar adivinar y proporcionar consejos sugestivos. Este esfuerzo del médico le resulta al paciente extraordinariamente cómodo y, por lo mismo, funesto. En este importante momento, como en el resto del psicoanálisis, hay que dar preferencia a la dirección del paciente y a sus propios impulsos, aun cuando el camino emprendido pueda parecer un extravío. El error es un componente de la vida tan importante como la verdad.

* Se refiere, como es obvio, al héroe homónimo del relato de R. E. Raspe, y muy probablemente al episodio en que éste «se saca» a sí mismo de un pozo tirando de sus propios cabellos [LM].

La función prospectiva de los sueños

452 En este segundo estadio del análisis, con sus escollos y sus bajíos ocultos, resulta extraordinariamente útil el *análisis de los sueños*. Mientras que al comienzo los sueños nos sirvieron principalmente como guía para el descubrimiento de las fantasías, ahora nos van a ser frecuentemente de extremo valor para el empleo de la libido. Los trabajos fundamentales de Freud han enriquecido intensamente nuestro conocimiento de la determinación de los contenidos manifiestos a partir de materiales históricos y tendencias desiderativas. Freud mostró cómo los sueños nos hacen accesible una masa de material subliminal, casi siempre compuesto por recuerdos ocultos bajo el umbral de la consciencia. De acuerdo con el espíritu de su método, absolutamente histórico, Freud nos instruye de manera predominantemente analítica. Pero, a pesar del valor indiscutible de este proceder, no debe uno adoptar sin discusión y con exclusividad este punto de vista, pues la concepción unilateralmente histórica no da cuenta suficientemente de la significación teleológica (destacada en especial por Maeder*) de los sueños. El pensamiento inconsciente quedaría muy insuficientemente caracterizado si se considerara meramente desde el punto de vista de su determinación histórica. Parte inexcusable de su valor estriba en su significación teleológica o prospectiva. Si rastreamos la historia del Parlamento inglés hasta sus comienzos conseguiremos indudablemente una excelente comprensión de su desarrollo y de la determinación de su forma actual. Pero con ello todavía no habremos dicho nada de su función prospectiva, esto es, de las tareas que ha de resolver de ahí en adelante.

453 Lo mismo cabe decir de los sueños, cuya función prospectiva ha sido apreciada extraordinariamente en las supersticiones de todo tiempo y lugar. Es probable que haya en ello mucho de verdad. No podemos jactarnos de atribuir al sueño una cualidad profética, pero quizá tengamos derecho a conjeturar que entre sus materiales subliminales también pueden encontrarse esas combinaciones de futuro que son subliminales por no haber alcanzado aún el grado de nitidez que les permita acceder a la consciencia. Con esto me refiero a esos presentimientos imprecisos que algunas veces tenemos del futuro y que no son sino combinaciones muy finas y subliminales cuyo valor objetivo aún no estamos en condiciones de percibir.

454 Con ayuda de estos componentes finalistas del sueño se elaboran las perspectivas futuras del enfermo, y así, si el trabajo tiene

* Cf. *Die Symbolik in den Legenden, Märchen, Gebräuchen und Träumen.*

éxito, el convaleciente pasa del tratamiento y la semi-infantil relación de transferencia a una vida preparada interiormente con cuidado, elegida por él y con la cual, tras madura reflexión, puede declararse conforme.

Usos futuros del psicoanálisis

455 Es comprensible que el método psicoanalítico no sirva para su aplicación policlínica y deba confiarse en manos de los pocos que, gracias a sus capacidades educativas y psicológicas innatas, aportan a este oficio idoneidad y alegría especiales. Al igual que no todo médico es *eo ipso* un buen cirujano, tampoco cualquiera sirve para el psicoanálisis. A causa del carácter principalmente psicológico del trabajo psicoanalítico, será difícil que lo monopolice el médico. A corto o largo plazo también otras Facultades se apropiarán del psicoanálisis, por su interés práctico o teórico. Y mientras la ciencia oficial excluya al psicoanálisis de la discusión general tachándolo de absoluto disparate, no será sorprendente que personas pertenecientes a otras Facultades se apropien de este objeto de discusión antes que la medicina oficial. Esto ocurrirá porque el psicoanálisis es también un método de investigación psicológica general y un principio heurístico de primer orden en el ámbito de las ciencias del espíritu.

456 Principalmente los trabajos de la escuela de Zúrich han probado la aplicabilidad del psicoanálisis como método de investigación en el área de las enfermedades mentales. El examen psicoanalítico de la *dementia praecox*, por ejemplo, nos ha proporcionado conocimientos de la máxima importancia acerca de la estructura psicológica de esta singular enfermedad mental. Nos llevaría demasiado lejos ocuparnos de los resultados de estas investigaciones. La doctrina de las determinaciones psicológicas de esta enfermedad constituye por sí sola un capítulo considerable, y si quisiera tratar los problemas simbólicos de la *dementia praecox* debería allegar montañas de material imposible de tratar en el marco de estas conferencias de orientación general.

457 En efecto, la cuestión de la *dementia praecox* se ha complicado de forma tan extraordinaria porque la irrupción, relativamente reciente, de los planteamientos psicoanalíticos en el ámbito de la mitología y de la ciencia comparada de las religiones nos ha abierto una perspectiva profunda sobre el simbolismo de la historia de los pueblos. Para el conocedor del simbolismo de los sueños y de la esquizofrenia es una impresión fascinante el sorprendente paralelismo que hay entre los símbolos individuales actuales y los de la his-

toria de los pueblos. Particularmente evidente es el paralelismo de los símbolos étnicos y los de la esquizofrenia. Esta imbricación de la psicología con la mitología me hace imposible exponerles a ustedes con más detalle mi concepción de la *dementia praecox*. También, y por las mismas razones, debo renunciar a exponerles los resultados de la investigación psicoanalítica en el campo de la mitología y de la ciencia comparada de las religiones. Sería imposible hacerlo sin presentar los materiales pertinentes. De momento, el resultado principal de estas investigaciones es el reconocimiento del extenso paralelismo existente entre el simbolismo étnico y el individual. Las perspectivas que se abren para la psicología comparada de los pueblos es algo que, en el actual estado de elaboración, apenas se alcanza a ver. Por lo pronto, sólo puede decirse que el conocimiento psicoanalítico de la esencia de los procesos subliminales experimentará un enriquecimiento y una profundización realmente formidables en su colaboración con la mitología.

9. UN CASO DE NEUROSIS EN UNA NIÑA

458 A lo largo de estas conferencias he debido ceñirme a una presentación general de la esencia del psicoanálisis. Examinar detalladamente el método y la teoría exigiría gran cantidad de material casuístico, cuya exposición iría en detrimento de la visión de conjunto. Para ayudarles a ustedes a formarse una idea de los procesos concretos del tratamiento psicoanalítico he decidido mostrarles el desarrollo de un análisis, muy corto, de una niña de once años. El tratamiento analítico de este caso fue llevado a cabo por mi ayudante la señorita M. Moltzer. Adelanto que el caso no es representativo de un análisis usual ni en duración ni en desarrollo, como tampoco un individuo es representativo de todos los demás. En ningún otro lugar es tan difícil abstraer reglas de validez general como en el psicoanálisis y es mejor abstenerse de excesivas formulaciones. No olviden nunca que, a pesar de la gran regularidad de los conflictos o complejos, cada caso representa algo único. Porque cada individuo es algo único. Cada caso requiere del médico un interés especial, igual que el desarrollo de cada análisis y su presentación son distintos.

459 El presente caso es una pequeña muestra de la realidad del mundo psicológico, infinitamente variado, y pone de manifiesto todos aquellos detalles aparentemente extravagantes o arbitrarios que el capricho del llamado azar disemina en una vida humana. No tengo intención de suprimir ningún detalle de interés psicoanalítico porque no quiero dar la impresión de que el psicoanálisis sea un método encerrado en fórmulas rígidas. Es cierto que el investigador tiende siempre desde su mentalidad científica a delimitar una serie de reglas y esquemas para captar la realidad viviente. Por el contrario, el médico observador debe dejar que actúe sobre él, libre de toda fórmula, esta realidad viviente en toda su anárquica riqueza. Así pues, voy a esforzarme en exponerles este caso tal cual, intentando asimismo mostrarles lo diferentemente que se desarrolla un análisis práctico respecto de los meros presupuestos teóricos.



Anamnesis

460 Se trata de una inteligente muchacha de once años procedente de una familia culta.

461 Su historial clínico es el siguiente: tuvo que abandonar repetidas veces la escuela debido a repentinas náuseas y dolores de cabeza. Se acostaba en cuanto llegaba a casa y por la mañana nunca quería levantarse para ir a la escuela. También tenía sueños angustiosos y era caprichosa e imprevisible. Consultado por su madre le hice observar que eran síntomas neuróticos tras los cuales se ocultaba un asunto especial sobre el que debería preguntar a la niña. Conjetura no arbitraria, ya que cualquier observador atento sabe que a niños tan inquietos y malhumorados algo penoso les atormenta.

462 La niña confesó entonces a su madre la siguiente historia. Entusiasmada con su profesor favorito, temía haber perdido su favor por haber bajado algo sus rendimientos en el último trimestre. Comenzó entonces a sentir náuseas en sus clases. No sólo sentía hacia su profesor distanciamiento sino también cierta hostilidad. Transfirió completamente su interés amistoso a un joven indigente con quien solía compartir el bocadillo que siempre llevaba a la escuela. También le daba dinero para que se comprara algo de comer. Conversando con este joven se burló una vez del profesor llamándole «chivo». El joven buscaba cada vez más su compañía creyéndose con derecho a recibir en cada ocasión como tributo algún obsequio en metálico. Ella temió entonces que le contara al profesor que se había burlado de él llamándole «chivo»; prometió al joven entregarle dos francos si se comprometía a no decírselo nunca al profesor. A partir de entonces el joven empezó a extorsionarla. Camino de la escuela, le exigía dinero bajo amenazas, persiguiéndola con sus exigencias. Estaba desesperada. Sus ataques de náusea estaban muy estrechamente ligados con esta historia, cuya confesión no produjo el alivio que podría esperarse.

463 Como ya dije antes, se observa muy frecuentemente que la sola narración del asunto penoso puede tener un gran efecto terapéuti-

co. Es cierto que esos efectos no suelen ser duraderos, si bien el efecto favorable puede prolongarse ocasionalmente durante mucho tiempo. Una confesión de esta índole no es en absoluto un análisis. Aunque hay actualmente muchos neurólogos que creen que un análisis es meramente una anamnesis o una confesión algo amplia.

464 Poco después la niña tuvo un violento acceso de tos que le obligó a faltar a la escuela. Al día siguiente ya se sentía bien para volver. Pero el tercer día tuvo otro intenso acceso de tos con dolores en el costado izquierdo, fiebre y vómitos. Su temperatura, cuidadosamente controlada, subió a 39,4°. El médico de cabecera se temió una neumonía. Pero al día siguiente había pasado todo. Se sentía bien, sin rastro alguno de fiebre o náuseas.

465 Sencillamente la pequeña lloraba y se negaba a levantarse para quedarse en la cama. Esta singular evolución despertó en mí la vehemente sospecha de que se trataba de una neurosis seria. Aconsejé entonces un tratamiento analítico.

Primera sesión

466 En la primera sesión la pequeña se mostró inhibida y medrosa, con una risa desagradable y forzada. Se habló primero de cómo se sentiría alguien que, como ella, tenía permiso para quedarse en la cama. Escuchamos entonces que era formidable que hubiera muchas personas alrededor; todos la visitaban en su cama y, sobre todo, podía pedir a mamá que le leyera en voz alta un libro *que cuenta la historia de un príncipe enfermo que sólo puede curarse si se cumple su deseo de que un amiguito, un joven pobre, se quede con él.*

467 Se le señala a la niña la evidente relación de esta narración con la historia de amor de su historia clínica y rompe a llorar; dice que quiere marcharse a jugar con los otros niños para que no se le escapen. Se le permite hacerlo inmediatamente y se va de un salto pero vuelve, sin embargo, muy poco después algo apocada. Se le explica entonces que no se ha marchado porque temiera que los compañeros de juego se escaparan, sino que era ella quien quería escaparse debido a sus resistencias.

Segunda sesión

468 En la segunda sesión está menos medrosa e inhibida. La conversación deriva hacia el *profesor*. Le da vergüenza hablar de él. Al final confiesa pudorosamente que le gusta mucho. Se le explica que no tiene por qué avergonzarse de ello; al contrario, su amor supone una valiosa garantía para rendir al máximo en sus clases. «¿Así que me dejan que me guste?», pregunta entonces la pequeña con expresión feliz.

469 Esta explicación autoriza a la niña su elección amorosa. Aparentemente tenía miedo de confesar sus sentimientos hacia el profesor. No es fácil contestar por qué tenía miedo. La concepción hasta ahora vigente supone que la libido inviste sólo dificultosamente a una persona extrafamiliar debido al vínculo incestuoso, algo sin duda tan plausible que no es fácil sustraerse a tal concepción. Contra esto hay que subrayar que aquí la libido invistió con gran vehemencia al joven indigente, también un objeto extrafamiliar. Hay que concluir que la dificultad no estriba tanto en la transferencia de libido al objeto extrafamiliar sino en otra circunstancia. *El amor al profesor significa un rendimiento costoso*, impone unas exigencias mucho mayores que el amor al jovencito, que en absoluto impone ninguna exigencia moral a la muchacha. La alusión analítica sobre cómo el amor podría capacitarla para rendir al máximo con su profesor retorna a la niña a su verdadera tarea, es decir, adaptarse al profesor.

470 La libido retrocede ante una tarea necesaria por comodidad, un motivo universal del género humano que se encuentra particularmente desarrollado no sólo en el niño, sino también en el hombre primitivo y en el animal. La pereza y la comodidad primitivas son las principales razones contra los rendimientos adaptativos. Si la libido no se emplea así, se bloquea y regresa inevitablemente hacia objetos o modos de adaptación anteriores. De aquí procede esa llamativa reactivación del complejo de incesto. La libido esquiva el objeto difícil, que obliga a rendimientos demasiado grandes, para dirigirse al objeto barato hasta llegar finalmente al más barato de todos, las fantasías infantiles, elaboradas entonces como verdaderas fantasías incestuosas. Siempre que hay una perturbación en la adaptación psicológica se da un desarrollo demasiado intenso de la fantasía incestuosa, lo que podría también interpretarse, tal y como mostré anteriormente, como un fenómeno regresivo; por lo tanto la fantasía incestuosa tendría una significación secundaria y no causal. Por el contrario, lo primario es el recelo natural del hombre ante cualquier tipo de esfuerzo. Así, retroceder ante determinadas tareas no se explicaría porque el ser humano prefiera la relación incestuosa, sino que cae forzosamente en ella por temor al esfuerzo. Podría suponerse entonces que recelar del esfuerzo consciente y preferir la relación incestuosa fueran idénticos. Un craso error, pues tanto el hombre primitivo como los animales muestran una formidable aversión por el esfuerzo intencionado, instalados en la pereza absoluta mientras no se vean forzados por las circunstancias a una conducta productiva. Y no puede sostenerse del hombre primitivo ni de los animales que prefieran la relación incestuosa por recelo ante los rendimientos adaptativos, pues, es-

pecialmente en el último caso, no cabe hablar en absoluto de relación incestuosa.

471 Significativamente, la niña expresa su alegría no porque ahora pueda rendir al máximo con el profesor, sino sobre todo porque se le permita *amarlo*. Esto es lo primero que capta porque le conviene. Su alivio llega cuando se le confirma que está autorizada a amar al profesor, incluso aunque anteriormente no se hubiera esforzado especialmente en ello.

472 La charla deriva después a la historia de la extorsión, que vuelve a contar en detalle. Además, nos enteramos de que intentó forzar su hucha y que, al no conseguirlo, pretendió coger a hurtadillas la llave a su madre. También pone de manifiesto el motivo de toda la historia: se había burlado del profesor porque era mucho más amable con otros que con ella. Es verdad que había empeorado en sus clases, especialmente en Cálculo. Cuando no comprendía bien algo no se atrevía a preguntar por miedo a perder la estima del profesor. En consecuencia tuvo errores y quedó retrasada, perdiendo efectivamente la consideración del profesor y quedando en una posición muy insatisfactoria ante él.

473 Por esa época una compañera se puso mala y tuvo que irse a su casa. Poco después le pasó a ella exactamente lo mismo. Intentaba así escapar de la escuela, que se le había vuelto antipática. La pérdida de la estima del profesor le llevó, por una parte, a insultarle y, por otra, a la historia con el joven, una evidente compensación de la relación perdida con el profesor. La explicación se limitó a indicarle que al profesor le ayudaría que ella se molestara en comprender el contenido de las asignaturas formulando las preguntas oportunas. Tengo que añadir aquí que esta indicación analítica tuvo buenos resultados, convirtiéndose desde entonces la pequeña en la mejor de la clase, sin perder ya ninguna lección de Cálculo.

474 De la historia de la extorsión merece destacarse su carácter coercitivo y compulsivo. Por lo demás, se trata de un fenómeno completamente normal. En cuanto uno permite que su libido retroceda ante las tareas necesarias, ésta se autonomiza y elige obstinadamente sus propios objetivos, sin preocuparse de las protestas del sujeto. Es común que una vida perezosa e inactiva sea la más proclive a la compulsión libidinal, esto es, a todos los miedos y obligaciones forzosas. La pusilanimidad y superstición de muchas tribus bárbaras proporcionan los mejores ejemplos al respecto, pero también nuestra propia historia cultural, en particular la de la Antigüedad clásica, nos lo confirma abundantemente. Cuando la libido no se usa queda sin dueño. Aunque no debe creerse que extremando el esfuerzo pueda uno librarse a la larga de la compulsión libidinal. Sólo en muy

limitada medida podemos imponer conscientemente tareas a la libido. Ella elige otras tareas de carácter natural porque está determinada para ello. Si se eluden esas tareas de nada sirve ni la vida más laboriosa, pues *debe contarse con todas las condiciones de la naturaleza humana*. Innumerables neurastenias por trabajo excesivo remiten a este fundamento, ya que trabajar con tensión interna produce agotamiento nervioso.

Tercera sesión

475 En la tercera sesión la muchacha cuenta un sueño que tuvo a los cinco años y que le dejó una impresión imborrable. «En la vida olvidaré este sueño», dice. Quisiera agregar aquí que tales sueños tienen un interés muy especial. Cuanto más tiempo permanece un sueño espontáneamente en el recuerdo mayor importancia habrá de atribuírsele. El sueño es el siguiente: *«Estoy paseando por el bosque con mi hermano, cogiendo fresas. Entonces un lobo salta a mi espalda. Huyendo, subo una escalera con el lobo detrás. Caigo hacia abajo y el lobo me muerde la pierna. Me despierto con un miedo de muerte».*

476 Antes de ocuparnos de las asociaciones que luego nos proporcionará la pequeña, vamos a intentar formarnos arbitrariamente un juicio sobre el posible contenido del sueño, para comparar después si las asociaciones de la niña se mueven en la misma dirección que las nuestras. El comienzo del sueño recuerda al conocido cuento alemán de Caperucita Roja, que naturalmente la niña conoce. El lobo devora a la abuela, se disfraza con su ropa y devora después también a Caperucita. Pero el cazador mata al lobo, le abre la tripa y Caperucita sale sana y salva.

477 Este motivo se encuentra en innumerables mitos extendidos por toda la Tierra, como el motivo bíblico de Jonás. Su primer sentido es mitológico-astral: el sol es tragado por el monstruo marino para volver a nacer de él por la mañana. Naturalmente, todo mito astral no es sino psicología proyectada en el cielo, psicología inconsciente además; pues los mitos ni fueron ni son nunca conscientemente inventados, sino que proceden de lo inconsciente del ser humano. De ahí viene también la similitud, a veces lindante con lo prodigioso, o incluso la identidad de formas míticas compartidas por tribus humanas separadas, por así decir, desde la eternidad. A partir de aquí se explica también, por ejemplo, la extraordinaria extensión, completamente independiente del cristianismo, del símbolo de la cruz, del que muy especialmente América, como es sabido, ha proporcionado singulares ejemplos. Evidentemente, es erróneo suponer que los mitos fueran creados tan sólo para explicar fenómenos

meteorológicos o astronómicos, sino que en primer término son actuaciones de emociones inconscientes, comparables a los sueños. Tales emociones se ocasionaron por la acción de la libido regresiva en lo inconsciente. El material sacado a la luz es naturalmente infantil, esto es, fantasías del complejo de incesto. Así, en todos los llamados mitos solares no es difícil reconocer teorías infantiles de procreación, nacimiento y relaciones incestuosas; en el cuento de Caperucita se trata de la fantasía de que la madre coma algo que se parece a un niño, y que haya que abrir su cuerpo para que éste nazca. Esta fantasía es una de las más comunes, como puede comprobarse abundantemente.

478 Tras esta reflexión psicológica general podemos concluir que la niña está elaborando en este sueño precisamente la cuestión de la procreación y el nacimiento. En lo que respecta al lobo, debería asignársele el lugar del padre, al que la niña inconscientemente atribuye algún acto de violencia contra la madre. También esta expectativa puede fundamentarse en múltiples mitos que presentan el problema de la violación de la madre (respecto a los paralelismos mitológicos quisiera remitirles a la antología de Boas*, donde hallarán un material magnífico sobre sagas indias, así como al libro de Frobenius *Das Zeitalter des Sonnengottes* [La época del dios solar] y, finalmente, a los trabajos de Abraham, Rank, Riklin, Jones, Freud, Maeder, Silberer, Spielrein** y a mis propias investigaciones***).

479 Después de esta reflexión general, que expongo aquí por razones teóricas y que desde luego no tuvo lugar *in praxi*, pasemos a lo que la niña tiene que decirnos sobre su sueño. Por supuesto se le deja simplemente hablar sobre el sueño sin ningún tipo de influencia. La pequeña empieza asociando con el mordisco en la pierna y cuenta *que una vez una mujer que había tenido un niño le dijo que todavía podría enseñarle el sitio en la pierna donde la cigüeña le había mordido*. En Suiza, esta forma de expresarse es una variante simbólica generalizada de la procreación y el nacimiento. Por lo tanto podemos constatar un paralelismo completo entre nuestra interpretación y la vía asociativa de la niña. Pues la primera asociación que la niña aporta, sin influencia de ningún tipo, remite al problema que ya habíamos conjeturado antes por razones teóricas. Sé desde luego que los innumerables casos existentes en la literatura psicoanalítica, igualmente seguros y libres de influencia médica, no han

* El antropólogo Franz Boas (1858-1942); cf. especialmente *Indianische Sagen von der Nord-pacifischen Küste Amerikas*.

** Véase la Bibliografía.

*** *Transformaciones y símbolos de la libido*. En la nueva edición *Símbolos de transformación* (OC 5).

impedido que nuestros críticos afirmen que sugerimos nuestras interpretaciones a los enfermos. Por lo tanto tampoco este caso convencerá a nadie que nos crea capaces de cometer estos groseros errores de principiante, o algo peor, de una falsificación.

480 Tras esta primera asociación se le pregunta a la pequeña qué se le ocurre cuando escucha la palabra lobo. A lo que contesta: «*Pienso en papá cuando se enfada*». También esta asociación coincide absolutamente con nuestras consideraciones teóricas. Podría objetarse que se han elaborado con este objeto y sólo para él, y que carecen por lo tanto de validez general. Pienso que la objeción desaparece por sí sola en cuanto se adquieren los correspondientes conocimientos psicoanalíticos y mitológicos. La validez de una hipótesis sólo debe examinarse sobre la base del saber positivo y de ningún otro modo.

481 Vemos que en la primera ocurrencia se ha sustituido al lobo por la cigüeña. La asociación con el lobo nos lleva al padre. En el mito vulgar la cigüeña es el padre, puesto que es quien trae los niños. La contradicción, mayor en apariencia, que pudiera producirse entre el cuento, donde el lobo es la madre, y el sueño, donde es el padre, no tiene ninguna relevancia para el sueño; en consecuencia, podemos prescindir de una explicación detallada. He tratado más detenidamente este problema de los símbolos bisexuales en mi trabajo *Transformaciones y símbolos de la libido*. Saben ustedes que la leyenda de Rómulo y Remo ha elevado a ambos animales, el ave Pico y la loba, al rango de padres.

482 El miedo al lobo en el sueño es, por lo tanto, también el miedo al padre. Tal y como comunica la protagonista del sueño, teme al padre porque es muy riguroso con ella. Además, él le dijo que se tienen sueños aterradores cuando se ha hecho algo malo. Por eso una vez preguntó al padre: «Y entonces mamá, que también tiene siempre sueños aterradores, ¿ha hecho algo malo?».

483 Una vez el padre la pegó porque se chupaba los dedos, algo que siempre acababa haciendo a pesar de la prohibición. ¿Era tal vez esto lo que ella hacía mal? Muy poco probable, pues chuparse los dedos es mero hábito infantil algo anacrónico, que en esta edad tiene ya en realidad apenas interés, y que más bien sirve para que el padre se enfade y la castigue y pegue. Con eso acalla su conciencia por los pecados inconfesados y mucho más graves, como el que *haya seducido a una serie de muchachas de su misma edad a masturbarse mutuamente*.

484 Teme al padre por estas inclinaciones sexuales. Pero no olvidemos que el sueño lo tuvo con cinco años, cuando aún no podían darse este tipo de actos sexuales. Así que el asunto con las mucha-

chas podemos considerarlo a lo sumo como una causa del miedo actual frente al padre, no del miedo de entonces. Aunque podemos esperar que este último tenga algo similar, es decir, un deseo sexual inconsciente, de acuerdo con la psicología de la ya mencionada acción prohibida, cuyos carácter y valoración moral naturalmente le son inconscientes al niño en medida incomparablemente mayor que al adulto. Para entender lo que pudo haber movido entonces a la niña debemos preguntarnos qué pasó cuando *tenía cinco años: ese año nació su hermanito. Ya entonces temía a su padre.* Las ocurrencias mencionadas proporcionan un nexo indudable entre las inclinaciones sexuales y el miedo.

485 La cuestión sexual, dotada por la naturaleza de matices placenteros, sale a la luz en este sueño de forma angustiosa, presumiblemente a causa del padre malvado, que encarna la educación moral. Este sueño representa por ello una primera e impresionante manifestación de la cuestión sexual, estimulada evidentemente por la proximidad del nacimiento del hermanito; coyuntura en la que, según nos enseña la experiencia, se ponen de manifiesto en los niños todas estas cuestiones. Ahora bien, puesto que la cuestión sexual está conectada a determinadas sensaciones corporales de placer, que la educación intenta en lo posible desvalorizar y apartar de los niños, parece que sólo puede manifestarse bajo el manto encubridor del miedo moral culpable.

486 Esta explicación parece desde luego plausible, pero es insuficiente y superficial. Con ella desplazamos la dificultad a la educación moral, en el supuesto indemostrado de que la educación origine este tipo de neurosis. No se tiene en cuenta al respecto que también personas sin huella alguna de educación moral se vuelven neuróticas y padecen de miedos enfermizos. Además, la ley moral no es un mal contra el que sublevarse, sino una necesidad engendrada por las exigencias más íntimas de la persona. La ley moral no es otra cosa que una manifestación externa del impulso, innato en el hombre, de someterse y refrenarse a sí mismo. Este impulso a la domesticación o civilización se pierde en las simas insondables y nebulosas de la filogenia, y por eso no podrá jamás pensarse como consecuencia de una determinada legislación impuesta desde fuera. Es el ser humano mismo, obedeciendo a su instinto, quien crea sus propias leyes. Por ello comprenderemos mal los motivos de la represión medrosa de la cuestión sexual en el niño si sólo consideramos los influjos morales de la educación. Los motivos reales están mucho más profundamente enraizados en la naturaleza misma del hombre, quizá en su trágica escisión entre civilización y naturaleza, o entre conciencia individual y sentimiento de colectividad.

487 Naturalmente no tendría sentido alguno poner al alcance de la niña los elevados aspectos filosóficos del problema; tal proceder no tendría además el menor éxito. A la niña le basta por lo pronto retener la idea de que interesarse por la procreación es algo incorrecto. En la explicación analítica de este complejo se expone a la niña claramente cuánto placer y curiosidad está prestando al problema de la generación, y cómo ese miedo infundado es sólo el placer convertido en su contrario. Sobre el asunto de las masturbaciones se le muestra una comprensión tolerante, y el comentario se limita a llamar su atención sobre la inconveniencia de su forma de actuar, informándole al mismo tiempo de que sus actuaciones sexuales sólo son en buena parte resultado de una curiosidad que puede satisfacerse mejor por otra vía. Y que el terror que tiene a su padre responde en realidad a unas expectativas igualmente grandes, que el nacimiento del hermanito ligó muy intensamente con el problema de la generación. Mediante estas explicaciones se justifica la curiosidad de la niña, solucionándose una parte importante del conflicto moral.

Cuarta sesión

488 Ahora, en la cuarta sesión, la muchacha se muestra muy agradable y confiada. Han desaparecido completamente los modales afectados y faltos de naturalidad. Trae un sueño, que ha tenido desde la última sesión. Dice así: *«Soy tan alta como un campanario y puedo mirar a todas partes. A mis pies hay niños muy pequeños, del tamaño de florecitas. Entonces viene un policía. Yo le digo: "Si dices algo cojo tu sable y te corto la cabeza"».*

489 Durante el análisis del sueño hace los siguientes comentarios: «Quisiera ser más alta que mi padre para que tuviera que obedecerme». Respecto al policía piensa inmediatamente en su padre, militar, que también tiene un sable. El sueño, como se ve claramente, cumple sus deseos: siendo un campanario es considerablemente mas alta que su padre, y si éste se atreve a hacer una sola observación le corta la cabeza. El sueño cumple también el deseo plenamente infantil de ser «alta», es decir, adulta, y de tener niños, puesto que a sus pies juegan en el sueño niños pequeños. Con este sueño se eleva por encima del terror que tiene al padre, y cabe esperar un considerable progreso en la libertad personal y en la seguridad sentimental.

490 Como beneficio teórico adicional podemos tomar nota de este sueño, claro ejemplo de la significación compensatoria y la función teleológica de los sueños. Este sueño deja una cierta sensación de mayor autoconsciencia, algo de gran importancia para el bienestar personal. Poco importa que el simbolismo le sea de momento inin-

teligible conscientemente a la niña, ya que no se necesita un conocimiento consciente para extraer de los símbolos sus correspondientes efectos sensibles. Se trata aquí de un saber basado en el mismo presentimiento que, por ejemplo, ha asegurado desde siempre la eficacia de los símbolos religiosos, que para poder ejercer su efectividad tampoco presuponen ningún conocimiento consciente, pues influyen en el alma piadosa por la vía del presentimiento.

Quinta, sexta y séptima sesiones

491 En la quinta sesión la niña cuenta el siguiente sueño, que ha tenido desde la vez anterior: «*Estoy con toda mi familia en el tejado. Las ventanas de las casas y la parte del valle que teníamos enfrente brillaban como si estuvieran en llamas. El sol naciente se reflejaba en ellas. De pronto veo una casa de la esquina de nuestra calle que está efectivamente en llamas. El fuego se aproxima y prende en nuestra casa. Huyo hacia la calle, mi madre me arroja por detrás todo tipo de cosas, yo mantengo extendido el delantal y, entre otras cosas, me tira dentro también una muñeca. Veo que en la casa arden las piedras, pero la madera no sufre ningún daño*».

492 Surgieron grandes dificultades durante el análisis de este sueño, que se prolongó durante otras dos sesiones. Me llevaría muy lejos describirles todo el material descubierto a propósito de este sueño, por lo que me limitaré a lo fundamental. Las asociaciones decisivas parten de la extraña imagen de una casa donde arden las piedras pero no la madera. En ciertos casos, particularmente en los sueños de alguna extensión, merece la pena extraer los elementos más llamativos y analizarlos en primer lugar. Este proceder no es modélico, pero se justifica por la necesidad práctica de abreviar.

493 «Es una cosa rara, como en un cuento», observa la pequeña respecto a este elemento del sueño. Tras lo cual se le muestra con ejemplos que los cuentos están también llenos de sentido. A lo que contesta: «Pero no todos los cuentos tienen un significado, ¿verdad?; por ejemplo, el de *La bella durmiente*. ¿Qué puede significar?» La explicación a esta pregunta es: La bella durmiente tuvo que esperar cien años de sueño encantado para ser salvada. Sólo quien superó con amor todas las dificultades e irrumpió intrépidamente en el zarzal pudo salvarla. Es decir, generalmente hay que esperar mucho tiempo antes de obtener lo anhelado.

494 Esta explicación, por una parte, se ajusta en lo posible a la capacidad de comprensión de la niña; por otra, está plenamente de acuerdo con el contenido de esta fábula. *La bella durmiente* guarda evidente relación con un viejo mito de primavera y de fecundidad, al tiempo que encierra un profundo problema relacionado con la

situación psicológica de una muchacha algo precoz de once años. El motivo de *La bella durmiente* pertenece a un ciclo entero de sagas en las que un héroe salva a una virgen presa de un dragón. Sin querer entrar aquí en la interpretación de este mito, destaco su componente astronómico o meteorológico, especialmente visible en la versión de la *Edda*: la tierra, en su condición de virgen, está presa del invierno cubierta de hielo y nieve. El joven sol de primavera, como héroe fogoso, la libera de la prisión del frío invernal, donde llevaba esperando mucho tiempo impacientemente al libertador.

495 La ocurrencia de la muchacha ha sido elegida naturalmente como un ejemplo de cuento insignificante y pensada en principio sin asociación directa con la imagen onírica de la casa en llamas. Sobre este elemento sólo hizo la observación de que «es una cosa rara, como en un cuento», queriendo decir con ello que era imposible; que las piedras ardan es, desde luego, algo imposible o sin sentido que sólo ocurre en los cuentos. La explicación subsecuente le muestra que lo imposible y fabuloso sólo son parcialmente idénticos, ya que los cuentos pueden estar cargados de sentido. Aunque el cuento traído a colación como ejemplo no tiene que ver ni de lejos con el sueño, debe prestársele sin embargo especial atención, pues aparece en el curso del análisis onírico como un comentario aparentemente casual. Lo inconsciente ha proporcionado precisamente este ejemplo, algo que no puede ser casualidad sino, de algún modo, característico de la situación del momento. En el análisis de un sueño hay que prestar atención a este tipo de casualidades aparentes, porque tampoco en la psicología hay azares ciegos, si bien nos inclinamos siempre a suponer que las cosas son así por azar. Puede escucharse de nuestros críticos esta objeción tantas veces como se quiera. Pero para una persona que piensa realmente de modo científico sólo hay nexos causales, no casualidades. Por lo tanto, del hecho de que la muchacha haya elegido precisamente el ejemplo de *La bella durmiente* deberíamos concluir que constituye un motivo relevante para la psicología de la niña. Este motivo se llama *comparación o identificación parcial con la bella durmiente*, con lo que quiere decirse que en el alma de la niña existe un complejo que se expresa en el motivo de la bella durmiente. La explicación, antes mencionada, que se le dio a la niña tiene en cuenta esta conclusión.

496 Pero la niña no quedó totalmente satisfecha y siguió dudando todavía de que los cuentos tengan algún sentido. Como un ejemplo más de cuento incomprensible nuestra pequeña paciente se refirió a *Blancanieves*, encerrada en un ataúd de cristal mientras duerme el

sueño de la muerte. No es difícil ver que *Blancanieves* forma parte del mismo ciclo mítico que *La bella durmiente*. Blancanieves en su ataúd de cristal se refiere incluso aun más evidentemente al mito de las estaciones. Estos materiales míticos elegidos por la niña remiten a una comparación, llena de presentimientos, con la tierra todavía apresada en el frío invernal esperando impaciente al sol de primavera como su salvador.

497 Este segundo ejemplo confirma el primero y la explicación que se le dio. Probablemente puede sostenerse que el segundo ejemplo, que acentúa aun más el sentido del primero, ha sido sugerido por la explicación. Pues la circunstancia de que se presente *Blancanieves* como otro ejemplo de cuento sin sentido demuestra justamente que la niña no ha reconocido la identidad de Blancanieves y la bella durmiente. Podemos presumir por lo tanto que *Blancanieves* procede también de la misma fuente desconocida que *La bella durmiente*: un complejo expectante de acontecimientos futuros que pueden compararse totalmente cón la liberación de la tierra de la prisión invernal y su fecundación por los rayos del sol primaveral. Como es sabido, ya en los tiempos más remotos el fértil sol de primavera fue símbolo del toro como animal que encarna más poderosamente la potencia generativa. Aunque no logremos todavía ver de manera sencilla la conexión entre estos conocimientos obtenidos más indirectamente y el sueño, retengamos sin embargo lo dicho hasta aquí para volver a ocuparnos de él.

498 La imagen onírica muestra inmediatamente a la pequeña recogiendo la muñeca en su delantal. Lo primero que le viene a la mente nos comunica que su posición y toda la situación del sueño corresponden a un cuadro que ella conoce, donde se representa a una cigüeña sobrevolando un pueblo, con muchachas abajo gritándole con sus delantales extendidos que les traiga un bebé. La paciente observa al respecto que hace ya mucho tiempo que quiere tener un hermanito o una hermanita. Pues bien, estos materiales espontáneos están claramente asociados con los motivos míticos a los que nos hemos referido hace un momento. Como vemos, también en el sueño se trata efectivamente del problema del impulso generador adulto. De estas conexiones, como es natural, no se le dijo nada a la muchacha.

499 Tras una pausa, le viene de forma completamente abrupta la siguiente idea: una vez con cinco años se tumbó en la calle y fue arrollada por un ciclista que le pasó por encima del abdomen. Esta historia, altamente improbable, revela ser, como era de esperar, una mera fantasía convertida en paramnesia. Naturalmente, nunca ha ocurrido nada parecido; nos enteramos, no obstante, de que en la

escuela las muchachitas *se tumbaban en cruz por parejas una encima de la otra pataleando*.

500 Quien haya leído los análisis de niños publicados por Freud y por mí mismo*, reconocerá en este juego infantil el idéntico *motivo básico del patalear*, y que, considerada la situación en su conjunto, debe atribuírsele una tendencia sexual subyacente. Esta interpretación, documentada por nuestros trabajos anteriores, corresponde a la otra ocurrencia que asocia nuestra pequeña paciente: «Me gustaría mucho más tener un niño vivo que una muñeca».

501 Estos singularísimos materiales revelados por la niña en la fantasía de la cigüeña aluden a los comienzos típicos de una teoría infantil de la sexualidad, al tiempo que delatan dónde se encuentra actualmente la fantasía de la muchacha.

502 Resulta interesante saber que precisamente este motivo de *pisar* o *patalear* también puede documentarse mitológicamente. He reunido algunos ejemplos en mi trabajo sobre la libido. El empleo en el sueño de estas fantasías de la primera infancia, la paramnesia con el ciclista y la tensión expectante, expresada en el motivo de *La bella durmiente*, muestran el íntimo interés de la niña en resolver determinados problemas. Presumiblemente, el problema de la generación ha atraído también su libido y tal es la razón por la que ha disminuido su atención en la escuela, empeorando los rendimientos de la niña. Hasta qué punto las muchachas de doce y trece años están predispuestas a este problema pude demostrarlo en un caso especial, que publiqué en el *Zentralblatt für Psychoanalyse* con el título «Una contribución a la psicología del rumor»**. La marcada predisposición a este problema es la causa de todo tipo de chismes indecentes entre los niños y también de los intentos recíprocos de aclaración que, como es natural, no resultan muy hermosos y son la causa de que la fantasía de los niños a menudo se vicie. La más cuidadosa protección no impedirá que, sin embargo, descubran un día el gran secreto, generalmente de manera soez. Mejor sería que los niños se enteraran de determinados secretos importantes de la vida de manera limpia y a su tiempo, antes que recibir las aclaraciones de los compañeros de escuela, generalmente de muy mala manera.

503 Este y otros indicios hicieron que el momento pareciera adecuado para proporcionar una cierta educación sexual. A las explicaciones, escuchadas seriamente por la muchacha, siguió la pregunta, también seria, sobre si realmente ella podía tener un niño. La pregunta obligó a aclarar el concepto de madurez sexual.

* Cf. *Sobre conflictos del alma infantil* (OC 17,1).

** Capítulo 4 del presente volumen.

Octava sesión

504 La octava sesión se abre con la observación de que ahora comprende claramente que aún no le es posible tener un niño. Por eso, dice, ha renunciado completamente a esa idea. Pero no parece muy contenta. Resulta que ha mentido al maestro. En efecto, una vez llegó demasiado tarde a la escuela afirmando que su retraso se debía a que había tenido que acompañar a su padre. En realidad se levantó demasiado tarde por pereza y eso la retrasó. Mintió para no perder el favor del profesor si confesaba la verdad. La derrota moral de nuestra paciente, súbitamente sobrevenida, exige una explicación. Esta llamativa y súbita debilidad sólo puede producirse, en el fondo y de acuerdo con los principios psicoanalíticos, cuando el analizando no saca de momento las conclusiones inevitables del análisis, manteniéndose más bien abierto a otras posibilidades. Esto es, aquí se trata de un caso en que, aparentemente, el psicoanálisis ha traído la libido a la superficie, y podría esperarse entonces un progreso en la personalidad, pero por alguna razón no se produce la adaptación y la libido cae nuevamente en su anterior vía regresiva.

Novena sesión

505 En la novena sesión resulta que las cosas están realmente así: la paciente esconde una prueba importante de su concepción de la sexualidad que desmiente la aclaración psicoanalítica acerca del concepto de madurez sexual. En efecto, ha ocultado que en la escuela circula el rumor de que *una muchacha de once años ha tenido un niño con un joven de la misma edad*. Se demuestra que el rumor no está basado en hecho alguno, sino que es una fantasía de cumplimiento de un deseo propio de esa edad. Los rumores parecen tener frecuentemente esa estructura, como intenté mostrar en mi investigación casuística, ya citada, «Una contribución a la psicología del rumor». Ofrecen un ámbito de expansión a las fantasías inconscientes y se corresponden en esta función tanto con el sueño como con el mito. Este rumor deja abierto otro camino: no necesita esperar, pues con once años ya se puede tener un niño. La contradicción entre el rumor creído y la aclaración analítica levanta resistencias contra ésta, que es inmediatamente minusvalorada. Con ella caen también las demás constataciones y enseñanzas, produciéndose de momento dudas e inseguridad; esto es, la libido vuelve a apoderarse de sus antiguas vías tornándose regresiva. Es el momento de la recidiva.

Décima sesión

506 En la décima sesión hay adiciones esenciales a la historia de su problema sexual. En primer lugar, este significativo fragmento de sueño: «*Estoy con otros en un claro del bosque rodeado de bonitos abetos. Empieza a llover, relampaguear y tronar y todo se oscurece. Entonces veo de repente a una cigüeña volando*».

507 Antes de abordar el análisis de este sueño, no puedo dejar de señalar su bello paralelismo con ciertas representaciones mitológicas. De todos modos, la coincidencia de tormenta y cigüeña no tiene nada de sorprendente para quien conozca los trabajos* de Adalbert Kuhn y Steinthal, sobre los que recientemente ha llamado de nuevo la atención Abraham. La tormenta tiene de antiguo el significado del acto fertilizador de la tierra, del apareamiento del padre cielo y de la madre Tierra, desempeñando el trueno el papel del falo alado, de la cigüeña, cuya significación psicosexual conoce cualquiera de nuestros niños. No todo el mundo conoce empero la significación psicosexual de la tormenta, en cualquier caso no nuestra pequeña paciente. Tomando en consideración toda la constelación psicológica antes descrita, habría que asignar a la cigüeña indudablemente una interpretación psicosexual. Que esté ligada a la tormenta y que le corresponda asimismo una significación psicosexual parece por lo pronto difícil de aceptar. Pero si recordamos que la experiencia psicoanalítica ha demostrado hasta ahora una enorme cantidad de conexiones puramente psicológicas en las formaciones anímicas inconscientes, la conclusión de que también en este caso se da la conexión psicosexual no debería resultar demasiado descaminada. Sabemos por otras experiencias que aquellas capas inconscientes que en tiempos remotos produjeron estructuras mitológicas permanecen activas también en el hombre moderno en una producción incesante. Sólo que la producción ha quedado limitada a los sueños y a la sintomatología de las neurosis y las psicosis, pues la intensificada *corrección de la realidad* del espíritu moderno impide su proyección en lo real.

508 Volvamos al análisis del sueño. La sucesión asociativa que nos conduce a las causas de la imagen onírica se desarrolla a partir de la representación del *aguacero*; literalmente es como sigue: «Pienso en agua —mi tío se ahogó en el agua— Es espantoso estar bajo el agua, en la oscuridad —¿También el niño tiene que ahogarse en el agua? ¿Y bebe el agua que está en la tripa?— Qué raro, cuando estuve enferma mamá mandó el agua al médico. Yo pensaba que él mezclaba en el agua algo como jarabe y que de ahí salían niños; y que mamá tenía que beberlo».

509 Evidentemente, en esta serie de ocurrencias la niña vincula representaciones psicosexuales, incluso de fecundación, con el aguacero.

* Cf. *Transformaciones y símbolos de la libido* (OC 5), Índice.

510 Observamos también aquí el notable paralelismo entre las fantasías mitológicas y las individuales de la niña. La serie de ocurrencias es tan rica en relaciones simbólicas que podría escribirse fácilmente una tesis doctoral al respecto. El simbolismo del ahogamiento ha sido resuelto brillantemente por la niña como fantasía de embarazo, tal y como está descrito hace mucho en la literatura psicoanalítica.

Undécima sesión

511 La undécima sesión se ocupó por entero de la representación espontánea de las teorías infantiles sobre la fecundación y el parto, resueltas a partir de entonces. La niña siempre había pensado que el hombre introducía su orina en el cuerpo de la mujer y que así crecía el embrión. De este modo, el niño estaría desde el principio en el agua, es decir, en la orina. Otra versión era que la orina se bebía con el jarabe médico, formándose el niño en la cabeza, que después debía abrirse para facilitar el crecimiento del niño, y que para eso están los sombreros, para ocultarlo. También hizo un dibujo que representa un nacimiento por la cabeza. Esta idea es arcaica y sumamente mitológica. Les recuerdo sólo el nacimiento de Palas surgiendo de la cabeza de su padre. También el significado fertilizador de la orina es mitológico; en los himnos de Rudra del *Rigveda** hay excelentes ejemplos. En este lugar hay que mencionar también que, como atestiguó la madre, en la época anterior al análisis la paciente aseguró haber visto una vez bailar a un pelele sobre la cabeza del hermano pequeño —una fantasía a la que esa teoría de los nacimientos bien pudiera deber su origen.

512 El dibujo de la paciente guarda un sorprendente parecido con ciertas formaciones típicas que pueden encontrarse entre los batak de las Indias holandesas. Son los llamados bastones mágicos o columnas de los antepasados, formados de figuras superpuestas. Curiosamente de acuerdo con el estado espiritual de la niña, todavía muy infantil, está la explicación, juzgada absurda, que los batak mismos dan de sus bastones mágicos. Afirman que esas figuras superpuestas son los miembros de una familia que por sus relaciones incestuosas fueron enlazados por una serpiente mientras otra les daba muerte de un mordisco. Esta explicación discurre completamente en paralelo con los supuestos de las fantasías de nuestra pequeña: también su fantasía sexual se mueve, como vimos con ocasión del primer sueño, en torno al padre; la causa es, por lo tanto, la relación incestuosa, como en los batak.

* Cf. *Ibid.*, § 323.



513 Una tercera versión fue la teoría del desarrollo del niño en el tubo digestivo. Especialmente esta versión tenía, en completa correspondencia con la doctrina freudiana, su fenomenología sintomática especial: en consonancia con la fantasía de que el niño nace mediante un vómito, la muchacha intentó muchas veces provocarse náuseas y vómitos, haciendo en el cuarto de baño verdaderos ejercicios de compresión para, digamos, sacar el niño a presión. Así las cosas no es en absoluto extraño que en la neurosis manifiesta fueran los síntomas primeros y principalísimos precisamente las náuseas.

514 Hemos llevado la explicación analítica de este caso hasta el punto de poder echar un vistazo a los resultados globales. Encontramos que tras los síntomas neuróticos puede demostrarse la existencia de complejos procesos afectivos indudablemente ligados a los síntomas. Si, sobre la base del limitado material, nos es permitido arriesgar conclusiones generales, podríamos reconstruir el curso de la neurosis poco más o menos de la siguiente manera:

515 La pubertad, cada vez más próxima, orientó la libido de la niña a una actitud frente a la realidad más afectiva que objetiva. El goce sentimental por las fantasías exaltadas desempeñaba aquí un papel más importante que el pensamiento de los *mayores rendimientos exigidos* en el fondo por ese amor. En consecuencia, su atención dejó algo que desear, y pronto también su rendimiento. De ese modo se enturbió la relación con el amado profesor, antes tan buena, éste se impacientó y la muchacha, a quien determinadas circunstancias domésticas habían hecho algo pretenciosa, se enojó con él en lugar de mejorar sus rendimientos. En consecuencia, su libido se apartó tanto del profesor como del trabajo y cayó en la característica dependencia forzosa hacia el joven indigente, que por su parte se aprovechó de la situación hasta donde pudo. Pues si el individuo, consciente o inconscientemente, permite que la libido eluda una determinada tarea necesaria, la libido no aplicada (llamada «reprimida») provoca diversos contratiempos externos e internos, síntomas de todo tipo que se imponen de forma penosa al individuo. Como efecto de estas circunstancias la resistencia a ir a la escuela aprovechó la primera oportunidad cuando aquella muchacha se fue indispuesta a casa, algo que imitó la pequeña paciente.

516 Una vez fuera de la escuela, quedó franco el camino a las fantasías. La regresión de la libido despertó aquellas fantasías productoras de síntomas, adquiriendo una influencia que nunca tuvieron anteriormente al no desempeñar un papel tan importante. Se convirtieron en contenidos importantes e incluso aparentemente eran el motivo de que la libido regresara a ellos. En efecto, podría decirse que, a causa de su carácter esencialmente tendente a las fantasías,

vio exageradamente al padre en la figura del profesor, levantando consiguientemente resistencias incestuosas contra éste. Como ya expuse más arriba, considero más sencillo y verosímil suponer que durante una época le fue cómodo ver al profesor como padre, hasta que prefirió entregarse a los presentimientos secretos de la pubertad más que a las obligaciones con la escuela y el profesor, invistiendo entonces su libido al jovencito, del que se prometía en secreto ciertas cosas que posteriormente el análisis puso de manifiesto, como hemos visto. Incluso aunque hubiera resultado del análisis que, en efecto, tenía resistencias incestuosas hacia el profesor por transferencia de la *imago* paterna, tales resistencias no serían sino fantasías exageradas secundariamente. El *primum movens* en cualquier caso sería la comodidad o, expresado científicamente, el *principio de mínima energía*.

517 Creo también tener razones bien fundadas —lo menciono aquí de pasada— para suponer que no siempre es un interés propiamente legítimo por los procesos sexuales y su desconocida naturaleza lo que induce la regresión a fantasías infantiles. Pues entre personas adultas que están informadas hace tiempo de todo lo sexual encontramos las mismas fantasías regresivas y, aparentemente, sin motivo legítimo. Muchas veces también he tenido la impresión de que los jóvenes intentan mantener su pretendida ignorancia en el análisis —a pesar de las aclaraciones— con objeto de dirigir allí la atención en lugar de al rendimiento adaptativo. Aunque a mí me parece indudable que los niños también aprovechan su ignorancia efectiva o aparente, no por ello debo dejar de insistir en que los jóvenes tienen derecho a la educación sexual. A muchos niños les sería ciertamente más provechoso recibirla en casa de manera decorosa y razonable que enterarse de estas cosas en la escuela de manera soez.

518 A lo largo del análisis quedó claro que la niña, nuestra paciente, junto a un desarrollo manifiesto, en concordancia con la vida, desarrolló un movimiento regresivo de la libido, causa de su neurosis, del desacuerdo consigo misma. Al adaptarse el análisis a la inclinación regresiva se descubrió la existencia de una curiosidad exquisitamente sexual ocupada en problemas muy determinados. La libido, atrapada en estos extravíos fantásticos, volvió a ser utilizada liberándose, mediante la explicación, de la carga de las fantasías infantiles y falsas. Con este conocimiento se le abrieron a la niña los ojos también respecto a su posición en la realidad y sobre sus posibilidades reales. El resultado fue que la muchacha pudo adoptar una posición objetiva y crítica sobre sus deseos inmaduros propios de la pubertad y, de ese modo, ser capaz de renunciar a lo que de todas maneras era imposible en favor de la aplicación posible de la libido,

es decir, el trabajo, ganándose el afecto del profesor. En este caso, el análisis no sólo dio lugar a un sensible alivio, sino también a un señalado progreso intelectual en la escuela, pasando pronto la niña a ser la primera de la clase, como confirmó el profesor mismo.

519 En principio este análisis no se distingue del de un adulto. Simplemente no habría lugar para la aclaración sexual, pero en su lugar se encontraría algo muy similar: la aclaración del infantilismo de la actitud vital mantenida hasta el presente y el aprendizaje de una actitud racional. El análisis es una mayéutica socrática perfeccionada que no teme adentrarse en los más oscuros caminos de la fantasía neurótica.

520 Espero que, gracias a este ejemplo de desarrollo de un análisis, desde luego muy compendiado, les haya proporcionado no sólo una ojeada del curso completo de un tratamiento y sus dificultades técnicas, sino también de la belleza del alma humana y sus interminables problemas. He recurrido con toda intención a determinadas cuestiones mitológicas para, cuando menos, sugerirles las posibilidades generales de las ideas psicoanalíticas. Con ello quiero referirme a la más amplia significación de esta constatación: precisamente en la intensa presencia de lo mitológico en el alma del niño podemos ver una clara indicación sobre el desarrollo gradual del espíritu individual a partir del «espíritu colectivo» de la temprana infancia, origen de la antigua doctrina de un estado previo y consecutivo a nuestra existencia individual y dotado de un saber perfecto.

521 Esas mismas alusiones a lo mitológico que hallamos en el niño las volvemos a encontrar en la *dementia praecox* y en el sueño. Estas relaciones son un extenso y fértil campo para la investigación psicológica comparada. El objetivo a largo plazo de esa investigación es una *filogenia del espíritu* que, como ocurre con la estructura corporal, alcanza finalmente su forma actual mediante múltiples transformaciones. El espíritu posee todavía, por así decir, como órganos rudimentarios, lo que encontramos plenamente activo en otras variantes espirituales humanas y en ciertos estados patológicos.

522 Con estas indicaciones he llegado también al estado actual de la investigación, esbozando al menos aquellos conocimientos e hipótesis de trabajo característicos de mi labor actual y futura. No ha sido mi empeño exhibir ciertas opiniones divergentes de las hipótesis de Freud para contradecirlas, sino como un ulterior desarrollo orgánico de las ideas fundamentales introducidas por Freud en la ciencia. No es conveniente perturbar la evolución de la ciencia desplazándose a un punto de vista completamente opuesto con una nomenclatura totalmente modificada; éste es un privilegio otorgado a muy pocos, aunque también ellos están obligados a descender de sus alturas

solitarias para incorporarse nuevamente al lento curso de la experiencia común y la formación de criterio. Espero que el crítico comprensivo no vuelva a reprocharme que saco las hipótesis de la nada. Jamás me habría atrevido a pasar por alto las hipótesis existentes si la experiencia con cientos de casos no me mostrara que mis opiniones satisfacen plenamente las exigencias de la práctica. No hay que poner demasiadas esperanzas en el éxito de un trabajo científico; si, no obstante, encuentra un cierto público, me atrevo a expresar la esperanza de que también podría contribuir a aclarar muchos errores y a superar algunos obstáculos puestos en el camino de la comprensión del psicoanálisis. Mi trabajo no basta, por supuesto, para compensar la experiencia psicoanalítica deficiente. Quien quiera hacer oír su voz en el ámbito del psicoanálisis ha de investigar sus casos, hoy y siempre, con la misma profundidad que la escuela psicoanalítica.



10

ASPECTOS GENERALES DEL PSICOANÁLISIS*

523 El psicoanálisis es hoy tanto una ciencia como una técnica. A partir de los resultados técnicos se ha ido desarrollando en el curso de los años una nueva ciencia psicológica que podría denominarse «psicología analítica». Si este tipo de psicología sólo tratara de lo inconsciente, con gusto utilizaría la expresión de Bleuler «psicología profunda».

524 A la mayoría del público interesado en la psicología y la medicina este tipo especial de psicología le queda todavía muy lejos, pues aún desconoce en gran medida sus fundamentos técnicos. La razón de este desconocimiento estribaría en la naturaleza exquisitamente psicológica del nuevo método que, en conformidad con esto, no pertenece ni al ámbito médico ni al filosófico. Por regla general el médico suele tener escasos conocimientos psicológicos y el filósofo no posee conocimientos médicos. En consecuencia, falta por doquier el substrato adecuado en el que pudiera implantarse la nueva metodología. Además, a mucha gente el método mismo le parece tan arbitrario que aparentemente no pueden conciliar su aplicación con la conciencia científica. A esto se añade que el método no ha podido librarse de numerosos prejuicios derivados de las formulaciones de Freud, su fundador, quien destaca extraordinariamente *el factor sexual*. Es un hecho que esto repelió a muchos eruditos. Apenas necesitaré añadir que una aversión de esta índole no debería ser un fundamento objetivo para rechazar un nuevo método. Dentro

* Conferencia pronunciada en inglés en la *Psycho-Medical Society* de Londres el 5 de agosto de 1913. Publicada por primera vez con el título «Psycho-Analysis» en *Transactions of the Psycho-Medical Society* (Cockermouth, 1913). Reeditada en *Collected Papers on Analytical Psychology* (London, 1916, 1917 y New York, 1920). La presente versión se basa en el manuscrito alemán inédito.

del psicoanálisis hay mucha casuística y mucha formulación casuística, pero poca discusión de principios. Esta carencia ha contribuido naturalmente a una mala compresión del método y a tenerle por acientífico. Y quien no reconoce la cientificidad del método tampoco puede reconocer la cientificidad de sus resultados.

525 Antes de abordar los principios del método psicoanalítico he de referirme a dos prejuicios habituales. El primero es que el psicoanálisis no sería más que una *anamnesis* algo complicada y profunda. La anamnesis, como es sabido, se basa en el testimonio de los allegados y en el interrogatorio e informe consciente del paciente. El médico psicoanalista, naturalmente, lleva a cabo su anamnesis tan cuidadosamente como cualquier otro especialista. Pero esto todavía no es análisis, sino sólo eso, anamnesis. El análisis es una descomposición de los contenidos presentes en la consciencia, pretendidamente casuales, en sus determinantes psicológicos. Esta actividad nada tiene que ver con la reconstrucción anamnésica de la historia clínica.

526 El segundo prejuicio, basado normalmente en un conocimiento superficial de la literatura psicoanalítica, es que el psicoanálisis sería un *método de sugestión*, es decir, sugeriría al paciente una determinada doctrina, produciéndose las curaciones al estilo de, por ejemplo, la *Mental Healing* o la *Christian Science**. Muchos psicoanalistas con suficiente experiencia en psicoanálisis trabajaron anteriormente con terapia de sugestión y saben, por lo tanto, muy exactamente qué es sugestión y qué no. Saben que la actitud del psicoanalista en su trabajo es la opuesta a la del hipnotizador. Al contrario que la terapia de sugestión, el psicoanalista se esfuerza en no imponer al paciente nada que éste no perciba y vea plausible por reconocimiento propio. Frente a la constante exigencia del neurótico en recibir sugerencias y consejos, el psicoanalista busca con la misma persistencia conducirlo fuera de ese papel pasivo y que utilice su razón y su crítica para ser capaz de llevar una vida independiente. Se ha dicho con frecuencia que al paciente se le imponen interpretaciones por la fuerza, interpretaciones a menudo completamente arbitrarias. Quisiera que esos críticos intentaran alguna vez imponer interpretaciones arbitrarias a mis pacientes, muchos de ellos

* La *Christian Science* es un movimiento surgido a finales del siglo XIX en Estados Unidos, bajo el impulso de Mary Baker-Eddy, autora del muy influyente libro titulado *Science and Health with Key to Scriptures* (1875). En 1862 fue curada de una parálisis histérica por un relojero practicante del mesmerismo, autotitulado doctor Quimby (téngase en cuenta que la titulación médica estaba muy pobremente reglamentada a la sazón en ese país). Este suceso, interpretado por la paciente desde una perspectiva religiosa, fue determinante en su ulterior elaboración de la «Ciencia Cristiana» [LM].

personas de gran inteligencia y formación, incluso colegas de mi especialidad. Rápidamente se evidenciaría la imposibilidad de tal empresa. En psicoanálisis dependemos completamente del paciente y de su juicio, dado que la esencia del análisis consiste en orientar al paciente hacia la comprensión de sí mismo. Los principios del psicoanálisis son tan totalmente distintos de los de la terapia de sugestión que resulta imposible comparar ambos métodos.

527 También se ha intentado comparar al psicoanálisis con el método educativo de Dubois*, que se presenta como un procedimiento racional. Esta comparación no es correcta porque el psicoanalista evita estrictamente razonar con el paciente. Naturalmente, el psicoanalista ha de escuchar los conflictos y problemas conscientes del paciente y tomar nota de ellos, pero no para satisfacer la exigencia del paciente y dar recomendaciones y consejos. Los problemas de un neurótico no los resuelve el análisis mediante consejos y razonamiento consciente. No dudo de que un buen consejo a tiempo pueda hacer bien. Aunque no sé de dónde viene la creencia de que el psicoanalista podría también dar siempre el consejo justo en el momento justo. A menudo, por no decir casi siempre, el conflicto neurótico hace imposible el consejo. Es también conocido que los pacientes quieren disponer de un consejo de autoridad para quitarse de encima la responsabilidad invocando ante sí mismos y ante los demás ese consejo. No trato de poner en duda la eficacia del razonamiento y la persuasión como terapia, tampoco la de la hipnosis. Lo que quisiera destacar aquí es meramente su diferencia de principio respecto del psicoanálisis.

528 Al contrario que todos los métodos conocidos hasta ahora, el psicoanálisis aspira a superar los trastornos de la psique neurótica no desde lo consciente, sino desde lo inconsciente. Para realizar este trabajo necesitamos naturalmente los contenidos de la consciencia del paciente, pues sólo por este camino podemos acceder a lo inconsciente. Los contenidos de la consciencia sobre los que trabajamos en primer lugar son los materiales de la anamnesis que, en muchos casos, proporcionan los esperados puntos de apoyo que permiten aclarar al paciente el origen psicógeno de sus síntomas. Este trabajo, como es natural, sólo es necesario cuando el paciente está convencido de que su neurosis es de origen orgánico. Pero también en aquellos casos en los que el paciente está convencido de antemano de la naturaleza psíquica de su padecimiento, una visión crítica del conjunto de la anamnesis sólo puede resultarle ventajosa, al caer en la cuenta de conexiones psicológicas en las que antes no

* Cf. § 41 nota, de este volumen.

reparaba. Frecuentemente aparecen de ese modo aquellos problemas que precisan un examen especial. Este trabajo suele ocupar muchas sesiones. La elucidación del material consciente termina cuando ni paciente ni médico pueden aportar ya nada decisivo. En el mejor de los casos se consigue plantear el problema, a menudo insoluble.

529 Tomemos como ejemplo el caso de un hombre sano hasta que entre los treinta y cinco y cuarenta años enferma de neurosis. Tiene una posición segura en la vida, mujer e hijos. Paralelamente a la neurosis aparecen intensas resistencias hacia el ejercicio de su profesión. Notó los primeros síntomas neuróticos cuando tuvo que afrontar cierta dificultad profesional. Más tarde sobrevinieron una y otra vez empeoramientos de su estado con dificultades similares. Hubo alguna mejoría pasajera cada vez que la fortuna le favorecía en su vida profesional. El problema que resulta de la discusión crítica de la anamnesis es el siguiente: el paciente sabe que podría dejar su trabajo, con la consiguiente satisfacción y la deseada mejoría de su neurosis. Tampoco puede mejorar su rendimiento laboral, pues sus resistencias hacia el trabajo se lo impiden. El problema es racionalmente insoluble. El tratamiento psicoanalítico, por lo tanto, debe comenzar en el punto crítico, las resistencias hacia el trabajo.

530 Tomemos otro caso: una mujer de más de cuarenta años, casada y madre de cuatro hijos, enferma hace cuatro años a raíz de la muerte de uno de ellos. Un nuevo embarazo y el nacimiento de otro hijo mejoraron considerablemente su neurosis. La paciente piensa que si pudiera tener otro hijo mejoraría de nuevo. Pero sabe que no puede tener más hijos. Intenta entonces utilizar su energía en intereses filantrópicos, sin encontrar la mínima satisfacción. Ha observado que experimenta un considerable alivio de sus molestias en cuanto consigue interesarse vivamente por algún asunto durante un tiempo. Mas se siente completamente incapaz de descubrir algo que le procure una satisfacción duradera y un vivo interés. La insolubilidad racional de este problema está clara. El trabajo psicoanalítico comienza preguntando qué es lo que impide a la paciente desarrollar otros intereses más allá del hijo.

531 Puesto que no podemos imaginarnos saber de antemano cuál es la solución de tales problemas, a partir de este punto hemos de confiar en las directrices que marque la individualidad de cada paciente. Ni el interrogatorio consciente del paciente ni el asesoramiento racional permiten descubrir estas directrices, pues las causas del obstáculo se le ocultan a la consciencia. De ahí que no haya un camino esquemáticamente señalado de antemano para llegar a los obstáculos inconscientes. La única regla que establece el psicoanálisis al respecto es ésta: dejar hablar al paciente sobre lo que se le

ocurra en ese momento. El analista debe observar atentamente aquello que cuenta el paciente y, por lo pronto, simplemente retenerlo en la memoria sin pretender imponerle sus opiniones. Así, por ejemplo, vemos que el primer paciente mencionado empieza repentinamente a hablar de su matrimonio, que antes nos había dicho era normal. Ahora escuchamos que tiene grandes dificultades con el carácter de su mujer y que ella no le entiende en absoluto. Esta observación permite señalar que evidentemente el trabajo profesional no es el único problema, que también hay que revisar la relación con su mujer. A esta mención del médico siguen numerosas ocurrencias del paciente, todas ellas relativas al matrimonio, y posteriormente ocurrencias sobre historias de amor previas a su matrimonio. Las vivencias narradas en detalle sacaron a la luz que el paciente siempre fue algo singular en sus relaciones más íntimas, siempre en el sentido de cierto egoísmo pueril. Esta observación le resulta nueva y sorprendente, aclarándole muchos de sus contratiempos con las mujeres.

532 No siempre llegamos tan lejos con el simple principio de dejar hablar. Muchos pacientes no tienen tan presentes sus materiales psíquicos. Otros oponen también activas resistencias a narrar libremente; unos, porque lo primero que se les ocurre les resulta demasiado penoso como para contárselo al médico, de cuya personalidad quizá desconfían; otros, porque, según dicen, no se les ocurre nada, esforzándose en hablar de cosas más o menos indiferentes. Esta última forma de no hablar de lo relevante en absoluto demuestra que el paciente encubra *conscientemente* determinados contenidos penosos, ya que pueden ser perfectamente inconscientes. En tales casos a veces ayuda recomendarle al paciente que no se esfuerce y que se limite a retener tranquilamente los primeros pensamientos que se le ocurran, por insignificantes o incluso absurdos que parezcan. En ciertos casos tampoco sirve de nada esta recomendación. Tales casos obligan al médico a valerse de ciertas ayudas. Una de ellas es el experimento de asociación, que generalmente proporciona excelentes informaciones acerca de las principales tendencias momentáneas del individuo. Se ha dicho y publicado tanto sobre este experimento que no me atrevo a hablar más de él.

533 Una segunda ayuda es el análisis de los sueños, el instrumento genuino del psicoanálisis. Se nos ha criticado tanto a causa del análisis de los sueños que no será superflua una breve exposición de principio sobre esta cuestión. Es sabido que la interpretación del significado de los sueños tiene mala fama. Todavía no hace mucho se aplicaba y creía en ella; tampoco ha pasado tanto tiempo desde que incluso personas más o menos ilustradas estaban completamente

bajo el hechizo de la superstición. En consecuencia, es muy comprensible que nuestra época sienta aún un cierto y vivo espanto ante la superstición que acaba de superar parcialmente. A este rechazo temeroso de la superstición debe el análisis de los sueños un considerable cúmulo de resistencias, de las que en principio es inocente. No elegimos el sueño como objeto porque le tributemos una admiración supersticiosa, sino por tratarse de un producto psíquico independiente de la consciencia. Buscamos en el paciente ocurrencias libres, aunque no aporte nada o nada más, o sólo cosas forzadas o indiferentes. El sueño es una ocurrencia libre, una fantasía libre, no está forzado; es tan fenómeno psíquico como la ocurrencia*.

534 No puedo ocultarles ahora que *in praxi*, sobre todo al comienzo de un análisis, no conseguimos llevar hasta el final análisis oníricos ideales y completos, limitándonos a recopilar el material relativo al sueño hasta que el problema silenciado por el paciente resulte tan evidente que también él lo reconozca. Se somete entonces dicho problema a una elaboración detallada y consciente aclarándolo en lo posible hasta encontrarnos de nuevo con una cuestión sin respuesta.

535 Se preguntarán ustedes a continuación cómo debe procederse cuando el paciente no sueña. Puedo asegurarles que todos los pacientes, aun cuando digan que no han soñado nunca antes, empiezan a soñar en el análisis. Pero con frecuencia también se observa lo contrario. Pacientes que soñaban vivamente al comienzo dejan repentinamente de recordar sus sueños. La regla empírica y práctica, válida hasta ahora, dice que si un paciente no sueña es porque tiene suficiente material consciente que, por determinados motivos, guarda para sí. Un motivo habitual es éste: «Estoy en la consulta del médico, completamente dispuesto a que me trate. Pero es un asunto del médico, yo me limito a comportarme pasivamente». En otras ocasiones, los argumentos en contra son aún peores: por ejemplo, pacientes que no quieren reconocer en sí mismos ciertos aspectos moralmente delicados proyectan sus errores en el médico, en quien suponen fríamente algún defecto moral que obliga a no comunicarle determinados asuntos penosos.

536 Por lo tanto, si un paciente no sueña desde el principio, o deja de soñar, es porque existen materiales accesibles a una elaboración consciente. La relación personal entre médico y paciente es aquí el mayor obstáculo. Puede impedirles tanto al médico como al paciente ver clara la situación. No hay que olvidar que, debido al insistente

* El fragmento de texto que sigue en el original es idéntico a los § 324-331 de este volumen. Aquí están suprimidos.

interés que el médico ha de tener por la psicología de su paciente, también éste, si es una persona intelectualmente despierta, se compenetrará con la psicología de aquél situándose ante él de acuerdo con ella. En estas circunstancias, en la medida que el médico no capte en sí mismo sus problemas inconscientes será también ciego para la actitud de su paciente. Por eso planteo como exigencia la necesidad de que todo médico analista sea a su vez analizado, pues en otro caso el análisis puede fácilmente provocarle una gran decepción y quedar absolutamente bloqueado en determinadas circunstancias sin saber qué hacer. Gustosamente se supone entonces que el psicoanálisis es un sinsentido para no tener así que confesarse que es uno mismo quien ha encallado. Si están ustedes seguros de su propia psicología podrán decir tranquilamente al paciente que no sueña porque aún hay material consciente por resolver. Afirmo que en esos momentos se debe estar seguro de sí porque las críticas y juicios despiadados que hay que oír en ocasiones pueden trastornar considerablemente a quien no esté preparado. La consecuencia inmediata de ese trastorno personal del médico es empezar a discutir con el paciente para afirmarse frente a él. Con ello, naturalmente, el análisis se vuelve imposible.

537 Ya les dije que en un principio sólo se necesitan los sueños como fuente de recursos. Al comienzo de un análisis es no sólo innecesario, sino a veces incluso muy imprudente dar una pretendida interpretación completa de un sueño. Una interpretación completa y realmente exhaustiva de un sueño es lo más difícil que hay. Algunas veces habrán leído en la literatura psicoanalítica interpretaciones que son formulaciones muy a menudo unilaterales y frecuentemente cuestionables. Incluyo aquí también las reducciones unilateralmente sexuales de la escuela de Viena. Dada la enorme multiplicidad del material onírico hay que guardarse de toda formulación unilateral. No es lo unívoco de un sueño, sino su carácter equívoco lo que precisamente tiene a menudo el máximo valor al comienzo de un tratamiento psicoanalítico. Así, por ejemplo, este sueño de una paciente al comienzo del tratamiento: *Está en una ciudad extraña, en el hotel. Se declara de pronto un fuego. Su marido y su padre están presentes y le ayudan a salvarse.*

538 La paciente es inteligente, extraordinariamente escéptica y está absolutamente convencida de que el análisis de los sueños es absurdo. Me cuesta esfuerzo incluso conseguir que acceda a intentar el análisis onírico. Tomo el acontecimiento sobresaliente del sueño, el incendio del hotel, como punto de partida de las asociaciones. La paciente comenta que hace poco leyó en un periódico que se incendió cierto hotel de Z. Recuerda el hotel porque una vez vivió allí y

conoció en él a un hombre. A partir de ahí se desarrolló un asunto amoroso algo turbio. A partir de esta narración resulta que la paciente ha tenido una larga serie de aventuras semejantes, todas ellas de carácter algo frívolo. Esta parte importante de la prehistoria pudo observarse en la primera asociación con un elemento del sueño. En este caso sería inútil hacer inteligible a la paciente el sentido del sueño, por lo demás muy claro. Con su actitud frívola, de la que su escepticismo es sólo un caso especial, hubiera podido rechazar sin inmutarse todos los intentos de este tipo. Pero una vez reconocida tal actitud frívola, demostrada con su propio material, los siguientes sueños pudieron analizarse mucho más profundamente.

539 Por eso se recomienda utilizar al principio los sueños para llegar mediante las asociaciones a los materiales críticos. Ésta es la vía mejor y más prudente, particularmente para los psicoanalistas principiantes. Se desaconseja completamente toda traducción arbitraria de los sueños. Esto sería una práctica supersticiosa fundada en el supuesto de que hay significados simbólicos fijos. Pero no hay significados simbólicos fijos. Hay determinados elementos que se presentan con frecuencia, pero que no nos permiten ir más allá de las constataciones generales. Suponer, por ejemplo, que en los sueños la serpiente tendría sin falta y solamente una significación fálica es completamente incorrecto, tan incorrecto como negar la significación fálica. Todo símbolo tiene al menos dos significados. La muy frecuente significación sexual de los símbolos oníricos es, como mucho, sólo uno de ambos significados. Por eso no puedo aprobar el modo de interpretación exclusivamente sexual, tal y como figura en ciertos escritos psicoanalíticos, como tampoco la interpretación de los sueños como cumplimiento de deseos infantiles, ya que sé por experiencia que debo considerarla unilateral y, por lo tanto, insuficiente. Quiero leerles como ejemplo un sueño muy sencillo de un paciente joven: «*Subo con mi madre y mi hermana una escalera. Una vez arriba, alguien dice que mi hermana está esperando un niño*».

540 Con este sueño quiero mostrarles ahora cómo puede traducirse en términos exclusivamente sexuales según las concepciones desarrolladas hasta el momento. Es sabido que la fantasía incestuosa desempeña en el neurótico un importante papel, por lo que la imagen «con mi madre y mi hermana» podría entenderse como una alusión en este sentido. La «escalera» tiene una significación sexual supuestamente fija como «acto sexual», dado el ascenso rítmico por los escalones. El niño que va a tener la hermana no es sino la conclusión lógica de estas premisas. Así traducido, el sueño sería un claro cumplimiento de los llamados deseos infantiles que, como saben,



constituye un elemento importante de la teoría de los sueños de Freud.

541 Pues bien, yo he analizado este sueño basándome en los siguientes razonamientos: si digo que la escalera es un símbolo del acto sexual, ¿qué me autoriza a considerar a la madre y a la hermana de forma real, esto es, no simbólicamente? Si me baso en la aseveración de que las imágenes oníricas son simbólicas y confiero valor simbólico sólo a algunas de ellas, ¿qué derecho tengo a excluir otras? Si, consecuentemente, atribuyo valor simbólico al hecho de subir las escaleras, también deberé atribuírselo a las imágenes llamadas madre, hermana y niño. Por eso no he traducido el sueño sino que lo he analizado. El resultado es sorprendente: quiero presentarles literalmente las sociaciones con los diversos elementos del sueño para que ustedes mismos se formen un juicio sobre el material. Debo anticiparles que el joven había terminado sus estudios universitarios pocos meses antes, sin lograr decidirse por un empleo al resultarle difícil la elección, volviéndose neurótico. En consecuencia abandonó la idea de trabajar. Entre otras cosas, su neurosis contenía una manifiesta homosexualidad*.

542 Las asociaciones relativas a su *madre* son las siguientes: «Hace mucho, muchísimo tiempo que no la veo. Bien mirado, debiera reprocharme por ello. No está bien descuidarla así».

543 *Madre,* por lo tanto, está aquí en lugar de algo que se descuida irresponsablemente. Le pregunto al paciente qué es. A lo que responde apocado: «Mi *trabajo*».

544 Respecto a *hermana,* asocia: «No la he veo desde hace años. La añoro. Cuando pienso en ella recuerdo siempre el momento en que nos despedimos. La besé entonces con auténtico amor, y en esa ocasión entendí por primera vez lo que puede significar el amor a una mujer». Al paciente le resulta claro que la «hermana» representa el *amor a la mujer.*

545 Con *escalera*, asocia: «Subir – llegar arriba – hacer carrera – crecer, ser mayor».

546 Con *niño*, asocia: «Recién nacido – renovación – renacimiento – ser una persona nueva».

547 No hay más que escuchar estos materiales para comprender en seguida que el paciente ha cumplido en el sueño no tanto deseos infantiles como deberes biológicos descuidados hasta ahora por su

* Esta situación es sorprendentemente comparable a la de Hans Castorp, el protagonista de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, al inicio de la novela. No es casual que, tanto por eso como a causa del ulterior desarrollo de la acción, *La montaña mágica* resulte una obra de extraordinario interés para el psicólogo y el médico [LM].

infantilismo neurótico. La justicia biológica compensadora fuerza a veces a la persona a recuperar en sueños sus obligaciones vitales descuidadas.

548 Este sueño es un típico ejemplo de la función prospectiva y teleológica de los sueños en general, especialmente destacada por mi colega Maeder. Si únicamente tenemos en cuenta la interpretación sexual se nos escapará el verdadero sentido de los sueños. En los sueños lo sexual es en primer término un medio de expresión y en absoluto es siempre su sentido y objetivo. El descubrimiento del sentido prospectivo o finalista de los sueños es de gran importancia, especialmente cuando el análisis alcanza ese punto en el que la mirada del paciente debe dirigirse preferentemente al futuro más que al mundo interno y al pasado.

549 Respecto al manejo del simbolismo, este ejemplo puede enseñarnos también que no puede haber un simbolismo fijado en detalle, sino a lo sumo una frecuencia media de determinados significados bastante generales. En lo que atañe especialmente al llamado *sentido sexual* de los sueños, he extraído de la experiencia la siguiente regla práctica:

550 Si al comienzo del tratamiento el análisis del sueño de un paciente proporciona un sentido indudablemente sexual, hay que tomar ese sentido como *real*, de donde se deriva la necesidad de someter a una cuidadosa revisión los problemas sexuales del paciente. Por ejemplo, si el contenido latente de la esencia del sueño es una fantasía de incesto, habrá que investigar detalladamente sobre esa base las relaciones infantiles del paciente con sus padres y hermanos, así como con otras personas idóneas que pudieran haber desempeñado un papel paterno o materno. Pero si en un estadio más avanzado del análisis un sueño proporciona como contenido esencial, por ejemplo, una fantasía de incesto —esto es, una fantasía cuya superación podría presuponerse—, no hay que atribuir indefectiblemente valor de realidad a esta fantasía, que debe verse *simbólicamente* de acuerdo con esta fórmula: el sentido desconocido del sueño se expresa alegóricamente mediante una fantasía de incesto. En tal caso no hay que atribuir a la fantasía sexual un valor real, sino simbólico. Si en este caso nos fijáramos en el sentido real, reduciríamos una y otra vez al paciente a la sexualidad, lo que detendría el progreso de la personalidad. Para el paciente la liberación no estriba en hacerlo descender de nuevo a la sexualidad primitiva, pues así permanecería en un nivel cultural inferior y nunca alcanzaría su libertad humana y, por lo tanto, la curación completa. El retroceso a la barbarie no significa para el hombre civilizado ninguna ventaja.

551 La fórmula mencionada anteriormente, según la cual el sentido sexual de un sueño es una expresión simbólica o analógica, es naturalmente también válida para los sueños del comienzo del análisis. La razón práctica que nos movió a no tomar en consideración el valor simbólico de la fantasía sexual fue el hecho de que a las fantasías sexuales anómalas del neurótico les corresponde un valor real y efectivo mientras, como enfermo, permita que esas fantasías influyan esencialmente en su quehacer. Las fantasías no sólo le impiden una mejor adaptación a su situación, sino que, además, le inducen a todo tipo de actos sexuales reales, incluso a veces al incesto real, como enseña la experiencia. En tales condiciones sería muy poco útil considerar sólo el contenido simbólico; primero debe resolverse lo concreto.

552 Esta argumentación se fundamenta, como habrán advertido ustedes, en una concepción del sueño distinta de la de Freud. La experiencia, efectivamente, me ha impuesto otra concepción. En Freud el sueño es esencialmente un encubrimiento simbólico de deseos reprimidos que entran en colisión con los objetivos de la personalidad. Me veo obligado a concebir de otra manera la estructura del sueño: para mí el sueño es en primer término la imagen subliminal de la situación psicológica actual en el estado de vigilia. Nos proporciona un *résumé* de los materiales asociativos subliminales que configuran la constelación de la situación psicológica del momento. El sentido volitivo del sueño —que Freud llama deseo reprimido— es para mí esencialmente un modo de expresión.

553 Hablando biológicamente, la actividad de la consciencia representa la lucha psicológica por la adaptación individual. La consciencia busca ajustarse a las necesidades momentáneas o, expresado de otra manera, existen tareas que el individuo ha de superar. En muchos casos la solución es desconocida *a priori*, por lo cual la consciencia siempre intenta encontrarla mediante experiencias análogas. Siempre intentamos captar el futuro desconocido según la imagen proporcionada por la experiencia pasada. Pues bien, no tenemos ninguna razón para suponer que el material psíquico subliminal obedezca a leyes distintas que el material supraliminal. Lo inconsciente se agrupa, como lo consciente, en torno a las tareas biológicas y, como la consciencia, busca soluciones análogas a las del pasado. Siempre que queremos asimilar lo desconocido lo hacemos por analogía. Un sencillo ejemplo al respecto es el hecho bien conocido de que, en la época del descubrimiento de América por los españoles, los indios interpretaron los caballos de los conquistadores, desconocidos para ellos, como grandes cerdos, porque sólo estos últimos eran accesibles a su experiencia. Siempre conocemos según este

modelo. Ésta es también la razón fundamental del simbolismo, captar por analogía. El sueño es una captación subliminal por analogía. Los deseos aparentemente reprimidos son tendencias volitivas que le sirven al pensamiento inconsciente de material para la expresión lingüística. En lo que atañe especialmente a este punto, estoy completamente de acuerdo con el modo de ver de otro discípulo de Freud; me refiero a Adler. Que los materiales de expresión de lo inconsciente sean elementos o tendencias volitivas corresponde al arcaísmo del pensar onírico, un problema que he tratado en otro lugar*.

554 Esta modificación en la concepción de la estructura del sueño afecta también al curso ulterior del análisis, que adquiere un aspecto distinto al que hasta ahora tenía. La valoración simbólica de las fantasías sexuales en el curso posterior del análisis conduce necesariamente, en vez de a una reducción de la personalidad a tendencias primitivas, a una ampliación y desarrollo de la actitud intelectual, esto es, a un enriquecimiento y una profundización del pensamiento, algo que desde siempre ha sido una de las armas más poderosas del hombre en su lucha por adaptarse. Continuando consecuentemente esta nueva vía he comprendido que el trabajo analítico también debe atender positivamente a las fuerzas impulsoras religiosas y filosóficas —la llamada necesidad metafísica del hombre—, que no hay que destruir reduciéndolas a las raíces sexuales primitivas de las fuerzas motivadoras latentes en estas aplicaciones, sino ponerlas al servicio de los objetivos biológicos como factores psicológicamente valiosos. Con ello estos impulsos adoptan las funciones que desde siempre han tenido.

555 Al igual que el hombre primitivo fue capaz de desprenderse de su estado originario con auxilio de los símbolos religiosos y filosóficos, el neurótico también es capaz de desprenderse por esta vía de su enfermedad. Probablemente sea inútil señalar que no me refiero a que habría que implantar la fe en un dogma religioso o filosófico, sino a que debe reconstruirse en el enfermo la misma actitud psicológica que en estadios culturales anteriores se caracterizaba por la existencia de una fe viva en un dogma religioso o filosófico. La actitud filosófico-religiosa no es equivalente a la fe en un dogma. El dogma es una formulación intelectual pasajera y resultado de la actitud filosófico-religiosa solamente condicionada por el tiempo y las circunstancias. Dicha actitud es una conquista cultural y una función de enorme valor biológico, pues crea aquellos motivos que

* *Transformaciones y símbolos de la libido* (OC 5), § 25.

impulsan al hombre a ir más allá de sí mismo y, si es necesario, a sacrificarse en aras de los objetivos de la especie.

556 Con ello alcanza el hombre en su existencia consciente aquella unidad y totalidad, aquella seguridad y capacidad de sacrificio que el animal salvaje posee inconsciente e instintivamente. Cualquier reducción, cualquier escapada de esta trayectoria, rígidamente prefijada, del desarrollo cultural hace del hombre, como mucho, un animal mutilado, pero nunca lo que podría llamarse un hombre natural. A través de muchos, muchos éxitos y fracasos en la práctica analítica he podido convencerme de la despiadada verdad de esta orientación psicológica. No ayudamos al neurótico descargándole de las exigencias culturales, sino sólo llevándole a una participación activa en la obra dolorosa del desarrollo cultural. Los padecimientos que soporta en este servicio sustituyen a la neurosis. Mientras que de la neurosis y sus trastornos nunca se sigue la preciosa sensación del trabajo bien hecho y el deber cumplido, los padecimientos al servicio del trabajo útil y de la superación de dificultades reales traen consigo esos momentos de serenidad y de satisfacción que dan al hombre la inapreciable sensación de haber vivido realmente su vida.

11

SOBRE PSICOANÁLISIS*

557 Después de años de experiencia, ahora sé que resulta extraordinariamente difícil hablar de psicoanálisis en asambleas públicas y congresos. Corren tantas ideas falsas sobre la cuestión, tantos prejuicios sobre determinados puntos de vista psicoanalíticos, que es casi imposible lograr entenderse en una discusión pública. Siempre me ha parecido considerablemente más útil una conversación tranquila sobre este tema que las disputas acaloradas *coram publico*. Puesto que, con todo, he sido honrado por el Comité del Congreso para hablar como representante de la corriente psicoanalítica, trataré lo mejor que pueda algunos problemas teóricos fundamentales del psicoanálisis. Tengo que limitarme a este aspecto, pues me sería imposible exponerles con todo detalle qué significa el psicoanálisis y a qué aspira, así como explicarles sus múltiples posibilidades de aplicación en el ámbito de la mitología, la ciencia comparada de las religiones, la filosofía, etc. Ahora bien, si trato determinados problemas teóricos de importancia fundamental en psicoanálisis, presupondré que mis oyentes están familiarizados con la evolución y los resultados más importantes de la investigación psicoanalítica. Lamentablemente ocurre con frecuencia que gente que ni siquiera ha leído la correspondiente literatura especializada pretende tener un juicio sobre el psicoanálisis. Estoy firmemente convencido de que quien no haya estudiado los escritos básicos de la escuela psicoanalítica no puede formarse una opinión competente al respecto.

* Conferencia pronunciada en inglés con motivo del XVII Congreso Médico Internacional, celebrado en Londres en 1913 con el título «On Psychoanalysis». Publicada por primera vez en *Collected Papers on Analytical Psychology* (London, 1916 y 1917; New York, 1920).

558 Aunque Freud ha elaborado muy detalladamente su teoría de la neurosis, vista en conjunto no puede calificarse de clara o fácilmente inteligible. Por ello quisiera presentarles a ustedes sumariamente los fundamentos de esta teoría.

559 Como saben, el punto de vista original según el cual la histeria y las neurosis con ella emparentadas se originan en un trauma o en un *shock* sexual en la temprana infancia ha sido abandonado hace unos quince años. Pronto se constató que el trauma sexual no podía ser la verdadera causa de la neurosis, por la sencilla razón de que este trauma resultó ser casi universal. Prácticamente no hay nadie que no haya vivido en la temprana infancia algún tipo de *shock* sexual, mientras que son relativamente pocas las personas que desarrollan posteriormente una neurosis. Pronto descubrió Freud que muchos pacientes que informaban de una experiencia traumática temprana se habían inventado la historia del llamado trauma; en realidad no había ocurrido nunca y era un mero producto de la fantasía. Además, investigaciones más amplias probaron de forma completamente inequívoca que incluso cuando efectivamente existía un trauma no siempre era el único responsable de la neurosis, aunque aparentemente la estructura de la neurosis dependiera a veces completamente de él. Si la neurosis fuera consecuencia inevitable del trauma resultaría incomprensible que no haya una cantidad considerablemente mayor de neuróticos.

560 El efecto aparentemente intensificado del *shock* se basa claramente en la fantasía exagerada y enfermiza del paciente. Freud reconoció también que esa misma actividad de la fantasía se observa relativamente pronto en los malos hábitos, que él denominó perversiones infantiles. Su nueva concepción del origen de las neurosis se apoyó en esta idea, rastreando la neurosis retrospectivamente hasta algún comportamiento sexual de la temprana infancia. Esta concepción le llevó a un nuevo punto de vista: la persona neurótica estaría «fijada» a un determinado periodo de la temprana infancia, como mostraban las huellas más o menos claras presentes en su conducta anímico-intelectual. Freud emprendió también el intento de clasificar y distinguir las neurosis, y también la *dementia praecox*, en correspondencia con el estadio del desarrollo infantil en que hubiera tenido lugar la fijación. Visto desde esta perspectiva, la persona neurótica parece depender completamente de su pasado infantil, y sus posteriores dificultades en la vida, sus conflictos morales y sus deficiencias procederían evidentemente de los poderosos influjos de aquel periodo. Conforme a esto, la tarea principal del tratamiento consistiría en resolver esa fijación infantil,

concebida como una vinculación inconsciente de la libido sexual a ciertas fantasías y hábitos infantiles.

561 Ésta es, en mi opinión, la esencia de la teoría de la neurosis en Freud. Sin embargo, pasa por alto la siguiente e importante cuestión: ¿cuál es la causa de la fijación de la libido a las fantasías y hábitos infantiles? No debemos olvidar que casi todas las personas han tenido alguna vez tales fantasías y hábitos, que se corresponden exactamente con los del neurótico; pero ni quedan fijadas a ellas, ni tampoco se vuelven neuróticas. El secreto del origen de la neurosis, por lo tanto, no estaría en la mera *existencia* de fantasías infantiles, sino en la llamada *fijación*. Las múltiples indicaciones de neuróticos afirmando la existencia de fantasías sexuales infantiles carecen de valor en cuanto a su significación etiológica, pues esas mismas fantasías se encuentran también en las personas normales, hecho frecuentemente demostrado. Sólo la fijación misma parece ser característica.

562 Es necesario entonces exigir una prueba de la realidad de esa fijación infantil. Freud, un empírico absolutamente sincero y meticuloso, no habría presentado nunca la hipótesis si no tuviera sólidas razones para ello. Estas razones se apoyan en los resultados de las investigaciones psicoanalíticas. El psicoanálisis revela la existencia inconsciente de múltiples fantasías que tienen sus raíces en la infancia, agrupadas en torno a lo que se llama un «complejo nuclear», que en los varones puede denominarse complejo de Edipo y complejo de Electra en las mujeres. Estas denominaciones responden exactamente a su significación. Los trágicos destinos de Edipo y de Electra se desarrollan completamente dentro de los estrechos límites de la familia, al igual que el destino de un niño se encuentra enteramente dentro de las limitaciones familares. Por eso los complejos de Edipo y de Electra son típicos conflictos infantiles. La existencia de tales conflictos ha sido demostrada por la investigación psicoanalítica. Se supone que la fijación tiene lugar en el ámbito de estos complejos. Los efectos extraordinariamente intensos del complejo nuclear en lo inconsciente de los neuróticos llevaron a Freud a suponer que la persona neurótica estaría especialmente fijada a él. Lo típico del neurótico no es la mera existencia de este complejo —que, por lo demás, tiene cualquier persona en lo inconsciente—, sino una fijación manifiestamente intensa. Así, el neurótico resulta influido por el complejo con una intensidad considerablemente mayor que la persona normal. En cualquier historia psicoanalítica reciente de casos de neurosis se encuentran muchos ejemplos que lo confirman.

563 Hemos de admitir que este punto de vista resulta muy plausible, ya que la hipótesis de la fijación se basa en el conocido hecho de que

determinados periodos de la vida humana, especialmente la infancia, dejan ocasionalmente huellas decisivas permanentemente operantes. La cuestión es si esta explicación es suficiente. Cuando examinamos a personas neuróticas desde la infancia parece confirmarse este supuesto, pues observamos los efectos duraderos y persistentes del complejo nuclear a lo largo de toda la vida. Por el contrario, cuando consideramos casos en los que nunca se ha presentado huella alguna de neurosis fuera del periodo del colapso —y tales casos ocurren con frecuencia—, esta explicación se torna incierta. Si existe algo así como una fijación resulta inadmisible construir sobre ella una nueva hipótesis y sostener que temporalmente, en determinadas etapas de la vida, se afloja y queda inoperante la fijación, mientras que en otras épocas se fortalece súbitamente. Podemos constatar que en tales casos el complejo nuclear es operante con la misma actividad y persistencia que en aquellos otros que aparentemente apoyan la teoría de la fijación. Aquí es conveniente una actitud crítica, sobre todo teniendo en cuenta la frecuente observación de que el momento de irrupción de una neurosis no es casual; por regla general es un punto particularmente crítico. Normalmente es *el momento en que se exige una actitud psicológica nueva, esto es, una nueva adaptación*. Tales momentos facilitan, como sabe cualquier neurólogo experimentado, la irrupción de la neurosis.

564 Este hecho me parece extraordinariamente significativo. Si, en efecto, existiera una fijación, deberíamos esperar que su influencia permaneciera constante; en otras palabras: que la consecuencia fuera una neurosis de por vida. Es evidente que no es el caso. La determinación psicológica de la neurosis debe atribuirse sólo en parte a una predisposición de la primera infancia; también ha de tener una causa relacionada con el presente. Y si examinamos con exactitud la esencia de las fantasías y comportamientos infantiles a los que la persona neurótica está fijada, podremos constatar que no les es inherente nada específicamente neurótico. Las personas normales tienen más o menos las mismas experiencias internas y externas y pueden estar fijadas a ellas en medida sorprendentemente alta sin desarrollar una neurosis. En especial los hombres primitivos están ligados muy intensamente a su infantilidad. Así pues, paulatinamente las cosas van presentándose como si la llamada fijación fuera un fenómeno normal y la gran significación de la infancia para el comportamiento anímico y espiritual posterior sería totalmente natural y universalmente válida. El hecho de que la persona neurótica parezca estar notablemente influida por sus conflictos infantiles prueba que se trata no tanto de fijación cuanto del uso que esa persona hace de su pasado infantil. Parece como si exagerara su

importancia y le diera un valor artificial. Adler, un discípulo de Freud, tiene al respecto una opinión muy parecida.

565 Sería injusto decir que Freud se ha limitado a la hipótesis de la fijación; también observó este problema que acabo de abordar. Denominó «regresión» a este fenómeno de reactivación o exageración ulterior de los recuerdos infantiles. Aunque, según la opinión de Freud, aparentemente los deseos incestuosos del complejo de Edipo serían la verdadera causa de la regresión a las fantasías infantiles. En ese caso deberíamos suponer una intensidad inesperadamente fuerte de los deseos incestuosos primarios. Este modo de ver las cosas ha llevado a Freud a establecer la reciente comparación entre lo que él llama la «barrera psicológica del incesto» en los niños y el «tabú del incesto» de los primitivos. Él supone que el deseo de incesto real llevó al hombre primitivo a establecer leyes en su contra; yo creo, por el contrario, que el tabú del incesto es sólo uno de los múltiples tabúes y que procede del típico temor supersticioso del hombre primitivo —un temor independiente del incesto y de su prohibición—. Puedo afirmar que los deseos incestuosos de la infancia tienen ahora tan poca significación como lo tuvieron para la humanidad primitiva. Yo no busco la causa de una regresión en deseos incestuosos tempranos o en cualesquiera otros de carácter sexual. Tengo que admitir que una etiología exclusivamente sexual de la neurosis me parece en lo fundamental demasiado estrecha. Mi crítica no se basa en un prejuicio contra la sexualidad, sino en un conocimiento preciso de la problemática en su conjunto.

566 Por eso quisiera proponer que se liberara a la teoría psicoanalítica de la perspectiva exclusivamente sexual. En su lugar yo introduciría una *punto de vista energético* en la neuropsicología.

567 Todos los fenómenos psicológicos pueden ser considerados como manifestaciones de energía, al igual que todos los fenómenos físicos se conciben como energéticos desde que Robert Mayer descubrió la ley de conservación de la energía. Subjetiva y psicológicamente esa energía se piensa como *apetencia* o *deseo*. Yo la llamo *libido*, empleando esta palabra en su significado original, que en modo alguno se limita exclusivamente al ámbito sexual. Salustio la utiliza del mismo modo cuando dice: «Les gustaban más las armas y los caballos de batalla que las cortesanas y los banquetes»*.

568 Desde un punto de vista más amplio puede entenderse la libido como energía vital en general o como el *élan vital* de Bergson. La primera manifestación de esa energía en el niño es el impulso nu-

* «Magis in armis et militaribus equis quam in scortis et conviviis libidinem habebant», *Catilina*, 7.

tricio. A partir de ese estadio se desarrolla la libido de forma gradual, a través de diversas variantes de la actividad de chupar, hasta la función sexual. Por lo tanto no considero el proceso de mamar como un acto sexual. Con seguridad no puede verse ese placer como sexual, sino como una alegría causada por la ingesta de alimento, pues no está demostrado en ninguna parte que el placer en sí sea sexual. Este proceso evolutivo continúa hasta entrada la vida adulta, acompañado de una adaptación constantemente creciente al mundo exterior. Siempre que la libido topa con un obstáculo en este proceso adaptativo se produce una acumulación, que habitualmente tiene por efecto una intensificación del esfuerzo para superar el obstáculo. Pero si el obstáculo parece insuperable y la persona renuncia a dominarlo, la libido retenida experimenta una regresión. En vez de emplearse en un esfuerzo intensificado, retrocede ante la tarea que se le plantea cayendo en un estadio anterior y primitivo.

569 Los mejores ejemplos de estas regresiones se encuentran en aquellos casos de histeria en los cuales una decepción amorosa o matrimonial origina una neurosis. Simultáneamente aparecen los conocidos trastornos digestivos, pérdida de apetito, síntomas de enfermedades gástricas de todo tipo, etc. En tales casos la libido, que ha abandonado la tarea de la adaptación, adquiere el dominio de la función nutricia provocando trastornos perceptibles. Efectos similares pueden observarse en casos donde no hay ningún trastorno de la función nutricia, aunque en su lugar se constata una reactivación regresiva de recuerdos del pasado lejano, una reactivación de las imágenes de los padres y del complejo de Edipo. Ahora las vivencias de la temprana infancia se vuelven de pronto significativas —algo que antes no eran—. Han sido reactivadas por la regresión. Si se retira el obstáculo del camino de la vida se derrumba todo ese sistema de fantasías infantiles tornándose tan inactivo e ineficaz como antes. Sin embargo, no debemos olvidar que, hasta cierto punto, está activo en todo momento influyéndonos de forma imperceptible. Esta interpretación, por lo demás, se aproxima a la hipótesis de Janet de que las *parties supérieures* de una función son sustituidas por sus *parties inférieures*. Quisiera recordarles que Claparède entiende los síntomas neuróticos como reflejos emocionales de naturaleza primitiva.

570 Por estas razones ya no busco las causas de una neurosis en el pasado sino en el presente. Me pregunto cuál es la tarea necesaria que el paciente no quiere cumplir. La larga lista de sus fantasías infantiles no explica suficientemente la causa de la enfermedad, pues sé que esas fantasías tan sólo son magnificadas por la libido regresiva, que no ha encontrado su salida natural en una nueva adaptación a los requerimientos de la vida.

571 Quizá se pregunten ustedes por qué la persona neurótica tiene una inclinación especial a no cumplir las tareas necesarias. Permítanme indicarles al respecto que ningún ser vivo se adapta fácil y flexiblemente a condiciones nuevas. La ley de la inercia es válida en todas partes.

572 Una persona sensible algo desequilibrada, como lo es siempre un neurótico, tendrá que afrontar su vida con dificultades especiales y acaso con tareas más singulares que una persona normal, que generalmente sólo necesita seguir el camino trillado de una existencia ordinaria. Para el neurótico no hay una forma de vivir exactamente establecida, ya que sus objetivos y tareas son casi siempre de naturaleza individualísima. Intenta ir por el camino más o menos incontrolado y semiconsciente de la persona normal, sin darse cuenta que su propio modo de ser crítico y diferente exige de él más esfuerzo del que se ve obligado a realizar una persona normal. Hay neuróticos que ya en los primeros meses de vida muestran una intensa sensibilidad y resistencia a la adaptación, por ejemplo con dificultades para tomar el pecho materno o reaccionando con sorprendente nerviosismo, etc. Nunca será posible encontrar una etiología psicológica de la singularidad de la predisposición neurótica, puesto que esta predisposición es previa a cualquier psicología. Se la podría denominar «sensibilidad congénita», y causa las primeras resistencias a la adaptación. Puesto que el camino a la adaptación está bloqueado, la energía biológica que llamamos libido no encuentra la salida adecuada o la actuación a ella conveniente, con el resultado de que el modo de adaptación realmente correcto es sustituido por uno anómalo o primitivo.

573 En las neurosis hablamos de una actitud infantil o de predominio de fantasías y deseos infantiles. Igual que las impresiones infantiles tienen una importancia evidente en las personas normales, también la tendrán en la neurosis, aunque carecen de relevancia etiológica, pues como manifestaciones secundarias y regresivas son meras reacciones. Es, desde luego, plenamente correcto, como dice Freud, que las fantasías infantiles determinan el carácter y la evolución posterior de una neurosis, pero esto no explica su causa. Incluso aunque descubramos fantasías sexualmente perversas, cuya existencia está demostrada en la infancia, no podemos considerarlas etiológicamente significativas. Una neurosis no tiene su causa auténtica en fantasías sexuales infantiles, y lo mismo vale para las fantasías sexuales neuróticas en general. No es una manifestación primaria basada en una predisposición sexualmente pervertida, sino

secundaria: una consecuencia del intento fallido de aplicar adecuadamente la libido represada. Sé que esta opinión ya es antigua, pero no por ello debe ser falsa. El hecho de que el mismo paciente crea muy a menudo que sus fantasías infantiles son la causa real de su neurosis no demuestra que tenga razón o que una teoría basada en esta conjetura sea correcta. Quizá las cosas sean así aparentemente, y tengo que reconocer que muchos casos dan de hecho esa impresión. De todos modos puede entenderse muy bien cómo llegó Freud a esta opinión. Cualquiera con alguna experiencia psicoanalítica coincidirá conmigo.

574 Resumiendo de nuevo: no puedo ver la verdadera etiología de una neurosis en las múltiples manifestaciones del desarrollo sexual infantil y sus fantasías asociadas. Que estas fantasías aumenten y ocupen el primer plano es una consecuencia de la energía o libido represada. El trastorno psicológico en una neurosis o la neurosis misma pueden considerarse un *intento fallido de adaptación*. Posiblemente esta formulación haga compatibles ciertos puntos de vista de Janet con la opinión de Freud según la cual una neurosis es, de algún modo, un intento de autocuración —una concepción que puede aplicarse, y se ha aplicado, a muchas otras enfermedades.

575 Ahora se plantea la cuestión de lo aconsejable de sacar a la luz todas las fantasías de un paciente con ayuda del análisis si no las consideramos etiológicamente significativas. Hasta el momento el psicoanálisis ha intentado descifrar esas fantasías al considerarlas etiológicamente importantes. Mi diferente actitud respecto a la teoría de la neurosis no afecta al procedimiento psicoanalítico. La técnica sigue siendo la misma. Aunque ya no creamos estar excavando la raíz última de la enfermedad, tenemos que extraer, sin embargo, las fantasías sexuales porque la energía que el paciente necesita para su curación, esto es, para la adaptación, está ligada a ellas. Con ayuda del psicoanálisis se restablece el vínculo entre la consciencia y la libido inconsciente. Así la libido inconsciente queda bajo el control de la voluntad. Sólo de este modo la energía escindida puede hacerse disponible nuevamente para superar las necesarias tareas vitales. Desde este punto de vista, el psicoanálisis aparece no ya como una mera reconducción del individuo a sus deseos sexuales primitivos, sino, entendido correctamente, como una tarea altamente moral de infinito valor educativo.



12

CUESTIONES PSICOTERAPÉUTICAS ACTUALES (CORRESPONDENCIA C. G. JUNG/R. LOŸ)*

PRÓLOGO

Bastarán algunas palabras para presentar las razones que suscitaron esta correspondencia y los objetivos de su publicación.

Introducido teórica y prácticamente por el profesor Forel en la terapia de sugestión, he estado ejerciéndola durante años y aún la ejerzo en los casos indicados. Cuando me di cuenta de la importancia fundamental de los trabajos psicoanalíticos de Freud, comencé a estudiarlos y gradualmente me fui atreviendo a utilizar el análisis. Para ello entré en contacto con el centro de los esfuerzos psicoanalíticos que me resultaba más próximo geográficamente: Zúrich. Pero, en sentido técnico, seguía contando fundamentalmente sólo con mis recursos. Por ello, a raíz de algunos fracasos tuve que preguntarme quién o qué tenía la culpa: sólo yo, por no saber aplicar el «método psicoanalítico correcto», o quizá el mismo método, que no serviría para todos los casos. La interpretación de los sueños, sobre todo, me resultó frecuente piedra de escándalo: no podía convencerme de que hubiera un simbolismo de validez general y exclusivamente sexual, como afirman en sus informes algunos psicoanalistas. Me parecía que a menudo sus interpretaciones llevaban el sello de la arbitrariedad.

Por eso me pareció encontrar exactamente lo que pensaba al leer la siguiente argumentación de Freud en la *Zentralblatt für Psychoanalyse***:

* Publicado con el mismo título como «Correspondencia con el doctor C. G. Jung, Profesor de Psiquiatría en Zúrich. Editada por el doctor R. Loÿ, Director médico del Sanatorio L'Abri, de Montreux-Territet», Franz Deuticke, Leipzig y Viena, 1914.

** «Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico», p. 1657.

> Hace ya años respondí a la interrogación de cómo se podía llegar a ser analista en los siguientes términos: por el análisis de los propios sueños. Esta preparación resulta desde luego suficiente para muchas personas, mas no para todas las que quisieran aprender a analizar. Hay también muchas a las cuales se hace imposible analizar sus sueños sin ayuda ajena. Uno de los muchos merecimientos contraídos por la escuela analítica de Zúrich consiste en haber establecido que para poder practicar el psicoanálisis era condición indispensable haberse hecho analizar previamente por una persona perita ya en nuestra técnica. Todo aquel que piense seriamente en ejercer el análisis debe elegir este camino, que le promete más de una ventaja, recompensándole con largueza el sacrificio que supone tener que revelar sus intimidades a un extraño. Obrando así, no sólo se conseguirá antes y con menor esfuerzo el conocimiento deseado de los elementos ocultos de la propia personalidad, sino que se obtendrán directamente y por propia experiencia aquellas pruebas que no puede aportar el estudio de los libros ni la asistencia a cursos y conferencias.

El doctor Jung se mostró dispuesto a analizarme. Pero había un gran obstáculo: la distancia que nos separa. De este modo, por la vía del intercambio epistolar se resolvieron algunas cuestiones surgidas ocasionalmente durante las sesiones analíticas y que no podían tratarse verbalmente con suficiente detalle.

Cuando la correspondencia creció hasta alcanzar el volumen del presente folleto me pregunté si otros colegas encontrarían en ella el mismo estímulo que había encontrado yo: psicoanalistas en ciernes necesitados de una pauta en la confusión de la literatura, en enorme crecimiento; médicos prácticos que acaso sólo conocen el psicoanálisis a través de los vehementes ataques que debe soportar (con bastante frecuencia por parte de incompetentes que carecen completamente de experiencia).

Sólo pude contestar esa pregunta en un sentido afirmativo. Pedí al doctor Jung permiso para su publicación, cosa que hizo gustosamente.

Sin duda, el lector, como yo, se lo agradecerá merecidamente, pues, hasta donde sé, no existe una presentación más sucinta y fácilmente comprensible del método psicoanalítico y de los muchos problemas que plantea.

Sanatorio L'Abri, Montreux-Territet, 14 de diciembre de 1913

Dr. R. Loÿ



1. Loÿ, 12 de enero de 1913

576 Lo que usted me dijo en nuestra última conversación supuso para mí un extraordinario estímulo. Esperaba que me facilitara la interpretación de mis sueños y de los sueños de mis pacientes en el sentido de la interpretación de Freud. En lugar de ello, me ha expuesto usted un modo de ver las cosas enteramente nuevo para mí: el sueño como medio, producido por el subconsciente, para restablecer el equilibrio moral. Seguramente es éste un pensamiento fecundo. Pero aun más fecunda me parece otra sugerencia suya: usted concibe las tareas del psicoanálisis mucho más profundamente de lo que hubiera pensado nunca; no se trata tanto de eliminar los molestos síntomas patológicos, cuanto de que el analizando se conozca enteramente, no sólo sus experiencias angustiosas, y que, sobre la base de este conocimiento, reconstruya y dé mayor realce a su vida. Sin embargo, él mismo ha de ser el constructor, suministrando el médico que lo analiza sólo las herramientas para ello.

577 Para empezar, quisiera proponerle estudiar la cuestión de las razones del procedimiento original de Breuer y Freud, ahora totalmente abandonado por el mismo Freud y por usted y que Frank, por ejemplo, tiene por único método: «Abreacción de los afectos bloqueados en la hipnosis parcial». ¿Por qué ha abandonado usted el método catártico? Le ruego una explicación. ¿Tiene generalmente la hipnosis parcial en la psicocatarsis un valor distinto al de la sugestión del sueño en el procedimiento sugestivo, es decir, sólo el valor que el médico que realiza la sugestión le atribuye o dice atribuirle, sólo el valor que le atribuye la fe del paciente? Dicho de otra

forma: ¿tiene el mismo valor la sugestión en estado de vigilia que la sugestión en estado hipnoide, como afirma ahora Bernheim, después de aplicar durante muchos años la sugestión bajo hipnosis? Aunque usted me dirá que nosotros debemos hablar del psicoanálisis, no de sugestión. Me refiero a lo siguiente: ¿no es lo principal para los éxitos terapéuticos de la psicocatarsis la *sugestión* de que la psicocatarsis en estado hipnoide acabará produciendo un éxito terapéutico (con limitaciones, edad del paciente, etc.)? Frank dice en sus *Affektstörungen**: «Esas actitudes unilaterales, la sugestibilidad y la sugestión, cesan casi completamente en el tratamiento psicocatártico durante el estado de semisueño en lo que afecta al contenido de las representaciones reproducidas». ¿Es eso realmente cierto? El mismo Frank añade: «¿Cómo llevaría la rumiación de los sueños juveniles *en sí*, en estado hipnoide o de otra manera, a la descarga de la angustia acumulada? ¿No habría que suponer más bien que con esa rumiación los estados angustiosos serán más graves?». (Yo mismo he observado esto más de lo que hubiera querido.) Por supuesto a los pacientes se les dice que primero producimos un poco de sobresalto y que la calma llegará más tarde. Y llega. ¿Pero no llega, *a pesar de este sobresalto*, porque el paciente, mediante frecuentes entrevistas *junto con* la hipnosis parcial, adquiere tal confianza en el médico que accedería a su sugestión directa de que ahora se producirá la mejora y luego la curación? Voy aun más allá: ¿no es una de las principales causas de curación del análisis en *estado de vigilia*, junto a la confianza creciente en el médico, la fe del paciente en que el *método* que se practica con él *le curará*? Y voy todavía algo más allá: ¿no es también una de las principales causas del éxito de todo método terapéutico consecuentemente realizado la fe en él y la confianza en el médico? No quiero decir que sea la única, pues no se puede negar a los procedimientos físicos, dietéticos y químicos, junto con las sugestiones indirectas y sus evidentes efectos, si la elección es adecuada, un efecto *propio* dirigido en el sentido de la curación.

2. Jung, 28 de enero de 1913

578 Referente a su pregunta sobre la aplicabilidad del procedimiento catártico, puedo decirle que sostengo mi criterio de que cualquier procedimiento es bueno si es eficaz. Por eso acepto cualquier procedimiento de sugestión, hasta la *Christian Science*, la *Mental Healing*

* *Affektstörungen. Studien über ihre Ätiologie und Therapie.*

etc. «A truth is a truth, when it works [Una verdad es una verdad si funciona]». Una cuestión distinta es si el médico científicamente formado puede justificar ante su conciencia la venta de frascos de agua de Lourdes porque esta sugestión a veces resulta muy útil. También la llamada terapia de sugestión altamente científica trabaja con los medios del *medicine-man* y del chamán que trata mediante conjuros. ¿Y por qué no iba a hacerlo? El público tampoco va mucho más allá y espera siempre del médico resultados milagrosos. También merecen elogiarse como expertos —como personas con experiencia del mundo en todos los aspectos— aquellos médicos que saben crearse el nimbo del *medicine-man*. No sólo tienen las mejores consultas, sino también los mayores éxitos curativos. Sucede simplemente que, aparte de las neurosis, incontables enfermedades físicas están, en medida que apenas podemos adivinar, cargadas y complicadas con material psíquico. El conjurador médico delata ya con su entero gesto que aprecia perfectamente todos los componentes psíquicos, dando ocasión a que la fe del paciente se aferre a la misteriosa personalidad del médico. Con ello el médico se ha ganado el alma del enfermo, que a partir de ahora le ayuda a procurar también la curación del cuerpo. Lo mejor es que el mismo médico crea en sus fórmulas, pues en otro caso le sobreviene una inseguridad científica, con la consecuencia de perder el tono adecuado y convincente. Yo también utilicé con entusiasmo la terapia de sugestión hipnótica durante una época. Pero me sucedieron tres cosas desagradables que quiero traer a su conocimiento:

579 1. Una vez vino a mi consulta una campesina ya muy ajada, de unos cincuenta y seis años, para someterse a hipnosis debido a distintas molestias neuróticas. La paciente no era fácil de hipnotizar, estaba muy inquieta y siempre acababa abriendo los ojos, pero al final la cosa salió bien. Cuando la desperté al cabo de media hora, tomó mi mano testimoniándome con abundantes palabras un efusivo agradecimiento. Yo le dije: «Pero usted todavía no está curada en absoluto, espere a darme las gracias al final del tratamiento». Ella respondió: «No le doy las gracias por eso, sino (enrojeciendo y en voz baja) por haber sido usted tan *decente* conmigo». Al decir esto me miró con tierna admiración y se despidió. Yo me quedé todavía un rato mirando el lugar donde había estado y me dije atónito: «Tan decente». Dios mío, no habrá creído que... Advertir esto me colmó por primera vez de la incierta sensación de que aquella persona inicua, con la infame lógica del instinto femenino (entonces dije «animal»), había entendido posiblemente más de la naturaleza del hipnotismo que yo con todo el profundo conocimiento científico de los tratados. Mi ingenuidad desapareció.

580 2. Luego vino una muchacha de diecisiete años, bonita y coqueta, con una mamá muy afligida y decrépita. La hija padecía desde muy joven enuresis nocturna (que le impedía, entre otras cosas, ir por ejemplo a un pensionado a la Suiza italiana). Yo pensé inmediatamente en la vieja y en su sabiduría. Intenté hipnotizar a la muchacha; ella se rio enfermizamente e impidió la hipnosis durante veinte minutos. Yo mantuve, naturalmente, la calma, y pensé: sé de qué te ríes, naturalmente también tú te has enamorado de mí, pero voy a demostrarte mi decencia en agradecimiento a tu risa molesta y provocativa. Al final conseguí hipnotizarla. Enseguida se produjo el éxito. La enuresis cesó y le comuniqué a la joven que en lugar del miércoles la vería para la hipnosis no antes del sábado. El sábado vino con semblante hosco, de mal augurio. La enuresis había reaparecido. Pensé en mi vieja sabia y dije: «¿Y cuando ha vuelto la enuresis?». Ella (sin sospechar nada): «En la noche del miércoles al jueves». Yo pensé, ahí está, me quiere demostrar que tengo que recibirla sin falta también el miércoles; una semana entera sin verme es demasiado para un tierno corazón amante. Pero yo estaba decidido a no favorecer esa enojosa poesía y por eso le dije: «La continuación de la hipnosis en estas condiciones sería completamente errónea. Tenemos que interrumpirla durante tres semanas para que la enuresis cese de nuevo. Vuelva entonces para seguir el tratamiento». En mi endurecido corazón sabía que para entonces yo estaría de vacaciones y que en cualquier caso mi curso sobre tratamiento hipnótico habría acabado. A la vuelta de las vacaciones mi sustituto me comunicó que la joven había venido con la noticia de que la enuresis había desaparecido, pero que estaba muy decepcionada por no verme. La vieja tenía razón, pensé.

581 3. Este tercer caso fue el golpe mortal para mi gusto por la terapia de sugestión. Aunque el caso era el indicado. Se trataba de una señora de sesenta y cinco años, que llegó a la consulta cojeando y con muleta. Desde hacía diecisiete años sufría de dolores en la articulación de la rodilla, que periódicamente la inmovilizaban en la cama durante muchas semanas. No había conseguido curarse con ningún médico y había recorrido todos los tratamientos de la medicina actual. Una vez hube dejado durante unos diez minutos que cayera sobre mí el torrente de su narración, le dije: «Quiero intentar hipnotizarla, quizá le haga bien». Ella: «¡Por supuesto, con mucho gusto!», echó la cabeza a un lado y ya estaba dormida antes de que yo dijera o hiciera nada. Había entrado en estado de sonambulismo y mostraba todas las formas de hipnosis que se pudieran desear. Media hora después tuve enormes dificultades para despertarla. Una vez despierta se levantó de golpe: «Estoy sana, me encuentro bien,

usted me ha curado». Tímidamente intenté hacer alguna objeción, pero sus elogios me hicieron callar. Realmente podía caminar. Entonces enrojecí y, desconcertado, le dije al colega que por aquel tiempo me asistía: «¡Vea usted, ésta es la exitosa terapia hipnótica!». Este día murió mi relación con la terapia de sugestión; la fama de terapeuta originada por este caso me avergonzó y me deprimió. Cuando un año después la buena vieja volvió al comienzo de mi curso sobre hipnotismo, esta vez con dolor de espalda, yo había caído ya en un cinismo desperanzado; le dije a la cara que, sencillamente, había visto en el periódico el anuncio de la reapertura del curso. Aquella enojosa poesía le procuró el adecuado dolor de espalda, así que ya tenía el pretexto para verme de nuevo, al objeto de hacerse curar teatralmente otra vez. Y sucedió así punto por punto.

582 Comprenderá usted que una persona con conciencia científica no puede asimilar inocuamente tales casos. En mí maduró la determinación de que sería preferible renunciar a la sugestión antes que ver pasivamente cómo se me atribuía el papel de salvador. Yo deseaba entender lo que realmente sucede en el alma de la gente. De pronto me pareció increíblemente pueril la pretensión de hacer desaparecer soplando, a base de fórmulas mágicas, una enfermedad, y que éste fuera el resultado del esfuerzo científico de una psicoterapia. Así pues, el descubrimiento de Breuer y Freud fue para mí una verdadera salvación. Adopté sin reservas el método con entusiasmo y pronto vi qué razón asistía a Freud cuando muy pronto, en realidad ya en los *Estudios sobre la histeria*, empezó a iluminar el entorno del llamado trauma. En efecto, pronto tuve la experiencia de que, ciertamente, se dan en ocasiones traumas de colorido claramente etiológico. Pero no podía probar que fueran la mayoría. Sobre todo había muchos traumas de naturaleza tan insignificante, tan normales también, que, como máximo, podían considerarse motivo de neurosis. Aunque lo que muy especialmente estimuló mi crítica fue que no pocos traumas fueran sencillamente invenciones fantásticas y que por lo tanto no habían tenido lugar nunca. Advertir esto bastó para tornar dudosa toda la teoría del trauma. (Por lo demás, en mis clases sobre teoría psicoanalítica he expuesto detalladamente estas cosas.) Ya no podía imaginarme que la enésima vivencia catártica de un trauma fantásticamente hinchado, o hasta inventado, tuviera un sentido terapéutico distinto al de un procedimiento de sugestión. Es bueno, después de todo, si ayuda. ¡Si no fuera por la conciencia científica y ese singular impulso hacia la verdad! En muchos casos, particularmente cuando se trataba de enfermos de un cierto nivel intelectual, reconocí las limitaciones terapéuticas de este método. Es sencillamente un esquema cómodo para el médico, esto

es, no presenta especiales exigencias adaptativas a su intelecto. La teoría y la práctica son de la más grata simplicidad: «La neurosis procede de un trauma. El trauma se abreacciona». Cuando la abreacción tiene lugar en condiciones hipnóticas o, en otros casos, incluso con ingredientes mágicos (habitación a oscuras, luces especiales, etc.), pienso en la perspicaz vieja, que no sólo me abrió los ojos sobre el influjo mágico de las ingeniosidades mesméricas, sino también sobre la naturaleza de la hipnosis.

583 Pero lo que me separó para siempre de este método de sugestión indirecta, relativamente eficaz y basado en una teoría falsa igualmente eficaz, fue reconocer al mismo tiempo que tras la maraña desconcertante y engañosa de las fantasías neuróticas se encuentra un *conflicto* que puede calificarse de *moral*. Con este reconocimiento comenzó para mí una nueva era de comprensión. La investigación y la terapia coincidieron ahora en su esfuerzo por hallar las causas y la solución *racional* del conflicto. Eso es lo que el psicoanálisis significaba para mí. Para cuando llegué a este descubrimiento Freud ya había construido su teoría sexual de las neurosis sacando a discusión una enorme cantidad de asuntos, todos ellos merecedores de la más intensa reflexión. Así, tuve la suerte de caminar y colaborar con Freud durante largo tiempo con objeto de indagar el problema de la sexualidad en la neurosis. Quizá sepa usted por alguno de mis primeros trabajos que, en lo tocante a la significación de la sexualidad, siempre vacilé un poco. Este punto ha resultado también ser ahora aquel por el que ya no soy de la misma opinión que Freud.

584 He preferido contestar a su pregunta de forma algo independiente. Retomo ahora lo restante: *hipnosis parcial* e *hipnosis total* son sólo distintos grados de intensidad de la buena disposición inconsciente frente al hipnotizador. ¿Quién puede hacer aquí distinciones estrictas? Es impensable para el entendimiento crítico cómo podrían evitarse la sugestibilidad y la sugestión en el método catártico. Como atributos humanos de carácter general están por todas partes, incluso en Dubois* y los psicoanalistas, todos ellos en la creencia de proceder con completa racionalidad. *Aquí no sirve para nada la técnica ni el ocultarse —el médico actúa* nolens volens, *quizá antes que nada, mediante su personalidad, esto es, sugestivamente—*. En el procedimiento catártico es mucho más importante para el paciente el frecuente encuentro con el médico y la confianza y fe de éste en sí mismo y en su método que la evocación de viejas fantasías. La fe, la autoconfianza, acaso también la

* Cf. § 41, nota.

abnegación del médico en su trabajo son para el paciente cosas (que le llegan por la vía de los imponderables) mucho más importantes que repetir viejos traumas[1].

585 De la historia de la medicina debiéramos aprender todo lo que alguna vez ha sido de ayuda y quizá entonces diéramos con la terapia realmente necesaria, quiero decir con la psicoterapia. ¿No tuvo también la antigua «farmacia de inmundicias»* un éxito brillante? ¡Un éxito que sólo se oscureció junto con la fe en él!

586 Porque sé que el paciente, pese a todos los escudos de naturaleza racional que se le pongan delante, intenta abarcar la personalidad del médico, he planteado la exigencia de que el psicoterapeuta sea tan responsable de la limpieza de sus manos como el cirujano. Considero una condición previa imprescindible que el propio psicoanalista se someta primero a un proceso analítico, pues su personalidad es uno de los factores principales de curación.

587 Los pacientes leen intuitivamente el carácter del médico, y deben reconocer que el médico es un ser humano falible, *pero que se esfuerza en cumplir sus obligaciones humanas en el más amplio sentido*. Creo que éste es el primer factor de curación. He tenido muchas veces ocasión de ver que el analista llega siempre con su tratamiento justo hasta donde ha llegado en su propio desarrollo moral. Creo que esta contestación satisface su pregunta.

3. Loÿ, 2 de febrero de 1913

588 Contesta usted en un sentido decididamente afirmativo a varias de las preguntas que le planteé: considera usted que el papel principal en las curaciones mediante el método catártico corresponde a la confianza en el médico y en su método y no a la «abreacción» de los traumas reales, o sólo supuestos. Yo también. Asimismo estoy de acuerdo con su parecer de que la vieja «farmacia de inmundicias», así como los éxitos de Lourdes y de los *Mental Healers*, los *Chris-*

1. Una paciente que había sido tratada sin éxito definitivo por un joven colega me dijo una vez: «Con él he hecho realmente grandes progresos y efectivamente me va mucho mejor que antes. Ha intentado analizar mis sueños, aunque nunca los ha entendido. Pero *cuánto* esfuerzo ha hecho. Es realmente un buen médico».

* Se conoce como «farmacia de inmundicias» (*Dreckapotheke*) al abigarrado conjunto de sustancias que forman parte del arsenal farmacoterapéutico de la mayoría de las medicinas populares que la historia ha conocido, cuyo rasgo distintivo es su aspecto, olor y/o sabor repugnantes —orina, excrementos, sangre menstrual, plantas fétidas...—, cualidades a las que se atribuye su acción curativa, originalmente porque se espera de ellas que expulsen a los malos espíritus que provocan la enfermedad. Con el paso del tiempo, esta explicación perderá vigencia, aunque el uso terapéutico de dichas sustancias se mantenga, con o sin explicación de su efecto [LM].

tian Sciencists y los médicos de la persuasión no han de atribuirse al método utilizado, sino a la fe en los taumaturgos que lo aplican.

589 Ahora viene el punto delicado: el augur puede seguir siendo augur mientras él mismo crea que la voluntad de los dioses se manifiesta en las vísceras de los animales sacrificados. Si ya no cree en ello, puede preguntarse: ¿he de continuar utilizando mi autoridad de augur para promover el bien del Estado o he de actuar de acuerdo con mis convicciones más recientes, que esperemos sean mejores? Ambos caminos son practicables. El primero se llama oportunismo. El segundo se llama afán por la verdad y honestidad científica. Referido al médico: el primer camino quizá reporta éxitos terapéuticos y honores; el segundo suscita reproches de que no se le puede tomar en serio. Lo que yo aprecio más en Freud y su escuela es precisamente este afán por la verdad. Otros lo juzgan así: «Al ocupado práctico le es imposible seguir el ritmo de evolución de las opiniones de ese investigador y de su actual "seminario"» (Frank, *Affektstörungen*, Introducción, p. 2).

590 Sería posible pasar por alto esta *boutade*, pero la autocrítica debe tomarse más en serio. Uno puede preguntarse: si la ciencia se halla en un flujo ininterrumpido, ¿tengo derecho a prescindir por principio de un método o de una combinación de métodos del o de los que sé que puedo obtener resultados curativos?

591 Mirados más de cerca los fundamentos de su aversión a recurrir a la hipnosis (o hipnosis parcial, el grado es completamente indiferente) en el *procedimiento de sugestión* (que aplica *nolens volens* todo médico y todo método terapéutico, con indiferencia de cómo se denomine el método), uno tiene que decirse: lo que a usted le disgusta de la hipnosis no es al fin y al cabo sino la llamada «transferencia» hacia el médico, que en el procedimiento puramente psicoanalítico no se puede eliminar, como en ningún otro método, y que es verdaderamente la parte principal del éxito del tratamiento. Su exigencia de que el psicoanalista sea responsable de la limpieza de sus manos —y aquí coincido con usted sin reservas— guarda estrecha relación con eso. Pero, ¿está realmente impregnado el recurso eventual a la hipnosis en un proceso psicoterapéutico de más elementos «augurales» que el inevitable empleo de la «transferencia hacia el médico» con finalidad terapéutica? De una forma u otra especulamos con la fe como agente curativo. Y en el sentimiento que el paciente o la paciente profesa al médico, ¿no puede existir en el trasfondo algo diferente a un deseo sexual consciente o inconsciente? En muchos casos la impresión de usted es correcta, esto es seguro, y más de una mujer ha sido lo bastante sincera para confesarme que el inicio de la hipnosis provoca en ellas una cierta sensación

voluptuosa. Pero seguramente las cosas no son así en todos los casos. ¿Cómo cabría interpretar, si no, las emociones que subyacen a la hipnosis entre animales (serpiente y ave, por ejemplo)? Sin duda podría decirse que ahí domina la emoción del *temor*, que sería una inversión de la libido, mientras que en el estado hipnoide que acomete a la hembra antes de someterse al macho domina la pura *libido sexualis* —quizá mezclada aún con miedo.

592 Sea como sea, a partir de sus tres casos no puedo construir ninguna diferencia ética entre la «buena disposición inconsciente hacia el hipnotizador» y la «transferencia hacia el médico» y, sobre la base de esta diferencia ética, condenar la eventual combinación del psicoanálisis con la hipnosis como medio auxiliar. Se preguntará usted por qué me aferro tanto al empleo de la hipnosis, o del estado hipnoide. Pues porque creo que hay casos que pueden ser curados mucho más rápidamente con ellos que mediante un procedimiento puramente psicoanalítico. Yo, por ejemplo, he curado radicalmente en menos de cinco o seis sesiones a una muchacha de quince años que padecía de enuresis nocturna desde la lactancia, por lo demás completamente sana e inteligente, la primera en la escuela, etc. y que había pasado por todos los tratamientos sin el menor éxito.

593 Quizá debería haber buscado psicoanalíticamente relaciones entre la enuresis y la disposición psicosexual, haber educado sexualmente a la muchacha, etc.; no pude hacerlo, la muchacha disponía para el tratamiento sólo de las cortas vacaciones de Pascua: así que sencillamente la hipnoticé y el penoso mal desapareció. Fue una curación definitiva.

594 Segundo: en el psicoanálisis utilizo la hipnosis para ayudar al paciente a superar las «resistencias».

595 Tercero: empleo además la hipnosis parcial en la «reconstrucción», junto al psicoanálisis, para acelerar los progresos.

596 Por ejemplo, una paciente con compulsión a lavarse, a quien primero se le explicó el simbolismo de sus ceremonias de lavado y que, en la «abreacción» de supuestos traumas de la infancia, se excitaba cada vez que aparecían autosugestiones (que era demasiado mayor para ser curada, que no veía «imágenes», etc.), me fue remitida por el doctor X. tras un tratamiento psicocatártico de hipnosis durante un año para que le ayudara a disminuir el número de lavados —«con lo que el efecto angustioso no se presentaría»— y para entrenarla a tirar objetos al suelo y recogerlos sin lavarse después las manos, etcétera.

597 Tras esta exposición le quedaría agradecido si continuara prestándose a darme razones aun más convincentes de por qué ha de condenarse el procedimiento hipnótico, o a sugerirme cómo se pue-

de prescindir de él y cómo se puede *sustituir* en los casos que acabo de mencionar. Si yo estuviera convencido lo dejaría, como usted ha hecho, pero lo que a usted le ha convencido aún no me convence a mí. *Si duo faciunt idem, non est idem* [Aunque dos hagan lo mismo, no es lo mismo].

598 Ahora quisiera pasar a otro capítulo importante tocado por usted, pero por ahora sólo por encima y planteando la cuestión. Me parece completamente evidente que tras las fantasías neuróticas casi siempre (o siempre) se encuentra un conflicto moral actual. La investigación y la terapia coinciden; su tarea es buscar los motivos y la solución racional del conflicto.

599 Bien. Pero, ¿se puede buscar siempre la solución racional? Según el material de los pacientes (niños, muchachas jóvenes y mujeres de familias «piadosas» —o hipócritas—, católicas o protestantes), se interponen «razones de oportunidad» en el camino. ¡De nuevo el maldito oportunismo! Un colega tenía toda la razón cuando empezó a educar en materia sexual a un joven masturbador francés. Se metió entonces por medio su mojigata abuela, como una posesa, creándose una situación desagradable. ¿Qué hacer en casos así y similares? ¿Qué hacer en casos de conflicto moral entre amor y deber (conflictos en el matrimonio) o, en general, entre impulso y deber moral? ¿Qué hacer cuando se trata de muchachas afectadas de síntomas histéricos o de neurosis de angustia, que necesitan cariño y que no tienen ocasión de casarse o no encuentran al hombre adecuado y, pues son «de buena familia», quieren permanecer castas? ¿Simplemente actuar sugestivamente sobre los síntomas? Tan pronto como se sabe algo más esto resulta falso.

600 ¿Cómo pueden conciliarse entre sí las dos conciencias, la conciencia de la persona que quiere pensar con fidelidad a la verdad no sólo *intra muros* y la conciencia del médico que quiere curar o, si no puede hacerlo de acuerdo con sus convicciones por tales razones de oportunidad, al menos debe procurar un alivio? Vivimos en el presente con ideas de futuro y con ideales. Éste es *nuestro* conflicto. ¿Cómo lo resolvemos?

4. Jung, 4 de febrero de 1913

601 Con las preguntas de su carta de ayer me ha puesto usted en un pequeño aprieto. Ha captado muy justamente el espíritu que dictó mi última carta. Me alegra que también reconozca ese espíritu. No son muchos los que pueden preciarse de ese liberalismo. Me engañaría a mí mismo si dijera que soy un práctico. Yo soy ante todo un

investigador, lo que naturalmente me obliga a tener otra actitud frente a muchos problemas. De momento, en mi última carta dejé completamente fuera de consideración las necesidades prácticas del médico, sobre todo para mostrarle qué motivos pueden llevarle a uno a abandonar la terapia hipnótica. Previendo desde ahora mismo una objeción: no abandoné la hipnosis porque no quisiera tener nada que ver con las fuerzas básicas del alma humana, sino precisamente porque quería luchar con ellas de forma directa y abierta. En cuanto supe qué tipo de poderes juegan en la hipnosis la abandoné sólo para eliminar toda utilización indirecta de estas vías. Como los psicoanalistas experimentamos dolorosamente todos los días —nuestros pacientes también—, *no trabajamos con la «transferencia hacia el médico»*[2], *sino contra ella y a pesar de ella*. Por eso *precisamente* contamos no con la *fe* del enfermo, sino con su *crítica*. Esto es lo que, de momento, quisiera observar sobre su delicada pregunta.

602 Como me muestra su carta, tenemos la misma opinión respecto a la concepción teórica del procedimiento sugestivo. Así que podemos dedicarnos a la tarea restante de llegar a un entendimiento mutuo también en cuestiones prácticas. Sus observaciones sobre el dilema —mago o médico científico— nos llevan al centro de la discusión. Yo procuro no ser un fanático —aunque no pocos me reprochan fanatismo—. Lucho solamente por el reconocimiento de los métodos de investigación y de los resultados, pero no para que el método psicoanalítico tenga que ser aplicado *à tout prix* en todos los casos. He sido médico práctico el tiempo suficiente como para haber comprendido que la práctica obedece y tiene que obedecer a otras leyes que la búsqueda de la verdad. La práctica está sometida en primer término, digamos, a la ley de la oportunidad. El investigador cometería una gran injusticia con el práctico si le reprochara que no se sirve del «único» método científicamente «correcto». Ya se lo dije en mi última carta: «A truth is a truth, when it works». Pero, por su parte, que el práctico tampoco reproche al investigador que éste, buscando la verdad y métodos nuevos, quizá mejores, realice y ensaye prácticas inusuales. Los perjuicios derivados de ello, después de todo, no han de correr a cargo del práctico, sino del investigador, y eventualmente de su paciente. El práctico está obligado a aplicar aquellos métodos que sabe aplicar mejor y que producen el resultado relativamente mejor. Mi liberalismo se extiende incluso,

2. Definida en el sentido freudiano como transferencia de fantasías infantiles y sexuales hacia el médico. Una concepción más avanzada de la transferencia reconoce en ella el importante proceso de la *empatía*, que al principio se sirve sobre todo de análogos infantiles y sexuales.



como ve usted, hasta la *Christian Science*. Pero considero muy inapropiado que el práctico Frank difame una investigación en la que no puede participar, incluso la orientación investigadora a la que debe su propio método. Habría que dejar, de una vez por todas, de denigrar cualquier idea nueva. Al fin y al cabo nadie exige de Frank ni de sus partidarios que sean psicoanalistas. Les reconocemos el derecho a la existencia; ¿por qué se nos niega a nosotros?

603 Como demuestran mis propios «éxitos curativos», no pongo en duda los efectos del procedimiento sugestivo. Simplemente tuve la sensación de que quizá podría averiguar algo mejor. Esta esperanza probablemente esté justificada. No siempre han de ser así las cosas:

> Wenn wir zum Guten dieser Welt gelangen,
> Dann heisst das Bessere Trug und Wahn*.
>
> [Cuando alcanzamos lo bueno de este mundo / lo mejor se llama engaño e ilusión.]

604 Se lo confieso abiertamente: si estuviera en su lugar, sólo con el psicoanálisis me encontraría a menudo en apuros. Apenas puedo imaginar una práctica general, sobre todo en un sanatorio, sin el auxilio de otras técnicas además del psicoanálisis. El sanatorio de Bircher, en Zúrich, ciertamente utilizó al principio el psicoanálisis, al menos varios de sus profesionales; aunque allí también influyen en los pacientes toda una serie de otros importantes factores educativos, sin los que probablemente sólo muy difícilmente les sería posible arreglárselas. En mi práctica, puramente psicoanalítica, a menudo he lamentado no disponer de los otros medios pedagógicos que normalmente ofrece un establecimiento sanitario; también es cierto que esto sólo en determinados casos, cuando se trataba de personas especialmente desenfrenadas, es decir, maleducadas. ¿Quién sostendría que hemos descubierto la panacea? Hay casos en los que el psicoanálisis tiene peores efectos que cualquier otra cosa. Pero, ¿quién ha dicho que el psicoanálisis sea aplicable siempre y en todos los casos? Desde luego, algo así sólo podría mantenerlo un fanático. Deben elegirse los pacientes para el psicoanálisis. Yo envío sin temor a otros médicos casos que no considero apropiados. Aunque esto ocurre rara vez, pues los enfermos se criban a sí mismos. Los pacientes que vienen al psicoanalista saben habitualmente por qué van precisamente a él y no a otro lugar. Además de esto, hay incontables neuróticos que resultan enteramente apropiados para el psicoanálisis. Cualquier esquematismo al respecto debe rechazarse con

* J. W. Goethe, *Fausto*, Parte I, Escena nocturna.

horror. No hay que obstinarse en romper la pared con la cabeza. Según las condiciones del caso y del *médico que lo asista* puede elegirse la hipnosis sencilla, el procedimiento catártico o el psicoanálisis. Cada médico alcanzará los mejores resultados con el instrumento que mejor conozca.

605 Prescindiendo de excepciones, *realmente tengo que constatar, sin embargo, que no sólo a mí, sino también a mis pacientes el psicoanálisis les va mejor que otros procedimientos.* No sólo tengo la sensación, sino que sé por amplia experiencia que con el psicoanálisis pueden abordarse muchos casos que serían refractarios a los restantes métodos. Sé que muchos otros colegas tienen la misma experiencia, gente que trabaja además exclusivamente en la práctica. Por lo demás, sería desde luego difícilmente creíble que un método completamente carente de valor encontrara tanta aprobación.

606 Una vez comenzado el psicoanálisis con un caso idóneo, *deben* encontrarse también soluciones racionales al conflicto. Y aquí mismo quisiera salir al paso de la objeción de que muchos conflictos son materialmente insolubles. A veces se cree esto, pensando sólo en soluciones exteriores —es decir, en soluciones que en el fondo no lo son en absoluto—. Cuando alguien no se entiende con su mujer piensa naturalmente que el conflicto estaría solucionado si se casara con otra. Es preciso haber visto esos matrimonios para saber que no es la solución. El viejo Adán también tuvo un nuevo matrimonio que echó a perder exactamente igual que el anterior. *La verdadera solución del conflicto es sólo de carácter interno, pues consiste en llevar al paciente a otra actitud.*

607 En el primer caso no es necesario el psicoanálisis, *pero en el último nos enfrentamos con la auténtica tarea del psicoanálisis.* El conflicto entre «amor y deber» ha de resolverse en el nivel caracterológico donde «amor y deber» ya no son opuestos, pues en el fondo no lo son. Asimismo, el conocido conflicto entre «impulso y moral convencional» se resuelve prestando suficiente atención a ambos factores, sólo posible a través de una modificación del carácter. Esto es precisamente lo que lleva a cabo el psicoanálisis. Las soluciones exteriores son en tales casos peores que ninguna. Qué camino ha de elegir a la postre el médico y cuál es su deber lo decide naturalmente la oportunidad. Considero menor el conflicto de conciencia de que el médico permanezca fiel a sus convicciones científicas que la cuestión incomparablemente más importante de cuál es la mejor manera de ayudar al paciente. El médico *tiene que* saber jugar en ocasiones al augur. *Mundus vult decipi* [El mundo quiere ser engañado], pero el éxito curativo no es un engaño. Es verdad que existe un conflicto entre convicción ideal y posibilidad concreta. *Pero prepararíamos mal*

el terreno para la siembra futura si olvidáramos las tareas del presente y sólo quisiéramos cultivar ideales. Esto serían fantasías. No olvide que Kepler hacía horóscopos por dinero y que muchos artistas están condenados al trabajo asalariado.

5. Loÿ, 9 de febrero de 1913

608 Nos anima el mismo afán por la verdad cuando reflexionamos sobre la investigación pura y el mismo deseo de curar cuando atendemos a la terapia. Queremos tanto para el investigador como para el médico completa libertad en todas direcciones, completa libertad para elegir y ejercer los métodos que en cada caso promuevan la consecución de su objetivo. Estamos de acuerdo en esto; pero se trata de un postulado que hemos de fundamentar frente a otros si deseamos el reconocimiento de nuestras opiniones.

609 Ante todo se nos impone la contestación a una pregunta, la vieja pregunta ya planteada en los Evangelios: ¿qué es la *verdad*? Creo que se necesitan sobre todo definiciones claras de los conceptos básicos. ¿Cómo nos procuramos una definición práctica del concepto de «verdad»? Quizá nos ayude a encontrar el camino correcto una comparación.

610 Imaginemos un gigantesco prisma colocado delante del sol que descompone sus rayos sin que la gente lo sepa. Prescindo de los rayos químicos ultravioletas, invisibles. Las personas que vivan en una provincia iluminada por el azul dirán: el sol sólo nos envía luz azul. Tienen razón, y sin embargo no la tienen, pues precisamente por su punto de vista sólo están capacitados para conocer una *verdad parcial*. Lo mismo vale para las personas de las provincias del rojo, del amarillo y de los tonos de transición. Probablemente todos ellos peleen y maten para imponer a los demás *su* verdad parcial —hasta que, más sensatos después de viajar cada cual por las provincias de los demás, llegan a la opinión concordante de que el sol emite luz de distintos colores—. Ésta es una verdad más amplia, pero todavía no es *la* verdad. Sólo cuando una lente gigantesca haya reunido los rayos dispersos y los rayos térmicos, invisibles y químicos, hayan sido documentados a partir de sus efectos específicos podrá abrirse camino un conocimiento más ajustado a la verdad y se advertirá que el sol emite luz blanca que se descompone mediante el prisma en rayos diferentes con estas y aquellas propiedades, reunidos a través de la lente en un haz de luz blanca.

611 Baste este ejemplo para mostrar que el camino a la verdad pasa por observaciones *extensas y comparativas*, cuyos resultados han de



controlarse con ayuda de *experimentos* elegidos a nuestro arbitrio hasta que puedan establecerse *hipótesis* y *teorías* que parezcan fundamentadas; aunque estas hipótesis y teorías perderán su validez tan pronto como una sola observación o un solo experimento nuevos las contradigan.

612 El camino es costoso, y su resultado siempre es sólo una *verdad relativa*. Aunque esta verdad relativa es provisionalmente suficiente si permite explicar las conexiones efectivas más importantes del pasado, iluminar las del presente y prever las del futuro, hasta ser capaces de lograr la adaptación mediante el conocimiento. Pero la *verdad absoluta* sólo la podría alcanzar un saber universal que conociera todas las conexiones y combinaciones: esto, sin embargo, no es posible, porque el número de conexiones y combinaciones es infinito. Por eso conoceremos siempre sólo verdades aproximadas. Si se descubren nuevas conexiones o se construyen nuevas combinaciones cambia el cuadro y cambian completamente las posibilidades del saber y el poder. ¡A qué revoluciones en la vida de los pueblos conduce cada nuevo descubrimiento de los investigadores! ¡Qué insignificantemente pequeño fue el origen de la primera teoría de la electricidad y qué inmensas las consecuencias!

613 Siempre hay que repetirse estos tópicos cuando se ve cómo, en general, a todos los innovadores en cualquier ámbito de investigación y, en particular, a los adeptos del método psicoanalítico se les amarga la vida. Porque cualquiera a quien se le pregunte se declara partidario de estos tópicos mientras se trate de las llamadas discusiones «académicas», pero sólo *mientras tanto*; tan pronto como ha de juzgar un caso concreto, pasan a primer plano las simpatías y las antipatías que enturbian el juicio. Por eso los investigadores han de luchar en todos los terrenos sin descanso exhortando a la lógica y a la honradez para la investigación libre, sin permitir que déspotas de cualquier tipo, político o religioso, pretexten *razones de oportunidad* que pueden estar indicadas en otro lugar, y que de hecho lo están, para aniquilar o dañar esa libertad. Hay que acabar de una vez por todas y radicalmente con la sentencia de la Edad Media *Philosophia ancilla Theologiae* [filosofía servidora de la teología] o con la fundación de cátedras universitarias a favor de partidos políticos o religiosos. Cualquier fanatismo es enemigo de la ciencia, que sobre todo ha de ser *independiente*.

614 Y si pasamos de la aspiración a la verdad a la terapéutica, veremos fácilmente que también ahí estamos de acuerdo. En la práctica *debe* imperar la oportunidad: el médico de la provincia amarilla es apropiado para el enfermo de la provincia amarilla, como el médico de la provincia azul lo es para el de la provincia azul, pues tienen la

misma actitud. Y el médico de los rayos solares blancos ha de tomar en consideración la procedencia de sus enfermos de las provincias amarilla o azul, a pesar o a causa de sus conocimientos más amplios. En tales casos el camino a la curación será lento y costoso, quizá también lleve a callejones sin salida más fácilmente que en aquellos casos donde debe vérselas con enfermos que, como él, han llegado ya al conocimiento de los rayos de sol blancos o, en otras palabras, cuando su material de pacientes «se haya cribado». Con este material de pacientes ya cribado le está permitido al psicoanalista trabajar sólo con los medios del psicoanálisis; puede considerarse afortunado si no necesita jugar al «augur».

615 Pues bien, estos medios del psicoanálisis, ¿cuáles son? Si le he entendido bien, en sustancia se trata de trabajar directa y abiertamente *con las fuerzas básicas del alma humana*, esto es, que al analizando, esté enfermo o sano o en un estado intermedio —puesto que la salud y la enfermedad se interpenetran insensiblemente—, se le abran los ojos del espíritu sobre aquello que sucede en su interior. Debe llegar a conocer los automatismos hostiles al desarrollo de su personalidad, y mediante ese conocimiento aprender a liberarse poco a poco de ellos; pero también debe aprender a aprovechar y a fortalecer sus automatismos favorables. Debe hacer que el autoconocimiento se convierta en un hecho y aprender a dominar el mecanismo de su alma para establecer el equilibrio entre la esfera de los sentimientos y la razón. ¿Qué peso tendrá en esto la participación *sugestiva* del médico? No creo que pueda evitarse completamente la sugestión hasta que el enfermo no se sienta realmente *liberado*. Esta liberación es, por supuesto, aquello a que hay que aspirar, y debe ser *activa*. El enfermo que obedece a una sugestión sólo obedece mientras actúa la «transferencia hacia el médico».

616 Para lograr orientarse en la vida en todas las circunstancias, el paciente debe haberse fortalecido «desde dentro». Ya no le serán necesarias las muletas de la fe y estará capacitado para abordar críticamente todas las tareas teóricas y prácticas, y resolverlas por sí mismo. Ésta es su opinión, ¿no es cierto? ¿O no le he entendido bien?

617 Me pregunto si no sería posible proceder en cada caso individual de una forma distinta, *dentro del método psicoanalítico*. Pues cada caso es un caso en sí y probablemente reclamará un tratamiento individual.

618 *Il n'y a pas de maladies, il n'y a que malades* [No hay enfermedades sino enfermos], dice un médico francés cuyo nombre ahora no recuerdo. Pero, ¿cómo se ha de configurar *en general*, desde el punto de vista técnico, la marcha del análisis, y qué desviaciones se

presentan con mayor frecuencia? Me gustaría escucharlo de usted. Me parece evidente eliminar todos los «trucos de augur», oscurecimiento de la habitación, máscara, cloroformo.

619 El psicoanálisis, limpio en lo posible del influjo sugestivo, presentará una diferencia esencial respecto a la psicoterapia *à la* Dubois; con Dubois está mal visto de antemano hablar del pasado, poniendo en primer plano los «motivos morales de la conversión», mientras que el psicoanálisis utiliza para el autoconocimiento el material subconsciente del pasado y el presente del analizando. Otra diferencia estriba en la concepción de la moralidad: pues la moral es sobre todo «relativa». Pero, ¿qué forma (en sus rasgos fundamentales) dar a la enseñanza (=sugestión), a veces inevitable? La oportunidad decide, como usted dice. Bien, de acuerdo en el caso de gente mayor o de adultos que han de vivir en un medio no educado del todo. ¿Pero no es un deber sagrado aclarar a los niños, que son la semilla del futuro, la caducidad de los llamados conceptos morales del pasado, de base dogmática, y, revelándoles valerosamente la verdad, educarlos para la completa libertad? Esto lo digo no tanto respecto al médico analista como respecto al pedagogo. ¿No ha de considerarse la fundación de *escuelas libres* como tarea del psicoanalista?

4. Jung, 11 de febrero de 1913

620 La relatividad de la «verdad» es un hecho conocido de antiguo, y nada evita —únicamente la fe en el dogma y la autoridad—, aunque lo pretendiera. Pero ni siquiera lo pretende.

621 Me pregunta usted —o, bien mirado, me instruye— acerca de qué es el psicoanálisis. Permítame que no aborde de momento sus opiniones y que intente delimitar el ámbito y la definición del psicoanálisis.

622 El psicoanálisis es en primer término mero método, por lo tanto un método con los requisitos que hoy impone el concepto de «método». Me adelanto a decir que el psicoanálisis no es una *anamnesis*, como gustan de creer las gentes que todo lo saben y pueden sin haber aprendido nunca nada. El psicoanálisis es esencialmente un método para el examen de las asociaciones inconscientes, a las que no se llega nunca preguntado a la consciencia. El psicoanálisis no es un *método de exploración*, como el test de inteligencia, por ejemplo; aunque este error está extendido en ciertos círculos. El psicoanálisis no es un *método catártico* que abreaccione «traumas» reales y fantásticos con o sin hipnosis.



623 El psicoanálisis es un método que sirve *para la reducción analítica de los contenidos psíquicos a su más simple expresión y para el descubrimiento de la línea de menor resistencia en el desarrollo armónico de la personalidad.* En la neurosis se echa de menos una orientación vital unitaria porque las tendencias opuestas frustran y obstaculizan la adaptación psicológica. Por esa causa el psicoanálisis, hasta donde hoy sabemos, constituye la única terapia racional de la neurosis.

624 Para la aplicación técnica del psicoanálisis no hay ningún esquema, sólo principios además de las reglas del oficio para cada caso concreto. (Le remito para esto último al trabajo de Freud en el primer número de la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse**.) Mi única regla del oficio es considerar el psicoanálisis como una conversación completamente normal y razonable, evitando asimismo cualquier apariencia de conjuro médico.

625 El principio básico de la técnica psicoanalítica es el análisis de los *contenidos que afloran en cada caso.* Es un grosero defecto técnico cualquier intencionalidad por parte del analista en la medida que intente imponer a la fuerza un desarrollo esquemático del psicoanálisis. *La llamada casualidad es la ley y el orden del psicoanálisis.*

626 Al comienzo del psicoanálisis, naturalmente, está la anamnesis y el diagnóstico. El proceso analítico que sigue se desarrolla de modo totalmente distinto según los casos individuales. Dar reglas es casi imposible. Sólo puede decirse que justo al principio deben vencerse muy frecuentemente una serie de resistencias, resistencias contra método y persona. A los pacientes que no tienen ninguna idea del psicoanálisis primero se les debe poner en antecedentes sobre el método. Con pacientes que ya saben algo hay que solventar muy a menudo varios malentendidos y contestar muchas veces también a todas las objeciones de la crítica científica. En ambos casos los malentendidos se basan en interpretaciones arbitrarias, superficialidad y grosera ignorancia de los hechos.

627 Si además el paciente es un médico, su convicción de estar al cabo de la calle se interpone perturbadoramente en el camino. Con colegas razonables vale la pena una exposición teórica a fondo. Con personas irrazonables y limitadas se empezará tranquilamente con el análisis. En lo inconsciente de tales personas se tiene un aliado que nunca falla. Ya los primeros sueños permiten reconocer toda la pobreza de la crítica, de modo que de toda la construcción

* «Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse. I: Zur Einleitung der Behandlung» («La iniciación del tratamiento»).

artificial del llamado escepticismo científico sólo queda un montoncito de vanidad personal. A este respecto he tenido experiencias muy divertidas.

628 Lo mejor es simplemente dejar a los pacientes que hablen y limitarse a mostrarles aquí y allá una conexión. Agotado el material consciente se pasa a los sueños, que nos proporcionan material subliminal. Cuando la gente dice no tener u olvidar sus sueños existe todavía generalmente material consciente que debería comunicarse y tratarse pero que todavía se calla debido a las resistencias. Una vez despejada la consciencia, llegan los sueños, que, como usted sabe, son después de todo el objeto principal del análisis.

629 Cómo ha de hacerse el «análisis» y qué ha de decirse a la gente es algo que depende, en primer lugar, del material tratado, en segundo, de los conocimientos del médico, y, en tercero, de la capacidad del paciente. Debo insistir en que el análisis sólo ha de llevarse a cabo basándose en conocimientos sólidos, parte de los cuales se consiguen familiarizándose con la literatura especializada aparecida hasta el momento. Sin ese conocimiento sólo se hacen chapuzas.

630 De momento no sé qué más decirle. Tengo que esperar más preguntas suyas.

631 Respecto a la cuestión de la moralidad y la educación, debo advertir que esas cuestiones pertenecen al estadio avanzado del análisis y allí encuentran, o deberían encontrar, solución por sí mismas *¡Que el psicoanálisis no sea un recetario!*

7. Loÿ, 16 de febrero de 1913

632 Escribe usted que para iniciarse en el psicoanálisis es necesario familiarizarse a fondo con la literatura psicoanalítica. Estoy de acuerdo con usted pero con alguna reserva: cuanto más se lee, más se percibe cuántas contradicciones existen entre los distintos autores y menos se sabe —hasta no poseer una experiencia personal suficiente— de qué opinión declararse partidario, porque con mucha frecuencia sólo se hacen afirmaciones sin aportar pruebas. Yo, por ejemplo, creía (basada esta opinión en mi experiencia en terapia de sugestión) que la transferencia hacia el médico podía significar un estímulo esencial para la curación del enfermo. Pero usted me escribe: «Nosotros los psicoanalistas precisamente contamos no con la fe del enfermo, sino con su crítica». Stekel, por el contrario, escribe (*Zentralblatt für Psychoanalyse* III/4, p.176, «Ausgänge der psychoanalytischen Kuren» [Desenlaces de las curas psicoanalíticas]): «El amor al médico puede convertirse en una fuerza que impulsa al

restablecimiento. Los neuróticos nunca sanan por amor a sí mismos. Sanan por amor al médico. Le hacen el favor...». Es decir, nuevamente se insiste en la influencia de la sugestión, ¿no es cierto? Y, sin embargo, también Stekel cree ser sólo psicoanalista. Por otra parte, en su carta del 28 de enero de 1913 observa usted que «la personalidad del médico es uno de los principales factores de curación». ¿Me permitirá traducir esa sentencia como sigue? Si el médico le impone respeto al paciente, si es digno de ser amado, el paciente seguirá su ejemplo por amor a él y emprenderá la salida de la neurosis para cumplir con sus obligaciones humanas en el más amplio sentido.

633 Creo que sólo se puede salir de esa incertidumbre si se adquiere la suficiente experiencia personal y se sabe asimismo qué procedimiento se adapta mejor a la propia personalidad para lograr el mejor resultado terapéutico. Por ello, de nuevo: necesidad de someterse uno mismo al análisis para conocerse completamente. Yo estaría muy de acuerdo con su délimitación de la definición del psicoanálisis en la primera parte (negativa): el psicoanálisis no es *anamnesis* ni *método de exploración* del tipo del test de inteligencia, ni psicocatarsis. Por el contrario, en su segunda parte (positiva), su definición —«El psicoanálisis es un método para el descubrimiento de la línea de menor resistencia en el desarrollo armónico de la personalidad»— me parece que se refiere sólo a la pereza del paciente, pero no a una liberación de la libido sublimada del paciente hacia un nuevo objetivo vital.

634 Opina usted que en la neurosis se echa de menos una orientación vital unitaria, al impedir las tendencias opuestas la adaptación psíquica. Sí, ciertamente, pero, ¿no resultará muy distinta la adaptación psíquica según reacomode el paciente ahora curado su vida simplemente para evitar el displacer (línea de menor resistencia) o para conseguir un placer mayor? En el primer caso sería más pasivo, sencillamente se reconciliaría «con la sobriedad de la realidad» (Stekel, l. c., p. 187). En el segundo caso se «entusiasmaría» por algo o por alguien. Pero, ¿qué será lo determinante en la elección del paciente para comportarse más pasiva o más activamente en su «segunda vida»? A su juicio, ¿se producirá esa decisión espontáneamente en el curso del análisis, o no debe evitar cuidadosamente el médico que, por influencia suya, la balanza se incline a uno u otro lado? O, si no se priva de canalizar la libido del paciente en una cierta dirección, ¿tendrá que renunciar a ser llamado psicoanalista sin más, y habrá que considerarse «moderado» o incluso «salvaje»? (cf. Furtmüller, «Wandlungen in der Freud'schen Schule» [Transformaciones en la escuela freudiana], *Zentralblatt für Psychoanalyse* III/4-5, p.



191). Creo que ya me ha contestado de antemano a esta pregunta al escribir en su última carta del 11 de febrero de 1913: «Es un grosero defecto técnico cualquier intencionalidad por parte del analista. La llamada casualidad es la ley y el orden del psicoanálisis». Aunque quizá esta frase, sacada de su contexto, no se corresponda del todo con su opinión.

635 En cuanto a ilustrar al paciente sobre el método psicoanalítico antes de comenzar el propio psicoanálisis me parece que estará usted de acuerdo con Freud y Stekel: mejor poco que demasiado. Pues el saber que se le proporciona al paciente se queda de todos modos en un semisaber, y semisaber provoca «sabihondez», que sólo sirve para dificultar la continuación del análisis. Por lo tanto, tras una sucinta explicación, primero «dejar hablar», mostrando aquí y allá una conexión, y luego, una vez agotado el material consciente, pasar a los sueños.

636 Aquí vuelve a surgir un obstáculo en mi camino, como ya le señalé en nuestra conversación personal: ¿cómo puede impedirse que el paciente, que quiere adaptarse al tono, lenguaje y jerga del médico (sea por imitación, sea por transferencia hacia él, sea por obstinación, para combatirle con sus propias armas), empiece a producir todo tipo de fantasías, como supuestos *traumas* de la primera infancia, o *sueños*, tenidos por espontáneos, pero que hayan sido sugeridos directa o indirectamente, incluso sin quererlo?

637 Le dije entonces que Forel (*Der Hypnotismus*) hacía soñar a sus pacientes sólo lo que él quería, y yo he imitado con facilidad ese experimento. Pero si el analista *no quiere sugerir nada*, ¿ha de permanecer callado y dejar hablar al analizando, excepto cuando expone al analizando su interpretación de los sueños?

8. Jung, 18 de febrero de 1913

638 Tengo que aprobar su observación sobre el desconcierto de la literatura psicoanalítica. Precisamente hoy se están desarrollando diferentes puntos de vista sobre el valor teórico de los resultados del análisis, por no hablar de la multitud de las desviaciones individuales. Junto a la concepción de Freud, casi puramente causal, se ha desarrollado el punto de vista puramente finalista de Adler, en oposición, aparentemente absoluta, a Freud; aunque en realidad es un complemento esencial de las opiniones teóricas de Freud. Yo me sitúo más en el medio y admito ambos puntos de vista. Teniendo en cuenta su dificultad no es sorprendente que existan grandes desacuerdos justamente respecto a las cuestiones finales del psico-

análisis. En especial, el problema del efecto terapéutico del psicoanálisis está ligado a la más difícil de todas las cuestiones, de modo que sería verdaderamente asombroso que ya estuviera definitivamente aclarado.

639 La declaración de Stekel a que usted se refiere es muy característica. Lo que dice respecto al amor al médico es, por supuesto, correcto; con todo, es una mera constatación y no un objetivo o una pauta de la terapia analítica. Si la constatación de Stekel fuera el objetivo, desde luego se darían muchas curaciones, pero también podrían producirse fracasos evitables. El objetivo es educar al paciente de tal modo que cure por sí mismo y por su propia determinación y no para procurar, por así decir, un beneficio al médico. En todo caso, terapéuticamente sería muy desacertado impedir la curación al paciente cuando con ello pretende hacer un favor al médico. Tan sólo basta con que el paciente lo sepa. No hemos de prescribir nosotros los caminos para recobrar la salud. Naturalmente, me parece una influencia sugestiva inadmisible (¡desde el punto de vista psicoanalítico!) que el paciente se vea obligado a curarse por amor al médico. A veces esta violencia se paga amargamente. El «debieras y tienes que ganar el cielo» no es recomendable en la neuropsiquiatría, como no lo es en la vida cotidiana. También contradice los principios del tratamiento analítico, que quiere evitar cualquier violencia y dejar que todo salga del propio paciente. No me niego en absoluto, como usted sabe, a la influencia sugestiva, solamente a una motivación dudosa. Si el médico exigiera del paciente que recuperara su salud por amor a él, el paciente podría fácilmente contar con favores recíprocos e indudablemente intentaría imponerlos por exacción. Sólo puedo prevenirle contra esa práctica. Un motivo mucho más sólido para el restablecimiento —también mucho más sano y valioso éticamente— es la comprensión profunda por parte del paciente de la situación real, el reconocimiento de las cosas tal y como son y como deberían ser. La persona de alguna valía concluirá a partir de ese reconocimiento que uno no puede quedarse en el atolladero de la neurosis.

640 No puedo aprobar bajo ningún concepto su traducción de mi observación sobre los efectos curativos de la personalidad del analista. Le escribí entonces* que la personalidad tiene efectos curativos porque el paciente *lee* la personalidad del médico, no porque mimetice la curación *por amor* al médico. El médico no puede impedir que el paciente empiece a comportarse con sus conflictos como se

* Presumiblemente remite a los § 586 y 587 de este volumen, o a una carta no publicada.

comporta el médico, pues nada hay más fino que la empatía de un neurótico. *A esta finalidad sirve también cualquier transferencia intensa.* Cuando el médico resulta amable al enfermo le quita una serie de resistencias que en realidad debería haber superado el paciente y cuya superación deberá realizar seguramente más tarde. Por lo tanto nada se gana con esta técnica, como mucho facilitarle al paciente el inicio del análisis, algo que en ciertos casos no es totalmente desatinado. Arrastrarse sin objetivo bajo un alambre de espino pone ciertamente de manifiesto una fuerza de voluntad ascética que no puede esperarse ni de la persona corriente ni del neurótico. Ni siquiera la religión cristiana, cuyas exigencias morales son desde luego muy altas, renuncia al inminente reino de los cielos como objetivo y recompensa de las fatigas terrenales. En mi opinión, el médico también podrá hablar de las ventajas que siguen a las fatigas del psicoanálisis. Sólo que no debe hacer de sí mismo o de su amistad recompensa, más o menos abiertamente, si no está también seriamente decidido a cumplirlo.

641 En lo que respecta ahora a su crítica de mi esbozada definición del concepto de psicoanálisis, hay que observar que también el camino que pasa por una montaña escarpada corresponde a la línea de menor resistencia cuando se corre el riesgo de ser corneado por un toro si uno va por el cómodo camino del valle. En otras palabras: la línea de menor resistencia es un compromiso con todas las necesidades, no sólo con la pereza. Es un prejuicio creer que la línea de menor resistencia coincide con la senda de la pereza. (Así se creía cuando aún se hacían novillos en los ejercicios de latín.) La pereza es sólo una ventaja momentánea y lleva a consecuencias que suponen las peores resistencias, pero en definitiva no va en la dirección de la menor resistencia. La vida en la dirección de la menor resistencia tampoco es lo mismo que disfrutar sin miramientos del individualismo. Quien tal hiciera pronto vería con dolor que no seguía moviéndose en la línea de menor resistencia, pues el hombre es también un ser social, no sólo un haz de impulsos egoístas, como algunos quieren pensar. Donde mejor se ve esto es en los hombres primitivos y en los animales gregarios, con su rico sentido social. Sin una función así en absoluto existiría la manada. Por eso el hombre, en tanto animal gregario, tampoco en principio ha de someterse en absoluto a leyes impuestas desde fuera, sino que lleva *a priori* en sí su ley social como necesidad innata. Con ello, como ve usted, me sitúo muy en oposición a ciertas ideas, a mi parecer enteramente incorrectas, que de vez en cuando se pregonan, también dentro de la escuela psicoanalítica.

642 La línea de menor resistencia no significa según esto *eo ipso*

evitación del displacer, sino adecuado equilibrio entre placer y displacer. *Sólo* la actuación displicente conduce al agotamiento y a la falta de éxito. El ser humano debe poder experimentar alegría en su vida, de otro modo sus fatigas no merecen la pena.

643 Cómo será la orientación vital futura del paciente es algo sobre lo que no nos compete juzgar. No podemos presumir de saberlo mejor que la naturaleza del propio cliente, en otro caso seríamos educadores de la peor clase (similares ideas básicas se encuentran, por cierto, puestas en práctica en el método pedagógico Montessori*). El psicoanálisis es sólo un método para retirar piedras del camino a la naturaleza, y no, por ejemplo, un método (como el hipnotismo a menudo pretende ser) para introducir en el paciente cosas que antes no estaban. En consecuencia es mejor renunciar a toda orientación y esforzarnos sólo en poner de relieve lo que el análisis saca a la luz del día, que el paciente lo vea claro y sea capaz de extraer las conclusiones oportunas. Lo que no consiga él mismo tampoco lo creerá la larga, y aquello que admita por motivos de autoridad sólo lo mantendrá de modo infantil. Debe ser capaz de tomar su vida con las propias manos. El arte del análisis es precisamente seguir sin prejuicios también los llamados extravíos del paciente para reunir así sus ovejas perdidas y dispersas. Un trabajo programático de acuerdo con un esquema preconcebido echaría a perder los mejores efectos del psicoanálisis. Por lo tanto tengo que insistir en un principio mío al que usted pone reparos: «Es un grosero defecto técnico cualquier intencionalidad por parte del analista. La llamada casualidad es la ley y el orden del psicoanálisis».

644 Debe usted saber que seguimos sin poder desprendernos del prejuicio doctrinario de corregir a la naturaleza e imponerle nuestras limitadas «verdades». En la terapia de la neurosis tenemos tantas experiencias singulares, imprevistas e imprevisibles, que debería desvanecerse toda esperanza de poder saberlo mejor y trazar caminos. El rodeo y el extravío son necesarios. Quien niegue esto debe también negar la necesidad de los errores de la Historia universal. Esto sería una cosmovisión desde el punto de vista del doctrinario. Al psicoanálisis esta actitud no le sirve de nada.

645 La cuestión de cuánto sugiere el analista al paciente sin quererlo es muy delicada. Ciertamente este hecho desempeña un papel bastante más significativo de lo admitido hasta ahora en psicoanálisis. Me he convencido de ello ante la experiencia de ver cómo el paciente se sirve enseguida de las ideas adquiridas mediante el psicoanálisis, algo también manifiesto en la configuración de los sueños.

* Doctora Maria Montessori (1870-1952). Cf. Bibliografía.

Puede usted encontrar al respecto todo tipo de impresiones en el libro de Stekel *Die Sprache des Traumes* [El lenguaje de los sueños]. Una vez tuve una instructiva experiencia: una dama muy inteligente presentó desde el principio amplias fantasías transferenciales que se movían según conocidas representaciones eróticas. Pero no quería reconocer su existencia en absoluto. Naturalmente, los sueños la delataron, si bien mi persona siempre aparecía oculta tras otras, en una identidad parcial difícil de descifrar. Una larga serie de tales sueños me obligó finalmente a esta observación: «Bueno, ya ve usted, siempre ocurre que la persona con quien se sueña en realidad es sustituida y enmascarada por otra en el contenido manifiesto del sueño». Hasta entonces la paciente había negado obstinadamente este mecanismo. Esta vez ya no pudo valerse de subterfugios y tuvo que reconocer mi regla del oficio. Pero sólo para tenderme una trampa, porque al día siguiente me trajo un sueño en el que aparecíamos ella y yo en una situación manifiestamente lasciva. Naturalmente quedé perplejo y pensé inmediatamente en mi regla. Su primera asociación respecto al sueño fue esta maliciosa pregunta: «¿No es verdad que siempre ocurre que la persona con quien se sueña en realidad es sustituida por otra en el contenido manifiesto del sueño?».

646 Evidentemente, la paciente había aprovechado la experiencia encontrando la fórmula protectora bajo la cual fue posible expresar abiertamente sus fantasías de manera totalmente inofensiva.

647 Este ejemplo le mostrará al mismo tiempo cómo se sirven los pacientes de los conocimientos adquiridos en el análisis. Los utilizan para simbolizar con ellos. Quien cree en símbolos fijos queda así apresado en la propia red. Esto le ha pasado ya a más de un psicoanalista. Es por lo tanto falaz y poco seguro querer ejemplificar determinados teoremas con sueños procedentes del desarrollo de un análisis. Son sólo probatorios al respecto los sueños de personas demostradamente no influidas. En tales casos se tendría que excluir a lo sumo la lectura telepática del pensamiento. Pero si alguien se presenta con esa posibilidad habrá que someter también a revisión rigurosa muchas otras cosas, entre ellas muchas sentencias jurídicas.

648 Hay que prestar atención al factor de la sugestión, pero sin exagerar. El paciente no es un saco vacío en que se pueda meter todo lo que se quiera, sino que trae consigo determinados contenidos que se mantienen obstinadamente contra toda sugestión y que se abren paso una y otra vez. Las «sugestiones» analíticas sólo desfiguran la expresión, no el contenido, como he podido observar reiteradamente. La expresión es ilimitadamente intercambiable, mientras que el contenido permanece fijo y sólo a la larga y con

muchas dificultades logra alcanzarse. Si no fueran así las cosas la terapia de sugestión sería desde cualquier punto de vista la terapia más eficaz, más agradecida y sencilla de todas, una verdadera panacea. Lamentablemente esto no es así, como le confesará de buen grado cualquier hipnotizador sincero.

649 Volviendo a su pregunta de si sería imaginable que los pacientes, empleando engañosamente —quizá sin saberlo— el modo de expresarse del médico, pudieran engañarle, tengo que decirle que, en el fondo, es éste un problema muy serio. Requiere toda la atención y toda la autocrítica del médico analista dejarse desorientar lo menos posible por los sueños del paciente. Puede decirse que los pacientes emplean en sus sueños, en mayor o menor grado, siempre el modo de expresión adquirido en el análisis. Las anteriores interpretaciones de los símbolos se incorporan a su vez nuevamente como símbolos en los sueños. Así, no rara vez ocurre que, por ejemplo, situaciones sexuales que en sueños anteriores aparecían simbolizadas, aparezcan «sin disfraz» en sueños posteriores, bien entendido que simbólicamente de nuevo, como expresión analizable de representaciones de otra naturaleza oculta tras ellas. El sueño, no demasiado infrecuente, de una cohabitación incestuosa no es en modo alguno un contenido «sin disfraz», sino un sueño tan simbólico y tan analizable como todos los demás. Sólo se puede llegar a la paradójica idea de que tal sueño es «sin disfraz» cuando se mantienen fijamente los principios de la teoría sexual de la neurosis.

650 Es posible que el paciente engañe al médico durante más o menos tiempo con embustes y deformaciones deliberadas, como ocurre en los demás ámbitos de la medicina. Con esas cosas quien más se daña es el paciente mismo, teniendo que pagar cada engaño u ocultación con el crecimiento o multiplicación de los síntomas. Los engaños son de un perjuicio tan evidente para él que apenas podrá evitar finalmente el abandono definitivo de tal actitud.

651 En lo tocante a la técnica del análisis, mejor que la dejemos para la comunicación personal.

9. Loÿ, 23 de febrero de 1913

652 De su carta del 16 de febrero quisiera primero citar la conclusión en la que tan acertadamente sitúa usted el lugar de la sugestión en el análisis: «El paciente no es un saco vacío en que se puedan meter cosas a voluntad, sino que trae consigo determinados contenidos con los que hay que contar constantemente». Puedo aprobar completamente esa frase, puesto que mis propias experiencias la

confirman. Y añade usted que en las sugestiones analíticas no deseadas este contenido queda intacto mientras la expresión se deforma proteica e ilimitadamente. Se trataría por lo tanto de una especie de «mimetismo» mediante el cual el analizando busca la manera de escapar del analista que le pone en aprietos y que por el momento es un aparente enemigo. Hasta que el trabajo conjunto de analizando y analista —aquél revelando espontáneamente sus correspondientes contenidos psíquicos, éste sólo interpretando y explicando— consiga arrojar tanta luz sobre la oscuridad de la psique que el analizando pueda ver por fin las conexiones reales y después, sin un plan trazado de antemano por parte del analista, extraer él mismo las conclusiones adecuadas para aplicarlas a su vida futura. Esta vida futura se movería de acuerdo con la línea de menor resistencia —o quizá sería mejor decir de menores resistencias—, como «compromiso con todas las necesidades» en un equilibrio adecuado de placer y displacer. No somos nosotros quienes hemos de decidir arbitrariamente por el paciente lo que le conviene o le es útil, es la propia naturaleza del paciente la que toma la decisión. En otras palabras, más o menos debemos adoptar el papel del cirujano tocólogo, que sólo puede auxiliar a dar a luz a un niño que ya estaba ahí, evitando toda una serie de defectos técnicos para no mutilar a la madre y para que el niño pueda vivir.

653 Todo esto me resulta muy claro pues sólo es una aplicación al proceder psicoanalítico de un postulado que debería tener validez general: ¡no violentar nunca a la naturaleza! Por ello reconozco también que el psicoanalista ha de seguir las huellas de los llamados «extravíos» del paciente cuando éste pretende alcanzar una convicción que lo libere de una vez por todas de la fe infantil en la autoridad, al igual que como individuos sólo mediante los extravíos aprendemos, o podemos aprender, a evitarlos en el futuro, y al igual que la humanidad como un todo crea las condiciones de sus actuales y futuros niveles de desarrollo no directamente sino cometiendo frecuentes extravíos. ¿No han enfermado en parte muchos neuróticos —no sé si estará usted de acuerdo conmigo, pero creo que sí— por haber roto su fe infantil en la autoridad? Ahora se encuentran ante las ruinas de su fe, llorándola, y se angustian al no hallar un sustituto desde el cual poder ver con claridad por dónde ha de discurrir en lo sucesivo su orientación vital. Quedan así detenidos, entre los infantilismos a los que renuncian de mala gana y las serias tareas del presente y el futuro (conflicto moral). Comprendo también, especialmente en tales casos, cuánta razón tiene usted: sería un defecto técnico esforzarse para sustituir la fe perdida en la autoridad por la fe en otra autoridad, desde luego sólo útil mientras dure. Con

ello ya se ha emitido un juicio sobre la influencia sugestiva buscada en el psicoanálisis y sobre la especulación en torno a la «transferencia hacia el médico» como objetivo de la terapia analítica. Ya no pongo reparos a sus frases: «Es un grosero defecto técnico cualquier intencionalidad por parte del analista. La llamada casualidad es la ley y el orden del psicoanálisis». Además, estoy completamente de acuerdo con usted cuando dice que el altruismo *tiene que ser innato* al ser humano *como animal gregario*. Lo asombroso sería lo contrario.

654 Yo me inclinaría a suponer que lo primario no son los impulsos egoístas, sino precisamente los altruistas. Amor y confianza del niño frente a la madre, que lo alimenta, cuida, protege, acaricia; amor del hombre a la mujer, entendido como fusión en una personalidad ajena; amor y cuidado a la descendencia; amor a los parientes, etc. Mientras que los impulsos egoístas sólo se originan en el deseo de posesión exclusiva del objeto de amor, el deseo de poseer en exclusividad a la madre frente al padre y los hermanos, el deseo de obtener para sí sólo a una mujer, el deseo de poseer joyas y vestidos, etc. Quizá me diga usted que soy paradójico, y que los impulsos, sean de coloración egoísta o altruista, surgen a un tiempo en el corazón del hombre, y que cada impulso es de naturaleza ambivalente. Pero yo pregunto: ¿son realmente ambivalentes los sentimientos y los impulsos? ¿Son acaso bipolares? ¿Son las cualidades del sentimiento absolutamente comparables entre sí? ¿Es el amor realmente lo contrario del odio?

655 Sea lo que sea, en cualqúier caso es dichoso que el hombre lleve en sí su ley social como necesidad innata; en caso contrario las cosas le irían mal a nuestra Humanidad civilizada, que entonces sólo estaría sometida a leyes impuestas desde fuera: al extinguirse la anterior fe religiosa en la autoridad debería caer de modo infalible y rápido en una completa anarquía. Habría que preguntarse entonces si no sería mejor intentar mantener a toda costa una fe en la autoridad exclusivamente religiosa, como hizo la Edad Media. Pues los beneficios de la cultura, que, desde luego, aspira a dejar a cada individuo tanta libertad externa como lo permita el respeto a la libertad del otro, merecerían probablemente un sacrificio, como la renuncia a la libre investigación. Pero han pasado ya los tiempos de esta aplicación antinatural de la violencia; la humanidad civilizada no ha abandonado esos extravíos por capricho sino obedeciendo a una necesidad interna; por eso podemos mirar al futuro con un presentimiento de alegría: progresando en el conocimiento y obedeciendo a su propia ley, la humanidad encontrará su camino sobre las ruinas de la fe en la autoridad hacia la autonomía moral del individuo.



10. Jung, marzo de 1913

656 Me llama la atención que en distintos pasajes de su carta le resulte especialmente crítico el problema de la «transferencia». Su impresión es plenamente acertada. La transferencia es también actualmente el problema central del análisis.

657 Sabe usted que Freud concibe la transferencia como una proyección de fantasías infantiles sobre el médico. Hasta aquí la transferencia es una relación erótico-infantil. Sin embargo, exterior y superficialmente, la cosa en absoluto tiene siempre el aspecto de una relación erótico-infantil. Mientras se trate de la llamada transferencia positiva puede reconocerse usualmente sin dificultad su contenido erótico-infantil. Pero tratándose de la llamada transferencia negativa sólo se ven intensas resistencias a veces arropadas en forma teórica como crítica y escepticismo. En cierto sentido, ambos casos están condicionados por la relación del paciente con la autoridad, es decir, el padre en último término. En sendas formas de transferencia se trata al médico como si fuera el padre —según los casos, cariñosamente o con oposición—. A esta concepción de la transferencia corresponde que actúe en el análisis como una resistencia en cuanto se intenta disolver la actitud infantil. Esa forma de transferencia también debe ser destruida, pues el objetivo del análisis ha de ser la autonomía moral del paciente.

658 Elevado objetivo, dirá usted. Cierto que es alto y lejano, aunque no tan trascendental, pues corresponde, sin embargo, a un rasgo que se está abriendo paso fuertemente en la cultura de nuestra época. Me refiero a la tendencia individualista que merece dar nombre a toda nuestra época (véase sobre esto Müller-Lyer, *Die Familie*). Quien no crea en esta orientación de objetivos y se adhiera al conocido causalismo científico, se inclinará seguramente por eliminar de esas formas de transferencia sólo la oposición, dejando al paciente en una relación positiva con el padre, *de acuerdo con los ideales culturales de épocas pasadas*. Es sabido que la Iglesia católica representa una de las organizaciones más fuertes de esta tendencia. No me atrevo a dudar de que hay numerosos individuos que se sienten relativamente mejor en el estado de estar-obligado que en el de obligarse-a-sí-mismo (Shaw, *Man and Superman*). Pero cometeríamos una grave injusticia con nuestros pacientes neuróticos si pretendiéramos meter a todos a presión en la categoría de los no libres. Hay entre los neuróticos no pocos que no necesitan que se les recuerde sus deberes y obligaciones sociales; antes bien, han nacido y están determinados para ser portadores de nuevos ideales culturales. Son neuróticos mientras se someten a la autoridad y niegan la

libertad que les corresponde. Si contemplemos la vida sólo por su envés, como es el caso de la escuela psicoanalítica de Viena, no haremos nunca justicia a estos casos y tampoco les proporcionaremos nunca la salvación esperada. De esa forma les educamos para que sólo sean niños obedientes, favoreciendo así lo que los enferma, es decir, su conservadurismo y su sumisión a la autoridad. Hasta cierto punto esto es válido para los rebeldes infantiles, que *ni siquiera* han podido someterse *todavía* a la autoridad. Pero la fuerza que ahuyenta a los primeros de su relación conservadora con el padre no es de ninguna manera un deseo infantil de rebeldía, sino el poderoso afán de darse una personalidad propia, y luchar para lograrlo es para ellos un deber vital indeclinable. La psicología de Adler satisface mejor estos planteamientos que la de Freud.

659 Para unos (los rebeldes infantiles) la transferencia positiva significa en primer término una conquista esencialmente beneficiosa, para los otros (los obedientes infantiles) un funesto paso atrás, un cómodo eludir el deber vital. La transferencia negativa es en los primeros rebeldía acrecentada, es decir, retroceso y huida ante el deber vital, en los últimos, sin embargo, un progreso beneficioso. (Para ambos tipos véase Adler, *Trotz und Gehorsam* [Rebeldía y obediencia].)

660 Como puede observar, la transferencia ha de valorarse muy diferentemente según el tipo de casos.

661 El proceso psicológico de la transferencia —sea negativa o positiva— consiste en una «investidura libidinal» de la personalidad del médico, es decir, el médico adquiere un valor emocional (como usted sabe, entiendo por libido más o menos lo que los antiguos entendían bajo el principio cosmogónico *Eros*, por lo tanto, en lenguaje moderno, «energía psíquica» sin más). Mediante el afecto o mediante la oposición, el paciente está ligado al médico y no puede dejar de acompañar e imitar su actitud psíquica. De ahí que empatice forzosamente. El médico no puede impedir esto ni con la mejor voluntad ni con todos los artificios, pues la empatía trabaja segura e instintivamente a pesar del juicio consciente, por fuerte que sea. Pero si el médico mismo es neurótico o está insuficientemente adaptado a las exigencias de la vida exterior o de su propia personalidad, el paciente imitará esos defectos y los reproducirá en su propia actitud; con qué consecuencias, puede usted imaginarlo.

662 Conforme a esto, no puedo concebir la transferencia como un mero transferir fantasías erótico-infantiles; aunque considerada desde cierto punto de vista es ciertamente eso, veo sin embargo en ella, como ya le sugerí en una carta anterior, un proceso de *empatía y adaptación*. Desde esta perspectiva las fantasías erótico-infantiles, a

pesar de su innegable valor de realidad, aparecen más como materiales de comparación o imágenes analógicas de algo todavía no entendido que como deseos autónomos. Ésta me parece a mí la causa esencial de su condición de inconscientes. El paciente que todavía no conoce la actitud correcta intenta comprender mediante comparación analógica con sus materiales de experiencia infantil los contornos de la relación correcta con el médico. No es sorprendente que se remonte precisamente a las relaciones más íntimas de su infancia para encontrar la fórmula adecuada de relación con el médico, pues también ésta es muy íntima, aunque distinta de la relación sexual, más semejante a la del niño con sus padres. Esta última, establecida además por el cristianismo como fórmula simbólica de relación humana, sirve para devolver al enfermo la inmediatez de la solidaridad humana suspendida ante la irrupción de valores sexuales y sociales (valores desde el punto de vista del poder, etc.). Las valoraciones puramente sexuales, como las de carácter más o menos arcaico y bárbaro, suspenden en gran medida la relación inmediata, puramente humana y producen un estancamiento de la libido que fácilmente da ocasión a formaciones neuróticas. Mediante el análisis del contenido infantil de la fantasía transferencial el enfermo vuelve a recordar su relación infantil, que, desprovista de sus cualidades pueriles, le proporciona una hermosa y clara imagen de inmediatez humana más allá de los *meros* valores sexuales. Sólo puedo sentir como errónea la interpretación que concibe retrospectivamente la relación infantil como exclusivamente sexual, aunque no pueda en absoluto negarse cierto contenido sexual.

663 Resumiendo, quisiera decir lo siguiente sobre la transferencia positiva: la libido del paciente se apodera de la personalidad del médico en forma de expectativa, esperanza, interés, confianza, amistad y amor. El primer efecto de la transferencia es una proyección de fantasías infantiles, a menudo de coloración predominantemente erótica, hacia el médico. En esta fase la transferencia es por regla general de naturaleza marcadamente sexual, a pesar de la relativa inconsciencia del componente sexual. Este proceso afectivo sirve al más alto sentido de introducción, como un puente a cuyo través el enfermo se hace consciente de la insuficiencia de su actitud reconociendo la actitud del médico, supuestamente adaptada a la vida o normal. Con ayuda del análisis, mediante el recuerdo evocado de la relación infantil, se le muestra al enfermo el camino que, más allá de la pura valoración del prójimo en términos sexuales y de poder adquirida en la pubertad y reproducida por los prejuicios sociales, lleva a una relación y a una intimidad puramente humanas no sólo dependientes de la existencia de una relación sexual o de poder,

sino más bien de los valores de la personalidad. Éste es el camino hacia la libertad que el médico debiera indicar a su enfermo.

664 Con todo, en este punto no debo ocultarle que la afirmación tenaz de la valoración sexual no estaría enraizada si no tuviera un profundo sentido, en concreto para esa época de la vida cuando lo más importante es la propagación de la especie. El descubrimiento de los valores de la personalidad pertenece más a la edad madura. Para el joven la búsqueda de una personalidad valiosa es frecuentemente un mero pretexto para rehuir el deber biológico. Por el contrario, echar de menos exageradamente en la edad madura los valores sexuales de la juventud es un rehuir miope y a menudo cobarde y cómodo del deber cultural de reconocer los valores de la personalidad y la sumisión exigida a la jerarquía de los valores culturales. El neurótico joven tiene miedo a la ampliación de sus deberes biológicos; el adulto al estrechamiento y limitación de los bienes adquiridos en la vida.

665 Como puede observar, esta concepción de la transferencia guarda íntima conexión con la hipótesis de los «deberes» biológicos, concepto bajo el que hay que entender aquellas tendencias o determinaciones que en el hombre producen cultura tan consecuentemente como en el pájaro el nido, primorosamente entrelazado, y en el ciervo la cornamenta. La concepción puramente causal, por no decir puramente materialista, de las últimas décadas intenta comprender la formación orgánica como reacción de la materia viva, sin duda un modo heurísticamente valioso de plantear el problema, pero que en orden a una verdadera explicación resulta una reducción y un desplazamiento, aparente y más o menos hábil, del problema. Quisiera remitirle a la magnífica crítica que hace Bergson a esta concepción. Como mucho, las causas operantes desde fuera pueden intervenir en un cincuenta por ciento, la otra mitad se halla en las particulares determinaciones de la materia viva, sin las que evidentemente no podría reaccionar. Hemos de aplicar también este principio en la psicología. La psique no reacciona sin más, sino que ofrece a los estímulos que actúan sobre ella una respuesta característica, cuya especial configuración, al menos en su mitad, le pertenece a ella y a las determinaciones en ella existentes. La cultura no debe entenderse nunca como reacción a las circunstancias. Este modo superficial de explicación podemos dejarlo tranquilamente al siglo pasado. Aunque esas mismas determinaciones aparecen psicológicamente como imperativos, de cuyo poder coactivo puede uno convencerse fácilmente a diario. Estas determinaciones son lo que denomino «deber biológico».

666 Hablaré por último de un punto que aparentemente ha despertado sus sospechas. Es la cuestión *moral*. En el enfermo observamos tantos impulsos llamados inmorales que al psicoterapeuta se le impone involuntariamente el pensamiento de qué sucedería realmente si se satisficieran todas esas demandas. Habrá observado en mis cartas anteriores que estas demandas no deben tomarse necesariamente en serio. Se trata habitualmente de pretensiones ilimitadamente exageradas, que la libido represada del enfermo desplaza al primer plano, generalmente contra su voluntad. La canalización de la libido hacia el cumplimiento de los simples deberes biológicos basta en la mayor parte de los casos para rebajar a cero la tensión de esos deseos. Pero en ciertos casos es un hecho conocido que el análisis no suprime de ninguna manera las llamadas tendencias inmorales, sino que se destacan mucho más y más manifiestamente, de modo que resulta evidente que forman parte de los deberes biológicos del individuo. Éste es particularmente el caso de las demandas sexuales, que apuntan a una valoración individual de la sexualidad. No se trata de una cuestión patológica, sino de una cuestión social de hoy, que reclama imperiosamente una solución ética. Para muchos es un deber biológico trabajar en la solución de esta cuestión, es decir, encontrar alguna solución práctica (la naturaleza, como es sabido, no se conforma con teorías). Hoy sólo hacemos una valoración legal de la sexualidad, pero no tenemos una auténtica moral sexual, exactamente igual que en la temprana Edad Media no había una auténtica moral de la transacción monetaria, sino sólo prejuicios y valoraciones legales. Todavía no hemos llegado a distinguir en el comportamiento sexual libre una conducta moral y una inmoral. Esto recibe una expresión clara en el trato público, más bien maltrato, de las madres solteras. Debemos toda la odiosa hipocresía, la inundación de la prostitución y de las enfermedades sexuales al juicio global, legalista y bárbaro, del comportamiento sexual y a nuestra incapacidad para desarrollar un sentimiento moral más fino respecto a las enormes diferencias psicológicas que se presentan dentro del comportamiento sexual libre.

667 La referencia a esta importante cuestión de hoy, sumamente complicada, bastará para explicarle por qué entre nuestros pacientes no raramente se encuentran personas que, en virtud de sus dotes espirituales y afectivas, están en realidad destinadas, es decir, biológicamente determinadas, a tomar parte activa en esa obra cultural. No debemos olvidar que lo que hoy todavía nos parece un mandamiento moral mañana quedará a merced de la disolución y la transformación, y en un futuro próximo o lejano servirá de fundamento a nuevas formaciones éticas. De la historia cultural deberíamos haber aprendido por lo menos esto: también las formas de la

moral son cosas perecederas. Se requiere el más fino tacto psicológico para evitar en estas naturalezas críticas el peligroso ángulo de la irresponsabilidad, la comodidad y los excesos infantiles y hacer factible al enfermo una perspectiva clara y no enturbiada sobre la posibilidad de un comportamiento éticamente autónomo. Un cinco por ciento del dinero prestado es un interés decente, un veinte por ciento es usura despreciable. Hemos de aplicar este conocimiento al comportamiento sexual.

668 Por eso hay muchos neuróticos que no pueden estar de acuerdo con la moral actual desde su más íntima decencia ni adaptarse a la cultura mientras la moralidad tenga huecos; llenarlos es la exigencia de la época. Es un gran engaño creer que muchas mujeres casadas son neuróticas sólo por estar sexualmente insatisfechas, porque no hayan encontrado al hombre adecuado o porque estén todavía fijadas a la sexualidad infantil. El auténtico motivo de la neurosis es en muchos casos que no son capaces de reconocer la tarea cultural que les corresponde. En general seguimos demasiado el punto de vista de la psicología del *nothing-but* [nada más que], es decir, seguimos creyendo que podemos meter a presión en el marco de lo ya conocido lo nuevo y lo futuro que llama apremiantemente a nuestra puerta. Así, estas personas sólo ven el presente, pero no el futuro. A pesar del profundísimo sentido psicológico del cristianismo al ser el primero en proclamar la orientación hacia el futuro como principio de salvación de la Humanidad. Nada del pasado y poco del presente puede modificarse; por el contrario, el futuro es nuestro y capaz de acoger las más elevadas tensiones de la fuerza vital. Nos pertenece el corto lapso de tiempo de la juventud, el resto de la vida pertenece a nuestros hijos.

669 Así, la pregunta sobre el significado de la pérdida de fe en la autoridad se contesta por sí misma. El neurótico no está enfermo porque haya perdido su antigua fe, sino porque aún no ha encontrado una nueva forma para sus más nobles ambiciones.

13

PRÓLOGOS A LOS *COLLECTED PAPERS ON ANALYTICAL PSYCHOLOGY*[*]

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

670 Este volumen contiene una selección de artículos y otros textos de psicología analítica escritos a intervalos durante los últimos catorce años[**]. En este tiempo se ha ido desarrollando una nueva disciplina y, como es habitual en casos así, hay diferentes puntos de vista, concepciones y formulaciones.

671 No es mi intención presentar en este libro los conceptos fundamentales de la psicología analítica. El volumen, sin embargo, arroja alguna luz sobre una determinada línea de desarrollo, especialmente característica de la escuela psicoanalítica de Zúrich.

672 Como es bien sabido, el mérito del descubrimiento del nuevo método analítico de la psicología general corresponde al profesor

* Publicados en *Collected Papers on Analytical Psychology*, editados por la doctora Constance E. Long. Baillère, Tindall and Cox, London, 1916; ediciones ampliadas en 1917 y 1920, además de la edición neoyorquina de 1920. El manuscrito original del primer «Prólogo» no se ha conservado. Aquí se traduce de la versión inglesa confrontándola con la traducción alemana de Klaus Thiele-Dobrmann. El «Prólogo» de la segunda edición se basa en el original.

** Contenido de la primera edición y distribución en la *Obra completa*: *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos* (OC 1,1); «El método de asociación» (OC 2,10), «La constelación familiar» (OC 2,11) y « Sobre conflictos del alma infantil» (OC 17,1); «El contenido de las psicosis» (OC 3,2), «Crítica del libro de E. Bleuler *Zur Theorie des schizophrenen Negativismus* (OC 3,4) y «Sobre el significado de lo inconsciente en psicopatología (OC 3,5); «Una contribución a la psicología del rumor», «Una contribución al conocimiento de los sueños con números», «Acerca de la crítica al psicoanálisis», «Acerca del psicoanálisis», «Sobre psicoanálisis» y «El significado del padre para el destino del individuo» (capítulos 4, 5, 7, 8, 11 y 14, respectivamente, de este volumen); «Sobre la cuestión de los tipos psicológicos» (OC 6,2); «Nuevos rumbos de la psicología» (OC 7,3); «Puntos de vista generales acerca de la psicología de los sueños» (OC 8,9).

Freud, de Viena. Sus concepciones originales han experimentado muchas e importantes modificaciones, algunas de ellas a partir del trabajo realizado en Zúrich, a pesar de que Freud no comparta en absoluto el punto de vista de esta escuela.

673 No puedo exponer aquí las diferencias fundamentales entre ambas escuelas; sólo quisiera mencionar lo siguiente: la escuela de Viena adopta un punto de vista exclusivamente sexualista, mientras que la escuela de Zúrich es simbolista. La escuela de Viena interpreta semióticamente el símbolo psicológico, como signo o señal de ciertos procesos psicosexuales primitivos. Su método es analítico y causal. La escuela de Zúrich reconoce la posibilidad científica de tal concepción, pero niega su validez exclusiva y no interpreta el símbolo psicológico sólo semióticamente, sino también simbólicamente, esto es, asigna al símbolo un valor positivo.

674 El valor del símbolo no sólo tiene causas históricas; su importancia capital estriba en su significado psicológico en el presente y de cara al futuro. Para la escuela de Zúrich el símbolo no es simplemente el signo de algo reprimido y ocultado, sino también un intento de comprender y señalar el camino para el ulterior desarrollo psíquico del individuo. Añadimos así al valor retrospectivo del símbolo una significación prospectiva.

675 El método de la escuela de Zúrich no es por lo tanto sólo analítico y causal, sino sintético y prospectivo, reconociendo que caracteriza a la mente humana tanto la existencia de *fines* cuanto de *causae*. Conviene insistir especialmente en ello, pues hay dos tipos de psicología: una sigue el principio del hedonismo, la otra el principio del poder. El correlato filosófico de la primera es el materialismo científico; de la última, la filosofía de Nietzsche. El principio de la teoría freudiana es el hedonismo, mientras que la teoría de Adler (uno de los primeros discípulos personales de Freud) se basa en el principio del poder.

676 La escuela de Zúrich, que reconoce la existencia de esos dos tipos (señalados también por el desaparecido profesor William James), considera las concepciones de Freud y Adler unilaterales y solamente válidas dentro de los límites de su correspondiente tipo. Ambos principios existen en cada individuo en desigual medida.

677 Es evidente, según esto, que cada símbolo psicológico tiene dos aspectos, y debe interpretarse de acuerdo con ambos principios. Freud y Adler interpretan analítica y causalmente, retrocediendo a lo infantil y primitivo. Así, para Freud el «objetivo» es el cumplimiento del deseo, mientras en Adler es la usurpación de poder. En su trabajo analítico práctico ambos adoptan un punto de vista que sólo arroja luz sobre los objetivos infantiles y manifiestamente egoístas.

678 La escuela de Zúrich está persuadida de que, dentro de los límites del enfermar anímico, la situación mental es tal como la describen Freud y Adler. Esto es, el individuo, en virtud de esa actitud espiritual imposible e infantil, está disociado interiormente y, por ello, neurótico. La escuela de Zúrich, por lo tanto, también reduce, de acuerdo con ellos hasta aquí, el símbolo psicológico (los productos de la fantasía del paciente) al hedonismo o al deseo de poder infantiles que le subyacen. Freud y Adler se dan por satisfechos con el resultado de una mera reducción, en concordancia con su biologismo y naturalismo científicos.

679 Pero aquí surge una cuestión muy importante: ¿puede el hombre obedecer a los impulsos fundamentales y primitivos de su naturaleza sin dañarse gravemente a sí o a su prójimo? Frente a límites tan restrictivos no puede desplegar ilimitadamente ni su deseo sexual ni su deseo de poder. La escuela de Zúrich tiene en cuenta el resultado final del análisis y considera los impulsos fundamentales de lo inconsciente como símbolos que anuncian una determinada dirección del desarrollo futuro. De todos modos, debemos reconocer que *no* hay *justificación científica* para tal proceder, ya que nuestra ciencia actual descansa completamente en la causalidad. Pero la causalidad es sólo un principio, y la psicología no puede agotarse en métodos causales, porque la mente vive también de metas. Aparte de este discutible argumento filosófico, tenemos todavía otro, de valor considerablemente superior para nuestra hipótesis, llamado *necesidad vital*. Es imposible vivir siguiendo las incitaciones del hedonismo o del deseo de poder infantiles. Si hay que hacerles un lugar, debe ser simbólico. Con la aplicación simbólica de las inclinaciones infantiles se desarrolla una actitud que puede denominarse filosófica o religiosa, que caracteriza suficientemente bien las líneas directrices del desarrollo ulterior de individuo. El individuo no es simplemente un conglomerado fijo e inmutable de hechos psicológicos; también es una entidad extremadamente variable. Con la exclusiva reducción a causas se refuerzan las inclinaciones primitivas de la personalidad, algo sólo útil cuando esas tendencias primitivas son compensadas reconociendo su valor simbólico. Análisis y reducción conducen a la verdad causal; esto no sólo no nos facilita la vida, sino que sólo trae consigo resignación y desesperanza. Por otro lado, reconocer el valor intrínseco de un símbolo conduce a una verdad constructiva que nos ayuda a vivir, inspira esperanza y amplía las posibilidades del desarrollo futuro.

680 La significación funcional del símbolo se desprende, claro está, de la historia de la civilización. Durante milenios el símbolo ha probado ser sumamente eficaz para la educación moral de la huma-

nidad. Sólo un espíritu cargado de prejuicios podría negar algo tan obvio. Los valores concretos no pueden ocupar el lugar de un símbolo; sólo símbolos nuevos y más efectivos pueden sustituir a los anticuados y obsoletos, que han perdido su eficacia debido al progreso del análisis intelectual y la comprensión. El desarrollo posterior del individuo sólo puede realizarse con la ayuda de símbolos que le sobrepasen ampliamente y cuyo sentido no resulte aún totalmente asequible al entendimiento. Lo inconsciente personal produce tales símbolos, de la máxima importancia para el desarrollo moral de la personalidad.

681 El hombre ha tenido invariablemente visiones filosóficas y religiosas sobre el sentido del mundo y de su propia vida. Hay quien se enorgullece de no tener ninguna. Pero son excepciones apartadas del camino común de la Humanidad; les falta una importante función que ha probado ser imprescindible para la psique humana.

682 En tales casos encontramos en lo inconsciente, en vez del simbolismo moderno, una cosmovisión y una concepción de la vida anticuadas y arcaicas. Cuando una función psicológica necesaria no está representada en la esfera de la consciencia está en lo inconsciente en forma de prototipo arcaico o embrionario.

683 Este breve *résumé* podrá indicar al lector aquello que *no* debe esperar de la presente colección de artículos. Los distintos ensayos no son sino estaciones en el camino hacia los puntos de vista más generales desarrollados en este prólogo.

Küsnacht-Zúrich, enero de 1916 — Dr. Jung

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

684 De acuerdo con mi cualificada colaboradora, doctora C. E. Long, he llevado a cabo ciertas modificaciones en esta segunda edición. Hay que mencionar especialmente que se ha añadido un nuevo capítulo sobre el concepto de inconsciente*. Es una conferencia que pronuncié a principios de 1916 en la Asociación de Psicología Analítica de Zúrich. Ofrece una orientación general sobre el problema primordial del análisis práctico, la relación del yo con el no-yo psicológico. El capítulo 14 de la primera edición, «New Paths in Psychology»**, se ha modificado radicalmente. Mi editor suizo, el primero que

* «La estructura de lo inconsciente» (OC 7,4).

** Primera versión: «Nuevos rumbos de la psicología» (1912), (OC 7,3) ampliado con el título *Lo inconsciente en la vida psíquica normal y patológica* (1916) y, por último, como «Sobre la psicología de lo inconsciente» (1943) (OC 7,1).



publicó este pequeño trabajo, me ha pedido una segunda edición. Aprovecho la ocasión para incorporar un texto que contempla los resultados recientes de nuestras investigaciones*.

685 Siguiendo mi habitual método de trabajo hago una exposición lo más general posible. En mi práctica diaria me limito durante algún tiempo a observar. De las observaciones de cada caso abstraigo una formulación general, de la que me sirvo en el trabajo práctico hasta que la confirmo, modifico o abandono completamente. Si se confirma la publico en forma de consideraciones de carácter general, sin añadir el material empírico. Utilizo a lo sumo el material de observación a modo de ejemplo o ilustración. Pido por ello al lector que no considere como meras invenciones los puntos de vista presentados. Son, en realidad, el resultado de una amplia experiencia y una reflexión madura.

686 Con estos añadidos se le ofrece al lector de esta segunda edición la posibilidad de familiarizarse con los puntos de vista más recientes de la escuela de Zúrich.

687 Respecto a las críticas a la primera edición de este libro, pude constatar, para satisfacción mía, que mis trabajos han encontrado mucha más apertura mental entre los críticos ingleses que en Alemania, en donde hasta ahora se me castiga con un despectivo silencio. Estoy especialmente agradecido a la doctora Agnes Savill** por su crítica sumamente inteligente en la *Medical Press*. También agradezco al doctor T. W. Mitchell su exhaustiva recensión en los *Proceedings of the Society of Psychical Research****. Este crítico se escandaliza por mi herejía respecto a la causalidad. Cree que emprendo un rumbo peligroso, por acientífico, cuando cuestiono la validez exclusiva de la concepción causal en psicología. Entiendo esta inquietud, pero, en mi opinión, la naturaleza del alma humana nos impone el punto de vista finalista. Hablando psicológicamente, vivimos y trabajamos cotidianamente de acuerdo con metas o propósitos tanto como en función de la causalidad. Una teoría psicológica también debe contar con ello: no puede explicar de modo exclusivamente causal algo que está claramente orientado a fines; en otro caso se acaba llegando al famoso postulado de Moleschott: «El hombre es lo que *come*». Debemos mantener constantemente a la vista que *la causalidad es un punto de vista*. Postula una relación necesaria y fija de una serie de acontecimientos: a-b-c-d-z. Puesto que tal relación

* «El contenido de las psicosis» (OC 3,2). Adición: «Sobre la comprensión psicológica de procesos patológicos») (OC 3,3).

** *Psychoanalysis*, 1916.

*** Recensión de *Collected Papers on Analytical Psychology*, 1916.

es fija, de acuerdo con ese punto de vista la serie puede invertirse en esta otra consideración: *la finalidad es también un punto de vista*, justificado de modo puramente empírico porque hay series de acontecimientos cuya asociación causal es de hecho evidente, *pero cuyo sentido sólo es inteligible por el efecto final*. Nuestra vida diaria es el mejor ejemplo. La explicación causal tiene que ser mecanicista si no quiere postularse una entidad metafísica como *prima causa*. Por ejemplo, según la teoría sexual de Freud, es primordial la función de las glándulas genitales y, por lo tanto, la psicología y el cerebro serían un apéndice de las glándulas genitales. Si reflexionamos con rigor científico sobre el concepto de sexualidad de la escuela de Viena, con toda su vaga omnipotencia reducida a su base fisiológica, se llega a la *prima causa*, resultando que la vida psíquica es en su mayor, y más importante parte, tensión y distensión de las glándulas genitales. Si asumimos por un momento esta explicación mecanicista como «verdadera», esta verdad se relaciona con cosas extraordinariamente aburridas y absolutamente verdaderas, como la constatación de que sin una *alimentación* correcta las glándulas genitales tampoco pueden funcionar: inferiríamos entonces que la sexualidad es una función subsidiaria de la nutrición. Esto constituye incluso un importante capítulo de la biología de las formas inferiores de vida.

688 Pero si de verdad queremos trabajar psicológicamente, debemos conocer el *sentido* de los fenómenos psíquicos. De una locomotora podemos conocer la calidad del acero que compone sus piezas y de qué fábricas y minas proceden; con ello, sin embargo, no sabemos nada realmente sobre su *función*, esto es, el sentido de la locomotora. La ciencia moderna concibe la función no exclusivamente de modo puramente causal, sino ante todo finalista o «teleológico». Por eso es completamente imposible considerar la psique *sólo causalmente* y estamos obligados a considerarla también *finalísticamente*. Como ha señalado el doctor Mitchell, es imposible pensar a la vez la determinación causal y la referencia final por su obvia contradicción. Pero no es necesario que nuestra teoría del conocimiento permanezca en un nivel prekantiano. Como es sabido, Kant mostró muy claramente que las perspectivas mecanicista y teleológica no son principios *constitutivos* (objetivos), por así decir cualidades del objeto, sino meramente principios *regulativos* (subjetivos) de nuestro pensamiento, y como tales no son contradictorios, pues yo puedo pensar sin dificultad simultáneamente la tesis y la antítesis siguiente: *tesis:* todas las cosas tienen su origen en leyes mecánicas; *antítesis:* algunas cosas no tienen sólo su origen en leyes mecánicas. Kant responde al respecto: la razón, sin embargo, no puede probar ni un postulado ni el otro, porque las leyes naturales, puramente

empíricas, no permiten un principio determinante *a priori* de la posibilidad de las cosas.

689 Efectivamente, también la física moderna ha tenido que desistir del puro mecanicismo y adoptar el concepto finalista de la conservación de la energía, puesto que la explicación mecanicista sólo reconoce procesos reversibles, mientras que los procesos naturales reales son incuestionablemente irreversibles. Este hecho llevó a conceptualizar la energía como una tendencia a la estabilización de la tensión, es decir, precisamente un estado final determinado.

690 Por supuesto, considero ambos modos de ver la realidad, tanto el causal como el finalista, necesarios, y quisiera destacar al respecto que desde Kant sabemos que ambos puntos de vista no se contradicen si se los contempla como principios regulativos del pensamiento y no como principios constitutivos del proceso natural mismo.

691 Hablando de las reseñas que ha recibido este libro, debo también mencionar alguna crítica parcial. También esta vez, como en ocasiones anteriores, me ha llamado la atención que ciertos críticos no puedan distinguir entre la explicación teórica que da el autor y las ocurrencias fantásticas del paciente. Uno de mis críticos comete este error en su recensión de «Una contribución al conocimiento de los sueños con números». Los materiales de la Biblia que se citan no son, como puede verlo en seguida cualquier lector atento, explicaciones arbitrarias mías sino conglomerados criptomnésicos que no proceden de mi cabeza sino de la del paciente. Reprocharme una mística de los números, como hace ese crítico, muestra lo poco que ha reflexionado al respecto. Porque realmente puede verse sin dificultad que esos conglomerados de números responden precisamente a aquella función psicológica inconsciente de donde también han salido las místicas de los números pitagórica, cabalística, etc., existentes desde antiguo. A partir de esta constatación se entiende asimismo por qué el mismo crítico está convencido de que, si el análisis se hubiera desarrollado en Inglaterra, habría sacado a la luz cosas menos malas que en la vecindad (!) de las potencias centrales, moralmente depravadas: «It seems to have been the misfortune of these investigators to work among sedentary people of a low moral type and a degraded culture and it may be questioned if the same results would have been secured had the inquiries been conducted far away from the cesspool of Europe known as the Central Empires» [Parece haber sido la desgracia de esos investigadores trabajar entre gentes sedentarias de un tipo moral inferior y de una cultura degradada, y puede dudarse de que hubieran obtenido los mismos resultados de haber llevado a cabo las investigaciones lejos de esas fosas sépticas de Europa conocidas como potencias centra-

les]. Tengo el honor de comunicarle a Mr. Tartufo que la mitad de los clientes de mi consulta son suizos probos y honorables y la otra mitad representantes de la cultura puritana de Nueva Inglaterra.

692 Agradezco a mis críticos serios y, como indica este último caso, también aprecio a los graciosos en lo que valen. Para finalizar, quiero expresar aquí mi agradecimiento a Mrs. Harold F. McCormick por su generosa ayuda para la producción de este libro.

Enero de 1917 Dr. Jung

14

EL SIGNIFICADO DEL PADRE PARA EL DESTINO DEL INDIVIDUO*

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Al final de este breve texto, escrito hace diecisiete años, podían leerse estas palabras: «La experiencia de los próximos años abrirá galerías más profundas en este territorio, actualmente todavía oscuro y sólo fugazmente iluminado, y revelará muchas cosas del taller secreto de ese demon que guía el destino». La experiencia de los años que siguieron, efectivamente, modificó y profundizó muchas cosas; algunas de ellas se presentan ahora bajo otra luz, al observar que las raíces del alma y del destino llegan más allá de la «novela familiar», y que no sólo los hijos, sino también los padres, son únicamente ramas de un gran árbol.

Cuando en mi libro *Transformaciones y símbolos de la libido*[1] trabajé sobre el complejo materno, se me aclararon sus causas más profundas; por qué no sólo el padre sino también la madre es tan importante para el destino del niño: y no porque ambos tengan tales o cuales méritos o fallos humanos, sino porque —digamos que al azar— son las personas que por primera vez proporcionan al alma infantil aquellas leyes oscuras y poderosas que constriñen y forman no sólo familias, sino pueblos y a la Humanidad como un todo; no son leyes inventadas por el ingenio humano, sino leyes naturales y fuerzas naturales entre las que el ser humano camina como por el filo de una navaja.

* Publicado con el mismo título inicialmente en el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* I (1909), pp. 155-173. Editado por la editorial Franz Deuticke como «Separata del *JFPPF*, vol. 1, segunda edición, sin modificación y con un prólogo», Leipzig - Wien, 1909, 1914, 1917 y 1927. Nueva edición en 1949, la tercera y sin modificaciones, con el título original; en 1962, la cuarta edición, sin modificaciones, en Rascher Verlag, Zürich. La presente versión se basa en esta última.

1. Nueva edición: *Símbolos de la transformación*. [OC 5.]

Publico este escrito sin modificaciones. No hay en él nada incorrecto, tan sólo cosas demasiado sencillas, demasiado ingenuas: los versos de Horacio que puse entonces al final remiten al trasfondo profundo, entonces todavía oscuro:

> Scit Genius natale comes qui temperat astrum,
> Naturae deus humanae, mortales in unum,
> Quodque caput, vultu mutabilis, albus et ater[2].

Küsnacht-Zúrich, diciembre de 1926 C. G. Jung

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

En esta ocasión no quiero que este escrito aparezca en su forma anterior, tal como fue redactado y publicado inicialmente hace casi cuarenta años. Desde entonces, ciertamente, son tantas las cosas que han cambiado y adoptado una nueva faz, que me siento obligado a llevar a cabo diversas correcciones y añadidos al texto original. El descubrimiento de lo inconsciente colectivo planteó nuevos problemas a la teoría de los complejos. Si antes la personalidad aparecía, por así decir, como irrepetible y con sus raíces en el vacío, se añadió ahora a las causas de los complejos individualmente adquiridos una condición previa humana universal, a saber, la estructura biológica heredada e innata propia de cada ser humano como base instintiva. De esta esfera parten, como ocurre en todo el reino animal, fuerzas determinantes que inhiben o fortalecen las constelaciones más o menos fortuitas de la vida individual. Por término medio, toda situación humana de esa estructura heredada está, digámoslo así, prevista y ensayada, pues, claro está, ha sucedido incontables veces en la serie de los antepasados, al tiempo que le es innata una tendencia más o menos manifiesta a buscar o producir de nuevo instintivamente ese tipo de situaciones. Un contenido reprimido podría desaparecer en el vacío si no fuera recogido y mantenido por la base instintiva preestablecida. Pues aquí se encuentran las fuerzas que oponen obstinada resistencia a la razón y a la voluntad, haciendo así posible la conflictividad del complejo. He intentado completar el texto antiguo contando con estas innovaciones para ponerlo de algún modo al nivel de nuestras tesis actuales.

Octubre de 1948 C. G. Jung

2. Horacio, *Epístolas*, II, 2, 187-189. [«Lo sabe el genio, acompañante que atempera nuestro astro natal, / dios de la naturaleza humana, que muere en cada uno, / que puede cambiar de rostro y ser luminoso o sombrío»; trad. de H. Silvestre.]



> Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*

693 Freud ha señalado que la relación afectiva del niño con los padres, y especialmente con el *padre*, tiene un significado decisivo para el contenido de la posterior neurosis. La relación con los padres, de hecho, es el cauce infantil *par excellence* al que refluye la libido de la vida ulterior cuando topa con dificultades; se activan así nuevamente los contenidos anímicos de la infancia olvidados desde hacía mucho. Pues siempre en la vida humana, cuando retrocedemos ante un obstáculo demasiado grande, una seria decepción que nos amenaza o el riesgo de una decisión demasiado importante, la energía acumulada para la solución de la tarea refluye y llena de nuevo los viejos cauces de los ríos, los sistemas del pasado que quedaron obsoletos. Aquel a quien, por ejemplo, la dicha amorosa se le frustra de un modo desalentador retrocede al sustituto de la amistad entusiasta o a la religiosidad inauténtica; y si el desengañado es un neurótico, entonces, yendo aun más atrás, recurre a las relaciones que nunca abandonó del todo, a las que también la persona normal está atada por más de una cadena: la relación con el padre y la madre.

694 Todo análisis suficientemente profundo muestra esta regresión más o menos claramente. Una peculiaridad que destaca en los trabajos de Freud es el particular significado de la relación con el padre. Con esto, no obstante, no se pretende decir que el padre tenga necesariamente una influencia mayor que la madre en la conforma-

* El destino conduce a quien tiene voluntad, y a quien no, le arrastra.

ción del destino de su hijo. Su influencia es de naturaleza específica y típicamente distinta de la de la madre[3].

695 Volvemos a encontrar el significado conformante del padre en un ámbito completamente distinto, la investigación de la familia[4]. Las estudios más recientes muestran la influencia en la familia, a menudo dominante durante siglos, del carácter paterno. Las madres no parecen desempeñar ese papel. Si esto es verdad en el ámbito de la *transmisión hereditaria* también puede serlo en el de las influencias psicológicas que parten del padre. El problema ha sido impulsado y profundizado con los estudios de mi discípula la Dra. E. Fürst sobre las concordancias familiares en el tipo de reacción[5]. Fürst ha realizado experimentos de asociación con 100 personas pertenecientes a 24 familias. Del extenso material se han elaborado y publicado hasta ahora los resultados de 9 familias, con 37 personas (todos ellos sin formación). Pero los cálculos permiten ya algunas conclusiones dignas de atención. Las asociaciones se clasificaron según el esquema de distribución de Kraepelin-Aschaffenburg, simplificado y modificado por mí, calculando después la diferencia de cada grupo cualitativo de una persona de la prueba con el correspondiente de cada una de las demás. De ahí resultaron finalmente valores diferenciales medios en el tipo de reacción en general con el resultado siguiente:

Los hombres no emparentados difieren entre sí	5.9
Los mujeres no emparentadas difieren entre sí	6.0
Los hombres emparentados difieren entre sí	4.1
Las mujeres emparentadas difieren entre sí	3.8

696 Los parientes, y especialmente las mujeres emparentadas, presentan similitud en los valores medios del tipo de reacción. Este hecho indica que la actitud psicológica de los parientes difiere relativamente poco. En el estudio de las distintas relaciones de parentesco se obtuvo lo siguiente:

3. Esta última cuestión la he tratado dos veces: respecto al hijo en mi libro *Transformaciones y símbolos de la libido* [nueva edición: *Símbolos de transformación* (OC 5)] y respecto a la hija en mi ensayo «Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre», en *Eranos-Jahrbuch* VI (1938), pp. 403 ss. [OC 9/1,4.]

4. Sommer, *Familienforschung und Vererbungslehre* [Investigación de la familia y doctrina de la herencia]; Jörger, *Die Familie Zero* [La familia Zero]; Ziermer, *Genealogische Studien über die Vererbung geistiger Eigenschaften* [Estudios genealógicos sobre la transmisión hereditaria de cualidades intelectuales].

5. *Statistische Untersuchungen über Wortassoziationen und über familiäre Übereinstimmung im Reaktionstypus bei Ungebildeten* [Investigaciones estadísticas sobre asociaciones de palabras y sobre armonía familiar en el tipo de reacción de personas sin formación]. También Jung, *Association d'idées familiales*. [OC 2,11.]

697 La diferencia media del esposo y la esposa asciende a 4.7. Pero el valor de dispersión de este valor medio es 3.7, una cantidad elevada, lo cual quiere decir que el valor medio 4.7 está compuesto de cifras desiguales: hay matrimonios con gran coincidencia del tipo de reacción y otros con escasa.

698 Pero, en conjunto, *padres e hijos*, por un lado, y *madres e hijas*, por otro, están más próximos entre sí.

La diferencia de padres e hijos asciende a	3.1
La diferencia de madres e hijas asciende a	3.0

699 Si exceptuamos algunos casos de esposos (cuya diferencia puede descender hasta 1.4), son también éstos los valores diferenciales menores. El trabajo de Fürst registra incluso un caso en que la madre, de cuarenta y cinco años, y la hija, de dieciséis, sólo difieren en 0.5. Pero precisamente en este caso madre e hija difieren en 11.8 del tipo del padre. El padre es un bebedor tosco y estúpido; la madre es asidua a la *Christian Science*. A esta circunstancia corresponde el hecho de que madre e hija muestren un tipo de predicado valorativo[6] extremo, que, según mi experiencia, es importante semióticamente para diagnosticar una relación conflictiva con el objeto. El tipo de predicado valorativo manifiesta una intensidad emocional desmedida, delatando un empeño no confesado, y no obstante transparente, de despertar en el experimentador el sentimiento correspondiente de oposición. No es difícil conciliar con este criterio el hecho de que en el material de Fürst el número de predicados valorativos aumenta con la edad de las personas de la prueba.

700 Es sugerente la similitud entre el tipo de reacción de los hijos y el de los padres. En efecto, el experimento de asociación no es más que un pequeño recorte en la vida psicológica de una persona, y la vida diaria es en el fondo un experimento de asociación prolongado y con múltiples variaciones, pues en principio se reacciona aquí y allá precisamente como es uno. Por evidente que sea esta verdad, precisa sin embargo de un cierto examen y de limitación. Tomemos como ejemplo el caso arriba citado de la madre de cuarenta y cinco años y la hija de dieciséis. El tipo extremo de predicado valorativo de la madre es sin duda el sedimento de una vida entera llena de

6. Con este término entiendo las reacciones que, una vez aparecida la palabra estímulo, le añaden un predicado subjetivamente acentuado en lugar de una relación objetiva, por ejemplo: flor – agradable; rana – repugnante; piano – horrible; sal – mala; cantar – hermoso; cocinar – útil.

esperanzas y deseos frustrados. Aquí a uno no le sorprende lo más mínimo el tipo de predicado valorativo. Pero la hija de dieciséis años todavía no ha vivido nada; todavía no se ha casado, y no obstante reacciona como si fuera la madre y también tuviera múltiples decepciones a sus espaldas. Tiene la *actitud de la madre*. Hasta aquí está identificada con la madre. La actitud de la madre debe explicarse por la relación con el padre. La hija, sin embargo, no está casada con el padre y no necesitaría esa actitud. Ha adoptado esa actitud sencillamente por influencia del medio y más tarde intentará adaptarse al mundo con esa *superficie de fractura familiar*. Así como es contraproducente un matrimonio inadecuado, la actitud resultante será también contraproducente, y, para adaptarse en el curso posterior de su vida esa muchacha tendrá que pasar por encima de los obstáculos de su medio familiar; o bien no los superará y *será víctima del destino que estaba preparado para tal actitud*.

701 Para un destino así hay, naturalmente, muchas posibilidades. El alisado de la superficie de fractura familiar, el rellenado del negativo del carácter de los padres pueden producirse inadvertidamente en el interior de la persona, en forma de inhibiciones y conflictos incomprensibles para ella misma. O bien el adolescente entra en desacuerdo con el mundo de las cosas, en el cual no cuadra en parte alguna, o un golpe del destino tras otro le abrirán los ojos progresivamente sobre su carácter infantil e inadaptado. La fuente del trastorno adaptativo infantil es naturalmente la relación afectiva con los padres. Es una especie de contagio psíquico del que sabemos que desde luego no está causado por verdades lógicas sino por afectos y sus manifestaciones corporales[7]. En la época más dúctil, del primer al quinto años, deberían haberse puesto de relieve todas las características esenciales que se ajustan con exactitud a la matriz de los padres, ya que, tal y como muestra la experiencia, por regla general los primeros indicios del conflicto posterior entre constelación de los padres y autonomía individual se presentan antes de los cinco años.

702 En lo que sigue, y apoyándome en algunas anamnesis, quisiera mostrar cómo la referida constelación de los padres impide la adaptación de los hijos.

703 *Caso I*. Mujer de cincuenta y cinco años bien conservada; vestida pobremente, pero con esmero, de negro y con cierta elegancia, cuidadosamente peinada; maneras corteses, algo afectadas, también un lenguaje escogido, devota. La paciente podría ser la mujer de un

7. Cf. Vigouroux et Juquelier, *La Contagion mentale*, cap. VI.

pequeño funcionario o comerciante. Pero declara ser la mujer separada de un campesino vulgar, con lo que enrojece y baja la vista. Viene a la policlínica a causa de depresión, miedo nocturno, palpitaciones y movimientos involuntarios de carácter nervioso en los brazos; se trata por lo tanto de una neurosis climatérica leve. Para completar el cuadro la paciente agrega que tiene sueños intensamente angustiosos. Dice soñar que alguien la persigue, que la atacan animales salvajes, etcétera.

704 Su anamnesis comienza con la historia familiar (utilizo en lo posible las palabras de la paciente): su padre fue un hombre alto, apuesto, algo corpulento, de aspecto imponente. Estaba casado felizmente con la madre que *le adoraba*. Era un hombre sensato, un maestro artesano, y de digna presencia. Tenían dos hijos, la paciente y una hermana. La hermana era la preferida de la madre y la paciente la del padre. Cuando la paciente tenía cinco años murió el padre repentinamente con cuarenta y dos años de un ataque apoplético. La paciente se sintió abandonada y a partir de entonces se siente tratada como una cenicienta por su madre y la hermana, pues estaba claro que la madre quería más a la hermana mayor. La madre permaneció viuda porque su adoración por el padre era demasiado grande como para casarse con un segundo hombre. Rodeó la memoria del padre «como de un culto religioso», educando también a las hijas en ese sentido.

705 La hermana se casó relativamente pronto y la paciente con veinticuatro años. Nunca se encontró a gusto con los jóvenes; todos ellos le resultaban demasiado aburridos. Por el contrario, sus inclinaciones se dirigieron siempre hacia los hombres maduros. Aproximadamente con veinte años conoció a un señor apuesto, de algo más de cuarenta, a quien cobró mucho afecto. Pero por distintos motivos la relación se malogró. Con veinticuatro años conoció a un viudo con dos hijos. El hombre era alto, apuesto, algo corpulento y también con una figura imponente, como el padre; además tenía cuarenta y cuatro años. Se casó con este hombre, entregándosele siempre con gran admiración. El matrimonio no tuvo hijos, y los del primer matrimonio de él murieron de una enfermedad contagiosa. Después de cuatro años de matrimonio murió el marido de un *ataque apoplético*. Durante dieciocho años fue la fiel viuda de su marido. Pero con cuarenta y seis años (justo a las puertas de la menopausia) surgió una gran necesidad de amor. Como no tenía conocidos se dirigió a una agencia matrimonial, casándose con el primero que encontró, un campesino de sesenta años divorciado dos veces por orden judicial debido a su brutalidad y su desequilibrio, algo que la paciente sabía antes de la boda. Con este hombre aguantó cinco

insoportables años, hasta que al final acabó separándose. Algún tiempo después de la separación aparece la neurosis.

706 Para el lector con experiencia psicoanalítica sobra cualquier discusión ulterior. El caso es demasiado transparente. Destaco únicamente que la paciente sólo vivió realmente hasta sus cuarenta y seis años una copia lo más fiel posible del medio de su más temprana infancia. La exacerbación climatérica de la sexualidad le lleva a una edición todavía peor del sustituto paterno, quedando privada del florecimiento tardío de su sexualidad. La neurosis muestra el erotismo, llameante bajo la represión, de la mujer que envejece y que quisiera seguir gustando (afectación).

707 *Caso II.* Hombre de treinta y cuatro años, de pequeña estatura y expresión facial perspicaz y bondadosa. Ligeramente apocado, enrojece a menudo. El paciente viene a tratarse a causa de «nerviosidad». Dice que está muy irritable, se cansa fácilmente, tiene trastornos gástricos, con frecuencia está de mal humor y ha pensado muchas veces en el suicidio.

708 Antes de venir a la consulta, el hombre me envió un extenso escrito, una autobiografía, o más bien su propia historia clínica, al objeto de prepararme para su visita. Su relato comenzaba así: «Mi padre era un hombre muy alto y fuerte». Esa frase despertó mi curiosidad; volví la página y allí estaba: «Cuando tenía quince años, un mozo alto de diecinueve me llevó al bosque y me faltó al respeto moralmente».

709 Las muchas lagunas de la historia clínica me indujeron a realizar una anamnesis completa del hombre, con los siguientes resultados: el paciente es el pequeño de tres hermanos. El padre, un hombre alto y pelirrojo, fue en tiempos soldado de la Guardia Suiza del Papa y luego se hizo policía. Era un militar riguroso y arisco que educó a los hijos en una disciplina militar; él daba las órdenes, y no les llamaba por su nombre sino mediante silbidos. Pasó su juventud en Roma, y de las tormentas de aquella época daba testimonio una sífilis cuyas consecuencias todavía sufría en edad avanzada. De sus aventuras de entonces contaba muchas cosas. Su hijo mayor (con una considerable diferencia de edad con el paciente) era completamente igual: alto, fuerte y pelirrojo. La madre era una mujer enfermiza y prematuramente envejecida, agotada y cansada de la vida, que murió con cuarenta años, cuando el paciente tenía ocho. El paciente guarda un recuerdo tierno y hermoso de su madre.

710 En la escuela, el paciente fue siempre la cabeza de turco y continuo objeto de burla por parte de sus compañeros. Cree que por su dialecto distinto. Fue después aprendiz de un maestro severo y maligno, al que soportó durante más de dos años en las condiciones más penosas; no le imitó ninguno de los demás aprendices, que se escaparon antes. Con quince años ocurrió el atentado mencionado arriba, a lo que se asocian todavía algunas extravagancias homosexuales menores. El destino le llevó después a Francia. Trabó conocimiento con un francés meridional, fanfarrón y mujeriego. Éste le arrastró a un burdel, yendo el paciente contra su voluntad y sólo por no quedar mal ante el otro, para resultar al final impotente. Viajó más tarde a París, donde el mayor de sus hermanos (la viva imagen del padre) era pintor y llevaba una vida licenciosa. El paciente se quedó allí bastante tiempo con un bajo salario y ayudando compasivamente a su cuñada. El hermano le arrastraba a menudo al burdel, donde el paciente siempre resultaba impotente.

711 Un día el hermano le exigió su parte de la herencia, 6 000 francos. Previamente el paciente lo consultó con su segundo hermano, que también estaba en París. Éste le desaconsejó encarecidamente que diera el dinero al hermano, que sólo lo malgastaría. A pesar de ello el paciente entregó a su hermano la herencia, que naturalmente éste despilfarró en poco tiempo. El segundo hermano, quien lo había desaconsejado, también cayó en la misma trampa con 500 francos. A mi sorprendida pregunta incidental de por qué le había dado al hermano con tanta ligereza el dinero, sin garantías, contestó que sencillamente porque se lo había pedido; no le pesa en lo más mínimo el dinero, y volvería a darle 6 000 francos si los tuviera. El mayor se echó totalmente a perder, separándose su mujer de él.

712 El paciente regresó de nuevo a Suiza, sin ingresos regulares durante un año, pasando hambre a menudo. En esta época conoció a una familia que empezó a frecuentar. El marido era un sectario extravagante y un hipócrita que descuidaba a la familia. La mujer, entrada en años, enferma y débil, estaba además encinta. Tenían seis niños, entre los que reinaba una gran pobreza. El paciente cobró por esta mujer una cálida inclinación, compartiendo con ella lo poco que tenía. La mujer le confiaba sus penas, comentándole que moriría de sobreparto. Él, que no tenía absolutamente nada, le prometió entonces que se haría cargo de los hijos y los educaría. La mujer murió efectivamente de sobreparto. Pero la Inspección de orfelinatos intervino en el asunto y dejó al paciente únicamente un hijo. Ahora tenía un hijo, pero no una familia, y naturalmente no podía educarle solo. Pensó en casarse. Pero como hasta entonces nunca se había enamorado de una muchacha, se encontraba en un serio aprieto.

713 Recordó entonces que el mayor de sus hermanos se había separado de su mujer, y decidió casarse con ella. Escribió a París a la

mujer manifestándole sus intenciones. Ella, que era diecisiete años mayor que él y no se oponía a ello, le invitó a ir a París para tratar el asunto. Pero la tarde anterior al viaje quiso el destino que se atravesara el pie con un clavo de hierro y no pudiera viajar. Al cabo de cierto tiempo, sin embargo, curada la herida fue a París, donde comprendió que había imaginado a su cuñada y actual novia más joven y más bella de lo que en realidad era. Se celebró la boda y tres meses después también el primer coito por iniciativa de la mujer. Él, por su parte, no experimentaba ningún deseo. Educaron juntos al niño, él *à la* suiza y ella *à la* parisina, pues era francesa. Cuando el niño tenía nueve años murió bajo las ruedas de un ciclista. El paciente se sintió entonces muy solo y extraño en la casa. Propuso a su mujer contratar a una sirvienta joven, a lo que ella reaccionó con un estallido de celos furiosos. Entonces, por primera vez en su vida, se enamoró de una muchacha, apareciendo simultáneamente la neurosis, con profunda depresión y agotamiento nervioso, pues entre tanto su vida se había convertido en un infierno.

714 Rechazó rotundamente mi propuesta de separarse de su mujer, con el argumento de que él no podría cargar con la responsabilidad de que la esposa anciana fuera desgraciada por su causa. Así que claramente prefiere seguir atormentándose, dado que el recuerdo de la juventud parece serle más importante que todas las alegrías del presente.

715 También este paciente se ha movido a lo largo de toda su vida hasta ahora en el círculo mágico de la constelación familiar. Con funesta intensidad domina la relación con el padre, cuya tonalidad masoquista-homosexual salta manifiestamente a la vista. Incluso el sumamente desdichado matrimonio está determinado por el padre al casarse el paciente con la mujer del hermano mayor, es decir, tanto como con su madre. Al mismo tiempo la mujer representa un sustituto de la madre: la amiga muerta de posparto. La neurosis aparece en el momento en que la libido se retira de forma evidente de la relación infantilmente constelada y por primera vez en la vida se acerca a un objeto individualmente determinado. En este caso, como en el siguiente, la constelación familiar resulta ser tan fuerte que a los esfuerzos de la individualidad tan sólo le queda el reducido espacio de la neurosis.

716 *Caso III.* Mujer de un campesino, de treinta y seis años, de inteligencia media, aspecto sano y complexión robusta, madre de tres hijos sanos, situación económica ordenada. La paciente viene al tratamiento policlínico por los motivos que siguen. Desde hace algunas semanas se siente extrañamente pesada e inquieta, duerme

mal, tiene sueños angustiosos y a lo largo del día también le sobrevienen a menudo angustia y depresión. No ve motivo para todos estos fenómenos, está extrañada y debe dar la razón al marido, que siempre dice que eso son imaginaciones y disparates. Pero, sencillamente, sólo piensa en ello. A menudo le asaltan también pensamientos extraños de que debe morir y que irá al infierno. Con el marido se lleva muy bien.

717 La elucidación del caso dio por resultado, en primer lugar, lo siguiente: unas semanas antes cayeron en sus manos unos tratados piadosos que ya llevaban un tiempo en casa sin que nadie los leyera. Leyó allí que quien blasfema se va al infierno. Esto le llegó al alma, y desde entonces ha de pensar siempre en cómo impedir que la gente blasfeme, pues si no también irá al infierno. Unos catorce días antes de leer esos escritos su padre, que vivía con la familia de ella, murió repentinamente de una apoplejía. Ella no estaba presente en el momento de su muerte y llegó cuando el padre ya había muerto. Grandes fueron su sobresalto y su tristeza.

718 El día siguiente estuvo pensando mucho en el porqué de tan súbita muerte. En el transcurso de esas meditaciones le vino de pronto a la memoria que las últimas palabras que oyó al padre antes de morir fueron: «Yo también soy de los que se le han caído al diablo del carro». Esto la llenó de inquietud, recordando que el padre profería a menudo terribles blasfemias. También se preguntaba, suponiendo que haya una vida después de la muerte, dónde estaría el padre, si en el cielo o en el infierno. En esas cavilaciones le llegaron a las manos los tratados piadosos, que empezó a leer hasta llegar al pasaje donde se dice que quienes blasfeman van al infierno. Le entraron entonces gran desasosiego y miedo, llenándose de autorreproches porque debería haber impedido que el padre blasfemara; era imperdonable no haberlo hecho. Así que debía morir y condenarse al infierno. A partir de ese momento se mostraba triste, pensativa, importunando al marido con sus ideas obsesivas y evitando cualquier alegría y toda vida social.

719 Lo que sigue es la relación de la vida de la paciente. Es la menor de cinco hermanos y siempre fue la *favorita del padre.* El padre hacía todo lo posible por su amor hacia ella. Por ejemplo, si deseaba algo nuevo de la ciudad y la madre le negaba ese capricho, podía estar segura de que el padre se lo traería de la ciudad en la siguiente ocasión. La madre murió bastante pronto. La paciente se casó a sus veinticuatro años con el hombre elegido *contra la voluntad del padre.* El padre sencillamente no estaba de acuerdo con la elección, aunque no tenía nada en particular contra aquel hombre. Después de la boda trajo al padre a su casa. A juicio de la paciente esto se

sobrentendía porque los otros hermanos no dijeron que quisieran al padre. El padre, por cierto, era un pendenciero blasfemo y un bebedor de aguardiente. Esposo y suegro, se comprende fácilmente, no se entendieron en absoluto. Siempre estaban discutiendo por cualquier motivo, pero por lo demás la hija traía fielmente al padre el aguardiente de la taberna. La paciente considera, desde luego, que su marido es «como debe ser». Hombre honrado y paciente, cuyo único fallo es obedecer demasiado poco al padre. La paciente encuentra esto incomprensible y vería con buenos ojos que el marido se sometiera al padre. El padre sigue siendo el padre. En las escenas domésticas toma partido por el padre. Aunque no tiene nada que objetar al marido, que casi siempre tiene razón en sus reclamaciones, *hay que ayudar al padre a pesar de todo.*

720 La paciente empezó a tener frecuentemente la impresión de que fue injusta con el padre al casarse contra su voluntad, sintiendo a menudo tras las discusiones desaparecer completamente su amor al marido. Muerto el padre ya no puede amar al marido, pues su desobediencia fue la causa más frecuente de los ataques de rabia y de las blasfemias del padre. Una vez que no pudo más con tanta discordia, el marido indujo a la mujer a que buscara al padre otro alojamiento, donde vivió durante dos años. En esa época los esposos vivieron felices y en paz. Pero paulatinamente la paciente empezó a reprocharse que no debía permitir que su padre viviera solo; a pesar de todo era su padre. Y al final volvió a llevarlo a casa, por encima de las protestas del marido, porque, como ella dice, en el fondo ama más al padre que al marido. Apenas llegó el viejo a casa empezó la guerra de nuevo. Y así continuaron las cosas hasta la súbita muerte del padre.

721 Tras este relato la paciente prorrumpió en una serie de lamentos: tendría que separarse del marido. Lo habría hecho hace ya mucho si no estuvieran los hijos. Había cometido una gran injusticia, un grave pecado casándose con su marido contra la voluntad del padre. Debería haber aceptado *al* hombre que propuso el padre. Éste seguramente hubiera obedecido al padre y todo habría ido bien. ¡Ah!, sigue afirmando, el marido no ha sido ni con mucho tan bueno como el padre, a quien podía imponerle todo, lo que no ocurre con el marido. El padre le proporcionó todo lo que ella deseaba. *Lo que más querría ahora es morirse para estar con el padre.*

722 Pasadas estas exclamaciones me informé por curiosidad acerca de los motivos por los que rechazó al novio propuesto por el padre.

723 El padre, un pequeño compesino con una reducida y poco productiva heredad, tomó por criado en la época en que vino al mundo

su hijita a un expósito, un muchachito pobre. El muchacho se desarrolló de forma poco agraciada; era tan estúpido que no aprendió a leer ni a escribir, ni siquiera a hablar correctamente. Era un completo imbécil. Próxima la edad viril le salieron en el cuello una serie de abscesos, algunos de los cuales se abrían despidiendo un fluido purulento, lo que daba una apariencia espantosa a quien ya de por sí era sucio y feo. Con la edad no creció su entendimiento, quedando como criado sin un salario determinado en la granja del campesino.

724 *Éste es el mozo que quería el padre para su hija favorita.*

725 Felizmente, la hija no estaba de acuerdo; pero ahora lo lamenta, pues este idiota sin duda alguna habría obedecido al padre más que su honrado marido.

726 En este estado de cosas ha de hacerse hincapié otra vez y de forma expresa en que esta paciente es tan poco estúpida como el caso precedente. Ambos disponen de una inteligencia normal, pero provista de las anteojeras de la constelación infantil. Esto se desprende de esta historia clínica con una evidencia muy especial. ¡El padre pasa sin discusión por encima de todo! No importa lo más mínimo que sea un borracho pendenciero, la fuente notoria de todas las riñas y discordias; al contrario, el marido honrado debe someterse al espantajo; y al final la paciente incluso se lamenta de que el padre no haya logrado aniquilar total y completamente la felicidad de su vida. De eso se cuida ahora ella misma mediante la neurosis, que le impone el deseo de morir para ir al infierno, donde —adviértase— también está el padre.

727 Si alguna vez queremos ver el poder demónico del destino en acción aquí está, en estas tragedias sombrías y silenciosas que se consuman lenta y atrozmente en las almas enfermas de nuestros neuróticos. Unos se liberan paso a paso, en una lucha constante contra los poderes invisibles, de las garras del demon, forzando a los incautos de un destino brutal al siguiente; otros se rebelan y llegan a liberarse, pero después, atrapados por el lazo de la neurosis, se ven llevados nuevamente a sus viejas sendas. Nadie está autorizado a argüir que estos infelices son, precisamente, neuróticos o «degenerados». Cuando nosotros, los normales, examinamos a fondo nuestra vida, también vemos cómo una mano poderosa nos conduce infaliblemente a nuestro destino, y no siempre es posible denominar bondadosa a esa mano[8]. A menudo la llamamos mano de Dios o del

8. «Entretanto creemos ser dueños de nuestros actos en todo momento. Sólo que si miramos hacia atrás, al camino recorrido en nuestra vida, y especialmente si tenemos en cuenta nuestros pasos desdichados junto con sus consecuencias, a menudo no comprendemos cómo hemos podido hacer u omitir esto o lo de más allá, de tal modo que parece como si un poder ajeno hubiera dirigido nuestros pasos. Por eso dice Shakespeare:

diablo, y con inconsciente precisión expresamos así un factor que psicológicamente es de extrema importancia; nos referimos a que la constricción que conforma la vida de nuestra alma tiene el carácter de una personalidad autónoma, o que es sentida como algo de esa naturaleza, de modo que desde siempre la fuente de tales destinos se presenta como un demon, como un espíritu bueno o malo.

728 Esta personificación de la constricción tiene primeramente su origen en el padre, y de ahí la opinión de Freud de que todas las figuras «divinas» de esa clase tienen sus raíces originariamente en la imagen paterna. Que procedan de esa *imago*, desde luego, no puede cuestionarse. Pero qué sea eso de la *imago* del padre es otro asunto, pues la *imago* de los padres posee una energía absolutamente extraordinaria e influye en la vida anímica del niño en tan gran medida que uno puede incluso preguntarse si es posible atribuir a un hombre común tal fuerza mágica. Desde luego es evidente que la posee, pero se impone la pregunta de si también es propiamente suya. Porque el hombre está «en posesión» de muchas cosas que nunca ha adquirido, que ha heredado de sus antepasados. Después de todo no nace como *tabula rasa*, sino sólo inconsciente. Trae consigo sistemas listos para funcionar organizados de un modo específicamente humano, resultado de los millones de años de desarrollo humano. Igual que el ave nunca aprende o adquiere individualmente el instinto migratorio y el de construir nidos, también el hombre trae consigo al nacer el plano básico de su ser, no sólo su naturaleza individual sino también la colectiva. Los sistemas heredados corresponden a las situaciones humanas que predominan desde tiempos inmemoriales: hay juventud y senectud, nacimiento y muerte, hijos e hijas, apareamientos, etc. Sólo su consciencia individual vive por primera vez este tipo de cosas, pero no así el sistema corporal y lo inconsciente. Para estos sólo significa la activación de instintos familiares de antiguo, preformados ya desde hace muchísimo tiempo —«Ah, tu fuiste en tiempos muy antiguos mi hermana o mi mujer...»*— poniendo Goethe en palabras el presentimiento de muchos.

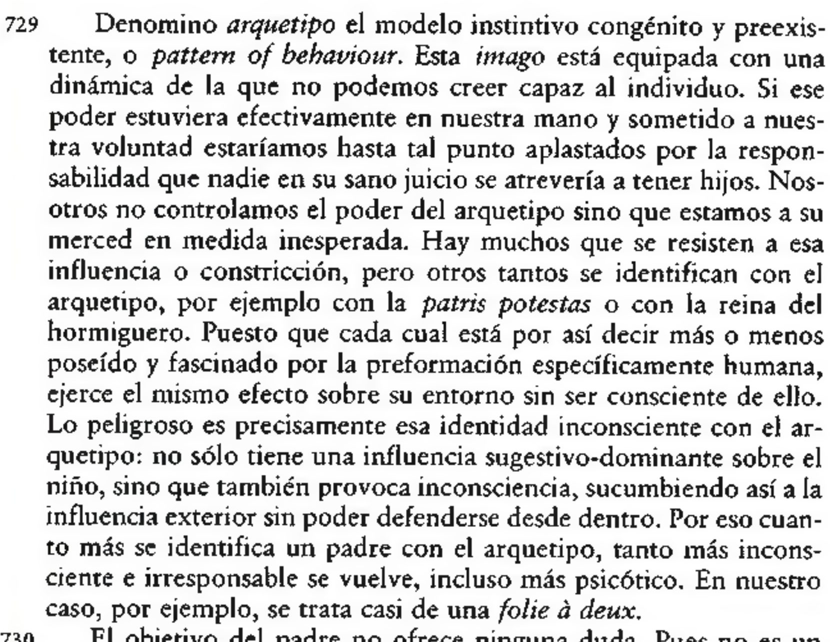
Fate, show thy force: ourselves we do not owe;
What is decreed must be, and be this so!
Twelfth-night, Act I, sc. 5

[Oh destino, muestra tu poder: nosotros no nos pertenecemos; / lo determinado debe ocurrir, ¡y que así sea!]»

Schopenhauer, *Transcendente Spekulation über die anscheinende Absichtlichkeit im Schicksale des Einzelnen*, p. 30.

* La frase pertenece al poema *Warum gabst du uns die tiefen Blicke*, de 1776, dedicado a Frau von Stein [GW].





729 Denomino *arquetipo* el modelo instintivo congénito y preexistente, o *pattern of behaviour*. Esta *imago* está equipada con una dinámica de la que no podemos creer capaz al individuo. Si ese poder estuviera efectivamente en nuestra mano y sometido a nuestra voluntad estaríamos hasta tal punto aplastados por la responsabilidad que nadie en su sano juicio se atrevería a tener hijos. Nosotros no controlamos el poder del arquetipo sino que estamos a su merced en medida inesperada. Hay muchos que se resisten a esa influencia o constricción, pero otros tantos se identifican con el arquetipo, por ejemplo con la *patris potestas* o con la reina del hormiguero. Puesto que cada cual está por así decir más o menos poseído y fascinado por la preformación específicamente humana, ejerce el mismo efecto sobre su entorno sin ser consciente de ello. Lo peligroso es precisamente esa identidad inconsciente con el arquetipo: no sólo tiene una influencia sugestivo-dominante sobre el niño, sino que también provoca inconsciencia, sucumbiendo así a la influencia exterior sin poder defenderse desde dentro. Por eso cuanto más se identifica un padre con el arquetipo, tanto más inconsciente e irresponsable se vuelve, incluso más psicótico. En nuestro caso, por ejemplo, se trata casi de una *folie à deux*.

730 El objetivo del padre no ofrece ninguna duda. Pues no es un secreto por qué quería casar a la hija con aquella espantosa apariencia de criatura: quería conservarla para sí y que fuera permanentemente su esclava. No es sino una crasa exageración de lo que hacen miles de padres de los llamados decentes y educados, que además participan de la palabrería pedagógica al uso. Los padres que yugulan con sus críticas todos los arranques emocionales independientes de hijos e hijas, que con erotismo y tiranía afectiva mal disimulados miman a sus hijas, manteniendo bajo su tutela a los hijos e introduciéndolos a la fuerza en determinados oficios para casarlos al final «convenientemente»; o esas madres que ya en la cuna excitan a sus hijos con insana ternura, para después hacer de ellos muñecos serviles, y que, finalmente, escudriñan celosamente el erotismo de la descendencia... Todos ellos actúan en principio no muy diferentemente que ese estúpido y tosco campesino. No saben lo que hacen, y no saben que, puesto que están sometidos a esa constricción, la transmiten a los hijos, esclavizándolos a los padres y a lo inconsciente. Tales hijos portarán durante bastante tiempo la maldición transmitida de los padres, aun cuando éstos hayan muerto hace mucho. «No saben lo que hacen». La inconsciencia es el *peccatum originale*.

731 *Caso IV*. A un muchacho de ocho años, de aspecto algo delicado, le trae la madre a mi consulta debido a una enuresis. Durante

toda la consulta el niño está pegado a la madre, una mujer bonita y juvenil. El matrimonio de los padres es feliz, pero el padre es severo y el niño (el hijo mayor) le tiene algo de miedo. La madre compensa la severidad del padre con la adecuada ternura, a la que el niño contesta no alejándose jamás de sus faldas. Nunca juega con sus compañeros de clase, nunca sale a la calle solo, excepto exclusivamente para ir a la escuela. Teme la grosería y la violencia de los escolares, y prefiere los juegos de ingenio en casa o ayudar a la madre en las labores domésticas femeninas. Extraordinariamente celoso del padre, no puede soportar que sea cariñoso con la madre.

732 A solas con el niño le pregunté por sus sueños: muy a menudo sueña con una *serpiente negra* que quiere picarle en la cara. Entonces da un grito, y la madre tiene que venir a su cama desde la habitación contigua.

733 Por la noche va tranquilo a la cama. Pero cuando se está durmiendo le parece que un *hombre negro* malo *con un sable o un fusil está tumbado en su cama* —un hombre alto y flaco que quiere matarle—. En la habitación contigua duermen los padres. A menudo sueña que allí pasa algo terrible, como si hubiera grandes *serpientes negras u hombres malos que quieren matar a mamá*. Entonces grita y viene la madre a consolarle. Cada vez que moja la cama llama a la madre para que le cambie de ropa.

734 El padre es un hombre alto y flaco. Todas las mañanas se desnuda a la vista de su hijo para lavarse completamente en el lavabo. El niño me cuenta también que por la noche se despierta a menudo sobresaltado por unos ruidos extraños que vienen de la habitación contigua; pasa siempre un miedo terrible, como si allí ocurriera algo espantoso, una lucha —aunque la madre le tranquiliza diciéndole que no es nada.

735 No hay dificultad en ver qué ocurre en la habitación contigua. También es fácilmente comprensible qué pretende el niño cuando llama a la madre a su habitación: está celoso y la separa del padre. Desde luego también lo hace durante el día tan pronto como el padre se muestra cariñoso. Hasta aquí el pequeño no es otra cosa que el amante de la madre rivalizando con el padre.

736 Pero a esto se añade ahora que la serpiente y el hombre malo también le amenazan a él, igual que a la madre en la habitación contigua. En esto es, por lo tanto, idéntico a la madre y entra así en una relación con el padre similar a la de la madre. Éste es su componente homosexual, que le hace sentirse femenino ante el padre. Orinarse en la cama significa en este caso un sustituto de la sexualidad. La opresión de la vejiga es en el sueño, y en la vigilia, frecuente expresión de alguna opresión: por ejemplo de miedo, expectativa,

excitación contenida, incapacidad de manifestarse, necesidad de expresar un contenido inconsciente, etc. El sustituto sexual de nuestro caso tiene el valor de una virilidad prematura que compensa la inferioridad del niño.

737 Aunque no tengo en absoluto intención de ocuparme en este contexto de la psicología de los sueños, debo mencionar los motivos de la serpiente negra y del hombre malo. Ambos horrores amenazan tanto al soñante como a su madre. «Negro» es lo «oscuro», lo inconsciente. El sueño muestra que la relación madre-hijo está amenazada por la inconsciencia. Lo amenazador está representado por el motivo mitológico del «animal paterno», esto es, dicho prácticamente: el padre como amenaza. Esta constatación corresponde a la tendencia del niño a permanecer inconsciente e infantil, algo decididamente peligroso. El padre significa para el hijo la anticipación de la propia virilidad, con la que entra en conflicto por su voluntad de permanecer infantil. El ataque de la serpiente a la «cara», vale decir la «vista», representa a mi juicio el peligro en que está lo consciente (¡ceguera!).

738 Este pequeño ejemplo muestra lo que sucede en el alma de un niño de ocho años que ya ha entrado en una relación dependendiente con los padres, también en parte por culpa del padre demasiado severo y la madre demasiado tierna. La identidad con la madre, por un lado, y el miedo al padre, por otro, se dan ciertamente en el caso individual de esta neurosis infantil, pero al mismo tiempo representa también la *situación humana originaria*; nos referimos a que la consciencia permanece adherida a lo inconsciente y al impulso compensatorio que pretende arrancar a lo consciente de ese cerco de oscuridad. Porque el hombre adivina y siente esa situación originaria tras su vida intenta también siempre proporcionar una expresión de validez general a esa experiencia mediante el tipo universal del combate del héroe divino contra la madre-dragón, cuyo objetivo es la liberación del ser humano del poder de la oscuridad. Este mito tiene un significado «salvador», es decir, terapéutico, pues da expresión adecuada al dinamismo subyacente a la confusión individual. El mito no es una consecuencia causalmente explicable de un complejo paterno personal, sino un intento, provocado por lo inconsciente mismo y por lo tanto inteligible teleológicamente, de salvar a la consciencia de la amenazadora regresión. Las representaciones «salvadoras» no son racionalizaciones posteriores de un complejo paterno, sino mecanismos arquetípicamente preformados del desarrollo de la consciencia.

739 Lo que vemos en el proceso de la historia universal acontece también en el caso individual. Como un destino superior, el poder de los padres guía al niño. Pero cuando éste va creciendo empiezan

a luchar la actitud infantil y los progresos para hacerse consciente; la influencia de los padres, que data de tiempos prehistóricos (infantiles), es reprimida y pasa a lo inconsciente, con lo que, sin embargo, no es eliminada, sino que guía con hilos invisibles las creaciones aparentemente individuales del espíritu en maduración. Como todo lo que ha pasado a lo inconsciente, también la situación infantil originaria envía sentimientos a la consciencia, aún oscuros y cargados de presentimientos, sentimientos que son una guía secreta y una influencia del más allá. Normalmente no se refieren al padre, sino a una deidad positiva o negativa. Esta transformación se consuma en parte bajo el influjo de la educación, en parte espontáneamente. Su presencia es universal. Se impone asimismo contra la crítica consciente con la fuerza del instinto, por lo que el *anima** merece concebirse como *naturaliter religiosa*. La causa y la posibilidad de tal desarrollo estriban en que el niño posee un sistema heredado que anticipa la existencia de padres y su posible acción. En otras palabras: tras el padre está el arquetipo del padre, y en este tipo preexistente se encuentra el secreto de la autoridad paterna, como el poder que fuerza al ave a migrar no es producido por ella, sino que procede de la serie de sus antepasados.

740 No habrá escapado al lector que el papel que desempeña en nuestro caso la imagen paterna es ambiguo. La amenaza que representa tiene un doble aspecto. Por una parte, puede provocar que el joven, por miedo al padre, se vea expulsado de la identidad con la madre, pero, por otra, se da la posibilidad de que, precisamente a causa de ese miedo, se pegue aun más a la madre, produciéndose una situación típicamente neurótica: se quiere y no se quiere, se dice sí y no a la vez.

741 Este doble aspecto de la *imago* paterna es en general característico del arquetipo: es capaz de un efecto contrapuesto y se comporta frente a la consciencia más o menos como Yavé frente a Job, es decir, ambivalentemente, y, como en el *Libro de Job*, queda reservado al hombre extraer las consecuencias. De todos modos, no puede decirse con seguridad que el arquetipo se comporte siempre así, pues hay determinadas experiencias que demuestran lo contrario. Aunque no parece que constituyan precisamente la regla.

742 Un hermoso ejemplo, de todos conocido, del proceder ambivalente de la imagen paterna es el episodio amoroso del *Libro de Tobías*: Sara, la hija de Ragüel de Ecbatana, deseaba casarse; pero su

* En este caso no se refiere al arquetipo homónimo, sino al alma de la religión cristiana, y más concretamente a la conocida sentencia de Tertuliano: «anima naturaliter christiana», que modifica sustituyendo el calificativo por «religiosa» [LM].

destino aciago quiere que elija siete veces seguidas un marido que muere en la noche de bodas. El espíritu maligno Asmodeo, que la persigue, mata a los maridos. Ella pide a Yavé que le deje morir antes de seguir soportando esa ignominia. En efecto, por ello la injuriaban las criadas de su padre. Dios le envía al octavo prometido, Tobías. También es conducido a la cámara nupcial. Pero el viejo Ragüel, que había simulado ir a la cama, sale de casa y cava previsoramente la tumba del yerno, y por la mañana envía una criada a la alcoba de los esposos para constatar la esperada muerte. Pero esta vez acabó el papel de Asmodeo, pues Tobías vivía[9].

743 La leyenda representa al padre Ragüel en los dos papeles: como preocupado padre de la novia, por un lado, y como previsor enterrador del yerno, por el otro. Humanamente el padre parece ser irreprochable, y es muy probable que también lo sea. Pero existe el maligno espíritu Asmodeo, y su presencia exige una explicación. Si del viejo Ragüel sospechamos personalmente un doble juego, con esta maliciosa insinuación sólo tocamos sus sentimientos; sin embargo, no se le puede probar el asesinato. Este crimen alevoso va más allá del complejo de hija del viejo y del complejo paterno de Sara, por lo que la leyenda lo atribuye acertadamente a un demon. Asmodeo desempeña el papel de un padre celoso que no quiere entregar a su querida hija y que sólo cede cuando cae en la cuenta de los aspectos positivos que tiene para él el asunto; entonces entrega por fin a Sara a un prometido conveniente. Significativamente es éste el *octavo*, esto es, el *escalón último y superior*[10]. Asmodeo representa el aspecto negativo del complejo paterno, pues éste es el genio y demon del hombre personal, el *«genius... comes... naturae deus humanae... vultu mutabilis, albus et ater»* [el genio acompañante, el dios de la naturaleza humana... de rostro cambiante, luminoso y sombrío]. El mito ofrece una explicación psicológicamente correcta: no atribuye a Ragüel una maldad sobrehumana y distingue entre el demon y el hombre, igual que la psicología debe distinguir lo que es y puede el individuo humano y lo que ha de imputarse al sistema instintivo innato que el individuo no ha creado, sino encontrado. Al Ragüel individual se le haría la máxima injusticia si se pretendiera hacerle responsable del poder, creador de destinos, de este sistema, precisamente del arquetipo.

744 Las posibilidades del arquetipo, en lo bueno y en lo malo, sobrepasan muchísimo el radio de acción humano, y un hombre sólo

9. *Libro de Tobías*, 3, 7 ss. y 8, 1 ss.

10. Cf. al respecto el llamado *Axioma de María* sobre el problema del 3 y el 4, del 7 y el 8, en *Psicología y alquimia*. [OC 12, § 201 ss. y 209.]

puede alcanzar tal envergadura identificándose con el demon, o bien dejándose atrapar por él, aunque así el hombre se pierde. Esa fuerza del complejo paterno, determinante del destino, procede del arquetipo, y es ésta la auténtica razón por la que el *consensus gentium* pone una figura divina o demoníaca en el lugar del padre, puesto que el padre individual encarna inevitablemente al arquetipo, que confiere a su imagen una fuerza fascinante. El arquetipo actúa como un resonador, que amplifica hasta lo desmesurado los efectos procedentes del padre en la medida en que éstos coinciden con el tipo hereditario.

15

INTRODUCCIÓN AL LIBRO DE W. M. KRANEFELDT *DIE PSYCHOANALYSE**

745 Probablemente sea aún totalmente imposible bosquejar hoy un cuadro general y, por lo tanto, auténtico, de aquello que comúnmente circula con el muy calumniado nombre de «psicoanálisis». El profano entiende usualmente por «psicoanálisis», una descomposición médica del alma con objeto de descubrir causas y conexiones ocultas, pero esto sólo afecta a una pequeña parte del fenómeno en cuestión. Ni siquiera considerarlo en sentido más amplio —de acuerdo con la concepción de Freud— como instrumento fundamentalmente médico para curar las neurosis agota la esencia del objeto. El psicoanálisis, sobre todo en el estricto sentido freudiano, no es sólo un método terapéutico, sino también una teoría psicológica que no se limita en absoluto a las neurosis y a la psicopatología general, sino que trata también de incorporar a su dominio el fenómeno normal de los sueños y, más allá, el extenso ámbito de las ciencias del espíritu: la literatura, las artes plásticas en general, la biografía, la mitología, el folklore, la ciencia comparada de las religiones y la filosofía.

746 Caso infrecuente en la historia de la ciencia —aunque eso forme parte del peculiar carácter de la corriente intelectual «psicoanalítica»—, Freud, el creador del psicoanálisis en sentido estricto, insiste en identificar el método con su teoría sexual, imprimiéndole un carácter dogmático. Esta declaración de infalibilidad «científica» provocó en su día mi ruptura con Freud, pues dogma y ciencia son para mí magnitudes inconmensurables que se dañan recíprocamente al fusionarse. El dogma religioso es de valor inestimable preci-

* Publicado en la Colección Göschen (n.º 1034): *Die Psychoanalyse. Psychoanalytische Psychologie*, del doctor W. M. Kranefeldt, Walter de Gruyter and Co., Berlin - Leipzig, 1930. Tercera edición con el título *Therapeutische Psychologie: Ihr Weg durch die Psychoanalyse*.

samente por su punto de vista absoluto. Pero la ciencia, si prescinde de la crítica y del escepticismo, degenera en una planta de invernadero enfermiza. La ciencia requiere la máxima inseguridad como uno de sus elementos vitales. Allí donde muestra inclinación al dogma, y con él a la intolerancia y al fanatismo, se clausura una duda probablemente muy justificada, eliminándose con argumentaciones una inseguridad demasiado fundada.

747 Destaco esta circunstancia, en sí lamentable, no tanto para sacudir críticamente la teoría freudiana sino para señalar al lector imparcial que el psicoanálisis de Freud no es sólo esfuerzo y resultado científicos, sino también un significativo síntoma psíquico que, según muestran los hechos, ha probado ser más fuerte que el arte analítico del maestro. El libro de Maylan *Freuds tragischer Komplex*, demuestra que no sería difícil derivar la inclinación dogmatizante de Freud de sus presupuestos personales —que ha trasladado a sus discípulos más o menos felizmente—. Pero no me resulta agradable volver contra su creador sus propias armas. Después de todo, nadie está totalmente libre de las propias limitaciones. Cada cual está más o menos preso de ellas —especialmente si cultiva la psicología.

748 No me interesan esas deficiencias técnicas y considero perjudicial destacarlas demasiado intensamente porque desvían la mirada de lo único significativo: que también el espíritu más independiente está condicionado y depende al máximo precisamente allí donde parece ser más libre. A mi modesto entender, el espíritu creativo en el hombre no es en absoluto su personalidad, sino el signo o «síntoma» de una corriente espiritual de la época. Su persona sólo es importante en la medida en que expresa una convicción que se le impone a partir de motivos colectivos e inconscientes que le impiden ser libre, obligándole a sacrificios, errores y pasos en falso que criticaría sin miramientos en cualquier otro. Freud se apoya en una singular corriente espiritual que puede rastrearse hasta la Reforma y que en nuestra época se está liberando poco a poco de múltiples disfraces y encubrimientos, preparándose para convertirse en la psicología que Nietzsche profetizó con mirada visionaria —el descubrimiento del alma como un hecho nuevo—. En algún momento saldrá a la clara luz del día a través de qué sinuosas sendas la moderna, y hasta supermoderna, psicología encontró su camino desde los oscuros laboratorios alquímicos, con las estaciones intermedias del mesmerismo y el magnetismo (Justinus Kerner, Ennemoser, Eschenmayer, Baader, Passavant* y otros) hasta llegar a las anticipaciones

* Justinus Kerner (1786-1862), cf. OC 1, XX, n.; Joseph Ennemoser (1787-1854); Karl August von Eschenmayer (1768-1852); Franz von Baader (1765-1841); Johann Karl

filosóficas de Schopenhauer, Carus o Hartmann, y cómo, del oscuro suelo materno de la cotidiana experiencia práctica de un Liébeault y del todavía más viejo Quimby (el padre espiritual de la *Christian Science*), siguiendo las enseñanzas de la escuela francesa de hipnotizadores llega hasta Freud. Fuentes oscuras de todo tipo confluyen en esta corriente espiritual, que, ganando rápidamente amplitud durante el siglo XIX, ha tenido muchos adeptos, en cuyas filas Freud no es un caso aislado.

749 Lo que hoy se denomina generalmente con el término de moda «psicoanálisis» no es en realidad *una* cosa, sino muchos matices diferentes de algo que constituye el gran problema psicológico de nuestro tiempo. Que un amplio público sea o no consciente de esto en nada modifica su existencia. El alma es el problema de nuestro tiempo. Lo psicológico ha adquirido un poder de atracción verdaderamente asombroso. Eso explica la sorprendente difusión mundial del llamado psicoanálisis, sólo comparable al éxito de la *Christian Science*, la teosofía o la antroposofía; y no sólo por el éxito, sino también por su esencia, ya que el dogmatismo de Freud está en el fondo muy próximo al carácter de convicción religiosa de la *Christian Science* y de la antroposofía. Por otra parte, las cuatro son corrientes declaradamente psicológicas. Si consideramos además el casi increíble auge de cualquier forma de ocultismo en todo lugar civilizado de Occidente, obtenemos un cuadro aproximado de esta corriente, un poco tabú en todas partes, pero no obstante poderosa. También la medicina moderna muestra significativas inclinaciones hacia el espíritu de Paracelso y cada vez es más consciente de la importancia del alma en la enfermedad somática. Incluso el tradicionalismo de la legislación penal comienza a ceder a las exigencias psicológicas con la Ley de aplazamiento de la condena y con la progresiva incorporación de expertos en psicología.

750 Hasta aquí el aspecto positivo de la tendencia psicológica. Pero a este superávit le corresponde un déficit característico. Desprenderse de la segura consciencia metafísica propia de la época gótica, lo que en realidad comienza con la Reforma, es algo que ha ido ganando importancia y extensión con cada siglo. A finales del siglo XVIII el mundo vivió incluso por primera vez el destronamiento público de la verdad cristiana, y a comienzos del XX el gobierno de uno

Passavant (1790-1857). Estos autores, la mayoría médicos, desarrollan su actividad en el marco del Romanticismo alemán. Reciben, en medida desigual, la influencia de la *Naturphilosophie* de Schelling e incluso, en algún caso (Baader), ejercen a su vez influencia intelectual sobre el filósofo. También su dedicación al magnetismo es diferente: más teórica y con pretensiones de elucidación científica en Eschenmayer, Ennemoser y Passavant, más filosófico-mística en Baader y más aplicada (terapéutica) en Kerner [LM].

de los mayores imperios de la Tierra se esfuerza en extirpar de raíz el credo cristiano como una enfermedad psíquica. Entre tanto, casi todos los intelectuales de la Humanidad blanca se han formado fuera de la autoridad del dogma católico y el protestantismo ha conseguido escindirse en más de 400 denominaciones basándose en las más insignificantes sutilezas. Éstas claras manifestaciones deficitarias explican el correspondiente aflujo de gente hacia cualquier movimiento que se cree capaz de proporcionar una verdad beneficiosa.

751 Como grandes sistemas de salvación, las religiones son una curación para los padecimientos del alma. Las neurosis y enfermedades similares se originan sin excepción en complicaciones anímicas. Pero un dogma discutido y cuestionado pierde su eficacia curativa. Alguien que ya no cree que un Dios sufriente se apiade de él y le auxilie, consolándole y proporcionándole sentido, es débil y, víctima de su debilidad, se vuelve neurótico. Los incontables elementos patológicos de la población constituyen uno de los factores más poderosos de la tendencia psicológica de nuestro tiempo.

752 Por su parte, todos aquellos que, después de un tiempo de fe en la autoridad, despiertan con resentimiento encontrando una mortificadora satisfacción en oponerse destructivamente con una llamada verdad nueva a la convicción antigua, pero aún viva, representan otro contingente, no precisamente insignificante. Porque tales personas no pueden tener la boca callada, sino que siempre agrupan prosélitos a su alrededor dada la debilidad de sus convicciones y su miedo al aislamiento, esperando al menos que la cantidad sustituya a la dudosa calidad.

753 Finalmente, también hay personas serias e inquietas, lo bastante sensatas como para estar suficientemente convencidas de que el alma que cada cual lleva consigo es el lugar originario de toda aflicción anímica y, al mismo tiempo, la cuna natal de toda verdad salvadora anunciada alguna vez como buena nueva al hombre sufriente. Del alma, que nos procura los conflictos más disparatados, esperamos también la solución, por lo menos una contestación válida al «¿por qué?» que ciegamente nos aflige.

754 No es preciso ser neurótico para experimentar la necesidad de curación, que tienen también quienes, profundamente convencidos, niegan toda posibilidad a una curación tal. Tampoco ellos pueden dejar de mirar por curiosidad un libro de psicología en un momento de debilidad, acaso únicamente para encontrar la receta para hacer entrar hábilmente en razón a un cónyuge terco. A esta corriente lateral pertenecen los mejores y más sanos elementos, en los cuales descansa toda esperanza en una aún futura era del alma.

755 La influencia diversa de estos motivos en el público, en sí completamente diferente, se refleja en las variantes del «psicoanálisis». La escuela de Adler, quien se desarrolló junto a Freud, destaca sobre todo el lado social del problema anímico, distanciándose cada vez más hasta constituir un sistema de educación que tanto teórica como prácticamente se distingue del psicoanálisis original en todos los elementos esenciales de la orientación freudiana, hasta el punto de que, excepto ciertos principios teóricos, apenas pueden descubrirse ya los iniciales puntos de contacto con la psicología de Freud. La llamada psicología individual de Adler difícilmente puede ser ya, por lo tanto, subordinada al concepto de «psicoanálisis». Es un sistema psicológico de carácter independiente, la confesión de otro temperamento y de una cosmovisión totalmente diferente.

756 Nadie que se interese por el psicoanálisis y que aspire a la vez a tener una visión de conjunto algo satisfactoria del ámbito completo de la psicología médica moderna, debería dejar de estudiar los escritos de Adler. Extraerá de ellos valiosas sugerencias y, más aun, se hará con el inapreciable descubrimiento de que el mismo caso de neurosis puede explicarse con idéntico poder de convicción desde Freud y desde Adler, por más que ambos modos de explicación sean en apariencia diametralmente opuestos. Pero cosas que en la teoría divergen sin esperanza en la paradójica alma del hombre están juntas sin contradecirse —el ser humano tiene tanto impulso de notoriedad como impulso sexual—. En consecuencia, posee ambas psicologías, y cada conmoción anímica presenta sutiles tonalidades tanto de una parte como de otra.

757 Dado que aún no se ha establecido cuántos instintos primarios existen en el hombre y en el animal, una mente creativa podría inventar sin la menor dificultad algunas psicologías aparentemente contradictorias entre sí y que, no obstante, ofrezcan explicaciones altamente satisfactorias. También es cierto que el descubrimiento de esas otras posibilidades no es algo tan sencillo como sentarse y derivar, por ejemplo del instinto artístico, un nuevo sistema psicológico. No han surgido así ni la psicología de Freud ni la de Adler. Antes bien, ambos investigadores, en completa y fatal ausencia de libertad al principio, han confesado su propia psicología y, con ella, su manera de considerar a los demás seres humanos. Tales cosas son resultado del sufrimiento, no están producidas por encantamiento, como un juego de prestidigitación intelectual. Sería deseable que hubiera más personas que profesaran una doctrina para que fuera más completo el cuadro de las posibilidades anímicas.

758 Mis puntos de vista, y los de mi escuela, son también psicológicos y por ello están sometidos a la misma limitación y a la misma

crítica que aplico a los demás psicólogos. Hasta donde puedo juzgar mi propio punto de vista, se distingue de las psicologías arriba tratadas por no ser monista, sino, como mínimo, dualista, pues se basa en el principio de los opuestos, o pluralista, pues reconoce una multiplicidad de complejos anímicos relativamente autónomos.

759 Como puede observarse, he extraído mis enseñanzas atendiendo a que posibles explicaciones contradictorias son no obstante suficientes. Frente a Freud y a Adler, cuyo principio explicativo es esencialmente reductivo, remitiendo continuamente al condicionamiento infantil, yo concedo un peso algo mayor a la explicación constructiva o sintética, reconociendo que el mañana es prácticamente más importante que el ayer, y el «desde dónde» menos importante que el «hacia dónde». Aun apreciando la historia como se merece me parece más significativo vitalmente lo por crear, y estoy convencido de que ninguna comprensión del pasado o ninguna reviviscencia, por fuerte que sea, de recuerdos patógenos, libera tanto a una persona del dominio del pasado como la construcción de lo nuevo. Soy muy consciente de que sin comprender el pasado y sin integrar importantes recuerdos perdidos no puede crearse en absoluto nada nuevo ni se está en condiciones de vivir. Pero considero una pérdida de tiempo y un prejuicio erróneo excavar en el pasado buscando pretendidas causas específicas de enfermedad, pues las neurosis, indiferentemente de los primeros motivos a partir de los cuales pueden haberse originado, siempre están condicionadas y se mantienen mediante una actitud indebida presente que, una vez reconocida, debe corregirse *hoy* y no en la prehistoria infantil. Tampoco es suficiente el mero hecho de hacer conscientes las causas, porque la curación de la neurosis es en último término un problema moral y no un efecto mágico de la evocación de recuerdos.

760 Mi punto de vista se distingue además de los de Freud y Adler en mi valoración esencialmente distinta de lo inconsciente. Freud, que atribuye a lo inconsciente un papel infinitamente más significativo que Adler (cuya escuela, en general, lo relega completamente a un segundo plano), es de temperamento más religioso que Adler, razón por la cual atribuye de manera natural al no-yo psíquico una función autónoma, si bien negativa. En esto voy todavía unos pasos más lejos que Freud. Lo inconsciente es para mí no sólo el *receptaculum* de todos los espíritus no muy limpios y demás legados odiosos de tiempos muy remotos, como por ejemplo aquel poso de la *opinion publique* histórica que constituye el superyó de Freud, sino el estrato germinador por antonomasia, eternamente vivo y creador, que se sirve de viejas imágenes simbólicas para aludir en y con ellas a un nuevo espíritu. Cierto que habitualmente un nuevo espíritu no llega de la esfera de lo inconsciente ya enteramente formado, como Palas armada surgiendo de la cabeza de Zeus, sino que sólo se origina un efecto esencial cuando se relaciona seriamente el producto de lo inconsciente con la consciencia.

761 Por eso también tuve necesariamente que realizar, para interpretar de algún modo los «productos» de lo inconsciente, una lectura completamente distinta de sueños y fantasías, que desde entonces —en la medida adecuada a la naturaleza del caso— no he reducido, como Freud, a lo personal, sino que he relacionado analógicamente con los símbolos de la mitología, de la ciencia comparada de las religiones y demás, para reconocer de ese modo en qué sentido podían tener un efecto. Este método dio de hecho resultados extremadamante interesantes, no en último lugar al permitir una lectura totalmente nueva de los contenidos de los sueños y de las fantasías, gracias a la cual fue posible unir la personalidad consciente con las tendencias arcaicas, en otro caso incompatibles con la consciencia. Siempre me pareció deseable esta unión, puesto que el neurótico (y con él muchos normales) sufre en el fondo de una disociación de lo inconsciente respecto de la consciencia. Ahora bien, puesto que lo inconsciente contiene parcialmente las fuentes de los impulsos y toda la naturaleza prehistórica del hombre hasta el escalón inferior animal, junto con todos los gérmenes creativos del futuro y la fuente de toda fantasía configuradora, separarse de lo inconsciente por efecto de la disociación neurótica no significa otra cosa que separarse de la fuente de vida, en el buen sentido y en el malo. Por ello, la tarea más noble del tratamiento consiste en esforzarse para restablecer esa conexión perdida y el paralelismo necesario, fuente de vida. Freud desvaloriza lo inconsciente y pretende ponerse a salvo tras una consciencia ilustrada. Este camino es equivocado y conduce al agotamiento y la rigidez si existe una consciencia firmemente asentada pero carente de la necesaria vida, pues mantiene apartado al opuesto y aparentemente hostil inconsciente, del que, sin embargo, precisa para su autorrenovación.

762 Pero no siempre ese camino está equivocado, porque no siempre existe una consciencia firmemente asentada. Ésta presupone mayor experiencia de la vida, es decir, mayor madurez. Los jóvenes, que aún no saben con certeza quiénes son realmente, incluso correrían serio peligro si ampliaran la ya existente oscuridad de su conocimiento de sí permitiendo que la noche de la configuración inconsciente afluyera a su consciencia inmadura y lábil. En tales casos también está justificada una cierta desvalorización de lo inconsciente. A partir de estas experiencias he llegado a la convicción de que no sólo hay distintos temperamentos («tipos»), sino también distin-

tas fases de la psicología humana, de modo que puede hablarse con razón de una diferencia esencial entre la psicología de la primera mitad de la vida y la de la segunda. Así pues, también me diferencio en que, a mi juicio, no pueden aplicarse los mismos criterios psicológicos a las distintas fases de la vida.

763 Si a todas estas consideraciones críticas se agrega que distingo entre extravertidos e introvertidos y, en cada grupo, según el criterio de la función básica más diferenciada (de las cuales percibo nítidamente cuatro), resultará claro que mis descubrimientos hasta el momento en el área de la psicología consisten principalmente en quebrar súbitamente el estado de cosas de los otros dos puntos de vista, simples hasta la «monotonía», para hacer consciente la inimaginable complejidad del alma.

764 Se han querido ignorar esas complicaciones, deploradas en voz alta y baja. ¿Pero puede un fisiólogo asegurar que el cuerpo sea sencillo? ¿O que la molécula viva de albúmina sea sencilla? Si la psique del hombre es algo, es esa inmensa complicación y diversidad ilimitada, imposible de abordar con la psicología de los meros impulsos. Sólo puedo permanecer contemplando y admirando con el más profundo respeto las simas y cimas de la naturaleza del alma, cuyo mundo inextenso encierra una inmensa multitud de imágenes que millones de años de evolución de la vida han acumulado y concentrado orgánicamente. Mi consciencia es como un ojo que capta los espacios más distantes, pero el no-yo psíquico llena inextensamente ese espacio. Las imágenes no son pálidas sombras, sino condiciones anímicas intensamente operantes que si negamos sólo podremos malinterpretar pero nunca privar de su poder. A esta impresión sólo podría oponer el espectáculo del estrellado cielo nocturno, porque el equivalente del mundo interno es solamente el mundo externo, y al igual que alcanzo éste mediante el cuerpo, alcanzo aquél mediante el alma.

765 De ahí que no pueda lamentar en mis artículos la complicación de la psicología, ya que la ciencia nunca se ha equivocado más profundamente que cuando cree descubrir lo sencillas que son las cosas.

766 Con estas explicaciones espero haber dado al lector la impresión de que los esfuerzos psicológicos agrupados bajo el concepto profano de «psicoanálisis» llegan histórica, social y filosóficamente mucho más allá de lo que sugiere el término de moda. Debería también ser obvio que el ámbito presentado en este escrito no es fácilmente delimitable y está lejos de ser una cuestión cerrada. Se trata más bien de una ciencia en formación que precisamente ahora se apresta a abandonar su cuna médica para convertirse en una psicología del ser humano.

767 La exposición que sigue no tiene la intención de describir ampliamente la totalidad de la problemática psicológica de hoy y se da por satisfecha si orienta sobre los comienzos y los problemas elementales que afectan en primer lugar al radio de acción del médico. En esta Introducción he añadido, como orientación general, lo que va más allá.

Enero de 1930 C. G. Jung

16

LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE FREUD Y JUNG*

768 De la diferencia entre mis puntos de vista y los de Freud debería escribir más bien alguien ajeno al círculo de influencias de las ideas llamadas «Freud» y «Jung». No creo ser merecedor de la confianza en una objetividad que me permita elevarme imparcialmente por encima incluso de mis propias ideas. ¿Puede hacerlo alguien realmente? Lo dudo. Y si alguien llevara a cabo aparentemente el truco de Münchhausen, estoy dispuesto a apostar que, a la postre, sus ideas no serían suyas.

769 En cualquier caso, las ideas aceptadas por gran número de partidarios ni siquiera le pertenecen al llamado creador, más bien esclavo de su idea. Las ideas que impresionan, aquellas que pueden llamarse verdaderas, llevan consigo algo notable: son atemporales, siempre han estado ahí, proceden de un fondo originario materno y anímico del que va creciendo el efímero espíritu humano como una planta que florece, fructifica y da semillas, se marchita y muere. Las ideas emanan de algo más grande que el individuo. No las hacemos, nos hacen.

770 Las ideas son, por una parte, una fatal confesión que saca a la luz no sólo lo mejor sino también nuestras insuficiencias últimas y nuestras miserias personales. ¡Tanto más las ideas psicológicas! ¿De dónde pueden proceder sino de lo más subjetivo? ¿Puede protegernos la experiencia con el objeto del prejuicio objetivo? ¿No es toda experiencia, incluso en el mejor de los casos, interpretación subjetiva al menos en su mitad? Pero, por otra parte, el sujeto también es

* Publicado por primera vez con el mismo título en *Kölnische Zeitung* (7 de mayo de 1929), p. 4. Recogido como Tratado III en *Los problemas psíquicos del mundo actual*, Rascher, Zürich, 1931. Nuevas ediciones en 1933, 1939 y 1946. Quinta edición, totalmente revisada, en 1950.

un hecho objetivo, un fragmento de mundo, y lo que procede de él procede a la postre del fondo del mundo, igual que el más extraño e improbable de todos los seres vivos es sostenido y alimentado por la tierra común a todos nosotros. Las ideas subjetivas son precisamente las más próximas a la naturaleza y a la esencia, y también puede decirse que las más verdaderas. Pero, ¿«qué es la verdad»?

771 En primer lugar y para nuestro uso psicológico, renunciaría completamente a la idea de que los hombres de hoy estemos realmente en condiciones de averiguar algo «verdadero» o «correcto» sobre la esencia del alma. Lo máximo que podemos conseguir es una *expresión verdadera*. «Expresión verdadera» es una confesión y una representación detallada de lo encontrado subjetivamente. Uno concederá especial importancia a la *configuración* y se creerá el creador de lo encontrado, otro destacará el *modo de ver* y hablará de *lo manifestado*, haciendo consciente su naturaleza receptiva. Probablemente la verdad se encuentre entre ambos: *expresión verdadera es modo de ver configurador.*

772 En ese recibir y en esa acción está comprendido todo aquello de lo que puede preciarse hasta la más ambiciosa pretensión del psicólogo de hoy. Nuestra psicología es la confesión, más o menos felizmente configurada, de algunos individuos, y, en la medida en que sean más o menos típicos, su confesión también podrá ser admitida por otros muchos como descripción suficientemente válida. Como quienes muestran otro tipo también pertenecen al género humano, puede también concluirse que incluso éstos, aunque en menor medida, se verán afectados por esa confesión. Lo que Freud tiene que decir acerca del papel de la sexualidad, del placer infantil y su conflicto con el «principio de realidad», sobre el incesto y cosas parecidas, es en primer término la expresión más verdadera de su psicología personal. Es expresión felizmente configurada de lo encontrado subjetivamente. No soy adversario de Freud, aun cuando su miopía y la de sus discípulos quieran ponerme esa etiqueta. Ningún médico de almas experimentado puede negar que conoce al menos docenas de casos cuya psicología coincide en lo esencial con la de Freud. Por ello Freud, precisamente con su muy subjetiva confesión, ha ayudado al nacimiento de una gran verdad humana. Él mismo es el ejemplo clásico de su psicología, dedicando su vida y su obra al cumplimiento de esa tarea.

773 Uno ve como es. Y puesto que otros tienen otra psicología, también ven de forma distinta y expresan cosas distintas. Esto lo mostró antes que nadie uno de los discípulos tempranos de Freud, Alfred Adler, quien expuso el mismo material empírico desde un punto de vista totalmente distinto, siendo su modo de ver al menos

tan convincente como el de Freud, precisamente porque Adler también representa un tipo frecuente de psicología. Sé que los representantes de ambas escuelas no tienen ningún inconveniente en negarme la razón, pero la Historia y todos los que piensen con equidad me la darán. No puedo evitar reprocharles a ambas escuelas que expliquen al ser humano excesivamente desde el ángulo patológico y sus defectos. Ejemplo convincente de ello es la incapacidad de Freud para entender la *vivencia religiosa**.

774 Frente a ellos, prefiero entender al hombre desde su salud, y liberar al enfermo justamente de la psicología que Freud representa en cada página de su obra. En ningún lugar veo que Freud vaya más allá de su propia psicología, ni cómo puede aliviar al enfermo del padecimiento que él mismo padece. Su psicología es la psicología de un estado neurótico muy característico, de ahí que sea una verdad válida sólo dentro de los límites del correspondiente estado. Dentro de esos límites Freud es veraz y válido, incluso cuando falta a la verdad. Pues también esto forma parte del cuadro completo y por eso su confesión es veraz. Pero no es una psicología sana, fundada como está —y esto es síntoma mórbido— en una cosmovisión inconsciente y no criticada, capaz de estrechar considerablemente el horizonte de la experiencia vivida y de la mirada. Freud se ha equivocado al rechazar la filosofía. Nunca critica sus presupuestos, ni siquiera sus premisas psíquicas personales. A la luz de mis precedentes explicaciones esto puede entenderse fácilmente como necesidad, pues seguramente la crítica de sus propios fundamentos le hubiera privado de la posibilidad de exponer *ingenuamente*[1] su peculiar psicología. En cualquier caso, habría probado las dificultades que yo experimento. Nunca he rehusado el agridulce brebaje de la filosofía crítica, si bien *in refracta dosi*. Demasiado poco, dirán mis adversarios, casi demasiado, dice mi propio sentimiento. Fácilmente, demasiado fácilmente envenena la autocrítica el precioso bien de la ingenuidad, ese don tan imprescindible para cualquier persona creadora. De todos modos, la filosofía crítica me ha ayudado a comprender el carácter de confesión subjetiva de toda psicología, también la mía. Pero debo impedir que mi crítica destruya mi creatividad. Desde luego sé que detrás de cada palabra que pronuncio está mi particular y realmente único sí-mismo con su mundo específico y su historia, y que no puedo dejar de hablar de mí mismo cuando trato del supuesto material empírico. De ese modo sólo sirvo al objetivo del conocimiento humano, al que también Freud quería servir, y al que

* *El porvenir de una ilusión.*

1. Cf. Freud, *La interpretación de los sueños.*

a pesar de todo ha servido. El conocimiento no sólo descansa en la verdad, sino también en el error.

775 La comprensión del carácter subjetivo de cualquier psicología creada por un individuo sería el rasgo característico que me distingue más estrictamente de Freud.

776 Otro rasgo que parece diferenciarme es mi esfuerzo en no tener presupuestos ideológicos inconscientes, es decir, no sometidos a crítica. Digo «esfuerzo», porque, ¿quién está completamente seguro de no tener presupuestos inconscientes? Me esfuerzo por evitar al menos los prejuicios más groseros y por eso estoy dispuesto a reconocer a todos los posibles dioses mientras actúen en el alma humana. No dudo del poderoso desarrollo de los impulsos naturales en el ámbito anímico, sea Eros o la voluntad de poder, como tampoco dudo que esos impulsos chocan con el *espíritu*; ya que siempre chocan contra algo, ¿por qué no llamar «espíritu» a ese algo? Sé tan poco acerca de lo que sea el espíritu en sí como de lo que sean en sí los «impulsos». Lo uno me resulta tan misterioso como lo otro, y tampoco puedo explicar lo uno como un error de lo otro, porque no es un error que la Tierra tenga *una* sola Luna: en la naturaleza no hay errores, sólo los hay en el ámbito de lo que el hombre llama «entendimiento». Impulso y espíritu, en todo caso, están más allá de mi entendimiento, son conceptos para algo desconocido que actúa poderosamente.

777 Por eso mi relación con todas las *religiones* es positiva. En su contenido doctrinal reconozco aquellas imágenes que encuentro en los sueños y las fantasías de mis pacientes. En su *moral* veo los mismos o similares intentos de mis pacientes, por inspiración o intuición propias, para dar con la vía adecuada que permita lidiar con los poderes del alma. El *acto sagrado*, el ritual, las iniciaciones y la ascesis son para mí sumamente interesantes como técnicas, cambiantes y multiformes, en pos de la vía adecuada. Igual de positiva es mi relación con la biología, en general con la empiria científico-natural, que me parece un poderoso intento de entender el alma de fuera adentro, y, por el polo contrario, con la gnosis religiosa, una empresa también gigantesca del espíritu humano para extraer conocimiento a partir de lo más íntimo. En mi imagen del mundo hay un gran afuera y también un gran adentro, y entre ambos polos está el individuo, vuelto bien hacia uno o hacia otro, y, según temperamento y predisposición, considerará como verdad absoluta bien uno, bien otro para, según el caso, negar o sacrificar a uno en favor del otro.

778 Esta imagen es un presupuesto, desde luego, pero no lo abandonaré, porque me es demasiado valioso como hipótesis, corroborada heurística y empíricamente y confirmada además por el *consensus*

gentium. A partir de esta hipótesis, que con toda seguridad procede de mí —aunque crea haberla encontrado empíricamente—, ha surgido mi teoría de los tipos, y también mi reconciliación con puntos de vista tan divergentes como, por ejemplo, el de Freud.

779 Del cuadro de opuestos que observo en el mundo concibo la idea de energía psíquica, que debe proceder de opuestos igual que la energía del hecho físico siempre presupone un desnivel, esto es, la existencia de opuestos como caliente-frío, alto-bajo, etc. Si Freud presentó primero la sexualidad casi exclusivamente como fuerza motriz psíquica, tomando en consideración otros factores sólo después de mi secesión, yo he puesto todos los impulsos o fuerzas anímicos, construidos más o menos *ad hoc*, bajo el concepto de energía, con objeto de excluir las arbitrariedades, casi inevitables en una psicología de meras fuerzas. Por eso no hablo ya de fuerzas o de impulsos aislados, sino de «intensidades de valor»[2]. Con esto no quiero negar la importancia de la sexualidad en el acontecer psíquico, como cree obstinadamente Freud, sino poner coto a la inundación del alma con una terminología sexual; la sexualidad misma debe situarse en su lugar.

780 Después de todo —al sano sentido común nadie le privará de creerlo—, es sólo *uno* de los instintos biológicos, sólo *una* de las funciones psicofisiológicas, si bien importantísima y de grandes consecuencias. Pero, ¿qué ocurriría, por ejemplo, si dejáramos de comer? Indudablemente, la esfera psíquica perteneciente a la sexualidad se encuentra hoy notablemente perturbada, y cuando duele de verdad una muela el alma entera parece puro dolor de muelas. El tipo de sexualidad que describe Freud es la inequívoca obsesión sexual que se encuentra cuando debe sacarse a un paciente, a la fuerza o hábilmente, de una situación o actitud incorrecta, una especie de sexualidad retenida que en cuanto se libera el camino para su despliegue se reduce a sus proporciones normales. Lo que casi siempre retiene la energía vital es quedar estancado en resentimientos familiares, en la tediosa emocionalidad de la llamada «novela familiar», y esa retención inevitablemente se hace visible en la llamada sexualidad infantil. Se trata en tales casos de una sexualidad impropia, de una salida antinatural de tensiones que en realidad pertenecen a otro ámbito vital. Y a la postre, ¿de qué sirve navegar de aquí para allá en terreno inundado? Es, desde luego, mucho más importante —al menos para una mente práctica— abrir canales de desagüe, es decir, encontrar aquellas posibilidades o aquella actitud que procuren a la energía el conveniente desnivel, para evitar el *circulus*

2. Cf. *Energética psíquica y esencia del sueño*. [OC 8,1, 3, 6, 9, 10 y 11.]

vitiosus, que es lo que me parece la psicología de Freud, imposibilitada de sustraerse a la implacable pinza del acontecer biológico. Hay que exclamar desde la desesperación con san Pablo: «Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». Nuestro hombre espiritual, negando con la cabeza, se le acerca y dice con Fausto: «Sólo eres consciente de un impulso» —del vínculo de la carne, que lleva, hacia atrás, al padre y a la madre y, hacia adelante, a los hijos que nacen de nuestra carne, un «incesto» con el pasado y un «incesto» con el futuro, el pecado original de la perpetuación de la «novela familiar»—. Sólo nos salva el espíritu, aquel otro polo del acontecer del mundo; no son los hijos de la carne, sino los «hijos de Dios» quienes viven la libertad. En *Der tote Tag*, de Ernst Barlach*, el demon materno, ante el trágico final de la novela familiar, dice: «Lo único extraño es que el hombre no quiera comprender que su padre es Dios». Esto es lo que Freud nunca quiso comprender y contra lo que se defienden quienes profesan un credo similar sin encontrar la clave. La teología no va al encuentro del que busca, sino que exige fe, un carisma puro y auténtico que nadie puede producir. *Nosotros, los modernos, estamos obligados a volver a vivenciar el espíritu, esto es, a tener la experiencia primigenia.* Es la única posibilidad de romper el círculo mágico del acontecer biológico.

781 Este criterio es el tercer rasgo característico que separa mis concepciones de las de Freud. Se me reprocha misticismo por eso. Pero no me declaro responsable de que el hombre haya desarrollado siempre y en todo lugar la función religiosa de forma natural y que desde tiempos inmemoriales el alma humana esté impregnada y entretejida de sentimientos y representaciones religiosos. Quien no vea este aspecto del alma humana es ciego, y quien quiera despacharlo con explicaciones, o incluso aclararlo, carece de sentido de realidad. ¿O acaso el complejo paterno, que atraviesa ostensiblemente la escuela freudiana de la cabeza a los pies, muestra una liberación digna de mención de la fatalidad de la novela familiar? Este complejo paterno, con su rigidez e hipersensibilidad fanáticas, es una función religiosa mal comprendida, un misticismo que se ha apoderado de lo biológico y lo familiar. Con su concepto de «superyó» Freud intenta

* Ernst Barlach (1780-1938). Conocido especialmente como escultor y grabador, dominios en los que muestra una clara influencia de la escultura gótica religiosa. A su muerte, su obra fue proscrita por los nazis bajo el conocido rótulo de «decadente». En el dominio literario, en el que también se aventuró, se le considera fundamental para la comprensión de la entrada de tendencias expresionistas en el teatro. Precisamente la obra citada por Jung (*Der tote Tag* [El día muerto], 1912) justifica en medida máxima, al decir de los estudiosos, el aserto precedente. En ésta, como en el resto de sus obras, se resalta el afán de búsqueda de lo divino en la existencia, la fascinación por la tierra y el rechazo de la civilización mecanizada y materialista.

tímidamente introducir de contrabando en la teoría psicológica la vieja imagen de Jehová. Este tipo de cosas es mejor decirlas claramente. Por eso prefiero llamar a las cosas como se las ha llamado siempre.

782 No debe invertirse el giro de la rueda de la Historia ni debe negarse el paso de la Humanidad hacia lo espiritual, ya presente en las iniciaciones primitivas. Ciertamente la ciencia no sólo puede, sino que debe separar áreas parciales con hipótesis limitadas; pero el alma es una totalidad superior a la consciencia, madre y precondición de ésta, y por ello también la ciencia es sólo una de sus funciones y nunca podrá agotar la riqueza vital de aquélla. El médico del alma no debe esconderse en el rincón de la patología ni cerrarse convulsivamente a comprender que el alma enferma es también un alma humana pese a su enfermedad y que participa inconscientemente de la totalidad de la vida anímica de la Humanidad. Incluso debe ser capaz de admitir que el yo está enfermo por estar separado de la totalidad, perdido para la Humanidad tanto como para el espíritu. El yo es, en efecto, la «sede de la angustia», como dice certeramente Freud[3], en tanto no regrese nuevamente al padre y a la madre. Freud fracasa en la pregunta de Nicodemo: «¿Se puede volver una segunda vez al seno materno para nacer de nuevo?». La Historia se repite —*si parve componere magnis licet* [si pudiera compararse lo pequeño con lo grande]— en la pelea doméstica de la psicología moderna.

783 Hace incontables milenios que las iniciaciones enseñan el nacimiento a partir del espíritu, y extrañamente el hombre olvida una y otra vez comprender la procreación divina. Esto no demuestra especial fortaleza de espíritu y las consecuencias se manifiestan como atrofia, amargura, estrechez y desolación neuróticas. Es fácil expulsar al espíritu, pero en la sopa falta la sal, la «sal de la tierra». Pero el espíritu demuestra una y otra vez su fuerza transmitiendo de generación en generación la doctrina esencial de las viejas iniciaciones. Siempre ha habido individuos que han comprendido lo que significa que Dios sea su padre. En esta esfera se mantiene el equilibrio entre la carne y el espíritu.

784 La contraposición entre Freud y yo se basa esencialmente en la diversidad de los presupuestos. Los presupuestos son inevitables, y, ya que son inevitables, no debe aparentarse que no se tienen. Por eso he tratado de aclarar sobre todo los aspectos de principio, pues a partir de ellos se entienden más fácilmente las múltiples diferencias, hasta el detalle, que hay entre las concepciones de Freud y las mías.

3. *El yo y el ello.*

BIBLIOGRAFÍA

A. LISTA DE LAS REVISTAS CITADAS, CON SUS ABREVIATURAS

Amer. J. Psychol. = American Journal of Psychology. Baltimore.
Arch. f. Rassen- u. Gesellschaftsbiol. = Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie. Leipzig-Berlin.
Archs. de Psychol. Suisse rom. = Archives de Psychologie de la Suisse romande. Genebra.
Berliner klin. Wschr. = Berliner klinische Wochenschrift. Berlin.
Centralbl. f. Nervenheilk. u. Psychiat. = Centralblatt für Nervenheilkunde und Psychiatrie. Berlin-Leipzig.
Corresp.-Bl. f. Schweizer Ärzte = Correspondenz-Blatt für Schweizer Ärzte. Basilea.
Die Heilkunde. Berlin.
Intern. Z. f. ärztl. Pychoanal. = Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse. Leipzig-Wien.
J. Abnorm. Psychol. = Journal of Abnormal and Social Psychology. Boston.
Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch. = Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen. Wien-Leipzig.
Med. Klin. = Medizinische Klinik. Wien-Berlin.
Med. Pr. = The Medical Press. London.
Mhh. f. Päd. u. Schulpol. = Monatshefte für Pädagogik und Schulpolitik. Wien.
Mschr. f. Psychiat. u. Neur. = Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie. Berlin.
Münch. med. Wschr. = Münchener medicinische Wochenschrift. München.
Neur. Centralbl. = Neurologisches Centralblatt. Leipzig.
Proc. Soc. Psych. Res. = Proceedings of the Society for Psychical Research. London.
Psychiat.-neur. Wschr. = Psychiatrisch-neurologische Wochenschrift. Halle.
Z. f. Religionspsychol. = Zeitschrift für Religionspsychologie. Halle.

Z. f. Völkerpsychol. u. Sprachw. = Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft. Berlin.
Zentralbl. f. Psychoanal. = Zentralblatt für Psychoanalyse. Medizinische Monatsschrift für Seelenkunde. Wiesbaden.

B. BIBLIOGRAFIA GENERAL*

Abraham, K., «Die psychosexuellen Differenzen der Hysterie und der Dementia praecox»: *Centralbl. f. Nervenheilk. u. Psychiat.* XXXI (1908), pp. 521-533 [«Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz», en *Psicoanálisis clínico*, trad. de D. Ricardo Wagner, Hormé, Buenos Aires, 1994].
Adler, A., *Über den nervösen Charakter. Grundzüge einer vergleichenden Individualpsychologie und Psychotherapie*, Wien, 1912 [*El carácter neurótico*, trad. de A. v. Ritter-Zahón y P. F. Vallés, Planeta-de Agostini, Barcelona, 1984].
Adler, A., «Trotz und Gehorsam»: *Mhh. f. Päd. u. Schulpol.* VIII (1910); también en A. Adler y C. Furtmüller (eds.), *Heilen und Bilden*, München, 1914.
Aschaffenburg, G., «Die Beziehungen des sexuellen Lebens zur Entstehung von Nerven- und Geisteskrankheiten»: *Münch. med. Wschr.* LIII (1906), pp. 1793-1798.
Barlach, E., *Der tote Tag*, Berlin, 1912.
Binet, A., *Les altérations de la personnalité*, Paris, 1892.
Binswanger, O. L., *Die Hysterie. (Specielle Pathologie und Therapie)*, Wien, 1904.
Binswanger, O. L., «Freud'sche Mechanismen in der Symptomatologie von Psychosen»: *Psychiat.-neur. Wschr.* VIII (1906), pp. 323, 338 y 416.
Bleuler, E., «Die Psychoanalyse Freuds»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch.* II (1910), pp. 623-730.
Boas, F. *Indianische Sagen von der Nord-pacifischen Küste Amerikas* (Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie usw.), Berlin, 1895.
Breuer, J. y Freud, S., *Studien über Hysterie*, Leipzig-Wien, 1895. [*Estudios sobre la histeria*, trad. de L. López-Ballesteros, en S. Freud, *Obras completas* 2, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972].
Brill, A. A., «Psychological Factors in Dementia Praecox. An Analysis»: *J. Abnorm. Psychol.* III (1908), p. 219.
Clark Lectures, v. *Lectures and Addresses.*
Collected Papers on Analytical Psychology, v. Jung, «The Association Method».
Falke, K. (ed.) *Raschers Jahrbuch für Schweizer Art und Kunst*, Zürich-Leipzig, 1912.

* En las obras más recientes (a partir de 1920) se cita, cuando es posible, también el nombre de la editorial.

Flournoy, Th., *Des Indes à la planète Mars. Etude sur un cas de somnambulisme avec glossolalie*, Paris-Genève, 1900.
Flournoy, Th., «Nouvelles Observations sur un cas de somnambulisme avec glossolalie»: *Archv. de Psychol. Suisse rom.* I (1901), pp. 101-255.
Forel, A. H., *Der Hypnotismus*, Stuttgart, 1889.
Frank, L., *Affektstörungen. Studien über ihre Ätiologie und Therapie* (Monographien aus dem Gesamtgebiete der Neurologie und Psychiatrie IV), Berlin, 1913.
Freud, S., v. Breuer.
Freud, S., «Die Abwehr-Neuropsychosen. Versuch einer psychologischen Theorie der acquirierten Hysterie, vieler Phobien und Zwangsvorstellungen und gewisser halluzinatorischer Psychosen», en *Sammlung kleiner Schriften* [«Las neurosis de defensa», en *Obras completas* 1, cit.].
Freud, S., *Die Traumdeutung*, Leipzig-Wien, 1900 [*La interpretación de los sueños*, en *Obras completas* 2, cit.].
Freud, S., «Bruchstück einer Hysterie-Analyse»: *Wschr. f. Psychiat. u. Neur.* XVIII (1905), pp. 285-308 y 408-466 [«Análisis fragmentario de un caso de histeria», en *Obras completas* 3, cit.].
Freud, S., «Die Freud'sche psychoanalytische Methode», en *Sammlung kleiner Schriften* [«El método psicoanalítico de Freud», en *Obras completas* 3, cit.].
Freud, S., «Über Psychotherapie», en *Sammlung kleiner Schriften* [«Sobre psicoterapia», en *Obras completas* 3, cit.].
Freud, S., *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, Leipzig-Wien, 1905 [*El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras completas* 3, cit.].
Freud, S., *Zur Psychopathologie des Alltagslebens. Über Vergessen, Versprechen, Vergreifen, Aberglaube und Irrtum*, Berlin, 1904 [*Psicopatología de la vida cotidiana*, en *Obras completas* 3, cit.].
Freud, S., «Charakter und Analerotik»: *Psychiat.-neur. Wschr.* IX (1908), p. 465 [«El carácter y el erotismo anal», en *Obras completas* 4, cit.].
Freud, S., *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, Leipzig-Wien, 1905 [*Tres ensayos para la teoría sexual*, en *Obras completas* 4, cit.].
Freud, S., *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre aus den Jahren 1893-1906*, Leipzig-Wien, 1906 [*Recopilación de ensayos sobre la teoría de las neurosis*, en *Obras completas* 4, cit.].
Freud, S., «Zwangshandlungen und Religionsübung»: *Z. f. Religionspsychol.* I (1907), pp. 4-12 [«Los actos obsesivos y las prácticas religiosas», en *Obras completas* 4, cit.].
Freud, S., «Five Lectures on Psycho-Analysis» (Delivered on the Occasion of the Celebration of the Twentieth Anniversary of the Foundation of Clark University, Worcester, Mass., September 1909); v. alemana *Über Psychoanalyse* [*Psicoanálisis*, en *Obras completas* 5, cit.].
Freud, S., «Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch.* III (1911), pp. 9-68 (suplemento: «P. Schreber: Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken», pp. 588-590, en el mismo volumen) [«Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito», en *Obras completas* 5, cit.].

Freud, S., «Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung»: *Zentralbl. f. Psychoanal.* II (1912), pp. 483-489 [«Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico», en *Obras Completas* 5, cit.].

Freud, S., «Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse: I. Zur Einleitung der Behandlung»: *Intern. Z. f. ärztl. Psychoanal.* I (1913), pp. 1-10 y 139-146 [«La iniciación del tratamiento», en *Obras completas* 5, cit.].

Freud, S., *Das Ich und das Es*, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Wien-Zürich, 1923 [*El yo y el ello*, en *Obras completas* 7, cit.].

Freud, S., *Die Zukunft einer Illusion*, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Wien-Zürich, [2]1928 [*El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas* 8, cit.].

Freud, S., «Über Psychoanalyse». Fünf Vorlesungen, gehalten zur 20jährigen Gründungsfeier der Clark University, Worcester, Mass., September, 1909, Leipzig-Wien, 1910.

Frobenius, L., *Das Zeitalter des Sonnengottes* I, Berlin, 1904.

Fürst, E., «Statistische Untersuchungen über Wortassoziationen und über familiäre Übereinstimmungen im Reaktionstypus bei Ungebildeten», en C. G. Jung (ed.), *Diagnostische Assoziationsstudien* (contribución X).

Furtmüller, C., «Wandlungen in der Freud'schen Schule»: *Zentralbl. f. Psychoanal.* III (1912/1913), pp. 189-201.

Goethe, J. W. von, *Werke*, 30 vols., Cotta, Stuttgart-Tübingen, 1827-1835 [parc.: *Fausto*, trad. de J. M.ª Valverde, Planeta, Barcelona, 1991].

Hartmann, E. von, *Philosophie des Unbewussten*, Berlin, [4]1872.

Haslebacher, J. A., «Psychoneurosen und Psychoanalyse»: *Corresp.-Bl. Schweizer Ärzte* XL/7 (1910), pp. 184-196.

Hoche, A., «Eine psychische Epidemie unter Ärzten»: *Med. Klin.* VI (1910), pp. 1007-1010.

James, W., *Pragmatism*, London-Cambridge (Mass.), 1907 [*Pragmatismo*, trad. de R. del Castillo, Alianza, Madrid, 2000].

Janet, P., *Névroses et idées fixes*, Paris, 1898.

Jones, E., «Freud's Theory of Dreams»: *Amer. J. Psychol.* XXI (1910), pp. 283-308.

Jones, E., «Remarks on Dr. Morton Prince's Article "The Mechanism and Interpretation of Dreams"»: *J. Abnorm. Psychol.* V (1910/1911), pp. 328-336.

Jones E., *On the Nightmare*, International Psychoanalytical Library XX, London, 1931; v. alemana *Der Alptraum in seiner Beziehung zu gewissen Formen des mittelalterlichen Aberglaubens*, Leipzig-Wien, 1912.

Jörger, J., «Die Familie Zero»: *Arch. f. Rassen- u. Gesellschaftsbiol.* II (1905), pp. 494-559.

Jung, C. G. (ed.), *Diagnostische Assoziationsstudien. Beiträge zur experimentellen Psychopathologie*, 2 vols., J. A. Barth, Leipzig, 1906/1910, reed. 1911 y 1915.

Jung, C. G., *Zur Psychologie und Pathologie sogenannter occulter Phänomene. Eine psychiatrische Studie*, Tesis, Oswald Mutze, Leipzig, 1902 (OC 1,1).

Jung, C. G., «Assoziation, Traum und hysterisches Symptom», en *Diagnostische Assoziationsstudien* (colaboración VIII) (OC 2,7).

Jung, C. G., «Associations d'idées familiales»: *Archs. de Psychol. Suisse rom. t.* VII/26 (1907), pp. 160-168 (OC 2,11).

Jung, C. G., *Über die Psychologie der Dementia praecox: Ein Versuch*, Carl Marhold, Halle a. S., 1907 (OC 3,1).

Jung, C. G., «The Association Method» en «Lectures and Addresses» (Delivered before the Departments of Psychology and Pedagogy in Celebration of the Twentieth Anniversary of the Opening of Clark University, September 1909), Worcester, Mass. 1910; también en C. E. Long (ed.), *Collected Papers on Analytical Psychology*, Baillière, Tindall & Cox, London, 191 (OC 2,10).

Jung, C. G., «Familial Constellations», en «Lectures and Addresses», cit. (OC 2,11).

Jung, C. G., «Experiences Concerning the Psychic Life of the Child», en «Lectures and Addresses», cit. (OC 17,1).

Jung, C. G., *Wandlungen und Symbole der Libido. Ein Beitrag zur Entwicklungsgeschichte des Denkens*, Deuticke, Leipzig-Wien, 1912; reimp. 1925 y 1938. Nueva ed., *Symbole der Wandlung. Analyse des Vorspiels zu einer Schizophrenie*, Rascher, Zürich 1952 (OC 5).

Jung, C. G., «Neue Bahnen der Psychologie», en K. Falkes (ed.), *Raschers Jahrbuch*, cit. Vers. mejorada y ampliada, *Die Psychologie der unbewussten Prozesse. (Schriften zur angewandten Seelenkunde)*, Rascher, Zürich, 1917. Después, *Das Unbewusste im normalen und kranken Seelenleben*, Rascher, Zürich 1926; reimp. 1929 y 1936. Finalmente, *Über die Psychologie des Unbewussten*, Rascher, Zürich, 1943; reimp. 1948 y 1960 (OC 7,3).

Jung, C. G., «Die psychologischen Aspekte des Mutterarchetypus»: *Eranos-Jahrbuch* VI (1938), Rhein V., Zürich, 1939. Después en, *Von den Wurzeln des Bewusstseins. Studien über den Archetypus* (Psychologische Abhandlungen IX), Rascher, Zürich, 1954 (OC 9/1,4).

Jung, C. G., «Über Konflikte der kindlichen Seele»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch.* II (1910), pp. 33-58; opúsculo en Deuticke, Leipzig-Wien, 1916; nueva ed., Rascher, Zürich, 1939; vers. ampliada, *Psychologie und Erziehung*, Rascher, Zürich, 1946 y 1950 (OC 17,1).

Jung, C. G., *Über die Psychologie des Unbewussten*, Rascher, Zürich, 1943; reimp. 1948 y 1960 (OC 7,1).

Jung, C. G., *Die Psychologie der Übertragung. Erläutert anhand einer alchemistischen Bildserie. Für Ärzte und praktische Psychologen*, Rascher, Zürich, 1946 (OC 16,12).

Juquelier, P., v. Vigouroux.

Kraepelin, E. (ed.), *Psychologische Arbeiten*, Leipzig, 1896 ss.

Kuhn, F. F. A., *Mythologische Studien*, ed. de E. Kuhn, 2 vols., Gütersloh, 1886/1912.

Maeder, A., «Contributions à la psychologie de la vie quotidienne»: *Archs. de Psychol. Suisse rom.* VI (1906/1907), pp. 148 ss., y VII (1907/1908), pp. 283 ss.

Maeder, A., «Essai d'interprétation de quelques rêves»: *Archs. de Psychol. Suisse rom.* VI (1906/1907), pp. 354 ss.

Maeder, A., «Die Symbolik in den Legenden, Märchen, Gebräuchen und Träumen»: *Psychiat.-neur. Wschr.* X (1908), pp. 45 y 55.
Maylan, Ch. E., *Freuds tragischer Komplex. Eine Analyse der Psychoanalyse*, E. Reinhardt, München, ²1929.
Mendel, K., «"Psychoneurosen und Psychoanalyse" von J. A. Haslebacher. *(Corresp.-Blatt f. Schweizer Ärzte*, 1910, n. 7)»: *Neur. Centralbl.* XXIX (1910), pp. 320 ss.
Mitchell, T. W., «Review of "Collected Papers on Analytical Psychology"»: *Proc. Soc. Psych. Res.* XXIX (1916), pp. 191-195.
Müller-Lyer, F., *Die Familie* (Die Entwiklungsstufen der Menschheit. Eine Gesellschaftslehre in Überblicken und Einzeldarstellungen IV), München, 1912.
Oppenheim, H., «Tatsächliches und Hypothetisches über das Wesen der Hysterie»: *Berliner klin. Wschr.* XXVII (1890), p. 553.
Page, H. W., «Shock from Fright», en H. Tuke, *Dictionary of Psychological Medicine*, London, 1892.
Peters, W., «Gefühl und Erinnerung»: *Psychologische Arbeiten* VI/2, pp. 197-260.
Prince, M., *The Dissociation of a Personality*, New York-London, 1906.
Prince, M., «The Mechanism and Interpretation of Dreams»: *J. Abnorm. Psychol.* V (1910/1911), pp. 139-195.
Putnam, J. J., «Persönliche Erfahrungen mit Freud's psychoanalytischer Methode»: *Zentralbl. f. Psychoanal. I* (1910/1911), pp. 533-548.
Rank, O., *Der Mythus von der Geburt des Helden. Versuch einer psychologischen Mythendeutung*, Leipzig-Wien, 1909 [*El mito del nacimiento del héroe*, trad. de E. A. Loedel, Paidós, Barcelona, ²1991].
Rank, O., «Ein Traum, der sich selbst deutet»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch.* II (1910), pp. 465-540.
Riklin, F., *Wunscherfüllung und Symbolik im Märchen* (Schriften zur angewandten Seelenkunde III), Wien, 1908.
Sadger, I., «Analerotik und Analcharakter», en *Die Heilkunde* (1910), p. 43.
Savill, A., «Psychoanalysis»: *Mecl. Pr.* CLII (1916), pp. 446-448.
Schopenhauer, A., «Transcendente Spekulation über die anscheinende Absichtlichkeit im Schicksale des Einzelnen», en *Parerga und Paralipomena* I, ed. de R. von Koeber, Berlin, 1891 [«Especulación trascendental sobre la aparente intencionalidad en el destino del individuo», en *Parerga y Paralipomena* II, trad. de E. González Blanco, Ágora, Málaga, 1997].
Shaw, G. B., *Man and Superman*, London, 1903.
Silberer, H., «Phantasie und Mythos»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch. II* (1910), pp. 541-622.
Silberer, H., *Probleme der Mystik und ihrer Symbolik*, Wien-Leipzig, 1914.
Sommer, R., *Familienforschung und Vererbungslehre*, Leipzig, 1907.
Spielmeyer, W., art. sin título: *Centralbl. f. Nervenheilk. u. Psychiat.* XXIX (1906), pp. 322-324.
Spielrein, S., «Über den psychologischen Inhalt eines Falles von Schizophrenie (Dementia praecox)»: *Jb. f. psychoanal. u. psychopath. Forsch.* III (1911), pp. 329-400.

Steinthal, H., «Die Sage von Simpson»: *Z. f. Völkerpsychol. u. Sprachw.* II (1861), pp. 129-178.
Stekel, W., *Die Sprache des Traumes. Eine Darstellung der Symbolik und Deutung des Traumes in ihren Beziehungen zur kranken und gesunden Seele für Ärzte und Psychologen*, Wiesbaden, 1911.
Stekel, W., «Ausgänge der psychoanalytischen Kuren»: *Zentralbl. f. Psychoanal.* III (1912/1913), pp. 175-188.
Vigouroux, A. y Juquelier, P., *La contagion mentale* (Bibliothèque internationale de psychologie), Paris, 1904.
Ziermer, M., «Genealogische Studien über die Vererbung geistiger Eigenschaften»: *Arch. f. Rassen- u. Gesellschaftsbiol.* V. (1908), pp. 178-220 y 327-363.

ÍNDICE ONOMÁSTICO*

* La numeración, tanto en este índice como en el de materias, remite al párrafo correspondiente. Los números volados o asteriscos indican que la mención se encuentra en una nota perteneciente a ese párrafo; los paréntesis, que se trata de una alusión y no de una mención expresa; (s) significa sueño.

ÍNDICE DE MATERIAS*

* La numeración remite al párrafo correspondiente, excepto cuando va precedida de p., que remite a página, por corresponder a prólogos o introducciones, excluidos en la numeración de párrafos. Los números volados o asteriscos indican que la mención se encuentra en una nota perteneciente a ese párrafo; los paréntesis, que se trata de una alusión y no de una mención expresa; (*s*) significa sueño.



LA OBRA DE CARL GUSTAV JUNG

A. OBRA COMPLETA*

Volumen 1. ESTUDIOS PSIQUIÁTRICOS

1. Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos (1902)
2. Sobre la paralexia histérica (1904)
3. Criptomnesia (1905)
4. Sobre la distimia maniaca (1903)
5. Un caso de estupor histérico en una mujer en prisión preventiva (1902)
6. Sobre simulación de trastorno mental (1903)
7. Peritaje médico sobre un caso de simulación de trastorno mental (1904)
8. Peritaje arbitral sobre dos peritajes psiquiátricos contradictorios (1906)
9. Acerca del diagnóstico psicológico forense (1905)

Volumen 2. INVESTIGACIONES EXPERIMENTALES

ESTUDIOS ACERCA DE LA ASOCIACIÓN DE PALABRAS

1. Investigaciones experimentales sobre las asociaciones de sujetos sanos (C. G. Jung y F. Riklin, 1904/1906)
2. Análisis de las asociaciones de un epiléptico (1905/1906)
3. Sobre el tiempo de reacción en el experimento de asociación (1905/1906)
4. Observaciones experimentales sobre la facultad de recordar (1905)
5. Psicoanálisis y experimento de asociación (1905/1906)
6. El diagnóstico psicológico forense (1906/1941)
7. Asociación, sueño y síntoma histérico (1906/1909)
8. El significado psicopatológico del experimento de asociación (1906)
9. Sobre los trastornos de reproducción en el experimento de asociación (1907/1909)
10. El método de asociación (1910)
11. La constelación familiar (1910)

* Los paréntesis indican las fechas de publicación de originales y revisiones. Los corchetes señalan la fecha de elaboración del texto.

INVESTIGACIONES PSICOFÍSICAS

12. Sobre los fenómenos psicofísicos concomitantes en el experimento de asociación (1907)
13. Investigaciones psicofísicas con el galvanómetro y el pneumógrafo en sujetos normales y enfermos mentales (C. G. Jung y F. Peterson, 1907)
14. Nuevas investigaciones sobre el fenómeno galvánico y la respiración en sujetos normales y enfermos mentales (C. G. Jung y C. Ricksher, 1907)
15. Datos estadísticos del alistamiento de reclutas (1906)
16. Nuevos aspectos de la psicología criminal (1906/1908)
17. Los métodos de investigación psicológica usuales en la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Zúrich (1910)
18. Breve panorama de la teoría de los complejos ([1911] 1913)
19. Acerca del diagnóstico psicológico forense: el experimento forense en el proceso judicial ante jurado en el caso Näf (1937)

Volumen 3. PSICOGÉNESIS DE LAS ENFERMEDADES MENTALES

1. Sobre la psicología de la *dementia praecox*: un ensayo (1907)
2. El contenido de las psicosis (1908/1914)
3. Sobre la comprensión psicológica de procesos patológicos (1914)
4. Crítica del libro de E. Bleuler *Zur Theorie des schizophrenen Negativismus* (1911)
5. Sobre el significado de lo inconsciente en psicopatología (1914)
6. Sobre el problema de la psicogénesis en las enfermedades mentales (1919)
7. Enfermedad mental y alma («¿Enfermos mentales curables?») (1928)
8. Sobre la psicogénesis de la esquizofrenia (1939)
9. Consideraciones recientes acerca de la esquizofrenia (1956/1959)
10. La esquizofrenia (1958)

Volumen 4. FREUD Y EL PSICOANÁLISIS

1. La doctrina de Freud acerca de la histeria: réplica a la crítica de Aschaffenburg (1906)
2. La teoría freudiana de la histeria (1908)
3. El análisis de los sueños (1909)
4. Una contribución a la psicología del rumor (1910/1911)
5. Una contribución al conocimiento de los sueños con números (1910/1911)
6. Reseña crítica del libro de Morton Prince *The Mechanism and Interpretation of Dreams* (1911)
7. Acerca de la crítica al psicoanálisis (1910)
8. Acerca del psicoanálisis (1912)
9. Ensayo de exposición de la teoría psicoanalítica (1913/1955)
10. Aspectos generales del psicoanálisis (1913)
11. Sobre psicoanálisis (1916)
12. Cuestiones psicoterapéuticas actuales (Correspondencia Jung/Loÿ) (1914)
13. Prólogos a los *Collected Papers on Analytical Psychology* (1916/1917/1920)
14. El significado del padre para el destino del individuo (1909/1949)
15. Introducción al libro de W. Kranefeldt *Die Psychoanalyse* (1930)
16. La contraposición entre Freud y Jung (1929)

Volumen 5. SÍMBOLOS DE TRANSFORMACIÓN (1952)

[Reelaboración del libro *Transformaciones y símbolos de la libido* (1912)]

Volumen 6. TIPOS PSICOLÓGICOS

1. Tipos psicológicos (1921/1960)
2. Sobre la cuestión de los tipos psicológicos (1913)
3. Tipos psicológicos (1925)
4. Tipología psicológica (1928)
5. Tipología psicológica (1936)

Volumen 7. DOS ESCRITOS SOBRE PSICOLOGÍA ANALÍTICA

1. Sobre la psicología de lo inconsciente (1917/1926/1943)
2. Las relaciones entre el yo y lo inconsciente (1928)
3. Nuevos rumbos de la psicología (1912)
4. La estructura de lo inconsciente (1916)

Volumen 8. LA DINÁMICA DE LO INCONSCIENTE

1. Sobre la energética del alma (1928)
2. La función transcendente ([1916] 1957)
3. Consideraciones generales sobre la teoría de los complejos (1934)
4. El significado de la constitución y la herencia para la psicología (1929)
5. Determinantes psicológicos del comportamiento humano (1936/1942)
6. Instinto e inconsciente (1919/1928)

7. La estructura del alma (1927/1931)
8. Consideraciones teóricas acerca de la esencia de lo psíquico (1947/1954)
9. Puntos de vista generales acerca de la psicología del sueño (1916/1948)
10. De la esencia de los sueños (1945/1948)
11. Los fundamentos psicológicos de la creencia en los espíritus (1920/1948)
12. Espíritu y vida (1926)
13. El problema fundamental de la psicología actual (1931)
14. Psicología Analítica y cosmovisión (1928/1931)
15. Realidad y suprarrealidad (1933)
16. El punto de inflexión de la vida (1930-31)
17. Alma y muerte (1934)
18. Sincronicidad como principio de conexiones acausales (1952)
19. Sobre sincronicidad (1952)

Volumen 9/1. LOS ARQUETIPOS Y LO INCONSCIENTE COLECTIVO

1. Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo (1934/1954)
2. Sobre el concepto de inconsciente colectivo (1936)
3. Sobre el arquetipo con especial consideración del concepto de *anima* (1936/1954)
4. Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre (1939/1954)
5. Sobre el renacer (1940/1950)
6. Acerca de la psicología del arquetipo del niño (1940)
7. Acerca del aspecto psicológico de la figura de la Core (1941/1951)
8. Acerca de la fenomenología del espíritu en los cuentos populares (1946/1948)
9. Acerca de la psicología de la figura del pícaro (1954)
10. Consciencia, inconsciente e individuación (1939)
11. Acerca de la empiria del proceso de individuación (1934/1950)
12. Sobre el simbolismo del mándala (1938/1950)
13. Mándalas (1955)

Volumen 9/2. AION (1951)

Volumen 10. CIVILIZACIÓN EN TRANSICIÓN

1. Sobre lo inconsciente (1918)
2. Alma y tierra (1927/1931)
3. El hombre arcaico (1931)
4. El problema anímico del hombre moderno (1928/1931)
5. Sobre el problema amoroso del estudiante universitario (1928)
6. La mujer en Europa (1927)
7. El significado de la psicología para el presente (1933/1934)
8. Acerca de la situación actual de la psicoterapia (1934)
9. Prólogo al libro *Reflexiones sobre la historia actual* (1946)
10. Wotan (1936/1946)
11. Después de la catástrofe (1945/1946)
12. El problema de la sombra (1946/1947)
13. Epílogo a *Reflexiones sobre la historia actual* (1946)
14. Presente y futuro (1957)
15. Un mito moderno. De cosas que se ven en el cielo (1958)
16. La conciencia moral (1958)
17. El bien y el mal en la Psicología Analítica (1959)
18. Prólogo al libro de Toni Wolff *Studien zu C. G. Jungs Psychologie* (1959)
19. El significado de la línea suiza en el espectro de Europa (1928)
20. El amanecer de un mundo nuevo. Reseña del libro de H. Keyserling: *Amerika. Der Aufgang einer neuen Welt* (1930)
21. Reseña de H. Keyserling *La révolution mondiale et la responsabilité de l'esprit* (1934)
22. Complicaciones de la psicología norteamericana (1930)
23. El mundo ensoñador de la India (1939)
24. Lo que la India puede enseñarnos (1939)
25. Apéndice: Nueve comunicaciones breves (1933-1938)

Volumen 11. ACERCA DE LA PSICOLOGÍA DE LA RELIGIÓN OCCIDENTAL Y DE LA RELIGIÓN ORIENTAL

RELIGIÓN OCCIDENTAL

1. Psicología y religión (Terry Lectures) (1938/1940)
2. Ensayo de interpretación psicológica del dogma de la Trinidad (1942/1948)
3. El símbolo de la transformación en la misa (1942/1954)
4. Prólogo al libro de V. White *God and the Unconscious* (1952)
5. Prólogo al libro de Z. Werblowsky *Lucifer and Prometheus* (1952)
6. Hermano Klaus (1933)
7. Sobre la relación de la psicoterapia con la cura de almas (1932/1948)
8. Psicoanálisis y dirección espiritual (1928)
9. Respuesta a Job (1952)

RELIGIÓN ORIENTAL

10. Comentario psicológico al *Libro Tibetano de la Gran Liberación* (1939/1955)
11. Comentario psicológico al *Libro Tibetano de los Muertos* (1935/1960)

12. El yoga y Occidente (1936)
13. Prologo al libro de D.T. Suzuki *La Gran Liberación. Introducción al budismo zen* (1939/1958)
14. Acerca de la psicología de la meditación oriental (1943/1948)
15. Sobre el santón hindú. Introducción al libro de H. Zimmer *Der Weg zum Selbst* (1944)
16. Prólogo al *I Ching* (1950)

Volumen 12. PSICOLOGÍA Y ALQUIMIA (1944)

Volumen 13. ESTUDIOS SOBRE REPRESENTACIONES ALQUÍMICAS

1. Comentario al libro *El secreto de la Flor de Oro* (1929)
2. El espíritu Mercurio (1943/1948)
3. Las visiones de Zósimo (1938/1954)
4. Paracelso como fenómeno espiritual (1942)
5. El árbol filosófico (1945/1954)

Volumen 14/1. MYSTERIUM CONIUNCTIONIS I (1955)

Volumen 14/2. MYSTERIUM CONIUNCTIONIS II (1956)

Volumen 15. SOBRE EL FENÓMENO DEL ESPÍRITU EN EL ARTE Y EN LA CIENCIA

1. Paracelso (1929)
2. Paracelso como médico (1941/1942)
3. Sigmund Freud como fenómeno histórico-cultural (1932)
4. Sigmund Freud. Necrología (1939)
5. En memoria de Richard Wilhelm (1930)
6. Sobre la relación de la Psicología Analítica con la obra de arte poética (1922)
7. Psicología y poesía (1930/1950)
8. *Ulises*: un monólogo (1932)
9. Picasso (1932)



Volumen 16. LA PRÁCTICA DE LA PSICOTERAPIA

PROBLEMAS GENERALES DE LA PSICOTERAPIA

1. Consideraciones de principio acerca de la psicoterapia práctica (1935)
2. ¿Qué es psicoterapia? (1935)
3. Algunos aspectos de la psicoterapia moderna (1930)
4. Metas de la psicoterapia (1931)
5. Los problemas de la psicoterapia moderna (1929)
6. Psicoterapia y cosmovisión (1943/1946)
7. Medicina y psicoterapia (1945)
8. La psicoterapia en la actualidad (1945/1946)
9. Cuestiones fundamentales de psicoterapia (1951)

PROBLEMAS ESPECIALES DE LA PSICOTERAPIA

10. El valor terapéutico de la abreacción (1921/1928)
11. La aplicabilidad práctica del análisis de los sueños (1934)
12. La psicología de la transferencia (1946)

Volumen 17. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

1. Sobre conflictos del alma infantil (1910/1946)
2. Introducción al libro de F. G. Wickes: *Analyse der Kinderseele* (1927/1931)
3. Sobre el desarrollo y la educación del niño (1928)
4. Psicología Analítica y educación (1926/1946)
5. El niño superdotado (1943)
6. El significado de lo inconsciente para la educación individual (1928)
7. Del devenir de la personalidad (1934)
8. El matrimonio como relación psicológica (1925)

Volumen 18/1. LA VIDA SIMBÓLICA

1. Sobre los fundamentos de la Psicología Analítica (1935)
2. Símbolos e interpretación de sueños (1961)
3. La vida simbólica (1939)

Complementos a los volúmenes 1, 3 y 4 de la *Obra Completa*

Volumen 18/2. LA VIDA SIMBÓLICA

Complementos a los volúmenes 5, 7-17 de la *Obra Completa*

Volumen 19. BIBLIOGRAFÍA

Los escritos publicados de C. G. Jung
Obras originales y traducciones
La *Obra Completa* de C. G. Jung
Seminarios de C. G. Jung

Volumen 20. ÍNDICES GENERALES DE LA OBRA COMPLETA

B. SEMINARIOS

Conferencias en el Club Zofingia ([1896-1899] 1983)
Análisis de sueños ([1928-1930] 1984)
Sueños infantiles ([1936-1941] 1987)
Sobre el Zaratustra de Nietzsche ([1934-39] 1988)
Psicología Analítica ([1925] 1989)
La psicología del yoga kundalini ([1932] 1996)
Visiones ([1930-1934] 1998)

C. AUTOBIOGRAFÍA

Recuerdos, sueños, pensamientos (con A. Jaffé) (1961)

D. EPISTOLARIO

Cartas I [1906-1945] (1972)
Cartas II [1946-1955] (1972)
Cartas III [1956-1961] (1973)
Correspondencia Freud/Jung (1974)

E. ENTREVISTAS

Conversaciones con Carl Jung y reacciones de A. Adler, de I. Evans (*The Houston films*) (1946)
Encuentros con Jung (1977)